



Prosa completa

Julio
Alfredo
Egea

Volumen 3

L narrativa

Instituto de Estudios Almerienses

Prosa completa, Vol. III.



Foto: C. Pérez Siquiter.

JULIO ALFREDO EGEA

De la Academia de Buenas Letras de Granada

PROSA COMPLETA

Volumen III

Instituto de Estudios Almerienses
[2011]

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALMERIENSES
Colección Letras, nº 58
Serie: Narrativa

Julio Alfredo Egea. Prosa
Obras Completas completa. Vol. III

© Texto: Julio Alfredo Egea
www.julioalfredoegea.com

© Edición: Instituto de Estudios Almerienses
www.iealmerienses.es

© Dibujos de interior: Julio Egea López
Coordinación editorial: José Domingo Lentisco Puche
Digitalización de textos e imágenes: Encarni Navarro López
Portada y fotografía de interior: Carlos Pérez Siquier

ISBN: 978-84-8108-519-8

Dep. Legal: Al-717-2011

Primera impresión: julio 2011

Maquetación: BALAGUER VALDIVIA, S.L.- gbalaguer@telefonica.net

Imprime: Edición y Publicación Gráfica, S.L. (M3). Almería

Impreso en España

ÍNDICE DE OBRAS

VOLUMEN I. Poesía

Obra poética completa de Julio Alfredo Egea. Estudio preliminar, por Francisco Jiménez Martínez	23
Ancla enamorada (1956)	145
La calle (1960)	207
Museo (1962)	251
Valle de todos (1963)	287
Piel de toro (1965)	335
Nana para dormir muñecas (1965).....	385
Repítenos la aurora sin cansarte (1971)	437
Desventurada vida y muerte de María Sánchez (1973)	469
Cartas y noticias (1973)	511
Bloque quinto (1977)	541
Sala de espera (1983).....	597

VOLUMEN II. Poesía

Los regresos (1985)	643
Arqueología del trino (2006).....	685
Los asombros (1996).....	737
Desde Alborán navego (2003)	813
Fábulas de un tiempo nuevo (2003)	867
El vuelo y las estancias (2003)	927
Legados esenciales (Antología de herencias) (2004)	969
Largo es el tiempo. Poemas inéditos o publicados en antologías y revistas (1946-2008)	1045

VOLUMEN III. Prosa

La rambla (1989)	24
El sueño y los caminos (1992).....	169
Alrededores de la sabina (1997).....	281
Puesta de alba y quince historias de caza (1996)	369
Sastre de fantasmas y otros relatos (2005).....	489
Resplandores (2002)	599
Plazas para el recuerdo (1984)	607
El mundo mágico de Pedro Gilabert (1986).....	621
Sueño de arena (1996)	637

Otros relatos:

Primeros homenajes a Federico García Lorca (1996)	657
Noticia de un hallazgo (1985)	671
Juegos de niños (2000).....	674
Poesía y derecho (1991)	677
Tríptico de ausencias	
I. Juan de Dios. Historia espiritual de Granada (1990)..	680
II. La hermosa compañía de Arturo Medina (1995)	683
III. La ausencia limitada de Paco Izquierdo (2004).....	686
Todos los temas eternos en <i>Elegía cantada</i> (1984).....	688
Carlos Pérez Siquier sale de cacería (2003)	691
Fiesta mayor por Rafael Guillén (1994).....	693
Pregón de la XVI Feria del Libro de Almería	695
Pregón de la Feria de Almería 1973 (fragmento)	697

ÍNDICE GENERAL

ÍNDICE DE OBRAS	7
ÍNDICE GENERAL	9
INTRODUCCIÓN	15
ALGUNOS JUICIOS CRÍTICOS SOBRE SUS LIBROS EN PROSA Y RECORRIDO POR SEMBLANZAS	19

LA RAMBLA (1989)

INTRODUCCIÓN	24
LA RAMBLA	25
Jilgueros, palomas y un pavo	28
Descubrimiento de la crueldad.....	31
El proyector	34
Estudiante en Granada.....	40
La vara de mando.....	50
Mis libros, mis hijos.....	59
EPISODIOS DE UNA BIOGRAFÍA	
ESPERPÉNTICA	70
La luna de Valencia	70
Otras fiestas levantinas	76
Congreso internacional o el misterioso chino Kai-Fu-Chou	80
Rutas catalanas.....	83
Viaje a Salamanca.....	90
Bautismo de mar y aire.....	92
Patada al soneto	94

Juzgar y ser juzgado.....	96
Viaje americano	99
Final de traca.....	103
El sueño	107
LOS TEMAS REPETIDOS EN MIS LIBROS.....	108
Los pájaros	109
El amor	117
Las manos	125
Los abuelos	130
Andalucía.....	138
El hombre	146
Cristo.....	152
La muerte	158

EL SUEÑO Y LOS CAMINOS
(1992)

Prólogo	169
La realidad rozada por un ángel.....	169
Introducción	176
El adiós sin retorno	177
La niña, el perro y la fuente.....	183
Corazón sonámbulo	187
Acorde roto	191
Comadros.....	195
Rosas sobre el vientre	198
Cuatro ángeles para Anny Barthou.....	201
Pesimismo de un niño del siglo XXV	207
La melodía de Johnny Loeve	211
La avioneta.....	219
Casimiro <i>el Tuerto</i>	225
El hombre de Grinzing.....	229
El ángel relojero	233
Las calles	238
Carnaval.....	245
El beso	259
Adolescentes.....	267
El cardenal acatarrado	275

ALREDEDORES DE LA SABINA

Relatos de paisaje y vida en torno al Parque Natural de Sierra María los Vélez

(1997)

Ofrenda	281
Bautismo serrano	283
Partida de nacimiento	289
Vértigo de la historia	292
Los pueblos	297
Alfombras del campo	302
Cantos y vuelos	305
Los insectos	309
La monedita	312
Tríptico del castillo	315
Virgen serrana	323
Paisajes	327
El pastor	330
Vieja estampa	333
Los oficios	337
Indalo	341
Flecos de leyenda	345
Elegía por los árboles muertos	350
La soledad sonora	352
Gestos del cielo	354
Cortijo roto	358
Carta de América	363

PUESTO DE ALBA Y QUINCE HISTORIAS DE CAZA

(1996)

Introducción	369
HISTORIAS DE LA CAZA	372
Mis territorios	372
Infancia cazadora	381
Caza andaluza	389
Baraja de reclamos	394
A salto de mata	401
El pájaro ciego	408
Postre de mentiras	412

Herencia de reclamos	418
El vuelo de la copla	422
Perros	426
El jabalí soñado.....	436
Sin escopeta	440
El paraíso argentino	446
Los cinco sentidos	454

PUESTO DE ALBA	457
----------------------	-----

Aclaración de palabras o frases, de uso entre aficionados a la caza de la perdiz con reclamo, contenidas en el texto.....	483
------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	-----

SASTRE DE FANTASMAS Y OTROS RELATOS

(2005)

Prólogo	489
El cuento como género.....	489
Sastre de fantasmas.....	493
La rebelión del abecedario	505
Disfraz de nieve.....	513
Caballos de feria.....	519
Guitarras y violines	529
La página perdida del Apocalipsis.....	543
El relincho	553
El tren minero.....	559
Música de saxo para una primavera	569
El incendio.....	577
Patria soñada	587
La huerta mágica	593

RESPLANDORES

(2002)

RESPLANDORES	599
--------------------	-----

PLAZAS PARA EL RECUERDO

(1984)

PLAZAS PARA EL RECUERDO607

EL MUNDO MÁGICO DE PEDRO GILABERT

(1986)

EL MUNDO MÁGICO DE PEDRO GILABERT621

SUEÑO DE ARENA

(1999)

SUEÑO DE ARENA637

OTROS RELATOS

PRIMEROS HOMENAJES A FEDERICO

GARCÍA LORCA.....657

NOTICIA DE UN HALLAZGO671

JUEGOS DE NIÑOS674

POESÍA Y DERECHO677

TRÍPTICO DE AUSENCIAS.....680

I. Juan de Dios. Historia espiritual de Granada680

II. La hermosa compañía de Arturo Medina.....683

III. La ausencia limitada de Paco Izquierdo686

TODOS LOS TEMAS ETERNOS EN

ELEGÍA CANTADA688

CARLOS PÉREZ SIQUIER SALE DE CACERÍA691

FIESTA MAYOR POR RAFAEL GUILLÉN693

Índice

PREGÓN DE LA XVI FERIA DEL LIBRO DE ALMERÍA	695
PREGÓN DE LA FERIA DE ALMERÍA 1973 (Fragmento)	697

INTRODUCCIÓN

Dije en nota autobiográfica dando entrada al primer tomo de estas Obras completas, que mis textos en prosa recogidos en libros, cuadernos, colaboraciones en revistas o periódicos, los consideraba un continuar —en mayor o menor medida— de mi quehacer poético, porque siempre que comencé a escribir intencionadamente prosa, relatos imaginativos o trabajos plenamente fieles al acontecer o existir de realidades vividas, de forma inevitable, un soplo lírico llegaría hasta el papel con palpitos del alma.

Quizá nunca deba el autor hablar de su ejecutoria creativa, sabiendo que lo publicado ya no es enteramente nuestro, y simplemente atentos lectores o tratadistas, en artículos aislados o contenidos en monográficos sobre su obra, irán descubriendo las etapas o circunstancias de su labor, por lo cual es posible que sobren muchas de las explicaciones que me propongo dar en esta introducción.

Los trabajos en prosa contenidos en mis libros, o fuera de ellos, siempre entraron, poco más o menos, dentro de los límites de brevedad de un poema, en cuanto al tiempo de ejecución, atendiendo con urgencia a un estado de inspiración o emoción para plasmar una idea nacida de un sentimiento o de un saber de sutilezas aprendidas. Creo que dentro de mi obra en prosa, siempre en modesta trayectoria, están comprendidos en gran parte los dos grandes temas que sobresalen en mi obra poética: Humanismo y Naturaleza.

En mis libros de poesía existen, en el interior de algunos poemas, breves incursiones en prosa, que quizá surgían durante el proceso creativo, para reafirmar ambientes del poema, buscando eficacias de contraste junto a un denso contenido de versos plenos de metáforas o símbolos. Esto lo encuentro

en algunos libros como *Los regresos*. En otros poemarios, en *Arqueología del trino* y *Los asombros*, empiezan las composiciones en prosa poética que va derivando hacia el verso, en conjunción, formando un todo. Esto pasó en esos libros, de manera especial en *Los asombros*, que inicié con intenciones de prosa y de forma natural derivó hacia ese cruce de caminos, acabando por aceptar el cambio, siendo el encabezamiento complementario del poema en su contenido poético, en mayor grado que explicativo, aunque en algunos casos se vislumbre la anécdota que originó el poema. Esto lo comprendió José Ángel Valente, que me dice en carta manuscrita que conservo, en contestación al envío de esa obra: “Considero muy original y eficaz esa mezcla de poema en prosa con versión en verso del mismo tema, desde una perspectiva distinta”. Así se manifestó también al hablar de este libro el sabio profesor don Antonio Sánchez Trigueros en su presentación en la Madraza granadina, y los presentadores de mi obra en Madrid y otros lugares. También lo aceptó así el gran estudioso Francisco Jiménez Martínez en su tesis doctoral sobre mi poesía. Sus opiniones me han hecho creer que se trata de una casual y modesta originalidad dentro de mi quehacer. En fin, cuento todo esto relacionado con los asomos de prosa en mi obra en verso, en atención a la posible curiosidad de algún lector.

El sueño y los caminos y *Sastre de fantasmas* son los únicos libros que tengo de pura ficción, aunque la mayoría de sus relatos parten de anécdotas reales, nutriéndose en su desarrollo de derivaciones imaginativas y en muchos casos de elementos oníricos, procedentes de ensoñaciones. Tengo la creencia de que en unas “Obras completas” debe incluirse todo lo escrito desde el momento en que empieza uno a sentirse escritor, venciendo esa tentación de caer en seleccionar, aunque aceptando, siendo consciente de ingenuidades en cuanto al fondo de algunos relatos, o torpezas de estilo, propias de unos inicios.

La rambla puede considerarse como una singular autobiografía dentro de un largo primer periodo de mi vida y mi quehacer literario. Todo su texto responde a realidades vividas, incluyendo esos relatos de su parte central con flecos esperpénticos, que añadí a la obra buscando cierta amenidad en atención al lector, y que responden a travesuras de mi memoria que guarda más fielmente las situaciones problemáticas que con el tiempo toman carácter humorístico, que las situaciones solemnes que, también a veces, se daban en alternancia. Dentro de esa obra sólo incluí un relato, “El proyector”, con cierto aspecto de ficción, aunque respondiendo a realidades concretas en

que como niño de la guerra me fueron descubriendo la tremenda existencia de la crueldad.

Con *Alrededores de la sabina* pretendí presentar en sociedad a un singular árbol que casi nadie conocía, o al menos no era conocido desde su circunstancia vital, dentro de nuestro territorio de Naturaleza circundante, y mucho menos como lo que significa, como símbolo dentro de la mirada distinta en sutilezas profundas con que puede verse desde los ojos de la Poesía, ampliando detalles de los contornos y alrededores dentro de una comarca tan singular en bellezas como es el territorio de los Vélez.

Puesto de alba es un tributo debido a las satisfacciones que me dieron mis andanzas cazadoras, desde la niñez, considerándolas -aunque parezca un contrasentido- dentro de mi amor a la Naturaleza, cooperando su ejercicio a sentirme integrado dentro de ella, en aprendizaje de sutilezas profundas. Todo en ese libro es narrativa de realidades, pues lo único ficticio es el último relato, del que toma título el libro, que pretende establecer un paralelismo de sentimientos y tragedias del mundo animal, representado por las perdices, con actitudes del humano vivir.

Todos los últimos relatos responden a varias motivaciones, con añadidos del sentido del humor, admiración de bellezas, sorpresas de ir descubriendo el mundo... Mi modesta contribución a una serie de monográficos sobre el Albaicín, barrio granadino al que mucho conozco y amo. El gozo del descubrimiento de Pedro Gilabert, ese escultor intuitivo, carente de cultura del Arte, que emprendió un juego genial con las maderas del olivo, logrando todo un mundo de sorpresas. Un breve anecdotario dentro de la gran aventura de haber cruzado el Sahara en busca de las ciudades perdidas de Mauritania, cuna de los almorávides que invadieron a España. Mi recordatorio de primeros homenajes a Federico García Lorca, tan llenos de emoción.

Bajo el título "Otros relatos", con el que finaliza este volumen, se recogen algunos artículos de prensa sobre aconteceres y amigos, fragmentos de pregones, etc, no llevándose a cabo en su totalidad por circunstancias de la crisis económica y la necesidad de cubrir planes editoriales trazados con anterioridad a esta publicación, quedando interrumpida la edición de estas *Obras completas*, con la ausencia de otro tomo que recogería trabajos sobre importantes y recientes honores concedidos a mi trayectoria, numerosas colaboraciones de prensa de épocas en que ejercí con frecuencia esta actividad, comentarios sobre otros poetas, artistas, amigos... En fin, que para comple-

tar mi narrativa habrá que esperar tiempos propicios para la publicación de un amplio apéndice que comprenda lo que queda por editar. Creo que los libros son lo más reconocido de mi labor y están todos en este III volumen de mis Obras completas.

Julio Alfredo Egea
Chirivel, junio, 2011

ALGUNOS JUICIOS CRÍTICOS SOBRE SUS LIBROS EN PROSA Y RECORRIDO POR SEMBLANZAS

“Yo quiero comentar aquí al Julio escritor, que las ramas han tapado muchas veces el tronco y Julio es también prosista y me remito a tres de sus obras geniales: *La Rambla*, *Alrededores de la sabina* y *Puesto de alba*. Son libros hechos al amor del campo, de los pájaros y del silencio del monte. Sólo quien conoce el campo, sólo el que ha palpado sus quejidos y sus silencios, el que ha presenciado tantos y tantos vuelos en sus alturas, puede decir que lo ama, que conoce todas sus sabidurías, por eso Julio Alfredo es también nuestro poeta, es también nuestro prosista, la misma cosa al final”.

José Asenjo Sedano en *Buxía*, 4 (Monográfico sobre el autor), junio de 2005.

“Julio Alfredo Egea ilumina con su escritura cálida y emotiva cuantos paisajes se suceden en su corazón abundante. Los *Alrededores de la sabina* se constituyen en un círculo de luminosidad interior que el escritor proyecta sobre el entorno amado, y a los que sabe dotar de transcendencia por el sentido sacralizador que le anima”.

José Antonio Sáez, en “La Isla”, *Europa Sur*, noviembre, 1997.

“Muchos han sido los reconocimientos que *Puesto de alba* ha tenido, desde el piropo abierto de Miguel Delibes: ‘Como un cuadro de Zabaleta, admirable y bello’, señala. ‘Poema de un cazador’, considera Miguel Ángel Blanco sus dieciséis relatos, en página completa que le dedica en el diario *Ideal* de Granada”.

Juan Carlos Rodríguez Búrdalo en la presentación del libro en la Casa de Castilla-La Mancha, Madrid, octubre de 1997.

“Se percibe conceptualmente en estas prosas un vínculo estrecho entre el Ser y la Creación: el campo y la naturaleza participan, inequívocamente, de esas sensaciones y sentimientos que manifiesta el poeta cazador, y es capaz de transmitir a sus lectores, invitándolos al hechizo de una singular lectura”.

Pedro M. Domene en *Diario de Málaga-Costa del Sol*, febrero de 1997.

“Sobre el Albaycín granadino ha escrito Julio Alfredo un precioso cuaderno. Nos va mostrando con su pluma limpia, estremecida y cálida de cazador de imágenes, el Albaycín por dentro, en deliciosa prosa poética, descriptiva y cercana, que nos habla del barrio de sus años jóvenes con pluma enamorada y cautivadora sencillez”.

Miguel J. Carrascosa Salas en *Ideal*, febrero de 2007

“Julio narrador: la madurez de una visión insólita y esperpéntica del mundo, donde se funde la rara habilidad y la maestría, la gracia de una poesía discreta, a veces no advertida, que sigue, sin embargo, fluyendo en oleajes como un mar interior, y la ironía y el sarcasmo, esa admirable y genial veta de humor, alimentada de ternuras, que tan sabia y acertada brilla en sus cuentos y relatos”.

Juan José Ceba en el monográfico “Con la raíz más alta que la rama”, *Batarro*, 1999.

“Recuerdo el placer que me produjo, dentro de su prosa, su autobiografía *La rambla*, libro que exige un estudio en detalle y que es de una gran originalidad. Con la naturalidad de sus campos, con el cosmopolitismo de sus viajes por el mundo, con la sencillez de su ser para los otros, sin falsas torres de marfil, me llegan estos cuentos, *El sueño y los caminos*, que califico de entrañables, magníficos en la calidad tersa de su prosa, y en el universo que aquí se presenta con una enorme ternura como punto de salida y llegada. Dos textos que me han impresionado especialmente: “Carnaval” y “El cardenal acatarrado”. El primero, sin lugar a dudas es antológico. La selección de locos, sus historias, la alternancia, los juegos, el escándalo final..., constituyen una galería conmovedora que demuestra aquello de que hay más locos, por duros y crueles, fuera que dentro. Insisto en la belleza de los textos que fluyen con eso que se llama escribir bien, y que pocos consiguen”.

Antonio Garrido en *Sur*, Málaga, 28 de noviembre de 1992.

“Dentro de *Sastre de fantasmas* especialmente emotivo es el relato “La huerta mágica”, que le dedica a Federico García Lorca. ¿Y el estilo? El estilo es uno de los atractivos mayores de todas estas narraciones. Una verdadera maravilla. Julio Alfredo Egea, lo mismo si escribe en verso, que cuando lo hace en prosa, siempre se nos muestra como un consumado poeta. A él se le podía aplicar estas palabras de Juan Ramón Jiménez: “Donde se ve del todo y pronto al escritor es en la prosa: ¡Cuántos poetazos (y prositazos) figuran por ahí que no pueden escribir tres líneas seguidas en prosa natural!”.

Francisco Gil Craviotto en *El Fingidor*, Universidad de Granada, 2006.

LA RAMBLA

(1989)

JULIO ALFREDO EGEA

LA RAMBLA



BIBLIOTECA General DEL SUR



4

La rambla, 1ª ed. Granada, Caja General de Ahorros de Granada, 1989 (Colección Biblioteca General del Sur, dirigida por Francisco Izquierdo) 2ª ed. Almería, Instituto de Estudios Almerienses, 1996 (Colección: Alfaix)

*Todos somos aficionados. La vida es demasiado breve
para otra cosa.*

Charles Chaplin

*Yo sé que la Poesía es muy importante. Lo que no sé bien
es para qué.*

Jean Cocteau

INTRODUCCIÓN

La vida como una rambla, como aquella rambla de mi niñez; a veces desolación de sequías, a veces el gozo de la lluvia. Un concierto de trinos por sus riberas, una voltereta infantil en su arenal, una torrentera de furias estériles, ensayo de un lírico riachuelo por sus cauces.

No preguntadme por qué he escrito este libro, no lo sé. Empecé una tarde a recordar mi niñez; intenté contarle a mis amigos mis pecados líricos, mis situaciones esperpénticas, al borde de la payasada, para invitarlos a la sonrisa, a la risa tal vez, y acabé poniéndome serio, refugiándome en mis propios versos, por un itinerario de esperanzas y llantos.

¿Es éste un libro biográfico? Supongo que es un libro al margen de dogmáticos sistemas biográficos, hijo legítimo del gran anarquista que hay en mí.

Octavio Paz ha dicho que los poetas no tenemos biografía, tan sólo poemas. Yo también lo creo así, nuestra verdadera biografía son nuestros poemas.

LA RAMBLA

El poeta es su niñez.

Rilke

CHIRIVEL, MI PUEBLO. Nombre misterioso el de mi pueblo... ¿qué significa? Dijeron amigos erudito-imaginativos: «bello encinar», «valle de la seda»... Un obispo que vino a confirmar, arrimando el ascua a su sardina, dijo que significaba «beso de Dios». Y Juana de Ibarbourou, la poetisa americana, para no darle más vueltas al asunto, me aseguró que Chirivel era, indudablemente, el nombre de un pájaro exótico, soñado, inexistente...

Chirivel tiene una rambla por donde discurrió mi niñez pajarera, una rambla que en realidad es un pequeño río, un río niño, con márgenes pobladas de saúcos y álamos, habitados por jilgueros y ruiseñores. Era la rambla territorio de mis sueños, lugar ideal de mi huidiza y solitaria infancia, gozo de libertades primarias, refugio de tristezas...

Un día (muchos días) estando en mi paraíso me olvidé que existían otros mundos, y no volví a mi casa a la hora de la comida, ni acudí a la escuela, y se alarmaron mis padres con toda razón, y mi madre me castigó a estar el tiempo libre, durante varios días, encerrado en el despacho de mi padre. Yo tenía ocho años, ya casi sabía escribir, y en aquel amoroso cautiverio nacieron mis primeros versos de forma instintiva, mis balbuceos líricos; malos versos entre el desastre ortográfico y la influencia de José María Gabriel y Galán, que era el poeta de la familia. En el despacho de mi padre, colgada del techo, con las espléndidas alas abiertas en actitud de vuelo, había un hermoso ejemplar disecado de águila real, y llegué a creer que sólo me inspiraba debajo de sus alas, y allí, desde entonces, siempre me iba para rimar mis versos campesinos.

Malos tiempos vendrían para desarrollar este instinto poético, malos vientos alejarían por muchos años a los auténticos poetas de mi alcance; un vendaval de sombras y de heridas se aproximaba. Pero de aquellos años tengo

un recuerdo mágico, el de ir descubriendo los misterios del campo; tenía mis itinerarios secretos de nidos ocultos con policromía de huevecillos, de vida en potencia; desvelaba el esplendor amoroso de la vida de los pájaros, recibiendo lecciones de armonía.

Un día descubrí la tragedia de la sed, descubrí que me había tocado vivir en una tierra pobre pero hermosa, en donde podría librarse una batalla a vida o muerte por una gota de rocío. Fue un día en que marché con los segadores de mi padre al campo; en los rastrojos abrasados había un caballo paciendo, y acudían extenuadas las mariposas a beberse las lágrimas de sus ojos, porque en los veranos de fuego y tierra herida, los ojos de un ser vivo eran el único milagro de humedad.

La sed, el recuerdo de la sed se repetiría en muchos poemas a lo largo de mi vida. Hasta mis versos más recientes llegaron aquellas sensaciones de desvalimiento:

SEQUÍA

Volaban mariposas
por el ojo profundo
del caballo, bebían
en un cerco de lágrimas.
Un abanicar leve
en tristeza de párpados,
una humedad de bosque
primario, defendida
cancela de pestañas
entreabriéndose al vuelo
de un tornasol de sedas.

El sol pulverizado,
las chicharras del parto
salpicando la acacia.

Los pequeños afuentes
de la sed confundían
en un suspiro mudo,
las calandrias dormidas
al cobijo del tormo.

Tenía el amor tamaño
de simiente agostada
en un sudario de oro,
rastrojeras osario,
funeral de los élitros.

A lo largo de mis libros, creo que en casi todos está presente de alguna manera la Naturaleza, porque fue en el campo en donde mis ojos se abrieron a la Vida.

JILGUEROS, PALOMAS Y UN PAVO

ENTRE LOS MAESTROS Y PROFESORES DE MI INFANCIA Y ADOLESCENCIA ALMERIENSE-GRANADINA HAY MUCHOS DE CUYOS NOMBRES NO QUIERO ACORDARME. Mal recuerdo a aquel terrorífico maestro, modesto discípulo de Sade, siempre provisto de instrumentos de castigo, o a algunos de aquellos padres escolapios siempre promocionando sus domésticas inquisiciones. ¿Para qué recordarlos? Aquellas cicatrices curaron pronto, lo que sí quedó para siempre fueron las huellas de luz, tan definitivas a esas edades, que dejaron otros de cuyos nombres sí quiero acordarme. Es posible que ellos afinaran mi sensibilidad, abrieran mis ojos a la poesía, condicionaran este andar por la vida con el corazón abierto.

Don Pedro Escudero, aquel maestro valenciano tan aficionado a la música... Vivía Chirivel una esplendorosa primavera. Daban las ventanas de la escuela a una plazoleta con cuatro grandes árboles. Uno de estos árboles, un álamo blanco, casi que entraba con sus ramas por las ventanas y todas las primaveras se llenaba de nidos de jilguero. A veces, el primero de clase, aquel niño tan listo, estaba explicando perfectamente un teorema matemático, y don Pedro, absorto, como distante de aquella circunstancia pedagógica, ordenaba silencio, lo callaba de pronto. Habían empezado a cantar los jilgueros y por las ventanas abiertas entraba a raudales la primavera. Don Pedro quedaba en éxtasis y dejaba escapar exclamaciones de gozo en valenciano, lo cual, para nosotros niños de un pueblo andaluz perdido, daba al ambiente un misterio exótico. Yo creo que lo único que le gustaba a don Pedro de las matemáticas era la tabla de multiplicar, porque la decíamos cantando.

También mi recuerdo para el padre Benito, escolapio, ya en mi época de colegial en Granada. El padre Benito, muy anciano, era como un santo puesto a andar, que había abandonado milagrosamente un retablo, y su sonrisa tenía toda la dulzura del vino de la misa. Él andaba intacto, como una llama purísima entre los furores, las amarguras y los reglamentos. Cuando entraba en la capilla, San José de Calasanz sonreía. Claro está, todos nos confesábamos con él. Yo llegué un día abrumado, lleno de grandes remordimientos, le había robado un par de palomas a mi vecino. Me arrodillé ante él y le dije mi

pecado. Se le iluminó el semblante. -¿Cómo son las palomas, hijo? Colitejas, blancas, le contesté. Se transfiguró su rostro y me habló largamente de razas y colores, de sus palomares soñados. Yo estaba desconcertado, no sabía de su afición a las palomas. De pronto se puso serio y empezó a decir: -Tendrás que devolverlas... Yo le interrumpí diciéndole que las tenía encerradas y que tenían nido. -El asunto es delicado, me contestó, no debemos interrumpir ese ciclo biológico, déjalas que críen, que hagan dos crías, y después las sueltas y al recuperar su libertad ellas elegirán entre tu palomar y el de tu vecino. Quedé algo desconcertado ante tan insólita solución y le pregunté tímidamente: -¿La penitencia, padre? Y me contestó: -Cuando críen, hijo, me traes un par de pichones de la segunda cría.

Y de una manera especial recuerdo a mi profesor de dibujo, durante todo el bachillerato, don Miguel Ruiz Molina. Había que hacer un dibujo para el examen de fin de curso y, apartándose de su costumbre de ponernos a pintar figuras clásicas -narices griegas, torsos helénicos-, nos puso de modelo un ave de corral, creo recordar que un hermoso pavo con la cola desplegada, haciendo la rueda. Yo, pésimo dibujante, después de muchos intentos frustrados, no consiguiendo pintar al animal, vi con sorpresa que, sin conseguir remediarlo, la cola que yo intentaba pintar iba tomando aspecto de cabellera de mujer, y seguí por aquel camino imprevisto, y lo que debía ser un pavo fue una modesta Gioconda a la que no pude conseguir hacerle sonreír. Tampoco sonrió don Miguel al verla y cruzó por su cara un instantáneo gesto de enfado, pero pronto rió, divertido y acabó felicitándome y dándome como todos los cursos, un sobresaliente. Yo recibía de sus manos la papeleta con la nota, lleno de rubores, avergonzado de tanta generosidad. Él se dio cuenta y me dijo: -Se premia la imaginación y las buenas intenciones.

Don Miguel, como he dicho, siempre me daba sobresaliente y yo, mal estudiante, tenía el problema de cómo colocar la buena nota de dibujo entre las otras papeletas con notas casi catastróficas, en el momento tremendo de entregarla en mi casa. ¿La primera...? ¿La última...? ¿Cómo haría mejor efecto? También sonreía San José de Calasanz cuando don Miguel pasaba por el patio contiguo a la capilla y se oía su voz de granadino profundo -sonoridad de las entrañas-, su voz tan granadina como la de una campana del Albaicín, como el canto de un ruiseñor nacido en la Alhambra, como la voz del agua que nunca es en Granada risa frívola de fuente artificiosa, sino queja y suspiro de rota vena de la tierra.

Don Miguel era bajito para disimular su enorme corazón de Caballero Andante. Don Miguel, a veces, se ponía furioso y yo descubrí que era falso su mal carácter circunstancial, lo que buscaba era un intento de distraerse para sus recónditos manantiales de ternura. Él siempre despreció la vanidad del pavo y quedó cautivo en la leve sonrisa de la Gioconda.

DESCUBRIMIENTO DE LA CRUELDAD

ANTES DE LA GUERRA MI PADRE ERA REPUBLICANO, DE IZQUIERDA REPUBLICANA, Y RECUERDO UN DÍA EN QUE LLEGÓ A MI CASA DON AUGUSTO BARCIA TRELLES, famoso político de la época, y hubo banquete y mitin desde el balcón. Después de la comida me subieron en una silla para que diera un viva a don Augusto, quizá como queriendo que mi voz infantil augurara, como un símbolo, un largo futuro de victorias. Yo me negaba a darle el viva porque mi abuelo Juan era de la CEDA, y lo había visto aquella mañana muy enfadado porque había llegado aquel señor, y yo de pie en la silla sin saber qué hacer, como en una frontera de traiciones, hasta que salté y salí corriendo para la rambla. Vivía en mi casa y en la de mi abuelo, que estaban la una junto a la otra, pero vivía mucho más en la de él y, sin entender nada, adivinaba una especie de cordial ruptura familiar. Poco después, el anuncio de la guerra sonaba en mis oídos con ecos de catástrofe irremediable.

Es tremenda la llegada de la guerra ante los ojos de un niño, ante mis ojos acostumbrados a la paz de los pájaros; el recuerdo de la guerra desde aquella contemplación infantil es una marca feroz en la memoria porque supone el descubrimiento súbito y desnudo de la crueldad. Chirivel estuvo, estuvimos, los tres años de guerra en zona roja, lejos de una guerra de trincheras, viviendo la tragedia de otra forma. En honor a mi pueblo, a sus gentes, hay que decir que no había odios (nunca los hubo), lucha de clases, diferencias abismales, lucha de extremismos políticos..., y por lo tanto no ocurrió nada; una sola persona muerta por gentes extrañas que iban de paso. Pero en algunos pueblos vecinos, sobre todo en los limítrofes de la provincia de Granada, tomó proporciones inmensas la muerte y la crueldad. Chirivel, su gente en general, se dedicaron con riesgo y valentía a defender y esconder a gentes desvalidas que huían de la muerte. Se agigantaron mis padres ante mis ojos, valientes y atentos ante la ayuda decisiva, solícitos y generosos. Mi padre olvidó sus tendencias políticas para dedicarse de lleno, arriesgando diariamente la vida, a la humanitaria tarea de ayudar a los perseguidos por un furor ciego y exterminador. De muchas formas y en muchas ocasiones influyeron en mis versos las vivencias de aquellos tiempos, hasta en un poema reciente recuerdo a aquel paisano mío, que

trabajaba con mi padre en las siegas, que fue voluntario al frente y al acabar la guerra llegó en desbandada, hasta su exilio en Londres, resignándose a vivir, acoplándose a una sociedad industrial:

“Alberto, paisano, ¿estás apretando el mismo tornillo desde el año 39? Aún nos queda la huella de tu pañuelo rojo cuando saliste aventado por el cierzo de Franco... Te traigo aquel patio de Chirivel donde tu madre repartía el gazpacho desde un lebrillo color caramelo, y tú, en el descanso de las hoces, dejabas el último sudor en los anocheceres del fandango.

¡Qué tiempos de cebolla y remiendo, querido Alberto!

No siento verte convertido en un lord, compartiendo una casa de campo con un tal Willian Clopton, brindando con whisky escocés en Nochebuena, olvidado de aquel terrible fandango en que una loca daba el pecho a una muñeca...

Lo que siento es que has estado apretando el mismo tornillo durante cuarenta y seis años, mientras en Chirivel generaciones de jilgueros poblaban el esplendor de los saúcos y el campo se enlutaba sin tus voces”.

Las situaciones extremas que se viven de niño marcan profundamente y reconozco que, hasta ciertos límites, he estado marcado por aquellas vivencias. La afirmación de Ortega: «*Yo soy yo y mis circunstancias*» es decisiva. El rechazo a lo malo próximo y vivido es mucho mayor que el rechazo a lo malo, pero lejano y oído. Estoy seguro que a muchas gentes que vivieron los horrores de la zona nacional (no se puede, no se debe seguir comparando ni defendiendo a nadie porque sería una manera de continuar la contienda civil) les pasó lo mismo. Para mí, por entonces y durante bastante tiempo, José Antonio Primo de Ribera habría sido la solución de España, en mi ambiente era un mito, un ser puro capaz de habernos traído la paz y la justicia social. Esto mismo pensaron otros poetas de buena fe: Rosales, Ridruejo, Panero... y muchos de mi generación. Por esto, en mi libro *Piel de toro*, sobre el tema de España, le dedico un poema junto a los que me inspiraron Lorca, Antonio Machado o Miguel Hernández. Equivocado o no, siempre he sido sincero, aunque me perjudicara en muchos aspectos.

También se ve a veces la inclinación causada por mis vivencias, de forma inevitable, en algunos poemas de *Valle de todos*, aunque el tema del libro es la reconciliación, aprovechando la idea del Valle de los Caídos, a través del sentimiento religioso:

CUELGAMUROS

La primavera por el valle avanza
empujando al laurel, subiendo al pino.
La seda de la rosa abre camino.
Se parte el cielo en cruz y en esperanza.
Hay que hundir en el polvo cualquier lanza,
hermanarse al aroma, darse al trino;
llegar castos, desnudos, al destino
donde la piedra llora en su templanza.
Grito de piedra, llanto derramado
y recogido en alas de querubenes.
No vale decir guerra ni victoria.
Oración de granito incorporado.
España en cruz limita con las nubes.
Cuelgamuros. Cuelgaalmas. Cuelgagloria.

Muchos años después me enteré que para hacer el monumento se habían utilizado presos políticos, y me fui enterando de que nadie pensaba en reconciliaciones, y me dio rabia de haber utilizado el tema. El libro, claro está, no podía gustar a vencedores ni a vencidos. Mi sinceridad me había situado una vez más en una tierra de nadie, poniéndome en situación propicia al ataque y la marginación. A pesar de todo, estuvieron a punto de darle el Premio Nacional de Literatura, quedando finalista, y siendo premiado en aquella ocasión *Arde el mar* de Pedro Gimferrer; un buen libro de un poeta joven que aportaba una voz propia y vigorosa al panorama literario de aquellos años. El adaptarse a las circunstancias para medrar o complacer, casi siempre es tarea de sinvergüenzas. El cambiar de pensamiento todos los días un poquito, por vivencias, lecturas..., es de hombres libres e inteligentes. Tardé años en desechar “mi verdad” para situarme en el justo sitio de la verdad (que quizá sea una nueva «verdad» mía), pero continuó irremediablemente, aunque de manera más rotunda y pura, en una tierra de nadie.

El relato que sigue, inspirado en aquellas circunstancias de la guerra, es en cierto modo biográfico, en muchas de sus partes, aunque con camuflajes y adiciones de experiencias ajenas, fiel a aquel ambiente.

EL PROYECTOR

PARA DARLE A LA PARED MÁS BLANCURA EXTENDIMOS SOBRE ELLA UNA SÁBANA DE LA CUNA DE MI HERMANA PEQUEÑA. Íbamos a abrir la puerta de un mundo nuevo, estrenábamos el pequeño proyector de cine que nos habían mandado aquellos hermanos de mi madre que antes de nacer yo habían marchado a Barcelona, y de los cuales llegaban cartas que mi madre leía en la cocina, limpiándose las lágrimas con el mandil. Cartas que hablaban de humos y cansancios, de añoranza de horizonte con trigos.

Mi padre volvía del campo y encontraba a mi madre llorosa, con el papel rayado, con temblor de letras torpes entre las manos, y siempre exclamaba ¡dichosos ellos!, y mi madre lo miraba seria y hablaba de habitaciones tremendamente vacías, del dolor de un deshabitado viento a su lado.

Un día llegó aquel paquete misterioso y fue como un acontecimiento en la casa, y todos nos reunimos mientras mi padre rompía el papel crema del envoltorio con su nombre muy claro, escrito en letras rojas, y cuando apareció aquella extraña caja oscura con extrañas ruedas brillantes y manivelas primorosas, todos nos emocionamos, y mi hermana pequeña hacía esfuerzos por subirse a la mesa para participar en el acontecimiento, y mi padre daba grandes chupadas a su pipa cargada de tabaco verde, sin saber por dónde tocar aquel artefacto, y mi madre, nerviosa, dulce, ligera, iba de acá para allá -¡no nos olvidan, no nos olvidan!- entre la sonrisa y el llanto.

Fue don Pedro, el maestro, quien nos explicó la manera de hacerle funcionar; él mismo instaló en la cocina un enchufe eléctrico y nos adiestró en la manera de colocar la cinta y en darle a la manivela despacito, muy despacito. Ya sólo faltaba esperar la noche, pues en nuestro pueblo sólo había dos horas de mala luz eléctrica -para hacer la cena, decían- producida por un viejo motor que funcionaba con cáscara de almendra, gas pobre llamaban a eso, y esta denominación producía en mí una sensación de desamparo, sobre todo desde que me llevaron a la ciudad para hacerme la fotografía de primera comunión y vi el esplendor de las calles iluminadas, y en la pensión no podía dormir viendo la luz que entraba por la ventana durante toda la noche.

Pusimos una sábana de cuna sobre la pared, como ya he dicho, y metimos en la habitación todas las sillas de la casa. Allí estaba don Pedro y su mujer, que era valenciana, y no había Dios que la entendiera, mis dos hermanas con la ilusión en los ojos, sobre todo Rosa, que era muy soñadora y siempre esperaba fantásticos aconteceres; Tomasín el del herrero; Juan el hijo del *Risicas*; Manolito Espín..., vamos, los amigos; una multitud de amigos con los que compartía las pesadas horas de escuela y las felices horas de pájaros, y también Amparito, la hija del cabo de la Guardia Civil, aquella niña rubia, amiga de mis hermanas, con la que soñaba todas las noches y a la que no podía mirar de frente sin echarme a temblar.

Cuánta felicidad sentí cuando don Pedro me puso frente a la sábana para que le diera a la manivela despacito. Yo me sentí importante junto a la niña del cabo que vino hasta mi lado corriendo, hasta rozarme con sus trenzas, hasta envolverme con sus olores de primavera. Apagamos la luz, se iluminó la sábana y apareció un ser humilde y dulce, caminando por un largo camino. -Es Charlot, dijo don Pedro, ése es Charlot-. Todos reímos con la agilidad torpe de su paso.

Iba Charlot por el camino, sonriéndole a las flores, con pasitos de pájaro, jugando sus manos con el bombín, con el sombrero hongo como resto, como símbolo de felicidades perdidas. El camino tenía árboles como los de la plaza, yo creo que eran acacias, ese árbol predilecto de los jilgueros, en el cual se hacía difícil encontrar sus nidos blanquísimos contruidos con lana perdida a las ovejas al enredarse en las aliagas de las lomas, porque estaban camuflados entre largos racimos de flores blancas.

De pronto apareció en el camino una mujer bellísima, pálida y hermosa, que sonreía a Charlot invitándolo a que abandonara su vagabundez solitaria. Charlot alzaba su sombrero ceremonioso y sonreía feliz cuando ofrecía su brazo y continuaban por el camino, muy unidos, en un acelerado -yo pensé que por la dicha que hacía galopar sus sangres- paseo de enamorados. Se sentaron en un banco y sus gestos eran un hermoso poema de felicidad. Yo miraba de reojo a Amparito que tenía sus bellos ojos azules húmedos de emoción y soñaba algún día estar junto a ella, sentados en el banco de un largo camino solitario, un camino largo como la vida, para andar juntos.

Pensé en mis palomas apareadas que pasaban el día arrullando, en una persecución gozosa; en los chamarices del huerto que, cuando estaban haciendo nido en el olmo, quedaban quietos en su vuelo, como suspendidos

en el aire, crecidos en su pequeñez, con un trino que inundaba la tarde; en el concierto de las perdices ocultas en los trigos, que había oído cuando iba con mi padre a comprobar el crecer esperanzador de la sementera.

Para mí, el hermoso lenguaje de gestos de Charlot y su amada, era igual que el arrullo de mis palomas, que el trino del chamariz parado en el aire, que la llamada de las perdices en primavera; el único lenguaje que ennoblecía a todos los seres de la tierra y que, pensaba yo con mis diez años recién cumplidos, era un idioma universal e indispensable por el cual era hermosa la vida.

Apareció de pronto por el camino un ser enorme, un hombrón siniestro de mirada agria que avanzó hacia los enamorados, y que cogiendo a Charlot como a un triste muñeco desvalido lo golpeó ferozmente, derribándolo. La mujer corrió a ocultarse detrás de un árbol, y desde allí asomaba su rostro lloroso e implorante, y en la mirada de Charlot caído estaba la tristeza de todos los seres humillados del mundo.

Fue entonces cuando en la calle, rompiendo brutalmente el silencio de aquella noche de verano, sonó un disparo y se oyó un ruido de gentes corriendo, y gritos y voces desgarradas y terribles.

Fue estrepitosa y rápida la desbandada, los niños salimos veloces hacia la calle, desoyendo la llamada de mi padre, que una vez recuperada en parte su serenidad, intentaba no dejarnos salir. Don Pedro repetía exaltado: -¡Tenía que llegar, tenía que llegar!- mientras su mujer gritaba algo en aquel lenguaje ininteligible. Yo fui hasta el quicio de la puerta y miré a la calle mal alumbrada. Vi cruzar un coche negro y por una de sus ventanillas, con medio cuerpo fuera y una pistola amenazante en la mano, vestido con su traje de todos los días pero con un casco militar en la cabeza, reconocí a aquel secretario del Ayuntamiento que había venido meses antes del norte y que representaba, según había oído en conversaciones que no entendía bien, a no sé qué partido político. Vi correr en tumulto a los segadores que llegaron de Levante, como en años anteriores, buscando el jornal en estas tierras de cosecha más tardía, después de haber acabado la siega en su comarca. Los vi perderse calle abajo, con sus zahones de lona remendada y los grandes sombreros de paja sombreando sus miradas entre el miedo y el odio. Vi pasar al padre de Amparito y otros guardias civiles, veloces, con las armas dispuestas, mientras grandes llamas salían por las ventanas del cuartelillo que estaba en la parte alta de la calle, junto a la plaza.

Todo fue una visión momentánea y terrible para mis ojos de niño, que quedó interrumpida cuando mi padre me arrancó de la puerta, cuando me sentí arrastrado por su mano poderosa hasta el interior de la casa.

Excitado, como dislocado por tremendos asombros, empecé a correr de unas habitaciones a otras. En el dormitorio mi madre lloraba rezando, de rodillas junto a la cama, y mis dos hermanas estaban sentadas en el suelo, abrazadas y temblorosas, sin comprender qué inicio de cataclismo llegaba a nuestras vidas desde aquel disparo en la noche. Mi padre se había derrumbado sobre una silla del pasillo, y estaba con la cabeza entre las manos y sobre las rodillas su escopeta de caza. Pasé a la cocina y pude llegar hasta el proyector, apartando aquel montón de sillas caídas. Antes de desenchufarlo miré a la pared. Allí estaban los personajes inmóviles de aquella cruel escena interrumpida por el estampido sordo de un disparo. Allí estaba Charlot pisado por aquel hombrón terrible, con sus ojos mansos como dos manantiales de dolor y de asombro.

Aquella noche no pude dormir, dormía a intervalos, alternando pesadillas con reflexiones elementales producidas por el choque violento de mi inocencia con la tremenda realidad que acababa de descubrir. Aquella noche crucé un pórtico decisivo, desde un mundo feliz de juegos y pájaros hasta el inicio de largos días de llanto y desamor. Vi en sueños a la hija del cabo, enlutada, por un camino solitario, como si los años hubieran pasado de repente por su hermoso rostro de niña, como envuelta por una niebla de vejez. A los pocos días este sueño se hizo trágica realidad, cuando fui con mi madre a la casa de unos vecinos en donde se había refugiado la familia del cabo, y encontré a Amparito tal como la había soñado, pálida y enlutada, quebrada su sonrisa como un cristal precioso, y en aquel revuelo de saludos y lamentos, venciendo mi timidez, apreté sus manos con las mías y sentí la impresión de tener entre ellas un pájaro muerto. Después supe que su padre había caído mortalmente herido, aquella noche inolvidable, en las calles altas del pueblo.

En el sucesivo, trágico acontecer, fui aprendiendo lecciones de desamor y siempre estuvo presente en mí el recuerdo de aquella noche interminable, como el de aquel día en que queriendo regresar a mi mundo perdido, me fui a la rambla a cazar pájaros y puse los espartos untados con liga, en el hilillo de agua que nacía entre los saúcos. Cuando ya me decidía a volver con la jaula llena de pajarillos inquietos, apareció Casimiro por entre las bardas.

Aquel mocetón alegre tenía la mirada torva y distinta, se abalanzó sobre mí cruzándome el pecho con una cuchilla de afeitar mientras gritaba -¡fascista!-, y se fue corriendo con una carcajada escalofriante. Yo quedé derribado en la arena pensando que no era Casimiro, que era un cruel viento llegado de los infiernos lo que me había herido. Y aquella palabra... ¿qué significaba fascista?, ¿por qué me lo decía a mí? Me incorporé apretándome el pecho, la blusa rajada, el arañazo del que brotaba sangre, y sin saber por qué me fui hasta la jaula de pájaros enloquecidos y les abrí la puerta. Un chorro multicolor de plumas se disparó hasta el cielo y algunos jilgueros y verderones frenaron su escapada y se pararon en las ramas de una mimbrera próxima, trinando, como agradeciéndome su libertad, mientras regresaba a mi casa con la jaula vacía, con la herida apretada, hasta ser cobijado por la mirada dulce, intentando disimular sorpresas y terrores, de mi madre. Días después me llevó -no digas nada, hijo- a una cueva de las afueras del pueblo, con la puerta medio tapada por matojos y tierra. Allí estaba oculto don Anselmo el cura, y en aquellos momentos decía misa. Estaba envejecido, con presentimiento de muerte en los ojos, y el latín de sus labios era como un lamento. Un grupo de gente, sobre todo ancianos, seguía la misa, y ayudaba Nicolás el pastor, y cuando tocó la campanilla sonó sorda, sin aquel sonido de cristales rotos, y supe que tenía el badajo envuelto en trapos -para que no se oiga afuera, decían- y la gente rezaba con palabras apagadas por el miedo. Yo pensaba en la alegre escapada de mis pájaros, en las campanas enmudecidas de la iglesia, en aquella campanilla amordazada, y por primera vez desde aquella noche, por todos los dolores pasados y los dolores presentidos, comencé a llorar y tuvo que sacarme mi madre a la calle y llevarme abrazado hasta la casa por los oscuros callejones desiertos, y aquella noche dormí sobresaltado, despertando a cada instante por la sorda voz de la campanilla.

Después se fueron sucediendo desgracias y ferocidades; murió don Anselmo atado y arrastrado por un camión, envuelto en los ladridos de perros callejeros; se llevaron a mi padre al frente y mi madre andaba como sonámbula por la casa, con una escarcha perenne en las pupilas... Un día llegó un camión de hombres violentos, prendieron una gran hoguera en la plaza con las imágenes y los retablos de la iglesia, y a otra madrugada se llevaron casi a todos los hombres que quedaban en el pueblo, muchos de los cuales nunca más volvieron.

Un día se inició la esperanza transmitida por radios clandestinas y voces secretas. Nos hicieron pensar que más allá del terror cotidiano de nuestro

pueblo, una legión de arcángeles, un bando de seres puros y generosos avanzaba con sus espadas de justicia para liberarnos definitivamente. Hasta aquí podíamos oír sus himnos desde emisoras distantes, en los escondidos graneros, en la clausura de las bodegas, sus himnos que hablaban de amaneceres, de una cosecha decisiva de rosas.

Un día volvió mi padre cansado y enfermo. Nos dijo que aquellos arcángeles soñados no tenían alas, que él había visto en pueblos ocupados las mismas huellas del odio y de la muerte. Mi padre traía un librito en su mochila, era un libro de versos que se titulaba *Romancero gitano* y que le había dado un oficial de su compañía. Mi padre lo leía en voz alta, emocionado, con los ojos húmedos:

«Compadre, quiero morir
decentemente en mi cama,
de acero, si puede ser,
con las sábanas de holanda.
¿No ves la herida que tengo
desde el pecho a la garganta?».

Después nos dijo que aquellos versos eran de un poeta que habían matado en la otra zona y que se llamaba Federico. Yo no sabía muy bien lo que era un poeta y se lo pregunté después de una de aquellas lecturas en familia, cuando se abrían ante mí ventanas a un mágico mundo de palabras hermosas. Mi padre me dijo que a él le parecía que un poeta era algo así como un novio eterno de los seres y las cosas, y yo no comprendí muy bien pero pensé que no debía matarse a ningún hombre, mucho menos a los que ejercían un oficio de amor.

Cuando hablaron de paz y entraron en el pueblo soldados con un revuelo de himnos y banderas, había gentes que intentaban recuperar la alegría. Yo perdí para siempre una esperanza, aquel sueño infantil con llegada de arcángeles, y volvió el recuerdo de aquella noche, de aquel primer renglón de todos los dolores, de todas las historias que cruzaron mi niñez desconcertada, y seguí viendo los ojos mansos y humillados de Charlot pisoteado por aquel hombrón siniestro, en la película interrumpida en aquel anochecer del dieciocho de julio de mil novecientos treinta y seis.

ESTUDIANTE EN GRANADA

RECIÉN ACABADA LA GUERRA, MIS PADRES, IMPACIENTES POR NUESTRA FORMACIÓN, NOS MANDARON A MI HERMANA ROSARIO Y A MÍ, A LOS MAYORES, A GRANADA, y como no era posible costear colegios con el producto de las tierras que cultivaba mi padre, decidieron irnos todos a aquella ciudad, a la conquista de la ciudad. Eran tiempos difíciles, tremendamente difíciles aquéllos de la posguerra. Mi madre, valiente, siempre decidida a ganar la batalla, empezó a trabajar como modista, y algo después alternaba este oficio con el profesorado de corte y confección en la casa y en la Escuela de Artes y Oficios. Años después llegó a tener un sistema, un método propio, y a publicarlo, haciéndole yo el prólogo. Esta decisión de mis padres, en aquellos tiempos, era heroica. El recuerdo de mi madre joven, incansable, desvelada, siempre optimista, siempre en entrega, es un manantial de amor en la memoria.

Adolescente espejo. Hiedras altas
de Granada, conquista del alero.
El primer arañazo sobre el pecho.
El probador. Las manos de mi madre
sobrevolando un cénit de alf leres
hasta apagar su seda en la pradera
martirizada de los acericos.
Perf l multiplicado en los espejos,
el lento carrusel de los azogues
del probador, y un canto con adelfas
en el taller vecino. Algunas veces
la fuente se asomaba a la ventana,
angeleaba la luna una paloma,
los árboles en corro de la Plaza
de la Trinidad, daban
orla de brotes nuevos a la vida.
La pirámide azul de los amigos
alzaba un festival en los espejos.
Largo ya el pantalón y largo el sueño.

La mayoría de los niños de aquella época, por una u otra causa, terminábamos en el Frente de Juventudes. Allí estaban los amigos, los juegos, el bullicio, las excursiones al campo... Se desarrollaban nuestras actividades en edificios nobles de la ciudad, entre gloriosos muros maltratados (Palacio de la Madraza, Monasterio de San Jerónimo...) y en campadas al aire libre, en la maravilla de los campos próximos. Fuegos de campamento, desafinados himnos, los primeros cigarrillos a escondidas, mucho trompeteo... Yo duré poco.

Un día hicimos una marcha a Fuente Vaqueros. Allí conocí (era de la organización) recitando sus versos folklóricos (tan malos como los míos) al que después sería gran poeta y gran amigo, José Carlos Gallardo, hoy agente cultural de la Embajada de España en Buenos Aires. En aquel acto «cultural» de Fuente Vaqueros no se nombró para nada a García Lorca.

Otro día desfilábamos por una de las calles principales de la ciudad; arrogantes y enardecidos, entre himnos y banderas. Las gentes levantaban el brazo, haciendo el saludo romano, a nuestro paso. De pronto la voz de mando ordenó parada y el jefe de centuria, de cuyo nombre no quiero acordarme, abandonó la formación y fue a darle una tremenda bofetada a un hombre mayor que estaba en la acera y que no había levantado el brazo. Trabajo me costó no salir corriendo, pero aquella noche no podía dormir y lloré recordando la cara de aquel hombre, aguantando impasible la bofetada del adolescente, con los dientes apretados, cerrado y silencioso en su dolor. Aquello no era un juego, continuaba la guerra... Y deserté sin explicaciones, y cuando me buscaron porque el jefe quería verme, contesté: -Decidle que me he muerto.

Los viajes continuos entre Granada y Chirivel, pues en vacaciones siempre volvíamos al pueblo, los hacíamos sobre camiones de estraperlistas cargados de patatas o de tabaco verde, en que los camioneros repartían su miedo entre los maquis y la guardia civil. También en tren, interminables y tristes viajes en tren, para enlazar en Baza con destartalados coches de línea. Después mi padre fue comprando coches viejísimos (lo que había entonces) y aquello era peor... Recuerdo un viaje en que tardamos varios días en llegar al pueblo (lo que debe tardarse a pie) pues llevamos el coche empujándole casi todo el camino, menos en Purullena, en que ya estábamos extenuados y mi padre tuvo que alquilar dos vacas para subir al vehículo por una cuesta. En ese viaje se dieron todas las averías posibles y algunas imposibles. Tam-

bién tuvimos un «gasógeno» espectacular y divertido, que andaba con leña, y había que parar con frecuencia para llenarle el gran depósito, y uno de los problemas que tenía es que los pavos o pollos que intentaba llevarse mi madre para Granada, llegaban muertos, asfixiados por la gran humareda en que marchaba envuelto el vehículo. Pero nada más triste que los trenes, aquel tren fatigoso que llamaban «el alicantino» y que llevaba en sus vagones la amargura tremenda de la posguerra. Quedó para siempre entre mis versos:

TRENES

Trenes en el insomnio, con soldados cantando,
antiguos trenes de la memoria;
masticando llanto de niños, suspiros de mujer;
cruzando fronteras sin regreso.
Ejes, ruedas, palancas furiosas
arrancando la sagrada raíz.
Mentira de paisajes
con la yerba asomada,
con fugadísimos árboles mutilados,
con pájaros persiguiendo al suspiro.
Trenes cruzando el oscuro corazón de los montes
para salir de nuevo a la vida,
para repetir árboles y llantos,
para remolcar toda la niebla,
para dejar al hombre uniformado
en la tremenda soledad de la historia.
Trenes de guerra, oscurísimos trenes
color de odio, rebeldes a una orden
que intente camuflarlos de campo,
invulnerables al dulce sabotaje de las flores,
rompiendo la canción con su monótono martillo;
en donde intentan dormir viajeros arrancados
de brazos de mujer, de iniciadas besanas,
limitando en postales su equipaje.
Citas, fugas, hogares imposibles
en el último baluarte de los sueños.
Trenes de retaguardia; mujeres con sus cestas de legumbres,
plegadas mujeres con hijos y soledad por equipaje.

Estos trenes cruzaron nuestra infancia,
abrieron tristes túneles como llagas
en nuestra carne niña, dispersaron los pájaros,
interrumpieron juegos iniciados.
¿Por qué nos acusáis de llevar en el alma
la sonrisa truncada, como un vidrio precioso que no pudo
llegar a copa? ¿Cómo
no comprendéis el peso que arrastramos
de maderas tristísimas,
preparadas para fabricar maletas y ataúdes
en las humildes carpinterías de los pueblos?
Estamos esparcidos, hierro y tierra,
por los nuevos caminos,
lágrima evaporada, sudor perdido en la reciente gleba.

Nuevos viajeros que pasáis cantando,
respetad esta huella lacerada,
seguid en vuestros trenes felicísimos.
Se cruzan trenes, trenes en la niebla
de la memoria, trenes fatigosos,
sin destino seguro, sin la gracia
de niños vigilando el apeadero.
Tratamos de olvidar la pesadilla
de negras estaciones devorando
nuestra rota niñez desconcertada

Pocas actividades culturales había entonces en la ciudad, pocas y pobres. Uno de los escasos lugares en que se hacía algo, algún teatrillo, algún recital, era en la Congregación *los Luises*, de los jesuitas. Allí leí por primera vez varios poemillas, y desde el escenario veía las caras de la gente, burgueses acomodados, muy complacientes; pero al llegar a aquel verso, «mi corazón es un membrillo», influencia nefasta de los pocos poemas que conocía de García Lorca, todo el mundo empezó a reír ante mi atrevimiento de comparar al corazón con una fruta, y me bajé del escenario desconcertado.

Allí, en aquel ambiente, conocí a José Tamayo, que después sería famoso director de teatro, y me invitó a participar en su compañía, el *Teatro Lope de Vega*, entonces en formación. Empezamos a hacer representaciones de teatro clásico durante las fiestas del Corpus; venían artistas de Madrid (Mercedes

Prendes, Carlos Lemos, etc.), para interpretar los papeles principales, y todo lo demás lo hacían buenos aficionados locales. Sólo tomé parte en dos obras, con resultados catastróficos, a pesar de la modestia de mis intervenciones. Soy un mal actor, en el teatro y en la vida, pero a esto se unía mi indisciplina, mi propensión al despiste, mi mala suerte... Las dos obras eran de Shakespeare. Siempre se empezaba de extra y en *Romeo y Julieta*, que se representó en el gran patio del palacio de Carlos V, yo era un criado. Busqué entre el vestuario que habían mandado de Madrid unos pantalones que me vinieran y mi búsqueda fue inútil, aquellos ceñidos calzones me estaban estrechísimos. Por eso, cuando en la reyerta entre Capuletos y Montescos estaba batiéndome de espaldas al público, una enorme carcajada atronó el recinto. Me extrañé porque la escena no era precisamente de risas, y pronto caí en la cuenta de que se descosieron mis pantalones y estaba prácticamente en calzoncillos, a la intemperie. A esto se unió que, despistado, me metí en la escena del baile e intenté bailar con una dama, pese a mi condición de criado; falta gravísima e imperdonable. A pesar de todo este desastre, tras las regañeras de rigor, demostró Pepe Tamayo la buena predisposición hacia mi persona dándome un papelillo ya hablado, el del viejo Cobbo del *Mercader de Venecia*. Salía a escena con una barba blanca y el pegamento con que me la pusieron no debía estar en buenas condiciones porque en medio de la representación se me cayó, y como mi voz camuflada y temblona de viejo en desgracias, no iba bien con mi cara juvenil, me agaché y acabé la escena sujetándola con las manos, entre el pitorreo del público. Se daban dos representaciones y en la segunda, ante la comprobación de que el pegamento no valía, decidieron los maquilladores atármela a las orejas, y fue peor porque al empezar a hablar se salió de la barbilla tapándome la boca, teniendo que estar tirándome de ella para salir del paso, y el público reía. Soy mal actor pero hay que reconocer que esta «carrera» fue truncada en sus comienzos por la fatalidad. Pepe Tamayo, con buen criterio, decidió prescindir de mi persona, pues si hubiera seguido entre sus huestes nunca hubiera conseguido ser el famoso director de teatro que ha sido.

La representación del *Mercader de Venecia* fue en 1946, y en este mismo año organizamos un homenaje a Lorca, el primer homenaje escrito que se le hizo. En este año también publico el primer libro, un libro del cual hice desaparecer, hace algunos años, los ejemplares que había a mi alcance. Fue, no un hijo natural ni un hijo bastardo, un verdadero aborto. Se titulaba *Poesía (Amorosas. Granada. Estampas de la Raza)*, estando escrito (muchas de sus composiciones eran del tiempo de la guerra) con desconocimiento

de lo que la verdadera poesía debe ser. Lo único original fue la manera de financiar la edición.

En Chirivel, años antes, en fronteras de niñez-adolescencia, un amigo que marchó con su familia a la emigración y no he vuelto a ver, y yo, encontramos en la calle una moneda de cinco duros. La guardamos celosamente y llegó la ocasión de invertir. Cerca de Chirivel, en el término municipal de Albox, en plena Sierra de las Estancias, se encuentra el santuario de la Virgen del Saliente, Virgen con fama milagrera en muchas leguas a la redonda. Chirivel es sitio de paso de los pueblos granadinos próximos hacia el santuario, cuando llega septiembre. En aquellos tiempos, en que escaseaban los automóviles, las gentes hacían el recorrido con todo tipo de caballerías, siendo corriente que al llegar a Chirivel hicieran un alto, acamparan en la frescura de su rambla, único oasis en todo el camino. Rompía la monotonía de la vida del pueblo el paso de los peregrinos, acudiendo los niños a la rambla por curiosar las acampadas. Aquel día que fuimos mi amigo y yo, encontramos a una humilde familia del pueblo granadino de Orce con el problema de la burra que había parido en plena marcha (no llevaban cuenta o la habían hecho mal sobre la fecha del parto), no sabiendo qué hacer con el borriquillo. Entramos en tratos y conseguí comprarlo en cuatro duros, que entonces eran una pequeña fortuna. Lo fuimos criando con biberones e hicimos feliz su infancia de burro, y fue creciendo manso y alegre, como aquel Platero universal de Juan Ramón Jiménez. Pronto decidió la familia de mi amigo marchar a Francia, adquiriendo yo la propiedad total del animal, pagándole su parte, dos duros, importante suma que conseguí me diera mi madre. Cuando marché a Granada, al empezar el curso, mi abuelo Juan se hizo cargo del animal que fue creciendo, trotón y vigoroso, y que pasado el tiempo se convirtió en un espléndido ejemplar que vendió mi padre en tres mil pesetas. Con esas tres mil pesetas, años después, publiqué el primer libro. Siempre me arrepentí de aquella decisión prematura. La portada en color y las ilustraciones eran de un amigo pintor, Juan Manuel Burgos, que murió joven, y que también me haría la portada de *Ancla enamorada*, el que considero mi auténtico primer libro.

Diez años después de la compra del burro, otra circunstancia relacionada con la romería de la Virgen del Saliente, iba a ser decisiva en mi vida. Conocí a Patricia, que sería mi mujer, de retorno del santuario en automóvil (no en burro) camino de Galera, su pueblo granadino. Fue un rápido flechazo a través de la ventanilla de un viejo coche, en un encuentro fugaz y decisivo que siempre agradeceré a la Virgen del Saliente.

Estudiaba Derecho sin mucho entusiasmo, a media carrera me di cuenta de que no me gustaba, de que había equivocado mi vocación, y la terminé pensando en el sacrificio de mis padres. Mis actividades, al margen de los estudios, eran múltiples y mi convivencia feliz con los amigos, mi gran riqueza siempre...; los de los estudios y las excursiones..., los de la literatura y el arte... En el Conservatorio de Música y Declamación recibí clases durante un curso con don Narciso de la Fuente, un viejo periodista que parecía contemporáneo de Larra, solemne y despistado. Éramos sólo dos alumnos, el otro era un extraño muchacho que murió joven, apellidado Pons, que estaba dedicado sólo a los lances amorosos, al ejercicio de la esgrima y a la declamación grandilocuente. No declamamos nada en todo el curso, que se lo pasó don Narciso dictándonos unos apuntes de teoría teatral del siglo XVIII. Cuando llegó el examen nos dijo que escribiéramos todo lo que supiéramos sobre declamación y se fue a tomar café al bar de la esquina. Cuando volvió le dimos todos los apuntes que nos había dictado durante el curso, respondiéndonos con un sobresaliente.

Este señor era el mismo que presidía el jurado de un premio de poesía que daban anualmente en el Liceo, concediendo una medalla de plata y otra de oro, al cual nos presentábamos sin éxito los jóvenes poetas; siempre se lo daban a algún vate imitador de Zorrilla, que no nos parecía un ser real, sino un aparecido de otras épocas, que volvía a presentarse todos los años para hacemos la puñeta. Estudié el asunto, los gustos del jurado, la manera de emocionarlos, y dije a los amigos (siempre quedábamos finalistas): -Este año conseguiré el premio-. Presenté un canto a Andalucía en ocho sonetos y me dieron la medalla de plata; después, al año siguiente, la de oro. Gané todas las apuestas hechas a los amigos. Pero no fueron éstos mis primeros premios, me habían ya dado uno en las «carocas», quintillas sobre temas de actualidad, tratados con humor, que se exponen tradicionalmente, ilustradas, en la plaza de Bibarambla, durante el Corpus. Pasé aquellas fiestas como un conde, con mis trescientas pesetas.

En 1953 terminé Derecho y marché a Madrid una temporada, con el desconcierto de no saber qué hacer, intentando acomodarme en un trabajo. Un día fui por el café *Lyón D'Or*, en donde se reunía una «peña», *La Ballena Alegre*, y se daba un recital por poetas consagrados. Entre los que leyeron recuerdo a Joaquín Dicenta y Dionisio Ridruejo, creo recordar que también estaba Luis Rosales. Venciendo mi timidez me lancé de «espontáneo» a aquel ruedo de versos y en aquella anónima lectura, mi primera lectura en Madrid,

en que leí poemas del libro que estaba escribiendo, *Ancla enamorada*, me felicitó la gente y se interesaron por mis actividades, aunque nadie preguntó mi nombre. Fui un auténtico «espontáneo» en plaza de primera.

De vuelta a Granada encontré organizándose el grupo «Versos al Aire Libre», integrándome en él. Se incrementa el censo de amigos poetas. A José Carlos Gallardo, Pepe G. Ladrón de Guevara y Ruiz del Castillo, hay que añadir nombres de amigos entrañables: Rafael Guillén, Elena Martín Vivaldi, Antonio Almeda... y tantos otros. Se dan recitales en el «Carmen de las Tres Estrellas», del Albaicín, en la Casa de América, se organizan exposiciones de poesía ilustrada...

En 1954 me caso y marchó de nuevo a Madrid, con Patricia. Tiempos inestables, de búsqueda, de tanteos, de duda en la elección de caminos, pero tiempos felices de iniciadas plenitudes amorosas:

SOLO DE TROMPETA PARA EL BESO

Maduraron los labios. En el centro
de un salón con espejos, con doradas
cornucopias, teclados aguardando,
violetas de otros siglos, escondidas
en porcelanas frágiles, postales
con caciques vestidos de etiqueta...
Allí yo te besé. Estaba toda
la familia bebiendo limonada;
la sed, la ceremonia, la homilía,
los presagios, la envidia, mercaderes
a la puerta, los niños sorprendidos...
Allí yo te besé. Y fue primero
esta de labios, pero lentamente
en lejanías soñadas fue naciendo
un solo de trompeta en el misterio,
-sonrisa, risa, llanto- en escalada,
Bambalina tenaz, telón sonoro;
Louis Armstrong escondido en el presente,
derramada tristeza, con sus tocas
limpiadoras de labios desvalidos,
sumergiéndose en ciénagas...Nosotros

mantuvimos el beso, mantuvimos
una lumbre primaria de paraíso
a tu sombra de arbusto adolescente.
Florecida sonrisa de verdades
y atavismo en la estirpe del sollozo.
Dios fue repartidor de la semilla
después de hacer la estrella. ¿Cómo puede
el hombre traicar, estar jugando
con la limpia moneda de su sangre?
En la paz de los parques con palomas,
en los cines, debajo de murallas,
en las fugas del sol de cada día,
burgueses, «hippies», negros, amarillos,
blancos, iniciadores de la vida
-epidermis de labios malgastada-
destronan la realeza de los besos.
Un latido animal mueve la tierra,
servidumbre del alma entre sus cienos.
y Dios roza el costado en cada coito
pacientemente, flores acumula,
guirnaldas de jazmín para las ubres,
fruta cumplida en labios que se inician.
Yo te besé y el mundo recién hecho
parecía. Soplaba Dios un aire
purificando alcobas y jazmines.
A lo lejos un solo de trompeta
tocada por un negro o un arcángel.
Todo el dolor del mundo era sonoro
y también la alegría de la vida;
dolía la soledad, dolía el silencio,
pero escalas y lumbres en las venas
se alzaban para siempre. No podía
fundirse más el alma con la carne.
Era larga y antigua la jornada,
con siega de relinchos y embestidas,
en praderas de luz para aguardarte.
La libertad supimos que se forja
con renunciaciones tenaces, necesarias.
La ilusión era un globo de colores

ocupándonos todo el horizonte.
Nos besamos, bebiéndonos de un sorbo
todo el dolor del mundo, la ternura
de seres indefensos que se encuentran
para fundirse en nudo poderoso,
invulnerable al roce de la náusea.
¿Cómo puede la carne desolada
disfrazarse de amor en cada noche?
Turbios ríos amarillos sobre el mundo
Arrastrando un aliento iluminado
Iba trayendo el solo de trompeta
aromas vegetales, frutos nuevos,
un encaje de trinos antiquísimos,
retazos del amor de viejas épocas,
cantos de niños, silbo de pastores,
niñez del mundo, suspirar de amantes...
Nos besamos, cercaban nuestro gozo
anarquistas, suicidas, mercaderes,
seres desde tristísimos regresos,
la familia bebiendo limonada,
arcángeles ocultos en la niebla
y mujeres llorando sobre el vientre.
Un solo de trompeta sobre el mundo.
Estrenamos el mundo en ese instante.

En aquellos días madrileños llegamos a unas conclusiones: no nos gustaba vivir en una gran ciudad, preferíamos los pueblos, y necesitábamos hacer algo para solucionar el problema económico de manera que se lesionara lo menos posible mi libertad para poder leer, escribir y viajar, que es lo que en realidad quería hacer; yo no había nacido para someterme a horarios, para encerrarme en oficinas o despachos.

Los fines de semana nos íbamos a los pueblos, y un día que marchábamos al Escorial, vimos desde el autobús, en la carretera de La Coruña, a pocos kilómetros de Madrid, el anuncio de una granja y el edificio a lo lejos; se llamaba *Gallinópolis*. Aquella noche no pude dormir, dándole vueltas a la idea; nos iríamos a Chirivel a poner una granja avícola; así solucionaríamos nuestros problemas. A los dos días partimos para Chirivel, de corte a cortijo, decididos a vivir de la pluma.

LA VARA DE MANDO

DURANTE EL TIEMPO FELIZ Y DESENTENDIDO DE LAS VACACIONES (LA CAZA, LOS AMIGOS...), YO NO ME HABÍA DADO PLENAMENTE CUENTA DE QUE CHIRIVEL VIVÍA EN LA EDAD MEDIA. Ahora, resuelto a vivir allí y a montar la granja, el mundo se me venía encima. Pedí a mi abuelo Juan un solar para edificar las naves. Aceptó mi demanda con la condición de que entraran en el negocio todos sus nietos varones, por eso el negocio se empezó con mis primos y hermano, después quedamos mi hermano Santiago y yo, y, pasados los años, yo solo. En principio, para iniciar la financiación se empezaría con el préstamo de un banco y con pequeñas ayudas familiares.

Como he dicho, la situación del pueblo era desastrosa; había un alcalde desde hacía muchos años, que no era del pueblo, bastante desentendido del estado de las cosas, soltero y casi siempre ausente; a esto se unía lo difícil que era entonces algo; todo había que conseguido por gestiones personales, a fuerza de una constante dedicación y entrega. No había luz eléctrica, sólo la producida por un motor que funcionaba durante dos horas; esto ya lo he contado en un relato anterior. Aquel «negocio» era de un tío mío; el «artefacto» se rompía con frecuencia y las tinieblas eran totales. Para alumbrarse había que utilizar candiles de aceite, quinqués de petróleo, siendo un gran adelanto la llegada del butano. Lo insólito es que en los archivos del Ayuntamiento se encontraba un acuerdo diciendo que en Chirivel no hacía falta la luz, en contestación a un plan provincial de electrificaciones que se realizó años antes, renunciando así a entrar en ese proyecto, quizá pensando aquella corporación que era suficiente con el plan que había.

Las calles eran todas de tierra y en invierno, con la lluvia y las nevadas frecuentes (por entonces nevaba más que ahora), se convertían en pistas intransitables de barro helado. Al no haber agua corriente ni desagües, no existían cuartos de aseo ni retretes; sólo algunos pozos negros en las casas de gente más pudiente, haciendo el personal sus necesidades a la vuelta de una esquina, en los corrales, debajo de los puentes de la carretera... No había escuelas, sólo dos locales mal acondicionados, en los que se turnaban

los maestros para dar unas pocas horas de clase. Sólo se habían hecho algunos edificios escolares en las cortijadas, tan mal hechos que empezaron a destruirse recién estrenados. ¿Para qué seguir...? Ésta es la situación en que encontré a mi pueblo. Primero fue el interés personal; era imposible realizar el proyecto de la granja sin electricidad, pero pronto empecé a preocuparme por motivos de interés común, por los múltiples problemas sin camino de solución. Y pensé ser alcalde, quise ser alcalde con aquel régimen y con el que hubiera sido; yo no era político pero pensé que cada hombre tiene su tiempo, su momento para ser útil, debiendo conseguirlo contra viento y marea, en cualquier circunstancia. El procedimiento en aquel régimen dictatorial, al no tener ninguna relación con la política ni yo ni nadie de mi familia, era intentar gestiones subterráneas y muy indirectas, a través de personas influyentes, conocidas de familiares míos. Lo conseguí, me nombraron alcalde en 1960. Mi proyecto era: electrificación, construcción de un grupo escolar, alcantarillado, hacer una red de saneamiento, y pavimentación de todo el pueblo. El agua corriente la tendríamos al tener electricidad, pues todas las casas tenían pozo y se solucionaría por cada vecino, con un depósito y una bomba eléctrica. Una vez conseguida la realización de estos servicios, presentaría la dimisión, pues sólo para eso había buscado y aceptado ser alcalde.

Se empezó haciendo algunas obras menores, lavaderos, arreglo de plazas... Lo cuento en un poema:

NOTICIA DE MI VIDA

Se perdió en los desvanes una vara de mando
 que empuñaron caciques; se perdieron más cosas:
 la llave de la cárcel, los listines del miedo
 las sospechas remotas y también los discursos.
 Temblaron en mis venas mil hombres sudorosos
 y di un bando diciendo: enterrad los candiles,
 sujetad entre todos la humildad de mi brazo.
 Lo primero, es urgente, arreglemos las plazas
 y que jueguen felices a la rueda los niños;
 hagamos lavaderos, sujetemos el agua,
 alcemos su nivel a un canto de muchachas.
 Sé que hay hombres que nunca pensarán que mis brazos
 son puntales urgentes en violenta renuncia,

humildes, sujetando las esquinas del pueblo.
Ellos son esos tristes mecánicos del mundo
que muellemente ocupan sus butacas prestadas,
fabricando consignas, traduciendo rencores.
Me pondrán etiquetas, se reirán de mi nombre,
pero nada me importa, mis vecinos me importan,
les dirijo saludas y los censo en el alma,
certifico en cada hora su limpieza de trigo.
Sabe Juan el bracero que lo nombro en mis versos
y mi brazo está en hombres que han tornado de Francia...
Yo también salgo a veces, a cambiar por monedas
mi gritar mientras dejo esta sangre sembrada.
¿No os importa que cambie mi color de camisa
cuando un hombre de buena fe promulgue otra cosa...?
Siempre el tiempo termina con colores y signos;
lo perenne es España.
No penséis mi bandera sin espigas, creedme,
soy el niño que estaba creciendo entre los surcos
mi estatura soporta bofetadas de tierra,
pienso que hay mil motivos para tocar la rosa
y Dios no está azul nunca, y sangra cada día.
Dejadme que maneje este ritmo, dejadme:
sabré morir pronto, convocar en la plaza
todo el sudor, ponerme a nivel con vosotros
mis vecinos sedientos, entre el vino y el salmo.
Me duele toda música de mis labios, me duele
el retórico pan que no sale del trigo.
En mi casa os espero, dadme un beso o matadme.
Avanzad con arados, con martillos, prometo
ser besana y metal con oficio de entrega;
sois amigos de siempre, desde un tiempo de alondras.
Yo levanto mi mano temblorosa de versos
y no mando ni ordeno, quiero sólo en hogares
resolverme hecho brasa, hecho leña de encina.
Soy alcalde de un pueblo con el nombre de pájaro
y me duele la sangre que ha pasado a la Historia.

¡Qué difícil era conseguir cualquier cosa! En los primeros meses, ante la apatía de las autoridades provinciales de turno, ante la falta de dinero, ante la soledad en el entusiasmo, a punto estuve de abandonar la gestión. Varios proyectos de electrificación fracasaron, hasta que al fin se inició uno bastante seguro, aunque lento, con trámites interminables. A la vez se empezó a gestionar el grupo escolar y tropezamos con un inconveniente: el Ayuntamiento no estaba considerado como pobre, a pesar de ser pobre hasta la miseria, porque en sus cuentas oficiales (falsas cuentas) tenía superávit, al ir arrastrando deudas de gente que había emigrado a América y que nunca pagaría, junto a otras partidas no reales contenidas en el haber, y al no considerarse pobre teníamos que aportar cien mil pesetas para que se aprobara la realización. Empezamos, los concejales y yo, dando dos mil quinientas pesetas de nuestro bolsillo, y después fui citando en el Ayuntamiento, una por una, a las personas más pudientes, intentando personalmente, a la luz de una vela, convencerlas para que dieran algo. El pueblo tenía una economía muy pobre y no podían añadirse nuevos impuestos a los pocos existentes.

¡Qué difícil fue juntar las cien mil pesetas! Tanto costó que pensé no darlas e intentar de nuevo que la Administración cediera, a pesar de las condiciones establecidas. Lo conseguí, se aprobó la construcción de las escuelas y ese dinero lo gastamos en obras menores, arreglo de una plaza, una fuente, un abrevadero para caballerías...

Las relaciones sociales del pueblo no eran malas, consecuencia del comportamiento ejemplar durante la guerra, pero había personas sufriendo marginaciones por causas políticas; se vivía el final de las emigraciones hacia América, el principio y el apogeo de las emigraciones hacia Europa; la Seguridad Social aún no estaba debidamente establecida... Los problemas eran muchos y poco se podía ayudar en las cosas de los demás, en las de uno mismo, aunque era hermoso estar preocupado y a veces tener éxito en las gestiones.

Me estoy poniendo demasiado serio, bueno será acordarse de algún detalle sin importancia pero con cierta gracia por la originalidad de las situaciones. Por los caminos del humor podría contar muchas anécdotas, del humor y de la triste realidad, también de la consecución de metas.

Al principio, durante años, para hacer gestiones en la capital, ¡tan distante y mal comunicada!, iba en viejos coches de pasajeros; salíamos al amanecer para llegar a Almería cerca del mediodía. Después compré una motocicleta,

a medias con mi hermano, y entonces hacía el viaje en la moto, llevando casi siempre a algún pasajero que iba a arreglar los papeles para la emigración. Recuerdo aquel día en que estrené una gabardina y el pasajero de turno, al que intentaba hacerle ahorrar tiempo y dinero, me aplicó el cigarrillo en la espalda y me hizo un agujero enorme. Cuando ya tuve coche llevaba hasta a alguna parturienta, a veces con peligro de parir por el camino. ¡Tiempos heroicos! Estábamos muy pobres, había que ir a un hotel muy barato, *el Andalucía*, y siempre faltaba dinero de las cortas fiestas que había que ampliar con dinero del bolsillo particular.

Cuando hicimos el cuartel de la Guardia Civil le propuse al gobernador darle el nombre de Federico García Lorca. Dije: -Le pondremos *Cuartel de la Guardia Civil Federico García Lorca* y así sanaremos viejas enemistades y compensaremos lo injusto de la falsa noticia que en un principio atribuyó su muerte a la Benemérita-. El señor gobernador me miró desconcertado, cambió el gesto y se hizo agresivo, después fue cediendo al diálogo, pero, como es natural, sin aceptar la propuesta, quedando en que se trataba de una broma. Creo que en esta ocasión, y en otras muchas, no me echaron del cargo porque ya por entonces empecé a presentarme a certámenes literarios, con bastante suerte, y mi nombre andaba con frecuencia por los periódicos, siendo algo insólito, que desconcertaba a las autoridades provinciales: tener el alcalde de un pueblo, tan pequeño como el mío, que «salía en los periódicos nacionales». Había motivos para echarme, de acuerdo con la mentalidad de la época. Las continuas circulares ordenando que se hiciera proselitismo, eran desatendidas. ¿Puede algún vecino decir que se le invitó a afiliarse al partido único? Ninguno de los viejos afiliados pagó su cuota durante mi estancia en la alcaldía. Los compañeros alcaldes, mediante votación, me nombraron «consejero provincial», con la obligación de ir en determinadas fechas a unas reuniones, de tipo político, con el gobernador. No fui ni una sola vez y... me quitaron.

Por entonces, en la provincia de Almería, para cazar un conejo había que afiliarse a Falange, no daban la licencia de caza sin estar afiliado. Ocurría en mi pueblo que los falangistas eran los cazadores, por necesidad. Decidí terminar con aquel asunto vergonzoso. Cada vez que iba a la capital se lo planteaba al gobernador, y en las reuniones en que venían autoridades de Madrid me levantaba y exponía el caso de los falangistas escopeteros, y el gobernador me ordenaba sentarme, de mala manera. El caso es que desapare-

ció aquella absurda forma de coleccionar adeptos, falsos adeptos, y debieron influir mis protestas.

A algunos gobernadores civiles los conocí antes de venir a Almería, porque viajaba mucho dando recitales o concurriendo a premios y había estado en sus lugares de origen (Palencia, Lérida...), siendo ellos allí autoridades y concurriendo a aquellos actos a veces. Cuando venían por Almería, con sus nombramientos, ya era yo conocido de ellos y esto tenía sus ventajillas a la hora de pedir...

El personal administrativo del Ayuntamiento era estupendo, nos tratábamos como familia, pero a partir de una circunstancia tomé para ellos cierta fama de «ligón» y mujeriego. Cuando me iba para algún acto literario, cosa muy frecuente, me miraban con sonrisa camuflada, de incredulidad, pensando hacia qué citas partiría, qué bacanales, qué brazos de mujer fatal me estaban esperando... Esto fue a consecuencia de una broma de mi amigo el poeta Rafael Guillén, que compartía conmigo triunfos y viajes en lides literarias. Me envió una tarjeta desde la Costa del Sol, una espléndida fotografía de la artista Helene Remy, como si ella la escribiera y firmara. Decía así:

“Almuñécar, 9-6-68. Al grande Julio de la mía alma, esta foto de mí, que estar tanto recordando de aquel día en Costa Bravá y olé! y ser ahora muy solita en la nuit.

Un beso... Helene”

Yo tenía dicho en el Ayuntamiento que cuando estuviera de viaje (mi familia estaba en Granada) abrieran toda mi correspondencia, puesto que no tenía secretos para nadie, por si acaso era necesario avisarme de algo urgente. Así es cómo se enteraron del contenido de la tarjeta y cambiaron de opinión sobre mi comportamiento.

Es imposible una exposición completa del rico anecdotario de mis tiempos de alcalde, por razón de espacio, dentro del límite en que me propongo realizar estas confesiones, y porque creo no serán de interés para el lector que no me conoce, aunque conocerá algo de mi peripecia humana después de la lectura de este libro, porque lo insólito de estas anécdotas son la conjunción de una circunstancia, mi gestión de alcalde, y de mi manera de ser, marcando mis actuaciones con el humor y el entusiasmo.

Al fin, después de peripecias increíbles, de fracasos vencidos, de un tesón que hubiera querido para mis asuntos personales, de aprovechar conocimientos y amistades conseguidas en Madrid, cuando iba a mis asuntos literarios, de la buena disposición de algunos políticos del momento, tuvimos luz eléctrica, y fue como si una aurora infinita se abriera sobre el pueblo, como si acabáramos de regresar de una edad remota y por primera vez nos viéramos las caras después de una noche muy larga y muy oscura; rostros de alegría con luces de esperanza. Después se hizo la red de saneamiento y todos los vecinos se aplicaron en instalar baños y retretes, dispuestos a entrar en la civilización del mínimo confort, a hacer más fáciles los ritos de la higiene. Llegó después la realización del grupo escolar, la concentración escolar, la convivencia de los niños del pueblo con los niños cortijeros, siempre en peligro de ser empleados en tareas impropias... Se realizaron las pavimentaciones, se empezó a construir una biblioteca pública, pensando que no era suficiente luz eléctrica para iluminar a los vecinos, obra que terminó el alcalde siguiente.

Al acabar la tarea proyectada, presenté la dimisión. No conocía a ningún alcalde que hubiera presentado la dimisión, todos resistían hasta que los echaban; casi lo mismo ocurre ahora, aunque los sistemas sean otros. Yo no entendía, no entiendo, la tenacidad por aferrarse a un cargo, el pretender estar toda la vida en ello, o sea, que no entiendo las vocaciones políticas puras y perpetuas. Ya era mucho el haber tenido que estar tantos años para conseguir mis propósitos. Para explicar el proceso de evolución de esas realizaciones, fracasos y logros, tendría que escribir varios tomos. No tenía motivos para continuar en la brecha, aunque el gobernador se resistía a aceptar la dimisión de un alcalde tan «original» y estuve algún tiempo desentendido del Ayuntamiento, negándome a continuar, alegando mi traslado a Granada, que en parte era cierto, pues mis hijos mayores ya tenían que estudiar allí, trasladándonos toda la familia, aunque yo, por exigencias del trabajo en la granja, pasaba casi todo el tiempo en el pueblo.

Un día, por fin, me llamó el gobernador aceptando la dimisión, con la condición de que designara al nuevo alcalde. En aquellos nombramientos «a dedo», según el sistema establecido, se valoraban por lo general las tendencias políticas; como excepción no iba a ser así en este caso, propuse a mi primer teniente alcalde, Francisco García Ramos, maestro, hombre liberal, generoso a la hora de ayudar a los demás. Fue aceptada la proposición y no me equivoqué, pues su labor fue buena y coincidí con la democracia, ya

que en las primeras elecciones democráticas volvió a ser elegido, esta vez por el pueblo.

La historia de las marginaciones en algunos ambientes literarios, a causa de ser o haber sido «alcalde franquista», es muy larga; silencios premeditados, eliminación sistemática de planes y antologías, desprecios velados o evidentes...

Otro tipo de incidencias, en sentido contrario, creo que estaban ocasionadas por el mismo motivo. Por ejemplo, aquella proposición de José Luis Sáez de Heredia para hacer una película sobre Franco, recién muerto éste. Un día me llamó por teléfono el famoso director de cine, al que no conocía personalmente, proponiéndome llegarse por Chirivel para explicarme el proyecto. Yo, como es natural, me negué a tal proposición, insistiendo él por carta y dándome detalles. La película se titularía *El último caído*, como segunda parte de otra que ya había hecho anteriormente, *Franco, ese hombre*. Constaría de tres partes; una biográfica, cuya narración iba a realizar José María Sánchez Silva, autor de aquel cuento *Marcelino pan y vino*, que también se llevó al cine. Una segunda parte recogería una serie de entrevistas con personas que, por unos u otros motivos, habían estado próximas al Caudillo: Juan de Ávalos, el arquitecto del Valle de los Caídos, el patrón del yate *Azor*, etc. Y una tercera parte a mi cargo, de poemas épicos exaltando la figura del dictador. Me hablaba de los éxitos que había tenido su anterior película sobre el mismo tema, del seguro éxito de ésta, de los beneficios económicos que podría aportar a los colaboradores..., aunque él sólo pretendía la exaltación del general, al que tanto admiraba. A pesar de mi negativa, nos vimos en Madrid, aprovechando un viaje que hice para dar una lectura en el Ateneo. Quedamos citados en un café de la Puerta del Sol, a cuya cita también acudió Sánchez Silva, y desde allí marchamos a los estudios. Decidí ir por curiosidad, pues dijo que habían hecho, como prueba, un trozo de película con versos míos, de *Valle de todos*. Proyectaron lo hecho y me impresionó; vistas del hermoso paisaje que circunda la basílica, zonas del Guadarrama en todo su esplendor, y mis versos solemnemente, declamados, creo recordar, por Manuel Dicenta. ¿Querría impresionarme creyendo que iba a ceder?

Más tarde pensó en otros poetas, y hasta llegó a insinuar por televisión que lo haría José García Nieto, quizá porque interpretó mal alguna respuesta a su proposición, lo cierto es que no llegó a realizarse la película por falta de colaboración, según declaraciones del propio Sáez de Heredia.

Y el caso es que Franco, su muerte, fue motivo indirecto para el más amplio conocimiento de un libro mío, *Antología Poética 1953-73*. El día que murió Franco hizo el periódico Ideal de Granada once ediciones dando cuenta del suceso, y en ese mismo periódico y día salía una crítica del libro, hecha por José G. Ladrón de Guevara. Una fotografía de Franco y la gran noticia en primera plana; en la segunda, una fotografía mía y el comentario a la antología. Propaganda amplia y gratuita; lo leyeron muchos miles de personas a las que llegó el conocimiento de mi libro por esta circunstancia extraliteraria.

MIS LIBROS, MIS HIJOS

EN 1956 PUBLIQUÉ *ANCLA ENAMORADA*, YA HABÍA NACIDO MI HIJA MAYOR, MARIBEL, PERO CUANDO ACABÉ DE ESCRIBIR EL LIBRO ESTÁBAMOS EN ESPERA, EN IMPACIENTE ESPERA. Cuando nació esta niña, nuestro primer hijo, tuvo el mundo para Patricia y para mí colores inéditos:

Ahora

Antes un haz de lirios enlunados,
ahora me das la carne abierta en hijos.
Por eso el corazón es un sonoro
pez buceando la rosa sumergida.

El silencio quebrado, por la alcoba,
disfrazado de yodo y rosa fresca.
Nuestras sangres unidas, f orecidas,
y mi estatura de hombre acrecentada.

Este latido inmensamente macho
ha desplomado al potro de la angustia
y un mar de luz se queda encadenado
con el norte y el sur sobre mi cuerpo.

Dios está aquí cargándote de vida,
derramándote en vida; para siglos
delineando caminos con mi sangre.

En el Dios segador no pienso ahora,
ahora que soy un dios venido a menos
con la alforja creadora desgarrada
y un mar de levadura contenida.

Me galopa la sangre una gacela
Y en el pecho me crece mucha yerba.
¡Qué deseo de saltar sobre un río claro
O de medir mi talla frente a un ángel.

También asistíamos al nacimiento de mi primer libro. Este paralelo gozo de paternidades, al sentirse uno proyectado en sangre y espíritu, me llenaba de un inmenso gozo de cara a la vida.

Había encontrado mi voz, mi manera personal de expresarme; esta voz, con grandes defectos, mejor o peor, gustara más o menos, era la mía.

Y me sentí como el niño que balbucea y se sorprende en el primer día que comienza a hablar. Lo leí en Granada, en la Casa de América, y en Almería en la Biblioteca Villaespesa, y en este último lugar me presentó Arturo Medina. Lo contaría años después, en un homenaje a la poetisa Celia Viñas, que tanto influyó en la historia espiritual de la ciudad: *«Yo no conocía a Celia, llegué tarde... Alejado de Almería, cuando vine por primera vez a leer mis poemas, sólo encontré el viento herido de su ausencia y el enorme corazón enlutado de Arturo Medina»*. Arturo, viudo reciente de Celia, me presentó, y tuve el honor de que me hiciera el prólogo, haciéndome después otros prólogos y presentaciones, estando junto a mí desde este primer libro. Magnífico escritor, hombre cabal, abierto y profundo, es muy hermoso tenerlo siempre a mi lado en la Poesía y la Amistad, a lo largo de tantos años.

Ancla enamorada tuvo buena acogida, aunque algunos críticos señalaron influencias de Miguel Hernández, que eran imposibles, pues por aquellas fechas yo aún no conocía apenas al poeta de Orihuela. Después he llegado a una conclusión: por varios motivos pensaron los críticos en tales influencias, que no eran influencias sino coincidencias; Miguel Hernández y yo procedíamos de un medio rural y teníamos un común vocabulario campesino, también coincidíamos en tener un carácter apasionado. Estas circunstancias aproximaban mi poesía a la suya.

La calle se publicó en 1960. Ya tenía un nuevo hijo, Rafael; ya tenía un segundo hijo y un segundo libro, y la ilusión de mi gestión de alcalde que empezaba. Antes de su publicación lo leí en Madrid, en el Instituto de Cultura Hispánica, también en Granada, en Almería, en Sevilla... Intenté publicarlo recurriendo a los premios, sin conseguirlo; lo presenté a tres concursos, quedando finalista en los tres. En el premio "Ciudad de Sevilla",

al que se presentó a última hora Gerardo Diego con *El Jándalo*, un libro sobre temas sevillanos del cual sospechaban que había sido escrito para el caso. También quedé finalista en el “Ciudad de Barcelona”. Lo supe por una cariñosa carta de Pere Gimferrer, que me envió sus primeros poemas publicados, junto con la noticia. El tercer premio era el convocado por una sociedad cultural *Cauce* de Madrid, del cual era alma y fuerza económica un gran coleccionista de pintura que se llamaba don Santiago Palacios Porta. El jurado estaba compuesto por José García Nieto, Federico Muelas y otros, siendo su presidente Melchor Fernández Almagro. Antes de fallarse, cuando sólo faltaba la votación final, el promotor me dio la noticia: el triunfador sería mi libro, ya que iba el primero en todas las votaciones; atrás habían quedado los rivales más peligrosos: Félix Grande, Carmen Conde, Eladio Cabañero, etc. En la última votación me eliminaron dándole el premio a Guillermo Osorio, un nombre que no iba muy bien en las sucesivas votaciones, y el promotor pensó que habían decidido dárselo a última hora porque eran amigos de él Igual ocurrió con el premio de pintura anunciado en la misma convocatoria, según don Santiago, pues Barjola llevaba muchas ventajas y al final se lo dieron a Grandío. Don Santiago, el promotor, se enfadó mucho, con razón o sin ella, dimitió de presidente de la sociedad y hasta parece ser que se disolvió ésta por tales motivos. Las peripecias de este concurso madrileño, el interés de los miembros del jurado por conocerme, y algunas consecuencias favorables, como la llamada de Rafael Montesinos para leerlo en la Tertulia Hispanoamericana, pronto me hicieron olvidar la pérdida de aquel premio; había ganado amigos.

Al no darme resultado estos intentos de publicar el libro valiéndome de un premio (uno de los pocos sistemas para publicar poesía) acepté hacerlo en la colección “Veleta al Sur” de Granada, colección que hacían los amigos Rafael Guillén y José G. Ladrón de Guevara, ganando en muchas cosas, sobre todo en el cariño que pusieron en su cometido.

Los hermanos Carlos y Antonio Murciano me pidieron que publicara en la colección “Alcaraván”, que ellos dirigían. En 1962 les di *Museo*, sobre “la Pintura”, sugerencias y homenajes en torno a grandes pintores. No conocía el libro de Alberti sobre el mismo tema, y resulta extraña la coincidencia temática en todo un libro, que no se dé en siglos y venga a darse en poetas de generaciones contemporáneas Si hubiera conocido el del maestro de la generación del 27, rotundo y decisivo, quizá no habría escrito mi humilde *Museo*, aunque mis planteamientos y procedimientos eran distintos. Otra coincidencia viene

a darse: mientras yo escribía estos poemas, mi mujer quedó embarazada de mi tercer hijo. Cuando se publicaba este libro sobre pintura, nació mi hijo Julio que estudiaría Bellas Artes y sería pintor y escultor. ¡Qué misteriosa correlación de genes y sentimientos! ¡Qué secreto dialogar de la sangre y el espíritu!

En 1965 conseguiría también el «Alcaraván», premio convocado anualmente por el Ayuntamiento de Arcos, con la complicidad de los hermanos Murciano, que aquel año tenía por tema «las manos», y tuve por compañeros con un segundo y tercer premio, por arbitrario gusto del jurado ya que sus composiciones eran magníficas, a dos poetas entrañables para mí: José María Fernández Nieto y Enrique Molina Campos.

Ya he hablado de *Valle de todos*, de su tema y de algunas de sus consecuencias. Lo publicó en 1963 la Editora Nacional, con un prólogo de fray Justo Pérez de Urbel y fotografías del monumento del Valle de los Caídos. En este año nació mi hija Patricia, mi último hijo; ya sólo seguiría mi paternidad en libros.

En 1965 salieron dos obras: *Nana para dormir muñecas* y *Piel de toro*. El primero era un conjunto de poemillas que había escrito para mis hijos, sin ánimo de publicación, y que al tener noticia de ellos el director de la Editora Nacional, quiso publicarlo. Este libro sirvió a muchas madres para dormir a sus hijos, cantando sus nanas, y, seguramente, ésta es la más importante función que ha llevado a cabo mi poesía. A algunos de sus poemas les puso música Mari Carmen Carrión, una extraordinaria maestra que había por entonces en mi pueblo, y se presentó a un concurso de canción infantil que convocó Televisión Española, cantando ella. Fue un gran éxito, tanto que la canción «Nana para dormir muñecas» que da título al libro, fue la primera, con mucha ventaja de puntos en todas las votaciones (algo así como en aquel concurso «Cauce» el libro *La calle*), y nos llamaron al centro emisor de Barcelona, para asistir a la votación final, haciéndonos creer que el primer premio, letra, música e interpretación, iba a ser para nosotros. No fue así, al fin fue para una profesional de televisión, July Murillo, y a Mari Carmen le sentó muy mal, con toda razón (yo ya estaba acostumbrado), y no quiso venir a una cena que nos dieron en Montjuich. Se hicieron discos de la canción, por quedar finalista y, eso sí, empezamos a cobrar derechos de autor, aunque sólo nos diera para tabaco. También grabaron un disco, aprovechando música y letra, unos cómicos, los Hermanos Calatrava, y nos dio mucha rabia oír por ahí nuestra nana en son de broma.

Esto me recuerda otros episodios y circunstancias relacionando mi poesía con la música. En 1969, con motivo de la «Semana del toro de lidia», de Salamanca, convocaron los organizadores un concurso para un himno al toro bravo, letra y música. Siempre fui un apasionado de ese hermoso animal; envié un viejo poema que resultó premiado, y recuerdo las dificultades del compositor elegido (Ricardo Dorado, de Madrid) para componer la música sobre aquel texto poco apropiado, en alejandrinos. Este poema está publicado en una antología sobre el toro, de Mariano Roldán.

También tuve el honor de que cantara mis versos, una seguidilla mía, Manolo Caracol, en el último disco que grabó en su vida, un disco para homenaje suyo, con letra de poetas; aunque mis versos quedaron irreconocibles al adaptarlos de forma espontánea a su manera de cantar. Un amigo desde mi niñez de Chirivel, Pedro Vílchez, compuso un himno a nuestro pueblo, aprovechando la letra de unos sonetos míos; un himno emocionante en el que puso todo su entusiasmo y su sensibilidad artística. Y ahora, hace unos días, el párroco del santuario de Nuestra Señora del Saliente, me encarga un himno para esta Virgen, para estrenarlo en su coronación canónica, y para el cual hará la música el gran compositor Juan Alfonso García, fabuloso organista de la catedral de Granada, mi antiguo amigo. ¿Cómo negarme ante estas circunstancias, y tratándose de esta Virgen vecina, tan relacionada a mi vivir, según explico en páginas anteriores?

Piel de toro es un libro emocional, sobre el tema de «España» en sentido amplio, que nació ante paisajes y circunstancias del alma, y fue publicado (otra vez) por mis amigos de Granada, en la colección «Veleta al Sur». Con poemas de este texto ya había entrado en el mundo de los concursos literarios; muchos de sus poemas fueron premiados en algún sitio, y fue el primer texto presentado en el Ateneo de Madrid, dando un recital de su contenido, invitado por José Hierro que entonces era director del «Aula pequeña de Poesía». También fue leído en otras muchas ciudades: Sevilla, Valladolid... Si alguna aceptación popular ha tenido una obra mía, dentro de la menguada aceptación que puede tener un poemario, ha sido ésta, leída por mí en muchos lugares, aceptada con cariño y entusiasmo.

Luis Jiménez Martos me pidió un libro para la colección «Adonais», como director de la misma, y en 1971 publica mi siguiente libro, *Repítenos la aurora sin cansarte*. Tuvo buena acogida de críticos y lectores, y me abrió caminos hacia revistas y amigos americanos.

Dos años después sale en Sevilla, dentro de la colección «Ángaro» que dirige el poeta Manuel Fernández Calvo, *Desventurada vida y muerte de María Sánchez*, título de romance de ciego para un dolorido texto sobre la prostitución, tema que me preocupaba desde los primeros libros, en algunos de los cuales hay antecedentes. También decidí publicar este poemario recurriendo a los premios, con más suerte que en otras ocasiones.

Lo presenté al «Álamo», de Salamanca, quedando finalista. Pero a continuación llegó el éxito. Ante la dudosa perspectiva que ofrecían las convocatorias, lo envié a dos concursos que se fallaban por las mismas fechas, pretendiendo conseguir alguno, y conseguí los dos. Eran el «Ciudad de Palma» y el «Ángaro» de Sevilla. Llegamos Patricia y yo a Palma, invitados por el Ayuntamiento de la ciudad y dispuesto a renovar nuestra luna de miel por los bellos rincones de Mallorca, propósito que cumplimos ampliamente. Nos dieron una cena en el Palacio de Congresos, con motivo de la entrega de premios, y tuve ocasión de estar con dos personas queridas, ya desaparecidas, que formaban parte del jurado. Una era don José Camón Aznar, que por cierto lo encontré casi escondido y enfadado porque nadie le había dicho que había que vestir de etiqueta, y llegó con su traje corriente a aquel encuentro multitudinario y lujoso. La otra persona era don Guillermo Díaz Plaja, que después de los saludos de rigor me dijo una frase que siempre me había dicho en encuentros anteriores: «...aquí, navegando...». Cuando íbamos a emprender el regreso, a punto de abandonar el hotel, nos llamaron mis hijos por teléfono, dándonos la noticia de habersele concedido el «Ángaro» al mismo libro. Me desconcerté y empecé a pensar que iba a tener conflictos, que podía incluso quedarme sin ellos; producir enfado entre sus organizadores, ya que en las bases de los dos se incluía la publicación de la obra. Ocurrió todo lo contrario; cuando llegué a Chirivel ya tenía una carta de Sevilla diciéndome que el libro estaba en la imprenta, adelantándose al Ayuntamiento de Palma, y los llamé con urgencia para que no dejaran de poner en la portada que se le había concedido el otro premio, cosa que ya sabían y por eso la prisa en editarlo. A los pocos días tenía ejemplares en mi casa, y en ellos se hacía mención a los dos premios. Escribí con ciertos temores a la ciudad balear, enviando unos ejemplares, temiéndole a otra edición paralela, y la contestación fue generosa e imprevista: estaban conformes puesto que se hacía mención al premio, como establecían las bases, pero como habían librado el dinero para su edición, y ésta ya estaba cumplida, enviaban el dinero que habrían gastado en editarlo. En fin, me incrementaron el importe del premio, viniéndome

muy bien, pues por entonces ya estábamos montando piso en Granada, para trasladarse mis hijos mayores a estudiar en la universidad, y teníamos gastos familiares extraordinarios.

Lo presenté en Madrid, en el salón de actos del Ateneo, invitado por el poeta José Luis Prado Nogueira, que por esos años llevaba los asuntos poéticos, con la intervención, como crítico, de Carlos Murciano, ya que en esta época del Ateneo, junto al poeta de turno, actuaba siempre un crítico que comentaba la obra. También se presentó en Sevilla, en los salones del Hotel Lux, con la organización de los poetas convocantes del «Ángaro» y de las entidades patrocinadoras, y el comentario del catedrático de literatura de aquella universidad, señor López Estrada.

En 1976 me envió el catedrático don Manuel Alvar un libro titulado *Islas afortunadas*, producto de su estancia en Canarias, y cuál no sería mi asombro al ver en la lista de títulos que había en las solapas del ejemplar, el título de uno mío, *Cartas y noticias*, publicado en 1973, tres años antes, y de cuya publicación no tenía la menor noticia. ¿Es posible que puedan ocurrir estas cosas? ¿Tan poca importancia se da, casi siempre, a la publicación de la poesía para poder pasar tres años sin enterarse ni el propio autor?

Escribí al Cabildo Insular de Gran Canaria, que era el responsable, pidiendo unas explicaciones que no me dieron, pero me enviaron los ejemplares que me correspondían, según derechos de autor. El caso era, ni más ni menos, que se habían olvidado del padre de la criatura. Tenían el texto porque lo había enviado, años antes, al premio «Tomás Morales» que convocaba la Casa de Colón de Las Palmas, y me habían dado el accésit, pero no me hablaron de su publicación ni las bases decían nada sobre los finalistas.

El libro, sin unidad temática, con poemas de distintas procedencias y tiempos (algunos escritos diez años antes) no está entre mis preferidos, por su falta de unidad temática, y porque renunciaría a alguno de ellos de buena gana, aunque hay otros por los que siento predilección dentro del conjunto de mi obra. El prologuista es un amigo de juventud, muy querido, Justo Mullor, que sacrificó su clara vocación de poeta, para acabar siendo arzobispo y nuncio apostólico observador permanente de la Santa Sede en la Oficina de las Naciones Unidas en Ginebra, cargo que ocupa en la actualidad. ¡Qué cosas...! Es curioso, aparte de Arturo Medina, los únicos prologuistas que he tenido eran clérigos, un abad mitrado y un arzobispo, ¿hay muchos poetas que puedan presumir de esto?) y los dos se llaman Justo.

Eso sí, los poemas de ese libro, individualmente, tuvieron éxito en algunos certámenes antes de su publicación: «Hispanidad» de Guadalupe, primero y segundo del Círculo de Escritores de Nueva York, Flor Natural en Játiva, Teruel, Justas Poéticas del Almanzora, etc.

En Canarias ya había recibido varios premios con anterioridad, a poemas de libros anteriores. Uno de los primeros que conseguí en aquellas hermosas islas, me lo concedieron en un concurso organizado en la Universidad de La Laguna, de menguada dotación económica, aunque suficiente para comprar una olla exprés que incrementó nuestra vajilla de recién casados y con la cual aún sigue haciendo Patricia sabrosísimos potajes.

La *Antología poética 1953-73* en realidad fue un verdadero homenaje de mis paisanos almerienses. No había publicado hasta entonces ningún libro en Almería, y este ofrecimiento de patrocinio, dado generosamente por la Caja de Ahorros, me llenó de ilusión, sobre todo al pensar que dispondría de ejemplares para mis amigos, para intercambio con otros poetas, ya que las tiradas de mis libros eran cortas y las editoriales o entidades se quedaban con el grueso de las flacas ediciones. En este caso, el acuerdo era ventajoso: se me daría la mitad de los ejemplares editados. En esta obra antológica, los trabajos de acompañamiento, menos el generoso poema del granadino Rafael Guillén, «Retrato de hombre», son de almerienses: el prologuista, con un amplio estudio: Arturo Medina; los fotógrafos Carlos P. Siquier y Emilio Carrión; los pintores Perceval, Cantón Checa y Carmen Pinteño. El libro se presentó en el Ateneo de Madrid.

Se dieron a través de los años muchos recitales basándose en esta obra, casi siempre por mí; creo que el autor, aunque no recite bien, siempre da a su obra un auténtico y cálido rumor de raíz desprendida. Los declamadores profesionales siempre me dejaron fríos, y como extraño a mis propios versos. Pero un día llegaron a la plaza mayor de mi pueblo un grupo de estudiantes capitaneados por el talento teatral de un no profesional, José Luis Cruz Amario. La puesta en escena, el sabio tratamiento y el adiestramiento emocional en la ejecución, me convencieron.

A las cuatro de la madrugada sonó el teléfono. Nos despertamos sobresaltados; mi mujer, más pesimista, pensando en alguna desgracia familiar... y yo, tras breves momentos de desperezo, recordando que aquella madrugada se fallaba el premio “Marfil”, convocado en Elche, al que había enviado mi libro *Bloque quinto*. Descolgué el teléfono convencido de que había con-

seguido el premio, ¿cómo si no me iban a despertar a esas horas? Sonó una voz entusiasmada: -¿Es usted Julio Alfredo Egea? -Sí señor. -Pues le doy la enhorabuena, ha conseguido quedar finalista, tras un gran debate, se le ha dado a una poetisa americana.

Me mordí los labios porque una palabra malsonante bregaba por salir ante el inoportuno despertar y la noticia. Rompí amablemente, sobreponiéndome: -Usted... ¿quién es? -Soy un periodista de *La Verdad* y deseo hacerle una entrevista. -Gracias, tengo sueño-, y colgué el teléfono. Aquella noche soñé con poetisas americanas devoradoras de humildes poetas españoles.

Después de este fracaso, acerté en un nuevo intento; lo publicó la Diputación de Murcia, al concedérsele el «Polo de Medina». Antonio Moscoso, buen pintor y amigo granadino, haría la portada.

Sala de espera, poemas de clara inspiración evangélica, fue un libro publicado en 1983, dentro de la colección «Genil», de la Diputación de Granada. Años antes, por haber conseguido el premio «Ceuta», fue editado su texto, parcialmente, pagado de erratas, por el Ayuntamiento de aquella ciudad.

En la década de los ochenta íbamos a recuperar, después de su larga residencia madrileña, para Granada y la amistad, a Paco Izquierdo, el excelente pintor, narrador e investigador de historias granadinas. Inquieto y eficaz, mucho había que esperar de él en cuanto a iniciativas y logros en el campo de la cultura. En 1982 inicia, con Rafael Guillén y otros amigos, una colección monográfica sobre el Albaicín, paralela a la publicación de otros documentos: planos, mapas, carteles, dibujos, textos antiguos..., relacionados con el barrio. Llevaba el nombre de “Los papeles del Carro de San Pedro”.

Pidieron mi colaboración y en 1984 se publicó *Plazas para el recuerdo*. Breve texto en prosa, de buenos recuerdos, de una juventud pasada en gran parte en ese hermoso barrio; recuerdos de plazas y amigos, desde el éxtasis y el buen humor; descripción y anécdota. Era mi modesto homenaje al más hermoso barrio andaluz, a ese lugar en donde siempre fui aprendiz de bellezas.

En 1976 empecé a viajar por el extranjero, deseoso de conocer mundo. Ya había paseado por casi toda España con ocasión de premios y lecturas. Mi costumbre de viajar ha hecho que, aún estando muy contento de vivir en mi pequeño pueblo, no pueda estar tranquilo cuando llevo quince días sin salir de él, pues siento la necesidad, seguramente creada por la costumbre y por mi naturaleza vitalista, de cambiar de gentes y paisajes. Por esto, desde 1976,

en que aprovechando la oportunidad de un premio en Extremadura, nos fuimos Patricia y yo a Portugal; a partir de este viaje hemos venido dándonos un paseo o dos, anualmente, «inventando» medios económicos cuando no me lo permitía el negocio de la granja, cosa muy frecuente. Estos viajes ocasionaron poemas (siguen ocasionando poemas) que recogí en 1985 en *Los regresos*, aunque el libro no sea sólo esto, según se dice en una nota en la contraportada: «Este libro, con diversidad de temas, sin la unidad temática que caracteriza a casi todos los libros anteriores del autor, con poemas escritos a través de varios años, tiene puntos comunes que justifican de algún modo su agrupación: el situar los poemas dentro de diversos paisajes o climas geográficos, el regresar recuerdos de juventud y niñez, el introducir elementos irónicos y humorísticos, el recoger ciertas experiencias oníricas...».

De pronto caí en la cuenta de que mis libros están llenos de gente: campesinos, soldados, familiares, seres marginados... Por sentimiento profundo el tema del hombre ha sido casi mi único tema, subordinando a él todos los demás. Una muchedumbre de seres desvalidos gritan y suspiran por entre mis versos. Desde mis primeros libros tengo el deseo de hacer uno sin gente, de mi contacto con la Naturaleza, con el campo, desde el recuerdo y la cotidiana realidad. Digo en el primer poema de La calle:

Aunque yo quiera hablar de cualquier cosa,
del maíz que se dora en los bancales
o del gorrión que salta entre las tejas,
corta mi voz el grito dilatado
del leñador que cruza los pinares...

Y en *Los regresos*, mi último libro:

Me sentaré cualquier día para escribir una historia de aromas, para intentar la arqueología del trino...

Eso intento ahora, la imposible arqueología del trino, aunque me temo que por cualquier ventana del paisaje se cuelen, sin poder evitado, la población de seres de mis versos anteriores.

De este libro en marcha, *Arqueología del trino*, doy un adelanto en *Segunda Antología poética 1973-88*, editado en este mismo año bajo el generoso patrocinio de la Caja Rural de Almería, que comprende junto a los poemas

de ese libro inédito, textos de mis obras publicadas durante el período que indica el título, siendo una continuación de la publicada en 1975.

Aparte de los libros, mi modesta producción literaria quedó derramada por pueblos y ciudades de España y América, en las revistas que más o menos modestas, de vida larga o corta, proliferaron sobre todo desde mediados de los cincuenta hasta mediados de los setenta, en especial en la década de los sesenta. Era una ilusión cotidiana esperar la hora del correo, pues era raro el día que no llegaba alguna de las muchas en que colaboraba con más o menos asiduidad, con poemas que luego formarían mis libros, con poemas que quedarían en el anonimato de una circunstancia...

Llegaban las revistas con su portada de ilusiones, con mis poemas arropados entre el temblor de nuevas voces y las voces sagradas de mis poetas de siempre. Llegaban desde lugares próximos, desde sitios distantes, enviadas por una mano amiga que anotaba mi nombre en el envoltorio, mi nombre ya plantado en la historia del sentimiento hecho palabra. Quiero dejar aquí sus nombres, los nombres que recuerdo: *Avellano, Ayer y Hoy, Caracola, Bayoán, Sonatada, Verbo, El Cobaya, Cuaderna vía, Blanco y Negro, Ánfora, Arquero, Alor, Cantos, Gánigo, Poesía Española* (después sería *Poesía Hispánica*), *Rocamador, Ágora, Atalaya, Nóema, Euterpe, El Molino de Papel* (de Granada, pues había otra *Molino de Papel* de Cuenca, de la que también era colaborador), *Azor, Alne, Géminis, Loreley, Norte, Nivel, Poemas, Torre Tavira, Villa de Madrid, Alcaraván, Arrecife, Liza, Pleamar, Selecciones, Siempre, Mijares, Litoral; La Voz, Linares, Jaire, Gala, Malvarrosa, Grímpola, Forja, Mensaje de Nueva York, Gaviota...* Y muchos periódicos de provincias, y, sobre todo *ABC*, de Madrid, en los primeros años de los setenta...

Fueron besana de mi palabra.

EPISODIOS DE UNA BIOGRAFÍA ESPERPÉNTICA

LA LUNA DE VALENCIA

TENEMOS NOTICIAS DE LA CELEBRACIÓN DE JUEGOS FLO-RALES DESDE EL SIGLO XIV, PARECE SER QUE SE CELEBRARON POR PRIMERA VEZ EN 1323, EN LA CIUDAD DE TOULOUSE. Surgieron estas competiciones para despertar el interés por la literatura provenzal, y al poeta ganador, al principio, se le premiaba con una violeta de oro. Parece ser que ya en el siglo XVI empieza a concurrir la poesía francesa junto a la provenzal. Casi siempre se unió a la celebración literaria una fiesta gastronómica. Hay noticias, por ejemplo, de los presididos por Luis XIV, en 1690, en los que se consumieron diecinueve bueyes, trescientas cajas de dulces, etc. (Aunque hoy no se llega a tanto, es posible que la causa de ser yo un hombre robusto se lo deba al haber concurrido a muchos de estos actos).

Hubo una continuidad en estas competiciones, aunque su apogeo tuvo lugar en el Renacimiento. Fue Luis XIV quien llevó los Juegos Florales a la Academia de Bellas Artes y, desde entonces, ininterrumpidamente, han sido premiados los más grandes literatos de Francia.

La fama de estas competiciones francesas pronto repercuten en Barcelona, y ya se organizan en 1363, bajo el patrocinio de Juan I de Aragón. Se crea un cuerpo de mantenedores, al que pertenecen ministros, prelados, generales... Al poeta ganador de tres primeros premios se le nombraba Maestre en Gay Saber. Con el tiempo se celebraron en el Salón del Ciento y en otros recintos nobles de la ciudad.

Es indudable que en estos certámenes, que se han conservado casi en su original pureza aquí en España, en las regiones catalana y valenciana, y por imitación en otros lugares, casi siempre late un sentimiento de exaltación nacionalista. Durante el régimen anterior lo normal era que a cada premio en lengua vernácula correspondía otro en castellano. A partir de la demo-

cracia, lo corriente es que se han vuelto a convocar, como en un principio, sólo en lengua vernácula, cerrando el paso, definitivamente, a los poetas que escribimos en español.

En los Juegos Florales puros se convocan tres premios: Flor Natural, tema Amor; Englatina, tema la Patria; y Viola, tema la Fe. En muchos lugares han derivado hacia otros sistemas más sensatos, tomando otros nombres: simplemente certámenes, premios a libros, etc., liberándose de formas y exigencias anticuadas.

Durante veinte años tomé parte en todo este tipo de competiciones, consiguiendo un número casi vergonzoso de premios, ganándome la admiración o la envidia de unos y el desprecio de otros, según se tratara de poetas «puros» o de poetas «desgraciados». Yo me he reído mucho de actitudes, éxitos y fracasos. ¿Tenía algún mérito ganar estos premios? Creo que no, el misterio estaba en dominar el oficio y en elegir temas y formas después de un estudio psicológico de los jurados. ¿Qué me han dado los premios? La hermosa ocasión de conocer gente, de hacer amigos, de conocer España casi pueblo a pueblo, de conseguir algún dinero para ir pagando la casa en que vivo, mis coches, de comprar tiempo para realizar la obra que quería hacer, me han ayudado a publicar mis libros, a llevar poesía a gentes necesitadas de ella... La parte negativa puede haber sido, a veces, víctima de jurados turbios, el tener que soportar fiestas cúrsiles, el tener que bailar (sin saber bailar) con la hija del gobernador y otras servidumbres y depravaciones. Procuraba ir siempre con alguna composición de mi obra en marcha, con mis poemas para libros, pero a veces componía versos para el caso que, al salir del acto o de la ciudad, hacía volar por la ventanilla del coche. Me confieso públicamente de estos pecados líricos.

Al sentarme a escribir no era mi intención contar estas intimidades, sólo quería mostrar algunas anécdotas; es lo único que narro a mis amigos de esos viajes gloriosos. Sólo lo insólito, lo esperpéntico de una situación es lo que puede divertir a alguien.

En 1969 se convocaron los Juegos Florales de Játiva y me presenté a ellos con tres composiciones a los tres temas tradicionales: Amor, Patria y Fe. Conseguí la Englatina y la Viola. La Flor Natural se la dieron a un poema en valenciano de Salvador Espriu. Lo cierto es que los poetas en lengua castellana teníamos desventaja frente a los de lengua vernácula, porque los jurados estaban definitivamente inclinados por la exaltación del idioma

regional y teníamos que presentar poemas con calidad, espectaculares, para llamar la atención y convencer. Menos mal que en este caso mi vencedor era un gran poeta.

Llegué a Játiva en tren para estar presente en la entrega de premios y tomar parte en la ceremonia, aunque el protagonista en estos casos es siempre el poeta que consigue la Flor Natural, y llegué con el tiempo justo. Atravesé en un taxi la ciudad con las calles llenas de gente, en el apogeo de sus fiestas, y llegué al lugar de la cita, a la plaza de Calisto III. Tuve que cambiarme, ponerme el smoking, en el hospital que hay en dicha plaza y dejar allí mi maleta. Transcurrió el acto normalmente; tremendas tracas y un concierto inacabable, con varias bandas de música, siguieron a la parte literaria. Se hizo muy de madrugada y la gente fue desapareciendo. Yo, hablando con unos y con otros, con mi despiste habitual, di lugar a que se fueran los organizadores sin decirme el hotel que me tenían asignado para dormir. Fue culpa mía, también de ellos. Llegó un momento en que me encontré solo en la gran plaza. Recogí mi maleta en el hospital y empecé a recorrer calles desiertas. Pronto descubrí la realidad de mi situación, no había ni una sola plaza de hotel disponible, ni un solo taxi a mano para marchar a otro lugar... Sin pretenderlo, llegué otra vez a la plaza de Calisto III. Estaba hermosísima la plaza a la luz de la luna. El noble edificio del Hospital Municipal con su entrada gótica frente al bello conjunto de la Colegiata renacentista, dos gatos dando vueltas a mi alrededor, como lamentando mi abandono, y yo vestido de smoking, con mi maleta y mi desamparo. De pronto oí la llamada de una voz angelical. Era una de las monjas del hospital, que estaba de guardia y le extrañó mi presencia y mi soledad. Ella, según me dijo, sabía que yo era uno de los poetas premiados porque había presenciado el acto desde las altas ventanas del edificio. Le expuse la situación y me ofreció una cama en el hospital. La acepté y me dieron una habitación individual con un amplio ventanal.

Apenas si dormí; un fuerte olor a cloroformo y la implacable luna de Valencia que entraba de lleno en la habitación resaltando la blancura de sábanas y paredes inquietaron mi ánimo. Me levanté al amanecer y escribí un soneto que hablaba de amor divino y redenciones para regalárselo a mi monja providencial. Ella recibió gozosa la ofrenda lírica, mi moneda espiritual, y partí en un vagón de tercera, como aquel otro humilde poeta que se llamó don Antonio Machado, abandonando la ciudad y haciendo propósito de no presentarme nunca más a Juegos Florales.

No cumplí mi promesa, seguí concursando a los cuatro días, de manera incansable, y en ese año de 1969 conseguí premios en muchas ciudades: Cádiz, Alicante, Barcelona, San Feliú, Teruel, Toledo, Madrid, Salamanca, Nueva York, Adra, Llundunmayor, Pueblo Nuevo, y otra vez en la provincia de Valencia, en las fiestas de la vendimia de Requena. Fue uno de los años más movidos y pude comprarme mi primer coche.

En 1973 tuve la tentación de volver por Játiva, en parte porque de alguna manera me quedaba clavada la espina de no haber conseguido la Flor Natural, en parte porque vi la convocatoria en una revista, junto a otra convocatoria en Paterna, ciudad próxima, y los premios se daban casi en las mismas fechas y vi la posibilidad de conseguir ambos y recogerlos en el mismo viaje. Hubo suerte y me dieron el primer premio de ambas ciudades. Primero se celebraban en Játiva y allí acudí con mi coche y con Patricia, pues los niños habían crecido y alguien quiso quedarse con ellos.

Llegué recordando mi noche en el hospital, Con cierta desconfianza, aunque ya sabía por cartas que los organizadores estaban arrepentidos de la culpa que pudieran tener en mi peripecia. Llegué preguntando por el hotel en que estaríamos hospedados, y los encargados de recibirnos sonreían pidiéndonos paciencia, querían hacer algo extraordinario para que olvidara aquella noche de agosto del 69. Nos atendieron espléndidamente; el poeta local López Sellés era nuestra sombra tutelar. Nos llevaron a una casa nueva, entregándonos la llave. La casa era de un concejal del Ayuntamiento, creo que el encargado de asuntos culturales, que acababa de casarse y había marchado a Canarias en viaje de bodas. Nos había dejado una tarjeta diciendo que era un honor que el poeta premiado estrenara su casa y su lecho, y que podíamos disponer de todo, pues todo había sido preparado en honor nuestro, y que nos quedaríamos quince días, hasta que regresaran ellos del viaje nupcial. A poco de instalarnos llegó un periodista del diario *Las Provincias* de Valencia, Manuel Hostald, para hacerme una entrevista, nos sentamos en la terraza y le serví un buen güisqui del frigorífico bien repleto de bebidas y manjares. Mi mujer y yo estábamos asombrados, dispuestos a una nueva luna de miel en aquel ambiente confortable e inédito, con un olor a azahares que nos hacía la ilusión de volver a estrenar el amor y la vida. Todo fue delicioso durante aquella segunda estancia en Játiva, y no pudimos quedarnos los quince días que nos ofrecían porque a los dos días hubo que irse a Paterna para el otro premio.

Sólo tengo tres recuerdos sobresalientes de Paterna. El hotel en donde nos hospedaron estaba próximo a una fábrica de galletas, *Galletas Río*, y no podíamos dormir porque un intenso olor a vainilla inundaba la habitación y llegamos a sentirnos indigestos, como si hubiéramos comido una gran cantidad de dulces. El mantenedor era el actor Antonio Ferrandis, natural de aquella ciudad, una persona muy agradable y de la cual tengo un buen recuerdo. Le habían dado otro premio a una escritora de cuentos, de Ceuta, María Manuela Dolón, y en el momento de hacerle entrega se desmayó en pleno escenario y hubo que sacarla en volandas. No era para tanto, yo creo que sería alérgica al olor a vainilla. Nació entre nosotros una amistad que seguimos ejerciendo.

En septiembre, un mes después de este mismo año, volvieron a convocar de manera extraordinaria, pues eran las bodas de plata de aquellas fiestas vendimiales, el premio de Requena, en el que también estuve en 1969. Conseguí el primer premio. Las estancias en Requena siempre fueron felices; es una ciudad más manchega que valenciana, con excelentes vinos y gentes muy abiertas a la amistad. El mantenedor fue en esta ocasión un escritor de Arcos, amigo mío, Jesús de las Cuevas.

Siempre instalan, al menos las veces que estuve fue así, una fuente pública de vino durante los días de fiesta, y acuden como mosquitos los borrachos existentes en muchas leguas a la redonda, ante acontecimiento tan tentador; es como una devota romería al dios Baco. El acto literario se celebraba en el teatro Principal y después había que salir en comitiva, a pie para dar más solemnidad al asunto, atravesando casi toda la ciudad, hacia un Instituto de Enseñanza Media en que se daba la cena en honor de la reina de las fiestas. Se organizó el cortejo. Yo iba delante con la reina del brazo (creo recordar que era la hija de un ministro oriundo de aquel lugar, y desde que llegué al pueblo la estaba viendo en fotografía, en las etiquetas de todas las botellas de vino envasadas para aquella ocasión. Bonito detalle...) Y detrás de nosotros el cortejo de damas bien ataviadas, las autoridades locales y de Valencia, todas las ilustres personas del pueblo e invitadas..., en perfecta formación, en procesión solemne y silenciosa, pasando ante el pueblo llano que esperaba paciente en las aceras. Al pasar por las inmediaciones de la fuente de vino se deshicieron las colas de borrachos y acudieron presurosos, cercando nuestra marcha. ¡Viva la Reina!, gritaban. Y también: ¡Viva el Rey!, agitando hacia mí sus brazos y dedicándome el gesto grotesco o burlón de sus rostros.

Siempre que en la vida me he sentido en una situación ridícula ha acudido a mi pensamiento aquella imagen. Yo, vestido de smoking, en una noche de gloria efímera, como un payaso triste, cercado por borrachos en aquelarre fantasmal, por las calles de Requena, por borrachos que me gritaban: ¡Viva el Rey!

Siempre que en la vida he sentido una sensación de desvalimiento, ha acudido a mí el recuerdo de aquella otra noche en que dormí en un hospital de Játiva y en que la luna de Valencia me martirizaba con su cruel resplandor. Confieso que he vivido intensamente, pero que en muchas ocasiones me he quedado instalado en esa luna de Valencia.

OTRAS FIESTAS LEVANTINAS

EN ORIHUELA, LUGAR SAGRADO DE LA POESÍA POR SER ESCENARIO -OLEZA, ORIHUELICA DEL SEÑOR- DE PÁGINAS CRUZADAS POR SUTILES AROMAS BÍBLICO-LEVANTINOS, escritas por Gabriel Miró, el novelista más poeta de toda la literatura española, y cuna de ese otro gran poeta de furias y ternuras que es Miguel Hernández, se convocaban Juegos Florales en honor de la flor del naranjo, «Fiestas del Azahar», teniendo por tema la pequeña flor, aroma del alma de aquellas tierras. El lugar y el tema eran tentadores y por eso fui, en la primavera de 1963, ganador de la flor natural.

El primer problema fue, al llegar a Orihuela, que era necesario vestir de etiqueta en la fiesta para recibir el premio. Yo, aún novel en andanzas florales, me sentí perdido; menos mal que allí vivía mi hermana Milagros y su marido, médico, y me sacaron de la penosa situación. Pidieron el smoking a un compañero de mi cuñado, que tenía aproximadamente mi talla, pero era en apariencia pues las mangas me estaban cortísimas y tenía que andar engurruido, encogido de brazos, huidizo y decepcionado en aquella presuntuosa fiesta versallesca que presidió la princesa María Teresa de Borbón Parma, celebrada en el Casino, que siguió a la fiesta literaria que se había desarrollado en el Teatro Circo.

Cuando llegó el momento de bailar con la reina del Azahar, cuyo honor era del poeta, “cosa obligada” decían, abriendo el baile con un vals y solos en la pista, es cierto que me sentí el ser más desgraciado de la tierra. Casi tenía deseos de que me cayeran las grandes lámparas del salón barroco sobre la cabeza. No sabía bailar, no lo había intentado nunca, seguro de mi incapacidad, y además, en los obligados movimientos saltarían botones, se descoserían costuras, tendría que estirar los brazos y terminaría vencido, huyendo, escondiéndome por los rincones de la fiesta. Tuve una idea salvadora. En un extremo del salón el mantenedor hablaba con las autoridades y me fijé en él como en una tabla de salvación en las angustias de un naufragio. Tenía cierto aspecto de ave nocturna en la figura y los movimientos de su rostro, pero los ojos acerados se le aplacaban en los remansos de la sonrisa,

y en su discurso, a través de su palabra fácil y florida, una vez desbrozada de ardores falangistas, quedaba un aliento de caballero galante y sabio del Renacimiento, era el teniente alcalde del Ayuntamiento de Madrid. Me dirigí a él con timidez: - Tengo el honor de ceder a usted el primer baile con la reina-. Rechazó en un principio mi oferta: -Eso es cosa suya, lo agradezco pero el baile ha de iniciarlo el poeta-. Volví a insistir, desconsolado: -Es un privilegio que usted merece más que yo... Vi animársele el rostro al sentirse halagado y una sonrisa de aceptación me llenó de tranquilidad. Cuando danzaba con el rostro radiante y yo sentía mareos con las evoluciones del vals y el recuerdo del peligo pasado, huí hacia los arrabales de la fiesta en busca de un vaso de vino reconfortador.

Aquella noche, recordando la áspera vida de Miguel Hernández, sentía remordimientos por mi frívola determinación de acudir a aquel jolgorio elegante organizado por las gentes burguesas de su pueblo, y estos remordimientos continuaron hasta que en 1972 pensé presentarme de nuevo a este concurso con un poema desgarrado, sobre la emigración, en el que enviaba un ramo de azahar a mis emigrados amigos de Alemania. Me dieron el tercer premio, y no fui a la fiesta del Casino, y me sentí purificado ante los ojos puros de Miguel.

Cuando en 1968 llegó a mí la convocatoria de «La Fiesta de la Naranja» en un pueblo castellonense, Villarreal de los Infantes, pensé que bien podrían las flores de azahar de mis sonetos premiados en Orihuela madurar en naranjas, y acudí confiado. Me dieron el primer premio, «La Naranja de Oro», y acudí a la entrega en una furgoneta pirata, cargada de emigrantes, que hacía el viaje desde mi pueblo a Barcelona. Cuando llegué estaba anocheciendo y sentí hambre; y como faltaba tiempo para la hora de la cita, busqué un bar, tomando unos tintos, mojeteando vorazmente un plato de alioli fuerte y reconfortador. Después marché al hotel que me habían asignado y vestí el smoking que había comprado en tres mil pesetas a mi regreso de aquel viaje de Orihuela en que tanto sufrí con uno prestado. Llegué al lugar de la fiesta, empezaron las presentaciones de rigor, me presentaron a un grupo de señoras entre las que estaban las mujeres del alcalde y de otras autoridades de la provincia, y sorprendí a una que decía con voz velada en el oído de otra: -El poeta huele a ajo-. Me expliqué aquellas miradas admirativas a mi llegada, que iban tomando tonos de decepción por efectos del alioli, desmitificando ante ellas mi imagen de poeta el plebeyo olor de los ajos. Pero después de recitar los sonetos, bien equipado con mi smoking nuevo, y no encontrando

a nadie en quien delegar el penoso deber de la danza, inicié el baile con la hermosa reina, bailé el «vals de las olas» en un alarde de decisión, ante la irónica sonrisa de la concurrencia que comprobaba mi incompetencia en el menester y ante el grito sofocado de la reina, ocasionado por un inevitable pisotón.

Aunque en mis relatos sólo quiero resaltar, no la efímera gloria de los premios sino lo esperpéntico, mis pequeños fracasos, he de decir que en aquel pueblo lo pasé muy bien, entre una gente muy cariñosa que me acompañó hasta muy avanzada la madrugada, y cuando marché al hotel y, desmadejado, me estaba quitando el majestuoso atuendo para meterme en la cama, oí el claxon de la furgoneta pirata de mi paisano que ya volvía de Barcelona, después de haber dejado su cargamento de emigrantes, y me llamaba para volver. ¡Qué sufrida vida!

Por esos tiempos, ocasionado por aquellos triunfos levantinos, se abrió un pintoresco capítulo de la envidia. ¡Hay gente para todo! Empecé a recibir cartas de un fraile residente en un convento valenciano, aunque decía ser natural del pueblo del gran Tárrega, de Villarreal de los Infantes, y que en los membretes de sus cartas se declaraba «Predicador perpetuo de San Expedito». Este fraile me pedía, en sus interminables epístolas, le enviase los poemas premiados, para compararlos con los suyos que habían concurrido sin éxito, en competencia con los míos, que *«habían fracasado a pesar de ser excelentes»*. Eran interminables sus cartas; se extendía en hablar mal de los jurados, sospechando conspiraban en contra de sus maravillosos poemas, por intereses turbios imaginados por él, y sobre todo por la autoapología que hacía de su persona, resaltando sus méritos como poeta y como orador sagrado. Me decía que había predicado en Madrid, en San Francisco el Grande, delante de Franco, y que el Caudillo había estado durante todo el tiempo que había durado el sermón con la boca abierta. (Pienso que podía estar durmiendo y no ser por admiración por lo que abría la boca el Generalísimo.) También me decía que en tiempos más afortunados había conseguido premios por toda la geografía hispana, que había predicado más de 30.000 sermones con rotundo éxito... Copio algunos párrafos de sus cartas, como ejemplo: *“Precisamente mis sermones tienen un enorme aliciente, porque la palabra bella, la metáfora elocuente, la vehemencia y el sentimiento que pongo en mi verbo fluido, abundante y emocional, enloquece a las turbas. En la propia Almería prediqué una solemnísimas misión y llamé la atención, a pesar de que éramos 75 misioneros...”*. Cuando llegó a conocer algunos versos míos, me escribía:

“Para mí, sus versos como los de Aleixandre, Cernuda, etc., etc., son incomprensibles, nada me dicen, son como los cuadros de Dalí o Picasso, ya que a las gentes con cultura y suma ilustración nada les dicen esos cuadros...”

Contesté por cortesía a su primera carta, pero como éstas se sucedían y no contestaba, se las enviaba al cartero para que pusiera especial cuidado al dármelas y le comunicara que me las había dado. A pesar de no contestarle seguía enviando cartas dirigidas a mí como alcalde, otras como granjero (no sé por qué conducto se habría enterado de mi vida y milagros); cartas en que se enardecía su locura cuando las escribía porque se enteraba por la prensa de que me habían dado algún nuevo premio. Para quitármelo de encima tuve la idea feliz de enviarle una carta firmada por mi mujer, con el siguiente texto:

“Reverendo Padre: Mi marido, Julio Alfredo Egea, marchó a Méjico hace quince días, con una beca para estudiar la antigua civilización azteca. Estará allí unos cuatro años. Acabo de recibir la última carta de su reverencia y le doy noticia para que no extrañe que no le conteste. Ha vendido la granja y ha dimitido de la alcaldía. Nosotros marchamos con él en fecha próxima.

“Deseándole paz, felicidad y humildad, como corresponde a un religioso, le saluda, Patricia López”.

Así acabó esta historia de uno de los malos duendes perseguidores, relacionada con mis premios levantinos.

CONGRESO INTERNACIONAL O EL MISTERIOSO CHINO KAI-FU-CHOU

ACUDO A LOS CONGRESOS DE POETAS, SOBRE TODO, PORQUE ES OCASIÓN DE ENCONTRARTE VIEJOS AMIGOS; de conocer personalmente a algunos que admiras de siempre, sin haber tenido la oportunidad de un encuentro personal; porque se aprende mucho dentro de la convivencia de unos días felices.

Me invitaron al segundo congreso de poetas andaluces (no se habían acordado de mí en el primero) celebrado en Granada en 1983. Fueron días inolvidables; también en el tercero, que tuvo lugar en Córdoba en abril del 87, aunque tuve problemas para encontrar mi coche al finalizar el congreso, que dejé aparcado el día de la llegada, distraídamente, en ciudad tan laberíntica, y que encontré gracias a la detectivesca labor de un poeta tan despierto: Aquilino Duque, que llegó con su amistad en mi ayuda.

El año anterior, en el verano del 86, convocado por dos jóvenes poetas almerienses del grupo “Alcaen”, Paco Domene y Paco Jiménez, se había celebrado en Almería una reunión de la joven poesía andaluza, a la cual fui el único poeta “viejo” invitado, junto con el malagueño Enrique Molina Campos, al que invitaron como «moderador general», como poeta y como conocido «teórico» de la poesía. Juventud y Poesía es una buena combinación, y vivimos unos días en el ámbito de sus radiaciones rejuvenecedoras.

Pero dejemos nuestros congresos familiares. Recién llegado a la recepción del hotel «Los Galgos» de Madrid, en la primavera del 82, el señor encargado de recibir a los poetas invitados al VI Congreso Mundial de Poesía, cuyos organizadores tenían sus oficinas en Luxemburgo, y que reunía cada dos años a un amplio y variopinto grupo de poetas en los más diversos lugares del mundo (los anteriores habían sido en Corea, en San Francisco...), una vez consultadas las listas me dijo: -Usted, señor Egea, tiene que dormir con un chino.

Mi cara de poeta de pueblo debió de reflejar agudos sobresaltos, porque el recepcionista me aclaró inmediatamente: -Para que la convivencia entre los poetas sea más eficaz, hemos pensado mezclar a aquellos que han venido

sin su esposa, instalando dos por habitación, y a usted le ha correspondido dormir con un chino.

No me tranquilizaron mucho las explicaciones, en la seguridad de que sean motivos económicos los que impulsaban a tal determinación, y me apresuré a contestar: -De ninguna forma, yo no pienso dormir nunca con un chino. El recepcionista, aparentando no haber oído mi contestación, me señaló hacia el vestíbulo: -Es aquel señor que está solo, junto a la columna...

Miré hacia el gran salón de la entrada, una abigarrada multitud de poetas recién llegados cambiaba impresiones; eufóricos rubios de países nórdicos, elegantes indios de largas túnicas, japoneses cuyas voces de pájaro sonaban agudas en la alegría del encuentro, norteamericanos con aire de vaqueros vestidos de domingo, hispanos de América con clandestina mirada de infinitos exilios..., y mi chino, solo, serio, con la mirada casi vertical y perdida. Me sentí, por un momento, algo así como víctima de un destino fatal e inexorable; y avancé hacia aquel señor bajito y misterioso. Me recibió sonriente y efusivo, me habló en chino. Después, en un inglés cantarín bellamente orientalizado. Nada, no le entendía nada. Sacó de una gran cartera que llevaba, un esmalte que intento abotonar en la solapa de mi chaqueta, un trébol con unas palabras chinas que, nervioso, arrebaté de sus manos y me guardé en el bolsillo.

Me despedí con una sonrisa internacional y fui a enseñarle la tarjeta a un grupo de poetas-profesores, que ejercían en universidades USA, y me la traducirían correctamente. -¿Qué puede significar eso de «Member Psychological Warfare Committee»? No sé si en broma o en serio, alguien contestó: -La guerra psicológica está íntimamente ligada a una especialidad: lavado de cerebros.

No quise oír más... Yo, humilde poeta de pueblo, tan al margen de intrigas internacionales, me veía, a causa del destino, en una situación preocupante: dormir con un chino lavadero de cerebros...

Salí desalentado hacia recepción, y cogiendo la maleta dije con energía: -No dormiré con el chino, me voy ahora mismo para mi pueblo.

Hubo un poco de sobresalto entre el personal, y el recepcionista se fue a consultar con otras personas, volviendo rápido para decirme: -Perdone, señor, vemos la posibilidad de que duerma usted con un argentino.

-Eso es otra cosa. -Acepté y me condujeron a la habitación.

No estaba el argentino, pero al poco tiempo llegó y nos dimos a conocer. Se trataba de Horacio Armani, un fino poeta bonaerense, según pude comprobar cuando me dio sus libros, excelente traductor de poetas italianos, colaborador del diario *La Nación*, en cuyo periódico llevaba su esposa la crítica de libros. El único problema de nuestra convivencia nocturna fue que no dormíamos lo deseable porque yo tosía (por entonces era un empedernido fumador de cigarros puros) y él roncaba, aunque al menos se trataba de un ronquido hispano. ¡Dios sabe cómo roncaría Kai Fu Chou!

Horacio Armani negaba su evidente ejercicio del ronquido, creyéndose único perjudicado, y cuando regresó a su país me escribió una cariñosa carta de amigo, pero no pudo evitar el dedicar un párrafo a mi mujer, preguntándole cómo podía dormir con un hombre que tosía tanto...

En algunos aspectos fue desarrollándose el congreso con normalidad: aperitivo del alcalde señor Tierno Galván en el Ayuntamiento, recepción en el Palacio de Congresos, lectura conjunta en el Instituto de Cultura Hispánica bajo la dirección del poeta-profesor de la Sorbona Mr. Claude Couffón, desarrollo de ponencias en el Ateneo... Pero tuvo este congreso momentos de gran tensión, de disidencias con el responsable en España de su organización, el poeta canario Justo Jorge Padrón; tensión que llegó a altos grados con las intervenciones de Rosa María Pereda, encargada por entonces del tema poético en el diario *El País*, contraria al modo de desarrollarse el Congreso. Rafael Alberti, que había presidido el acto de apertura, desertó a los pocos días, alegando, entre otras cosas, que el Congreso se estaba derechizando, porque, según él, había un chino... “Éste es mi chino”, pensé yo en seguida. Y dijeron que aprovechando que el Congreso estaba abierto, mediante el pago de una determinada cantidad en dólares, a todo aquel (profesores, estudiantes...) que le interesara seguir su desarrollo, la China nacionalista había enviado a Kai Fu Chou para que hiciera propaganda de su opción política. Lo cierto es que el chino paseaba en solitario, por aulas y pasillos, como alma en pena; ni decía nada ni nadie le hacía el menor caso.

Varios poetas abandonaron, por una u otra causa, las actividades del Congreso, y nunca entendí que hubiera motivos suficientes para ello, considerándolo una descortesía, sobre todo hacia importantes poetas americanos que habían llegado muy ilusionados al encuentro. Hasta llegaron a decir algunos periódicos que los andaluces habían desertado en masa, quizá desorientados porque en el único recital que se dio sólo tomamos parte unos cuantos, de común acuerdo, porque la actuación de todos haría el acto interminable.

RUTAS CATALANAS

LA PRIMERA VEZ QUE FUI A CATALUÑA, A RECOGER UN PREMIO, FUE EN 1962; un segundo premio, el primero fue para Juan Antonio Villacañas, de Toledo; en un concurso que convocaban los sindicatos con motivo del primero de mayo, fiesta del Trabajo, fiesta de San José Obrero en versión de la política de aquellos tiempos. Antes me habían dado algunos otros en la hermosa ciudad de Barcelona, el primero había sido en 1959, premio, “Mosén Amadeo Oller”, que lo daba una parroquia; pero tanto de éste como de algunos más no tengo recuerdo porque no había que ir al acto de entrega. Pero a estos «Juegos Florales Sindicales» sí fui en compañía del amigo Villacañas, excelente compañero para viajar. Iba a celebrarse la fiesta en la Plaza del Rey, pero ante el peligro de una anunciada manifestación, que supongo sería una de las primeras de la posguerra, ante la imposibilidad de hacerlo en un lugar abierto, por el peligro que se corría en día tan señalado y con todas las autoridades presentes, hubo que refugiarse en el salón del Tinell, del Ayuntamiento, aunque tomándose medidas, temiendo una posible invasión de alborotadores. No comprendía aquel ambiente de temor que se respiraba, conocedor del miedo justificado que tenían por entonces los disidentes del sistema sindical. Actuó de mantenedor Xavier de Echarri, director de *La Vanguardia*, y yo no sé para qué nos llamaron a los poetas porque nuestro protagonismo fue nulo, encargando la lectura de trabajos a declamadores profesionales, quizá temiendo incapacidades nuestras que deslucieran el acto. Leyó mis versos Mario Cabré, que, pese a su vestimenta corriente, llevaba un chaleco de luces entre torero y cortesano, como símbolo de su personalidad. Me impresionó oír mis versos en labios de aquel singular personaje, por entonces actor, torero, cortejador enamorado de Ava Gardner, poeta...

Acudió, para atendernos particularmente, un poeta de Linares, José Jurado Morales, residente en Barcelona, editor de la revista *Azor*, que nos invitó a comer y nos presentó a algunos escritores.

Estos certámenes sindicales fueron frecuentes por una larga década, organizados por «Educación y Descanso», y tenían la ventaja de que no había

que acudir vestido de smoking, pues no era apropiado que un productor (denominación que se daba corrientemente a los trabajadores, en Sindicatos, evitando en lo posible la palabra obrero, que sonaba a marxista, menos en su aplicación a San José, pues en el caso del santo no había sospechas de afiliación) vistiera de aquella manera. Se daban con frecuencia noticias falsas, aparentando que los trabajadores manuales eran los que tomaban parte en los concursos y resultaban ganadores, cosa incierta, aunque fuera cierta en algún caso; eran los poetas los que ganaban los premios, como es natural. También a veces se presentaba a éstos como «productores» (aunque en el caso que voy a citar como ejemplo, se les denominara, de manera excepcional, como obreros), siendo corriente que autores consagrados, con una obra sólida y reconocida, aparecieran en algún periódico de provincias como fontanero o electricista. Tengo a mano un recorte del periódico *Arriba*, con fecha 24 de marzo de 1971, en que bajo el título: “*Un albañil, premio nacional del Concurso “Poesía en el trabajo”*”, se daba la siguiente noticia: «*El obrero de la construcción don Andrés Quintanilla Buey, que trabaja en Venta de Baños (Palencia), ha sido galardonado con el premio nacional del concurso Poesía en el Trabajo, patrocinado por la Obra Sindical de Educación y Descanso, y convocado para conmemorar el centenario de la muerte de Bécquer. El segundo premio ha sido otorgado al trabajador de Chirivel don Julio Alfredo Egea...*».

En ocasiones valían disculpas y no iba a Barcelona a la entrega de premios: Juegos Florales de Nuestra Señora de Port, uno convocado por una floristería de San Feliú, en Arenys de Mar, Juegos Florales de Radio Barcelona.... En otros casos exigían que hubiera presente, al menos, un representante del autor, y yo escribía a algún amigo emigrado para que asistiera al acto de entrega en mi nombre. Esto tenía sus peligros, no recuerdo si fue en Pueblo Nuevo o en Cornellá, pues a ambos sitios envié representante, en donde un paisano, que acudió en mi nombre y bastante aleccionado por carta para que no se desmadrara ni hiciera el ridículo durante la cena de gala que se dio a los premiados, se sintió halagado al ser confundido conmigo y siguió la corriente, intentando ligarse a la reina de forma escandalosa, quedando todo al descubierto cuando se le pidió (a él, que en su vida sólo había leído el *Marca*) que leyera los versos premiados. Por testigos presenciales, y por la humilde confesión que luego me hizo el impostor, sé que se armó un gran alboroto y a punto estuve de perder el premio.

No siempre fue así, en ocasiones tuve representantes llenos de prudencia y mesura; y en este tema he de recordar a mi prima Paquita Soler y a

su marido John, vecinos de Nueva York, que fueron a recoger los premios que me dieron en 1969, en la Universidad de Columbia, quedando todo el mundo encantado de mis embajadores, tanto que siempre que encuentro por esos mundos a alguno de los poetas americanos participantes en aquel suceso, me manifiestan que recuerdan la simpatía de aquellos primos míos. Pero, a partir del episodio nefasto que ocasionó aquel paisano residente en Barcelona, tuve más cautela y procuré asistir personalmente, y así lo hice en el siguiente concurso que fue en Badalona, convocado por el Ayuntamiento, y en donde encontré un concejal de Cultura cordobés, digno representante de las Andalucías catalanas.

Nada que se salga de lo corriente podría contar de un premio en Ruidoms, ya que en mi corta historia relacionada con Tarragona sólo tengo el recuerdo espléndido de la playa dorada de Salou, aunque en ese recuerdo haya una penumbra de desvalimientos.

Llegué en un tren de madrugada, que había cogido en Murcia, y el pueblo estaba dormido, repleto de visitantes, sin un lugar en donde acostarse, pues era agosto de 1966 y el turismo estaba en su apogeo. Mi fallo había sido no prever que llegaría de madrugada, y no haber preguntado a mosén Ramón Muntanyola, párroco y promotor del certamen, en dónde me hospedaba. No encontrando a nadie que pudiera orientarme, y dando unas vueltas alrededor de la iglesia, comprobé que sólo podía dormir unas horas en la playa. Los restos de la sensación de angustia que por el momento sentí, al callejear solo y desorientado, sensación de angustia que siempre había sentido en una ciudad desierta en la noche, guiñando los semáforos a la soledad, cesaron al recostarme en la playa frente a un mar con rumor de balada. No era yo solo, había gente, grupos de gente durmiendo. Con el cinturón me até la maleta a un tobillo, tendiéndome sobre la suavísima arena. Desde niño no había dormido a raso; recuerdo que me encantaba dormir en las eras de mi pueblo, oyendo un concierto de grillos y ranas, un ladrar de perros lejanos, el olor de mieses mojadas por el rocío, el desvelo de las estrellas; vivir la esplendorosa plenitud del amanecer... Me dormí con estos hermosos recuerdos, y desperté con el sol alzado ya sobre el mar y el pueblo, y tuve una sensación feliz en aquel lecho de oro.

Me fui a la parroquia en busca de mosén Ramón, que como digo era el responsable del desenvolvimiento de aquel certamen que, a pesar de su modesta dotación económica, tenía un ámbito internacional y un ambien-

te encantador, muy lejos de la artificiosidad de los Juegos Florales. Eran promotores, junto con el P. Muntagnola, que era un buen poeta en lengua catalana, muerto hace unos años, catedráticos de literatura hispánica, Dr. Geoffrey Ribbans de la Universidad de Liverpool, y Dr. Horst Baader de la de Berlín, ambos asiduos veraneantes en Salou.

El P. Muntagnola, párroco de aquella preciosa iglesia marinera, me recibió con un cariño desbordado, muy preocupado al enterarse que había dormido en la playa (“como un hippy más”, dijo) y me dio la llave de un piso que era de la parroquia, para que lo compartiera con el cura de Chinchón, al que tenía invitado, invitándome a quedar allí todo el tiempo que quisiera.

El acto literario se celebró, entre campestre y académico, en un gran patio o pequeño huerto, con la presencia de los organizadores y otros profesores extranjeros y catalanes; y había premios para muchas lenguas, recuerdo que se leyeron poemas premiados en catalán, flamenco, portugués, francés...

Al atardecer (era el día de la Virgen del Carmen) había organizado mosén Ramón una procesión marinera, un desfile de barcas sumergidas en las bellezas del sol poniente, y por la noche un gran castillo de fuegos artificiales dentro del mar, un efímero mural de bellezas duplicado sobre un Mediterráneo dormido que fue un gozo para mí, tan poco aficionado a los fuegos de artificio, sobre todo en su agresiva vertiente sonora.

Me quedé unos días en Salou, visité Tarragona, me bañé en la deliciosa playa y prometí al lírico párroco presentarme a la convocatoria del año siguiente, como lo hice, consiguiendo de nuevo el premio, pero no pudiendo asistir porque en el mismo día era la entrega de otros en el Mar Menor, y opté por ir a este lugar después de disculparme con aquel clérigo poeta de feliz recuerdo.

Disponía de mi primer coche desde hacía unos meses, decidiendo ir en él, intentando un encuentro de la cultura almeriense con Lérida, bajo el patrocinio de la Diputación Provincial de Almería, en atención al gran número de paisanos que había por aquellas tierras. Era en octubre del 69. La embajada se componía de Jesús de Perceval, el gran pintor y jefe del Movimiento Indaliano, que portaba una colección de óleos preciosos, de paisajes abismales entre soñados y vistos, que llevaba también su equipaje de magias y sabidurías; José Andrés Díaz, que había sido en realidad el promotor, al cual le iba a estrenar un grupo teatral de allí una obra, durante nuestra estancia, y que, como funcionario de la Diputación que era, administraba la subvención

concedida para el viaje; era nuestro intendente. Y yo, que por entonces daba recitales de mis libros últimos.

Viaje y estancia fueron deliciosos, atendidos en todo momento por señoras y señoritas del «Círculo Medina», que rivalizaban en su atención hacia nosotros, casi hasta el desafío. También tuvimos el honor de ser atendidos por Cristina Lacasa, la estupenda poetisa, antigua amiga mía.

Es un viaje con el que siempre sueño, cuando estoy para sueños felices, sobre todo por haber disfrutado días enteros de la compañía de aquel ser mágico, culto y fabulador que fue Jesús de Perceval.

Entre las bromas de Perceval podría citar (para que sirva de aclaración a alguien que encuentre documentos escritos del caso) la tarjeta de invitación al acto de inauguración de su exposición y un recital mío, que se hacían una cosa a continuación de la otra, y tenían tarjeta de invitación común. Perceval dio el texto presentándome como «creador de la escuela poética indaliana». No existe tal escuela, y yo llegué muy tarde a la amistad con los pintores de ese grupo almeriense, tan importante en su momento. Por cierto que, después de la inauguración y el recital, se daba una invitación para periodistas, organizadores y autoridades asistentes, en un local contiguo, y allí entraron los primeros, en avalancha, mis paisanos, los numerosos emigrantes de mi pueblo que se habían establecido en aquella ciudad, que se habían comunicado el acontecimiento de mi actuación, y llegaron hasta mí llenos de cariño y añoranzas. La señora encargada del refrigerio sintió temores ante aquella invasión andaluza, temiendo se comieran y bebieran en un momento lo preparado para cuando llegara el señor gobernador y su séquito, y tuve que irme, arrastrando a mis paisanos hacia otro lugar, ante el peligro inminente.

Cuando volví por Lérida, años después, en 1972, al concurso organizado por la Academia Bibliográfica Mariana, lo primero que vi cuando subí al escenario fue medio teatro de caras conocidas, de caras recordadas desde mi niñez, de aquellos paisanos míos que años antes invadieron el cóctel de mi recital, y que habían acudido de nuevo al ver anunciada en los periódicos mi intervención. Acudí a este concurso deseoso de volver por aquella ciudad, desempolvando unos versos a la Virgen, tema obligado, escritos en mi adolescencia lírica y que consiguieron el primer premio. En el escenario, junto a los poetas y el mantenedor que era José Antonio Ochaíta, conocido letrista de tonadilleras, había varios obispos y un nutrido grupo de clero catalán.

El señor Ochaita, sumamente elocuente y documentado, quizá pensando que era ocasión única actuar ante un público con obispos incluidos, un público que quizá no tenía ocasión de admirar su otra actividad fuera del campo del cuplé, desarrolló un discurso interminable, lleno de recursos de rancia oratoria, que consiguió marearme de forma que miraba a los obispos y veía más de cuarenta, algo así como si se tratara de un cónclave o concilio vaticano, y a su vez la cara de los obispos estaba desencajada, en lucha con el sueño, víctimas de la indigestión de aquella catarata de palabras. Después de aquel solemne cataclismo, mis pobres versos adolescentes sonaron a humilde cantar de ciego.

Era una estupenda señora y me guiñaba un ojo. Yo, en aquella noche de diciembre del 73, estaba en el Hotel President de Figueras, en la cena que siguió a la entrega de premios del concurso que había convocado la «Societat Coral Erato». Compartía el premio de poesía con un poeta catalán, Jordi Roig. ¡La eterna lucha con los vates nativos y las lenguas vernáculos!

Había llegado contemplando el hermoso y primitivo campo del Ampurdán, había paseado todo el día, como era mi costumbre, por mercados y plazas (siempre visito, para conocer las ciudades, los mercados, las iglesias, las tabernas..., en busca del pueblo y el arte). Había contemplado la marcha de las obras del museo dedicado a Salvador Dalí que entonces se estaba acabando de construir... Y ahora cenaba en el Hotel President, rodeado de gentes amables, que interrumpían a cada paso sus inevitables frases en catalán, pidiéndome perdón, y acabándolas en castellano, y... aquella estupenda señora de la mesa de enfrente me miraba fijamente guiñándome un ojo... Los jurados, los premiados en narración y teatro, los animadores de la cena, la multitud de invitados que llenaba el gran salón, todo el mundo menos yo era catalán; todos hablaban en aquella lengua que no entendía, menos la hermosa señora que me hablaba expresivamente en el lenguaje universal de los gestos.

El comedor estaba organizado en pequeñas mesas independientes, en el centro de las cuales, en un cartel, estaba el nombre de un escritor; cada mesa llevaba el nombre de un autor catalán, menos en la que a mí me sentaron que llevaba el nombre de García Lorca. Durante la cena, varias editoriales de Barcelona rifaron lotes de libros entre los asistentes y a mí me tocó un lote con obras de Gironella. Mary Sampere contaba chistes en catalán por el micrófono y la gente reía con estruendo. Yo era un islote andaluz rodeado

de catalanidad por todas partes. Pero para mí era una noche feliz; me habían dado el premio, me habían sentado en la mesa que llevaba el nombre de Federico, me había tocado un lote de libros en la rifa, estaba cenando espléndidamente, bebiendo generosos vinos de la tierra, y aquella hermosa mujer me guiñaba un ojo...

Cuando terminó la larga sobremesa, venciendo mi timidez, me acerqué a la bella señora, que me recibió muy cariñosa, manifestando su admiración por mis poemas, pero ante mis tímidas insinuaciones provocadas por su proceder cambió súbitamente su semblante hacia una seriedad inalterable y dijo, volviendo a guiñar el ojo de forma intermitente: –Usted está confundido, lo que ocurre es que tengo un tic nervioso.

Me despedí azorado, besé con humildad su mano delicada, y pensé si aquel episodio no sería un símbolo, una clara advertencia de la Providencia, por mi frívolo corretear lírico por pueblos y ciudades, atento al falso guiño de la fama.

VIAJE A SALAMANCA

SE ME ACERCÓ AQUELLA SEÑORA CON TRAJE DE AMAZONA, Y ASOMBRADA ME DIJO: -¿A DÓNDE VA USTED VESTIDO DE ESA MANERA? Después, en tono irónico: -Esa vestimenta es para fiestas nocturnas de sociedad, y nosotros vamos a una fiesta campera que se celebra a mediodía.

Esto ocurría en los umbrales de la primavera del 68, en la puerta del Gobierno Civil de Salamanca; la señora supe después que era la esposa del gobernador, y yo había sido citado allí para marchar a La Fregeneda, en donde se celebraba la «Fiesta del Almendro», y había sido premiado con la «flor de oro», protagonizando la vertiente literaria de la fiesta.

Marché corriendo al hotel para cambiarme, y en el recorrido miraba en los escaparates mi figura enlutada por el smoking, bastante avergonzado por la nube de burla con que me habían recibido los ojos de la gobernadora. Cuando volví ya habían partido las autoridades y una larga caravana de gentes salmantinas, pero me esperaban los amigos poetas que habían intervenido como jurados, José Ledesma, que actuaría como mantenedor, y el jerezano Juan Ruiz Peña, que era allí catedrático de literatura. Marchamos en el coche del buen poeta local Pepe Ledesma, abarrotado de familiares y poetas. Los niños de Pepe vomitaron sobre mi traje, y de mi intención de acudir de etiqueta pasé a actuar con un traje lleno de «lamparones».

Pero fue un hermoso día para un poeta rural como yo; descubrí el milagro de un desplazado paisaje mediterráneo en aquella entrada del Duero en Portugal, con un bosque de almendros floridos. Dije mis versos en la plaza del pueblo, ante una multitud de universitarios, autoridades y labriegos; ayudé con mis manos campesinas a plantar un almendro, dejando un anónimo testimonio para todas las primaveras en aquella hermosa esquina de España.

El acto literario se hizo algo pesado porque al tratarse de un pueblo fronterizo y ser fiesta de «hermandad hispanoportuguesa», hubo que aguantar largos discursos de las autoridades que acudieron del país vecino; pero fue un hermoso día de vientos lírico-campestres. En las ocasiones en que

contribuí con mi poesía en fiestas de Salamanca, siempre fue con poemas de exaltación campesina.

En La Fregeneda, como en Velilla del Río Carrión, en donde se alternaba el torneo lírico con el piragüismo, como en Villafranca del Bierzo, en donde se decían versos en el Parque de la Alameda ante un pueblo emocionado, y en otros sitios castellanos-leoneses a los que acudí, fui aprendiendo varias cosas comunes a la región: se trataba de fiestas populares en las que se introducía el elemento poético, y, por lo tanto, era hermoso llevar la poesía a gentes que no tenían ocasión de iniciarse en su gozo. El desarrollo de los actos carecía de artificiosidad, al contrario de los clásicos Juegos Florales, y por lo tanto había que dejarse el smoking en casa. Cuando te ponían un aperitivo siempre creías que era la comida, por la desmesurada abundancia de ricos manjares; después vendría la comida propia de condes de la Edad Media, imposible de afrontar por un poeta andaluz, aun siendo de tan buen comer como yo. Y tenías oportunidad de convivir con los extraordinarios poetas amigos de la comarca, que a veces eran los promotores: José María Fernández Nieto, José Ledesma, Juan Ruiz Peña, Victoriano Cremer, Antonio Pereira...

BAUTISMO DE MAR Y AIRE

EL VICEALMIRANTE, ENTRE BROMISTA Y VIEJO VERDE, REGRESÓ A CUBIERTA DESPUÉS DE DAR UNA VUELTA POR EL BARCO Y ME DIJO: -Entre el pasaje hay una francesa hermosísima. Vente y la abordamos. Apenas pude balbucir: -No estoy para francesas. El vicealmirante, mirando mi cara descompuesta, me preguntó irónico: -¿No estarás mareado? Yo, siempre bien hablado, me irrité tanto que saqué fuerzas en medio de aquellas agonías, y casi le grité: -Coño, ¿usted es almirante y yo soy un poeta de tierra adentro...!

Era en septiembre del 67, la primera vez que me montaba en un barco, el oleaje era aterrador, y regresábamos a Málaga después de haber tomado parte en una fiesta literaria en Melilla; yo como poeta premiado y el vicealmirante como mantenedor, con un discurso que tenía por título «El mar en la poesía de Antonio Machado». La travesía fue infernal, y estábamos sentados en cubierta después de haber intentado acostarme en el camarote; me estaba muriendo de mareo y el vicealmirante estaba tan fresco; era natural.

Pero pensaba si no había sido peor el viaje de ida. Días antes llegué de Granada a Málaga en autobús, después de pasar la noche de juerga con los poetas granadinos, y llegué sin saber las combinaciones que tendría para continuar viaje a Melilla. Me encontré con que no había barco, era en días alternos, y fui a las oficinas de Iberia a preguntar sobre las posibilidades de ir en avión. Me dijeron que estaban cubiertas todas las plazas del pequeño aparato que hacía la travesía, de la compañía Spantax, quiero recordar, pero que esperando en el aeropuerto a la hora de salida era casi seguro que algún pasajero renunciaría al viaje, y al ocurrir esto me llamarían a mí. Así lo hice; a punto de despegar el avión me llamaron. En el aparato íbamos unos doce pasajeros, todas las plazas cubiertas, y cuando intentó despegar parece ser que no podía, correteando por las pistas durante más tiempo del corriente, y alguien comentó a mi lado: -A veces no puede despegar por el peso y bajan al último viajero que ha montado. El avión seguía emprendiendo carreras sobre sus ruedas, inútilmente, y me veía de nuevo en tierra, temiendo ser la causa de que no despegara; pero al fin, como un milagro, se elevó por los aires.

Era la primera vez que viajaba en aeroplano y, sería por la peripecia del despegue, porque empecé a sospechar que había motivos para que algunos viajeros se arrepintieran del viaje a última hora, por la pequeña resaca de la noche anterior, o porque aquel artefacto se movía con estrépito, el caso es que me sentía muy mareado. Miraba: al mar, al ala, al cielo, cerraba los ojos..., el mareo no cesaba. ¡Quién me iba a decir que en años futuros iba a volar por casi todos los cielos del mundo sin marearme nunca! Cuando aterrizamos en Nador para coger un autobús marroquí con destino a Melilla (aún no se había construido el aeropuerto de aquella ciudad) me sentí como recién nacido. Por eso, al encontrarme con el vicealmirante y proponerme hacer el regreso en barco, lo acepté sin titubeos.

Pero... ¿aún no he presentado al mantenedor? Don Eduardo Gener Cuadrado, poeta, amigo de poetas, conferenciante, vicealmirante de la Armada, gaditano de la isla de San Fernando, un gran vitalista... Le había conocido años antes, en el Puerto de Santa María, en las IX Fiestas de la Hispanidad, a las que fui con Rafael Guillén (él, primer premio, y yo, segundo) para cantar a Simón Bolívar, el libertador. En medio de aquel bullicio de fiestas, cuando se preparaba toda la tramoya del acto literario, se oyeron unos tremendos cañonazos que hicieron palidecer a la reina y temblar a los poetas, siempre sensibles ante cualquier demostración de apariencia bélica. Alguien nos tranquilizó: -No hay que preocuparse, debe ser que ha llegado el almirante Gener, con parte de la Armada, y está tirando salvas en honor de los poetas. Después sólo tuve ocasión de encontrarlo en esta gira de Melilla.

Y, olvidando la amargura de los viajes, fue una fiesta su compañía, como también el encuentro con un poeta mágico de allí, Miguel Fernández, que me asomó al deslumbrante mundo de Marruecos, y con otros poetas por entonces residentes en la ciudad africana, Jacinto López Gorgé y Paco Salgueiro, censados para siempre en los anales de la Amistad.

PATADA AL SONETO

EN LA PRIMERA PÁGINA DE *ABC* PUBLICÓ CONRADO BLANCO, EMPRESARIO Y DIRECTOR DEL TEATRO «LARA» DE MADRID, ESCRITOR Y MECENAS, UN ARTÍCULO BAJO ESE TÍTULO. En el artículo expresaba su indignación porque estando Televisión Española dando noticia de la concesión del premio «Adonais» a Miguel Fernández, cuando leían un soneto del libro premiado, interrumpieron la lectura, dejando a medias la composición, para dar paso a la retransmisión de un partido de fútbol. Éste fue el motivo por el que Conrado Blanco invitó al poeta de Melilla para que viniera a su teatro madrileño y acabara de leer el soneto mutilado en ara de los privilegios futboleros. Ocurrió en el mismo año en que fui a los premios de Melilla.

La lectura se hizo junto a la de otros poetas que concurrimos a los Juegos Florales «Alforjas para la Poesía», movimiento de versos andariegos que inventó y patrocinó Conrado. El pregonero fue el entonces joven periodista Jaime Campmany, que nos acercó unas alforjas para que cogiéramos de ellas un número que sería el de orden del recital. Me tocó el primero, siguiendo los otros poetas: Victoriano Cremer, Juan Antonio Villacañas, José López Ruiz, José María F. Nieto y algunos otros más, entre los que se encontraba el actor José Luis Ozores, que había escrito un hermoso poema de premonición de su muerte (murió poco tiempo después), y que no pudo leer (llegó en una silla de ruedas, herido ya de muerte), haciéndolo en su nombre, entre lágrimas de emoción, otro actor: José Bódalo.

Este acto me recuerda otra lectura dada en el Círculo Mercantil de Almería, años después. Antonio González Vizcaíno, presidente del Círculo, estaba organizando un ciclo de conferencias y pensó incluir algo de poesía. Como las sesiones de «Alforjas para la Poesía» habían tenido cierta resonancia nacional, marchó a Madrid para visitar a Conrado Blanco y que le proporcionara un poeta. Éste, siempre generoso, le habló muy bien de mí, le dijo que no se explicaba cómo teniéndome en la provincia iba a Madrid en busca de nadie. Por esta causa se apresuró a buscarme, no nos conocíamos, organizando un recital. Me manifestó sus temores: tenía que celebrarse en el

gran salón del segundo piso del Círculo, y temía que hubiera peligro de hundimiento por no resistir el viejo edificio el peso de una multitud de público. Reí mucho, por su desconocimiento del poco poder de convocatoria que tenemos los poetas. Sus temores estaban fundados en lo que le había dicho un arquitecto, con ocasión de una conferencia que se había pronunciado semanas antes, por una señora ganadora de un concurso televisivo, «Un millón para el mejor», y que aprovechó la efímera pero espectacular fama que otorga la televisión; daba conferencias para ayudar a los minusválidos. Media Almería había intentado ocupar el local, llenándose con apreturas, y diciéndole el arquitecto amigo, al señor González, muy alarmado, que ante semejante invasión había peligro de hundimiento.

Lo tranquilicé, anunciándole que el peligro estaba en que no acudiera nadie, aunque yo daría el recital con la sola asistencia de dos personas, según mi norma, con tal de que esas dos personas no fueran mi mujer y mi madre.

Acudió público al recital, aunque muchísimo menos que al acto de la señora televisiva; nunca el entusiasmo popular por la poesía ocasionó siniestros o cataclismos.

JUZGAR Y SER JUZGADO

VOY A UNIR BAJO ESTE TÍTULO DOS EPISODIOS DIFERENTES, CON DOS PUNTOS DE RELACIÓN MUY DISTINTOS, PERO COMUNES: uno el haberse desarrollado ambos en tierras almerienses, y otro el haber contribuido, junto a otras experiencias, a mi escepticismo, a pesar de mi éxito en el primero, en cuanto a la justicia de jurados y procedimientos.

Convocaron en Albox, en 1968, unas “Justas Literarias del Almanzora”, con gran difusión de las bases en televisión y en los periódicos nacionales, cosa que hizo concurrir gran número de trabajos (unos trescientos, dijeron) desde los cuatro puntos cardinales, de los cuales más de cuarenta eran de Madrid. Llegó a mis oídos un rumor, acaso infundado, de que evitarían darme el premio, seguros los organizadores de que acudiría con mis versos, al encontrarme por entonces en plena actividad floralesca.

El jurado, compuesto por catedráticos de literatura de la capital y la provincia, actuando como secretario uno de sus promotores, el también catedrático y escritor Martín García Ramos, eran gente seria; pero nada tenía de particular que alguien hubiera pensado que podía opinarse mal del certamen si se le daba al poeta del pueblo de al lado, que era mejor dárselo a un poeta distante, de renombre nacional. Por si acaso, por si eran fundados los rumores, yo había tomado mis precauciones; aprovechando que el sistema era el habitual: hacer el envío sin remite, bajo lema y plica.

Envié un trabajo localista, unos sonetos dedicados a la Virgen del Saliente, implicados con el tema de la emigración. Por el tema y la procedencia (el sobre llevaría el matasellos de mi pueblo) podrían localizarme con facilidad y excluirme, en caso de querer hacerlo, dándome por eliminado. Aprovechando una lectura que fui a dar a Madrid por esas fechas, envié desde allí otro trabajo, un poema de tema amoroso bajo el lema «La nana y el grito».

Las deliberaciones del jurado se llevaron a cabo en el Hotel Almanzora, de dicho pueblo, y allí acudieron los miembros del jurado para la resolución final. De ello me avisó mi amiga Lolita Sáez, ya que el hotel era de su familia y ella estaba atendiendo gastronómicamente al jurado, mientras hacía una

eficaz labor de espionaje. Desconocedora de mi estrategia me telefonó alarmada: -¡Ya han eliminado tu trabajo, los sonetos de la Virgen del Saliente!

La tranquilicé, recomendándole estuviera atenta al poema que llevaba por lema «La nana y el grito». Horas más tarde (la deliberación fue larga y minuciosa) la voz de Lolita, llena de gozos, me daba la noticia definitiva: -¡Te han dado el premio, y la sorpresa del jurado y demás asistentes ha sido muy grande al abrir la plica y encontrarse con tu nombre, ya que te daban por eliminado...!

Los poetas finalistas eran de renombre nacional, pero ponían por condición que no se diera publicidad a sus nombres, en caso de no conseguir el premio, decisión que ahora respeto al no dar sus nombres revelados en la intimidad, aunque yo nunca tomé tan vanidosas precauciones.

Fue el desenlace feliz de un concurso en el cual pocos me auguraban éxito, quizá por aquello de que nadie es poeta en su tierra, y que yo consideré como mi homenaje a Albox, un pueblo de gente laboriosa y creadora que siempre me recibió con cariño, hasta el punto de organizar una cena en mi honor en 1973, en ese mismo Hotel Almanzora, con motivo de algunos éxitos.

Ese mismo año de la cena-homenaje en Albox me nombraron jurado para un premio de novela que convocó una empresa comercial de Almería, los dueños del Café Colón, bajo el apoyo y la promesa de publicación de editorial Planeta. Pasaba, por primera vez en mi vida, de ser juzgado a juzgar y yo, que había sufrido las consecuencias de jurados poco claros, me prometí ser sincero y justo. El jurado éramos: el novelista almeriense Antonio Prieto, el crítico literario de *ABC* Florencio Martínez Ruiz, el escritor de moda Francisco Umbral, el escritor y poeta José Luis Martín Descalzo, y yo. Sin previa selección, se nos envió a cada uno un número considerable de novelas, o sea, que el número de obras recibidas se dividió entre los miembros del jurado; cada uno conocíamos sólo las que nos correspondían cogidas al azar, supongo. De esto me enteré en el encuentro final, al comprobar que ninguno de los miembros conocía las novelas que me habían correspondido.

Dedicué muchas horas a su examen, si bien es verdad que alterné esta labor con la caza de la perdiz roja. Era la época de la caza de la perdiz con reclamo y me llevaba a los puestos, cada tarde, dos o tres textos. Según cantaban las perdices avanzaba en mi cometido, ya que cuando las perdices arreciaban en su diálogo de desafío o de amor, me veía obligado a abandonar mi faena para

escuchar al campo, pero había largos espacios de silencio que me facilitaban la labor. Algunas las desechaba en las primeras páginas, pero otras las analicé a conciencia, en busca de valores positivos. Al fin, después de una labor de varios meses, fueron tres las elegidas. Los textos malos me los iba dejando en los puestos, no valía la pena transportarlos sierra abajo en mi morral de cazador.

Igual hice en un período de caza anterior con un amplio lote de libros-novela, ensayo, teatro y poesía que me había enviado un editor vasco, de esos que se dedican a vivir del novel, o de gentes que equivocadamente pretenden ser escritores. Este señor me envió gratuitamente muchos libros, diciendo que me habían correspondido en un sorteo realizado entre poetas; supongo que no le cabían en su almacén y tomó esta extraña decisión. Yo los hojeaba mientras cantaban las perdices y los iba abandonando en los puestos, después de comprobar que no eran obra de poetas ni de escritores. Enterado el concejal de cultura del Ayuntamiento de que «iba por ahí tirando libros», quizá pensando que se me había ido la cabeza, me pidió los llevara a la biblioteca pública, y le contesté con la frase de claro contenido evangélico: «Lo que no quieras para ti no lo quieras para otro». Por todo esto, si alguien va de caza por las sierras de mi pueblo y encuentra algunos puestos llenos de mala literatura, ya sabe el origen.

Fui a Almería con mis tres novelas elegidas, al encuentro con los otros miembros del jurado que llegaron desde Madrid, hacia una reunión definitiva para dar el premio. También llegó un representante del editor, un hijo suyo.

Fueron unos días en los que lo único que hicimos fue comer y beber a cuenta de la generosidad de los convocantes, y hablar de cosas ajenas al premio. Cuando dije que debían conocer las novelas elegidas por mí, alguien me contestó: - Ya lo hemos decidido en el avión, el premio será para Javier del Amo que ha presentado una buena novela: *El canto de las sirenas de Gaspar Hauser*. Volví a insistir, alegando mi minucioso examen de varios meses, y me dijo Umbral: -Ya estás viendo las cosas que pasan, tú que tanto vas a concursos...

Me fui para mi pueblo decepcionado, pensando no juzgar nunca a nadie, no dar lugar a ser juzgado por nadie, y dedicarme sólo a la caza de la perdiz roja. Aunque, claro está, meditándolo después llegué a no considerar la circunstancia como desprecio a mi labor, porque si estaban todos de acuerdo sobre la validez de una novela, lo normal es que fuera aquella elegida.

VIAJE AMERICANO

TUVIERON ÉXITO LOS CHORIZOS... Siempre me ha gustado llevar al extranjero, a los amigos extranjeros, chorizos de mi pueblo, vino de mi cosecha, coñac, turroneo u otros productos nuestros. A veces era difícil ocultar la sabrosa mercancía, y llegaba uno a sentirse perseguido, con cierto complejo de narcotraficante. Hasta en un proyectado viaje a USA, cuando ya tenía preparados los chorizos, me dijo un amigo entendido en espionaje que los americanos eran tan listos que es seguro me descubrirían, que la CIA planearía una operación, una vez detectado el olor de los embutidos, para descubrirme, y por esto decidí suprimidos de mi equipaje y dejar a mis primas y a mis poetas de Nueva York sin el saludo chacinero. Menos mal que ese viaje fracasó en sus últimas gestiones. Y pensar que yo había propuesto en una reunión de ganaderos, en mis andanzas de granjero, ante los estragos de la peste africana y ante la carencia de una vacuna eficaz, fletar un avión y propagar la enfermedad en aquella gran nación, arrojando cerdos muertos por esta enfermedad sobre los campos de California, para obligados a descubrir la vacuna. «¡Que inventen ellos...!».

Pero lo cierto es que habían tenido grandes éxitos mundiales los chorizos de mi pueblo, como aquella noche en Frankfort, por los bares de la cerveza a cántaros, en que en una competencia salchicheril llegué con los chorizos picantes de mi pueblo y palidieron las salchichas hasta tomar un color de plátano canario, logrando un gran éxito internacional en aquella batalla de sabores. Nunca llevé chorizos a los países árabes (soy muy respetuoso) ni saqué conversaciones relacionadas con los cochinos; aunque nunca volveré a hablar de estos animales delante de nadie, después de lo que me pasó con aquellos señores catalanes. Siempre compraba para mi granja los verracos, los sementales machos, en granjas catalanas que son las que mejor llevan la selección de razas. A esos cerdos padres es práctico conocerlos por un nombre para identificados en el manejo de la granja, para llevar el control de sus cualidades reproductoras. En mi granja siempre les hemos puesto nombres de políticos catalanes, por dos razones: por su origen y porque esos nombres los aprendía pronto el personal que trabaja conmigo, de tanto oírlos por televisión. Aquellos señores catalanes, a los que, con toda ingenuidad les

conté esta circunstancia, en la seguridad de que no había desprecio o mala intención en ello, montaron en cólera y dijeron que era más propio que mis cerdos llevaran nombres de políticos andaluces.

¿Me fui por los cerros de Úbeda...? En realidad sí, porque me he sentado para escribir de mi viaje a la Argentina y no es apropiado empezar hablando de productos del cerdo, aunque esto ha pasado por el recuerdo del éxito que tuvieron los chorizos de mi pueblo entre mis amigos de Buenos Aires.

A través de este anecdotario es posible que pueda el amigo lector vislumbrar que lo que a mí me interesa es «vivir», con la gama de afectos y efectos multicolores que ello significa. Mi espíritu no es competitivo, aunque pudiera parecer lo contrario, sino errante y afectivo. Por todo ello inicié en 1985 mis recitales por América, con la ayuda del poeta amigo José Carlos Gallardo, promotor cultural de la Embajada española en Buenos Aires, y acogido por amigos de una adolescencia y juventud lejana, entresoñada a veces, que cruzaron el océano a la caza de nuevos horizontes. Este viaje a América fue un retorno a muchas cosas: Rodolfo Caballero y su familia...; un regreso de treinta y cinco años a una juventud añorada entre las bellezas de Granada, una reafirmación en el calor de la Amistad vencedora de tiempos y distancias. Aquel amigo reencontrado, perdido entre las páginas de mi primer libro:

Tengo tu voz sin eco bordada en mi recuerdo
y en ella, luminosa, retorna tu presencia.
Tengo calor de pájaro en mi mano vacía
a pesar de esta larga distancia de gaviotas.
Han cabalgado juntos don Quijote el manchego
y Martín Fierro el gaucho,
en un largo galope de pampa o de meseta,
dejándose olvidados puñal, escudo y lanza.
Todo esto por nosotros.

Eustaquio Giménez y su familia, aleteo de niñez en Chirivel, representación de la España salvada por la añoranza y otros muchos que acudieron a mis recitales buscando briznas del pasado. ¡Qué emocionado, qué emocionante encuentro con aquellas Españas convocadas en la poesía! En mi recital en el Centro Cultural General San Martín, de Buenos Aires, estuvo Horacio Armani, el poeta compañero de habitación cuando en aquel congreso de Madrid

me quisieron acostar junto a un chino. Y aquel fontanero, procedente de los secos campos de mi pueblo, que andaba entre chorros perennes, y que después de una sesión de vinos españoles y argentinos, tenía que regresar a su casa, desandar los doscientos kilómetros que había andado para acudir al recital por la autopista panamericana, y al mostrarle nuestra preocupación dijo su mujer: «No se preocupe, él, siempre que se emborracha, conduce todo el camino con la “guiñada” de la izquierda puesta». Es decir, que iba los doscientos kilómetros con el intermitente, espantando automóviles para no chocar.

Rodolfo... Eleuterio... La noches del tango...
Septiembre. Buenos Aires. La primavera empuja,
f orecen en el tango madre selvas y acacias.
Michelangelo, el Viejo Almacén, la costumbre
de enhebrar a la vida añoranzas y brisas.

Ya en Río de Janeiro, en donde hicimos escala para quedamos unos días, tomamos conciencia Patricia y yo de las grandiosas bellezas de América, pero mi desposorio con la hermosa realidad americana tuvo lugar en Iguazú, en las selvas del agua.

Un arco iris canoro vuela, enlaza
su tornasol penumbras
milenarias, persigue
mariposas del río, enhebra f ecos
de selva torrencial.
Salón de espejos,
lujo de América...

Terminadas mis actuaciones en Buenos Aires, empecé las programadas por el país, y cuando volvía de Junín, ciudad próxima a la capital, en donde viví un día gozoso en la entrega de mis versos, vi a José Giménez (hijo de Eustaquio y de María), joven, sabio y sensible ganador de las Américas sin perder su pulso español, que me ofreció la posibilidad de organizar una cacería en las pampas húmedas del sur de Buenos Aires. Quedaban pocos días para que se cumpliera el mes que iba a durar nuestra estancia, y no dudé ni un momento en intentar la anulación de los recitales que me quedaban: Mendoza, Santa Fe... Tuve éxito y marché al encuentro con el campo argentino, quedando

Patricia con unas monjas que había descubierto, procedentes de su pueblo, como la mujer de un caballero medieval cuando éste marchaba a la guerra. Fue mi maravillosa, plena comunión con la pampa. Inolvidables días desde el mate mañanero hasta el crepúsculo.

La mansa llanura, las lagunas inmensas con un sombrije del enlutado tornasol de cuervos laguneros, entoldando procesiones de patos... Sensación de paraíso sin apenas la pisada del hombre; un trasvase de sueños en realidades, colmando la pasión cazadora. La liebre gigante, los ñambúes, las solemnes perdices de América -«pequeñas», «copetonas», «coloradas»-; un antílope blanco y fugaz por la memoria... Cambié la enorme emoción americana de ir al encuentro con el hombre a través de la poesía, por la enorme emoción de integrarme en su naturaleza apasionada. Tendré que volver, dejé muchos versos por decir y algunas perdices por cazar.

Dentro del sol poniente los caballos
trotaban, los jinetes
rojos, de espalda herida, no podían
salirse de su lumbre.
El horizonte... (¿Existe el horizonte
o es todo horizonte? amontonaba
esqueletos de vacas milenarias.
Pampa mojada. Guaminí, los patos
ordenando sus aéreas posesiones,
en júbilo retorno de lagunas.
Disparé al ñambú que alzó su vuelo
de altiva majestad resuelta en pasmos
y la muerte trazó de rojo al aire;
el plumón colorado tapizaba
a las últimas luces del crepúsculo.
El corazón de América sentía
palpitándome agónico en las manos.
El gran oído de la pampa en liebres
levantó los mojones de la alarma
y un antílope blanco y fugitivo
descorría las cortinas infinitas.
Retornaré a matear amaneceres
en este altar supremo de los mundos.

FINAL DE TRACA

ACABO DE VOLVER DE EGIPTO Y ALLÍ TUVE UN SUEÑO...
Ahora he vuelto de Egipto cumpliendo una etapa de mi viejo propósito de ir conociendo el mundo; de esa tierra que conserva uno de los testimonios más antiguos y hermosos de la historia del hombre, y allí he tenido un sueño que ha influido en mi propósito de no continuar este anecdotario casi siempre frívolo, jocosos, emocional a veces. ¿Cómo se me ha ocurrido contar ciertas cosas...? Pero me bullen los recuerdos y terminaré con algunos fragmentos de recuerdos, en desorden, como un final de traca.

En Valladolid, hace muchos años, la «Casa de Cervantes» convocó unos premios literarios y me dieron uno, a mi libro *Piel de toro*. Los patrocinaba un poeta de aquellas tierras, José María Luélmo. Me extrañó la coincidencia del nombre con el del dueño de la «Granja Minaya», a la que yo le había comprado gallinas. Descubrí que era la misma persona, por fin encontraba a un poeta granjero como yo, a un poeta que también vivía de la pluma. Aquel señor y yo, en nuestras cartas, siempre empezábamos hablando de versos y acabábamos hablando de gallinas; aquellas cartas, aquella breve muestra, puede considerarse como un antecedente de estos relatos desordenados, de mezcla de tierra y nubes.

Hace tiempo que tomo precauciones cuando me llaman a dar una lectura poética a un pueblo o ciudad, sobre todo si está en fiestas. Hubo un tiempo en que fraternizaba con los vendedores de turrón, con la estupenda gente de circo...; todos íbamos de un lado para otro, encontrándonos siempre. En los pueblos, era corriente, se introducía un elemento extraño que te estropeaba el recital; lo mejor que podía ocurrirte, dentro de lo malo, es que, como en algunas ocasiones, el local de la lectura estuviera en la plaza pública y coincidiera con la hora de un concierto de la banda municipal; los pobres versos luchaban por abrirse paso entre los acorde de “España cañí”.

Recuerdo una lectura en Adra, en el acto de una entrega de premios que se desarrollaba en un lugar abierto, adjunto al Hotel Abdera, junto a la calle-carretera. Era la hora de un paso ininterrumpido de camiones y mi lectura estuvo envuelta por un potente rumor de terremoto que llegó a ponerme

nervioso. Actuaba conmigo, a continuación, un famoso guitarrista amigo y granadino, Manolo Cano, que estaba lleno de grandes temores ante aquellos ruidos que estropearían su actuación. Pero fue terminar yo y dejaron de pasar camiones, quedando establecido un silencio absoluto. Se desgranaban en la noche los acordes luminosos que arrancaba a la guitarra sus sabias manos. De pronto, en un extremo de la tapia del recinto, apareció un hermoso gato negro que empezó a avanzar lentamente, hacia las proximidades del escenario, y cuando estuvo sobre éste, paró su marcha y empezó a lanzar unos maullidos doloridos y tenaces, haciendo caso omiso de la indignada concurrencia.

Siguiendo un itinerario por pueblos de mi tierra... Llegué a Olula del Río para tomar parte en un «acto cultural» que, con motivo de las fiestas, se celebraba en un amplio local. En un extremo se alzaba el escenario y en el otro había una barra de bar en la que bebía gente ajena a la que estaba sentada de cara a las actuaciones. Aquello no me gustó, había cierto ambiente, cierto parecido con un *saloon* de película americana del Oeste. Primero actuó el cantautor granadino Carlos Cano, y todo marchó bien; pero cuando yo subí al escenario, sería por un rechazo de aquel ambiente al aire lírico de mis versos, o porque iba aumentando la tensión de los «vaqueros» que bebían en la barra, el caso es que se organizó una pelea entre ellos, sin tiros, pero con estruendo de sillas en alto, obligándome a bajar del escenario, muriéndose mis versos entre aquella reyerta de borrachos, haciéndome huir por una esquina, como los viejos pianistas de los *western* cuando se armaba el tiroteo.

Roquetas de Mar, estando mi hijo Rafael de profesor en el instituto de enseñanza media de aquel pueblo, organizaron un concurso poético del que fui jurado, olvidando por una vez aquel de novela en que debuté como tal, y me llamaron para que presidiera la entrega de premios y diera un recital. Montaron el escenario al aire libre, en una plaza pública, y cuando iba a empezar (hasta entonces había hecho un día luminoso, sin una sola nube) se ennegreció el cielo y empezó a llover en abundancia. Era asombroso... ¡en una tierra en la que pasan años sin llover, en la que nunca llueve! Los organizadores avisaron al público que se congregaba temeroso: -¡A la discoteca, nos vamos a la discoteca!

Nunca había entrado a una discoteca. Para mí era un lugar siniestro, lleno de rincones ocultos en donde la gente hablaba en la más absoluta impunidad. Se pobló de gente, con todos los jóvenes del instituto. Durante el

acto no cesó un rumor de conversaciones escondidas. Yo, debajo de las luces psicodélicas, una tenue luz alumbraba mal el local y, sería sugestión, pero a veces se me borraba la escritura, como si una luz morada me amortajara el texto, o la mano de un fantasma me gastara una broma. ¡Nunca volveré a entrar en una discoteca!

En la última lectura que di en Albox (pueblo en el que había dado recitales muchas veces, aparte de las justas literarias de que hablo en páginas anteriores), también ocurrió algo anormal. Iba a ser en el salón de actos del Ayuntamiento, pero cuando llegué estaba lleno de secretarios y oficiales que clausuraban un cursillo de la Administración Local. Lo mío era después, extrañándome mucho no ver salir a nadie, al llamarme el alcalde para que entrara junto con el escaso público que esperaba lo mío, al decir que iba a comenzar el recital. Pronto me di cuenta del asunto: el alcalde, señor Miras Carrasco, quiso aprovechar la ocasión y proporcionarme un público numeroso a cargo del cursillo, diciéndole a los funcionarios que se quedaran en el local, sin previo aviso. Era una determinación la del señor alcalde, a pesar de su buena fe, coactiva e insensata, que me hizo sentir confusión y vergüenza. Ocupé la presidencia, desde donde iba a dar la lectura, y dije: -Ustedes estaban aquí para otro asunto; doy cinco minutos para que con entera libertad, con toda complacencia por mi parte, abandone la sala todo el que quiera hacerlo.

Me senté y esperé, en un silencio de velatorio. Nadie se marchó. Empecé la lectura diciendo: -Siguiendo esta velada poético-administrativa... Menos mal, los secretarios dijeron que les había gustado mucho, que había sido un remanso lírico entre sus áridas cuestiones.

He de confesar que para mí no hay nada como decir versos en un castillo, acaso sea porque mi verdadera vocación es de juglar de la Edad Media. Nada me importa que sea árabe o cristiano, románico o renacentista. Creo que los patios interiores de los viejos castillos fueron hechos para declamar poemas con música de arpas, después de jornadas de amor o de guerra. Por eso acudí cuando me llamaron los organizadores de una velada en el castillo de Salobreña, a la que asistiría (pues era en su homenaje) el recién nombrado ministro de Educación, Julio Rodríguez, que era de allí o estaba ligado a la comarca por labores docentes.

Hubo un lleno total, los altos del castillo tenían animación de bodas reales. Actuó un Dicenta, uno de la estirpe de los Dicentas cuyo nombre no

recuerdo, haciendo una preciosa lectura de Lorca. Dio un pequeño concierto el guitarrista Manolo Cano, y cuando empecé a actuar se oscureció el cielo y comenzó una lluvia tropical que causó pánico y desbandada, en aquel lugar sin posible cobijo; con el ministro, que había llegado en son de campechanía, corriendo en mangas de camisa al frente de las masas despavoridas. Después de este episodio, con varios antecedentes similares, cuando al fin llegamos a la habitación que nos habían preparado para dormir Patricia y yo, en el instituto de Motril que lleva el nombre del ministro, me puse a meditar, mientras escurría los calzoncillos, en una segura influencia de mis versos en la formación de fenómenos atmosféricos.

Por eso empecé a sentir temores al llegar a Vélez Blanco, en aquella tarde de septiembre del 87, para la presentación de la segunda edición de mi libro *La calle*, dentro de la colección «Alfaix», en forma de periódico. Pues bien, en el alcázar de Vélez Blanco, en el castillo renacentista de los Fajardo, elegido como centro histórico de mi comarca, se iba a presentar este libro mal vestido pero lleno de un intenso latido amoroso por las gentes de mi tierra. Sentía temores porque los flecos de una nube blanca intentaban ovillarse en las almenas, pero poco a poco se fue alejando, quedó una espléndida noche estrellada, siendo para siempre desterrada la idea en mi ánimo de que mis actuaciones provocaban tormentas.

Arropado de amigos que acudieron a la cita: Miguel Naveros, Arturo Medina, José Espada, Ana María Romero...; entre las palabras generosas de Domingo Nicolás, José María Artero, Juan José Ceba, José Joaquín Martínez, alcalde del pueblo, Tomás Azorín, presidente de la Diputación..., me sentí casi profeta en mi tierra, en aquella noche en que ejercía mi vocación de juglar, y en que el verdadero protagonista fue el castillo más esbelto de España, bajo cuyas arcadas mis amigos en espera habían espiado el cielo infinito de mi tierra, propicio a un vuelo de águilas o arcángeles.

EL SUEÑO

ACABO DE VOLVER DE EGIPTO, Y VUELVO A LAS CUARTILLAS, PENSANDO CONTINUAR MI ANECDOTARIO INTERRUMPIDO... Mi mujer, testigo de casi todos estos episodios, siempre temiendo que en mis relatos ponga en ridículo a algunos personajes de la época, me anima a no seguir por este camino de anecdotario infinito. Sus temores están fundados, ella sabe que podría contar insólitos procederes de gente «importante» que se cruzó en mi camino durante esas etapas juglarescas, procederes frívolos o necios, a impulsos de vanidades o envidias. Pero no ocurrirá eso, ni tampoco deformaré los hechos para dejar a nadie mejor de lo que se merece; llego a puntos de mis relatos en que prefiero optar por el silencio.

Quizá lo que más haya influido para que ponga punto final a estas historias, sea el sueño que tuve una de las noches en que navegaba por el Nilo, a bordo del barco «Oberoi Shehrezad», cuando, durante el crucero que estaba realizando, quería descansar mi mente deslumbrada por el mágico mundo de los faraones, rememorando mis interrumpidos relatos, intentando recordar nuevos episodios para escribirlos a mi vuelta... Quizá por esto tuve ese sueño, en el que se me apareció el poeta «puro» Juan Ramón Jiménez, vestido de faraón egipcio, clavando su profunda mirada de desdenes y lástimas, en mí, «poeta impuro», lírico trotamundos impenitente, sin la más humilde torre para encerrarme el resto de mis días. Mi admirado Juan Ramón me miraba con dureza, con los ojos árabes de su juventud, con una mirada de reproches, condenatoria de pecados líricos. Yo, humillado, le prometí arrepentimientos, le dije con humildad: -Sólo soy el mejor poeta de mi pueblo, de Chirivel; yo sólo me considero un cateto universal...

Por todo lo dicho anteriormente, cierro los relatos de estas márgenes de mi vida y, a continuación, siguiendo un sendero más serio, trataré algunas visiones biográficas a través de mis poemas.

LOS TEMAS REPETIDOS EN MIS LIBROS

DONDE ACABA LA ANÉCDOTA EMPIEZA LA POESÍA, aunque a veces la poesía cabalgue con la anécdota, como un gesto de vida guardado en una alforja; o acaso la poesía sea un caballo de luces que intenta desprender su montura y galopar desnudo hacia infinitos horizontes.

¿Por qué, innecesariamente, a veces los poetas escriben sus memorias? ¿Por qué algunos poetas, con dolorosa prisa, en últimas etapas se hacen autobiográficos? ¿No estoy yo cayendo en lo mismo, aún en la creencia de que estas páginas están fuera de dogmas biográficos?

No es necesario... Todo poeta verdadero lo único que ha hecho es ir escribiendo su biografía a través de su tiempo de hombre, dentro de su parcela de mundo, el testimonio definitivo de su vivir y de su entorno.

Voy a meditar a través de los temas repetidos en mis libros, no repetidos de forma premeditada sino como retorno natural, por ser en mi vivir, y por lo tanto en mi poesía, esencia, meta, fundamento...

Tomo varios temas: los pájaros, el amor, las manos, los abuelos, Dios, Andalucía, el Hombre...

No será eterna mi palabra... Me gustaría, me conformaría con que a través de los tiempos una voz humilde dijera: No inventó nada, sus versos eran su vida.

LOS PÁJAROS

EN MI SEGUNDO LIBRO YA HAY UN POEMA SOBRE LOS PÁJAROS, los pájaros encortinando con sus alas los temas tremendos: la estela de cenizas del Tiempo, la Muerte...; los pájaros en bandada salvadora coronando la única salvación posible: el Amor.

MEDITACIÓN PÁJAROS

Pasan en formación su azul tristeza
prendiendo su graznido entre los robles.
Cuervos de la verdad, llanto del cielo,
tenebroso sudario de la tarde.
Reconozco esta tierra inconfundible,
estos dedos serán raíz de cipreses
aunque protesten recio los trigales
con viento sur, sobre esta tapia sola
de sueño y llanto.

Dejan

las gaviotas su rastro de pañuelo
sobre el mar. El sol borra
su aventura de pluma y lejanía
para siempre.

Conozco

sobradamente este temblor de cales
de soledad.

Comprendo

que todo será huella y viento inédito.
Un cristal de lechuzas guarda toda
esta estuprada luna agonizante,
repasada moneda de silencios.
y todo cabrá dentro de una concha...
Este gigante corazón sonoro...
y todo será un ala de fracaso.
El picapinos mide y corta, suena

el pico y la madera, recortando
madrugada y corteza.

Primavera

con un pequeño túnel en la carne.
El tiempo palpa, exprime la amarilla,
la tenaz rotación de los planetas.
Lo llevamos escrito en la epidermis,
se renueva la rama y el lamento.
La golondrina tira del paisaje,
arrastra corazón a otros lugares.
Para el amor necesitamos barro.
La codorniz ovilla su lujuria
en la nobleza de los girasoles.
Amor, Amor. Crisol para la sangre,
espada sobre el polvo, inmóvil rosa.
Se dispara el limón de la oropéndola.
El ruiseñor, borrón de los saúcos,
repasando la misma partitura... .
Amor. Amor. Tan sólo amor, tan sólo.
Banderines de pluma desplegada.

Los pájaros pueden ser el símbolo de lo que significa la Naturaleza en mi poesía, en mi vida. La Naturaleza no como tema en sí, sino como entorno necesario para mi vivir y mi respirar. Cuando me he retirado de ella, sumergiéndome en otros entornos inventados por el hombre, he tenido que volver con síntomas de asfixia, en un reencuentro urgente. He tenido una permanente cita con los árboles, con los montes, con los seres del campo. He sentido la necesidad de asistir al nacimiento de las flores.

Al igual que la Naturaleza está en mi vida, está en mi poesía; es asidero, apoyadura, a veces a la par protagonista y decorado, maravilla en oficio cobijador, imprescindible e irrenunciable elemento.

Entre el universo vivo que compone parte de la Naturaleza, confieso mi predilección por los pájaros, y acaso sea por encontrar un parecido -belleza alada- con la poesía, o por la envidia de los dones del vuelo, o por el sueño de que se hagan alguna vez poema en mi corazón asegurándome la eternidad.

Creo que el pájaro fue anterior al ángel. Dios, en la cumbre de su inspiración creadora, inventó a los pájaros, y se inspiró en la maravilla del resultado para inventar a los ángeles.

A los quince años de haber escrito el anterior poema, vuelve a mi poesía un cruce de vuelos, quedando instalada en la alada población de las aves:

NOTICIA DE LOS PÁJAROS

No penséis que yo puedo respirar
en un viento sin pájaros.
Les debo todo el brinco del corazón, la f esta
perenne de mis venas.
Me refugio en sus vuelos, llego hasta el sol o bajo
derramándome en gleba primerísima.
Espero que algún día lleguen hasta mi mano
para darlos en versos.
Yo sé que en ese día se romperán cadenas
y sacudirán su humo las ciudades,
un tropel de niños inundará of cinas y cuarteles
y avanzará la paz a partir las bardas
y los bajos aleros de mi pueblo.
Mientras tanto contemplo al gorrión,
promulgo
un reinado de plumas bulliciosas.
Condecora la reja,
tintinea en los cristales,
su presencia doméstica borra melancolías,
quiebra la oscura idea,
la hace vara de mimbre
al pasarle sus pardos e inquietos algodones.
Cuando salgo a los surcos,
cuando llevo simiente,
cuando el niño me sigue con la lleta del trigo,
cuando un hombre de esparto a mi canción se enrola
y una mujer recoge
el frescor de las viñas,
entonces se dispara un gran salmo de alondras,
siento el alma de pronto multiplicando cielos,

piso sombras aladas,
espanto totovías,
persigo ruiblancas
y al fin quedo dormido sobre cualquier ribazo.
Gracias a Dios conozco que me inundan las frutas
y me cubren los verdes,
y vigilan calandrias
el desamor posible en mis cavernas de hombre,
para llegar a un punto con el trino. Vencejos
hilvanándose un cerco infinito de espera,
la imposible memoria,
la consigna que prende el arpón de los picos
en la más alta nube.
Distingo golondrinas
porque a veces intentan rozarme la mejilla.
Cuando siendo unos topos de penumbra oxidada
extendiendo crespones,
cuando cesa el aliento
y reptiles audaces me cercenan los límites,
me pierdo por las rutas del pardillo y consigo,
tomillar adelante,
encontrar la alegría leve y dulce del vuelo.
El chamariz inquieto
es igual que una fruta sonora del almendro;
su monólogo tiene prisa de agua soleada.
El verderol inunda los silencios del olmo.
El ruiseñor esconde su estameña presencia
en la magia cerrada del saúco, en vigilia
para amaestrar los vientos.
Se beberían el llanto del mundo estos jilgueros
que coronan las tobas
si fuese viento herido el suspiro del hombre.
Hay que aprender la alegre libertad de los pájaros,
rozar al sol y darse
sin olvidar el ala.
Imposible el disparo.
El hombre siempre es triste fabricante de redes,
envuelto en ellas crece,
sueña un rapto de cielo

pero envidia a los pájaros.
El otoño no viene arrastrado por túrdidos,
el otoño conserva singladuras remotas,
en desvelo de parto,
para un tiempo de nidos.
El invierno se cruza esperando las rosas,
vigilando los pájaros de la nieve que saltan
sobre el charco o la nube,
congregando avefrías,
columpiando entre plumas nuestro airón de esperanzas.
Es tiempo de bandadas,
de unidad frente al aire,
de obligado silencio.
Rezo a Dios y le pido por los hombres sin pájaros,
por los hombres con muros
y espejismo de luces.
Siempre tras de la escarcha esperando la rosa.
Las bandadas terminan en parejas y el canto
crece al sol e incorpora
nuevamente la yerba.
Yo me siento los brazos con un peso de nidos,
siento ruedas y antorchas en mi ser, dulcifico
las etapas del gesto.
Doy noticias del canto, de un ensayo de vuelo,
de un plegar arco iris, de un concilio de alondras.
Nada importa si araña Dios la gleba, si pasa
un oscuro cernícalo angustiando la rama,
si una garra furiosa primavera sustrae.
Rueda Dios en el tiempo repitiendo los pájaros.

Ahora, catorce años después del nacimiento de este poema, vuelven en gran bandada mis pájaros perdidos, mis pájaros perennes, mis pájaros futuros, a pararse en mis versos; un nuevo libro que intenta ser de pura contemplación de la Naturaleza, de mis peritajes campesinos, me está naciendo en el alma, y llevará como título un verso de un poema de un libro anterior, significativo y pajarero: *Arqueología del trino*.

Yo, viajero total, cuando ando por el mundo, puedo decir que en mi equipaje de retornos, junto a una visión de selvas o catedrales, de sabores

nuevos encontrados en exploraciones gastronómicas, del aliento distinto y enriquecedor de otros hombres, siempre traigo un rumor celeste, de vuelos sorprendidos en el descubrimiento de nuevos pájaros.

Quizá mi conocimiento y amor por las aves, en general de los animales silvestres, se lo deba a mi condición de poeta pero también de cazador, a la conjunción de ambas cosas. Hemos llegado al punto del gran escándalo... ¿Cómo es posible que un poeta sea cazador? ¿Cómo dices que amas a unos seres a los que destruyes? Son preguntas que me han hecho algunas veces personas escandalizadas. Lo que vaya a decir a continuación no quiero que se considere como un intento de justificación; soy como soy y no tengo que justificar nada, sólo pretendo decir lo que pienso sobre el particular, contestar a esas preguntas por si a alguien le interesa conocer mi opinión, pero sin la inútil y absurda pretensión de convencer a nadie. Soy cazador porque nací y viví siempre en un medio propenso a ello, porque forma parte de «mi cultura», y porque mi entendimiento y mi voluntad me inclinan a serlo. La inclinación a la caza creo que es uno de los atavismos profundos en el hombre, una herencia en la sangre, por muchos siglos de actividad de estirpes cazadoras. Pero, aún en el acto de que se tratara de una degeneración o de una tremenda contradicción irreparable, tampoco tendría que intentar la justificación de mi doble condición de cazador y de poeta, puesto que el poeta es un hombre como otro, sujeto a errores, pecados o contradicciones, según conocemos por la historia. ¿Se opone la poesía a la caza? Creo que no, conozco magníficos poetas que son cazadores, y conozco muchos cazadores con una sensibilidad exquisita. Viene a mi memoria uno de los poemas con más ternura, de don Antonio Machado, recordando a su padre. Lo recuerda entre sus libros, entre las flores del jardín de su casa sevillana; le duelen los años que pasaron sin recordado, lo recuerda cazador en las riberas del río:

«Mi padre cazador -en la ribera
del Guadalquivir ¡en un día tan claro!
es el cañón azul de su escopeta
y del tiro certero el humo blanco»

Parece ser que a Machado no le repugna el recuerdo de su padre cazador. Puede darse una explicación de la caza desde el punto de vista religioso. Dios crea al hombre como rey de la Creación toda, con todo lo creado sobre la tierra a su servicio, con el derecho de su aprovechamiento pero con el inexcusable

sable deber de su conservación. Lo importante es usar de los dones naturales racionalmente, sin hacer nada que pueda destruir la hermosura del mundo. En realidad es así, aunque queramos prescindir de connotaciones religiosas. El hombre es un ser inteligente y libre que debe usar de su inteligencia y libertad para servirse de los frutos del mar y de la tierra, conservando las especies para gozo de generaciones futuras. El verdadero cazador no colabora en la desaparición de una especie, sino que, aunque parezca paradójico, contribuye a su conservación. Puede haberse dado el caso de la desaparición de especies por la inconsciencia de autoridades y malos cazadores, pero aunque no es lo corriente, es la cara negativa que tiene cualquier actividad del hombre. Hay falsos cazadores, tiratiros imbéciles que disparan a todo lo que se mueve, que ensucian la sagrada majestad del campo, que llegan al campo a desahogar ciegamente sus neurosis y frustraciones. Es necesario entablar contra estos señores una guerra sin cuartel.

La caza de forma racional nunca acabará con una especie, son otros los motivos; el campo está sufriendo agresiones constantes, a veces evitables, provienen del hombre; lo observo en mis áreas de cazador. La mixomatosis provocada hace años en los conejos; las alondras, calandrias, jilgueros y otros, muchos pájaros casi desaparecidos por el veneno de los herbicidas e insecticidas, el buitre leonado desaparecido con la sustitución de las caballerías por máquinas, las ortegas que no aguantaron el ruido de las cosechadoras, las maniobras militares en primavera, la venta de la caza en los cotos a ciudadanos irresponsables que llegan con una nefasta escopeta repetidora entre las manos, la recogida de matas aromáticas en tiempo de nidos, el frecuente desconocimiento de las autoridades responsables para llevar a cabo una eficaz defensa, la excesiva proliferación del jabalí, quizá por una falta de control en los espacios reservados... Nunca la caza ejercida con racionalidad es el motivo de grandes deterioros.

¿Qué animales pueden ser cazados? Está bien claro. Siguiendo la idea del mundo creado para servicio del hombre, hay unos animales que sirven para gozo de sus sentidos y otros para enriquecer su gastronomía. Y esto sigue siendo así aún volviendo a prescindir de la idea religiosa. Se lo oí decir al Dr. Rodríguez de la Fuente de forma expresiva. Todo en la Naturaleza tiene un motivo de ser, de existir tal como es, y, por ejemplo, el que la pechuga de la perdiz esté tan desarrollada no tiene más explicación que el de ser así para servir de alimento. Sin embargo ningún cazador sensato pensará en cazar

una abubilla, un abejaruco, un ruiseñor; pájaros que cumplen otros destinos gozosos para el hombre.

Estoy seguro de que no existe mayor comunión con la Naturaleza que la que lleva a cabo el buen cazador; se integra en ella, queda hecho Naturaleza, introducido en su esplendor primitivo, sintiéndose talado de algunas tristes adherencias «civilizadas», tomando parte en una especie de rito religioso con liturgias felices y sacrificios inevitables, ejerciendo al máximo sus facultades inteligentes frente al mundo mágico de los sentidos superdesarrollados del animal salvaje, sumergido en un mundo de gozos y pavores. Nadie como el cazador oye latir el corazón del bosque.

Amo a los pájaros, los reconozco por su música de vuelos, conozco si son machos o hembras cuando los veo volar en la distancia; conozco por sus cantos, por sus vuelos, si están enamorados, o asustados, o tristes... El mundo necesita de la armonía suprema de los pájaros. Soy cazador, pero puedo asegurar que daría mi vida porque no desapareciera cualquier especie, empobreciendo la hermosura de la Tierra.

EL AMOR

FUE DESCUBRIR LA AURORA, UN LEVANTE DE AURORAS;
QUIETUD DE SOL RECIÉN NACIDO EN LA PRIMERA PÁGINA
DEL DÍA, PERENNE EL INSTANTE DEL PRIMER PARPADEO DE
ESE SOL CONQUISTADO. Se llamaba Patricia, se llama Patricia, se
llamará Patricia.

Kilómetros de ti..., te ando y te llego.
Vocerío de la sangre sobre ruedas,
y el temor infantil de que no cedas
a este pez buceador, nadando en fuego.
Cedes, cedes, te das al bello juego
amorosa y tenaz sobre las sedas,
y me sales triunfal a las veredas
de este rocío de amor con que te riego.
¡El grito de! jazmín, qué enamorado
cuando se ruboriza en amapola
calladamente, dándose de lleno!
¡Qué cosquillas de Dios en mi costado!
Rumor de abeja hasta mi sien, en ola,
limpiándome de brozas y de cieno!

Yo siempre regresaba de soledades, amordazaba gritos en la sangre, cruzaba llanuras desiertas, túneles sombríos, me afanaba en contar las estrellas... Siempre estaba Dios trasponiendo una esquina y la primavera no llegaba a primavera porque le faltaba una rosa. Yo venía de mi niñez umbreada, con leves rocíos, de mi rambla de siempre, también de un canto de muchachas ovillando a la tarde con sus trenzas, de un tirón de cometas, de un imposible juego de rayuela...

Apareciste sin umbrales, nacida del alba; se borraron los seres y las cosas de tus alrededores; en los inicios del gozo eras tú sola sobre el mundo, y yo, saliendo de las sombras, te aparté de las duchas de luna para que dejaras de ser transparente, para poder acercarte a mi hoguera opaca y contenida. En

los inicios del amor fueron maestros tus ojos. Sentí por vez primera que Dios me miraba, que se había parado sin volver la esquina. La primavera estaba completa. Eran síntomas inequívocos de que se acercaba el momento de la gran aventura, de la conquista de tus pechos, de un trasvase de sangres, de la fusión de alientos.

«Hacer el amor», dicen. ¿Es que el amor se hace y se deshace? ¿No hablarán de otra cosa...? El amor ha de ser como un formidable monumento histórico, que una vez levantado resistirá borrascas y temblores, asedios, bombardeos, inmune al cataclismo, enriquecido en un transcurso de primaveras y otoños, pero al que diariamente hay que añadirle una almena para que no se derrumbe. ¿No hablarán de otra cosa? ¿No fingirán sus juegos y sus gozos, para volver, en el derrumbe de la tramoya, a un caos de soledades sucesivas?

Cruzan el mundo seres, infinitos seres con los disfraces del amor a punto, mientras miro y te encuentro en la definitiva desnudez del primer día. ¿Qué rumor en creciente, multiplicando el clamor y el eco, en la imprescindible doma del potro solitario y excluyente, rompiendo sus espejos!

Pasan tristes seres, creyendo que atraparon a la felicidad con una red de escarchas, para quedar de nuevo desvalidos ante un guiño de sol... Merodean seres por las laderas del amor, sumergidos en sus espejismos, en un festival de caretas, sin redimir la tremenda desnudez de cada amanecer.

Ladraba un perro, caía la nieve, se desperezaba una flor, rodaba el mundo renovando agonías y bellezas, y yo pasaba ausente, sin rozar el respirar de la Vida, y cuando tú a mi lado creciste sentidos y latidos, tomó el mundo intensidad de obra recién hecha, en el común y atento desvelo de los gozos y los pasmos.

En la encrucijada de las sangres, en el sacramento de la caricia, te sentiste habitada solemnemente, invadida por un proyecto de horizontes nacidos del aliento feliz de las almohadas. Y nos dolieron los seres yermos, el consuelo de las muñecas, la estrangulada simiente de los vientres oscuros, la helada en las espigas, la yeta pisoteada, el nido que derriba un manotazo de viento, los oxidados mostos, la vaina fracasada fingiéndose maraca, una parva de seres en cegadoras lumbres, intentando incorporar falsos soles en la sucesiva realidad de su escombros...

Nosotros, dejando las umbrías para siempre, erguidos sobre auroras, pisando una pradera de anillos y jazmines hasta hacerla cotidiana alfom-

bra, en la consecución del florecer del beso acrecentamos la hermosura del mundo.

LA NANA Y EL GRITO

A veces estoy mudo, meditando en tu vientre,
 lentamente penetro cercanías de gracia;
 de rodillas la sangre forja cruces y rosas,
 presintiendo horizontes con el llanto o el gozo.
 Hoy ensayan mis labios su homenaje de frutas.
 Acaricio tu pelo y mi mano es estrella.
 Dios levanta despacio esta red que me aprieta,
 esta red que me envuelve, con cadenas y escalas.
 Ya nunca olvidaremos las primeras señales
 del amor, cuando estabas entre rejas y luces
 y mi corazón era sólo brazos, y el verso
 era como un glorioso nacimiento de yerba.
 Yo vasija amorosa con un colmo de gozos,
 atesorando todo el amor de los siglos;
 la madeja del alma creciendo, sus latidos
 hilando lentamente las cumbres de la entrega.
 Era el mundo tan nuevo al besarte que estaba
 la voz de Dios latiendo, nos llegaba su peso;
 supimos la hermosura de la primera aurora,
 cruzaba las esquinas aún la sombra del ángel.
 Hoy recuerdo tu pueblo con su bruma celeste,
 con su cal ref ejada en una cruz de espejos.
 Yo recuerdo tu pueblo y la sed. Eso es todo.
 Vigilaba en tus ojos la altura de los chopos.
 Después, siempre has estado con tu labor de lana
 sentada en nuestra lumbre, enfrente de mis brazos;
 no me ha faltado nunca el trigo de tus manos;
 estás hasta en los ojos de mi perro de caza.
 Hoy me dices que sientes nuestra sangre creciendo.
 ¿Qué colosal ballesta de Dios se ha disparado?
 ¿Qué encendido crece dentro de mí? ¿Qué lucha
 de sudores y aromas en la ascensión del beso?
 Debe tener el cielo alguna nueva estrella.

¿Has mirado el anuncio del jazmín en el patio?
Me pongo de rodillas, para pedir, gozoso,
el límite perfecto de la nana y el grito.
Es una caracola de amor el mundo, suena;
se alza bajo el alero la balada del pájaro.
Un íntimo aposento para Dios es la casa.
Ha entrado en sus dominios de luz nuestra alegría.
¿Sientes el latir hondo de todos los amantes
de la tierra? ¿Presientes la eternidad del beso?
Esta materia de hombre no es un metal maldito.
No será nuestra sangre una inútil ceniza.
Tú llevas en los ojos la hermosura del mundo.
Cuando miras al campo es más verde la yerba
o más blanca la nieve o el jardín multiplica
en prodigio incesante ruiseñores y rosas.
Voy buscando tu paso de amor por la cocina,
entre olor a legumbres y a pan; te glorifica
el delantal, te asciende el temblor de la llama;
dice maternidades la música del agua.
Te busco por la sala de estar, voy encontrando
detrás de las cortinas tus aromas de entrega;
son felices mis manos con tus pequeñas cosas,
guarda toda mi dicha tu caja de costura.
Aquí el oro del alma se eterniza, levanta
su cáliz, se incorpora para siempre a otros ámbitos.
La eternidad comienza donde comienza el beso,
a la sombra del árbol grande que hay en el parque.
Yo siento que este injerto de sangre nos anuda
para siempre, nos ata el respirar gozoso,
nos libera de muertes, nos levanta del polvo
hace que no envidiemos la estatura del ángel.
¿Es cierto que ahora sientes su retozo, que brinca
buscando una postura más cálida, que inquieto
juega con tus latidos, que busca con sus manos
tu corazón? Quisiera eternizar tus luces.
Sueño enormes llanuras ton la tierra fecunda,
con el sol ahuyentando la sombra de la alondra.
Veo la tierra erguida, milagreada, fragante,
ofreciendo y guardando su eterna flor de madre.

La mano de Dios pasa su seda por tu vientre,
 un amor milenario se resume en la carne.
 Él traerá hasta tus pechos su colmena de néctar.
 Puedes tejer la lana azul de la ternura.
 Todo lo envuelve un aire de milagro cumplido.
 El asombro despliega sus cortinas de niebla.
 Se suceden en tromba esperanza y temores.
 Siento crecerte el hijo y es canción mi jornada.
 Amada, ¿no me sientes circular en tus centros?
 ¿No tiembla en tus entrañas la unidad del latido?
 Me ha crecido hoy el alma y hace en ti residencia.
 Te he regado la carne de una escarcha dulcísima.
 Quiero para la nana una f aut a de ángel,
 quiero todo el lenguaje del mundo en primavera.
 Me colma la alegría de este amor que te cumpla.
 Espero de rodillas, delante de tu vientre.

Es la noticia exacta del amor cumplido, un poema que en una antología se titula «La nana y el grito» y en el libro *Cartas y noticias* se titula «Noticia del amor cumplido». ¿Por qué este inocente cambio de denominaciones, casi inconsciente, en un mismo poema? No sé, quizá por la misma razón por la que una madre llama a su hijo de maneras distintas, independientes del nombre propio: Amor, Rey, Alma mía, Corazón... Nunca he sentido la enorme importancia del lenguaje de manera tan clara como la sentí al escribir este poema; el contenido de las palabras, el débil tartamudeo del lírico respirar... No se trataba de inventar nada, de despertar asombros, de establecer innovaciones; yo quería en mi voz la voz de todos los poetas; yo hubiera querido, en imposible hibridez, la traducción de mis latidos de hombre junto a una angelería de arpas azules y un vendaval de pájaros de todas las épocas del mundo. Era el poema imposible para dar noticia del hijo, al llegar a las cumbres amorosas, en la hora de las cosechas del amor.

No me engañaba la sensación de mi reencarnación en arcángel, en un arcángel con lágrimas y semen; seguía vigente la guerrilla de diablos personales, los posibles esguinces del desamor, a pesar de las treguas tenaces; pero ya para siempre llevábamos una bandera en conquistados vientos, para andar por la tierra; naciendo de nuestras pisadas la huella de múltiples pisadas hacia un futuro infinito, en los milagros multiplicadores del amor.

Si hay algún ser sobre la tierra que parezca reflejo del verdadero amor son esos árboles centenarios, de hoja perenne, que conservan un esplendor de túnicas, impasibles a soles y ventiscas, consecuencia de un ejercicio incansable de savias en el robusto corazón de la madera.

Imparable la rueda de los días, el suceder de estiércoles y pétalos, un manotazo gris sobre las sienes; la Muerte a veces asomada por las erosionadas tapias de la estirpe; la Vida renovada por el primer llanto, por la primera sonrisa de un niño nacido al arrullo de los hijos...

Perenne, imparable dinámica de auroras, cotidiana sorpresa de los gozos, mientras desde el alto mirador de la Vida contemplamos el paso de nuestro propio florecer repartiéndose por el mundo.

De pronto, cualquier día, estrenamos un paisaje cogidos de la mano, llegamos a cualquier rincón de bellezas, comprobamos que somos descubridores del mundo a partir de nuestros alientos enlazados, comprobamos nuestra capacidad para poder seguir jugando a la comba con los rayos de cualquier luna; también que nos envuelve un nublo de lástimas al sentimos circundados por la presencia de los desamores, pero seguimos descubriendo la razón poderosa de vivir cada instante, de sentir que cada día es el primer día, en la derrota de las rutinas.

El amor como un río que a veces puede arrastrar el cadáver de un pájaro, las agonías de una flor, pero que en sus aguas renovadas e incansables lleva el teorema inacabado de logros y proyectos del entusiasmo, en la seguridad de lo que pasa y queda, del devenir gozoso, de una segura promoción de espejos en entrañas invulnerables a la sequía.

Así es el amor..., siempre vencedor de ocasos, en la definitiva prueba de los ocasos.

HABLO DE UN RÍO

La sangre arco de triunfo.
Sigue el ascua,
no hay que avivada, sigue.
Ponme la mano aquí sobre el costado,
circunda, toma el pulso
a mi torso, comprueba
que germina mi piel, que no han doblado

su cuello los claveles
de la noche primera, que persiste
la viveza del ascua
rodando hasta fronteras
con montones de nieve y de relojes.
La torcaz ciudadana
arrulla en la cornisa del Louvre
y mil amantes sonríen desde los lienzos
en praderas y estancias
que fueron... y perviven,
aroman y cobijan.
La noche de los henos,
del tulipán creciendo en la mejilla,
gótica la caricia, bajo arcadas
con rumor de armaduras y estameñas
en Notre Dame.
Despliegue de tules,
espuma de niñez que ahora renace,
alza su comba hasta tus pechos, deja
herencia de vainicas en tu enagua.
Cruzamos muchas veces en el sueño
bajo este arco dorado.
labios y luz borran
la erosión de tu vientre,
tendida en la ciudad se me perdían
tus dos piernas fúviales en la noche.
Esqueleto de torre, férrea sombra
sobre la cordillera de tu cuerpo
cuando te inauguraba con mis manos.
inéditos temblores de epidermis
retornando al amor que nos hacía
una hoguera de polen en la noche.
En Pigalle empolvaban
desamores fantasmas la mejilla
de rojo, y en Versalles
seguía un cisma de rosas.
Tú y yo bajo los puentes
ensayando una aurora, destapando
un horizonte circular de sueños,

náufragos en el beso.
Leíamos en el agua
cartas de amor perdidas
por legiones de amantes,
nuestra voz repetida en cristal de leyenda.
Nunca será tu frente persignada
por el signo fatal de la pavesa.
L'eternité, amour. Hablo de un río.
París, abril, 1979

LAS MANOS

RECUERDO QUE ENTRE MIS PRIMEROS VERSOS HABÍA UNOS DEDICADOS A LAS MANOS DE MI MADRE; se perdieron en no sé que arcones del olvido, quizá por la indiferencia para conservar el inicio de un balbuceo, pero siempre quedaron en mi álbum de memorias felices aquellas juveniles manos con capacidad de paloma, diestra en el primor y el vuelo, símbolo de bellezas.

Cuando miro a un ser humano empiezo a conocerlo por sus ojos, y sus manos, los ojos y las manos siempre dan un claro pasaporte de vida, y aún más, aunque los ojos sean el más directo pórtico de túneles del alma, a veces se encortinan de disfraces; las manos no pueden negar su verdad desnuda: son alegres o tristes, sabias o torpes, erosionadas, contenidas, dialogantes, generosas, austeras, con ademanes de egoísmo o violencia, artistas, necias, expresando su identidad en el momento decisivo de dar y de coger.

Aunque sean instrumentos del alma, a veces dan sensación de independencia, de una autonomía conquistada en las horas del pensamiento y la decisión. Instrumento de trabajo y caricias, dos actividades decisivas en la vida del hombre; son teclado siempre vigente para medir la armonía del amor.

Pensad a un hombre escondido en la niebla, de la cual emergieran tan sólo sus manos en elocuente actividad de súplica, protesta, oración, rapiña... ¿No es posible conocer a ese ser oculto, a través del lenguaje de sus manos? Creo que sí, que con inteligente observación podríamos trazar su fiel robot espiritual. El lenguaje de las manos, de una forma u otra, lo ejerce todo hombre, por eso hay manos calladas, prudentes, frívolas, astutas, aristocráticas, plebeyas, candorosas... En el mundo, ese lenguaje toma proporciones decisivas; son un torrente de apagadas voces, en la elocuencia del gesto y el ademán. En el ciego son claros afluentes de luz, estableciendo estaturas y catalogando superficies, de seda a espinos; principal elemento de gozos y aceptación amorosa.

¡Qué logro de articulaciones y tactos! ¡Qué remanso de gozos sería para Dios, dentro de sus jornadas creativas, diseñar las manos del hombre!

El universal lenguaje de las manos ha escrito páginas secretas, en vientos de festival o cataclismo, a lo largo de la historia de los seres humanos. Sobre cualquier porción de mundo hay un friso invisible de manos alzadas, que se fueron desmayando en las colecciones de la muerte, pero que dejaron ocultos tatuajes de caricia o cicatriz en los vientos, sobre los bosques y las catedrales.

Constelación de manos en raptos de colores, intentando modelar a Dios a través de los siglos, soñando la eternidad del signo y la conjura, determinar cálidos enlaces, para quedar en fantasmal ceniza de alabastros. Cumplidas manos en el gozo o el furor de los contactos; para sentir crecer al hijo, para prologar amores y establecer pactos del alma.

En un antiguo poema doy noticia, hago una meditación sobre mis manos con peritaje de fracasos y victorias, a todo lo largo del amor y la vida; en plenitudes, en espera, en ofrendas, con el dolor de sentir circular por sus venas una semilla de muerte. Hago una convocatoria al vendaval de manos de mi estirpe, dormida ya en la tierra, con el dolor de haber llegado tarde a la caricia, con el recuerdo de un cálido contacto perdido, con el desamparo de no poder sentir las en nudo con las mías, en los momentos decisivos del amor.

NOTICIA DE MIS MANOS

Tristes, lentas, mis manos,
asidas a la vida como torpes tenazas,
presintiendo angustiadas su guante de ceniza,
con las palmas vacías hacia un cielo en espera.
A veces creen salvarse, con la fiebre en los dedos,
de este agónico oficio del corazón que tengo
y se enredan gozosas en un bosque de versos.
Pero un viento acerado pasa por las ortigas
de la sangre, las pone
en oscuros manejos, a nivel con la noche,
y fracasa su dulce vocación de paloma.
Entonces son sarmientos sobre la tierra, secos,
renunciando a ser nunca materia de palmeras,
a limitar, en triunfo, con la estrella o el pájaro.
Arrepentidas, cruzan

su algodón olvidado por el rostro del hijo,
 temblorosas, temiendo
 contagiar la penumbra y la muerte que llevan...
 A veces las redime la trenza de la esposa,
 les devuelve su clara primavera perdida;
 una ofrenda de cirios son para la caricia;
 se iluminan sus dedos en la fiebre del tacto.
 Mis manos que han podido sostener a Dios mismo
 y han querido un bautismo con savias no violadas,
 que grabaron ansiosas la corteza del árbol
 y ahuyentaron tenaces al ciervo del otoño;
 manos en un fracaso de blancas plenitudes.
 Se alzan, mustias y solas, como nidos vacíos,
 esperando que roce su epidermis un ángel,
 que se rompa el silencio de Dios sobre sus palmas.
 En la niebla racimos de manos familiares
 alzándose desnudas, sin su guante de tierra;
 mis manos repartidas por dominios de sombra,
 en la niebla amorosa del recuerdo presentes.
 Las manos del abuelo, injertador de almendros,
 finas manos con tacto de pulsar primaveras;
 manos diestras, calladas,
 puntuales en la noble vocación sudorosa.
 Jazmín inestrenado de aquel niño dormido
 para siempre, dejando
 un fermento de rosas escondido en la tierra;
 no supo la epidermis su ejercicio de lija.
 Las manos de la abuela cruzadas sobre el pecho,
 dejando cicatrices de hermosura sus dedos,
 naciendo de sus dedos la miel de la merienda.
 Manos dulces, forjadas
 en los nobles oficios, vocación alfarera,
 tenaces, prolongadas por la herramienta dura,
 arrancando a la gleba la flor y el pan, pulsando
 la sangre del caballo, acariciando el trigo.
 pastoreando corderos, con el sudor a punto.
 Manos mías, en ellas vuestra sangre heredada
 a veces se subleva a su destino, quiere
 escapar de ese golpe último de ceniza.
 Manos mías familiares, os convoco y os llamo,

necesito en la frente vuestro tacto amoroso,
vuestro latir caliente de experiencias, llegadme
bendición o caricia, tirón o manotazo,
regresada la vida. Os convoca la sangre.
Llegad hasta mi cuerpo como una ola o un llanto,
llegad igual que un viento en cita con mi alma.
Envolvedme, cubridme, poned en mi mejilla
vuestro color de pájaro escapado de pronto.
Este familiar bosque de regresadas manos
traerá toda la yerba perdida en la esperanza.
Siguen mis manos yertas, alzadas hacia el cielo;
el silencio de Dios recogido en sus palmas.
Manos mías, familiares, vuestro viento en mis dedos,
que suene como un arpa.

Este poema es un antecedente de otros en que recuerdo -rememoro y sueño-, el remoto latido de mi sangre perdida en el tiempo, pero antes y después de escribirlo hay en mis libros multitud de manos en ejercicio del gozo y el sufrimiento, aunque de manera rotunda aparece de nuevo este tema, de manera plena pero muy diferente, en uno de mis últimos libros, y este otro poema, entroncado con la casi generalizada temática social de mi poesía.

En la tremenda deshumanización de la vida, las manos del hombre pierden sus nobles vocaciones primarias, su tacto espiritual; queda sólo su animalidad en acecho; pierden sus afluentes del alma. Esto ocurre en la soberbia del poder, en el materialismo consumista, en la competitividad feroz...

Son las manos que apartan y sustraen, que arrebatan y niegan..., y para las cuales hay que tener una esperanza de redenciones, a partir de ese niño o ese campesino que llega por veredas del sueño con un pan y una rosa.

LA GARRA

Oculta en el bolsillo o bajo la piel muerta del guante, sosteniendo paquetes, f ores, materiales de construcción..., la mano, inesperadamente toma forma de garra.

Cogida al volante, a la barra niquelada del autobús, contando boletos, manejando libros de contabilidad, abriendo ventanillas burocráticas..., toma forma de garra.

Alzada en bandada de manos-garra
que inician un antiguo saludo-garra, caída
con laxitud de parque nocturno, disfrazada
de ofrenda, acariciando vasos, poniendo entre sus dedos
cigarrillos..., toma forma de garra.

La uña se alarga, córnea f ereza, aguja bajo lentes,
navaja astuta. La piel toma
amarillez rapaz, tensa envoltura
del músculo dispuesto, preparados
sus resortes secretos, con la roja
intención disfrazada.

Arde en pequeñas guerras la gran ciudad, los diarios
no dicen nada, luchas lejanísimas, discursos
complacientes, agoreras palabras sobre el próximo
encuentro en el estadio, propaganda
de nueva inmobiliaria...

Está encendida
de guerras la ciudad. Un niño cae
en un paso de cebra. En una esquina
se desploma un anciano que llevaba
bosques en la mirada.

De repente

explota el graderío, zigzagueantes
miradas heridoras, manos-garra
en la parada, el cruce, la taquilla, la caravana, en la cafetería,
en el supermercado... Manos-garra
temblorosas, dispuestas...

Fueron hechas
para esparcir simientes,
para enlazarse en nudo poderoso,
para cruzarse ante el misterio,
para banderas y herramientas,
para ejercer la cirugía-milagro del injerto,
para alzar cálices y rosas,
para asidero, cúspide de danza, eslabón del amor, f esta, de aplausos,
clamor de sed, umbrales de sudor y caricia,
para cerrar circuitos en la sangre, ahuyentar penumbras,
dilatarse en naufragios...
y para bendecir.

LOS ABUELOS

SI CADA FAMILIA TUVIERA SU ESCUDO, SUS EMBLEMAS Y BLASONES, EN EL DE MIS GENTES HABRÍA UN ARADO ROMANO SOBRE UN LARGO HORIZONTE DE BESANAS, CON UNA ORLA DE CEREAL DORADO; o bien la relajante imagen de un cordero sobre un campo de nieves, bajo un cielo indeciso de ventiscas. Pero los escudos son inventos de otra gente, de otros orgullos y poderes muy distintos, aunque menos nobles.

Mis ascendientes arañaban la tierra de sol a sol, pastoreaban corderos por las sierras, y en la noche, en las largas veladas junto a la lumbre, pensaban en hacer suya aquella tierra a la que querían y fecundaban como a una mujer, porque la tierra era de otros que la habían heredado de unos ascendientes que las consiguieron en repartos por faenas de guerra o cumplimientos cortesanos. Hablo de mis bisabuelos, de mis tatarabuelos, de aquéllos hasta los que alumbró el primer candil de mi memoria, o de los que me dieron noticia los abuelos a la luz del candil de sus memorias.

Los abuelos ya fueron otra cosa, habían recibido las herencias del sudor cumplido, el fruto de las conquistas de sus mayores, de la inteligencia unida al trabajo; aunque continuaban ligados inevitablemente a la tierra, en caricia y desvelo cotidiano, habían conseguido que se les afinara la epidermis de las manos; habían aprendido a leer, agrandando su ventana de horizontes, pudiendo leer el periódico en las veladas...

La palabra «tío», que ahora se aplica mutuamente la juventud, llamando así a cualquier saltimbanqui discotequero, era aplicada como una antesala de honores al nombre propio, un tratamiento de respeto, un reconocimiento general del «peso de hombre» de una persona. En general, al que no lo merecía se le llamaba a secas por su nombre o por su apodo. En mi pueblo sólo se les daba el tratamiento de «don» a las escasas personas que tenían estudios; no así en otros pueblos vecinos en los que se daba este tratamiento también por razones de dinero, a los poseedores de fincas rústicas.

Entre mis antepasados no hubo ningún «don», todos eran «tíos».

Mis antepasados eran extremistas en los asuntos de la muerte, quiero decir que morían muy jóvenes o morían centenarios; nada de términos medios. Los hombres que murieron jóvenes fue porque habían nacido con un corazón deteriorado, y las mujeres porque tenían un trastorno en el constante ejercicio de gestar y parir hijos; así mis dos abuelas, Julia y Santiago, a las que no conocí, a las que apenas conocieron sus hijos. La abuela Julia, casi una niña en las fotografías amarillas, de la que apenas pudo hablarnos nadie, recreada en una forja de jazmín marchito. La abuela Santiago, más configurada por relatos, de la que mi madre heredó su energía emprendedora de cara a la vida. Pero miro más lejos, aunque sólo quiero hablar de mis ascendientes conocidos. Aquella bisabuela María a la que recuerdo sentada en una silla, silenciosa y observadora -un mojón de crespones-, en aquella sala con extraños santos colgados de las paredes, junto a una máquina de coser rudimentaria, contraste de modernidad. Los relatos de mi madre sobre su inteligencia y decisión, en que hizo frente a unos ladrones que entraron por la noche a su casa, o en que competía con guardas y cazadores, en adiestrados tiroteos, crearon en mi imaginación de niño una aureola de leyenda en torno a su consumida figura envuelta en crespones. Era la «madre coraje de la familia». También quedó asociado su recuerdo con la hora de la merienda, del chocolate de mi niñez.

El bisabuelo Diego, el «tío Dieguito», era el cacique de la saga. ¿Hasta dónde llegaba su actividad caciquil? Dicen que era duro, a veces generoso, en mezcla de pedernales y ternuras. En sus correrías políticas llegó a ir a Madrid; nunca llegó tan lejos ningún abuelo mío... Su mujer, la bisabuela Bárbara, era la dulce mano reparadora en las horas del pedernal; su fama de santidades siempre quedó asociada al perfume de manzanas maduras que inundaba su casa. ¿Conocí realmente a estos bisabuelos o habrían muerto cuando empecé a tener conocimiento de las personas? No he preguntado..., ¿para qué? Ellos están vivos en el recuerdo, están instalados en los remotos horizontes, en esa zona de los recuerdos de la niñez no definidos, en que se mezclan y confunden sueños y realidades, lo contado y lo vivido. Si habían muerto eran muertos próximos, estaba caliente el rastro de sus vidas.

También conocí a tíos-bisabuelos con el temple de aquella madera de carrasca centenaria: la tía-bisabuela Jerónima, el tío-bisabuelo Miguel Vicente... Este último antepasado vivía en un cortijo de la Sierra de María, era tío de mi abuelo Juan, y como murió durante la gran nevada del 45, tuvimos que traer su cadáver atravesando la sierra, rompiendo un metro de nieve las

piernas jóvenes de la familia, en una marcha con caracteres de relato negro y epopeya, para enterrarlo en Chirivel. Siempre asocio su recuerdo con algunos tipos de los grabados de Doré: su figura magra, su cabeza envuelta en un pañuelo anudado bajo la gorra, su rostro reducido por la falta de dentadura hasta tomar aspecto de cabeza de águila real, hasta en sus ojos vivos y oteadores de espacios infinitos.

El abuelo Alfredo, algo distante, porque vivía en el extremo opuesto del pueblo, y porque, al haberse vuelto a casar muy joven, después de morir mi abuela Julia, no estaba tan ligado a mi padre y sus hermanos como si hubiera vivido mi abuela, pero del cual recuerdo su insólita personalidad. Tenía un molino, y su recuerdo siempre lo asocio a una música de aguas desatadas, al temblor de las tolvas impulsando chorros de trigo, contagiando alegrías de cosecha cumplida.

Pero estoy describiendo abuelos sin aclarar mucho a qué rama de mi familia pertenecían. ¿Qué más da...? Unos eran Egea y otros Reche, dos familias que en épocas pasadas eran símbolo de la España partida, que vivieron en tiempo de rivalidades y asechanzas, como unos Capuletos y Montescos, pero que acabaron unidas por el amor: hasta el punto de que mi madre se apellida Reche Egea y mi padre Egea Reche.

Pero me adentré por la historia familiar, y me había sentado para escribir tan sólo de dos antepasados que andan por mis versos: mi abuelo Juan y mi bisabuelo Genaro.

ELEGÍA POR MI ABUELO JUAN

Eres de tierra, abuelo, de tierra ennoblecida;
estás en donde estabas, muy próximo al arado.
A veces no comprendo por qué llega este llanto.
Yo supe que era tu alma un salmo de calandrias.
Acudieron de pronto cien manos labradoras
para intentar teparle su llamada a la tierra.
Protestaron los trigos, que sabían tu sangre.
He venido a sentarme en tu piedra de siempre,
desde donde espías la f or de los almendros,
y sabías de vientos y presentías la nieve,
y entornabas los ojos con temores de escarcha.
Hoy me cruzan el pecho hormigueros de f ebre

y siento por mis venas tu sangre campesina
 cabalgar alocada de soles y cosechas,
 y nombro a Dios y escucho que lo nombra tu boca.
 Volveré diariamente para besar los árboles,
 para no desprenderme del todo de tus brazos,
 para injertar mis labios en tu verdad florida
 contagiando hermosura cuando bese a mis hijos.
 Tendré que arrodillarme para besar la espiga,
 me siento prisionero de la lluvia y el campo.
 No olvido que tus manos eran de pan y acero;
 tomo el pan de rodillas y comulgo tu cuerpo.
 Me sentaba en tus piernas y aprendía de tus labios
 la honda sabiduría que da la primavera,
 el enorme misterio del germen y la fuente
 desgranado en el viento por tu voz de tabaco.
 Me dejas, Caballero de los Altos Centenos,
 del Trigal Armonioso, de la Pobre Cebada,
 tu blasón nobiliario: tu cayado y tu manta.
 No renegaré nunca de la luz de tu stirpe.
 Ya nunca tus pupilas con perros y besanas
 tendrán la bien ganada estampa de las eras.
 Eres de tierra, abuelo, de tierra ennoblecida.
 Beso la tierra, abuelo. Tú eres también España.

Este abuelo Juan, «el tío Juan Reche» en boca del pueblo, era mi entrañable abuelo materno, al lado del cual pasé mi niñez y mi primera juventud, pues murió centenario, en el mismo año en que nació mi último hijo, mi hija Patricia. Su casa estaba lindando con la de mis padres, antes de que marcháramos a Granada, y durante el tiempo que vivimos en aquella ciudad, cuando volvíamos a Chirivel, vivíamos en su casa; de manera que pasé media vida a su lado. Yo era su nieto mayor, su nieto más próximo, y de una manera especial estuve siempre junto a él; hasta después de casarme viví en su casa, que era la de mis padres, hasta que pude tener casa propia.

Él tenía un cortijillo próximo al pueblo, y allí marchaba diariamente a cuidar unos cuantos animales domésticos, a acariciar los árboles, a vigilar los cielos. Yo lo acompañaba muchas veces. Pero de todo esto habla el poema con más elocuencia de la que pudiera resultar al repetido en una glosa.

No todo en su vida había sido una plácida contemplación de la Naturaleza, portaba su carga de grandes dramas familiares de los que nunca hablaba; si acaso contaba a veces pequeñas aventuras, como aquella del tiroteo en las escaleras del Ayuntamiento, durante la época en que fue alcalde por los años veinte, de la cual conservaba como una condecoración un dedo meñique destrozado, después de detener una bala encaminada al corazón, y el recuerdo de un sombrero con la copa atravesada por otro balazo en una reyerta cuyas causas nunca me dijo.

Lo que me acompaña siempre es la memoria de su nobleza, de su hombría de bien, de su personalidad amparadora; al haber crecido a su lado como el arbusto joven que inicia su aprendizaje de savias al amparo de un roble centenario.

Cuando leí en los periódicos, hace unos años, que unos arqueólogos catalanes habían encontrado en tierras del pueblo granadino de Orce, cuyos campos limitan con los de Chirivel, el fragmento de un cráneo que por su antigüedad podía considerarse como un vestigio de las primeras pisadas del hombre sobre la tierra; yo pensaba en mi bisabuelo paterno, «el tío Genaro», que había vivido en la Sierra del Periate, sobre estos campos de que hablaron los periódicos, viviendo al estilo primitivo; que había oteado en cada amanecer las llanuras que fueron lagos y praderas antes de fruncirse con dureza el gesto de la tierra. Y lo soñé dentro de aquel paraíso descrito por sospechas científicas, como justo marco de su realeza primitiva, portador eficaz de fuerza y de inteligencia, como él era.

Fue este bisabuelo pastor pobre de aquellas serranías, trabajador autónomo y solitario. Digo en el poema que era un lujo el gazpacho, porque poder llevar hortalizas desde el frescor de campos afortunados hasta aquellas alturas de esparto y sed era un gran lujo. Digo también que era un lujo la silla, hasta una humilde silla de anea, porque así era, porque la elementalidad de enseres lo confirma, porque lo dicen hasta las piedras erosionadas por un peso de siglos, en los descansos de la fatiga. Digo todas estas cosas como símbolo de situaciones.

Pero la inteligencia de aquel bisabuelo tenía necesariamente que romper con rutinas y conformismos, y a partir de sus sudores fue aumentando sus rebaños, multiplicando sus cortijos, ampliando sus besanas.

Alguien habla de usuras... Yo lo tengo bien claro, yo que he fustigado con mis versos la miserable conducta de los usureros conocidos en mis tiempos

de niño. Cuando apenas funcionaban los bancos, cuando aún no estaba la usura organizada oficialmente, como lo está ahora, en estas cumbres del capitalismo; él prestaba el producto de su inteligencia y sus sudores a los «señoritos» que se iban arruinando en ambiciones políticas, juergas y desatinos. Sumido en su analfabetismo total, suplido ampliamente por infinitas luces naturales, él había montado un banco personal en las oficinas de su cerebro, con eficaces economistas, contables y cajeros. Quizá también tendría algo de bandido generoso, sin más armas que su inteligencia, que más que trabuco naranjero era una modernísima ametralladora. También, en sus tiempos de miseria o ascensión, tuvo grandes dramas en su vida, aunque sólo se contara alguna aventura sin importancia, como aquella en que intentaron matarlo los secuaces de un cacique al que había prestado dinero (quizá con la intención de no devolvérselo), dando lugar a que sus nietos (mi padre y sus hermanos) tramaran matar al cacique, sin conseguirlo, intentando atropellarlo con uno de aquellos espectaculares automóviles que él compraba, para gozo de nietos, ya que él nunca intentó conducirlos, cuando llegó por nuestros pueblos la exótica rareza de los primeros coches. Este episodio tiene el estilo de la mejor (de la peor) mafia siciliana.

Durante la guerra se vino de sus tierras granadinas a vivir a Chirivel, a la casa de mis padres, y tuve ocasión de tenerlo cerca, en convivencia cotidiana. Y a su mujer, la bisabuela Anica; siempre silenciosa y solícita por sus alrededores; una pavesa junto a una hoguera.

Quedaron para siempre en mi memoria las partidas de cartas entre mi abuelo Juan y mi bisabuelo Genaro. El bisabuelo siempre engañaba al abuelo, y mis ojos de niño lo veía; no podía ver la mágica manera del engaño, pero sí el momento justo del suceso porque brillaban de un modo especial sus ojos de triunfador, entre gozosos y despectivos.

Conservo el grueso cartón antiguo de su fotografía a caballo, llevando en la grupa a su único hijo, que murió joven; altiva la frente sombreada por un sombrero cordobés, los ojos acerados y profundos; en una edad de juventud madura, de cuando ya le había ganado bastantes batallas a la vida. Pero alguien recortó el caballo dejando la fotografía reducida a la figura del bisabuelo; quizá fueran cosas de alguna enamorada para poder esconderla entre los pliegues de un refajo; pero en aquel caballo blanco de cuyas excelencias me hablaron he galopado mucho por el sueño.

HOMBRE DE ORCE

Me sentaré cualquier día para escribir una historia de aromas,
para intentar la arqueología del trino,
pero esta tarde -Sierra del Periate, verano, Orce
tengo una cita con mis gentes remotas.
Aquel bisabuelo Genaro, tan enigmático desde mis ojos de niño, en
una brisca de ocasos.
En fotografías de feria con sombrero ancho y escopeta de gatillos en
el arzón de la montura.
Yo fui descubriendo su sudor joven por la cresta del risco, fui resca-
tando su voz perdida en un vendaval de cencerros,
oliendo a sus manos en la miera del tornajo,
en el vellón sudado en los días de esquilo,
cuando era un lujo el gazpacho y la silla,
y la honda ejercía dictaduras ante la rebelión del carnero.
La bisabuela Anica...
silencio de pavesa ordenando la casa para esperar la muerte,
de hacer que dure el año la cosecha del trigo,
escardando zaleas,
dulce baranda, apoyadura firme en la diaria conquista de la tierra.
Ahora que sois polvo en las sagas del polvo
-polvo tatarabuelo, matriz de espigas
allá abajo, Venta Micena, han desvelado la arcilla virgen
de una remotísima gota de sangre evaporada,
un fragmento craneal, una quijada, un fósil estertor que trae tem-
blores
de cimientos del mundo,
y yo, bisabuelo, te he soñado intentando rediles para el búfalo,
en estrategia de celadas para el hipopótamo,
oteando un arco iris de pájaros perdidos
en un paisaje con lagunas y piélagos sonoros,
permanente a través de las primaveras, cataclismos,
ancianidad de bruces, primer llanto en un atardecer signado por la
garza,
enhebrando ocasos con auroras
y exigiéndole al sol su lenguaje celeste.
Qué dolor de imposible arqueología de flores,

de amaneceres, y de cumplido amor y de crepúsculos.
Yo dejaré mi corazón sembrado
-yerma, oscura simiente, en estas tierras nuestras
por si el último sabio pudiera descubrir la huella del latido
en el definitivo estertor,
en la agonía última de la tierra,
en el agonizar de la estirpe.

ANDALUCÍA

HE PENSADO A VECES QUE SI YO NO HUBIERA NACIDO EN ANDALUCÍA NO SERÍA POETA; SI NO LA VIVIERA COMO LA VIVO, SI NO LA SINTIERA COMO LA SIENTO. No creo pecar de chauvinismo, ello repugna a mi mentalidad: he abierto los ojos a muchos horizontes, me enamoré de muchos paisajes, aprendí a querer a muchas gentes distantes, sé que hay otros rincones del mundo mágicos para vivir... Pero quizá por todo eso he llegado a valorar con justicia a mi tierra, a comprobar lo que significa en mis latidos de hombre. Puede que el ser poeta no sea, ni más ni menos, que el haber recibido un guiño de Dios entre la niebla, pero yo estoy seguro de lo mucho que influyó mi tierra levantada, hecha bofetada o beso hasta el rostro del alma.

He vivido casi siempre en mi pueblo, muestra, como todos los pueblos, de sentires y sufrimientos; he amado mi paisaje -de árboles y de hombres- sobre todas las cosas. Tengo una ciudad recostada en la orilla del Mare Nostrum, que siempre me espera como una amante, a la que quiero con infinito amor adolescente, a la que intento fecundar abrazado a su cuerpo de cales y gaviotas. Tengo otra ciudad lejana y alta, y me llama con su voz de poetas alzada en una música de fuentes, y acudo presuroso con mi voz desgarrada, intentado traducir frisos y arrayanes. Pero siento que soy un andaluz plural, desde la Alpujarra a la Marisma, de las infinitas andalucías; también de las americanas, de las que encuentras al volver la esquina de cualquier selva...

Me sumerjo en la sinfonía de territorios, repaso su partitura de olivares, intento sofocar el grito pelado de sus cerros, recuento sus postales de hermosura, trenzo ramblas y ríos, en un gozo y un dolor de paisajes. Me sumerjo en las aguas nutritoras de su historia; desde un soplo de leyenda sobre preñadas tierras de argares y tartessos..., hasta anteayer, con un nudo de manos alzando una bandera con nieves y con esperanza de cosechas. Receptiva como ninguna otra tierra; enriquecida, fecundada por las más altas civilizaciones, yo intento transitar por el cruce de las calles de su cultura, a veces en ascensión de guitarras alegres, a veces malherido, intentando pintadas con mis versos, por las esquinas de sus desgracias. En su forja de vocaciones meridionales

se ha derramado por el universo, con grandeza y hondura, pero aún no encuentra el zapatito mágico, perdido en situaciones cenicientas.

Andalucía, forjadora de estéticas supremas. Si pudiera rozarse mi poesía con la palabra oscura, a veces lumbre, a veces degollada, de sus cantes populares... ¡Qué más podría desear yo! El cante es la más expresiva, temblorosa y profunda manera de manifestar los estados psíquicos del hombre en todos sus extremos. El cante se gesta y se desata en los aljibes del corazón, y cambiaría todos mis libros por saber gritar un solo verso hasta llenar de lágrimas el aire.

Aunque murmuren de mí a coro los posibles nietos de Eugenio Noel, necesito decir que es gran suerte vivir en una tierra que obró el prodigio de convertir en arte el sufrimiento y la alegría, sin proponérselo, como desahogo natural. Andalucía, como resultado de su propia naturaleza, ha podido ser cuna de personalísimos milagros estéticos: la tremenda primavera de una media verónica, el taconeo con sones apocalípticos de un baile por seguiriyas, el relato sonoro de una pena redimida por las guitarras...

Pero los cantes que arrancan de una gran soledad -saetas, martinetes, carceleras- no necesitan acompañamiento; son los cantes que arrancan de un dolor oscuro, que intentan alzar los ecos de la pena. Quizá por esto di ese título a un antiguo poema, intentando un hondo balbuceo de sentimientos ante desigualdades e injusticias.

SIN GUITARRA

Sólo la voz,
 desnuda la voz...
 Es mejor.
 Andalucía ganadera.
 La yerba no tiene culpa.
 que la pezuña la hiera.
 Para ser buen caballero
 no es necesario el caballo.
 Caballero es el minero.
 Andalucía marinera...
 No es Andalucía del mar,
 Andalucía es salinera.
 Que para ganar su guerra

el corazón necesita
de la sal y de la tierra.
Honda Andalucía del llanto...
¿Qué oscuro jazmín florece
entre las aguas del canto?
Que giraldas y alcazabas
levantan al corazón
para cerrado de aldabas.
Andalucía de la sed...
«Tener el agua tan cerca
y no poderla beber...»
Hay que partir el pan y la aceituna
y la sal y el velero.
Hay que partir la sed, la calentura,
el espejo y el cielo.
Brava Andalucía minera,
el corazón de la tierra
a tu vera.
Que me escuche el torero,
el ganadero,
el jornalero,
el minero,
el marinero,
el niño aceitunero.
Hay que partir, cortar y repartir...
Hundir...
Pero el amor primero.

El amor es la única fuerza eficaz, decisiva, para desterrar el dolor de los pueblos; entendiendo el amor como monumento alzado en el corazón de cada hombre; un monumento de respeto sin límites a la libertad y a la justicia en forja constante. ¿Será esto una utopía? Para mí sigue siendo una esperanza; la esperanza de un milagro para mi tierra, que demuestre su eficacia frente a un fracaso de ideología de fusta.

Pero sí, son necesarias las guitarras, en el amor y el desamor son necesarias las guitarras (Es inútil callarla. Es imposible callarla, dijo Lorca) a veces torrentera que invita a un despertar de campanas y gritos, a veces voz chica musitando necesarias ternuras, a veces coleccionando flecos de nostalgia, a

veces levantando las hachas del desafío... El idioma de las guitarras es un idioma de redenciones.

LAS GUITARRAS

Despeinan a la noche
espantando su pájaro entrañable,
enredando locura en rejas y caballos
para acabar en río.
Descienden a la mina
y se tornan piquetas subterráneas
con un temblor caliente de mineral y sangre,
de soledad del hombre.
En los campos arañan
el sudor, la besana y la sed. Se congregan
muleros soñadores, indefensos, buscando
su aljibe luminoso.
La soledad es un pozo poblado de guitarras,
una oscura marea de pájaros difuntos.
Llegan todos los hombres heridos en el pecho,
sujetan el caballo y tiran los sombreros.
Una hoguera sonora,
una armonía encendida
marca todas las horas del amor y la muerte.
Las guitarras avanzan corazón adelante,
-una ola de cuchillos, un vino derramado-,
y se alargan sus cuerdas sonámbulas, nocturnas,
como aves pulsadoras de la noche de España.

Tiene este viejo poema resonancia de guitarras de mi niñez. Pero también es Andalucía maestra en la magia de la palabra, de tal manera que sin sus poetas cultos -desde la lírica andalusí hasta nuestros días-, y sin la palabra profunda y hermosa del pueblo, la Poesía universal sería otra cosa, le faltaría el mayor horizonte de logros y caminos que se dio en pueblo alguno, en cumbre de sabidurías y sensibilidades.

La historia mundial del Arte también sería otra cosa tan sólo con que no hubieran existido dos pintores: Velázquez y Picasso, dos largos ríos creadores que abrieron y seguirán abriendo grandes deltas de belleza hasta el fin de

los siglos. La música popular, y la creada por artistas cultivados con raíces en lo popular, tiene en su personalidad inquebrantable el misterio de hacer sonora la esencia de la vida, en su principio y fin de alegrías y gozos. El hombre andaluz, sin distinción de clases sociales, es maestro en sublimar y humanizar las cosas divinas; se curtieron sus estirpes con históricas lecciones de tolerancia y generosidad... Son fecundas sus gentes, también es fecunda su tierra; la feracidad de sus vegas se prolonga en maravilla de campiñas, y hasta en sus desiertos surge la matriz redentora del oasis ante la más leve caricia del agua.

Y sin embargo persisten miserables medievalismos, situaciones feudales, abandonos, atroces desentendimientos... ¿cómo es posible en una tierra con una fuerza espiritual tan grande?

Hay hijos suyos que aún conservan la huella de bofetadas y desprecio de siglos. Hay hijos suyos que tienen que abandonarla... Por los versos de muchos de mis libros transitan andaluces con su equipaje de sufrimientos; rebeldes, melancólicos, maldicientes, resignados...

Mil novecientos setenta y siete fue un año decisivo en la autorreflexión andaluza; entre los entusiasmos de ese año nació este dolorido y esperanzado poema. Desde entonces ha habido algunos logros y muchos retrocesos en la marcha entusiasmada que se inició en buscar de la verdadera identidad andaluza, dentro del hermoso concierto de las Españas, y de la definitiva redención de sus gentes. ¿Estarán por nacer los líderes de una definitiva revolución de amor?

RETORNO UNA BANDERA HASTA MI PECHO

¿Quién pensó en la charanga o en la orgía
a caballo? ¿Quién puso
gesto de desconfianza? ¿Qué cantares
le han vendido la risa? ¿Por qué sufre
milenarios de tenazas en la carne?
¡Miradla bien...! Profunda
como un pozo de sangre pensativa,
con seriedad de encinas en la cumbre.
Múltiples, largas sus raíces, tensas
en la sensible savia de los mundos.
Poniendo su hermosura como un ascua

prodigiosa entre harapos, desvalida
mas siempre alzada en llanto, congregando
un gran concilio de hoces y guitarras.
Nunca posible corazón en serie,
nunca risa amañada para ferias,
nunca suspiro de ópera. Ninguna
de sus estampas falsas barajéis,
puede quemaros su candente sangre
como un puñal forjado en duros yunques,
resuelto en grito de belleza, dando
ritmo de corazón a la garganta.
A veces de rodillas en el polvo,
áspera piel vendada por la vela.
Abierta al sol, a veces crucif ca
su intimidad de sábanas y espumas.
Herida, ungido por tenaces óleos
su desgarrado mineral entraña.
Pensativa entre torres, surtidores
limitando la vida de la historia.
Jazmines musicales imposibles
cuando se rompe en danzas, desvelada
a un naufragio tremendo de guitarras.
A veces repartida mansedumbre
ovillando milenios de esperanza.
Bandera en hermandad, abiertos pliegues
en el aire común de las Españas.
Verde, rebelde esparto desprendido.
Blanco mantel de duda y pan escaso.
Verde furia mordida por los toros.
Blanca fuga sonora de caballos.
Verde esperanza en rojos de impaciencia.
Blanco plumón de arcángeles guardianes.
Verde mar con vestido de pradera.
Blanca virgen desnuda en las salinas.
Verde trigo promesa en la campiña.
Blanco capote eterno de las cumbres.
Verde f esta de pámpanos antiguos.
Blanco encalar tenazmente la lliga.
Ni pólvora, ni sangre entre sus pliegues.

Te llevo, Andalucía, aquí, saeta, lengua de rambla, súplica de aljibe,
geografía por mi pecho, disimulo de geranios, te llevo como a una sed
quebrando mi garganta para el salmo y la queja decisiva,
cuarzos sonoros aspirando a estrella.

Hombres de luna rota, andaluces
huyendo hacia la bruma, guitarra sin su viento,
desgarrada la alforja, con postales con un río y una torre
para soñar. No puedo
borrar de mis pupilas la herramienta abandonada sobre el surco, el
corro
de hombres serios que esperan -mercenarios sudores- al eterno
carasol de las plazas.

Quiero arañar la cal que disimula la llaga en las fachadas.
Alzo a un niño en mis brazos y me espanta
el manso resplandor de sus pupilas.

Mujeres de penumbra distribuyen sudarios y velones
en resignada ofrenda.

Mercaderes intentan traficar con la pena.

Álzate tierra fusta, arde, así xia tu oficio de suspiro,
reparte tu epidermis y tu entraña;
truene tu voz andenes y fronteras y organice el retorno;
bruñe tu antigua plata de centauros;
despliega velas heredadas mediterráneamente en la alegría.
Nadie pase a caballo con su látigo midiendo los linderos,
nadie cruce sus brazos, nadie intente
bailar contigo a cambio de monedas,
nadie fotografíe esa gracia desgracia de tu harapo.

Álzate tierra pueblo savia sabiduría,
revolucionera tu universo de raíces,
recupere tu frente su costumbre de estrella,
tu mano endurecida en remos, bridas, ástiles, sepa alzar la bandera, tan
sólo verde y blanca, sepa alzar la bandera.

Álzate tierra espuela; duro cristal de acero, estrella pobre enardecida,
tenso
y fustigado corazón de arcilla.

Desde la mina grita, que el lamento perfore y salga a los barbechos,
grita
súplicas de besana, desde el mástil

más alto de tus naves grita, ponte a gritar sin tregua, como sabes, enjorando al dolor, como tú sabes.

Vendrá tu aurora al fin, quiero creerlo, necesito creerlo, estoy dispuesto

a la hermosa batalla aunque termine por ti,

muñón tan sólo de tu estirpe,

desvalida de siglos, tierra mía.

EL HOMBRE

LA PUBLICACIÓN DEL POEMA QUE A CONTINUACIÓN TRANSCRIBO TIENE SU HISTORIA; me refiero a su primera publicación en revistas, ya que después formó parte del texto de mi primer libro.

Hasta 1955 yo había publicado en contadas ocasiones y sólo en periódicos o revistas de ámbito provincial. En ese año empecé a publicar en revistas de ámbito nacional, y en las americanas. El primer poema que envié fue éste, a *Caracola* de Málaga, publicación muy afianzada dentro del panorama poético de aquellos años, con más de treinta números publicados por esas fechas. La historia de este poema puede ser un resumen del suceder de decepciones y alegrías en mi vida de poeta. Primero recibí una contestación:

«Muy Sr. mío: Contesto a su atenta... De momento pasamos su poema a la carpeta de originales, en espera de que se publique la separata de «noveles» para, si la limitación de espacio a que en ella hemos de sujetamos permite su inclusión...

Su ffmo.s.s. q.e.s.m.

Firmado: José Luis Estrada”.

¡Gran decepción la mía...! Estaba claro que al no tratarse de un nombre conocido, no se molestaban en leer el poema que iba a parar directamente al cesto de los papeles. Pero recibí otra carta, con fecha del día siguiente, firmada también por el director:

«Poeta y amigo: ...Al regresar de Madrid y despachar la correspondencia pendiente me encuentro para la firma la carta que he anulado..., para que vea Vd. los términos de cumplimiento formulario con que mi secretaria replicaba a la carta que ella consideraba una más de las muchas que recibimos cada semana, de espontáneos... Me dio curiosidad y leí su poema «El tonto» y el que se quedó tonto fui yo porque de la primera palabra hasta la última comprobé que se trataba de todo un señor poeta... Le agradecemos nos diga quién es Vd. Y qué es lo que ha hecho hasta ahora, así como que nos remita

*más colaboraciones... Contento y agradecido por la atención que presta a nuestra revista, le brinda su mano y se ofrece suyo aff. amigo
José Luis Estrada”.*

Con la frialdad de un día y el generoso cambio de conducta del día siguiente, el director de *Caracola* me estaba dando la alternativa para, confiado, actuar en las mejores plazas.

He aquí el poema:

EL TONTO

Apareces huidizo en las esquinas,
acosado por perros y chiquillos.
A veces dices cosas jubilosas
y a veces cosas serias y profundas
que hacen pensar, y nadie te comprende.
Tus palabras como hojas arrastradas
por viento abstracto, de árboles distintos.
Tu carne tan propicia a la pedrada
y a la espontánea risa de los simples.
¡Qué candil apagado quedaría
por la divina mano encendedora!
A veces quedas rígido en la calle,
cruzado de cadenas inconcretas;
yo me acerco buceando tus pupilas,
dos mares incoloros, diminutos.
Dices ser capitán... y campanero,
tener llenos de estrellas los bolsillos,
merendar rosas cuando estás alegre.
Acaso seas poeta naufragado...,
mutilado mensaje en balbuceo.
Yo sé que hay mucha luz ya preparada
en espera de tu última pirueta.
Entonces te verán» más seriamente...,
siempre tendrás cuatro hombres en espera,
con los hombros capaces a tu peso.
Los perros y los niños, asustados,
no acosarán tu risa de hombre tonto.

Después serás posible campanero,
acaso capitán de angelería,
profesional en rosas celestiales
o encendedor de estrellas en la noche.

Pero aparte de la anécdota que cuento y que, es indudable, tuvo su importancia en esa hora de empezar a confiar en mi labor, la verdadera importancia de este poemilla, para mí, fue la de abordar por primera vez el tema del «del ser marginado» que de forma inevitable irá repitiéndose en todos mis libros, como un dolor de cada día, llegando a ser posiblemente el tema principal de mi poesía. Es el dolor, el amor por los seres fallidos, explotados, doloridos..., para los cuales, en rebelión contra el destino o la injusticia, instalo en mis poemas paraísos compensadores. Como en aquellos versos del niño mudo que murió en otoño, también de mi primer libro -ya con mucho sufrimiento de flores heladas en primavera-, como el primer poema a una prostituta, también en ese libro, repitiéndose en *La calle*, y pasando a ser tema único en *Desventurada vida y muerte de María Sánchez*.

¿Acaso niña ya te acorralaban,
María Sánchez? Tú también tenías
fallos de luz inciertos y terribles.
No hay un ojo de Dios nocturno y fero...
No podré tirar piedras a tu vida,
ni quiero, María Sánchez. No podría
olvidar un rumor de nana rota,
de niña con fracaso de las trenzas
mancilladas al borde de los henos.
No traigo la moneda preparada.
No hay mordazas de alcohol. Mira un momento,
soy un hombre que canta cuando llora
y que sueña un combate interminable,
ser puñal y vendaje para el mundo.
Espera, María Sánchez, abandona
el baile, los mercados, la subasta.
Voy a morir un poco en cada esquina
mientras quemó mis labios con tu nombre.
Sólo mujer cumplida en la tristeza.

Cuando, recién publicado, leía ese libro por pueblos y ciudades, siempre aparecía alguien que me preguntaba, en intimidades o coloquios: -¿Quién es María Sánchez? Yo contestaba a esa pregunta algo decepcionado, temiendo que el oidor hubiese quedado solamente enredado en las marañas de la anécdota, sin penetrar en los túneles del mensaje: -María Sánchez es un símbolo; le he puesto un nombre propio al dolor del mundo.

La tremenda manifestación de desamor que supone la prostitución, en todos sus aspectos, me impresionó siempre, desde que mis ojos de niño se abrieron a las desgracias que se dan en la vida; perplejo y dolorido nunca pude entender que pudiera darse una relación de las intimidades del ser humano con el dinero, con el poder... Ante el espectáculo del mundo he renegado a veces de sentirme hombre, llorando impotente al borde de las ciénagas, no he podido escaparme por veredas de insolidaridad y desentendimiento; me he derramado en versos como lágrimas, también como látigos. He gritado contra los que rondan en pérfido acecho por las riberas de la soledad, del hambre, del desamparo... La prostitución que, de alguna manera en su pluralidad de facetas, siempre está ligada a la violencia, a veces impuesta por el capricho glacial del poderoso, a veces aceptada como costumbre en innobles deformaciones:

Otro dolor, otra prostitución acaso, en lo que tiene de coacción de voluntades por razones de necesidad, aunque menos drástica que otras prostituciones, es la emigración; vivida tan de cerca en mis ambientes y, quizá por esto, el tema más repetido en mis libros, del primero al último.

El desarraigo de afectos fundamentales, el cataclismo de una siega de raíces dejando una imborrable cicatriz en finas sensibilidades, la ruptura cruel del cordón umbilical que une a la tierra madre...

En mis versos hay hombres que sonrían, hay una legión de seres que aman, que despliegan su vida como una bandera pero son multitud los que remolcan su dolor profundo, acaso porque cuando se está en posesión de la alegría no es necesario ponerse a escribir, desangrarse en versos, basta con sentarse a contemplar el horizonte, a traducir la primavera alzada sobre un vuelo de pájaros, pero cuando el dolor acecha y hace presa en nuestros interiores es necesario sumergirse en el gozoso sufrimiento de la poesía.

Entre las páginas de *Bloque quinto* grita palabras aldeanas un hombre que enloqueció -o recuperó su razón perdida- en un clima de asfixia. Reconocedlo, es ese hombre en ocasiones, que arrastraron los hijos hasta un piso de

la ciudad, que perdió sus árboles de siempre, los imprescindibles horizontes de besana que nutrían su vida.

EL LOCO

Recitaba palabras
en la parada del autobús:
sarmientos, oropéndola, almiarés, cantarera.
La gente sonreía
desconcertada.
Él iba instalando
sus praderas abstractas, lentamente.
Con timidez llenaba la hora punta
de sonidos audaces,
-calandria, encina, recental, barbecho
que alicortaba ritmos a la prisa.
Gritaba a veces:
Ángelus, besana, manijero, jornal...
y la garganta
del Bloque iba engullendo letanías
perdidas en un tiempo de rayuela.
El portero reía como un niño.
Se manifestó a veces
hombro con hombro, el grito enarbolado
diciendo *erial, aurora, hoz, sequía,*
poniendo un sudor viejo en los jardines.
Un guardia le detuvo
por pronunciar palabras subversivas.
Yo lo he espiado en la noche
-relente, temporales, sol, artesa
cuando fruncen su ceño las farolas
-almírez, serenata, mies madura
como un borracho triste y formidable
-plantel, vereda, crines y vellones
que cuenta su cordura a las estrellas.
Recitaba palabras
como si respirara por un cráter,
por la herida de un ángel guerrillero,

por un labio de azahar, por una llaga.
Un cortejo sonoro
le seguía a todas partes, con rumores
de rama desvelada,
de brazos segadores y de pájaros.
Cuando murió, como un viento invitado,
de puntillas quizá, como un aroma,
tuvo tierra llovida.

CRISTO

MIS PRIMEROS SONETOS FUERON DE TEMA RELIGIOSO, EN SU MAYORÍA. Siempre estuve de acuerdo con la definición que hace fray Luis de León de la poesía, considerando a ésta «comunicación del aliento divino». Siempre he sentido que no podía ser de otra manera.

Antes acaso nube, acaso nada
y Tú sobre la nada me veías
y me diste una arcilla de agonías
f otando entre la seda y la cornada.
Antes acaso nube, acaso nada
y tú -Violín en f or- me presentías,
y fue sólo un acorde de armonías
que me encendió de pronto la mirada.
y me has querido remolcando lunas,
con el latido atento al aguacero
y ennoviado al latido de las cosas.
Tengo el perf l de llanto en que me acunas;
en este caracol de mensajero
sé musicalizar todas las rosas.

Desde los principios de la historia de mis sentimientos religiosos, según mis recuerdos, obedecen éstos más a un impulso y a una necesidad natural que a un simple contagio del medio ambiente. La tendencia natural del hombre, en su estado primario, en toda época y circunstancia de la historia humana, de admitir y necesitar la idea de Dios, en mí iba creciendo, siendo materia nutricia de mi poesía. También tenía, claro está, la ternura de alientos maternos avivando mis espirituales balbuceos.

Desde el principio, de pronto, inesperadamente, asomaba Dios por cualquier esquina del poema.

La Fe es algo sobrenatural y, por lo tanto, inexplicable, fuera de una dialéctica, pero quien tiene la suerte de conservarla, o encontrarla después de un desierto de negaciones, de un arrenal de dudas, sabe muy bien que es

afortunado poseedor de un pasaporte de felicidad. Cuando se conserva, sin haber hecho mella un panorama de inquisiciones y cruzadas antievangélicas, emprendidas en nombre del Evangelio, abierto en los mismos campos de los que se creen en el privilegio de ser depositarios de una Fe heredada, cuando se conserva -aún sin merecerla- después de protagonizar ingratitudes y caídas; cuando se conserva, permaneciendo invulnerable a los ataques de la indiferencia o el odio, aunque éstos nazcan de los débiles argumentos de la razón -porque ya de por sí la razón es débil y de limitados radios de conocimiento-; tiene uno que estar agradecido y asombrado, reafirmandose en que existen asistencias celestes. Claro está que para pervivir en la Fe, más que en un estado de merecimiento, hay que estar en un estado de humildad; nada más en contra de las soberbias intelectuales...

Sólo concibo la Fe con un margen ilimitado de tolerancias frente al comportamiento pensante de los demás; sólo concibo la Fe unida al sagrado derecho a las libertades individuales, sin las corazas y cadenas que significan cualquier dogmatismo. A veces estoy cerca de Unamuno, en agonías y luchas; a veces en el umbral de algunos santos, en deseo de entrega y en seguridades; casi siempre en lucha y fracaso porque mi vida no marcha fiel a los dictados del corazón movido por la Fe. Pero...

No estamos en tiempos de auténticos poetas religiosos, de un intento de diálogo con Dios en altas cimas, como se dio de forma irrepitible en San Juan de la Cruz, cumbre sobrenatural de la belleza; o de un diálogo con Dios a través de sus seres más humildes, como también se dio de forma irrepitible en San Francisco de Asís, cumbre sobrenatural de la ternura. A los poetas cristianos de hoy se nos ha enzarzado la voz con el dolor del hombre, estamos más distanciados del salmo, más próximos a la parábola de desvalimientos. Y esto lo vemos en todas las latitudes líricas del aliento cristiano -las latitudes épicas, quizá- y de forma sobresaliente en los grandes poetas de la llamada «teología de la liberación». Pedro Casaldáliga, un obispo poeta, lo dice:

*«Si ofrezco el Pan y el Vino en mis altares
sobre un mantel de manos populares...
Sabed: del Pueblo vengo, al Reino voy».*

Y en esta trayectoria del Pueblo al Reino, estos poetas están haciendo poesía de entrega y testimonio con la vida misma.

Esto... ¿por qué? ¿Por qué el cambio de actitudes místicas hacia actitudes combativas, en rebeldías y en esperanzas?. Acaso sea porque el mundo va siendo viejo y el desamor persiste, y vemos fracasar todos los remedios que van surgiendo al margen del Evangelio, y Cristo ha decidido regresar a la tierra, habitando la voz de los poetas.

El mensaje de Jesús ha sido, a través de los tiempos, mutilado, manipulado vilmente por gentes disfrazadas de discípulos suyos, y a pesar de todo ahí sigue estable la verdad de su palabra, ahí sigue el mensaje vivo de la revolución más decisiva en la historia del hombre, y seguirá hasta el fin de los tiempos, según promesa suya.

Cristo no está ausente, Él nos enseñó que siempre camina a nuestro lado cuando cualquier ser humano camina a nuestro lado, pero a veces lo necesitamos de forma especial, quisiéramos oír su voz de seda y látigo sobre nuestras soledades y sufrimientos, reposar su mirada sobre nuestros gozos, reducir las largas dimensiones de la esperanza a las cercanas posibilidades de la espera.

ESPERA

Buscando una espina perdida,
un jirón de nube ganada,
asistiendo a la desolación de la carne,
abriendo túneles hacia el beso decisivo,
detrás del golpe, del disparo, del dardo sin fin,
en la ladera mansa o en la cumbre
conseguida en un sudor de escalas,
asistiendo a un inevitable despertar de reptiles,
consultando un calendario de siemprevivas,
izando banderas
para arriadas en el secreto anochecer del pánico,
poniendo la otra mejilla,
soñando que la rambla despierta en río,
fortificando la caricia,
ocultando la piel escoriada en el desamor;
apenas sombra de arbusto adolescente
sobre la tierra herida,
esperando el turno de las interrogaciones tachadas;

apenas sangre que se deslía en canales
 ensayando la espuma,
 en los entrenamientos de la impotencia;
 apenas cauce rompiendo sus costados
 en espera de af uentes;
 aquí, ahora, siempre, repetidos, iguales, distintos,
 consultando el reloj nerviosamente
 en los nocturnos de la espera,
 alzando los conseguidos ramos de esperanza...
 Cristo, quédate con nosotros, anochece,
 hagamos una cabaña junto al yermo,
 cerca de la cima, es suf ciento...
 Sala de espera
 con paredes de horizonte,
 techumbre de alas ahuyentando al trueno.
 Aquí, ahora; siempre, repetidos, iguales, distintos
 en esta estancia en donde es posible el suspiro y el grito, la blasfemia y
 el salmo.

Y Cristo está y pasa como un manso río infinito que sólo se torna borrasca azotadora ante los desamores, y seguimos confundiéndolo con un rey de barro, rodeado de prebendas y cetros de oro, como lo quisieron algunos de los hombres que vivieron junto a su respirar de Hombre, como lo quieren muchos de los que se dicen discípulos suyos: cima de poder y corona. Y esto en el caso de no haberle sustituido por alguno de los infinitos becerros de oro que se alzan por el mundo. El Reino de Cristo, según se deduce de los Evangelios, es de este mundo, ha de empezar en este mundo, aunque sus cimas estén en otro mundo forjado por su Palabra y nuestras esperanzas. No podemos andar distraídos en celestiales adivinanzas, hay que construir su Reino en este mundo, y no puede ser otro que el del amor sin límites entre todos los hombres. Mientras se fabrique un fusil, se compre un beso, olvidemos a un niño sobre la escarcha, volvamos la espalda a un hombre en el llanto, no aceptemos la tremenda hermosura de amar a nuestros enemigos..., su Reino estará por construir.

Y sólo podrán construirlo los humildes, los inocentes, los que andan descalzos, los que abandonan costosos equipajes, los que poseen el salmo y la parábola, los niños que entornan la primavera de sus ojos al encontrar los

resplandores crueles de la vida, las madres curtidas en la nana y el sollozo, los poetas resueltos en hoguera...

Yo quisiera ocupar un puesto en esas filas, ser una voz perdida en un bosque de voces, unir sudor y lágrimas, no admitir treguas, hacer la jornada infinita, darle prestigio de eternidad al desvelo... Es irrenunciable la esperanza.

EL REINO

Quitemos las colgaduras con f ecos,
las túnicas bordadas en oro,
clausuremos el yunque de los orfebres,
ahuyentemos a los teólogos innecesarios,
quememos la romanas consignas heredadas
para mantener dignamente la rapiña;
hagamos con los brazos un círculo inf nito
en donde quepan multitudes;
no pensemos en la diestra del Padre,
en el posible huequecito a la diestra del Padre.
Que vengan los pícaros, los tullidos,
las prostitutas, los hombres solos,
los que portan su equipaje de venablos,
los niños adiestrados en el sollozo,
las mujeres esperando en riberas
al sur del desamparo...
Juntémonos en una llanura sin posible camuf aje,
no aseguremos a cada cual lo suyo,
demos á cada cual lo arrebatado;
no dispongamos el vendaje,
ni la campaña benéf ca,
ni la mano enjoyada de anónimo donante.
Aquí, en la justicia del amor,
todos juntos, aproximando latitudes,
rozando la zamarra, la túnica india, el chaquet planchado,
haciendo corro a una inf nita hoguera de fusiles,
buscando impacientes la posible llaga olvidada,
la desgajada voz trezada en grito;
dentro de una aurora buscada en la noche

por la piqueta de hombres ciegos...
Aquí, la voz de un niño,
como una brisa recorrida de pronto
dirá: «Venga tu Reino»,
y llegará tu Reino.

¿He llegado a hacer una poesía propiamente religiosa? Creo que no.
¿Escribo poesía religiosa...? Acaso sólo sea que tengo la suerte de que Dios
se asome a veces por la esquina más humilde de mis versos.

LA MUERTE

EL MÁS TREMENDO DESCUBRIMIENTO PARA UN NIÑO ES EL DE LA MUERTE. Recuerdo las circunstancias que rodearon este descubrimiento dentro de mi niñez. Un viento extraño por las esquinas del pueblo, la perfecta seriedad de las campanas, letanía de plañideras, los cirios apagados y vueltos a encender tenazmente, los rezadores oficiales, las capas negras en revuelo...

Los niños empujados hasta el ataúd: -¡Que pasen los niños! Es bueno que lo vean los niños. ¡Pasad a los niños que lo besen!

O un brazo que retira...:

“Siempre somos los niños sorprendidos que apartaron de un hombre increíblemente inmóvil...”

¿Y aquellos niños muertos...? El descubrimiento de la muerte tomaba trágica intimidad cuando el muerto era otro niño, viéndolo pasar de los juegos al silencio absoluto, dejando un hueco de pájaros huidos a nuestro lado. Los niños de mi niñez siempre morían en verano. La caja blanca descubierta bajo la solanera, la palidez de cirio de un rostro amigo, como centro de aquel oleaje de niños silenciosos por las calles de tierra. Niñas con una rosa, cogidas a una cinta blanca atada al ataúd... Quedaron en mis primeros versos aquellas impresiones como el balbuceo de un gemido al llegar al descubrimiento del destino del hombre. Hay una visión de primeros entierros por la memoria.

TIERRA

Tenía cinco cipreses
y una vida enredada en los relojes;
también tenía un hijo
como un brinco de sangre f orecida.
y él era un hombre joven
de pupilas antiguas y cansadas,
Hoy tendrá tierra, y quizá aurora
para llegar a ser lo que no ha sido.

Llegó un ala siniestra e invisible
que arrastró a los chiquillos de la calle.
Después dos f las de hombres pensativos.
Las campanas hablaban seriamente.
La angustia del latín por las esquinas
soplaba caracolas de silencio.
Después tierra, y aurora
si es que Dios pone un sol entre sus manos.
Tierra para sus ojos.
Tierra para sus brazos.
Tierra para su frente.
Un abrazo de tierra en su cintura.
Su corazón de tierra para tierra.
Aquella tos que le anunciaba tierra...
Quizá había soñado en ser simiente
sin pensar que los hombres no se siembran,
que los hombres se siembran para nada
cuando su corazón ya no f orece.
Antes tenía los ojos en la tierra.
Lo buscaba la tierra,
se le subía a los brazos y a la frente.
y nunca había pensado
que él era tierra en tierra para tierra.
Vuelven los hombres, rápidos;
hablan y fuman..., mienten;
aligerados de ese peso enorme
de la tierra en sus frentes.
Atrás... tan sólo tierra.
Se devana la tarde en los cipreses.

José Espada, un poeta clandestino, incansable entrevistador de poetas andaluces; me preguntaba hace unos días: ¿Cómo tú, tan vitalista, hablas tanto en tus versos de la muerte?

Quedé sorprendido porque no me había dado perfecta cuenta de que el recuerdo de la muerte cruza sus crespones inevitables por todos mis libros.

-Seguramente por eso, porque cuanto más se ama a la vida, se siente más la muerte, le respondí.

Y empecé a repasar mis poemas, mis temas, y quedé sorprendido porque sin proponérmelo había ido dejando un reguero de llanto, o un solapado huir de pavores, o un descorder de cortinas de esperanza. Cruzándose en todos los temas.

En realidad, el primer encuentro con la muerte se da en la Naturaleza, el primer pájaro inmóvil en nuestras manos de niño campesino, desprendido de la crueldad de los cepos, el cuerpo sedoso aún caliente, con la oscura sensación de que agoniza el mundo entre los dedos. Quedaron bodegones, naturaleza muerta entre mis versos:

“La vida es un gran bando de perdices
remontadas por un tendón de pánico...
La muerte son manzanas y perdices
sobre una mesa...
Sentimos en la sangre un silencioso
y tenaz manotazo de ceniza”.

La lectura de muerte en una palma de mano abierta, el mineral sarmiento de unos dedos perdidos en la tierra, el espionaje de la vejez por la erosión de un bosque de manos amadas...

«No será nuestra sangre una inútil ceniza».

A veces almohada en los territorios del hombre, para un definitivo regreso de emigraciones y cansancios. A veces sin creer del todo en un dolor de ausencias.

«Alguien recuerda que besó unos labios
o que estrechó una mano poderosa.
No se puede tapar todo con mármol»

A veces desvalidos al comprobar nuestro efímero paso, frente a la muda permanencia de objetos cotidianos:

«El leñador se mira sudoroso
en la eternidad inútil de las hachas».
A veces inventando camuflaje de flores:

«No penséis en la muerte a la entrada de un túnel
o ante unas cerraduras oxidadas,
hay que pensar la muerte debajo de un cerezo,
que nos tiemble en las sienes polen de primavera».

Rondando el dormitorio de la enferma que busca inútiles contagios de vida mientras late la vida por las calles:

«La enferma besa siempre las postales
con hombres con la vida bien sujeta,
después limpia el cartón con el pañuelo.
Afuera está el caballo y las hormigas
con todo el sol colgado de los ojos...»

A veces reclamando al arcángel de las despedidas, intentando...

«...izar el salmo sobre la agitada
sangre de los caminos, sobre el último
traspies en que la carne se derrumba».

A veces con la esperanza en Cristo, en la seguridad de que encenderá luminarias infinitas en la umbría de la sangre:

«Oigo tu voz y creo en la resurrección de la rosa,
espero en el perdón de la tristeza; miro ajarse mis manos
y sé que tendrán siempre tu puñado de aurora».

A veces en un punto de incredulidad en el borrón definitivo, cuando sentimos a nuestro lado una explosión de vida, como en aquella elegía a Carmen Amaya:

«Yo creía en la muerte...
Cuando bailabas, no.»

Mueren entre mis versos amigos, poetas, familiares, soldados, hombres de anónimo perfil, mujeres fallidas en el amor, toda una legión de entraña-

bles seres. Los nombro con la palabra herida. Es el fin de la rambla que a veces soñó en río, que llegó con su sed hasta las puertas de la mar...

A veces huimos mundo adelante, con la sensación de haber abandonado para siempre nuestro viejo equipaje de crespones, liberados y audaces, en una marcha de júbilos..., pero la muerte nos aguarda en las esquinas de cualquier ciudad, en las viejas ciudades que agonizan en el abandono, por calles de soledad, en las casas que conocieron un suceder de vida y ahora dejan escapar por un roto postigo un visillo desgarrado o un fleco de inútiles cortinas, como bandera de desolación. Y esto puede ocurrirle a uno hasta en cualquier costado de la hermosura de Venecia, y en plena primavera.

SUEÑO MI MUERTE EN LOS CANALES

Amargo, en este instante con los ojos del revés intentando lo inalcanzable, en furiosa rebelión contra un fin de carbonatos... Imposible, es imposible sentimiento e idea en bengalas...

Aquí, en Venecia, en asedios de hermosura, cuando debía reír la entraña,
de puntillas la Muerte...

Pasa, Muerte, pasa
siéntate cómodamente en la mejor góndola,
dialoguemos, digamos necedades y sentencias profundas
como en cualquier conversación trascendente.
¿Hay cuervos en Venecia? ¿Puede un crespón bandera abanicar de luto la plaza de San Marcos?

Siéntate, Muerte, espera.

Será porque la piedra también muere, será porque pudrieron los siglos la raíz del roble y del aliso y el alerce, porque un funeral tiembla las armadías...

Espera, empujaré a las puertas carcomidas,
convocaré a legiones de muertos en un largo bucear de los canales,
pediré a las palomas que descansen su dulce primavera
en los lomos de los cuatro caballos, su arrullo penetrando siglos de sangre y rosas.

Espera, Muerte, espera,

me monto en una góndola con forma de ataúd,
 con un brillante color de atardecer,
 quiebro en mis brazos espejismos de vidrios de Murano,
 destrozo encajes sutilísimos de Burano,
 reniego de mi cuna de esparto y de salitre;
 se desgrana de pronto una mazorca por mi carne de niño y enmudecen
 mercaderes, la púrpura
 se oscurece en medusa batida por las olas del Adriático, siego
 las cuerdas de cinco mil violines,
 me derrumbo en el fondo de esta góndola, olvido
 veleros de Almería, regatas del Cantábrico, y escucho
 voces por la ventana de una casa desierta:

*-Roza tu carne por los múltiples pechos de las hembras, apura
 las copas y los cálices rebosantes,
 cruza como un arco iris ebrio por el paisaje,
 vas a ser sólo polvo para ser aventado por el soplido de un niño
 o servir de cimienta a una mata de avena.*

Golpea los remos como bofetadas al agua muerta. Otra ventana con
 harapos, emerge la voz:

*-Yo me fumo la Vida junta con marihuana, en mescolanza
 de verdades de humo. En un pórtico noble
 pudro mi ser, la luz cubro de estiércol.*

Sucia guedeja y pantalón vaquero. ¡No te disfraces, Muerte!
 Salta de otra ventana un esqueleto de gaviota, un pétalo mordido, un
 consumido corazón vegetal, un húmero de navegante del siglo XIII...
 Se sepultan en el canal y buscan un profundo barbecho
 que retorne la pluma, el perfume, el latido, el sudor de la lucha.
 La luz crece en un dintel, las mitras doradas se vislumbran (no recuerdan
 la cabeza desnuda de Cristo.) Sigo, paso
 levanto mi ironía de sombrero de paja,
 quiebro la mascarada con un golpe de remo,
 me detienen las voces:

*-Álzate, ten confianza, será tu carne herida un festival azul,
 retornarán tus pies para ensayar un paso en la nueva autopista
 de la estrella,
 podrás retornar la sonrisa igual que una moneda,
 el anónimo polvo enamorado será alcanzado por viento de
 otros siglos; se enjorarán las tibias,
 cada fémur será un remo entre nubes,*

*los peronés abriendo azules surcos de nuevo harán posible la semilla,
lloverás metacarpios sobre un firme horizonte de sol, de
sol purísimo
sin posibles ocasos...*

Organizo una danza en contra de la escoria,
lanzo al canal todos mis equipajes,
lanzo mi última voz a los balcones de los deshabitados palacios y me
yergo
vestido de una túnica prestada por un santo...
Despierto, sigo un sueño despierto, Sirenas de partida
han sonado, despierto en una vieja bruma de navegantes,
siento mi cuerpo convertido en una inmensa interrogación, puedo
negar todos los ríos, el agua quieta espera, y no es mal sitio de despedidas
aunque una revolución en la sangre penúltima se organiza
ante una multitud sucesiva, presente, de difuntos; me siento
como un jarrón policromado, roto,
la artesana labor desdibujada,
un hacha ciega sobre alfarerías.
¡Si os dejara mi aliento!
Muchachas de otras primaveras, procurarme los besos que me faltan.
Soplad en las cavernas de mis ojos, nuevos poetas.
Niños, buscad mis huesos por las playas.
Mujeres con las manos sobre el vientre, no leáis mi poema.
Buscan mis ojos, verdes, amarillos, azules olvidados,
lumbre de los colores, de paisajes y torsos.
Mis manos han cumplido peritaje de pechos, de pétalos, de espumas
En los oídos tengo una clara tormenta recorrida, que deja
su marejada densa de trinos y jadeos y suspiros y gritos y alertas y salmos
y blasfemias.
Retorno los olores a bosque y a mujer.
Mi lengua ya clausura una feria de especias...
Temblor turbio en tu pie, ciudad de las heridas
Sienes de oro, ciudad para una visión última.
Sin cuerpo ya, transido, navegando...

Y después de mi muerte... Después de mi muerte recomiendo a mis
amigos, presentes y futuros, que me recuerden bailando el «vals de las olas»

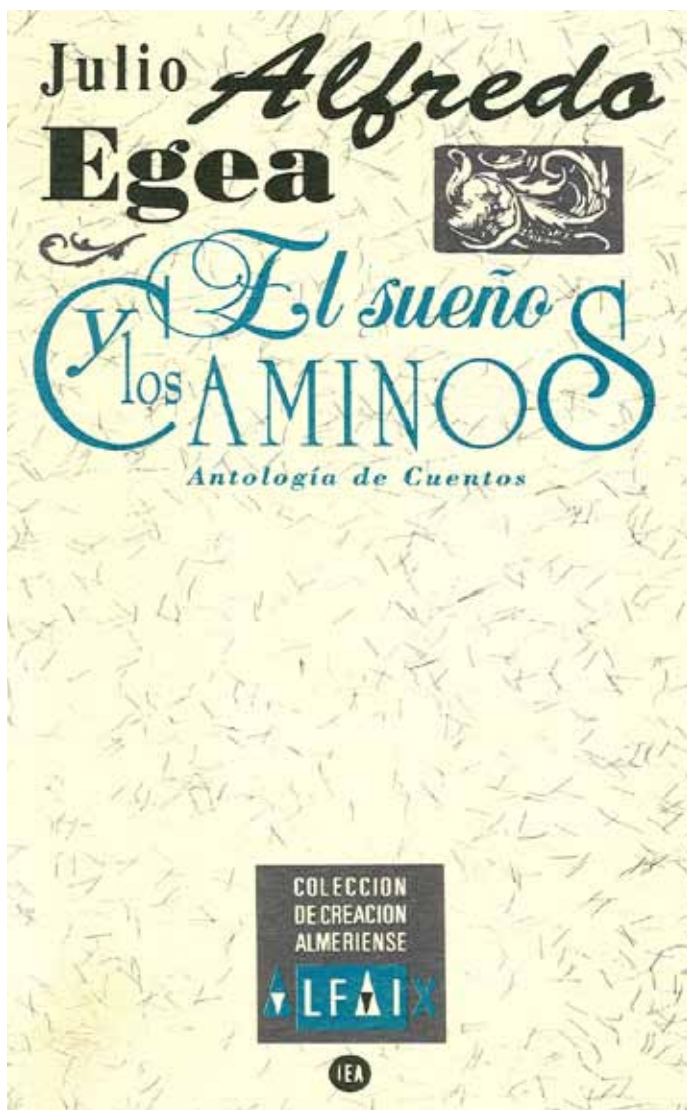
con la reina de las fiestas de cualquier pueblo perdido, con la más guapa del lugar, o si es vuestro deseo, que apartéis mis piruetas de circo o payasada, como se aparta de un cachiporrazo a un títere burlón, en un teatrillo de marionetas...

Sólo por mis versos me conoceréis.

Chirivel, 1988

EL SUEÑO Y LOS CAMINOS
ANTOLOGÍA DE CUENTOS

(1998)



El sueño y los caminos, Almería, Instituto de Estudios Almerienses (Diputación de Almería) y Revista Velezana (Ayuntamiento de Vélez Rubio) y Ayuntamiento de Chirivel, 1992. Prólogo de Juan José Ceba, ilustraciones de Julio Egea López y fotografía: Carlos Pérez Siquier.

PRÓLOGO

LA REALIDAD ROZADA POR UN ÁNGEL

JUAN JOSÉ CEBÁ

Estaba tan cercano, tan próximo, tan nuestro, que no lo conocíamos.

Cuando el fulgor del alma se vuelve cotidiano, habita, convive y se alberga entre nosotros, llega a hacerse familiar y querido -bien es cierto- pero, precisamos de ausencia y lejanía, sacar afuera las horas y los gozos compartidos, para empezar a vislumbrar la verdadera dimensión del hombre.

Esto nos pasa con Julio Alfredo Egea, quien viene repartiendo gozos desde hace tantos versos, cultivando sus transparencias, sus ramos y sus pájaros, con una devoción poco común de fino jardinero; viene con tanto júbilo y tanto gorjeo prodigioso, obsequiándonos (a cuantos nos acercamos a sus árboles eternos) con la constante atención de su presencia, su lozanía y su absoluta plenitud que, para conocerlo, con todo el vivo fondo de su arroyo incendiado, necesitamos -por una vez- la claridad que ofrecen la lejanía y la memoria.

Esa proximidad y ese espíritu abierto, esa costumbre de tenerlo entre nosotros y disfrutar de su palabra siempre en llamas, el corazón de par en par y sin reservas, su acogida fraterna (con deliciosos vinos interiores de cosecha accesible) nos muestran una noble cabeza “de estirpes campesinas», recortada sobre un oro incendiado de mieses veleznas: la fragante corporeidad de una poesía, repartida en anhelos y en abrazos, desde hace más de cuatro décadas.

No hay diferente manantial para estos cuentos, que se agrupan aquí por vez primera: tienen el mismo origen de sus versos, la misma fuente de misterios y asombros, el mismo amor que se reparte en sueños generosos y en temblor de esperanza.

Es una antología y un arco de narraciones por el tiempo, que muestra sus estratos: la diferente manera de concebir el cuento, la evolución de un narrador excepcional que reúne, desde los frutos más tempranas, tocados de bella y pura ingenuidad, con desbordamientos y arrebatos líricos (en ocasiones poemas intensos, como «Acorde roto»), hasta la contención lírica de la forma (aunque perviva, felizmente, un sentimiento poético de fondo en todo el libro) y, el nacimiento a

una más nueva luminosidad narrativa, enriquecida en los últimos relatos, con la madurez de una visión insólita y esperpéntica del mundo, donde se funden, con rara habilidad y maestría, la gracia de una poesía discreta, a veces no advertida, que sigue, sin embargo, fluyendo en oleajes como un mar interior, y la ironía y el sarcasmo, esa admirable y genial veta de humor (alimentada de ternuras) que tan sabia y acertadamente brilla en *El sueño y los caminos*.

Los lectores de las anteriores obras narrativas de Julio Alfredo Egea, *Plazas para el recuerdo* y *La rambla*, han disfrutado de esa intención satírica -cuidada y elegante-; de esa infrecuente manera de abordar la propia realidad en la literatura hispana: desnudando al personaje y mostrando sus historias, distorsionadas, por un leve juego de espejos, que abandonaron en montañas de polvo los irrepetibles Miguel de Cervantes (siempre en la más alta cumbre), Ramón María del Valle Inclán y Gómez de la Serna, y tuvo la fortuna de recuperar, con amoroso gesto, con blancura de espíritu, el contador de cuentos velezano, que nos reúne en círculo de historias prodigiosas, en su constante ir y venir, pájaro Chirivel, viajero por países sorprendidos, siempre maravillado, siempre maravillándonos.

De cada vuelo y de cada aventura, nos trae el misterio y la gracia de sus cuentos, sucesos, maravillas increíbles, encendidas narraciones orales, que van tomando cuerpo mientras deleita a sus amigos íntimos, y veremos después convertidas en bellísimas páginas de una prosa vivida.

LA REALIDAD Y EL VISLUMBRE DE UN ALA

Frente al cansancio y al agotamiento, ese continuo y tedioso estar de vuelta y por encima de la vida -de tantos narradores-, en estos Cuentos se estrena un mundo de prodigios.

Y es que el escritor guarda dentro una inmensa y fecunda capacidad de asombro, acrecentada en su continuo recorrido, entre la fascinación de lo imposible y lo disparatado -que produce el aljibe sin fondo de los sueños-, hasta las sendas en que lo real adquiere la pureza y la magia de lo súbito: esos hallazgos inesperados, esos portentos (gérmenes de leyendas, metáforas, imágenes, impactos expresivos) que parecen rebasar las orillas de la existencia cotidiana.

Su realidad tiene el encanto de lo insólito, de lo inesperado. Julio sabe expresar a cada situación vivida un jugo sustancioso, donde confluyen -como hemos indicado, lo intensamente lírico y el humor no forzado: esa gracia suya tan natural, tan fina y sabia, tan honda y leve. Es en su acontecer diario de donde extrae los más

geniales esperpentos: anécdotas e historias (inadvertidas para otros) que capta, y distorsiona ligeramente, con una sensibilidad, una delicadeza, una originalidad y una inteligencia poco común. Entre otras cosas, el poeta-narrador nos muestra cómo curarnos de egolatría (el extendido mal del siglo en que ocupamos las jornadas: en llenarnos de viento, por cada nimiedad que hacemos). Julio comienza por satirizar sus propias situaciones. Los demás, con que en su obra en verso, son tratados con viva generosidad y con ternura extrema. De ahí que la calidad (también la caridad) la belleza y la elegancia de su humor, sean tan extraños e infrecuentes.

Su realidad más íntima es deformada con matices suaves: cuanto narra en «Las calles» es auténtico, como la carta que enviara en su día, a un buen alcalde velezano, agradecido por el gesto entusiasta de ponerle su nombre de poeta entregado a una calle del pueblo:

«Deseo visitar a los vecinos, uno a uno, y leerles un par de poemas para intentar que queden enterados y conformes... Quiero intimar con ellos, saber los límites de amor que tienen, de salud, de alegría...

No quiero que en mi calle se instalen funerarias, ni of cinas de cobro de impuestos, o contribuciones, ni nada relacionado con posibles disgustos de los vecinos...»

Se trata, claro está, de una actitud vital.

Tan singulares, hermosas y divertidas ocurrencias, amén de una deslumbrante gama de sentimientos y de historias, altas de imaginación, asombros y misterios, vienen contadas con una prosa fluida y clara, cálida e intensa, vivaz y encantadora, capaz de subyugarnos y de borrar el tiempo.

Muchos son los cuentos resueltos con admirable maestría: «El ángel relojero» narra un episodio ocurrido en Chirivel, su pueblo de verdes enjogados. La gracia de su hilo concreto, recoge, al final, el toque fantástico de la luz del atardecer, en la que *“alguien creyó ver el vislumbre de un ala”*, el ángel que vino a darle vida al reloj de la torre de la iglesia. La realidad tocada apenas por la yema de un dedo luminoso, o el roce imperceptible y mágico del ala de un ángel, discretamente socarrón, que vuela sobre la Sierra de María.

Durante años, clamaron los vecinos velezanos contra la rapaz avioneta espantapalomas: origen de la sequía en la comarca, según se aseguraba. El contador de cuentos retoma el suceso -transformado en esperpento en los círculos imaginativos de plazas y cafés, donde el tedio alimenta las leyendas- y lo recrea en la versión apócrifa, de

un piloto que retorna a los trigos más hondos de la infancia. De nuevo, su madurez narrativa, logra dar con el final acertado e insólito. No es fácil resolver o desovillar una historia. Julio lo hace con habilidad y maestría. En este libro descubriremos abundantes pruebas de ello. El poeta se nos revela como experto y lúcido desovillador.

Vivimos juntos, con Julio y nuestro fraternal y generoso poeta Domingo Nicolás, uno de los grandes impactos sureales, entre lo grotesco y lo fantástico: en una mañana de Carnaval, contemplamos a un grupo de enfermos mentales, disfrazados de la más ingeniosa, primitiva, elemental y disparatada manera que vieran los siglos, desfilando ante nuestras miradas atónitas e incrédulas. La fuerza de aquellas imágenes -ya imborrables para nosotros- son el germen del excelente cuento, titulado «Carnaval», donde el narrador disfraza a un círculo de locos y excéntricos célebres y conocidos y, deja fluir, divertidísimo, el desmadre de su imaginación.

Es, sin duda, el relato más cinematográfico. Aunque bien seguido de cerca por «El cardenal acatarrado», ese monseñor Tamborini (de nombre tan sonoro) que va regresando a la humildad absoluta de los orígenes de la Iglesia de Cristo; que vuelve a sentirse hombre a la altura de los hombres, desprendido del lujo y de la ostentación, de todo ropaje vano, tierra él mismo, acallando levísimas tentaciones. Es un bellissimo cuento (de una genialidad única e increíble; con esplendor de imágenes y pájaros, como el vistoso cardenal, de plumaje inflamado); que contrasta el poder y la fastuosidad de la Iglesia, con el mensaje de pobreza originaria. Para dar con su clave, merece la pena entresacar algunos párrafos:

«A veces se había soñado vestido con el sayal de Pedro, repartiendo el pan y la palabra en humildad de túnicas, en fecundo cubil de catacumbas. Tenía Monseñor un gusto por la desnudez, por los atuendos leves, por las voces del pueblo despiertas sobre palabras muertas, por los gestos desaliñados de vecindad de barrio, para pensar un amanecer sobre besanas más allá de los campanarios...»

Sería delicioso poder detenernos a disfrutar de la carga simbólica de lo rural, en la obra en verso y prosa de nuestro escritor. El alto sentido que el ámbito campesino goza en su consideración, queda bien patente en este cuento. En la tierra está la autenticidad, la desnudez y la plenitud.

En el más deslumbrante sueño, por la Basílica de San Pedro, a Monseñor Tamborini -que retorna a sus hondas raíces- se le aparece su abuelo Enrico (un hombre-pueblo que recuerda en todo al abuelo Juan del poeta: «*eras de tierra, abuelo, de tierra ennoblecida*», quien le propina un oportuno e inesperado manotazo, derribando su

mitra, y sustituyéndola, en un ritual de coronación vaticana, por una boina de estirpes campesinas: nunca una prenda tan humilde, alcanzó tan elevado y denso valor simbólico... como un clamor de seres retornando a orígenes de pureza elemental.

TRES VARIACIONES SOBRE UN TEMA OBSESIVO

Resulta muy interesante la coincidencia de tres creaciones bien diferentes, que presentan variaciones sobre un mismo tema: la obsesión del artista que se desazona ante la imposibilidad de la fuerza creativa y el golpe de sentimiento, hondo y conmovedor, capaz de hacer surgir la obra irrepetible.

Es, pues, que encontramos en el «Adiós sin retorno», con el que se abre el libro, a un pianista en busca de esa gracia de la creación, perseguida inútilmente y alcanzada, al fin, (en una atmósfera de emotividad, ingenuidad y romanticismo) por el fuerte impacto causado ante la ausencia de la amada.

Muy próximo pero, con verdaderos hallazgos esperpénticos, resulta el cuento titulado «Casimiro el Tuerto» en el que nos narra los encuentros y desencuentros entre Rafaela -una gitana con «*cierta belleza de cicatriz vencida*» - y Casimiro, entregado a su pasión hasta el extremo. Enajenado por el sufrimiento, a causa del abandono y el desamor de la muchacha, el hombre baja en la madrugada, al más oscuro pozo del cante, con un increíble y desgarrador grito; una agonía aterradoramente que recorre el arco que va desde la vida hasta la muerte. De la espléndida aportación de esperpentos -donde se funden lo grotesco y lo trágico- destaca el inquieto y viajero ojo de cristal que, en «*largas tempestades alcohólicas*», abandona una y otra vez su cavidad:

«siempre lo encontraba, siempre coincidía su mirada con la mirada muerta del ojo perdido, retornándolo a su cuenca vacía».

En «La melodía de Johnny Loeve» se aborda también la lucha contra la impotencia creativa: un músico -desangelado que interpreta sin alma y sin inspiración, después de atravesar por hondonadas de vacío y desesperanza, recibe una fuerte sacudida de emoción, de verdad de alma, de iluminación súbita, de volcán interior, que le arrastra a crear una intensa y cautivadora música de saxo.

EN EL JARDÍN DE LA NOSTALGIA

En «El hombre de Grizing» se impone la fuerza de un sentimiento: la nostalgia de Samuel Toledano, judío sefardita, que llora -mansamente- en una taberna de Viena, «*como eslabón desprendido en remotos cataclismos históricos de la larga cadena de la estirpe*»; o canta estremecido «*un romance con voces perdidas de castellano viejo, dolorido el sentir*». El encuentro, siempre intenso, anudador de tiempos y culturas, con los sefardíes, ha dejado hondamente signado a Julio Alfredo quien, en un diálogo anterior con diversos pueblos y civilizaciones, en su libro de poemas *Los regresos*, «*tropieza de pronto con su sangre*», con la llama interior de sus hermanos españoles, aquellos judíos que no pudieron tornar a Sefarad.

Y otra manera de nostalgia, memoria íntima e ingenua de una adolescencia que amanecía en el amor, la encontraréis en dos cuentos complementarios: «El beso» y «Adolescentes». En éste, con retazos biográficos y anécdotas vividas -propias y ajenas- el narrador consigue recrear los episodios a veces inconfesables de esa primera lozanía, llena de timidez e indecisión, de turbadoras situaciones de ridículo y desconcierto, mas todo rebosante de ternura, de candor, de una ilusión, una transparencia y una inocencia absolutas. Fue aquel un tiempo puro, como un jardín o un arrayán para emboscarnos «*y vivir en el alma la contemplación litúrgica del amor callado*».

Hay a lo largo del libro un vínculo estrecho e intenso entre los seres y la creación: el mar, el campo y la Naturaleza toda, participan de las sensaciones y sentimientos de los personajes.

Abunda en estos cuentos la hermosura de corazón, una cosecha de vida generosamente recogida, con distintos lenguajes, estéticas y sentidos de la belleza diferentes, según las épocas.

Son narraciones que, por su brevedad, fluidez, interés y amenidad, con guiños y complicidades constantes con el lector, invitan no sólo al hechizo de una primera lectura apasionada, sino a una relectura con nuevos y más sabrosos descubrimientos.

El sueño y los caminos -publicado gracias a la feliz iniciativa de la *Revista Velezana*, al entusiasmo del Instituto de Estudios Almerienses y Ayuntamiento de Chirivel, conocedores de la excepcional personalidad literaria y humana del escritor-, nos descubre la cara oculta y prodigiosa de su obra.

El contador de cuentos velezano nos congrega alrededor de su alta hoguera, y comienza a narrar la viva maravilla, los hechizos de sufragante realidad, tocada por el fulgor del ángel de la nieve y los trigos.

NOTAS

1. En los cinco primeros cuentos predomina un lirismo de forma y de espíritu. En «Rosas sobre el vientre» gana importancia el hilo narrativo. Hay ya un equilibrio pleno entre encanto poético y narración (que continuará en todos los cuentos) en «Cuatro ángeles para Anny Barthou», un magnífico relato sobre la Almería del cine, que sirve al autor para aventurarse en las arenas de lo ficticio y artificioso, que cercan la vida de una actriz. Como contrapunto, una serie de símbolos del paisaje almeriense -ennoblecido- y del calor humano de sus gentes humildes, intervienen para poner vías a la esperanza en una posible existencia, elemental y pura.

2. Este libro no sólo nos permite admirar la personalísima obra narrativa de Julio Alfredo Egea, desconocida hasta ahora, sino que, por su peculiar selección antológica, se nos da la oportunidad (como hemos indicado) de ahondar en la evolución de su concepción del cuento literario, a lo largo del tiempo. Asimismo, al lector curioso e inquieto, buen conocedor de su poesía, no ha de pasarle por alto la posibilidad de desentrañar, en estas páginas, el germen de abundantes imágenes, matices y expresiones originales de sus poemas, así como las Imbricaciones evidentes entre verso y prosa.

En una ligera aproximación, encontramos la raíz de una imagen inquietante, aparecida en el poema «Sueño mi muerte en los canales», paseo onírico por Venecia (incluido en *Los regresos*), donde la presencia de la muerte se hace patente en este verso: «*se desgrana de pronto una mazorca por mi carne de niño...*».

Con anterioridad, la misma figura literaria había surgido en el cuento «La niña, el perro y la fuente», como anuncio de muerte: «*Soñó que las panchas de maíz se desgranaban solas y sus granos rodaban por los suelos del granero, formando un río de oro.*».

Parece una imagen muy profunda, que alcanza el centro del inconsciente del poeta. ¿Un sueño repetido? Acaso la presencia de la muerte, sus primeros impactos, se encuentran asociados al maíz desgranado, en su ámbito rural. Preguntado el poeta sobre este particular, confirma nuestra suposición: la sombra de una primera muerte tuvo que planear o asociarse a las mazorcas desgranadas.

En «Acorde roto» expresa de manera análoga a su poesía, el signo negativo del hombre: «*acudieron los mercaderes y los mecánicos del mundo.*».

La deshumanización, tema y preocupación que nutre su obra poética *Bloque quinto*, está presente en uno de los cuentos: «Rosas sobre el vientre»: «*Sumas y restas cubren las paredes son una yedra de humo por la frente tapan el óleo gris que encuadran las ventanas anulan la vigencia del suspiro.*».

Entre la narración «Pesimismo de un niño del siglo XXV» y la obra poética *Los regresos* hay una estrecha conexión, la misma ironía, la visión surreal, el ritmo y la construcción de las frases, a modo de noticias. Sirvan éstas de ejemplo:

«Pedrito leyó a Poe y entonces supo que existían los cuervos».

«Y una monjita de la Orden de San Vicente se decidió a fumar en pipa».

«... toda la burguesía se acarició el sobaco con plumas falsif cadas de ave del Paraíso».

«700.000 universitarios protestaron cuando los obreros de la fundición acordaron usar monóculo los domingos».

«La policía guarda cama de lunes a viernes, desde que el reglamento les obliga a leer cada día una rima de Bécquer».

INTRODUCCIÓN

Suponiendo la curiosidad de algún posible lector, he decidido dar noticia al principio de cada narración, de sus circunstancias: fecha y lugar de su publicación anterior, anécdota real inspiradora etc. Al agrupar estos trabajos, producto de ensoñaciones y vivencias, a veces de derivaciones imaginarias sobre anécdotas vividas, he pensado dar una visión de mi corta labor como cuentista, desde su inicio hasta fechas recientes, consciente de los defectos de principiante, de las evoluciones de estilo, desarrollo gradual del sentido del humor y la ironía, etc.

Mi mayor dedicación a la poesía ha hecho que siga considerándome un autor novel en narrativa, a pesar de mi edad y de tener dos publicaciones en prosa: el libro biográfico *La rambla y Plazas para el recuerdo*. Reconozco que he tenido un desinterés por reunir en libro mis artículos y relatos repartidos por periódicos y revistas. Por esas razones he desentendido ofrecimientos de publicación anteriores, pero ahora, ante la generosa propuesta de José Domingo Lentisco y el grupo editor de *Revista Velezana*, no puedo negarme. Es un reconocimiento y un honor que agradezco a mis paisanos, y la entrega de mis textos quiero que tenga el valor de mi homenaje a los que hacen posible la Revista, importante labor para esta tierra mía de los Vélez, siempre tan falta de estímulos culturales.

EL ADIÓS SIN RETORNO

Este cuento es el primero que escribí en mi vida. Aunque redactado en 1940, no fue publicado hasta 1946, en el número uno de la revista *Sonatada*, hecha en Granada por un grupo de amigos y de la que sólo conseguimos saliera ese número.

Por motivos diversos y suficientemente conocidos, eran tiempos heroicos para todo el mundo, también para los que empezábamos a escribir ¿Sería un intento de evasión de la realidad esta incursión hacia un romanticismo decadente?

Había olvidado el asunto de este cuento, por el mucho tiempo transcurrido desde que lo escribí, y ahora, al leerlo, veo es un tema que, de alguna forma, he repetido en relatos posteriores.

SUS DELGADOS DEDOS RECORRÍAN LAS TECLAS CON AGILIDAD. Iba uniendo notas, acordes, dándole vida a la soñada melodía; y la melodía brotaba e iba a ocupar hasta los rincones más recónditos de la vieja casona solitaria.

Surgía la música ágil, ingeniosa, pero sin sentimiento, sin alma. Él lo comprendía, él buscaba impaciente ese algo en que se diferenciaba su música soñada de su música nacida. En su fantasía de creador se forjaban melodías más tiernas, más dulces, más sentidas...

Al público le gustaba, la encontraba entretenida, bonita y con cierta originalidad. Pero Magín no pasaba de ser un compositor más, un compositor de tercera categoría, pobre y con muchas ilusiones truncadas por la realidad.

Ya sobre sus sienes brillaban algunos cabellos blancos, se veía acosado por una vejez sola y prematura. Había dedicado su juventud solamente a su arte, a buscar el alma de su música. Tenía un alto concepto del amor, de la fama, de la vida... A pesar de todo era un bohemio, un soñador.

Con las mujeres le pasaba igual que con su música, siempre las veía faltas de un algo que tenía su tipo ideal. Pero había una diferencia: a la música soñada la buscaba incansable. Y un día encontró a la mujer.



Fue una noche de Carnaval. ¡Quién lo iba a decir! Él, el excéntrico, el misántropo... envuelto en serpentinatas y danzando entre máscaras en un gran salón de baile.

Fue un amigo, uno de sus pocos amigos, el que lo animó: -Ven y diviértete, se te pasa la vida sin saber lo que es gozar.

Magín se negó y rió por lo bajo: -¡Gozar! Él no comprendía como podía divertirse la gente bailando, charlando tanto, en un sitio tan concurrido como es un salón de baile. ¡Él sabía lo que era gozar! Cuando al cabo de estar horas y horas arrancando notas al piano encontraba algo que casi dejaba satisfechos sus anhelos de compositor idealista, corría presuroso a grabar sobre los papeles amarillentos, notas y más notas, y entonces sí que gozaba.

El amigo insistió y Magín se decidió a hacer aquel extraordinario. Y fue al baile. Allí, al principio, se encontró cohibido, como fuera de su elemento; de pronto se sintió arrastrado por una máscara y maquinalmente danzó con ella. -¿Cómo te llamas?, le preguntó.

-Magín, respondió algo azorado; y le explicó que era compositor.

Hablaron de sus piezas; ella las conocía y le gustaban mucho.

☒ tú... ¿cómo te llamas?

-Magdalena, pero los amigos me llaman *Mariposa*.

-¿*Mariposa*? ¿Por qué?

Aquella mujer rió con una risa fina, con una risa extraña que hizo se abrieran sus labios y enseñara el marfil de sus dientes agudos.

-Me llaman *Mariposa* por nada, una costumbre, explicó.

Magdalena o *Mariposa* era una magnífica mujer. Su cuerpo era perfecto. Era rubia y sus cabellos largos una cascada de oro sobre su espalda. A través de los orificios del antifaz, lanzaban chispas sus ojos de esmeralda.

Magín estaba seducido, fascinado, y le pidió se quitara la breve careta de terciopelo negro. Ella lo hizo y entonces pudo admirar la armonía perfecta y la gracia de aquella mujer. Era su mujer soñada.

Le confesó que la realidad de su sueño era ella. Que la había encontrado por casualidad, gracias a la terquedad de aquel amigo. Gracias al Destino; había sido el Destino el que los había unido, porque estaban predestinados para amarse y aquella noche brindaron en honor del Destino, y en honor de un cariño recién nacido.

Con el tiempo fue creciendo la intensidad del idilio, pues Magín, que tenía el corazón sediento de amor, puso aquel fuego, aquel ahínco que demostraba en su profesión, al servicio de Magdalena. Y ésta era dulce, comprensiva...

Una vez encontrada la mujer soñada, Magín tornó a buscar su música soñada. Había que triunfar definitivamente; la vida, hasta entonces adusta, agría para con él, empezaba a sonreírle. Se sentaba ante el piano y se pasaba horas enteras componiendo; trataba de encontrar en la profundidad de las pupilas verdes de Magdalena un motivo potente de inspiración. Pero ésta reía con una risa fina, y él, después de estar varias horas trabajando, movía la cabeza en señal de disconformidad, en señal de desagrado.

Pasaron varios meses de idilio constante; el alma del pobre compositor se inundó de la tierna felicidad producida al contacto de aquel amor que siempre creyó imposible de encontrar. Pero un día salió a la calle en busca de un editor con el cual tenía ciertos asuntos pendientes; y a la vuelta le extrañó que Magdalena no saliera a recibirlo como de costumbre. La llamó..., sus voces retumbaban en las inmensas salas de la vieja casona, y sólo le contestó el eco, como haciendo burla.

Sobre un diván encontró una carta; sus largos y delgados dedos de artista rasgaron el sobre con nerviosismo. Era de ella, era la letra picuda y atropellada de Magdalena.

Lo presintió todo. Sintió un vacío terrible en el corazón, sus ojos se nublaron y sólo vieron sobre el papel una masa confusa y emborronada. Al fin consiguió leerla, la carta decía así:

«Querido Magín: ¡mi pobre Magín! Hoy sabrás porqué me llaman Mariposa. Un día me lo preguntaste, debí decírtelo, pero sentí el deseo de parar el vuelo. ¡Me gusta volar...! Volar de flor en flor. No me gusta vivir para un amor. Me llamarás despiadada, ingrata. ¡Quizás lles razón!, pero soy así. Tuve el deseo de gustar tus mimos, los mimos de un artista enamorado, misántropo y sentimental. Fue sólo un deseo, un capricho... Hoy vuelvo a tender mi vuelo hacia lo incierto en busca de otras flores. Adiós, adiós para siempre.

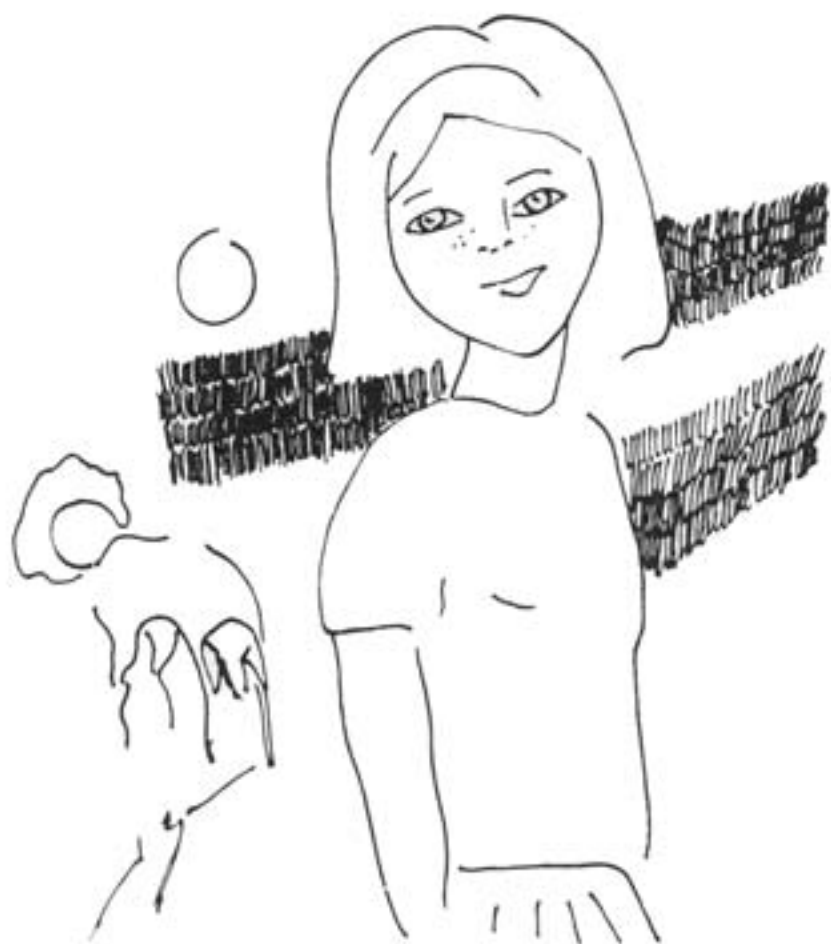
Magdalena.

El hombre estrujó entre sus manos aquel papel. Sintió la agonía de una ilusión que se iba. Rugió como una fiera herida de muerte:

-¡Magdalena! Maldita *Mariposa...*, y con andar ebrio se dirigió al piano. Las guedejas desgredadas, los ojos salidos de las órbitas, sus dedos recorriendo las teclas con agilidad desesperada.

Surgían acordes, melodías sublimes, jirones del alma... Era su música, su música soñada, la que le haría triunfar, la que nacía cuando la mujer soñada se iba para siempre. Se levantó del piano y corrió hacia los papeles, escribió un título: "El adiós sin retorno», y después grabó notas y más notas.

Magín reía con una risa triste, de demente, pensando que a veces el Arte era ingrato, pero nunca tan ingrato como aquella mujer.



LA NIÑA, EL PERRO Y LA FUENTE

También recuerdo este cuentecillo como uno de los primeros. Escrito en los años cuarenta, se publicó en el diario *Patria* de Granada y, posteriormente, en la revista *Linares* de esta ciudad de Jaén.

CUANDO QUEDÓ SOLA EN EL CUARTUCHO TREPÓ AL CAMASTRO CRUJIENTE DE PERFOLLAS DE MAÍZ Y QUEDO TENDIDA, CON LAS PUPILAS LLENAS DE LA CAL DEL TECHO. Entonces empezó a recordar todo aquel día, todos aquellos días de lágrimas y voces silenciosas.

-Yo me llevo a la pequeña, dijo aquel hombre alto. Y le dijeron que era su tío Andrés y que debía quererlo como a un padre.

Después, la separación de sus hermanos. Estaban los tres apiñados, casi olvidados en un rincón de la casa. Le dijeron que su madre había salido para un largo viaje, pero que pronto volvería, y tío Andrés la traería de nuevo con ella.

Pero Maribel pensaba que no era cierto y lloraba en silencio. Un año antes le habían dicho lo mismo de su padre y el padre no volvió... La madre había dejado de ponerse aquella bata blanca con flores coloradas, que tanto le gustaba a ella, y a veces la abrazaba muy fuerte y la besaba con las mejillas húmedas de llanto.

Aquel hombre alto la cogió de la mano y tiró de ella. *Silvestre*, el enorme perro de caza de su padre, que había pasado de olfatear perdices en la dehesa a ser compañero de juego de los niños, dio un enorme salto, se le puso delante y comenzó a lamerle los bracitos desnudos. A través de un velo de lágrimas vio el rostro de tío Andrés sonriente.

-Me llevaré el perro, dijo. Necesito uno hace tiempo.

Y después, por el camino de la estación, se sintió segura -casi alegre-, viendo a *Silvestre* trotar levantando nubecillas de polvo.

En el tren iba un niño con ojos grandes y alegres que la miraban cariciadores. *Silvestre* dormía echado a sus pies y ella notaba su calor y su latido.

Cuando llegaron al cortijo de tío Andrés, lo primero que éste hizo fue llevarla a los graneros y mostrándole un enorme montón de panochas de maíz, le dijo:

-Tú desgranarás todo esto, es necesario trabajar.

Después la llevó al cuarto en el cual viviría, con el alto camastro y una silla enorme que le hacía sentirse mareada de pensar sentarse en ella. Tío Andrés dijo que necesitaba trabajar su campo y salió dejándola sola.

Maribel dejó de pasear sus pupilas por los desconchados de la cal del techo, y bajándose de la cama corrió hasta la ventana, pero tuvo que subirse a una silla para llegar a ella. La ventana enmarcaba un paisaje de centenos altos y de lejanos sauces cuyo verdor claro llegaba a confundirse con el cielo azul.

Pero nada de esto vio la niña, sus ojos quedaron fijos en una fuente cercana, en el arco de plata de sus aguas. Bajó presurosa de la cama, buscó la puerta de la casa y corrió por el sendero bordeado de sementeras verdes y altas. *Silvestre* saltaba a su lado tronchando flores amarillas. Para ella la fuente era un milagro, nunca había visto tal cosa. Allí... en el pueblo sólo había pozos negros que agrandaban la voz, y de los cuales salía el agua en los calderos, serena y silenciosa.

Cuando llegó, sonrió al agua con sus pupilas en estado de gracia, en estado de poesía. Se sintió arrullada y se introdujo despacito, debajo del chorro. Cerró los ojos y pensó en su madre. Pensó que su madre le vaciaba sobre la cabeza -como tantas veces- el gran jarro de latón azul, y que le decía como siempre: -Maribel, vida,-has de ser una niña buena. Y Maribel se sintió feliz.

* * *

Tío Andrés se marchaba siempre. De día, con la azada al hombro y la gorra vieja echada sobre el lado izquierdo. De noche, ensillaba el caballo, se ponía su gorra nueva y cabalgaba Dios sabe dónde.

La niña y el perro corrían a la fuente. Maribel no sentía allí miedo, no se sentía sola. Se abrazaba a *Silvestre* y terminaba durmiéndose arrullada por el agua. La fuente reía, cantaba, acariciaba siempre. Tío Andrés no reía, no cantaba, no acariciaba nunca. Era un hombre solo, de corazón seco. Y... ¡milagros del agua y de los niños! El agua y los niños, siempre en estado de gracia, en estado de poesía.

Maribel y la fuente dialogaban: cristal atropellado y silabeo de ángel. Maribel le habló a la fuente de Perico, su hermano mayor, que cazaba gorriones en la era con trampas de alambre, y hacía cometas con papeles de colores... que subían casi tan altas como la luna.

Y le habló de Jaime, su hermano menor, que lloraba y estaba triste siempre, y sólo sabía sonreír cuando la madre lo besaba. De su padre no supo hablarle casi, el padre cruzaba por su frente como una fuerte niebla amorosa. Pero de madre sí que le habló mucho... y terminó llorando dulcemente. Se buscaron las lágrimas y el agua.

La fuente dijo a Maribel que era una niña muy hermosa, que era feliz besándole las trenzas doradas y mirándole los grandes ojos con brillo de estrella joven, y que toda su agua estaba deseosa de verse dormida en los lagos diminutos de sus manos ahuecadas. Maribel se miraba en el charco y sonreía feliz.

También le dijo la fuente que pronto vería a su madre, y a su padre casi olvidado. La niña se durmió dichosa. Cuando despertó el viento ondulaba sobre la fuente las tiernas espigas de los centenos, y el agua cantarina de promesas se ponía verde de esperanzas. *Silvestre* saltaba como loco, agitando nerviosamente su peludo rabo, quizá soñando que iba delante de su amo levantando perdices asustadas.

* * *

Maribel no podía dormir... Escuchó alejarse el ruido de los cascos del caballo de su tío. Se sentía desvelada y sudorosa. Crujía el colchón bajo su espalda y pensaba que dentro del colchón se habían metido todos los grillos de la noche. Despertó a *Silvestre* y corrieron a la fuente. La voz de la fuente cruzaba como un arco de música el silencio y en su charco, agolpadas, se habían dado cita todas las estrellas.

Se tendió sobre la hierba y empezó a soñar. Soñó que las panochas de maíz se desgranaban solas y sus granos rodaban por los suelos del granero formando un río de oro. También soñó que aquel niño del tren la besaba en la frente y la miraba con sus ojos alegres. Después quedó dormida soñando en las promesas de la fuente, eternamente dormida, dormida para siempre.

La luna iluminó a una gran mariposa blanca que voló desde las espigas hasta el cielo. *Silvestre* lamió las manecitas frías de la niña y después salió trotando, perdiéndose en la noche.

Maduraban entonces los centenos y había perfume a plenitud de mieses.



CORAZÓN SONÁMBULO

Influido por la noticia de un naufragio, por una parte, y por mágicas descripciones de un amigo aficionado a la pesca submarina surgió este relato, publicado en la revista *Linares*, en 1958, de la que ya era asiduo colaborador por esas fechas.

-¡PABLO! ¡PABLO! ¡SE HA PERDIDO PABLO!

La angustia de las voces era arrastrada por el viento y enterrada bajo la arena inquieta, como a un pájaro citado por la muerte, como a una llamada sin posible respuesta.

Serafín, el más joven, asomó corriendo por los peñascos, con el pecho mojado, con los ojos salidos de las órbitas.

-Yo lo vi luchando con las olas al este de Punta Brava-dijo.

-¡Mal sitio para escapar!- aseguró el más viejo.

Todos los hombres, de pronto, se sumieron en un silencio pleno de presagios. Unos, con torpes pasos, midieron la dilatada playa en una ansiosa ronda de esperanza; otros, los más viejos, quedaron inmóviles, mirando al mar con las pupilas quietas y amargas.

El mar, una furia de mercurio abriendo colosales sepulturas para dioses mitológicos. *La Airosa* cargada de peces muertos, buscando la quietud del fondo.

Los hombres se reunieron en silencio e iniciaron la huida tierra adentro. La arena, generosa, tras sus pasos, iba cubriendo huellas de pies desnudos, como temiendo siguiera tras ellos aquel mar despiadado.

* * *

Pablo, el cuerpo de Pablo era alzado, sumergido, arrastrado por el mar. Primero se sintió de goma, y creyó todas sus venas abiertas, como ríos salados. Después todo aquel mundo gris, de mar y cielo en rebeldía, se iba tornando negro, y fue un muñeco sin vida girando sobre aquel infernal colupio de muerte.

El mar fue serenándose poco a poco, como si el hombre muerto sobre su lomo pesara enormemente y tornara al agua quieta, como si un secreto arrepentimiento se deslizara por debajo de aquel cuerpo flotando.

Fue entonces cuando llegaron los tiburones. Llegaron en manada, los acerados flancos brillantes, los ojillos temblando de codicia, las mandíbulas preparadas: escuadra de exterminio. Ante la embestida, giró el cuerpo del hombre, incontrolada veleta de trapo. Se disputaron ferozmente el cuerpo del hombre y quedó el corazón flotando, respetado, desprendido, apasionada pelota de sangre dormida, saltando de ola en ola. Pablo había amado mucho.

* * *

Como si un dedo invisible de Dios le empujara el corazón dejó la plataforma azul y se hundió verticalmente, cual un extraño pez. Iba cortando el agua, ancla libre y serena. Se sintió dentro de un gran joyero de zafiro; después, la oscuridad.

El corazón de Pablo bajaba hacia una meta, incierta. De pronto encontró un nido blando, mullido; se sintió arropado como un recién nacido por unas invisibles manos de madre. Descansaba en las velas de *La Airosa*; las lonas de *La Airosa*, el barco de su vida y su muerte, le servían de sudario.

En aquellos momentos Pedro, «el Duro», el viejo lobo, en la cara viento de todos los mares, recordaba en la plaza, ante un grupo de pescadores, la bondad de Pablo, el desaparecido.

-Cuando murió Joaquín, ¿recordáis?, llegamos con *La Airosa* cargada a la playa baja. Allí marisqueaban los hijos de Joaquín, enlutados y ojerosos. Pablo los fue besando uno a uno. Después entregó toda su parte, la parte que le correspondía de aquella pesca extraordinaria, a la pobre viuda.

Y Pedro «el Duro» suspiraba con la boca llena de humo: -¡Todo lo bueno se lo lleva el mar!

* * *

La vela se puso tensa por un impulso desconocido, como en sus buenos tiempos de viento y sol, y el corazón sonámbulo siguió su itinerario, mar abajo. Las algas quisieron tenderle una espesa red y detenerlo, dejarlo inmóvil, como a un gran corcho rojo, para admiración de aquel inmenso mundo de seres acuáticos. Pero el corazón siguió bajando con rapidez de plomo, rozando aletas, golpeando lomos de peces sorprendidos, rompiendo plantas.

Cayó sobre un fondo de rocas, en un golpe brutal, y quedó abierto, roja estrella marina. Se cruzaron tentáculos viscosos sobre su carne abierta, y el agua se hizo densa y negra. Pablo había odiado alguna vez.

Fue una legión de pececillos rojos la que llegó topando con sus hocicos fríos toda la piel del corazón. El corazón latió ante aquel contacto de vida, al ritmo de mil corazones diminutos, y poco a poco fue recuperando su forma de manzana prodigiosa. Fue empujado de nuevo hacia el abismo, escoltado por un enjambre de seres sorprendidos. Pero descendía lentamente, armoniosamente, con música interior.

Llegó hasta un lecho de esponjas, que limpiaron con ternura su piel y con su transparencia hicieron que el pobre corazón desprendido se multiplicara sobre sus esqueletos de cristal de roca. Se formó un corro de medusas fosforescentes a su alrededor, levantando nevados remolinos de arena inestrenada. Sobre él se alzaban enormes bancos de coral, y un ramo madreporico le servía de corona. Llegaban peces rojos, azules, estriados, con sus linternas mágicas, y al golpear sus aletas en las plantas flotantes caía una lluvia de estrellas de carmín, de amatista, de zafiro..., hasta cubrir al inmóvil corazón del hombre.

Pablo había amado la belleza. Un día, desde su barca, cuando el mar azul serenamente devoraba al sol, Pablo adivinó a Dios tras una nube roja, y se sintió el pecho inmenso y de cristal.

* * *

Fue un tiburón azul el que de un coletazo levantó el corazón de Pablo sobre aquel mundo maravilloso. Miles de peces colaboraron en su ascensión, elevándolo sobre sus lomos sorprendidos. No pudieron detenerlo los largos brazos de las algas, ni los oscuros pulpos acobardados a su paso, ni las enormes y blindadas conchas de marfil. Pronto sintiose dentro de un iluminado joyero de zafiro. Después flotaba sobre la superficie azul, con toda su pulpa roja atravesada por el sol. Un viento suave lo depositó en la playa, y la arena, generosa, lo cubrió. Vibraba al pasar las bandadas de gaviotas sobre él, y casi sentía el roce de pies descalzos de los niños mariscadores.

Cerca estaba la casa de un marinero muerto en el mar. Una mujer enlutada siempre miraba al mar con los ojos amargos, cerca del enterrado corazón de Pablo.



سید

ACORDE ROTO

Escribía a veces, por esos años de primera juventud, sobre el asunto de los desamores entre la gente, con la sorpresa y el dolor de ir descubriendo esa cara fea de la vida. Me ponía a escribir estas cosas con urgente necesidad y después las encontraba tan tristes que acababan en un cajón de escritos desechados. Por eso no se publicó «Acorde roto» y ha estado inédito hasta ahora. He pensado incluirlo por ser un tema de vigencia absoluta y porque forma parte de mi trayectoria, de mi adolescencia literaria.

ELLA DIJO: -TODO TERMINA, TAMBIÉN EL AMOR TERMINA.

En la pupila cambiante, de un verde que doraba la tristeza, hubo una fuga de jazmín pisado. Por aquella pupila habían cruzado lunas, veleros y caballos, en las etapas felices del amor cumplido.

Ella fue acariciando los teclados de la casa desierta: la madeja de lana, la caja de costura, el olor a legumbres, el rastro de aquel beso último en las escalas del amor; la maceta iniciándose en flores, el piano enmudecido... De la sala de estar a la cocina, de la alcoba hasta el patio..., en deambular frenético, como queriendo recoger un rastró de suspiros, de risas y llantos; largo rastro de vida derramada, clausurada en la pena. De pronto parecía que la tristeza era como un ligero abandono de rosas, pero acarició las sábanas y salió decidida a cruzar los umbrales de la puerta entreabierta. Pisó la soledad, salió a la soledad...

En la pupila cambiante quedó estampada la noche, hubo una negación de estrellas y un vencejo desvelado sufrió metamorfosis en murciélago. ¿Qué camino elegir? En el final de todos los caminos, en acecho, esperaba un tigre y un jilguero.

Él dijo: -Nada es eterno, está todo cumplido.

El egoísmo pone al corazón un ritmo de canseras, deshilacha las nanas en el viento, brota acero en los tactos, embrida la caricia hasta cambiarla en huella de cilicios.

En la pupila hubo un borrón de escarcha y después una danza de bailarinas ebrias y después una fuga de las ternuras últimas, hasta quedar desierta, un glaciar en espera, con acopio de luces maltratadas en traiciones del gesto. Yo soy la vida, dijo, ¿qué importa lo vivido? El mundo es ancho y largo, y esperan las caricias compradas o vencidas.

El precio nada importa, la sangre se equivoca, el ala siempre tiene que inventar nuevos vientos.

Mentes con privilegio de audiencia dijeron que el hombre tiene derecho al egoísmo. Funcionaron rápidas las linotipias, se abrieron infinitos altavoces para transmitir la noticia.

Él hizo su equipaje desechando tormentas, arrugando pañuelos de ternura, aprisionando latidos, ovillando pasiones.

En el pino alto del jardín soplaban vendavales y en su rama más alta había un nido, pero no eran posibles los temores porque una mano de ángel lo sujetaba. Por las veredas del jardín, después de las pisadas, se iba enderezando la hierba.

Él había esperado delante de un vientre mientras se acrecentaba la música del mundo y un pacto de alientos sellaba unidad de latidos para cuando el tiempo fuera desflecando la vida...

Por su pupila cruzó una estrella pobre y un largo cortejo de faunos inválidos.

El hijo no dijo nada, no entendió nada. Sintió que se quebraban alfarerías profundas y comprendió la risa triste de otros niños que remolcaban lunas rotas. Por su pupila pasaban pájaros sorprendidos, con el vuelo de espantos, pájaros sin retorno, desnudando el plumón de la caricia.

El hijo volvió a jugar con su robot de plástico, con sus dragones fluorescentes, pero sentía un extraño remolino en la sangre porque cerca de su aliento empezaron a agrandarse todos los aljibes de soledad del mundo. Había sido anotado en las estadísticas del desamor y empezaría a configurarse la cicatriz inextinguible...

Entre infantiles tules un día había visto a sus padres besarse y el descubrimiento del beso había sido el capítulo más alto de su historia, la eloocuente explicación de su pasado, el destello de aurora que abría ventanas a su futuro.

Las palabras complacientes, las explicaciones piadosas, las medias palabras, el acercamiento de familiares distantes, hicieron dispararse las alarmas del instinto con anuncios de cataclismo.

Por su pupila cruzó aquel viento de pétalos perdidos que enmohecía el horizonte.

Acudieron los mercaderes y los mecánicos del mundo. Tasaron, midieron, fijaron cantidades, calcularon beneficios... Contables y abogados caminaron por sus vidas pasadas, decidieron pensiones, firmaron actas... Los abismos del desamor se iban haciendo más profundos. En los papeles se aumentaban números y disposiciones, en las almas crecían los desengaños.

Ella había soñado una gacela muerta sobre un campo en flor. La gacela cayó vulnerada, su ágil gracia de vida rota, cerrados los bellos ojos por los que habían cruzado ríos y había crecido la hierba. Un corro de coyotes se fue acercando confiadamente, el colmillo feroz y decisivo. Un círculo de buitres coronó el cielo sobre el campo en flor, y por el horizonte, sagaces y oteadores, en bandadas de desgarrado crespón llegaban los cuervos al festín.

Él había soñado desiertos infinitos, largas caminatas con cansancio y sed, pero en estériles confines una luz brotaba hasta fundar auroras, espejismo o realidad de otro posible amor.

Siguieron llegando pícaros y místicos por los caminos de la historia y la vida. “Ahora tendrás todo lo que has deseado. Enhorabuena por desencadenarte”. “Lo que Dios ha unido, el hombre no lo separe...” Místicos y pícaros arremolinados por doquier, repartiendo consignas y asechanzas.

Llegaron los fotógrafos de revistas que perseguían el sentimiento ajeno como mercancía propicia y rentable. Ella había sido una popular artista de canciones ligeras. No vendía su dolor y buscó refugios, densas celosías en que agazapar la tragedia. Huyó de objetivos audaces, de interrogaciones malignas. Imposible desnudar la llaga cuando un niño sorprendido lloraba en la noche.

Llegaron galanes de ocasión, amañada la sonrisa, alzada la flor persuasiva de la palabra. Ella desplegó su colección de antifaces para triunfar de los acosos. Un vendaval en gesto de seres solitarios los espían desde el asombro. Él siguió al espejismo de un nuevo amor, recompuso sus posturas galantes, emboscó en llamas novicias su declive de juventud, desechó la idea

que siempre había tenido al pensar que la arruga es hermosa cuando surge en el ejercicio de la caricia.

-¿Esta es la historia? –Sí esto sólo es la historia.

Ella dijo: -Todo termina, también el amor termina.

Él dijo: -Nada es eterno. Está todo cumplido.

El hijo no dijo nada.

Es la historia más triste protagonizada por el hombre desde el principio del mundo. Como los grandes dramas clásicos cuyos textos son repetidos a través de siglos, cambiando los actores, adaptándoles el lenguaje y vestuario de cada época, el hombre representa en la vida la muerte del amor, la provoca y la sufre, en nombre de las libertades tras de las cuales se agazapan los demonios del egoísmo.

Es la historia de un amor recién acabado, y es primavera. El levante pastorea golondrinas y florecen las rosas. Muchas generaciones de golondrinas y rosas hubo en los calendarios de otros amores rotos... Pero siempre, ahora mismo, cuando un amor acaba la primavera que estrena el mundo es menos primavera.

COMADREOS

Comadreos se publicó también en la revista *Linares*, en 1957. El soplo surrealista de la poesía en este breve noticiario sobre realidades de la vida de un pueblo.

DIJERON QUE LA DONCELLA HABÍA DEJADO UNA AMAPOLA DEBAJO DE LAS RETAMAS. Los segadores jugaron al sí y al no con la amarilla flor de las retamas, y bebieron un viento de muslos recién estrenados con sus bocas reseca.

Las hoces fueron grandes interrogaciones de deseo.

Después, para callar la sangre, compararon el acero con el oro, y fue entonces cuando el sol se hizo naranja en sus sombreros.

El caballo blanco se alzó de manos en la loma, y el viento, tenso y duro, se enterneció de crines y relinchos. Nada más se supo.

* * *

El hombre afilaba su llanto en las esquinas, y sólo miraba fijamente a las aguas profundas y a los álamos. El hombre quería sentir su sangre quieta porque llevaba un mar violeta, profundamente violeta, en frontera perenne con sus talones.

Un día eligió el llanto, otro día eligió el agua. Y entonces dijeron que había ido a buscar sol a tierras lejanas; y lo tenían al alcance de la mano, sumergido, mordiendo sus orejas una legión de pececillos nuevos, balanceándose suavemente en un agua de respeto, haciéndose perenne su única sonrisa.

* * *

Cuando murió la niña, un ángel vino, desliando el día por Bello Encinar. El jazminero floreció para la niña muerta. Los gorriones comprendieron a Mozart.

Las mujeres, los pañuelos negros sobre los ojos, dijeron que había sido Nora, la bruja oficial:



-Venía tambaleándose por el acantilado- cargada de mimbres y reñecos.

Pasaron cien cuervos en perfecta formación, desgranando el viento.

El médico dijo: -Ha sido la tuberculosis. Hemos llegado tarde.

El mercurio se ruborizó en todos los termómetros y el alcohol se incorporó en los frascos hasta inundarlo todo de trágica limpieza.

Los poetas se congregaron en la plaza: -Ha sido el amor, dijeron a coro.

Fue entonces cuando milagrosamente florecieron las acacias, y la niña sonrió entre las tocas blancas, y el sudor se tornó tibio como un agua milagrosa.

* * *

A la mujer le aparecieron dos violetas mustias sobre las mejillas; terminó por irse a la ciudad. Después marcharon los hijos. Ramón Flores se tornaba áspero; su sensibilidad se había erizado de lijas.

Largas noches sobre el tapete..., las manos ágiles, los ojos ávidos, la voz dormida.

Pequeños abanicos de naipes jugaban con su vida. Las sotas, falsas de colorines, llegaban con su ofrenda de humo, y se le poblaba la sangre de pobres caballitos de papel.

Se encerró en su mundo de papel manido, de sucio metal gastado.

Nadie dijo nada. Nadie lo supo. Murió con el as de oros sobre el corazón.

* * *

El pueblo se torna color pizarra algunos días. Huele a pan recién cocido. El humo forma grandes serpientes que buscan contactos de cielo. Los hombres pasan serios, indiferentes, las camisas remendadas y las hoces colgadas de la cintura. Hay corro de mujeres en la plaza. Hablan, pero sus voces son brisa recargada de secretos. ¿Ocurre algo?

ROSAS SOBRE EL VIENTRE

Este relato fue finalista en un concurso convocado por el diario *Arriba*, de Madrid, y publicado en este periódico, en 1973.

Creo, mi intención al escribirlo era exponer de manera, en cierto modo crítica, actitudes materialistas, más que intentar un alegato en exclusiva contra el aborto. De todas formas está supervigente su contenido.

“Mercedes 450 S.” Motor de inyección de 8 cilindros e V, cuya cilindrada se ha aumentado a 4,5 litros. Su potencia es ahora de 225 cv., a 5.000 rpm. Par motor: 38’5 kpm, con un alcance de 3.000 rpm.

EL HOMBRE MANEJA NERVIOSO LOS FOLLETOS, CON OJOS DE ILUSIÓN ACERADA. Sueño a 210 kilómetros-hora. Sonríe, asoma a su mirada la serpiente del vértigo. Bebe con lentitud su segundo güisqui y hace planes, proyectos inmediatos.

Sumas y restas cubren las paredes, son una yedra de humo por la frente, tapan el óleo gris que encuadran las ventanas, anulan la vigencia del suspiro. Máquinas para sumar y restar más deprisa. Un vendaval de números invade los armarios, los cajones metálicos las altas estanterías. Se amontonan sobre las mesas sus tristes garabatos de artificial insecto. Las cifras crecen, decrecen, dejan su mancha premeditada sobre el papel...

El hombre alza los ojos. Ha entrado la mujer en la estancia. Trae las manos de garfio cruzadas sobre el vientre. El vientre está tomando forma de mundo, crece su redondez entre la desesperada presión de las manos. El hombre le pone sobre el vientre la ortiga de sus ojos, y grita, blasfema, maldice... Bailan los números con su grito, desertan de sus filas ordenadas, queda roto el orden glaciario de los sumandos.

“Ciudad residencial Gaviota Azul. Costa del Sol. Complejo deportivo. Club social, 2.400.000 metros cuadrados de superficie, “Boutiques”, Boite-discoteca. Grandes salas de fiestas. Apartamentos gran lujo.”

La mujer baraja los folletos, arruga su azul litografía, sueña con nocturnas evasiones. Su mano esquivo a una invisible madeja de lana azul celeste. Se piensa en huida, por un largo túnel infinito. Fuma lentamente y toda la estancia se llena de ceros de humo, de nube sublevada y rota. Cuida sus manos, afila sus uñas, hace fracasar la seda que apuntaba en su epidermis, asfixia la rosa que lucha en su mejilla, con premeditados maquillajes, quebrando la ternura. Resalta la soledad de sus ojos, sin saberlo; con trazos que disfrazan la mirada. Cuando se mira el vientre retorna la tristeza y siente que se quiebra el eje delgado e invisible que mueve el corazón del mundo. Alza los ojos. Ha entrado el hombre en la estancia y trae dardos heridores en los ojos. La mujer los acepta en pacto de desamor. Se besan largamente para matar el latido escapado de sus sangres.

* * *

Ha sido fácil: un largo viaje, algún dinero... Los pensamientos de arribos paralelos, amordazantes, intentando salvar la alegría:

“Es un derecho. Los países más civilizados lo están aceptando como un derecho. Es sólo nuestro, un trozo de nuestra carne que no queremos, que nos estorba, sin vida propia!”

El hombre vuelve a su mundo de cifras, de andamiajes numéricos, de seguros tantos por ciento. Parece feliz. Ha pasado una página del libro de sus triunfantes contabilidades.

No ha podido ver la golondrina que, inexplicablemente, ha venido a anidar sobre la ventana de la oficina, empujada por una primavera de mensajes, y que trae en el pico, desde distancias misteriosas, una arcilla virgen para dejarla sobre el cemento ahumado de la fachada.

La mujer retorna a sus maquillajes, adquiere nuevas pelucas, se disfraza en instintiva huída de sí misma. A veces siente un hueco interior, un vacío doloroso que parece irremediable, pero que repetidas evasiones disimulan. Lo peor era cruzarse con la sonrisa de un niño, con una flor a medio abrir.

También le temía al sueño, a la misteriosa traición de los sueños. Fue recién llegada a Londres. Soñó que nuevamente sentía sus entrañas habitadas. Iba aumentando la curva de su vientre y un movimiento de vida se multiplicaba en su ser. Era como una seda por el vientre; la mano de Dios, grande y suave, lo acariciaba y dejaba de ser una mano para convertirse en

ramo de rosas. Los dedos iban tomando aspecto de tallo vegetal y de ellos brotaban bellísimas rosas que iban cubriendo el vientre desnudo, dándole un contacto de pétalo. Primero sintió una infinita dulzura, pero al fin despertó sobresaltada, luchando con el llanto.

* * *

El vehículo corría a gran velocidad, renovando paisajes. El hombre pensaba: “Verdaderamente es un gran automóvil este nuevo modelo”. La aguja del cuenta kilómetros señalaba nuevas cifras, como un dedo tembloroso. Cruzaba el vehículo por la primavera intentando anular la primavera.

El cielo a veces tenía el borroso y fugaz vuelo de un pájaro, a veces un infinito borrón azul de meta, a veces se dibujaba en él una danza de palmeras desarraigadas, dejando de ser salmo vegetal sereno y firme.

La mujer empezó a sentir un vértigo extraño, un vacío profundo. Llegaba hasta ellos un desgarrado trino, como símbolo roto, como imposible música para sus oídos. El campo empezó a ser un gran rumor de simientes, un germinar sonoro de semillas que lo inundaba todo; impresionante y mágico concierto dirigido por una batuta eterna. Se hacía sonoro el latido del origen de la vida sobre el mundo, y cada nido era un grito, y en cada surco explotaba el milagro vegetal hecho armonía.

El hombre sólo podía oír el leve rumor de la vida, protesta amordazada que explotaba en vendaval de gritos y en desatadas armonías secretas. Desgarró sus vestidos con violencia y le palpó con furia el vientre desnudo. Sintió un dolor de maternidad rota.

Fue entonces cuando una nube roja cruzó por la mirada del hombre. Dejó el automóvil el asfalto y, descontrolado, arremetió contra los trigos. Fue una trágica danza de aceros rotos para quedar convertido en montón de tristeza sobre la hierba, bajo un sorprendido vuelo de pájaros.

El agente de Tráfico dio la noticia por teléfono: *“Estamos en la entrada de la ciudad residencial Gaviota Azul. Acaba de ocurrir un accidente. Se trata de un automóvil negro y su matrícula ha quedado ilegible. Es un “Mercedes 450 S”. Sus ocupantes están muertos: un hombre carbonizado y una mujer sin heridas visibles, como dormida sobre la hierba, con el vientre desnudo cubierto de rosas”*.

CUATRO ANGELES PARA ANNY BARTHOU

Intenté contar algo de la Almería peliculara de tiempos remotos y me salió este cuentecillo, al que concedieron “Hucha de plata” en el concurso convocado por la Confederación de Cajas de Ahorros de Madrid, en 1972. Se publicó en una antología que recogía los trabajos premiados en el concurso

LA AZAFATA ANUNCIÓ, MIENTRAS TOMABA UNA TARJETA CON SU AUTÓGRAFO:

-Estamos llegando a Almería.

Miró por la ventanilla con indiferencia y con las últimas luces de la tarde pudo distinguir un extraño trozo de tierra arrugada.

En el aeropuerto esperaba el productor, y besó sus mejillas transmitiéndole un escalofrío de operaciones aritméticas. Esperaba el director, y besó sus mejillas queriendo raptarle todo su conseguido aire internacional de actriz. Esperaba su doble, con sonrisa falsa, ocultando su envidia tras una palmera. Esperaba el primer actor y besó sus mejillas con gestos gastados, de escena ensayada. En último término también esperaba el amante ocasional, que disfrazó su beso de serenidades y le ofreció flores persuasivas.

Anny Barthou, primerísima actriz internacional, extendía su reinado a una tierra desconocida, en donde esperaba una sumisa legión de satélites.

Subió al automóvil con aire de inaugurar un trono. Por las calles latía la vida de la ciudad. Jugaban niños en las plazas. Pasaban mujeres cansadas, con cestos de legumbres. Hombres silbando una canción. Parejas con mirada de luz amorosa.

Ella, Anny Barthou, primerísima actriz internacional, era un ser solitario rodeado de vida caliente, sujeta a un pequeño círculo de sonrisas fingidas.

-Mañana comenzaremos el rodaje, dijo el director.

Entró en el hotel. Quedó en la calle una huella perfumada y un viento tomando suavidad de visión.



El sol introducía sobrantes de cielo por el amplio ventanal. Sonaban palabras de amor, acompañadas de gestos repetidos, levantando promesas fingidas. El amante estaba en su mejor momento. La alcoba tenía un clima conocido, vivido en otros tiempos y en otras latitudes, pero algo extraño ocurría allí. Pensó que era la luz, una luz heridora, de denuncia, penetrante. Corrió los visillos y no pudo detener la celeste invasión.

El amante la besó en los labios y la dejó caer lentamente sobre el lecho. Fue entonces cuando una gran bandada de gaviotas, como un golpe de naturaleza equivocada, rompió con sus alas los cristales de la ventana y penetró en la habitación; viento vivo, nevado y desconcertante, para en seguida huir por el roto cristal.

Anny Barthou se incorporó. Tenía en las pupilas siglos de tragedia, poderosas luces. Abrió la puerta al amante.

-Vete.

La palabra sonó como un látigo largamente contenido. Fue su voz un trallazo de furia, con eco de otros labios, de otros tiempos: una suma de voces de mujeres alzadas en la niebla de la vida. El amante, sorprendido, permaneció mudo; se desdibujó su figura de hombre seductor y huyó convertido en sombra gris y temerosa.

Anny Barthou fue hasta la ventana. Estaba el mar sereno e infinito. La bandada de gaviotas se alejaba hacia el sol. Quedaba en el viento rumor de alas redentoras. De un bar cercano llegaba una canción. Era una voz tibia, conocida, de mujer devorada. Era la sobrevivida voz de Marilyn Monroe. Alguien cortó la música y la voz quedó como eco dolorido, perdiéndose hacia el mar.

Por el cristal roto, Anny Barthou miraba al cielo, era un cielo luminoso que a ella le parecía un inmenso espejo de redención, y comenzó a llorar con un llanto verdadero, como no había llorado desde niña.

* * *

Cinco gitanos de Guadix cabalgaban disfrazados de indios navajos. Violencias remotas hechas ficción sobre una tierra de paz y llanto. Sol, tierra y caballos para conseguir bellísimas nubes de oro. Órdenes, advertencias, frases manidas de guión viejo, jerga internacional, babélica urdimbre, prodigioso entendimiento. El ayudante de realización suda y vocifera. Los decoradores modifican el paisaje y, con prisa y magia, regresan tiempos pasados hasta el

poblado de cartón piedra. Los cámaras persiguen al “cow-boy”, cazadores de luces y galopes. El director sufre, goza, exclama, ordena, recomienda, lucha por conseguir la perfecta unión de dos encuadres, espía el vuelo de sus intuiciones, está en tensión entre el choque de sensibilidades múltiples.

Anny Barthou, a pesar de la costumbre de vivir en el dislocado mundo del rodaje, está exaltada, sufre una revolución su sistema nervioso. Padece una gran guerra de lumbres y renuncias en los interiores del alma. Ahora ha de azotarla con una fusta el bandido del film. Esta escena se rodará con la doble. Ésta llega murmurando frases en francés contra la actriz. Son dos mundos distintos, encontrados, de imposible armonía. Anny Barthou arrebató la fusta y la levanta llena de ira. Llega hasta ella un inexplicable llanto de niño, hiriente, traído por un viento de urgencia. La fusta queda quieta en el aire. El paisaje y los seres se conmocionan ante el tremendo paso de la violencia fingida a la violencia real. Se suspende la acción. Todo queda en nada. Palabras entrecortadas, gestos de sorpresa, disimulados reproches. La actriz aún siente en su interior el llanto de un niño inexplicable; desconcertada y confusa, también cree oír en el viento un maravilloso ruido de alas. Ha de repetir la escena por quinta vez. Le cuesta trabajo darle calor a palabras vacías. El director suda y ella sonríe. Se alza una alondra en el cielo purísimo, cubriendo con su breve sombra la huella del último galope.

Todo ocurrió cuando llegó la gitana errante, cargada con canastas de mimbre. Era una vieja gitana con sabiduría de humildades aceptadas en las pupilas, y se introdujo equivocadamente, pregonando su mercancía, en aquel mundo de vanidades en encuentro.

El actor exigía privilegios, preferencias para su nombre en las manipulaciones de propaganda, reconocimiento de valores supremos, honores que lo alzarán sobre todo el reparto.

Anny Bathou explotó en iras contenidas. Se sintió alzada sobre tronos de oro, con el mundo arrodillado ante ella. Sintió en las sienes peso de coronas y su carne cubierta de esmeraldas únicas, de zafiros de cielo, de un mar de amatistas creado para su cuerpo.

El diálogo se hacía violento; frases punzantes, miradas altivas, manifestación de envidias antes celosamente ocultas. El director sudaba y sonreía.

Entonces llegó la gitana. Primero era un punto oscuro en la llanura. Fue aproximándose, dibujándose su antigua figura sarmentosa; pronto estuvo ante el grupo, entre los automóviles aparcados y relucientes, como una aparición.

Traía un niño moreno y desnudo. Del otro brazo colgaban las canastas de mimbre. La actriz la miró y se sintió de pronto empequeñecida; sintió un sordo rodar de coronas y un viento, que arrastraba tronos de oro. Besó al niño moreno y compró a la gitana todas las canastas de mimbres coloreados.

El primer actor siguió con su monólogo de vanidades, pero ella ya no lo oía. En la tierra seca, junto a los pies desnudos del niño, había nacido una flor humilde y preciosa. Ella comprendió el milagro y se arrodilló en la tierra para besar la flor.

* * *

A punto de terminar el rodaje, llega el otoño gris y dorado. Anny Barthou, rodeada del equipo, siente un gran vértigo de soledad. Ya le pasó otras veces, se había sentido sola entre grandes multitudes: en las avenidas, y también después de momentos de triunfo, cuando se apagaba el flash de los fotógrafos y quedaba a solas en la habitación de cualquier hotel. Vivía los momentos de felicidad o de dolor de aquellos personajes que interpretaba, sumergida en pasiones y episodios que hacía suyos, pero con la última secuencia volvía a ser ella; ella arrastrando su enorme soledad.

Se apartó del equipo y caminó por una larga rambla solitaria. Pasaba el tiempo, acaso horas, y siguió caminando por aquella rambla interminable. Era como una huida inconsciente, mientras repasaba su vida de logradas cumbres en las cuales nunca encontraba una soñada felicidad.

Empezó a anochecer y con la oscuridad las higueras retorcidas aumentaban su desgarbada estatura. Cesó un lejano rumor de pájaros. El cielo nublose apresuradamente y comenzó a llover. Era una lluvia fina, serena como un llanto contenido, y al resbalarle por el rostro le daba una sensación de bienestar. Encontró una casa, era una casa pequeña, rectangular, pintada de azul, con ropa blanca tendida en la azotea. Entró como sonámbula por su puerta y encontró cuatro niños sentados. Quedaron los niños en sorpresa mágica, como ante la presencia de un ser extraordinario, de un personaje de sus cuentos.

El mayor dijo: -Es la señorita de la película. Entonces advirtió que llevaba puesto el traje de amazona del legendario Oeste.

Después vino la madre, con un cántaro de agua, y la invitó a sentarse. -Se ha perdido, la señorita se ha perdido. Siéntese y descanse, parece cansada. Ella dio explicaciones incompletas en su pobre español, sentándose sobre la

humilde silla de anea. Oyó acercarse una canción y llegó el padre, sudoroso y alegre. Después de unos momentos de sorpresa todo fueron atenciones: -Cenará con nosotros. Después la llevaremos a donde quiera ir; tenemos un pequeño coche.

Ya estaba el pan sobre la mesa. Los humildes manjares tenían un sabor desconocido, como a fruto primero de la tierra y el mar. La silla de anea le pareció un trono, un trono distinto, residencia de auténticos reinados.

Anny Barthou no decía nada, pero no podía dejar de sonreír y su sonrisa era un destello interno, algo nunca sentido. En las pupilas de la madre residía el amor. La risa del padre era el viento feliz de una edad primaria. Los hijos tenían la mirada celeste, de un cielo de paraíso no perdido. Flotaba en el hogar un secreto rumor de alas, ahuyentando, consiguiendo ahuyentar sus soledades.

Anny Barthou vuelve hasta la rambla seca, corre sobre la arena, desconcertada, empujada por un extraño vértigo. Sobre estas tierras de sol y sed ha sentido de pronto su corazón vacío. Se hunden decorados y un viento poderoso la deja limpia de maquillajes. Aquí, rodeada de seres y paisajes elementales, no es posible su artificiosa vida. Sus recuerdos dorados ahora son negras aves lejanas. Es posible el desierto porque en sus límites comienza el oasis, un reinado de frutas. Siente su corazón capaz de eternas singladuras, de auténticos latidos. Su cuerpo joven cae extenuado. Cuatro ángeles vuelan sobre la tierra herida.

PESIMISMOS DE UN NIÑO DEL SIGLO XXV

Extraño relato, impregnado de futurismo, con influencias evidentes de mis lecturas en la época en que fue escrito, que también fue finalista en el ya nombrado concurso del diario *Arriba* y publicado en ese periódico en 1974.

PEDRITO LEYÓ A POE Y ENTONCES SUPO QUE EXISTÍAN LOS CUERVOS. Aquella noche soñó con jilgueros desnudos, impotentes para el vuelo, dando saltitos sobre el asfalto hasta ser aplastados por la impiedad de los neumáticos.

Al día siguiente cayó el sol y se convirtió en ataúd, en ataúd burgués del siglo XIX. Lo llevó hasta el embalse y navegó sobre él pausadamente, siendo aplaudido por una legión de ingenieros y peritos agrícolas.

En aquella constante noche adoptó unas gafas color caramelo, aproximadoras de paisajes perdidos. Entonces supo que al arrojar el Labrador robot, con su gran mano de acero inoxidable, la simiente dorada, ésta se transformaba en municiones para misil, que eran exportadas a Israel en cantidades sorprendentes. Gracias a esto el problema agrario, problema de siglos, se había resuelto de forma definitiva, según había dicho gozosamente el ministro de Transformación de la Naturaleza, en sus últimas declaraciones por TV. En ese momento sonaron las sirenas, relincharon todos los caballos muertos en la Edad Media, se apagaron las luces de todas las ciudades y una monjita de la Orden de San Vicente se decidió a fumar en pipa.

Los Estados demócratas dieron decretos estableciendo la pena de muerte y decidieron aplicada a aquellos que ensuciaran el aire. Fue ese mismo día cuando bajaron los termómetros hasta convertirse en carámbanos, y toda la burguesía se acarició el sobaco con plumas falsificadas de ave del paraíso.

Pedrito, después de leer a Tolstoi, pensó en suicidarse. Meditó en su origen: había nacido en las probetas del doctor Wilson, entre un cerco de pupilas de estroncio, en el laboratorio New Life, de la Quinta Avenida. Pensó en suicidarse con una antena artificial de mariposa gigante; pero, pensándolo mejor, jugó a los dados con la mujer estrangulada que, según la

historia, había dado el pecho a Picasso, en un tiempo azul, todos los días de luna llena. Después leyó el diario de la tarde:

“Setecientos mil universitarios protestaron cuando los obreros de la fundición acordaron usar monóculo los domingos.

La Policía decidió guardar cama de martes a viernes, desde que el Reglamento les obligaba a leer diariamente una rima de Gustavo Adolfo Bécquer.

Cinco monjes del Tíbet ganaron el Gran Rallye Automovilístico de Oklahoma.

Se inauguraba en Venus una red de cabarets, patrocinada por el Gobierno indio, para facilitar el fin de semana a los ingleses fabricantes de sopas concentradas”.

Pedrito soñaba con un traje marinero, manos sobre teclados antiguos, búcaros y cintas perfumadas... Leyó en polvorientos libros que el hombre sudaba antiguamente y lloraba a veces. Entonces se fue de fuentes luminosas y jugó a los indios con un robot macho para entretenerse. Adornó su habitación con un póster de Herodes Agripa. Vio el espectro de Filippo Tommaso Marinetti, cola de aeroplano, bigotes de aluminio, largas alas de plástico, con un amenazador antiángel en las manos, masticando rosas. La niña del piso 24, ala sexta del bloque, puerta AJBS, le había sonreído aquel atardecer en el ascensor electrónico. Sin saber por qué miró con obsesión su diminuto vientre y sintió en los ojos un dolor de pájaros huidos. Aquella noche buscó en el diccionario la palabra “besana”, y no estaba. Quiso escupir la huella del polisón celeste y sembrar los campos de instrumental quirúrgico porque seguían vigentes la Muerte y el Tiempo. Hubo amigos que le convencieron de que era mejor fumar marihuana a la luz de la luna, de la que repartían oficialmente en tiempo de elecciones presidenciales. Entonces compartió el placer de la droga con el placer de la prensa diaria.

Los alemanes habían inaugurado una nueva estación de ovnis en Palos de Moguer. Su única finalidad era establecer comunicación diaria con Marte e intercambiar folklore, ya que era tradicional el interés de los marcianos por los cantes y bailes andaluces.

Todos los niños nacidos en Oriente Medio pronunciaban la palabra “paz” desde el primer día de vida, en todos los idiomas vigentes en el mundo.

Este insólito fenómeno había originado una reunión del Pleno de la Junta de Naciones Unidas para tomar medidas.

En un jardín de Pensilvania habían nacido rosas metálicas con deslumbrantes pétalos de aluminio rosado. El jardinero estaba siendo muy felicitado; era un antiguo *gangster* famoso por su sangre fría, que había asesinado a cientos de árbitros de fútbol en los últimos años y que, por afición y por distraerse de su especialidad, trabajaba los viernes en una fábrica de aviones a reacción. Se trataba, en realidad, de un simple aficionado a la jardinería.

Se extendía por el mundo una nueva moda. Todas las familias pudientes conservaban sus muertos en el cuarto de estar, sentados en sus butacas preferidas, como si nada hubiese ocurrido, conservando en sus rostros la expresión de días felices.

Esta moda, simpática y sentimental, se había impuesto desde que el doctor Iván Niloláievich había llevado a la práctica, de forma eficacísima, su teoría sobre la inmovilidad de la materia. Claro, eran pocas las familias que podían implantar esta encantadora costumbre, pues los pisos especiales, con cuarto de estar de dimensiones apropiadas, eran carísimos y, además, se habían implantado en todas las naciones fuertes impuestos por difunto instalado; aunque de estos gastos había que deducir los que ocasionarían féretros, pompas fúnebres y enterramientos.

Pedrito, siguiendo los consejos de su padre adoptivo, un madrileño vendedor de pulmones artificiales de marca japonesa, quiso hacerse representante de Coca-cola, pero tuvo que desistir de tal idea ante la campaña que contra esta bebida habían hecho los poetas en combinación con los cosecheros de vinos manchegos. La Coca-cola provenía de periódicas meadas de la Estatua de la Libertad, producto que era recogido y convenientemente envasado. Definitivamente se había descubierto un fraude de siglos.

Como había adquirido su mayoría de edad, a pesar de sus pocos años, gracias a la droga del doctor Swift, Pedrito pensó tomar la vida en serio. Los lunes apretaba tornillos en Alemania, en una fábrica de mulas mecánicas. Los martes enseñaba esperanto a una familia burguesa de Valladolid. Los miércoles hacía fotocopias de textos subversivos en las grandes oficinas secretas de los partidos clandestinos. Esta ocupación se tambaleaba, pues el ministro de Asuntos Secretos había pronunciado últimamente la palabra “apertura”. Los jueves restauraba cuadros de Dalí en Figueras. Los viernes hacía publicidad de filetes concentrados de ternera desde un helicóptero.

Los sábados era guía de turismo en Granada, al servicio exclusivo de turistas inglesas; solteras y mayores de noventa y cinco años. Los domingos tomaba descansina, el maravilloso producto inventado por el doctor Cryce, y volaba a América del Sur para tomar parte en los golpes de Estado que se sucedían semanalmente, orientado por agencias especializadas. Gracias a los rapidísimos medios de comunicación podía desarrollar todas sus actividades con prefecto ritmo y gran eficacia.

Todo acabó aquel día aciago en que se quedó en cama, sujeto por una fuerza poderosa, leyendo poesías de Gabriel y Galán. Era lunes y perdió el ovni que debía llevarle a Düsseldorf. Se levantó y salió a la calle. Gentes asombradas le vieron pasear por el Madrid viejo. Compró en el Rastro un “Winchester 45” por medio millón de pesetas. Se suicidó en la Puerta del Sol, junto a una parada de helicópteros.

LA MELODÍA DE JOHNNY LOEVE

Intenté con este cuento hacer un homenaje a Gonzalo de Berceo, nuestro primer poeta en lengua castellana, situando en un clima actual *Los milagros de Nuestra Señora*. Fue premiado en Orihuela con el premio “Gabriel Sijé”, en 1975, y publicado ese mismo año en una antología que recogía los trabajos premiados en ese concurso y patrocinada por la Caja de Ahorros de Nuestra Señora de Monserrate, en dicha ciudad.

OTRO DÍA LA TRISTEZA, CADA DÍA LA TRISTEZA. El martes vino Freddy con la droga. Ya era imposible resistir. Como siempre, llevaba todo el día intentando componer algo distinto. Mil veces tiré el saxo contra la cama, con impotencia. Los mismos sonidos de hastío, los ritmos gemelos, artificiosos, como gritos conocidos y rutinarios.

Mahalia, mi chica, se pasa el día acostada hasta su hora del cabaret. A veces me mira como un animal enjaulado y recobra sus ojos de niña. Eso me gusta, y ocurre cuando doy vueltas desesperado, cojo el saxo, lleno la habitación de sonidos rotos y lo vuelvo a tirar sobre la cama. Pero esa expresión le dura poco a Mahalia. Vuelven a enturbiársele los ojos y por ellos cruzan gentes errantes y doloridas, días pasados de ceno y luz.

Al fin contrataron a Fred Dylan en el “Ohio Park”. No cumplieron su promesa conmigo y contrataron a Fred Dylan. Canta bien, no estoy de acuerdo con Mahalia que lo trata de “romántico empalagoso”, pero debieron formalizar conmigo la promesa. Mahalia fue a ver al gerente y de nada sirvieron sus ruegos. “El público joven del Ohio Park prefería un cantante, no un solista que canta para variar”. Eso dijeron, pero no era cierto. El motivo era que también ellos se habían enterado de lo ocurrido en Los Ángeles...

En el “Gallo Rojo” la situación es insostenible. Dos veces había faltado sin previo aviso, sin haber dado una posible explicación. Mis condiciones físicas no me permitían ir... Otras veces llegaba con músicas gastadas, para sufrir desprecios y silencios.



¡Qué hermosos primeros tiempos! Los caminos eran largos, la andadura intranquila y lenta, pero el viento transparente, la primavera fiel, y siempre había un árbol junto al camino, y nunca faltaba la mirada alegre -llena de necesarias sorpresas- de una muchacha desconocida. Aún era posible raptarle a un pájaro un retazo de su canción y el viento traía notas desasidas como suspiros de seres y de cosas que uno podía recoger, o imitar, en una búsqueda apasionada. Yo era un solitario que intentaba traducir el respirar del mundo, el germinar secreto de la tierra, el inmenso latido de la vida. Caminaba solo, al ritmo de mi saxo, y el tiempo era un tiempo de esperas y el horizonte un horizonte de esperanzas. ¿Cuándo cambió todo? Pudo ser cuando formé parte del conjunto “Earth”, o cuando besé por primera vez a Mahalia. ¿Fue en un momento determinado que no puedo concretar o fui desposeído lentamente? Lo cierto es que fui sintiéndome otro, sin el aliento sobrenatural que me habían infundido los ojos de mi madre, en veladas que no sé si viví o soñé. Como todas las gentes que me rodean, he perdido la ilusión del amor total, no creo en él, he ahogado en mi ser su fusionado clamor de alma y cuerpo, y me he quedado en sus bajos, en los incompletos aledaños del sexo. La droga es un falso retorno de luz, la ilusión del roce de nuevas auroras para después caer en largas noches de angustia.

¿Acabado? ¿Quién ha dicho que estoy acabado? Aquella sesión de Los Ángeles... Aquel bosque de rostros despectivos, asombrados, irónicos, vistos en la penumbra de la sala. Aquel panorama de espaldas, de butacas vacías después del gran escándalo. Y yo con el saxo temblándome en las manos, no sabiendo si reír o llorar. Fue culpa de la droga, Mahalia lo dijo, de la droga y el alcohol. Abusamos un poco la noche antes. ¿Quién ha dicho que estoy acabado? Veo feo el mundo y no tengo nada que decir. Repito ritmos, notas, sonidos; son expresiones de otras expresiones rutinarias y pasadas, vacías. No me asiste el alma. Pero... ¿tengo alma?

El martes vino Freddy con la droga. Mahalia y yo comenzamos inmediatamente a fumar. El viernes cobrará Mahalia y podremos pagar a Freddy. Él marchó malhumorado; parece ser que está adivinando nuestra situación. Mahalia había dejado en el supermercado las últimas monedas a cambio de “whiski” y unas conservas. Comenzamos inmediatamente a fumar. Atrás quedaba el mundo, las frustraciones, la monótona lucha por alcanzar algo inalcanzable... Mahalia y yo estábamos solos en el mundo y el mundo era nuestro. El mundo era un globo de colores del tamaño de nuestra habita-

ción y en su interior danzábamos, flotando en un ritmo de sonidos nuevos, soñados, fugitivos.

Fue de pronto, en el momento en que Mahalia me besó. La miré a los ojos y sus pupilas se hicieron amplias como grandes avenidas por donde avanzaban hombres remolcando la miseria y el dolor del mundo. Todo era sucio y las multitudes pasaban gritando, perseguidas por una tromba de reptiles furiosos. Me cogí la cabeza entre las manos. Como si alguien hubiera oprimido un interruptor, mi mundo de colores quedaba en sombras. Era el retorno de la náusea. Cogí el saxo e intenté tocar. Fue sólo un alarido, un golpe cruel de aire roto, un rugido animal. Tiré el saxo. Mahalia me miraba asustada y sus ojos seguían siendo dos largas avenidas de llanto. Sentí una gran sensación de angustia y me puse a gritar. Y corrí a la calle tambaleándome, impulsado por una fuerza extraña, en desesperada huida. No sé el tiempo que anduve y así crucé largas calles solitarias, estrechas calles de barrios lejanos, y caí extenuado a la puerta de un club, dentro del ámbito de una música cercana, con sonidos mintiendo felicidad. Alguien me empujó con el pie y comentó riendo: “Se trata de un negro borracho”.

Fue el viernes cuando me llamaron al “Gallo Rojo” para rescindir el contrato. Me trajo la noticia Willie Smilh, el pianista. Las explicaciones fueron duras y claras. No era rentable mi actuación; el entusiasmo de los primeros tiempos se había enfriado y el público quería gente nueva. Marché al cuarto y Mahalia no estaba; no estaban sus cosas, ni el jarrón azul en donde escondíamos la droga. Casi me alegré de su huida, a pesar de la soledad. Los ojos de Mahalia se habían vuelto duros, irónicos, y en mis momentos de alucinación seguía viendo el mundo a través de ellos. Un mundo cruel y sucio, con ciénagas inmensas y multitudes febriles. Salí a la calle y entre gentes indiferentes que marchaban con prisa noté aumentarse mi sensación de soledad. Fue entonces cuando pensé ir al barrio de emigrantes, en donde ya había estado otras veces con Héctor Navarro, el sudamericano. Me gustaba pasear por aquellas calles más humanizadas que las del centro de la ciudad. Allí la gente sonreía siempre y había perros y niños jugando bajo los tilos. Me habían dado unos dólares en el “Gallo Rojo”, un resto atrasado, y pasé a un bar. El alcohol iba encendiendo antorchas, efímeras antorchas dentro de mi ser. Cuando salí a la calle anochecía y sentí un frío intenso. Pasé por la puerta de una iglesia. La puerta estaba abierta y por ella salía una ráfaga caliente de luz y un coro de voces serenas. Pasé a su interior; el ambiente era cálido y una gran muchedumbre cantaba. No me decía nada la canción, ni

un Dios en el que no creía, en el que no pensaba nunca, pero aquellas gentes hermanadas en la canción si tenían una luz distinta.

Fue terminado el acto cuando el templo quedaba solo y en silencio. Me aproximé a la imagen. Había estado cerca de ella y había escuchado palabras entredientes, en distintos idiomas, de gentes que se acercaban a orar. Yo no tengo fe. Yo no había tomado la droga ese día. ¿Quién obró el prodigio? ¿Qué me ocurrió? Miré los ojos de mujer joven de la imagen que tenía ante mí, y sus pupilas se agrandaron mostrándome un nuevo, soñado paisaje. Vi el mundo, algo tan inexplicable como un resumen del mundo; pero un mundo lleno de amor. Ciudades, avenidas con gentes alegres, hermanadas. Campos con hombres afanosos, entre el trigo y el salmo. Como una película iba pasando ante mí algo desconocido. Era alegre el trabajo, el amor transparente como un perenne manantial y el hombre se hermanaba a la flor y al pájaro y a todos los hombres de la tierra. Era posible el amor, una convivencia en el amor. La luz de aquellos ojos venía de otros siglos, estaba sobre el tiempo, fuera del tiempo, y debía tener su origen en alguna antigua estirpe de azucenas eternas. La verdad es que era una luz unidora, misteriosamente atadora. Una luz, un rocío, un bálsamo precioso. Yo sentía el dolor de la esperanza que siempre conocí y sentí hondamente.

No era una luz propicia a la evasión, más bien una luz que por sí sola encerraba el diálogo y se multiplicaba tapizando la vida, frente a toda tiniebla. ¿Cómo a través de la fría materia que utilizó un anónimo escultor pude ver redenciones? Sentía, por primera vez, mi ser cruzado por lo sobrenatural, como ráfaga salvadora.

No sé el tiempo que estuve allí. Miré a mi alrededor, parpadeaban los cirios y estaba solo. Salí corriendo, atravesé calles y calles. Debía estar muy avanzada la noche y la ciudad dormía. Llegué a mi cuarto jadeante, poseído por una desconocida y alegre locura. Cogí el saxo y empecé a tocar. Fue todo tan fácil... Las notas fueron suspiros, risas, llantos; el relato de un mundo con amor. Había visto un mundo limpio y estaba describiéndolo musicalmente; sus orígenes de pureza, su posible continuidad. Todo impulsado por un aliento desconocido. Y compuse el más bello relato de amor, la melodía de unos ojos puros.

Visité a Héctor Navarro, el sudamericano. Tenía necesidad de explicarle a alguien mi aventura. Héctor Navarro es poeta y creyente. Al principio quedó algo sorprendido, pero pronto lo vio todo tan natural que el sorpren-

dido fui yo. Me contó hermosas y viejas historias de milagros y juglares. Me dijo que la Virgen, la Madre de Dios, siempre había sido amiga de artistas y hombres tristes. Yo lo escuchaba escéptico, a veces entusiasmado. Luchaban dos hombres dentro de mí. Yo no tengo fe pero siento iluminado mi interior, algo se enciende en mi interior. ¿Será esto la fe? Dijo cosas bonitas que en sus labios sonaban a verdades, una larga letanía de frases de alabanza. La llamó ánfora acariciada por Dios, cosedora de brisas para los hombres rotos, doncella apoyada en el quicio de la niñez del mundo para envolver al hombre con su mirada de miel poderosa, instrumento de nieves para un mundo en sequía... Dijo que llegar hasta ella con el corazón limpio era cursar un peritaje de azahares y rocíos, que junto a ella se conserva un rumor de infancia y hay siempre un viento de fruta cumplida. La llamó colmena de néctar y milagro del amor de Dios conseguido en un manejo sobrenatural de cristales y soles. Ella guarda, dijo, toda la risa de los niños y todas las lágrimas de las madres del mundo.

Yo estaba absorto; la palabra poética de Héctor Navarro hacía blanco en mi corazón tan necesitado de brisas limpiadoras. Había viajado mucho y me dio noticia de paisajes y costumbres en torno a la Virgen María. Dijo que en Nazaret aún huele el aire a azucenas porque el tiempo no podrá borrar la huella de su andadura, de sus limpias humildades. También me habló de su niñez en Guadalupe, de enfervorizadas peregrinaciones, de consuelos y testimonios. Pronunció oraciones aprendidas de su madre, sencillas y claras, orladas de un candor primario, como el poema escrito por un niño.

Yo había llevado el saxo y toqué la balada. Héctor Navarro lloró emocionado, en silencio, y pensé que sus lágrimas limpiaban algo el paisaje triste de mi vida.

He vuelto al “Gallo Rojo”. Les ha gustado; nunca pude creer que el entusiasmo llegara a tanto. Primero pensé que no debía tocar la balada allí. Pero sí, lo necesitan. Son buena gente sucia. Cuando estaba tocando pensé que mis sonidos limpiaban algo de sus vidas, también la mía. Creo que hasta olvidaron su sexual frenesí... Los aplausos ininterrumpidos, el asedio entusiasmado, no impidieron mi huida. Aparté a Mahalia que me acosaba con su mejor sonrisa, a Freddy que me ofrecía la droga entredientes, a los del “Gallo Rojo” con el contrato escrito con urgencia. Nadie podría sujetarme allí. Corrí con mi tributo de viento enamorado, de alma repartida a

mi manera. Pude desprenderme, salir, correr hacia el barrio de emigrantes, hacia la iglesia.

Cuando entré estaba llena, se habían reunido para iniciar alguna de sus ceremonias. Fue un impulso irresistible. Me abrí paso hasta la imagen y alzando el saxo empecé a tocar. Primero fue un rumor de sorpresa entre los reunidos, unas manos fuertes que intentaban arrastrarme hasta la calle. “Es un negro loco”, oí. Logré desasirme, seguí tocando el saxo; mi mirada buceaba la pureza infinita de aquellos ojos. Se hizo un silencio profundo. Ya nadie dijo nada, nadie intentó arrancarme de allí. Me sentí como de viento, de nube... Lloraba y reía. Mi música llenaba la iglesia de sonidos nuevos, de luces sonoras, de sombras derribadas, de trinos y llantos. Ella acentuó su sonrisa. Yo la vi sonreír.



LA AVIONETA

Premio “Hucha de Plata”, en 1989. Publicado en Madrid, dentro de la antología que editó los trabajos premiados en ese concurso, también publicado por *Revista Velezana*, en su número 9 (1990).

Durante años, la creencia casi generalizada de que fantasmales avionetas manipulaban nuestros cielos para impedir la lluvia, hizo que yo, no creyendo en tan fantástica crueldad, inventara esta fábula sobre el asunto, cuando la posibilidad de esas maniobras atemorizan a nuestras gentes veleznas, al norte almeriense y a pueblos granadinos y murcianos, limítrofes.

SU PASIÓN POR VOLAR, POR VER DESDE LA ALTURA AQUELLOS CAMPOS QUE AMABA, por sorprender desde arriba a una bandada de calandrias, por el lado bonito de las alas, y a las largas besanas en que toda su estirpe había dejado un mar profundo de sudores cumplidos, y localizar las plazuelas con recuerdos del despertar a la vida orlado con los besos de la madre, del despertar al amor acariciando aquellas trenzas rubias de Mónica, entre juegos y canciones; del despertar al dolor cuando el pueblo se llevó al padre muerto, por la larga calle de la iglesia, dejando en la memoria un legado de cirios y campanas.

Jerónimo, en su largo peritaje de afanes voladores, había llegado tarde para lograr la gloria de atravesar océanos, de llegar a ciudades distantes con multitudes en espera, enardecidas, con ofrenda de besos y flores, tal como había visto en viejas películas rememorativas; había llegado tarde ¡felizmente! para ser héroe en cielos de guerra, en tiempos del odio... Jerónimo, en el límite de sus entusiasmos, cuando logró ser un virtuoso por los caminos del aire, no había posibilidades de horizontes de hazaña y acabó de eficaz fumigador de naranjales en la huerta valenciana. Era un feliz ayudante de las primaveras, unía aquel deseo de acabar con rutinas de siglos, con el gozo de sentirse pájaro en plenitudes de libertad; gozaba sobre los campos verdes que él hacía más frondosos y brillantes, con la alegría de vencer la impotencia de sus largas generaciones campesinas frente a plagas exterminadoras. Cuando en su quehacer cotidiano divisaba desde su avioneta los campos en

flor, o los campos heridos, se creía un eficaz, novísimo capítulo en el relato agrícola de España, y se sentía cercano en emociones a aquellos abuelos que arañaban la tierra con arados romanos, enterrando la semilla entre el temor y la esperanza.

Un día comprendió la aventura de volver, en horas libres, sobre sus paisajes de niñez, sobre sus paisajes andaluces, desvalidos y secos, sobre el pueblo de esquinas encaladas, pórtico de la historia de su peripecia de hombre. A veces una calle vista como una cinta de guirnalda irrepitable, una parcela de amapolas, una esquina perdida..., desde la balconada de los aires era el repaso de los inicios de su historia; y volvía una y otra vez a volar sobre el pueblo, en un regreso a su niñez feliz y pajarera.

* * *

Ya hacía varios años que sobre la comarca volaba el murciélago de la sequía, y en el acecho de los televisados mapas del tiempo se acrecentaba la desesperanza al comprobar un sureste con tenacidad de soles despiadados. Quebrada la gleba, perdido el oscuro espejo de los pozos, anulado el ejercicio de los ríos... En la inútil espera de las ramblas disimulaban las adelfas, bullía un milagro oculto de lagartos, y piedras de salitre retrataban la cruel indiferencia de las estrellas. Esqueleto de árbol, cenizas de impotencia en los nacimientos del trigo, tiempo de iras calladas.

No eran tiempos propicios a la rogativa, y en el desahucio de santorales un San Isidro de sonrisa candeal yacía en su abandono de súplicas, en su ermita perdida en las besanas. De vez en cuando aparecía el brote de una antigua selva de fervores y alguien reclamaba andas y cirios para sacar al santo de cara a horizontes quemados. El cura, algo incrédulo, resistente a relacionar los favores divinos con los fenómenos atmosféricos, decía:

-No está el tiempo para llover, no aparece en el cielo ni una nube prometedora, habría que darle algunas facilidades al santo.

Ante la indiferencia o el escepticismo del cura, que había perdido su vocación de líder del prodigio, de provocador oficial del milagro, las pupilas campesinas interrogaban con ira a la tierra, al maltratado abanico de horizontes, desengañadas de explorar largamente a los cielos, y en los labios hormigueaba una tentación de blasfemia ante el imposible nacimiento del salmo. ¿Qué maldición de siglos sobre esta tierra quemada? A veces las nubes quedaban inmóviles, prometedoras sobre las súplicas de la sementera, como

burla o engaño, pues siempre llegaba un viento barredor desnudando los cielos.

Recordaban los viejos campesinos aquel año remoto de la gran nevada, cuando rebosaron los graneros y hubo que vender en la era los grandes montones de cereal, y los corderos crecieron rápidos y parecían los mismos que había dibujados en las estampas de primera comunión de los niños, y el campo era un festival de pájaros. Recordaban los campesinos tiempos fecundos y los relataban a los jóvenes, como relata el marino la victoria final de una gran batalla, como un cuento feliz, irrepetible.

Se habían convertido los pájaros en espías del rocío, los pájaros que no habían huido a otras tierras más afortunadas, resistiéndose en la sombra áspera del tormo, perdida la facultad del trino. Los pozos se habían hecho más profundos, poblándose de sordos ecos estériles, y decían las madres que hasta los recién nacidos tenían un llanto seco, sin el bálsamo consolador de la lágrima. Ya era el verde un color soñado en noches de esperanza o pesadilla, un color sólo visto en los paisajes mágicos de los televisores, y para los niños que aprendían a leer había palabras fantásticas que poblaban su mente de interrogaciones: fuente, pradera, manantial, riada... Con rotas palabras de muerte y de caliza, algún demonio agrícola escribía sobre el pergamino arrugado de la tierra la historia de la sed.

* * *

En estas circunstancias volvía Jerónimo a volar sobre un pueblo con equipaje de añoranzas, en el grato espionaje de geografías primarias, creyendo sentir que desarmada la técnica por el preponderante impulso del corazón, orientación y fuerza, más que producto de un motor era tirón de sus raíces. Volaba ensimismado, sobre los tejados bajos, en pasadas constantes, retando en el alma, a través del gozo de las pupilas, aquellas plazuelas de los juegos, aquella azotea con el recuerdo de la madre joven tendiendo ropas, aquella reja del amor... Apreciaba el dolor del paisaje, la áspera cicatriz de los barbechos, de una decadencia de geranios por balcones cerrados, una ausencia de pájaros, despobladas las veredas del aire..., pero no adivinaba la angustia infinita de aquellos seres que se movían por calles y caminos con un afán sin meta, como en sonámbula desesperanza.

Un día alguien empezó a decir: -Es la avioneta, era seguro el temporal y ha llegado descorriéndole cortinas al sol...

Aquella voz de alarma y denuncia traía viejos ecos, fatídicos ecos escapados de cavernas de siglos remotos y un transfondo instintivo de lucha frente al poder arrollador de la máquina, siempre misterioso y avasallador para mentes elementales. Fue repitiéndose la denuncia por cortijadas, por pueblos y campos.

-Es la avioneta, cuando surge una nube siempre aparece la avioneta...

En efecto, un ciego designio o una desafortunada coincidencia unían los vuelos de Jerónimo, en romántica búsqueda de los recuerdos del pasado, con una huida de nubes y un crecer de desesperanzas. Aquella voz de alarmas ya era un clamor, queja que afilaba las lanzas del grito, explosión de iras contenidas.

Decían que allá por tierras levantinas se hacían grandes plantaciones de tomates, y que sus dueños, temiendo que aguaceros o granizos lastimaran las delicadas plantas, enviaban la avioneta a las tierras altas de las provincias limítrofes, puntos clave en donde era más propicia la formación de nubes. Despegaba la avioneta, en su infame maniobra, de un imaginario aeródromo secreto y volaba en busca del enemigo imaginario, de un fantasma disperso en tules y algodones por las infinitas esquinas del cielo. Algunas de las personas más instruidas de la comarca, preocupadas por las proporciones que tomaba lo que en principio fue un rumor, dijeron haber indagado y que era posible disolver las nubes lanzando sobre ellas sales de plata, en un rociado desintegrador. En las mentes campesinas perdió todo su prestigio de siglos el noble metal, y aquel producto desconocido se identificó con saliva de diablo y orines de bruja en noches de aquelarre.

Se sucedía la aparición de nubes, la frustración de lluvias, el dolor de fechas en un yermo calendario de frutos y simientes... Se empezaron a hacer concentraciones campesinas, reuniones de protesta en que se tomaban decisiones tan serenas como la de elevar la queja al Gobernador Civil o a la Junta de la Comunidad, o decisiones promovidas por mentes exaltadas, como la de enviar un representante a cierta nación extranjera para que intentara conectar con traficantes de armamento, con la pretensión de comprar un cañón antiaéreo. Al fin preponderó una idea más casera, una idea que llegaba, como sopro feroz por la sangre, desde generaciones guerrilleras y, como si de una nueva invasión napoleónica se tratara, empezaron a engrasarse las viejas escopetas y las modernas escopetas repetidoras, y los hombres cazadores, que eran casi todos, revisaron su cartuchería preparada para el jabalí, con postas

y balas infalibles. Se nombraron vigilantes, se estableció una red por toda la comarca para el espionaje de los cielos, se organizó una tropa con capitanes decididos y se dieron guerreras consignas. Había sido desenterrada el hacha de la guerra, de nuevo se levantaban hacia el sol sus oxidadas ferocidades.

Un día avisaron por teléfono, desde el pueblo vecino, acababa de pasar la avioneta, y cumpliendo un plan largamente estudiado corrieron hombres hacia todos los puntos altos. Se erizaron de cañones los picachos de la serranía próxima, los campanarios y las más elevadas azoteas.

Apareció la avioneta; primero fue el odiado ruido de su motor, después se divisó como un ave nefasta entre el hilván de nubes, y al fin apareció sobrevolando el pueblo. En lentos círculos fue descendiendo hasta una altura de tejados, hasta casi rozar los campanarios. Temblaron los dedos en los gatillos, las pupilas acercaron sus aguas de odio al dirigir los puntos de mira hacia el piloto, y cien escopetas escupieron su plomo desde la paz de los campaniles.

Se desplomó la avioneta con un estruendo de muerte, cayó sobre la calle desierta en tromba de fuego y de metales fracasados. Jerónimo vino a morir en aquella calle siempre soñada de sus juegos infantiles. Allí había nacido al amor y allí llegaba a la muerte por oscuros designios.

Fue instantánea la huida del sol, se cerró el cielo y comenzó una lluvia torrencial, como una aceptación de dioses terribles ante la consumación de la víctima propicia, o quizá aquello era el infinito llanto de los ángeles.



CASIMIRO EL TUERTO

Conseguí con este relato el premio “Ciudad de Hellín”, en 1989. Ha sido publicado en varios libros y revistas: *Batarro*, *Revista de Asociación de Editores Andaluces*, *Anuario de la Fundación de Flamenco de Jerez*, etc, siendo, según creo, uno de mis relatos más difundidos.

LA RAFAELA ERA TUERTA DEL OJO CONTRARIO, ES DECIR DEL IZQUIERDO. Sería por eso por lo que al encontrarse en la feria de Olivarejo, entre tanto gentío, se quedaron parados el uno frente al otro como si hubieran andado en largos días de búsqueda. Quedaron quietos, inmóviles, como en un tiempo de milagro, barruntando la estirpe, como si hubieran llegado a una meta soñada y esperada desde un largo calendario de días y fatigas. Así estuvieron un buen rato, antes de entrar en conversación y conocimiento.

Era la Rafaela una gitana joven y esbelta, con ese señorío popular que suele darse en su raza, con su cuerpo de armonías rotundas. Su cara no era bonita, pero tenía las sales de la gracia, y hasta la constelación de hoyitos por su morenez, mordisco de sarampiones, tatuaje de infancia desvalida, tenía cierta belleza de cicatriz vencida. El ojo sano era decididor y alegre, con elocuencias multiplicadas. El ojo inútil, como defendido por hermoso almenar de pestañas, asomaba a veces como dormido por la rajita leve de los párpados entornados.

Casimiro era tuerto de otro modo. Sintió un día una sorda explosión, una espina devoradora en la pupila, y los médicos dijeron que había que sacar el ojo, y lo sacaron, y quedó la cuenca vacía en todo su descaro, los párpados plegados, como huidos hacia la mejilla y la frente. Así estaba cuando el encuentro con Rafaela, cuando el primer encuentro en la feria de Olivarejo. Lo del ojo artificial fue después.

La gente había inventado historias de reyerta, diciendo que el ojo sucumbió en noche de vino y de navajas, pero no era cierto, y a veces contaba Casimiro, entre dolorido y furioso, que había sido consecuencia de aquella enfermedad de misteriosa y traidora puñalada. Era cierto, Casimiro nunca

fue gitano pendenciero, era dulce y tranquilo; su ojo tenía reflejos de ternura cuando miraba a un animal o cuando descansaba su mano sobre el hombro de algún compañero de abandonos, y esa ternura se manifestaba a veces en sus mejores momentos, en melismas recónditas del cante.

Fue feliz y esperanzador aquel encuentro con Rafaela, pero duró lo que la llegada de un rayo de sol equivocado en una jornada de tormentas. La vida del gitano, azarosa y nocturna, animando reuniones por ventas y tabernas, le llevaban irremediablemente a largas tempestades alcohólicas, a madrugadas del aguardiente. A veces corría a ver a la gitana, desarmado el semblante, a punto de derrumbe el cuerpo espigado y seco, arrastrando la guitarra martirizada, vencidos los sonidos de la palabra. Un día Rafaela, que albergaba temores de alcoholismos irredentos en su estirpe, de sufrimientos infinitos, le dijo decidida: -No vuelvas nunca. Más que por su dureza de palabras quedó ahuyentado por el gesto; comprobó que sus labios habían perdido la invitación al beso, que el único ojo había quedado inmóvil, sin sus juegos de río.

Fue cuando pensó en la posibilidad de instalarse un ojo artificial. Un compañero de juerga le había hablado de estos tristes recursos, y marchó a la capital en busca del remedio con los escasos ahorros de aquella vendimia francesa, que guardaba celosamente, soñando en su boda con Rafaela. Quedó colocado aquel ojo muerto y quedó Casimiro optimista y maravillado, sintiendo una restauración definitiva de su ser. Corrió jubiloso por las calles de la ciudad buscando espejos y escaparates en donde mirarse; tenía el ojo inmóvil igual que el ojo sano, los mismos tonos dorados por la pupila, el blanco coloreado por los martirios de la sangre, y hasta aquella sombra soñadora en el mirar.

Corrió al pueblo, pulsó la admiración de los conocidos y se apresuró buscando a la gitana, su ilusionada meta. Ésta, al verlo, quedó seria y sorprendida, como ante un prodigio, para acabar riendo como loca. Huyó Casimiro de aquellas carcajadas burlonas, buscando el refugio de las tabernas. Contó la historia a voces, a la concurrencia de amigos ocasionales: -¡Ella pudo haber sido mi ojo derecho!, gritaba riendo, en las cumbres de la borrachera.

Se fue quebrando su voz cansada, y apenas buscaban su compañía los señoritos jaraneros, siendo la burla y el desprecio como sombra heridora tras sus pasos. El ojo de cristal se le salía de la cuenca, se le perdía en cada borrachera, quizá por la desmesura de los gestos, por algún violento bai-loteo... y luego andaba buscándolo por los rincones tabernarios, por las

sórdidas callejuelas, a veces bajo las alamedas del río, a donde iba a calmar sus resacas en algún que otro amanecer. Siempre lo encontraba, siempre coincidía su mirada con la mirada muerta del ojo perdido, retornándolo a la cuenca vacía.

Pasaba las mañanas buscando el sol de las esquinas, y cuando pasaba algún vecino camino del trabajo y le gritaba -Casimiro ¿qué haces ahí?, la contestación era siempre la misma, lacónica, inalterable: -Oreándome. Como si esperase de los vientos y de los rayos del sol una infusión de vida para su ser en acelerado proceso de derrumbe.

Un día vio, desde su esquina de sol mañanero, pasar a Rafaela con los suyos. Iban alegres, camino del mercado, cargadas sus bestias con un primor de artesanías humildes; los viejos serios, erguidos con majestad sobre las caballerías, una larga escolta de niños reidores, y Rafaela junto a un gitano esbelto, con actitudes y gestos de amor.

En aquel instante sintió Casimiro cerrarse totalmente su ya largo proceso de soledad, agrandarse de forma infinita su desvalimiento. A partir de aquel día fue una sombra errante arrastrando una guitarra, abandonado de su escasa familia, mendigando por bares y tabernas, durmiendo en las eras, al calor de los hornos de cocer pan; las manos temblorosas de súplica, los pies en el dudoso caminar de desamparo, apenas rastro de hombre.

Pero una mañana amaneció distinto, había dormido acurrucado en un rincón, huyendo del frío, en uno de los hornos del pueblo, indiferente al trajinar de los panaderos durante toda la noche, y despertó entre olores de pan cocido, con una extraña sensación de felicidad. Había estado soñando la noche entera con Rafaela, había gozado de sus besos, había acariciado sus pechos morenos, espiados en aquel remanso del río, en una época más feliz; había pasado por el sueño todo el deseo no cumplido de un proyecto de vida. Despertó, se abrazó a la guitarra abandonada a su lado y empezó a tocar un improvisado relato sonoro de sueños felices, en acordes mágicos, como de una partitura dictada por Dios.

Reían los panaderos: -¡El gitano amanece alegre!, decían.

Todo el día lo pasó Casimiro bajo los efectos de su ensoñación, alzada en la memoria la visión de Rafaela como un estandarte. Al anochecer buscó sus habituales ambientes, encontró a un grupo de antiguos conocidos que intentaban crear un clima de fiesta. Habían traído a un famoso cantautor de la capital.

Lo aceptaron entre burlas y desprecios, acaso como elemento moribundo que traía el recuerdo de lejanos momentos felices, acaso porque pensaban que en los delirios de la borrachera tendrían el elemento esperpéntico preciso, la nota cómica de aquel ser destruido que a veces intentaba regresar los duendes antiguos de sus mejores tiempos.

Se encendió la fiesta, avanzó la fiesta avivada por las bengalas del vino. Intentaban los reunidos llegar a una comunión de sentimientos con el cantor; fracasaba el intento. A aquel hombre serio y entendido le fallaban los duendes; embriaba los cantes con su poderío de técnica y de voz, pero al final algo así como una niebla fría llenaba el ambiente y el sentimiento no enlazaba sus brotes de contagio.

Llegó un momento de desasosiego, de artificio de tramoya festera, de aburrimiento colectivo.

Fue entonces cuando, inesperadamente, en un arranque enajenado, Casimiro *el Tuerto* lanzó un grito, una queja tremenda agrietada en armonías, y su guitarra entabló un diálogo delicado y valiente en busca de la voz, y brotó el cante con desgarros profundos y flecos de ternura. Fue algo así como el grito de todos los seres solos de la tierra unidos en una sola voz, como el estertor de un moribundo que se eleva valientemente hasta conseguir sonidos de juventud; un grito alzando puñales y látigos, arrancando geranios, aventando cenizas, llenando la taberna de un viento cálido y frío a la par. Acabó el gitano su cante y salió corriendo del local, con una fuerza inesperada, arrastrando la vieja guitarra, perdiéndose en la noche.

Todos los presentes, sorprendidos y absortos en un principio, después electrizados por el escalofrío tremendo, heridor, de aquel cante, tardaron en reaccionar ante lo que ocurría. Cuando salieron a la calle en busca del gitano, éste ya se había perdido en la oscuridad.

Corrió hasta el río, llegó hasta la ribera del río, como tantas veces, pero sintiendo una sequía en todo su ser y algo como un puñal que le escarbaba en el corazón. Oía un corro desesperado de infinitas voces gritando su nombre.

Se puso de bruces en la orilla, se agachó sobre el agua para beber y sintió una última, una definitiva puñalada en el corazón, una última puñalada de soledad. Se desprendió como una inmensa lágrima el ojo de la cuenca y quedó entre los guijarros, con la mirada muerta mirando a las estrellas. Se perdió la guitarra arrastrada por las aguas del río. Estaba muerto y seguían las voces que gritaban su nombre buscándolo en la noche. Asomó tras los montes cercanos la luna llena y estaba próximo el amanecer.

EL HOMBRE DE GRINZING

En mis viajes por diversas partes del mundo siempre me impresionó el encuentro con sefardíes, esa España vigente y alejada. Ya dio lugar el tema a un poema en mi libro *Los regresos*. Es el testimonio de un asunto vivido por mí. Se publica en esta antología por vez primera.

SAMUEL TOLEDANO LLORABA MANSAMENTE EN EL RINCÓN OSCURO DE AQUELLA TABERNA DE GRINZING. Solitario, inundado de vinos agrios, lloraba mansamente.

Regresamos aquella tarde de Praga, con postales de bosque en los ilusionados ojos del grupo de españoles a los que me había correspondido conducir e informar por el triángulo mágico -Praga, Viena, Budapest- de la vieja Europa. Como guía de turismo, después de muchos años de familiarizarme con gentes y paisajes, había entrado en posesión de los demonios de la rutina, que me traían con frecuencia por caminos de aburrimiento. Pero a veces no era así, como en aquella ocasión en que el grupo de andaluces y castellanos eran alegres y comunicadores, y llevaban una guitarra que llenaba de alegría y añoranza sonora los trayectos del viaje.

Después de varios años repitiendo aquel itinerario, Viena era para mí una ciudad sin amigos, tediosa y casi odiada. A veces me desentendía de los grupos, dejándolos en manos de los guías locales, y me encerraba en la habitación del hotel para leer o dormir, matando el tiempo. Otras los seguía automáticamente, por iglesias y palacios; iba a aquel salón cursi amañado para turistas, en donde de siete a ocho bailaba el vals la misma pareja, desde hacía muchos años, en donde daban un mal champán con sabores de gaseosa proletaria; aquello era lo que peor aguantaba, y sobre todo sentía náuseas cuando algunos grupos de turistas -fauna internacional seriada- se levantaban por parejas e inundaban la pista tratando de emular las fiestas galantes del Imperio Austriaco. Pero sí me gustaba ir a la taberna del barrio de Grinzing porque allí, ante el vino sin tasa, rodaban caretas, se intimaba velozmente, y era meta y camino la alegría. Y más aquella noche con el extraordinario grupo de gente vitalista, unido a otros grupos de gentes hispanoamericanas con los que se fraternizó de forma natural e inmediata, como en encuentro



familiar, llenando el aire de canciones y decires, poniendo en la fiesta una sabia armonía a veces quebrada por un quejido de añoranzas.

No podía imaginar que en un momento frívolo de la fiesta, en un paréntesis de coros regionales, iba a conocer al sefardí Samuel Toledano, el que después sería mi amigo, la perenne cita de todos mis retornos a la ciudad, ya sin tedios posibles..., ayudándome, desde su hispanidad fecunda en lejanía, a conocer mejor el espíritu de una España truncada, el aliento perenne de las Españas peregrinas.

Lo descubrí cuando se hizo el silencio y comenzó el llanto largo de la guitarra. Samuel Toledano lloraba mansamente, en un rincón oscuro de aquella taberna de Grinzing. Después supe, cuando comenzó mi conocimiento a través del inicio de aquella noche, por qué lloraba.

Solitario, inundado de vinos agrios, lloraba mansamente. Fue como si voces de estirpe despertaran de pronto su orfandad de patria, y un atávico grito, con uñas y suspiros, le cavara el corazón; un grito que venía de un agonizar del siglo XV, que se había transmitido a través de sagas familiares, antorcha irrenunciable, grito hispano con ecos arcaicos, flecha hacia la desesperanza...

Quizá sentía el dolor de no poder unir su voz a aquellos coros, atendiendo a un mismo respirar de idioma, porque él era un eslabón desprendido en remotos cataclismos históricos de la larga cadena de la estirpe. Los sonidos de fiesta, como aldabonazos en la sangre, despertaron su herencia de añoranzas, alimentada por el relato de voces sucesivas, pensando su voz -pasada, alada y pretérita- cantando el mismo romance a través de cinco siglos; habiendo espiado sus ecos doloridos desde Estambul a Salónica, y por muchas esquinas del mundo habitadas por hermanos de la diáspora, en el dolor de las persecuciones, en el gozo de los encuentros...

¿Cómo era posible el dolor del desarraigo, de generación en generación, sólo a través del cálido relato, de la transmisión oral continuada? Acaso sean milagros de un idioma que hace que la aurora sea más aurora cuando se le nombra; milagro del tartamudeo de palabras hermosas, defendidas del cerco de las voces del mundo, acusadoras en el tiempo.

Fui descubriendo que el alma de Samuel Toledano era un laberinto de callejuelas empedradas, con balcones luminosos en donde florecía el geranio. Llevaba una voz repetida por el sueño, entre trinos perdidos y martillar de plateros, a veces grito enhebrador de historia, a veces manso dialogar de arpas con laúdes, salvado de una remota ceremonia.

Cuando volví a España, aprovechando un mes de vacaciones, intenté aproximarme, por medio de historias y leyendas, al apasionante y desgarrar-

dor mundo de la vida, expulsión y diáspora de los judíos españoles. Descubrí mi apellido en pergaminos viejos, que acaso pertenecieron a inquisidores con largas listas de judíos conversos. Descubrí que mi carne era también carne de destierro, redimida por simulaciones o convencimientos. Descubrí que las dictaduras reales siempre fueron espoleadas, en los momentos decisivos, por la ignorancia y el fanatismo de las gentes, víctimas a su vez de deformadas verdades evangélicas. El reptil de la calumnia atravesando, astuto y tenaz, las singladuras de la historia; caretas y pedradas por todas las esquinas del odio, alacranes enfurecidos de la envidia...

Seguí las rutas del desamparo, de las marginaciones del hombre por el hombre, los calendarios de la intolerancia, la cadena de crueldades cumplidas, los destierros del pasado, los exilios recientes, los grandes desamores de la Historia, y empecé a comprender por qué lloraba Samuel Toledano.

He vuelto por Viena, esta vez acompañando a un grupo de gente murciana. He sido feliz con este grupo; tienen la curiosidad inteligente del viajero, tan opuesta a la superficial mirada del mal turista. Por esto me ha gustado enseñarles, ante la ausencia por enfermedad del guía local designado, las indiscutibles bellezas de la ciudad, junto a las originalidades locales, es decir, desde el palacio de Belvedere hasta la noria gigante tan conocida por la película *El tercer hombre*.

Pero estaba deseando ir con el grupo a la vieja taberna de Grinzing, aunque pensaba que acostumbrados a los recios y sabrosos vinos de su tierra, no les gustaría el vinillo amargo de las riberas del Danubio; pero mi interés estaba en mi cita, en aquel lugar en que nos conocimos, con el amigo sefardí.

Cumplieron los murcianos con el vino extraño y con la alegría; tomó la fiesta de dimensión de hermandad con otras gentes, y se añadió la voz y el aliento de Samuel Toledano, que cantó un romance con voces perdidas de castellano viejo, dolorido el sentir.

Al día siguiente nos acompañó en una gozosa singladura, por uno de los brazos del río, y yo le hablaba de cosas españolas, intentaba describirle paisajes y ciudades, y sonreía entusiasmado como si le hablara de cosas sabidas, y hasta creí ver por sus pupilas cruzar, como una película proyectada por el alma, lo que intentaba describirle.

Alguien nos dio un clavel, debía de ser un clavel importado, quizá cortado en una huerta española. Samuel Toledano lo besó y lo tiró al río. Lo vimos perderse, Danubio abajo, como una gota de sangre de España.

EL ANGELO RELOJERO

El viejo reloj de la iglesia de mi pueblo, Chirivel, sigue funcionando gracias a Manolo Otaño, excelente párroco, tan querido por mí y mis paisanos. Darle cuerda al bello artefacto es un forzado trabajo de la Edad Media: subir las empinadas escaleras de la torre y mover las palancas del complicado engranaje. Claro está que para Manolo, nuestro buen cura, darle cuerda al reloj es sólo un pequeño adorno a su gran labor que consiste en un testimonio espiritual sin límites; por eso es justo le dedique este relato, que publico por vez primera. Casi todo lo que cuento de sus averías es cierto... Preguntará alguien: - ¿También lo del ángel? Así lo creo, responderé. Mis lectores conocen que por cualquier esquina de mis relatos puede aparecer un ángel salvador en el momento más preciso.

UN CAPÍTULO MÁGICO EN MI VIDA DE NIÑO FUERON AQUELLOS AÑOS EN QUE EJERCÍ DE MONAGUILLO A LAS ÓRDENES DE DON JACINTO, aquel cura tan poco sermonero, siempre entre la anarquía y la santidad.

Meter la cabeza en aquellas grandes arcas era oler el misterio de siglos litúrgicos; aquel olor en hibridez de incienso y cera, de la sacristía, de las enormes capas pluviales con bordadas rosas amarillas, deflecado el oro viejo, que sacaba don Jacinto, desdoblándolas con solemnidad en las grandes conmemoraciones... Y el vino dulce, y las obleas engullidas a prisa y escondidas, bajo el disimulado conocimiento del cura, que aportaban el sabor necesario, los sabores primarios de lo prohibido, en aquel trajinar de la inocencia. Y el jolgorio de latines pascuales, o el lamento de entierros y semanas santas, que tomaba en la voz aflautada de don Jacinto calidad de trino o de lágrima, según las circunstancias, en el tono y el gesto, pues sólo él era conocedor de aquella herencia de palabras muertas.

Lo que más me maravillaba era subir por la empinada escalera de la torre llegar hasta la gran maquinaria del reloj, quedar contemplando aquel universo de ruedas y engranajes para medir el momento de fuga de los días, con pulsaciones lentas y secretas. A veces creía oír quejidos escapados, como de

cansancios, de aquel ordenado bosque de metales, y otras veces como gritos ahogados, y un inicio de risas, entre el silencio activo de los ejes.

Pero mi gozo mayor era subir jadeante tras el cura, cuando diariamente, siempre a la misma hora, iba a darle cuerda. Se quitaba don Jacinto la sotana, se arremangaba la camisa y accionaba la palanca de la rueda gigante, como un rito más de sus sagrados menesteres, pero en estas ocasiones despojando su quehacer de solemnidades y dándole un sudor de esfuerzo obrero.

Cuando al cabo de los años recuerdo a aquel cura, siempre me lo imagino libre de disfraces, sudando en el quehacer de alzar las pesas del gran reloj, desvelado por tener a sus feligreses en información de las horas propicias para el trabajo o la fiesta, o me lo imagino repasando sus almanaques de la pobreza, más allá del incienso.

En cierta ocasión, durante una borrasca, se había roto el cristal que protegía la esfera, y se adelantaba el reloj, sobre todo en primavera, y decía don Jacinto que esto pasaba cuando descansaban sobre el minuterero una familia de gorriones. Y aquella vez en que se empeñaron las golondrinas en anidar sobre su esfera, y empezaron a transportar barro desde la rambla, tapando varios números, tomando por soporte el minuterero, no hubo más remedio que encargar un nuevo cristal para tapar la esfera, levantar andamiajes y defender a las manecillas de los dulces ataques de los pájaros.

Eran tiempos en que aún no tenía la gente relojes de pulsera; sólo algunos señores guardaban en el bolsillo del chaleco solemnes relojes heredados. El reloj parroquial era importantísimo, se oían con claridad sus campanadas en muchos kilómetros a la redonda y, en días serenos, hasta en pueblos vecinos. Señalaba final de faenas, inicio de sementeras, etapas de pastoreo, cita de enamorados..., principio y fin de gozos y sudores. Por todo esto cuando, pasado el tiempo, quedando en lejanos horizontes aquellos aconteceres de monaguillo con don Jacinto, y siendo alcalde del pueblo, me apresuré a tomar medidas para que empezara de nuevo a funcionar la campana, ya que había enmudecido y los vecinos andaban como desconcertados, espiondo los pasos del sol en adivinación de las horas.

Subí a la torre con el cura joven que por entonces gobernaba la parroquia, pues don Jacinto había muerto muchos años atrás, y con el secretario del Ayuntamiento, que era de aficiones mecánicas, muy encariñado con maquinarias. Comprobamos que funcionaban los dientes gastados de sus engranajes, su eficaz armonía de ejes y palancas, el pequeño universo de co-

rrespondencias exactas. Después pedimos los anteojos a don Anselmo, aquel marino jubilado que había regresado a su pueblo para esperar la muerte, y espiamos la cúpula del campanario en donde un casquete metálico, timbre gigante bajo la danza de la veleta, era golpeado por un gran martillo, cuyo brazo estaba como caído, rendido por un cansancio de siglos, golpeando inútilmente el vacío en el momento de las campanadas. Ya habíamos descubierto el motivo que había enmudecido al reloj, y pensamos en el remedio: había que colocar una cuña de goma, fuerte pero elástica, para alzar el brazo y dejar el martillo en una correcta posición.

Lo peor de todo era subir y mantenerse sobre el altísimo campanario, sobre el tejadillo sumamente inclinado, de tejas resbaladizas tapizadas de musgo. Tomamos un acuerdo: el Ayuntamiento recompensaría con dos mil pesetas, cantidad importante en aquellos tiempos, a quien subiera y le hiciera funcionar a la campana. En el último tramo del interior de la torre se colocó una escalera y se abrió un boquete entre dos vigas del tejado, abriendo un camino para los intrépidos.

El primero en subir fue el sepulturero, hombre sin vértigos, pero carente de ingenio y habilidad manual, que no logró solucionar la avería, aunque paseó tranquilamente por el tejadillo, poniendo en vilo el alma de los vecinos, y bajó decepcionado, rumiando su fracaso.

Después lo intentó Ignacio López, apodado *el Perniles*, hombre intrépido y ambicioso, con pocas simpatías entre el personal por ejercer de cobrador de impuestos municipales. El problema podía estar en que era regordete, y quizá no iba a poder subir al tejado por el estrecho hueco entre las vigas. Así ocurrió, hizo un esfuerzo por lograrlo, empujado seguramente por la ambición, y quedó aprisionado por el vientre, atenazado por los maderos, con medio cuerpo saliendo del tejado. El cura y yo subimos en la escalera, le empujamos hacia arriba intentando que superara la situación y llegara al tejado, pero empezó a gritar de forma lastimera y tuvimos que cambiar por una táctica de retroceso, tirando de sus piernas hasta conseguir su liberación. Extenuado y maldiciente, bajó por las escaleras de caracol del campanario.

Días después visitó el pueblo un hombre extraño, con pinta de buhonero u hombre de títeres, que recorrió las calles, lanzando con voz estrepitosa un raro pregón: -Se arreglan colchonetas, relojes y paraguas.

Quedé asombrado ante aquel anuncio de actividades diversas y ordené a un guardia municipal que lo trajera ante mí. Le expliqué nuestro proyecto

de arreglar el reloj de la iglesia parroquial y la recompensa de dos mil pesetas que conseguiría si lo lograba. Le brillaron codiciosos los ojillos pícaros, y me pidió trasladarnos a la plaza mayor, en donde está situada la iglesia, para estudiar lo que debía hacer. Fue llegar, mirar el alto campanario y empavorecerse la mirada, palideciendo intensamente. Lo advertí y traté de tranquilizarlo: -No se preocupe no le pasaría nada, lo ataremos con cuerdas y en caso de caer quedaría colgado en el vacío y podríamos rescatarlo con una escalera. Comprobé que eran peor mis explicaciones, que aumentaba su palidez, hasta decir con voz entrecortada: -Lo mío es cosa de engrasar. A pesar de todo seguí animándolo mientras dábamos vueltas alrededor de la torre, y en un momento lo vi decidido, acaso por el recuerdo de la recompensa, o acaso fingidor, por temor a contradecirme, y, como era tarde y se iniciaban las sombras del anochecer, quedamos en vemos en la plaza a la salida del sol de la mañana siguiente para iniciar la tarea.

Allí estuvimos puntuales, los guardias municipales y yo, provistos de fuertes cuerdas de esparto, en espera de que se cumpliera la promesa del forastero. Avanzaba la mañana y éste no acudía. Envié un guardia a la posada en que dijo hospedarse, y lo informó el posadero: había abandonado el pueblo antes del amanecer, andando, perdiéndose en la noche. Fue una huída ante el recuerdo pavoroso de la empinada torre, ante el temor de que mi autoridad lo obligara al cumplimiento de la promesa.

Después de este nuevo fracaso nos resignamos a seguir con el reloj enmudido, sin la esperanza de un nuevo intento y una tarde ocurrió el prodigio. Era una hora de regresos: los muleros venían de la besana, regresaban los rebaños de ovejas buscando la majada, alegrando al pueblo con la voz rota de los cencerros y la voz reidora de las campanillas, las mujeres salían a las puertas en espera de los hombres, los niños jugaban en las plazas... El pueblo, que en ciertas horas del día daba la sensación de estar vacío, abandonado, tenía su máxima actividad callejera en estos umbrales del anochecer, y fue por esto por lo que cuando alguien gritó que andaba un hombre por el tejadillo del campanario, todo el mundo acudió a la plaza.

Andaba un hombre sobre las tejas, alumbrado por los últimos rayos de un sol moribundo; andaba como en vuelo, activo en el quehacer, sin causar pánico en la gente su temerario pisar por los aleros, de tan natural que parecía.

La gente hacía conjeturas: ¿Quién era aquel hombre? Rojo de sol poniente, a veces velado por las primeras sombras, era difícil de reconocer. -Parece que es Antonio, el carpintero-, decía alguien. Y todos reían al localizar a Antonio entre la concurrencia. Así fueron nombrándose a varios vecinos, pero siempre acababan localizándose entre los reunidos.

Un viento de misterio iba arceciendo entre la multitud, cuando comenzó a sonar el reloj, rotundo y solemne, con sonidos como recién estrenados, prolongándose su eco por los cielos entornados del crepúsculo.

Un clamor de alegría se levantó en la plaza. La figura del reparador se vio en lo alto de la torrecilla, resplandeciente, bañada en oros por el último rayo de sol, coronada de vencejos. Alguien creyó ver el vislumbre de un ala.

Desapareció su figura y todos corrimos al pie de la escalera de caracol. No bajó nadie, nadie había en la torre. El cura dispuso que todas las campanas tocaran a gloria, como en las grandes conmemoraciones litúrgicas, porque nos había visitado, nadie lo dudaba, un ángel relojero.

LAS CALLES

Cuando me comunicó Luis López, alcalde de Vélez Rubio, al cual aprecio muy de veras, que estaba la Corporación de aquel Ayuntamiento ideando poner nombres de poetas a un barrio nuevo y que era posible que una de las proyectadas calles llevara el mío, sentí sorpresa y agradecimiento. Le escribí al alcalde una carta abierta conteniendo mi sentido del humor y mi actitud humana ante tal ocurrencia. Tiempo después, a partir de esta anécdota, escribo el relato “Las calles”, que fue premio “Hucha de plata”, en 1990, y que se publica aquí por vez primera.

A Luis López, del que tengo el honor de sentirme amigo, persona inteligente y sensible, le dedico este relato por ser él quien lo originó con su noticia.

YO, RAMÓN FRÍAS, POR FIN HE LLEGADO A SER ALCALDE DE MI PUEBLO, PORQUE LO QUISO EL PERSONAL, COMO DEBE SER; pasados ya los aborrecidos periodos del dedo de caciques, y lo primero que he querido hacer, lo que más deseaba, es cambiar los nombres de las calles, y en esto han estado de acuerdo, quizás por primera y última vez, todos los concejales del rojo al amarillo: son buena gente.

Nada de José Antonios, ni Calvo Sotelos, ni Pablos Iglesias... Nombres de pájaros, de árboles..., que sólo al pronunciarlos parece llenarse el aire de trinos y de vuelos. Todos los niños de la calle Tórtola tendrán un zureo amoroso en sus ventanas, anunciando cada amanecer, y los nombres primeros que les pusieron nuestros antepasados, grabados con la hermosura del rescate, esos nombres sugerentes, misteriosos, que nunca debieron ser borrados: Callejón del Tiroteo, Placeta de las Encantadas, Obrador de la Seda, Pasaje de la Niña Dormida...

Y... ¿cómo no?, nombres de artistas y poetas que, al margen de lo efímero de la circunstancia política, pueden servir para que algún vecino pueda encontrar a través del nombre de su calle toda una eternidad de bellezas.

Pero hay que andarse con cuidado sobre los genios vivos, porque, eso sí, algunos si pudieran intentarían poner su nombre, no ya a cualquier callejuela de aldea, sino a la mismísima Gran Vía madrileña. Como en el caso de

Felipe Tortosa, que vinieron los hijos a interrumpir un pleno municipal para decirnos que teníamos que tomar el acuerdo de poner el nombre de su padre a la placeta en que nació, porque, según ellos, su padre había sido el único inventor que había tenido el pueblo, que había inventado un sacacorchos especial para las botellas de vinos de Cava, también un chupete automático para niños de pecho, que acudía hasta la boca del infante desde el barandal de la cuna, atraído por las vibraciones de los inicios del llanto, y una larga relación de inventos decisivos.

Felipe Tortosa había marchado a Tarrasa en sus años mozos, como tantos otros emigrantes, para ganarse la vida, y había vuelto ya anciano para vivir sus últimos años, para morir en la pequeña casa heredada de su gente campesina. Desde su muerte, ocurrida años atrás, todos los veranos llegaban los descendientes catalanes, en automóviles deslumbrantes, atentos a una remota llamada de la sangre.

Después de la inesperada proposición, quedamos los reunidos sumidos en momentos de estupor silencioso, y, al final, considerando que no era motivo suficiente el testimonio de los hijos, ya que nunca llegó a nuestros oídos noticia alguna del ingenio creador de Felipe, acordamos por unanimidad no acceder a la petición. Aunque nuestro asombro mayor fue cuando días después apareció una gran placa de mármol sustituyendo al antiguo rótulo, con grandes letras grabadas en oro: PLACETA DEL INVENTOR DON FELIPE TORTOSA. Los hijos, despreciando nuestra decisión habían instalado la placa, que al parecer ya traían preparada, durante la noche.

Días después tuvimos un pleno y se trató el asunto, decidiendo por mayoría transigir y aceptar el nombre impuesto a la plaza, por considerar que la gente lo había asumido con agrado, ya que Felipe había sido un vejete simpático y complaciente para con sus vecinos, y porque no venía mal el nombre de un inventor entre el callejero, aunque se tratara de uno tan fantasmal y desconocido como nuestro paisano, y considerando también, como dijo el concejal de Cultura, que podía quedar como símbolo y homenaje a los muchos hijos del pueblo que se habían visto forzados a la emigración, durante los malos tiempos pasados, derrochando en otras tierras su ingenio y sus energías.

Caso muy distinto fue el de Julián Tesoro. Julián había sido nuestro poeta local de toda la vida. Nuestros cortos conocimientos poéticos no podían juzgar su obra, a veces confusa, como en un lenguaje embrujado,

a veces con rimas que producían risa, juntando, por ejemplo, alegrías con pulmonías; pero lo que sí admirábamos es que llevara hasta la seguridad del papel escrito coplas tradicionales que recordábamos oír cantar a nuestros mayores, y que se iban perdiendo, como aquella tan hermosa del Rosario de la Aurora que dice:

*“Un devoto por ir al Rosario
por una ventana se quiso tirar
y le dijo la Virgen María:
detente devoto, por la puerta sal”.*

O aquella que hacía referencia al Cerro de Marta, también llamado del Tesoro, en el cual hay una misteriosa cueva abandonada, en la que hacían sus necesidades todos los vecinos de las casas cercanas antes de llegar la moda de los retretes, y que tanto afligió y divirtió a ese alemán que viene los veranos a escarbar en la tierra, que se llama Hans Hinderburg, o algo parecido, y ocasionada por aquella Juana, Juana *la Larga*, con fama de meona, que provocó humedades perjudiciales para las pinturas rupestres:

*“El tesoro de Marta
se ha vuelto grea
porque Juana la Larga
sube y se mea”*

También admirábamos a Julián porque a veces hablaban de él los periódicos, y hasta hay quien dice que había salido una vez en televisión, y que en su juventud, en cierta ocasión, durante unos Juegos Florales, había bailado el “Vals de las olas” con una duquesa, parienta próxima de los Reyes. Por estos méritos, y otros más, no nos parecía mal ponerle a una calle el nombre de nuestro poeta local; pero este propósito venía de antiguo, de los tiempos del Régimen anterior. Cuando los responsables de la Administración de entonces comunicaron a éste su intención, contestó con una carta de aceptación bajo condiciones, que forma parte del patrimonio cultural de la Casa Consistorial.

Dice así:

“Sr. Alcalde: Me parece desquiciada la idea de poner el peso de mi nombre sobre un grupo de vecinos, tan sólo porque uno tiene este oficio hermoso, pero humilde, de la poesía. Esto me suena a homenaje póstumo, y de pronto he empezado a sentir síntomas de artritis y desordenados latidos del corazón; por primera vez me he sentido un poco viejo.

Me consuela pensar que a veces dan nombres de calles a políticos de efímera trayectoria o de malos recuerdos, aún menos dignos que yo en el orden de los merecimientos. Me consuela pensar que conozco poetas que habrían exigido la mejor calle, la más larga, la más ancha, la de mejores casas o la plaza mayor del pueblo, dando un ultimátum: o eso... o nada.

Aún no conozco la calle que ustedes me han asignado, pero por humilde que sea, ya me siento comprometido con ella. Deseo visitar a los vecinos, uno a uno, y leerles un par de poemas para intentar que queden enterados y conformes. No puedo suponer que me conocen y aceptan como si fuera un futbolista o un presentador de televisión. Quiero intimar con ellos, saber los límites de amor que tienen, de salud, de alegría... Si entre ellos hay algún malasombra, pienso hacer todo lo posible para que se vaya a vivir a otro sitio. Quiero portarme como un buen poeta, no como un mal político. No quiero que en mi calle se instalen funerarias, ni oficinas de cobro de impuestos o contribuciones, ni nada relacionado con posibles disgustos de los vecinos. Tampoco discotecas; me molestan los ruidos desordenados. Pueden instalarse floristerías, tabernas, librerías, jugueterías.. Quiero poder allí beber vino con mis amigos, comprarle unos claveles a mi mujer o unos juguetes a mis hijos. Quiero que circule por sus aceras la ilusión y la alegría. Ya veremos..., por ahora me siento confuso, desconcertado y agradecido. Lo que no quisiera es dar motivo para que me cante algún vecino (o alguna vecina) con desprecio, esa copla que dice:

*“Tu calle ya no es tu calle,
que es una calle cualquiera
camino de cualquier parte”.*
Le saluda cordialmente
Julián Tesoro

Pero cuando el poeta acudió al Ayuntamiento para enterarse de la calle asignada, con el declarado propósito de visitar a sus habitantes, fue informado de que la calle aún no existía, que formaría parte de una barriada que se proyectaba construir en las afueras, y en las que todas sus calles llevarían

nombres de poetas famosos. Se le entregó un plano...; su calle estaría situada entre las avenidas dedicadas a Juan Ramón Jiménez y a Federico García Lorca. El plano era un hermoso laberinto formado por los nombres más sobresalientes de la lírica del país. El poeta local sintió la vanidad de ver su nombre rodeado por tan altos nombres, estrechamente cobijado entre plazas y callejuelas. Me lo confesó en una entrevista que tuvimos poco antes de su muerte. Le molestó algo que la calle dedicada al único poeta vivo, aparte de él, Antonio Gala, fuese más larga que la suya; culpando de ello a la influencia causada por la televisión, en donde salía con frecuencia dicho poeta con amplia sonrisa y bastoncito, demostrándome que era más vanidoso de lo que yo creía, pues yo leía los artículos de Gala en *El País*, y me gustaba mucho más su palabreo, no creyendo, según mis cortos pareceres, que pudiera superarlo nuestro vate local.

También me dijo que además de entregarle el plano, lo acompañó el secretario del Ayuntamiento a las afueras, y mostrándole un bancal sembrado de hermosas lechugas, le dijo: -Este bancal pertenece al tío Ruperto, pero en el momento oportuno le será debidamente expropiado, pues aquí estará su calle. También le mostró otros bancales mucho más grandes, que serían las avenidas de Lorca y Juan Ramón.

Con el tiempo y los aconteceres cambió varias veces el Ayuntamiento y todo siguió igual, hasta que me nombraron alcalde y anulamos el proyecto de la construcción del barrio, pues el personal del pueblo va a menos y no es necesario ampliarlo, ante el mal futuro de la agricultura y el abandono de los más jóvenes.

Así estaban las cosas, olvidados de la promesa de nuestros antecesores, cuando nos llegó la noticia de la muerte del poeta. Había muerto de infarto, una mañana de primavera, en el bancal del tío Ruperto que un día designaron para ser su calle. Un joven discípulo o amigo que tenía escribió en un periódico de la capital: *“Lo encontraron oculto entre la adolescencia de los trigos, con una sonrisa fría bajo las últimas estrellas. Murió en busca de la belleza, cuando ejercía como coleccionista de mariposas y amaneceres, sobre una tierra en la que su pueblo pensaba dejar su nombre escrito para siempre”*.

¿Por qué la circunstancia de morir allí? El concejal de Cultura empezó a sentir ciertos remordimientos que nos fue contagiando a toda la Corporación. Tomamos un acuerdo decisivo: darle su nombre a la plaza mayor del

pueblo. Con la urgencia posible quitamos la gran placa que decía: “PLAZA DEL CAUDILLO, SALVADOR DE ESPAÑA”, sustituyéndola por otra aún mayor: “PLAZA DE JULIAN TESORO, GLORIOSO POETA”.

Respiramos satisfechos, como al que se quita un gran peso de encima; todo el pueblo respiró satisfecho. Con aquel acto acabamos de cambiar el nombre a todas las calles y plazas, y el pueblo nos parecía otro, alegre y renovado.



CARNAVAL

A mis queridos amigos, los poetas Juan José Ceba y Domingo Nicolás, les dedico este cuento basado en el desfile esperpéntico que contemplamos juntos y que ha motivado su escritura. Yo sólo he puesto nombres propios y un poco de imaginación. Cualquier parecido con la realidad no es pura coincidencia. El cuento se publica aquí por vez primera.

EL DIRECTOR DEL HOSPITAL PSIQUIÁTRICO LLAMÓ AL ENFERMERO RUPERTO ALFARO Y LE DIJO:

-Creemos en una terapia basada en frecuentes actos festivo-culturales y por eso aprobamos su proyecto para el próximo Carnaval, pero sólo podrá disponer de locos mansos, sin sobresaltos en su historial reciente.

Ruperto Alfaro había sido loquero desde su juventud, con agallas y músculos, especialista en jóvenes robustos físicamente, a los que enfundaba en la camisa de fuerza en un santiamén; dominador y habilidoso. Había nacido en uno de aquellos manicomios de la posguerra, tremendas jaulas sin control, de madre perturbada. Después fue rodando por casas de maternidad y orfanatos, hasta que, ya crecido, decidió volver a su querencia, ante la falta de trabajo y la insolidaridad de la calle. Lo consiguió fingiéndose enfermo, pero, una vez dentro, sus muestras de sensatez lo llevaron a formar parte del personal responsable del manejo de los internos, hasta que, mermadas sus fuerzas físicas por la edad y la artritis, pasó a la enfermería como hombre de confianza en el cuidado y empleo de medicamentos.

Fue suya la idea de formar una gran comparsa y salir a la calle para participar en la alegría ciudadana del Carnaval, en itinerario por otros centros de salud. Para ello ideó papeles y disfraces de acuerdo con las tendencias de cada enajenado, y se lo propuso al director.

El señor director, don Anacleto Rivadeo, psiquiatra eminente, vio un camino abierto a su deseo de experiencias nuevas, dando su consentimiento siempre que la elección de participantes fuese correcta.

Era el señor Rivadeo un gran conocedor del tema, habiendo extendido sus actividades estudiosas por los países más adelantados y, recién llegado a la ciudad para hacerse cargo del Psiquiátrico, estaba deseoso de aplicar procedimientos modernos, aprendidos y personales. Su sólida valía fue reconocida universalmente, después de publicar obras tan dispares y atrayentes como *La demencia senil durante la Revolución Francesa*, *La locura negra, endemismo en Manhattan* o su último título: *Genio y locura en los colegios cardenalicios del Renacimiento*.

Después de un desconcertante manejo de historiales, desconfiado de la sinceridad de sus antecesores, decidió poner el asunto de la elección en manos de Ruperto Alfaro, al que había aceptado como hombre de confianza desde su llegada.

Ficha de elegidos

El Loco Hurtado

Nadie sabía de sus orígenes; su historia conocida empezaba en el manicomio de una ciudad vecina, en una noche de tragedia dantesca, y a consecuencia de aquel suceso fue trasladado al manicomio de nuestra ciudad. Durante muchos años fue objeto de vigilancias y cuidados especiales, una vez declarada su diabólica peligrosidad, pero ya era un pacífico anciano que se había ganado la confianza de todos.

La historia que originó su traslado es como sigue: en la vecina ciudad de su procedencia estaba instalado el manicomio en un edificio renacentista denominado Hospital del Rey. Era recién acabada la contienda civil española, y la organización y aprovisionamiento de todos los servicios era muy deficiente. Ante la falta de mantas y vestuario y el destrozo continuo de las pocas existencias por la población perturbada que llenaba el noble edificio, decidió la dirección abandonar la preocupación de tal problema y llenar las grandes salas de paja para que los enfermos que iban quedándose desnudos tuvieran refugio contra el frío. Llegaron enormes camiones cargados de ese material y fueron llenándose los grandes dormitorios hasta un metro de altura. Dicen que era impresionante el aspecto de los salones repletos de pacientes cubiertos por la paja, con sólo la cabeza fuera; visión de una gran

parva de cabezas cercenadas; ocultos los cuerpos desnudos, sólo visibles los rostros enajenados.

Nadie supo a ciencia cierta si el incendio fue provocado, pero todos los que lo padecieron, los supervivientes, culparon al *Loco Hurtado* porque traía cierta fama de pirómano de sus tiempos de libertad, porque a veces decía ser Nerón y porque dijeron haberlo visto días antes con una caja de cerillas. Nada quedó claro pero fue trasladado a nuestra ciudad ante varios conatos de linchamiento por parte de sus compañeros. Todos los intentos de querer representar, a través del arte o la literatura, los horrores del infierno, quedaron pálidos ante aquella terrible noche del Hospital del Rey. Las llamas avanzaron rápidas por las superficies de paja y los locos huían ante nubes de humo, de unas habitaciones a otras, exacerbada la locura por el pánico, zarabanda siniestra en un bosque de gritos. Los transeúntes sorprendidos recuerdan ver a través de los altos ventanales con dinteles de piedra, el paso de una película de terror: los dementes desnudos, rojos por el resplandor de la hoguera; las bocanadas de humo negro velando a intervalos la visión... Nada se supo, no dijeron nada los periódicos; sólo rumores sobre víctimas y consecuencias del invento de la paja y de las sospechas sobre el *Loco Hurtado*.

La Reina Madre

Entre sus orgullos soterrados estaba ser soltera y virgen, según decía en periodos de lucidez, pero cuando se le iba la “máquina” tenía un extraño complejo de reina madre. Llevaba siete años, desde que cumplió los setenta, en una silla de ruedas, sin poder dar un paso. En la sección de mujeres era querida, reconocida y alimentada la ficción de su linaje; le vestían tules y encajes primorosos y la coronaban con corona de cartón pintada de purpurina y, poco a poco, la silla de ruedas se iba convirtiendo en un trono.

Ella había sido novia de un alférez provisional durante la guerra del treinta y seis. Un año antes de la guerra se estableció el noviazgo, que fue distante y epistolar, porque el novio estudiaba en Madrid y, al parecer, quedó cortado por la contienda, lo que fue para siempre, pues después de largos episodios murió en ella. Nunca, nunca tuvo otra ilusión amorosa y el recuerdo permanecía punzante y obsesivo en las etapas de la pérdida de cordura. Fue su juventud de alrededores marchitos, tediosa y provinciana: visillos entornados, cancelas sin espera, mecedora en el patio, estreno de vestido el día de la Patrona, intento de diálogo con la golondrina y el geranio...

Lo de *Reina Madre* venía del *Blanco y Negro*. La única lectura que había en casa de sus padres era la colección de aquella revista, guardada durante años, que resaltaba circunstancias reales y cuyos números amarillentos, de atractivas láminas, hojeaba cotidianamente. Fue poco a poco creando su personaje, a salvo de derrocamientos, añadiéndole atributos y gestos, introduciéndose en él hasta sentirse él mismo. Pero esto ocurrió muy lentamente, a través de años, conforme fue adelgazando, perdiendo solidez el hilo de las corduras. Esto llegó cuando, muertos sus padres, abandonada de parientes, se encerró en el caserón y alcanzó sus cumbres de soledad.

Tuvo una época en que intentó convivir con los vecinos, y salía con solteronas como ella a paseos y verbenas. Ya para despedirse decía: me voy a palacio, o les exigía que le llamaran majestad; actitud que al principio tomaron como una broma, pero que al comprobar su seria tenacidad fueron sospechando desequilibrios y esquivando con burlas su compañía. Así fue quedando sola, abandonada, haciendo escapadas para la compra de lo elemental para sobrevivir. En una de estas rápidas salidas le ocurrió algo que creyó había sido un aviso sobrenatural para tener ocasión de declarar públicamente su realeza, su carácter de Reina Madre. Había llegado inexplicablemente, en contra de su costumbre, se detuvo en el quiosco de prensa de la esquina y, mirando los titulares de los periódicos, leyó en un diario local: “*ESTA TARDE SERA CORONADA OFICIALMENTE LA REINA DE LAS FIESTAS DE PRIMAVERA*”. Compró el diario, leyó con atención el anuncio de la celebración festera, tomó nota de la hora, del lugar, de los trámites de la ceremonia, y empezó a preparar su atuendo buscando en el fondo de las viejas arcas.

A punto estaba de empezar la fiesta cuando llegó la *Reina Madre* a la plaza pública en que esperaba una gran muchedumbre, ante un estrado montado para el caso, con adorno de guirnaldas y banderolas, preparados los lujosos sillones del salón de plenos del Ayuntamiento. Se abrió paso entre la multitud, subió al tablado, avanzó hacia los sillones vacíos y buscó el del centro, en un plano más elevado, el que había de ocupar la reina de las fiestas. Antes de sentarse acarició la corona dorada del respaldo, después dejó caer su cuerpo sobre el asiento de terciopelo, como comprobando una esperada realidad, y enseguida se alzó majestuosa, levantó los brazos y acercándose a los micrófonos gritó una frase ensayada largamente ante los espejos: -Caballeros, señoras, yo soy la *Reina Madre*.

Se hizo un silencio profundo; el alcalde, las demás autoridades, todos pensaron alarmados en una broma de mal gusto. El poeta premiado para la ocasión, barbilampiño y nervioso, arrugaba entre las manos el madrigal preparado para la reina. El murmullo del público silenciado de pronto por la sorpresa, para tornarse en carcajada ante aquella mujer vestida de tules y encajes, brillando al sol largos collares de oropel, con gesto altivo y mirada perdida por los cielos.

Había llegado el momento de empezar y la *Reina Madre* seguía en el estrado, rígida y silenciosa, los brazos en alto, en actitud de estatua redentora. El alcalde decidió enviar a un guardia municipal para invitarla a que bajase. Ella se aferró a los brazos del sillón negándose a ceder; los municipales intentaron emplear la fuerza; parecía imposible, aquel ser humano formaba una pieza con el asiento. El alcalde dio órdenes y, minutos después, llegó el furgón de los loqueros. Lograron desasirla del regio sillón. Cuando subía la reina de las fiestas por las escalerillas del estrado y el poeta novel preparaba su madrigal, aún se oían los gritos de la loca desde el furgón que se alejaba: ¡Soy la *Reina Madre*! ¡Soy la *Reina Madre*!

Tomás el Discursero

Había sido pastorcillo de cabras, manso y bucólico, pero cuando su padre decidió irse a la ciudad, llegó allí con toda la familia, aventado por hambres y sequías. En su mocedad fue limpiabotas, preferido por los señores del Casino, porque era ingenioso y puro en sus decires, porque divertía la faena con habilidades circenses, lanzando el cepillo hacia los cielos para volver a cogerlo en el aire y continuar las etapas del lustre como si nada hubiera ocurrido. Nervioso y ocurrente, convertía su trabajo en un juego. Aquel maestro jubilado, don Anselmo, se ofreció a enseñarle las primeras letras. Pronto aprendió a leer y se aficionó a la lectura de los periódicos en el Casino, lo único que había a su alcance. A través de ellos fue enterándose de las perversidades y acontecimientos que ocurrían por el mundo. Lo que más le gustaba era la sección dedicada a la política nacional, los artículos de elogios al régimen, la noticia de inauguraciones y de actos conmemoracionales. Veía los temas de televisión, y luego retenía expresiones y detalles a través de la prensa. Estaba atento a la entrega de una bandera, a la inauguración de un pantano, al cese de un jerarca..., pero lo que más le atraía y emocionaba eran los discursos, sobre todo los del Caudillo con motivo de

fechas como la del dieciocho de julio, del día de la Victoria o de final del año. Se los aprendía de memoria, ensayaba ante el espejo gestos y ademanes; autodescubría complacido sus facultades de retentiva, su fácil improvisación dentro del temario, su propensión a la elocuencia. Los clientes, al ver que a su meticulosidad en la limpieza del calzado, su habilidad para lanzar el cepillo por los aires y cogerlo sin que tocara el suelo, había añadido una erudición política nada común, estaban asombrados.

El inicio de la locura podría considerarse que fue aquel día en que, de improviso, subióse en una silla, cuando el Casino estaba repleto de contertulios, y lanzó un discurso, compendio de todos sus saberes, que empezaba: “*El ínclito Caudillo de España...*”, con grandes elogios a Franco, a la Guardia Civil y al clero, como “*pilares inamovibles de la Patria*”. Fue su puesta de largo, su gran día de estreno, y los socios del Casino, recuperados de la sorpresa, aplaudieron divertidos. Tomás bajó de la silla con gesto de emperador romano, y nunca más volvió a limpiar zapatos.

Emprendió un itinerario por plazas de la ciudad, por pueblos limítrofes, ampliando cada vez más sus dominios, aumentando su repertorio. Empezó a conocerlo todo el mundo y a llamarlo Tomás *el Discursero*.

Al principio, cuando ocupaba los sitios más altos, una escalinata, una acera elevada, y a voz en grito emprendía su disertación, había entre la concurrencia gentes que se indignaban, y otras que lo oían complacientes y halagadas, pero con el tiempo era corriente que discursara sin auditorio, en plazas desiertas que él parece ser veía llenas de un público enfervorizado, pues acababa siempre con gesto satisfecho, con taconazo y brazo en alto. Por una u otra razón lo auxiliaban económicamente algunas personas.

Lo peor para él fue la llegada de la democracia: Tomás no estaba preparado para los nuevos tiempos. Al principio fue adaptando sus discursos a las circunstancias: sustituyó al Caudillo por el Rey, fue suprimiendo personajes y aceptando a otros, se actualizó instintivamente, en la medida de lo posible. En realidad era la misma táctica que seguían muchos políticos. Pero era imposible: la pluralidad de ideologías, el partidismo, acabó con su razonar enfervorizado; comenzaba exaltando a Alfonso Guerra y terminaba cubriendo de laureles a Manuel Fraga. Perdió totalmente la razón, dando gritos patrióticos del antiguo régimen por plazas y avenidas, provocando a agentes de tráfico y a peatones, hasta que lo encerraron los loqueros.

Ahora, razonable y discreto, en las horas de pasear por el patio, sólo en algún día de fiesta patriótica señalada lanzaba un modesto discursito a sus compañeros de cautiverio.

El Jefe

Caso distinto, dentro de parecidas coordenadas, era el del *Jefe*, llamado así por su autoritaria actitud después de recluso, por su altivez irrenunciable y por su silenciosa vocación de estatua.

Como Tomás el Discursero, tampoco *el Jefe* estaba preparado para la democracia. Cuentan que había llegado a ser piloto de avión, al comienzo de la guerra civil, en su primera juventud, y que fue cesado el día en que, algo borracho, apostó con un compañero pasar con su aparato por entre las dos torres gemelas, muy próximas, de la iglesia de una ciudad, dejando aterrados a los que presenciaron el suceso. Fue degradado, pasando a soldado de a pie a las órdenes de un jefe enardecido, cuyos ademanes y actitudes imitaba desde su sumisión, es decir, en secreto. Fue ordenanza fiel de su señor azul, disciplinada sombra durante toda la contienda y, después de la victoria, en los primeros años de posguerra siguió próximo a él para todo servicio, cuando aquel pasó a ser gobernador civil de una provincia. Asimiló la política de su señor, como único pensamiento válido sobre la tierra, fue perfeccionando su imitación del gobernador en gestos, palabras y actitudes; parecían un mismo personaje duplicado, sólo distintos en la circunstancia del mando y la obediencia. En las ocasiones en que se encontraba solo en las dependencias del palacio que ocupaba el Gobierno Civil, ya que su superior era soltero y viajaba con frecuencia a los pueblos de la provincia, elegía entre el amplio vestuario y se colocaba los uniformes de aquel, las guerreras azules o blancas según las estaciones, las boinas rojas de un paño especial, las gorras de plato de las grandes fechas, y hacía un itinerario de espejos por los salones del palacio. Un día en que volvió el gobernador antes de la hora prevista, lo encontró vestido con sus galas militares, y no sabía si indignarse o reír, acabando por abrazarlo, entre enternecido y guasón:

-¡Eres como yo! ¡Como una gota de agua a otra gota de agua!. Pero quítate pronto esas ropas, hombre...

Cuando el jefe provincial enfermó, de no se sabe que extraña enfermedad, viéndole la muerte encima, pidió le dejara alguno de aquellos uniformes como recuerdo. Fue complacido y lo llevó a su casa, guardándolo en un cofre.

Murió el gobernador y asumió su personalidad en secreto, casi fue un alivio, empezó a sentirse el otro sin el otro; cubría su cuerpo con la vestimenta, en las veladas; se embelesaba en los espejos, creía realidad caducas añoranzas.

Fue en los principios de la transición política cuando se decidió a hacer vida pública, a ser estampa viva del pasado. El pensaba: ante la pluralidad de consignas, ante el descaro reinante de exposición de ideologías inconfesables, ante el desprecio por el Glorioso Movimiento, había que dar testimonio vivo, y apareció en las calles, alta la frente, el paso de desfile militar, indiferente al guiño y la risa. La guerrera azul escrupulosamente planchada, con una buena distribución de flechas, yugos, cisnes y estrellas; el pantalón abombado hasta el inicio de la larga bota acharolada; distinciones de oropel sobre el pecho, sacadas de no se sabe dónde, la boina roja sombreando la mirada altiva... Marchaba incansable por entre las gentes, como obligado por un impulso heroico,... entre la indiferencia, la carcajada, la complacencia; como único habitante de la ciudad. A veces, cumpliendo su vocación de estatua, ocupaba el centro de una plaza y quedaba inmóvil durante horas, silencioso siempre, petrificado.

Lo peor fue aquel día en que oyó rumores golpistas y sacó del cofre el pistolón que tenía escondido. Se vistió precipitadamente el uniforme y, alentando por don Giliberto que vivía en la misma casa y era de Fuerza Nueva, marchó corriendo para intentar la toma del Ayuntamiento regido por un alcalde del PSOE. Era una hora en que el edificio estaba casi desierto, y el guardia que prestaba vigilancia andaba distraído leyendo *El País* y no vio cruzar hacia el interior aquella sombra azul con un pistolón en la mano. Cuando el guardia llegó, porque oyó dos tiros que *el Jefe* había soltado al aire en la escalera, ya lo había desarmado y detenido la señora de la limpieza, que era forzada y del PCE.

Fue su solicitud de ingreso en el Psiquiátrico, pues allí se lo llevaron con urgencia, sudoroso, derrotado, desordenada su compostura.

La Pompidú

De origen misterioso, nunca contado a nadie, fue internada un día porque, según dijeron, había intentado matar a un sereno; pero, según ella no era cierto, ella era dulce y compasiva, y lo del sereno era una vieja historia de amor no correspondido.

La llevaron sin esfuerzo, y cruzó el patio del manicomio como si llegara invitada a un baile de sociedad: el andar reposado, anárquica la greña, la mirada perdida y soñadora, cierta dignidad en el harapo...

A *la Pompidú* le venía el nombre, eso sí se sabía, de cuando trabajaba en un circo, ayudando a un domador de fieras: era su nombre artístico.

Había sabido mantenerse de pie sobre el galope de un caballo y, gordita, sonrosada, aparentaba ser la víctima propicia de los leones. Pero el descontrol de su condición enamoradiza siempre le había jugado malas pasadas. Enamorada del domador, que era casado, y al no verse correspondida, aprovechó un descuido de aquel y lo dejó encerrado en la jaula de los tigres, tirando la llave a un río. Expertos herreros pudieron impedir que el hombre fuese merendado por las fieras, mientras *la Pompidú* huía a otra ciudad, intentando otro vivir.

En su nueva residencia se repitió una historia similar: entró a cuidar de un niño y acabó enamorándose del padre del niño, que se mostró confuso y desconcertado al saberlo por insinuaciones y miradas. Ella lo notó y volvió a sentir su alma llena de rencores. ¿Por qué la indiferencia de los hombres...? ¿Acaso por aquella leve bizquera que le hacía la mirada desentendida...? Como el nuevo objeto de su amor era pescador de caña y la ciudad era costera, aprovechó la ocasión en que el hombre pescaba en el puerto, para empujarle y hacerle caer al mar, sabedora como era de que no sabía nadar. Fue rescatado por una lancha militar, en los inicios de la agonía. No encontraron ni rastro de *la Pompidú*, que huyó en un tren de mercancías, disfrazada de vieja de pueblo.

Entró de limpiadora en unos grandes almacenes. Al anoecer, cuando cerraban sus puertas, llegaba ella y una legión de compañeras, para hacer funcionar a las grandes aspiradoras. También llegaba el sereno que era alto, musculoso, y estaba bien armado, para pasar la noche en vigilancia. Pronto se enamoró *la Pompidú* del muchacho; buscaba sus proximidades, intentaba atraerlo con medias palabras insidiosas, le guiñaba el ojo sin bizquera... Nada, no conseguía nada: el sereno, inalterable, sonriendo hacia adentro, huía con gesto burlón... Hasta aquella noche en que decidió agredirlo por su indiferencia, y en un descuido, ante lo inesperado, le arrebató el arma que llevaba a la cintura, apuntándole con ferocidad, dispuesta a todo. Pero no acertó a montar el arma, y se arremolinaron las sorprendidas compañeras, hasta lograr desarmarla. Fue detenida y pudo saberse, por declaración propia,

que había agredido a treinta y cuatro hombres, en parecidas circunstancias y por las mismas razones. Eran evidentes sus síntomas de perturbación mental y fue llevada al manicomio. Allí era pacífica y obediente con las normas, aunque estaba enamorada de Ruperto Alfaro, el enfermero, que tampoco le hacía mucho caso.

El desfile

Aparte de los reseñados, con historias conocidas, se eligieron otros enfermos anónimos para la fiesta de Carnaval; personas de las que no se recordaba, ni había datos de dónde y cuándo, de cómo habían llegado hasta allí; en cierta ocasión se perdieron documentaciones y ficheros. Sólo se sabían fragmentos de historias, como la de Jerónimo *el Alpujarreño*, que enloqueció en Melilla cuando hacía la mili, y tuvieron que traerlo vestido de moro, pues ni calabozos ni castigos pudieron hacer que vistiera el uniforme de soldado de España, y que ya siempre llevó chilaba y turbante, como si sangres moriscas le pellizcaran. También Juan *el Fuerte*, que tenía complejo de Napoleón, aunque era un tipo mesetario, con livideces del Greco en el semblante, pareciendo más hecho a la mística que al mandoble.

Y otros en sumisiones silenciosas, sin historia alguna; sin aficiones reconocidas, dando a veces síntomas de perturbación que más que remota parecía adquirida, contagio inevitable del medio ambiente.

* * *

Cintas, retales de telas vaporosas, papeles multicolores, trapos usados, carátulas confeccionadas con primor por alguna mano artista... La actividad fue grande durante meses, y Ruperto Alfaro demostraba ser un gran organizador, inquieto, de un lado para otro, eficaz en el reparto de papeles según las condiciones de cada uno, entusiasmado por aquella puerta abierta al escape de las rutinas.

El plan era visitar los centros sanitarios oficiales de la ciudad, en silencioso y ordenado desfile, en un intento de alegre convivencia con los pacientes, tan faltos de algo que rompiera la monotonía de convalecencias y aportara el gozo callejero sólo oído en lejanía, en las encristaladas estancias.

Llegado el martes de Carnaval, todo dispuesto, salió la comitiva visitadora, en fila india, acera adelante, camino del Hospital Provincial que era el centro más próximo. Como capataz de procesión, vigilando el orden, atento

y preocupado, con disfraz, de soldado romano, marchaba a grandes zancadas Ruperto Alfaro, recorriendo la formación.

Don Anacleto Rivadeo también vigilaba a distancia, mezclado entre la gente, al parecer disipándose sus temores ocultos, oyendo comentarios.

Abría desfile *el Jefe*, digno y estirado, con su viejo uniforme de jerarca; sobre el pecho mosaico de medallas baratas, testimonio de gestas inventadas; pálido de harinas el rostro, revividos los ojos con enardecimientos.

Le seguía *la Reina Madre* en su silla de ruedas camuflada de trono, empujada por un enfermero travestido en sirvienta; sobre su cabeza, a modo de corona, un gran girasol de trapo con pétalos flácidos.

Después, Tomás *el Discursero*, con levita negra de doble cola, camisa almidonada; como prócer descolgado de un cuadro del pasado siglo, orgulloso, pero con labios apretados por no romper en elocuente río palabrero.

Oronda y pizpireta *la Pompidú*, acentuada la bizquera por los nervios, intentando un regreso de juveniles encantos perdidos, con disfraz de marquesa en día de estreno de ópera. Al *Loco Hurtado* lo vistieron de bombero, paradoja de sus aficiones pirómanas, rotunda negación de atribuidas historias incendiarias; e iba jocoso, endomingada la risa, con misterio de propósitos en el mirar. Jerónimo *el Alpujarreño* ponía la nota árabe en el conjunto, con la chilaba raída de toda la vida y aquel turbante con el rojo comido del sol de los patios de sus largos encierros. Fueron muchos los seguidores de Juan *el Fuerte* o de Ruperto, y sus confeccionadores encontraron fácil materia y procedimientos, pues a Juan, vestido correctamente de Napoleón, le seguían otros siete napoleones, como fieles fotocopias suyas. Después, como final de comitiva, marchaba una sección de insectos: mujeres convertidas en mariposas de vistosa presencia, libélulas, hormigas, algún que otro abejorro zumbador...

Marchaban acera adelante, con seriedad de obediencia prometida, pero con aflorar misterioso de pensares en las miradas. Era la libertad encauzada por un carril de fiesta, cuando los cuerpos jugaban a estar locos.

El encuentro con los enfermos del Hospital Provincial fue esperanzador, experiencia de positivos resultados, fue un hermoso convivir de seres tarados, unidos artificialmente en la alegría. Se aislaron en un ala del edificio a los más graves, a los imposibilitados por el dolor o la desesperanza, y los con-

valecientes esperaron a los del Psiquiátrico, en competencia de ocurrencias y disfraces.

De forma ordenada siguió la visita a otros centros, aunque de pronto, como atendiendo a una consigna, empezó a alterarse la marcha, a complicarse los planes, y cada uno empezó a ser como en realidad era en los momentos cumbres de la enajenación. Se preocupó Ruperto Alfaro, e intentó un rápido regreso, pero don Anacleto Rivadeo, que seguía de lejos el proceso, con sonrisa misteriosa, espiando tras una esquina, asomando inesperadamente por un cruce de calles, oculto en un portal; apareció de pronto, ordenando que siguiera la marcha hasta cumplirse todo lo proyectado.

El parque invadido

Al pasar junto al Parque, como obedeciendo a una orden, se rompió la fila y todos corrieron hacia aquel espacio verde y abierto, invitación de libertad. De nada sirvieron las voces alarmadas pidiendo obediencia. Primero fue desbandada de máscaras con espanto de niños y pájaros, confuso tropel, desatado nudo de sinrazones, frenético corretear por entre las calles de arrayán; un juego de escondite en los rosales, para dar paso a lo asombroso.

La Reina Madre, que había sido llevada hasta allí en volandas, en su silla de ruedas, se levantó de pronto y emprendió majestuosa marcha, seguida de una corte de pacíficas mariposas, eligiendo el lugar más adecuado para la presidencia de aquella función, yendo a sentarse en lo alto de una escalinata, rodeada poco a poco por todas las máscaras con disfraz de insecto, que andaban indecisas sin saber qué hacer. *La Reina Madre* llevaba mucho tiempo en silla de ruedas, y su asombrosa actitud hacía pensar que había aprovechado la situación de una enfermedad fingida para sentirse en un trono soñado, asistida por todos los que ella creía sus vasallos. Ahora, ante la convulsión del momento, había decidido, como en trance milagrero, cejar en su actitud.

Vino a discutirle el puesto privilegiado de la escalinata Tomás *el Discursero* que, añorante de sus días gloriosos, buscaba un promontorio para discursar, y al fin, ante la airada actitud de *la Reina Madre*, que se sintió lesionada en su poder real, en atentado de derrocamientos, se subió en un banco próximo y comenzó a improvisar el más brillante discurso de su vida, aunque por error histórico, debido a su larga falta de información, o por cambios o regresos fraguados en los misteriosos entresijos de su cerebro, ignoró al partido socialista que ejercía el poder e hizo triunfar a una facción

golpista y revivió a una larga lista de personajes de la Dictadura, con el Caudillo a la cabeza, en imaginario retorno de otros mundos.

Jerónimo *el Alpujarreño* trepó de forma inverosímil por una palmera, perdido el turbante, próximo a su copa, emprendió una salmodia a todo pulmón, con extrañas palabras de un árabe inventado, a la manera de almuédano subido a su alminar, llamando a la oración.

Juan *el Fuerte* había tomado el mando de sus seguidores con disfraz napoleónico, y en actitud bélica hacía frente a Ruperto Alfaro y a un grupo de enfermeros que llamaban al orden, intentado la sumisión del personal disperso.

El Jefe, celoso de su autoridad, acaso considerando antipatriótica la indumentaria y actitud de Juan *el Fuerte*, le atacó con decisión, tomando partido por los representantes del orden, iniciándose un cuerpo a cuerpo entre los dos grupos.

Así estaban las cosas cuando *la Pompidú* se quitó una media y, aprovechando que Ruperto Alfaro luchaba tendido sobre un napoleón, se la rodeó al cuello e intentó su asfixia, desprendiéndolo de su enemigo y dejándolo exagüe sobre la hierba, teniendo sus compañeros que abandonar la lucha para reanimarlo a duras penas.

Alguien vio a don Anacleto Rivadeo escondido entre los arrayanes, frente a la plaza mayor del Parque, en donde se celebraba el insólito espectáculo, riendo a carcajadas, sacando de no se sabe dónde una careta de mandarín chino, poniéndosela y sumándose a aquella extraña comparsa entre trágica y jocosa.

El apoteosis fue cuando una gran humareda ensombreció el espacio porque el tinglado de madera del quiosco de la música, en donde la banda municipal daba sus conciertos domingueros, estaba ardiendo con altas llamaradas, al parecer en incendio provocado por *el Loco Hurtado*.

Llegaron las autoridades, los bomberos y el personal asistencial que había quedado en el manicomio, al mismo tiempo, en cita de urgencias. Tarea larga y complicada fue la del cuerpo de bomberos que, una vez apagados los restos humeantes del quiosco, lograron bajar a Jerónimo *el Alpujarreño* de la palmera; persiguieron y descabalaron a Juan *el Fuerte* de la grupa verde del caballo de bronce de la gran estatua, a donde había conseguido subir en la huida, quizás imaginando un gran galope de derrota, y redujeron, con la

ayuda, del personal del Psiquiátrico, al resto de rebeldes, incluidos Ruperto Alfaro y don Anacleto Rivadeo, que también daba muestras inequívocas de alta perturbación mental.

La Reina Madre, después de contemplar acciones bélicas y otros accidentes que ella consideraba en defensa de su reinado, a la que por su actitud pasiva nadie había prestado atención, descendió con solemnidad de la escalinata y volvió a ocupar su silla de ruedas esperando acontecimientos.

Una vez tranquilo el ambiente, las autoridades, apoyando las opiniones del Gobernador Civil, decidieron internar como dementes, junto con los demás, al director y al enfermero organizador de la fiesta carnavalesca, y dejar libres al grupo disfrazado de insectos, por el comportamiento ejemplar y pacífico; influidas las autoridades, sin lugar a dudas, por el sabio dicho popular: *“ni están todos los que son, ni son todos los que están”*.

Cuando varios furgones marchaban hacia el Hospital Psiquiátrico con el personal reducido, desaparecían por un paseo cercado de cipreses, camino de una libertad incierta y misteriosa, la comitiva de libélulas, mariposas, hormigas y abejorros, en silencio.

Aquella noche, el señor Gobernador Civil se despertó alarmado: tuvo un sueño en el que triunfaba un intento golpista y en que alguien incendiaba el palacete en el que vivía.

EL BESO

Siempre que pasé por Salamanca sentí deseos, no sé porqué, de situar la acción de un relato en aquel ambiente estudiantil. Al fin me salió algo al margen de “estudiantinas”, de “casas de la Troya”. El desconcertante tema de la adolescencia, la falta de decisiones razonadas en los albores juveniles, la vehemencia del primer amor...

Este cuento también es inédito.

AQUELLA SEÑORA DE BUSTO HELÉNICO Y MIRADA HABLADORA REMOVIÓ BRASAS PREMATURAS EN LA ESCUCHIMIZADA ADOLESCENCIA DE SERAFINITO. En los sitios habituales de los paseantes de la ciudad se la encontraba por los atardeceres, a veces solitaria y sorpresiva, a veces perseguida su sombra por una vieja sirvienta, en alguna ocasión con un niño de la mano, llevado como un adorno más de su persona. Cuando pasaba por la Plaza Mayor con sus aparatosos sombreros, sus faldas ceñidas, los amplios escotes regalando la visión del inicio de unos pechos firmes y exactos, todo el mundo volvía la cabeza y el aire provinciano parecía convertirse a su paso en exótico viento de gran ciudad. Cuellos y sombreros eran bien estudiados marcos para resaltar la belleza de su rostro: ojos de llamada y cobijo, invitación frutal de labios, porcelana morena su tez...

Serafinito había despertado al amor espiando por los soportales de una plaza a aquella mujer espléndida que podría, por edad, haber sido su madre. La idealizó como un ser en plenitudes, diosa despertadora de sus adentros de hombre, tan diferente de aquellas compañeras que le parecían sin sexo por haber crecido juntos en la rutina del juego y los estudios, en linderos de uniforme y muñecas... ¿Qué sabía de ella? Tan sólo que se llamaba Aurora, por palabras escuchadas a la sirvienta, y que vivía en uno de los bloques modernos que se construían en las afueras de la ciudad, porque la había seguido varias veces pensando que sólo podía instalarse en una nube o brotar de pronto un bosque para guardar su figura.

Descubrió la estupenda señora la persecución a distancia, el tímido espionaje del adolescente, y le dedicó a veces una fugaz sonrisa de aceptación, o un guiño entre distraído y burlón. Cuando esto ocurría, Serafinito se



encapotaba de rubores y una marea gozosa, orlada de pánicos, lo inundaba y deseaba disolverse en el aire, convertirse en burbuja de jabón capaz de aproximarse en roces y desaparecer. Quizás Aurora sentíase complacida al comprobar su capacidad para iniciar en el deseo a un adolescente, orgullosa quizás de la estabilidad en sus poderíos de hembra capaz de imantar a aquel muchacho zanquilargo y huidizo que despertaba a la vida.

Salía Serafinito en los atardeceres, esquivando la compañía de amigos, como cazador de imposible pieza fugitiva, oteando calles y plazas, hasta que, si había suerte, descubría la presencia de Aurora y volaba de un sitio para otro, contemplándola oculto en la sombra de un quiosco, escondido y próximo hasta percibir su respirar, o esperando su paso desde algún portal, o camuflado entre las gentes, sintiendo su presencia como el limpio gozo de la contemplación de un amanecer, aunque luego en el sueño se revelara su esplendorosa desnudez en milagros posesivos.

El mayor triunfo fue el día en que, oculto, entre la gente que llenaba la terraza de un bar, consiguió hacerle una fotografía. Sacó muchas copias y su imagen fue repartida entre las hojas de sus libros de texto y bajo las almohadas... Ya podía contemplar su imagen en la soledad y soñar furtivos acosos, dándole solidez a las estancias del recuerdo. Ella estaba siempre en un paseo infinito a través del sueño y sus caminos.

* * *

Había llegado el momento de la gran elección, don Guillermo Mangle llamó a su hijo y, desechando por primera vez el diminutivo infantil, le dijo:

-Serafín, en vista de tu falta de tendencia hacia profesión determinada, deseo hagas un recorrido por las distintas materias, para lo cual te concertaré unos encuentros con los responsables de los departamentos de mi Universidad. Ellos te irán informando sobre las distintas disciplinas y sobre posibles salidas prácticas, una vez acabados los estudios.

Era don Guillermo catedrático de lenguas muertas, eminente profesional y actual rector de aquella Universidad tan famosa desde tiempos remotos, en la historia de las ciencias y las letras nacionales. Esto facilitaba el poder enviar a su hijo, una vez terminados sus estudios secundarios, para que hiciera un recorrido por aulas y domicilios de los distintos catedráticos, para ser informado antes de tomar una firme decisión. Don Guillermo, naturalmente, empezó su programado propósito por las letras, las “humanidades”, como él

decía engolando la voz en seguras superioridades sobre materias científicas, y Serafín pasó por un largo túnel de doctos consejos, pareciéndole la literatura una manera de parodiar la vida, la filosofía un laberinto interminable, y las lenguas, muertas o vivas, una complicación embarazosa para él que sólo quería vivir, disfrutar lo próximo, lo inmediato y desconocido.

Acabado el ciclo informativo de letras y antes de adentrarse en el de ciencias, pidió al padre unos días para meditar, empleándolos en pasear la ciudad en busca de Aurora, a la que no veía desde hacía tiempo.

Paseaba sin rumbo fijo, pasando largos ratos en la contemplación del río, contemplando el gran brazo de agua fecundador de márgenes, alargarse con prisa de encuentros, sintiéndose él mismo río en transparencia de destino hacia un mar amor infinito que acababa en la imagen orlada de soles de aquella mujer que ocupaba los límites de su universo. Otras veces, en solitario deambular por un itinerario de estatuas representativas del espíritu de la ciudad forjado en el tiempo. El aire rapaz de don Miguel de Unamuno, como un símbolo de pensamiento en vuelo, no le decía nada. Ni tampoco la oxidada figura de Fray Luis de León, del cual sólo conocía la presencia de aquel librito, *La perfecta casada*, que siempre había visto en la alcoba de sus padres y del cual su madre le había dicho:

-Me lo regaló tu padre en vísperas de nuestra boda y quiero sea para la mujer que ames, cuando la encuentres...

Las palabras de su madre, en convergencia con el recuerdo de Aurora, le produjeron rubores invencibles. También llegó en su pasear ante un monumento al toro de lidia, y quiso acariciar el asta enfurecida, y sintió que era imagen de la pasión que escarbaba su sangre.

No consiguió ver a la mujer amada, a pesar del espionaje de lugares frecuentados por ella, y habría creído que todo fue un largo ensueño, a no ser por la fotografía delatadora de realidades.

Don Guillermo Mangle volvió al ataque, quitándolo de itinerarios y ensueños:

-Serafín, hijo, has de seguir investigando para decidir tu futuro vocacional, visitarás a los profesores de ciencias...

Desechó Serafín las ciencias médicas y farmacéuticas, en principio, negándose a recibir información, en la seguridad de su rechazo, alegando que él no podría estar en profesiones tan próximas a la miseria y muerte de

las personas. Sufrió los alegatos de un viejo profesor de matemáticas que intentaba demostrarle que esta ciencia era fundamento de todas las demás y que a ella se debía el progreso de la humanidad a través de los tiempos, porque era el compendio de todas las conquistas filosóficas y empíricas del hombre. Llevaría razón el viejo profesor, pero él salió huyendo de la perorata, pensando que no había nacido para malabarismos mentales. Quedó fascinado por el catedrático de ciencias naturales, que le presentó un mosaico de todas las bellezas del mundo, tachonándolo de erudiciones y nombres latinos; pero él resumía todo aquello en la visión de un gran bosque del que surgía Aurora como un sol.

Terminó su periplo informativo por las distintas ramas del saber científico y ya sólo le faltaba visitar al catedrático de física, del que decía su padre:

-Don Indalecio es un auténtico sabio, despistadillo para la vida, pero un gran conocedor de las más avanzadas teorías sobre el origen del Universo.

* * *

Informado Serafín del lugar en donde vivía don Indalecio Capelino, dirigió sus pasos hacia el domicilio del sabio profesor y llegó en su búsqueda hasta el gran bloque moderno edificado en las afueras de la ciudad, recordando que hasta allí había seguido a Aurora en una de sus fantasmales persecuciones amorosas. Comprobó que el físico vivía en el piso noveno, y tomó el ascensor dispuesto a cumplir, en su última etapa, el imperioso consejo de su padre.

Cuando abrieron la puerta reconoció a la sirvienta, a veces compañera de Aurora en sus paseos, y creyó desfallecer presagiando un encuentro que lo embriagaba de ansiedades y temores. Pensó, por un momento en huir sin dar explicación alguna, pero amables palabras lo invitaron a pasar, y pronto se encontró en una salita presentándose a don Indalecio, que ya lo esperaba prevenido telefónicamente por su padre, y en la que también se encontraba Aurora, pesentada como su esposa.

Tendió la señora una mano delicada y tibia, y Serafín la retuvo torpemente, algo más de lo debido, como a un pájaro vivo del que se teme la escapada, aunque manteniendo la mirada baja, rendida por los ojos dominadores de aquella mujer que le hacía temblar las piernas con sólo su presencia. Ella primero mostró sorpresa que se fue transformando en gesto de complacencia. Una vez sentados reanudó su interrumpida labor de ganchillo, sin apartar de Serafín una mirada fija, híbrida de fierezas y burlas contenidas.

Don Indalecio Capelino tenía ciertamente aspecto de sabio y aparentaba ser mucho mayor que su esposa, pues ésta hacía ostentación de una esplendorosa madurez sin declives, conservando en las pupilas esa juvenil llama de las personas permanentemente alentadas por un quehacer apasionado; una mirada hacia adentro, como desentendida de la vida, como rumiante de profundos saberes. Se ajustó los lentes, miró a Serafín con mirada entre curiosa e irónica, y, cual preceptor religioso que pretende instruir a un novicio para la vida contemplativa empezando con un intento de explicar el misterio de la Santísima Trinidad, comenzó su perorata. Dijo don Indalecio:

-Nada, joven, como la física teórica para saciar en el hombre su apetencia por conocer los misterios del universo. Con el descubrimiento del cálculo por Newton, la creencia de Galileo en la teoría copérmica y los avances de Einstein en el conocimiento atómico, el hombre dio los tres pasos más importantes para conocer el sitio en dónde vivimos, los misterios del mundo y de la vida. Fíjese, joven, que según las certeras teorías de un sabio moderno y vivo, llamado Stephen Hawking, los “agujeros negros” son el estado terminal de las estrellas pesadas cuya masa supera el doble de la del sol, y el origen del universo, según su teoría del “big bang” o gran explosión, sería en cierto modo la simétrica temporal del colapso de las estrellas: en lugar de concentrarse la materia en un solo punto, de un solo punto aparecería la materia. ¿Entiende, joven?

En este punto quedó interrumpida la disertación porque sonó el timbre de la puerta, salió Aurora a abrirla y entraron tres antiguos alumnos del profesor, haciendo demostraciones del cariño y la admiración hacia su persona. Serafín, que había estado distraído y perplejo, ante las palabras del sabio, recibió con gran alegría la llegada de la visita que lo redimía de una contestación incierta.

Saludó muy contento don Indalecio y dirigiéndose a Serafín dijo: -Seguiré informándote en un día próximo. Y después, mirando a su esposa en tono imperativo: Despide al muchacho.

Caminaron ambos hacia la salida del piso. La señora llamó al ascensor, mientras Serafinito temblaba con la vista baja. Ni una sola palabra se dijeron. Aurora empujó al muchacho y se introdujo con él, pulsó el botón de bajada y mirándolo con pasión lo acercó a sus pechos, lo envolvió con sus brazos e inició un largo beso, de nueve plantas, eléctrico de prisas y pasión. El joven, todo labios, sólo tuvo un pensamiento y un deseo: que se rompiera

el ascensor entre dos pisos. Después pensó que mejor fue que no ocurriera así, pues por momentos se sentía desfallecer de felicidad.

Llegaron a la planta baja y Aurora, deshaciendo el nudo amoroso dijo:

-Otro día espero que continuemos la lección.

Él quiso decir algo, no pudo decir nada. Vio desaparecer al ascensor y salió corriendo, como impulsado por un tendón de júbilos, sin paciencia para aguardar en una próxima parada de autobús, atravesó la ciudad en rápido regreso hacia su casa, que estaba muy distante.

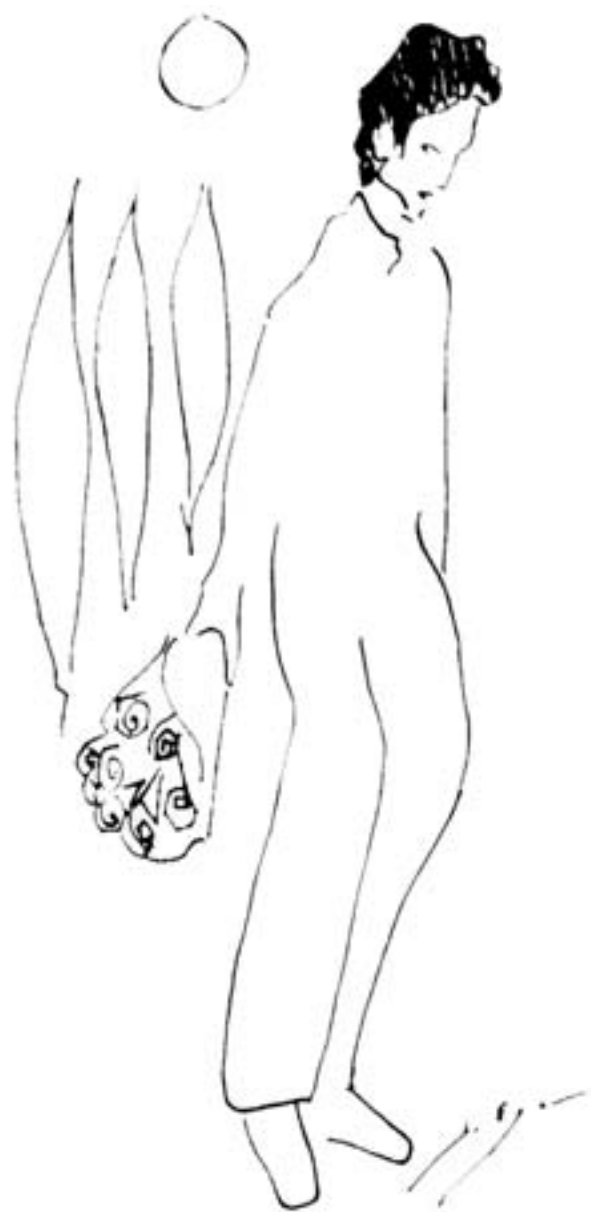
Llegó en busca del padre, impaciente, alterada la respiración y el semblante. La sorpresa y alarma que sintieron los padres en un principio, quedó esfumada ante su gesto de felicidad.

-Ya está decidido, padre, me dedicaré a la física teórica.

La afirmación fue rotunda, expresada con entusiasmo, y pensó don Guillermo que había obrado milagros la sabiduría de don Indalecio Capelino, y acarició al hijo diciéndole:

-Te veo entusiasmado y es mucha mi alegría, porque la felicidad está en el desarrollo de una auténtica vocación.

Aquella noche soñó Serafinito con agujeros negros, con un parto de estrellas, con un umbral de labios.



ADOLESCENTES

En cierto modo está relacionado este relato con el anterior. Vivencias propias y vivencias de amigos, del vivir hermoso y desvalido del adolescente, con indecisiones y rubores entre los descubrimientos del amor y la vida.

VENÍAN LAS NIÑAS POR LA ACERA DE ENFREENTE, ALBOROTADORAS, CON BASTIDORES Y CARTAPACIOS. Por la otra acera, la que da al parque, camuflados en el seto de arrayanes, espíabamos Mauri y yo, como todos los jueves, la salida del colegio. Primero sonaba la campanita con su risa nerviosa y minutos después aquel alboroto pajarero enmadejando el aire de gritos, de palabras y risas.

Era un estampido de alegría, porque era jueves y no había que volver por la tarde, y se abría la puerta de hierro como una salida definitiva hacia la libertad. Primero un remolino de uniformes azules y largas trenzas tras el enrejado, sobre las tapias bajas; después la desbandada, los corros del alboroto, el dispersarse grupos en todas direcciones.

Nosotros esperábamos el momento supremo, cuando aquellas dos niñas, como siempre, cruzaban hacia el parque porque eran vecinas y vivían en el otro lado de la avenida. Nos acurrucábamos en los arrayanes, buscando troneras vegetales, hasta que pasaban cerquita, a distancia de beso, sin sospechar nuestra presencia. Pasaban murmurando de las monjas, haciendo planes de excursiones campestres, como desembocadas por primera vez a la vida, y tantas veces habíamos repetido el espionaje que, con frases y retazos de conversaciones escuchadas al paso, ya conocíamos sus nombres, bastante de sus vidas. A mí me gustaba la rubia, que se llamaba Carmeliya y tenía los ojos de terciopelo azul y una risa con música de aguas. Mauri estaba enamorado de la morena, que era como una Virgen de Semana Santa pero en alegre; se llamaba Angustias, aunque una fiesta de muchacha. El padre de Carmeliya era registrador de la propiedad que, sin saber de qué trataba esa profesión, me sonaba mal, configurando su presencia en mi imaginación como un ser antipático. El de Angustias era fontanero o algo así, y sabíamos

que su estancia en el colegio estaba relacionada con la asistencia del padre a las instalaciones.

Pasaban las niñas, desaparecía el bullicio de los alrededores, y salíamos del escondite vegetal, enrojecidos por la emoción, dichosos de la proximidad secreta, y aquella visión de Carmeliya con el bastidor bajo el brazo y una rosa a medio bordar, me sustentaba de ilusión toda la semana, sería un rubio espejismo entre los libros de texto, un tema único para ensoñaciones.

Pero Mauri y yo, compañeros de curso, algunos jueves teníamos la clase de latín a esa decisiva hora de la salida de las niñas y nos la “fumábamos” a veces, y el padre Hilario era un escolapio nada despistado que, sin pasar lista, notaba nuestra ausencia y pedía explicaciones que tenían una respuesta de falsedad, con enfermedades inventadas, tragedias familiares inexistentes... El asunto llegó a oídos de nuestros padres, acabando las esperas del jueves. El padre Hilario nos fichó vengativo, acorralándonos con las declinaciones y dándonos con una vara de bambú en los nudillos al más pequeño fallo, según su cruel costumbre.

Como aquella espera mañanera sólo era posible los jueves, ya que los otros días salían las niñas al oscurecer y siempre iban familiares a esperarlas, tuvimos que estudiar otros encuentros para satisfacer nuestra pasión contemplativa. Al fin descubrimos que iban a misa mayor, a la iglesia de la Patrona, y allí montábamos guardia, Mauri y yo, todos los domingos. Esperábamos a la puerta hasta que llegaban juntas, procurando ponernos en un banco próximo a ellas, para vivir en el alma la contemplación litúrgica del amor callado. Era feliz cuando conseguía situarme detrás del banco ocupado por la familia del registrador, como hecho para ellos, el padre y la madre en los extremos, formando redil, y en medio Carmeliya y sus hermanos menores. Contemplaba a mis anchas la esbeltez de su espalda por la que bajaban sus trenzas doradas, como ríos gemelos, y a veces volvía la cabeza mirando al coro, como espiondo arpegios del órgano y por un momento se encontraban nuestras miradas, parpadeaban lenguas de cirios en sus ojos y el terciopelo azul de las pupilas se hacía profundo, a veces reidor. Yo deseaba y temía a esos momentos porque me sentía desfallecer, como pavesa en un aire cargado de inciensos y ceras.

* * *

Estamos en una fotografía, sentados en el pilar de una fuente seca, los cinco amigos: Antonio, Ángel, Mauri, Jaime y yo, los cinco fumando a un

tiempo, como ostentando decisiones de hombre. Aquella fotografía nos la hizo el viejo fotógrafo de los caballitos de cartón, con la cabeza metida en la ancha manga de tela oscura. Contemplo la fotografía: trajeados de domingo, caras de felicidad, erosionadas las sonrisas por el borrón del tiempo en la humilde cartulina.

Recuerdo conversaciones de aquel día; han quedado en deshilachados retazos por la memoria. Jaime presumía decisiones, audacias, porque estaba enamorado de Rosita, hija de una familia amiga de la suya, ambas familias esquiadoras, que iban juntas a Sierra Nevada. Y contaba Jaime que a veces Rosita se caía sobre la nieve y él la tomaba en brazos para levantarla. Mirábamos asombrados y envidiosos su cara de felicidad, pero cuando decía que le cogía las manos entre las suyas, no lo creíamos del todo y alguno preguntaba: -Pero con los guantes de lana puestos ¿verdad? Y al fin tenía que aclarar que sí, que era con las manos enguantadas. Todos reíamos en nuestra envidia y él se ponía rojo al ver menguados sus atrevimientos.

Mauri nos contaba que Angustias había tenido que dejar el colegio porque su padre andaba en cuestiones clandestinas-anarquistas, -decían- y su mala fama había llegado a oído de las monjas, despidiéndolo de sus servicios, y éste, enfadado, había retirado a la hija de los estudios. Ahora estaba colocada en “la Singer”, la tienda de las máquinas de coser de la Gran Vía, que era un comercio-escaparate en donde se veía a las muchachas como reclamo, haciendo sus labores, serias y afanosas ante las máquinas alineadas. Mauri pasaba largos ratos apoyado en el ventanal, esperando que Angustias hiciera un alto en su faena y le regalara una sonrisa, acontecimiento que se cumplía tras largos espacios de espera. Un día salió el dueño de la tienda, o el encargado, dueño absoluto de sus harenes laborales, y le dijo irónico: -Caballero, lo veo muy interesado... ¿quiere usted comprar una máquina de coser?-, Mauri huyó Gran Vía arriba sin decir palabra, como en una nube de tristeza, y ya, desde entonces, sólo veía a Angustias de pasada, con miradas rápidas, como a una Virgen en su camarín.

Antonio nos contó sus andanzas detrás de Conchi, aquella niña de un pueblo próximo, perdido en la Vega, que cada día venía en tranvía a la ciudad. Contaba conversaciones y entrevistas, pero sabíamos que no eran ciertas, que su timidez superaba la de todos y sólo la seguía por sus itinerarios habituales, sin mediar palabra, a una distancia reverencia!. Ya nos había contado en otra ocasión, en un momento de sinceridad, aquel viaje

en tranvía: se montó la niña para volver al pueblo y él, que la seguía, subió al vehículo tras ella. Solitario estaba el tranvía, tan sólo ellos y el conductor. Sentose Conchi, que ya había detectado la presencia de su seguidor de todos los días, como esperando acontecimientos, asombrada porque el seguimiento por la ciudad se ampliara hasta el pueblo. Antonio, haciendo un esfuerzo sobrehumano se le acercó y le dijo: -Señorita, ¿podría sentarme aquí, señalando el asiento frente al que ella estaba. Rió la niña, despabilada y burlona: -¿Cómo me pregunta si puede sentarse en un sitio público...?. Se abochornó Antonio derrumbándose en el asiento, bajando la mirada, reo de la simpleza provocada por su nervioso proceder. A mitad del camino se repuso, miró por la ventana en intentos de diálogo: -Es bonito el paisaje en primavera, dijo. Conchi empezó a reír a carcajadas, sin soltar palabra, y Antonio también rió nerviosamente para enmudecer de nuevo. Llegaron al pueblo y bajó la muchacha despidiéndose con un guiño burlón. Él se mantuvo en el asiento mientras se llenaba el tranvía de gentes del pueblo, bulliciosas y reidoras, retornando a la ciudad con gran desconsuelo.

Yo no quise contarles lo que me sucedió en el cumpleaños de Carmeliya, de cuya fecha me había enterado por su hermana menor que era compañera de colegio de una hermana mía. Llegada la fecha y dando por seguro que, siendo como era día festivo, estaría en su casa y lo normal sería que saliera ella a abrir la puerta, o la criada, todo lo cual eran absurdas suposiciones establecidas en mi pensamiento por la obsesionante idea de verla y de cumplir mi propósito; dispuse de los pequeños ahorros que tenía comprando un gran ramo de claveles rojos. En un arranque de atrevimiento fui hasta su domicilio, desechando temores subí de dos en dos las escaleras -vivía en un segundo piso- y toqué al timbre con decisión. Se abrió la puerta y la figura del registrador de la propiedad apareció con mirada entre sorpresiva e interrogadora. No dije nada, no di tiempo a que dijera nada; le tiré los claveles a los brazos y corrí escaleras abajo hasta la calle y seguí corriendo por las aceras en una ciega huída, loco de rabia, hasta quedar extenuado. Pero esto no lo contaba a mis amigos; reirían despiadadamente mi insensatez.

Tampoco Ángel contaba nunca nada; cuando todos reíamos quedaba serio, a veces tenía los ojos misteriosos, como llenos de historias retenidas, y nos repartía aquellos cigarrillos rubios -"Abdulas", se llamaban-, tan distintos de los malolientes que comprábamos en los estancos, que quitaba a su padre. Contaba Ángel historias de caballos, de veraneos en la playa..., eran sus historias repetidas de niño rico. Siempre disponía de dinero y tenía

detalles de generosidad, como aquel día que nos hicimos la fotografía, y que al pasar por la puerta del teatro, allí en la acera había un corro de bailarinas del espectáculo flamenco que actuaba por esos días. Dicharacheras, bellas, las observábamos a distancia. Ángel propuso: -¿Las invitamos a una cerveza y pago yo? Nos acercamos casi suplicantes. Ellas aceptaron alegres y nos fuimos a un bar cercano. Estábamos deslumbrados por la sonrisa maquillada de las bailarinas que reían constantemente nuestras cortas ocurrencias; seductoras y bellas, con la sorpresa en los ojos del niño al que entregan un juguete inesperado. Se sumó a nosotros un bailarín engallado en su esbeltez, ajustado su traje de danza. Ángel y él se pusieron a hablar algo apartados, en un extremo del mostrador, y yo lo vi con el rostro expresivo, con animación no habitual. No se oía la conversación, murmuraban palabras apagadas por el charloteo de las bailarinas. De pronto se hizo el silencio, como si nadie tuviera ya nada que decir; Ángel pagó las cervezas y salimos a la calle siguiendo nuestro camino, despedidos con palabras de agradecimiento.

Íbamos de regreso a nuestras casas y Ángel fue el primero en desplazarse hacia la suya. Entonces afirmó Antonio, como portavoz de un pensamiento común: -No le gustan las niñas. Todos nos miramos pensativos, desconcertados.

* * *

Mucho habían cambiado las cosas. Mauri esperaba a Angustias en la puerta de la tienda; iba con ella desde “la Singer” hasta su casa y a veces entraban en el cine, acompañados de una hermana menor, cuando había película sin reparos y los dejaba entrar el portero.

Antonio tomaba el tranvía del pueblo de Conchi, sentándose a su lado sin pedir permiso, aunque en sus conversaciones predominaba el elogio al paisaje de la vega por la que discurría el vehículo con traqueteo de tablas desajustadas.

Las familias de Jaime y Rosita suponían y aceptaban un noviazgo precoz, viéndolos crecer en aptitudes esquiadoras.

Ángel seguía solitario y enigmático, uniéndose al grupo cada vez que quedábamos en salir los amigos solos, sin preocupaciones novieras.

Mis asuntos sentimentales iban mal, sumido en sufrimientos no le veía salida a mis relaciones con Carmeliya, y todo por culpa de aquella serenata... También habían ido progresando nuestras relaciones: la acompañaba del

colegio a su casa, reía mucho cuando le contaba mi pasado de espionajes en el seto de arrayanes, se mostraba simpática, cariñosa dentro de los límites de su educación... Pero era mala suerte; primero aquel episodio de los claveles que puso en guardia al padre y después la desgraciada idea de la serenata que acabó con todo. Ocurrió así: el grupo de amigos, aficionados a la música, emprendimos el aprendizaje de instrumentos de cuerda: Mauri el laúd, Antonio la guitarra y Jaime la bandurria. Ángel sabíamos que estudiaba piano, aunque no habíamos tenido ocasión de escucharlo. Tanto él como yo desistimos del aprendizaje, decidiendo ser los cantantes del grupo, aunque algo faltos de voz y de oído. El caso es que un día acordamos hacer la presentación pública de nuestras virtudes musicales, con la ofrenda de una tradicional serenata callejera dedicada a nuestras amadas. Empezaríamos por Carmeliya, que ya estaba avisada por mí. Teníamos estudiado un repertorio breve pero de actualidad: dos boleros de Machín, otro de Bonet de Sampedro, aquella canción tan de moda titulada “La casita de papel”, que tenía toda la ingenuidad romántica de nuestras vidas... Pedimos permiso en nuestras casas y ya, bien entrada la noche, nos lanzamos a la aventura.

La iluminación pública era mala por aquellos años de la posguerra, y los amigos, músicos novicios, no sabían tocar sin mirar a las cuerdas, por lo que yo portaba un farol de gas para alumbrar los instrumentos.

Llegamos bajo los balcones de Carmeliya, empezó a sonar uno de aquellos boleros, se abrió un postigo y apareció en el balcón mi amada, recortada su figura sobre la luz que salía del interior de la habitación; esplendorosa, el cabello suelto sobre un camisón de dormir blanco, amplía la sonrisa... Creía desfallecer. La sorpresa de todos fue grande, no esperábamos aquella aparición y se cortó la música repentinamente. El silencio era denso. Le pregunté emocionado. -¿Qué quieres que te toquemos?. La pregunta fue seguida de una carcajada común, al unísono, de todos los amigos, que enunció la noche. Aparecieron unos brazos, quizá los de su padre, el registrador de la propiedad, que arrastraron a Carmeliya hacia el interior y se cerró la ventana de un gran portazo. Tembló todo mi ser, se me cayó el farol que se hizo trizas sobre la calle adoquinada y huimos en silencio, frustrada nuestra noche de serenatas. Discutí ferozmente con los amigos. No pude dormir pensando que ella pudiera considerar una intención grosera en mi pregunta. Pero no..., no era posible, ella tenía que haber visto en mis ojos la limpieza de mi cariño.

Al día siguiente fui a esperarla al colegio. El terciopelo celeste de sus ojos era un acero duro. Empecé a decidir: -Perdona, Carmeliya... No pude acabar. Me miró fijamente y dijo: -Guillermo, no vuelvas nunca. Huí de su lado, el mundo se hundía para mí.

Había pasado un mes del desdichado episodio de la serenata y no había vuelto a verla, cuando Ángel nos dijo que estaba solo, los padres habían salido de viaje, y aprovechando que era tiempo de carnaval podíamos hacer en su casa una fiesta de disfraces, invitando a las novias. Yo, aunque con la ilusión marchita, escribí una carta a la amada perdida, citándola para ir, enviándosela con una compañera de colegio, pues no me atrevía a abordarla de nuevo. No acudió a la cita. Decidí ir a la fiesta, animado por los amigos; llegamos a la casa de Ángel, un gran carmen con huerta y jardín; llevamos cerveza, y vino de Málaga para las niñas; envoltorio de disfraces que sólo podían ponerse en la intimidad por estar los carnavales prohibidos... Llegamos con mis amigos emparejados, con mi soledad triste. Nos abrió la puerta Ángel disfrazado de ángel, la cara maquillada como una bailarina, unas alas inmensas de raso blanco. Nos pasó al salón, un gran salón de niño rico con grandes cortinajes morados y un piano negro con velas encendidas. Quiso impresionarnos, se sentó al piano e interpretó una música triste que dijo era de Chopín. Después de los aplausos nos invitó a perdernos por la casa para colocamos los disfraces. Yo me negué, se había aumentado mi tristeza al ver a mi amigo maquillado, sentado al piano negro, desgranando aquella angustiada melodía. Todos volvieron disfrazados, entre risas; bebimos la cerveza, el vino dulce, unos licores exóticos que sacó Ángel y que nos abrasaban la garganta pero tenían olor de prohibición. Se animó el guateque, pusieron música en un gran tocadiscos y empezaron a bailar Mauri y Angustias, Antonio y Conchi, Jaime y Rosita... En cumbres de la fiesta ellos seguían bailando un bolero de Machín que a mi me parecía inacabable. Descubrí a Ángel con su disfraz de ángel, llorando en un rincón; sus lágrimas arañaban pequeños surcos en el maquillaje de las mejillas. Me sentí mareado, sentí unas ganas inmensas de llorar y la vergüenza de hacerlo en presencia de la fiesta. Busqué la terraza, salí a la terraza conteniendo el llanto y me consolé la belleza de Granada, la despedida de un sol de alfanjes por la Alhambra, traspasado por los últimos vencejos.



EL CARDENAL ACATARRADO

Este relato se ha publicado en la revista *Anfora Nova* de Rute (Córdoba), y en unión de otros trabajos de este libro en una antología de varios autores, publicada por el estudioso y crítico Pedro M. Domene, en “Biblioteca General del Sur”, de Granada. A mi amigo Paco Izquierdo, director de esa colección granadina, y al citado profesor Martínez Domene, quiero dedicar el relato.

Frente a la ostentuosidad del bello pájaro americano llamado cardenal, el humilde plumaje del ruisenior franciscano, sublime cantor de nuestros campos. Frente a los atuendos (en cierto modo semáforos de poder) mantenidos por la Iglesia, la humilde túnica con que imaginamos vestida la figura de Cristo. Es posible la ironía.

DESDE QUE MONSEÑOR TAMBORINI HABÍA DECIDIDO RESIDIR EN AQUELLA VILLA PRÓXIMA A ROMA, ACTUAL CONVENTO DE CLARISAS, donada hacía muchos años para tal menester por una señora que decía ser descendiente de los Médicis, sentía extrañas regresiones a la añoranza de una posible vida distinta, enraizada a sus orígenes. ¿Sería por el olor a huerta regada, a tierra húmeda, que entraba por el ventanal, asociado a un suspirar de madre selvas? Meditaba esta pregunta Monseñor, mientras se disponía a desayunar el chocolate con bizcochos que le ofrecía Sor Gardenia, su mejor ángel confitero.

Aquella mañana, como siempre, tenía prisa por acudir al Vaticano y despachar los más urgentes asuntos, pues estaba en vísperas de cesar como cardenal camarlengo y pensaba en regir cualquier diócesis lejana, liberarse de responsabilidades mayores, sínodos tormentosos y exceso de liturgias.

Ofreció a Sor Gardenia su cotidiana sonrisa de agradecimiento, endulzada por el último sorbito de chocolate y salió precipitadamente, tropezando con Sor Francesca la superiora, que enmendó su postura trastornada por el leve atropello, y prodigó sus inclinaciones de cabeza en sumisión cortesana.

Acababa una época de su vida orlada de grandes ceremoniales, cruzada por duros conflictos provocados por clérigos disidentes, caracterizada por sofocadas rebeldías interiores en su diaria pelea con la púrpura. Siempre

que veía su figura esbelta y aliñada en espejos palaciegos le parecía no ser él aquel señor multiplicado en cornucopias. Capelo, birrete, encarnada vestimenta, mitra de solemnidades, báculo de pastoreos inciertos... Pensaba qué antepasados irían inventando la indumentaria empujados por carnavalescas frivolidades, o provocando alertas de poder frente a una danza de casacas y miriñaques. A veces se había soñado vestido con el sayal de Pedro, repartiendo el pan y la palabra en humildad de túnicas, en fecundo cubil de catacumbas. Tenía Monseñor un gusto por la desnudez, por los atuendos leves, por las voces del pueblo despiertas sobre palabras muertas, por los gestos desaliñados de vecindad de barrio, por pensar un amanecer sobre besanas, más allá de los campanarios...

Durante un largo viaje por las Américas, pasando revista a sus hermanos en dignidad, aquellos inmersos en las esperanzadas luchas del pueblo, tan decididos a bajarse del podio hasta la calle, renunciando a boatos tradicionales, había tenido el disfrute de descubrir en la espesura de la selva, en viaje hacia misiones lejanas, a esos preciosos pájaros que llevan el nombre de su cargo. ¿En dónde la primacía de la palabra? ¿Se le llamó cardenal al pájaro por su solemne penacho de plumas encarnadas o se tomó el nombre de la avechilla para designar a un cargo que empezó a usar tan ostentoso tocado? De estas cuestiones él no entendía nada, pero en sus apostólicas correrías por la selva gozaba descubriendo entre el ramaje a los pájaros homónimos, vivaces y bellos, y sentía ridícula la solemnidad de su vestimenta ante la contemplación del resultado de los pinceles pajareros de Dios. Llegó a divertirle el tema hasta el punto de conocer e investigar a toda la familia de esas aves, sus variedades y costumbres; ocurriendo que él, tan dado a los sueños, una noche soñó que estando vestido con todo el atuendo de su cargo, como para un acto solemne, de pronto empezaron a salirle pájaros de las mangas, de debajo de la mitra, y fueron pajareándose sus vestidos y su propio ser hasta quedar transformado en hermosa bandada de cardenales que se perdió en el cielo remontando las torres vaticanas.

Un día llegó Monseñor cansado a la residencia; quitóse la sotana y quedó en mangas de camisa, en la paz de su habitación. En seguida llegó Sor Gardenia con un canasto de frutas del huerto. Sería la sensual ofrenda..., las granadas rajadas de risa roja, los perfumes del melocotón con su piel casi humana al tacto, la provocación de la sandía... El caso es que Monseñor Tamborini empezó a poner atención en la gracia de movimientos de Sor Gardenia y a adivinar su prieta esbeltez bajo los hábitos, en presentimiento

de un cuerpo grácil y hermoso. Fueron sólo unos segundos de tentación mental, como si un diablo mediterráneo, allanador de celdas, le hubiera traído su muestrario de frutos prohibidos. Monseñor se levantó con violencia del sillón en que estaba sentado, dejando a la monjita confusa y asustada, y huyó hacia el huerto en mangas de camisa. Le quitó la herramienta al sorprendido jardinero, que cuidaba la pequeña huerta, y comenzó a cavar un bancal destinado a la siembra de patatas. Se pasó todo el día cavando sudoroso. Lo que en principio fue una huída y una manera de castigar la carne, desentendiéndola de apetencias, fue convirtiéndose en un placer violento, en actividad enardecida. Sintió un palpito de estirpe campesina por sus brazos y recordó al abuelo Enrico, a cuya sombra había crecido en sus campos natales de Benevento; retorno a gozos y cansancios ya olvidados. Desde los miradores conventuales que daban a la huerta Sor Gardenia sonreía confusa de adivinaciones y Sor Francesca rezaba por la salud mental de su Ilustrísima, entre divertida y preocupada, porque, según ella, Monseñor estaba pecando contra su propia dignidad.

Cesó en la faena a la puesta del sol, sudoroso, con cansancios recomfortadores, pero acostumbrado como estaba a sólo trabajos de bendición y homilía, su naturaleza sorprendida reaccionó mal y quedó fuertemente acatarrado. Durante el tiempo que llevaba allí, atendido por las monjitas, apenas se había notado su presencia; entraba y salía como una sombra, sonreía a Sor Gardenia agradeciéndole sus atenciones, contestaba a Sor Francesca las preguntas que le hacía sobre la salud del Santo Padre, y pasaba la mayor parte del tiempo en su alcoba, descansando del trajinar palaciego. De pronto, la potencia de sus varoniles y frecuentes estornudos llenaron el convento de presencia de hombre, y andaban las monjas solícitas y preocupadas, hasta convencer al cardenal para que se acostara enseguida.

Monseñor, antes de acostarse, sacó del armario una vieja boina sudada que había pertenecido a su padre y que guardaba como reliquia de su pasado campesino, y la acarició dulcemente como a una flor o a una paloma.

Se acostó enfebrecido, con toda su naturaleza alterada, y casi en sueños vio a la hermana que le traía una infusión casi milagrosa, inventada por Sor Petra la cocinera. Al dejar la taza sonrió a Sor Gardenia e hizo además de acariciarle la mejilla. Incluyó la cabeza la religiosa y la mano de Monseñor cambió de ademán, como pájaro equivocado que cambia el rumbo, resolviéndose en solemne bendición.

Aquella noche tuvo largas pesadillas y sueños gozosos, despertando al amanecer, excitado por la última ensoñación, en que tomaban parte el Santo Padre y su abuelo Enrico.

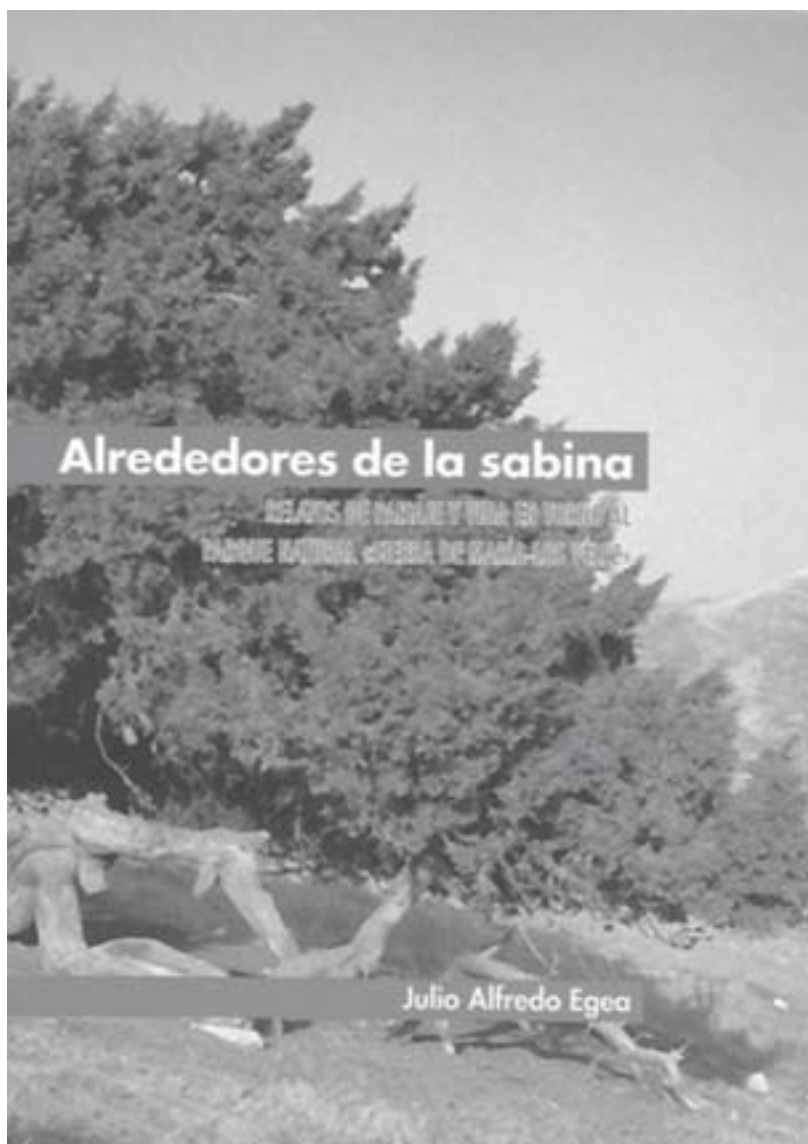
La basílica de San Pedro estaba en uno de sus momentos solemnes; se concelebraba una misa presidida por Su Santidad, bajo esplendor de músicas y luces. De pronto hubo un rumor de sorpresa entre los asistentes, como el inicio de un gran suceso esperado. Su abuelo Enrico entró en la iglesia y avanzó despacio hacia el altar mayor. Todas las miradas se volvieron hacia su figura orlada de tierra, como salida de remotas besanas. Llegó al altar y, sin atender el transcurso de la ceremonia, se dirigió al Papa con un saludo afectuoso y humilde. Después fue hacia su nieto, midió con la mirada su esbelta figura vestida de pontifical, le derribó de un gran manotazo la mitra de seda, colocándole ceremoniosamente, como en una coronación, la boina negra que traía en la mano. En este momento del sueño Monseñor Tamborini despertó sobresaltado y quedó sentado en la cama.

Estaba amaneciendo. Un fuerte estornudo hizo callar al ruiseñor que cantaba en las madre selvas del ventanal, y lo vio volar hacia el infinito, con su humildad de plumas, como un sanfrancisco de los pájaros.

ALREDEDORES DE LA SABINA

RELATOS DE PAISAJE Y VIDA EN TORNO AL PARQUE
NATURAL DE SIERRA MARÍA LOS VÉLEZ

(1997)



Alrededores de la sabina. Relatos de paisaje y vida en torno al Parque Natural Sierra de María los Vélez, Almería, Revista Velezana, Instituto de Estudios Almerienses y Junta Rectora del Parque Natural, 1997. Fotografía de portada: Ángel Montalbán.

OfRENDA

SI HABITAS UNA PARCELA DE MUNDO EN LA QUE HAS VIVIDO INTENSAMENTE, porque dentro de sus asperezas siempre hubo gestos acariciadores, germinaciones y hallazgos sorprendentes, acaba siendo, en seducción cumplida, importante soporte material y espiritual de tu vivir. Cuando a esa tierra llegan hombres -políticos, científicos...- que con aliento romántico deciden cortejarla y protegerla, sientes que ha sido condecorada en sus excelencias. Eso ocurrió en 1987 con la Sierra de María-Los Vélez, al ser declarada Parque Natural. Ya tenía esta montaña título honorífico, por méritos naturales, y nuevos paladines ante posibles desamparos.

Este Parque Natural, en los nortes del Sur, en almerienses alturas, con los clásicos valores de su mediterraneidad, herido por mordiscos de sequía, tiene su personal cicatriz de belleza ganada en el sosiego de las erosiones del tiempo y de la vida.

La comarca de los Vélez, coronando a una Almería dorada y marinera, tiene, en predominio de colores, verdes y blancos de bandera andaluza. Blancos inéditos de nieves y flores del almendral, y verdes, desde los novicios del trigo a los antiguos de encinas y chaparros. Abierta al mundo ofrece insólitas bellezas que hay que ir descubriendo como en cualquier conquista que preside el amor. Así debió entenderlo la Fundación Horstmann de Munich, defensora de una cultura basada en el amor y el respeto a la Naturaleza, al establecer aquí una de sus sucursales y apoyando el hermanamiento con el Parque Natural de Altmühltal de Baviera, abriendo puertas de esta comarca hacia ámbitos europeos, para su conocimiento y disfrute.

Centrando la hermosura, a veces rota en desvalimientos, de este lugar, está la sabina milenaria, aislada y sola, símbolo permanente del respirar del mundo, resistente a toda agresión; llamada de la Naturaleza que pide ser salvada de agonías de la tierra, testigo mudo en el convulsionado devenir de los hombres. Ella es reina sobreviviendo a bosques perdidos.

El protagonismo del árbol en los escenarios de todo hombre es un protagonismo pasivo, pero lleno de eficacias. El alma del hombre gana armonías en el bello remanso de sus paisajes cotidianos, también se forja en los espejos

cambiantes de sus aventuras naturales. El hombre necesita ser abrazado por las ramas de un árbol, necesita de su invitación al amparo. La literatura está llena de la variante y repetida trayectoria pasional de los seres humanos. Los poderíos del hombre no pueden hacerle protagonista exclusivo de todo relato. Reconozcamos el importante protagonismo de un pájaro, de un árbol, de una estrella, de un río que nace y colecciona estampas de ciudades y campos antes de morir, el inmenso protagonismo del mar con un fondo de gozos y sufrimientos del hombre, el de una montaña alzada en rebeldía contra cataclismos y erosiones, proclamando la hermosura del mundo.

Escalemos el alto trono de la sabina, vislumbremos sus tiempos de árbol y el latir de la vida en sus alrededores.

A ti, joven, van de forma especial dirigidos estos apuntes hechos al pie mismo de la sabina, un árbol milenario perdido en la bella aridez de cumbres serranas de la vieja España. El deseo de estos bocetos, dentro de su humildad, es que sirvan de invitación para visitar una tierra olvidada en donde la Naturaleza, a veces disfrazada por la aridez, muestra retazos de paraíso perdido; es rica en endemismos y tiene violentos contrastes que establecen su grandeza. Tierra en que sus habitantes conservan una herencia sagrada: la hospitalidad de su estirpe campesina. Tierra que pobló el hombre desde la niebla de horizontes prehistóricos, en acontecer y fusión de civilizaciones, dejando sus elocuentes huellas.

Aprende sus veredas. Leve te será el peso de la mochila en los gozos del caminar. La poesía, la naturaleza, el arte, la historia, la leyenda..., todo eso es lo importante en la forja del hombre. Ojalá te contagie el espíritu de los pastores en la contemplación y el sosiego. Ojalá te contagie el espíritu entusiasmado del primitivo cazador, encauzado por nuevas mentalidades conservacionistas, y comprendas que si arde un árbol o muere el último pájaro de una especie se empobrece dramáticamente la hermosa primavera del mundo. Ojalá seas parte de una humanidad nueva, con los grandes valores que en el hombre antiguo había y el urgente añadido del aprendizaje de la paz a través del dolor de la historia.

Limpia tu alma del materialismo envolvente con la pureza del paisaje. Libérate de los pobres espejismos de felicidad con que te acorrala el consumismo, ese falso dios. Busca en la Naturaleza las claves de tu origen y tu destino. De ti depende la salvación de la Tierra.

BAUTISMO SERRANO

EN LOS APRENDIZAJES DE LA VIDA, DEL AMOR, TAMBIÉN DE LAS ACEPTACIONES DE LA MUERTE, SIEMPRE DEBIERAN TENER ESCENARIOS NATURALES LOS OJOS SORPRENDIDOS DE UN NIÑO. Las agonías y resurrecciones de la tierra, el rotar de las estaciones, el espionaje de generaciones sucesivas de pájaros, los gestos del campo en los sufrimientos de la sed o con los gozos de la lluvia, la inmensa aventura de la naturaleza a través de los tiempos, siempre debieran de estar en paralelismo cotidiano con el desarrollo de la persona, en la forja de sus ilusiones y esperanzas. Hay niños con sólo retazos de cielo lejano, un horizonte de cementos y tan sólo la amañada naturaleza de los jardines. Esperemos tiempos en que todos los niños del mundo tengan el disfrute y las enseñanzas del campo; en que el hombre, ciudadano en su mayoría, tenga conciencia de la tierra en que vive y de la necesidad de su custodia.

Ya llevaba yo años en el asombro de ir descubriendo la naturaleza circundante, el latido de vida vegetal y animal, los alrededores del pueblo a partir de las tapias de sus últimos corrales.

Un día, recién cumplidos mis once años, dijo mi padre: -Iremos a la Sierra, subiremos hasta el Pozo Franco para cazar torcaces.

Los altos de la Sierra eran para mí un sueño no cumplido, aunque sí conocía ya algunas laderas y altozanos, de haber subido tras los pasos del padre a los puestos de la perdiz, pero en alcanzar sus cumbres estaba mi ilusión. ¿Qué pájaros anidarían entre sus rocas? ¿Qué paisajes se abrirían desde sus altos miradores?

Por fin había llegado el día soñado y recuerdo el gozo de los preparativos. Mi padre, su primo Antonio -experto cazador, conocedor de los más propicios lugares para esperar a las palomas- y yo, llevábamos varios días con la ilusión de la marcha. Al fin, sobre la albarda con zalea de oveja, me sentí un rey. En las aguaderas de esparto todas las provisiones para pasar un trasnocho y un par de días por las alturas.

Tras de la bestia, mis iniciadores en la aventura hablaban de su proyecto de cacería. Era mediado agosto y en las rastrojeras se amontonaba la mies y

olía el campo a cereales recién segados. Las últimas cuadrillas de segadores, alineados en el tajo sobre la fecundidad de la tierra, se afanaban en el duro quehacer de las cosechas. Algunos, próximos al camino, interrumpían la labor por un momento y saludaban alzando sus sombreros de paja.

Era muy de mañana y toda la meseta amanecía revitalizada tras el consuelo de la noche, después de un día abrasador. Entre las matas de la orilla del camino correteaban las terrorillas tratando de ocultarse, resistiéndose a levantar vuelo. Sobre la atalaya de un tormo cantaba la totovía indiferente a nuestro paso. Pero eran las calandrias volando altísimas, cerniendo los cielos, las reinas de aquel universo de alondras. Permanecían casi quietas en el aire, con un leve temblor de las alas para sostenerse, y su trino llenaba los cielos. Se cruzaban trinos como en desafío de belleza. Un bando de ortegas levantaba vuelo en lejanías, detectando nuestra presencia, y se perdía en el cielo con un canto zumbón que parecía de burla ante nuestra condición cazadora: chur... chur... También algún alcaraván se alzaba de los surcos con un canto de alarma que a mí me recordaba la llamada del pito del afilador que a veces recorría el pueblo. Bandadas de zuritas aparecían lejanas, borrón azul en la nitidez del horizonte, se iban aproximando hasta poder oír la música del vuelo en aterrizar feliz sobre los rastrojos.

Yo era buen andarín y nos turnamos en la caballería, montándola sucesivamente el padre y el primo Antonio. Sólo lo sentía porque yendo montado me desentendía del camino pedregoso y podía contemplar mejor la fiesta de los pájaros.

Dejamos la estepa -eriazos, rastrojos y barbechos- y seguimos el camino por sus tramos serranos, en dirección a la Boca del Puerto. Entrábamos en un mundo distinto: ya eran otras aves y otra vegetación. Cruzó el camino corriendo con rapidez una pollada de perdiz que fue nuestro gozo. Un águila planeaba vigilante sobre los riscos altos. Pero yo ya iba casi desentendido de los pájaros, atento al padre que me decía el nombre de lugares por donde pasábamos, o de aquellos que divisábamos en nuestro caminar.

La Sierra de Chirivel, partida en dos por el estrecho valle por el que seguía nuestro camino, tiene nombres de pueblos distintos, nombres de pueblos hacia cuyos términos municipales se extienden sus cumbres: a nuestra derecha, la Sierra de María, alta y abrupta, repartiéndose por toda la comarca velezana; a nuestra izquierda, la Sierra de Orce, más dulce en ascensiones, hacia confines granadinos.

Cada morro serrano, cada picacho o barranquera, cada blanda o ladera tiene su nombre, que habrían sido puestos por ascendientes, en el rotar de vida de los tiempos, que me sonaban de haberlos oído en labios de los abuelos y que ahora repetía mi padre fijándolos en mi memoria como una herencia, al relacionarlos con la contemplación de cada lugar. Nombres sugerentes que se iban desgranando en los labios del padre: la Mercé, el Vizconde, la Cueva del Puntal, Cortijo del Aljibe, el Rincón, Barranco de Mula, el Panderón, los Canalizos, Collado de los Cuernos, Cueva de Frasquito Juan, Barranco de los Nidos, Cerro de las Piedras de Lumbre... Al fin llegamos a la Boca del Puerto, punto divisorio hacia umbrías de la Sierra, división de la corriente de las aguas de lluvia -siempre esperadas- hacia el norte y el sur.

Desde este lugar se abre un hermoso panorama hacia el norte: en primer lugar, la Umbría del Campo, con tierras de labor y varios cortijos diseminados, y después, tras otra derivación serrana, paralela a la que nos encontramos, y tras ella, los campos cerealistas de María, grandes llanuras desarboladas, en confluencia con tierras granadinas. En bajada desde la Boca del Puerto hacia el Barranco de Molina, a la derecha, por donde íbamos a iniciar la ascensión hacia nuestra meta, siguió el padre su letanía de nombres: las Macucas, Piedra del Águila, el Pozacón, Cortijo de Molina...

Sentado en la esquina de este cortijo, fumando su pipa de tabaco verde, vigilando el trajinar de los hijos en labores y pastoreos, encontramos al cortijero, al tío Juan *el Gato*. Fue cálido el saludo, desbordante en ofrendas de hospitalidad. El primo Antonio le preguntó sobre el movimiento» de las torcaces desde los sembrados de la umbría hacia los altos abrevaderos, ya que uno de sus pasos eran los cielos próximos al cortijo. Mi padre, sobre cómo iba la paridera de las ovejas o sobre el precio de los borregos según el último marchante que pasó por allí. Su conversación, pausada por largos silencios -lo supe en otros encuentros, ya en edad de apreciaciones- era la de un filósofo contemplativo portador de una rica cultura serrana.

Dejamos al tío Juan y seguimos camino por la estrecha vereda ascendente. Los Huertos, la Pinochá, Franco. Al fin llegamos al sitio deseado: el Pozo Franco, abrevadero comunal, un pozo superficial por cuya boca manaba un regatillo de aguas clarísimas, resuelto en charcas sucesivas, situado en el alto y pequeño valle laborable formado entre las últimas crestas de la serranía.

Aligeramos a la bestia de su carga y la atamos con una larga cuerda para que tuviera campo para pacer. Buscamos la breve sombra de un rosal silvestre

y, compensando fuerzas gastadas en el camino, almorzamos productos de la tierra, entre los que nunca faltaba queso de oveja curado en aceite de oliva y embutidos de la última matanza.

De los carrascales y el pinar oculto en la umbría llegaban torcaces en busca del agua, quebrando a distancia el vuelo ante nuestra presencia y perdiéndose en huida tras las cumbres.

Acabado el almuerzo, nos pusimos a trabajar en la restauración de los acechaderos, que estaban hechos de años anteriores y había que renovar con hiniestas y tomillos, corrigiendo sus deterioros para que no pudiera descubrirnos la fina vista de las palomas. Hecha esta operación, teníamos que esconder nuestro breve equipaje y encontrar una más amplia sombra y, avanzando por las alturas, llegamos a la sabina, único árbol por aquellos lugares.

Después de la caminata, la fresca sombra de la enramada parecía algo irreal. Acababa de conocer uno de los árboles que sería importante dentro de mi vida, al cual llegaría muchas veces en mis correrías cazadoras. Abracé el viejo tronco con mis brazos jóvenes, como presintiendo que aquello era el principio de una larga amistad, y me acosté sobre una manta que había extendido mi padre. Así me hubiera estado toda la tarde, bajo el placentero cobijo del árbol, pero la pasión cazadora tenía intranquilos a los hombres, sobre todo al primo Antonio, y desandamos nuestros pasos camino del pozo y los aguardos que habían quedado atrás.

Me enviaron a mí, desandando aún más camino, a las proximidades de otro lugar húmedo que habíamos visto al paso, que llamaban los Cañicos y en el cual la presencia del agua era sólo detectada por una pequeña mancha de barro entre junqueras, como una mancha de sudor de la tierra.

Ya había tomado mi alternativa de cazador cobrando liebres y perdices por lugares próximos al pueblo, pero aún no había conseguido cortarle el vuelo a una torcaz. Con mucha ilusión arreglé el puesto viejo y me introduje con la escopeta, buscando el mejor acomodo.

Pasaba el tiempo y las palomas no llegaban, aunque si oía música de su vuelo al pasar muy altas, fuera del alcance de la escopeta. Se oían tiros por la dirección en que había dejado a mi padre y al primo Antonio. Se escuchaba un remoto zureo de tórtolas por pinar cercano, y pasaban rápidas bandadas de pardillos trinando, como en procesión de felicidad. Trazaban círculos altos

las cucalás -chovas de pico rojo- en su lento volar, y su graznido arrancaba ecos como salidos del cobijo de los riscales.

Llegué a la conclusión de que aquella fuentecilla, agostada por los castigos del verano, hacía tiempo que había dejado de manar, quedando sólo un lunar de tierra húmeda, por lo que habían perdido la costumbre de llegar hasta ella las aves, pero yo me sentía feliz en mi escondite, observando el palpar del campo.

Ya casi perdido el sol, cuando estaba pensando abandonar la espera y volver en busca de los compañeros, oí el vuelo inconfundible de la torcaz que fue aproximándose hasta frenar las alas con sonido de aplauso y quedar parada en la copa de una carrasca próxima. Era una paloma solitaria que quizá buscaba un dormidero o hacía un descanso en su volar hacia lejanos destinos.

Emocionado, saqué la escopeta por entre las ramas y apunté al collar blanco de su cuello. Sonó el disparo y se derrumbó, siendo tragada por el ramaje oscuro hasta que, resistiendo el abrazo de ramas, cayó sobre la tierra quedando inmóvil. Deseando tenerla entre mis manos, salí del aguardo y la cogí, y se estremeció todo mi ser al sentir en las manos su último palpito de vida. Fue como sentirme integrado en la naturaleza, como quedar incluido en las luchas del campo, con sensaciones de dominio, de gozos y tragedia.

Emprendí el regreso hacia la sabina, bajo cuyas ramas habíamos quedado en dormir aquella noche. Cuando pasé por los acechos en que había dejado a los compañeros, ya no estaban en ellos, y los encontré felices bajo el árbol, de cuyas ramas colgaban sendos manojos de palomas. Contaban los lances de la tarde y extendían unos haces de cereal preparando el lecho, haciendo planes para salir de madrugada hacia nuevos aguardos.

Abracé el tronco de la sabina con la sensación de haber encontrado un amigo para siempre, como símbolo de aceptación, de añadidura a los árboles importantes de mi niñez campesina.

Impresionado por los recuerdos del día, por el descubrimiento de aquellas alturas serranas, y espoleado por el frío, no podía dormir, hasta que vencido por el cansancio, avanzada la noche, me dormí contemplando un guiño de estrellas por entre los claros del ramaje del árbol, con volar de palomas por el sueño.



*"La contemplaron los botánicos desde la leve altura de sus alrededores.
Medieron su tronco. El Hermano Rufino abrazó su tronco; oraban sus manos
cuando abrazaba un árbol. Observaron los tramos de raíz desnuda por la erosión
de los ganados apretándose contra ella en huida de sales y ventiscas. La raíz
remontando la tierra, con cicatriz del hacha de pastores que inutilmente, en
aceros del frío, intentaron cortarla, resistiendo la vieja madera convertida en
metal de siglos los aceros del hierro"*

PARTIDA DE NACIMIENTO

AL HERMANO RUFINO SAGREDO LE SONREÍAN LAS PLANTAS. Pensaba yo que de los dedos, en la epidermis gastada de acariciar los pétalos, podía nacerle la minúscula flor del tomillo, era posible una erupción de amor ganándole aromas al campo. De tanto mirar a la tierra, de ararla con sus ojos, había tomado su alma dimensión de barbecho y, cuando un inicio de lluvia o un suspiro de niebla le acariciaba la mejilla, yo esperaba un florecer de lirios silvestres.

Le conocí cuando llegó un día a mi casa, buscando mi compañía para subir a los altos de la Sierra, recomendado por no recuerdo qué amigo común. Llegó con otro botánico, de Soria, apellidado Segura, que era conductor del todoterreno.

Subí con ellos, y por el camino hablaban de floras distantes, del descubrimiento del verde respirar de otras tierras, y en el conversar, junto a familiares nombres de plantas, saltaba el latín de los nombres científicos dando misterio a su platicar.

Rufino Sagredo, hermano del colegio de La Salle con residencia en la capital, llevaba muchos años tratando de buscarle a la tierra almeriense sus secretos vegetales y, a pesar de sus muchos años en la tarea, andaba siempre como maravillado, sorprendido de tanta riqueza, en incansable exploración del desierto al oasis, de la llanura a la montaña. Pensaba él que Almería es como un pequeño continente, con bellezas antípodas. Estas alturas de Los Vélez estaban inéditas para él y, camino de las cumbres, tenían brillo sus ojos de inicio de aventura.

Hubo que dejar bien abajo el coche y seguir andando hacia la meta fijada en el Pozo Franco y sus alrededores. Pensé que el Hermano, avanzado en edad, no podría resistir la caminata. No fue así, andaba con agilidad de juventud no perdida, quizá estimulado por los placeres del quehacer, dejando con frecuencia la vereda para explorar sus alrededores, sus ojos en la tierra, registrando con la mirada los pliegues del monte, el abrigo fértil del peñasco, la tierra herida del ramblizo. De vez en cuando arrancaba una mata o una

flor y la alzada en las manos feliz y solemne, con ademán intermedio entre la conquista del hallazgo y cierta unción de rito sagrado.

Pensaba yo que el Hermano Rufino, más que misión científica, lo que estaba desarrollando era una acción de gracias por la hermosura de la tierra, oración viva impulsada por aromas y colores. Vencía la pendiente como sobrevolándola, como no sintiendo el peso de sus cansancios de hombre. Distanciado del compañero en inquietudes, cumplía su labor.

Yo le seguía en silencio, observando sus giros y ademanes, la expresividad de sus gestos cuando guardaba un pequeño tallo o una flor, y estaba deseando remontar de manera definitiva la cuesta y llegar a las veredas altas que dulcificaban el camino. Pensaba yo en la sabina, como meta de nuestra andadura; tenía la ilusión de presentarle al Hermano Rufino aquel árbol que formaba parte importante de mis árboles familiares desde el día en que subí con mi padre y dormí bajo sus ramas. Desde entonces todos los años, vencido agosto, en cita inaplazable, subía yo a su encuentro. Los más viejos del pueblo que pastorearon de niños por las cumbres la habían conocido siempre igual, de aspecto y estatura inalterable, y aquella era ocasión propicia para ser informado sobre las circunstancias del árbol.

Cuando vencimos altura propuse un descanso bajo una encina, y aceptaron los botánicos, aunque sin entusiasmo, queriendo aprovechar al máximo la jornada. La vegetación, según íbamos ganando altura, se iba haciendo más pinchosa, más erizada, estableciendo sus defensas para sobrevivir en donde el clima riguroso no daba opciones de suavidad.

Siguiendo la marcha se abrió ante nosotros el esplendor del piorno azul, extendiéndose por laderas, formando bellos tapices, y yo quería creer en el milagro de que no era tiempo de floración y estaban floridos de forma espectacular en honor al viejo botánico. Se lo dije y, entre tímido y divertido, rió mi ocurrencia y dijo: -Para el campo es siempre tiempo de milagro-.

Nos refrescamos en el pozo y, saltando el próximo collado, llegamos a la sabina. El árbol, como yo esperaba, causó su admiración. Entonces la copa era una planicie modelada por el peso de nieves de cada invierno. Tengo el recuerdo de estar acostado en su sombra y ver las torcaces por el trasluz del ramaje, persiguiéndose en ceremonias amorosas sin tener que saltar de rama en rama, sobre el tupido verdor de su alfombra.

La contemplaron los botánicos desde la leve altura de sus alrededores. Midieron su tronco. El Hermano Rufino abrazó su tronco; oraban sus

manos cuando abrazaba un árbol. Observaron los tramos de raíz desnuda por la erosión de los ganados apretándose contra ella en huida de soles y ventiscas. La raíz remontando la tierra, con cicatriz del hacha de pastores que inútilmente, en acosos del frío, intentaron cortarla, resistiendo la vieja madera convertida en metal de siglos los acosos del hierro.

Yo estaba anhelante ante los hombres mudos, vigilando sus gestos, hasta que por fin dictaminó el Hermano: -Tiene por lo menos diez siglos-. Asintió el compañero, corroborando su dictamen, y yo lo acepté como una partida de nacimiento, con relativa sorpresa; yo que, entre presentimientos e ignorancias, siempre había meditado sobre la ancianidad del árbol.

El vértigo de un viento de siglos sentí de pronto bajo sus ramas. ¡Dios mío! ¡Qué efímera la vida del hombre...! Aquel árbol había presenciado la llegada de mil primaveras. Infinitas generaciones de hombres y pájaros habían pasado buscando el cobijo de sus ramas.

El Hermano Rufino ya dejó la tierra -¡que tanto amaba!- quizá en busca de soñadas praderas, quizá pretendiendo encontrar el último endemismo.

VÉRTIGO DE LA HISTORIA

“Ellos todo lo saben, pero nunca hablarán”.

Federico García Lorca

ANTE SERES VIVOS QUE RESISTEN EL PASO DEL TIEMPO, un suceder de aconteceres que abarca largos periodos de historia, en el vivir y el morir de generaciones de hombres y en alternativas de la naturaleza, cabe una meditación basada en nuestra efímera existencia; meditación que nos acosa y nos hace pensar en los vuelos velocísimos del tiempo, aunque se disfrace de lentitud.

Los árboles milenarios debían tener oídos y ojos y facultades de memoria: ser como grandes ordenadores que permitieran leer en sus ramas. Serían enciclopedias vivas recogiendo belleza cambiante de amaneceres y crepúsculos, dando fe de un rosario infinito de guerras y amores del hombre; la sucesión de un vendaval de trinos, de palabras quebradas, de canciones y quejas... Cuando el poeta granadino habla de saberes, refiriéndose a los árboles, está soñando con un sentido secreto y vegetal y con el misterio de una memoria clandestina.

La presencia del árbol parece un juego de confianzas, un espejismo de eternidad, el rastro de una posible aurora infinita. En su quietud y silencio, en la mudez de sus vivencias, hemos de leer los hombres aportando nuestro equipaje de saberes, nuestra capacidad sugeridora, nuestro sentimiento cósmico de unión a su raíz secreta.

El vértigo de tanta historia cumplida durante la vida del árbol es infinito y se despliega como un viejo pergamino con sólo anotar unos cuantos personajes y unos cuantos episodios del vivir de cada siglo.

* * *

Cuando brotaba la sabina, rompiendo la timidez del tallo durezas de tierra serrana, gozaba Al-Andalus restos de su máximo esplendor musulmán. Ya había sido fundada Almería por Abderramán III y había muerto Almanzor que, en ambición de gloria, había llevado hasta Galicia un aire de

turbantes. Muchas cosas habrían de ocurrir durante la niñez, la adolescencia y la primera juventud del árbol. Con la caída de la dinastía Omeya surgen, como archipiélago de poderes, los reinos de Taifas en toda Al-Andalus, pero antes Jayrán había añadido torres almenadas a la Alcazaba almeriense, y en las dársenas del puerto alzaba sus últimos estandartes la flota califal.

Un viento intermitente, por las sagas del tiempo de este siglo XI, traían la voz de gentes viajeras: se estaba fundando Marrakech, una ciudad roja y amurallada, nacida del desierto, futura meta de hombres derrotados de Al-Andalus. Pasados los años allí moriría, en el rotar de los exilios, Almutamid, rey poeta de Sevilla, contemporáneo de la sabina.

Entresacadas secuencias de la larga película del siglo nos muestran al Cid Campeador -flor de caballeros cristianos- cruzando la meseta castellana en dolor de destierro. Mediado el siglo, y casi medio siglo, reina Almotacín en Almería y, conquistado por razones de amor y belleza, establece su corte poética en que la paz -bien supremo para hombres de buena voluntad- permite el desarrollo de conquistas del espíritu.

Un nuevo viento de violencias arranca del corazón africano: los almorávides -estandartes de guerra- vienen llamados por Almutamid de Sevilla, para frenar los avances cristianos. Irrumpen en Al-Andalus, y quizá Almotacín -entre acosos y entregas- murió de tristeza en su sueño de paz imposible.

* * *

En el siglo XII ya gozaba la sabina de su larga juventud de árbol. Comienza el siglo y los almorávides continúan un dominio que había de extenderse desde remotos límites mauritanos hasta tierras aragonesas. La filosofía andaluza va dominando la fiera de los invasores, tornando dogmatismos por los gustos de goces del vivir.

Almería es destruida por catalanes y genoveses, pero el mayor peligro no eran las incursiones cristianas, un nuevo enemigo común se organizaba en tierras africanas y apuntaba sus lanzas hacia paraísos andaluces. Los nuevos invasores almohades inician su cadena de victorias. Las tropas de Yacub vencen al rey de Castilla. El ocaso almorávide también se aproxima a Sevilla, que será capital de Al Andalus en la cúspide de consecución de poderes almohades. La intolerancia religiosa de éstos trae nuevos días de retroceso y luto, pero -flor entre espinas- empieza a construirse la Giralda que será, a través de todos los tiempos, símbolo de gracia alada, filigrana de luz sobre las desgracias y gozos de un pueblo.

Se apagan las auroras de tolerancia y paz que filósofos cordobeses encienden para el mundo. Averroes, que desveló las sabidurías inmortales de Aristóteles, es callado y perseguido. Mahimónides, principal sabio y filósofo, es acosado e inicia largos exilios por este sureste, y dice la leyenda que por él lleva el nombre de Mahimón el altivo levante de nuestra Sierra de los Vélez. ¿Quién sabe si anduvo por sus cobijos y hasta llegó con sus meditaciones y penas hasta la sombra de la sabina?

* * *

Los viejos árboles que no conocieron las hachas y sintieron su savia dialogar con las flores son emblemas de paz, monumentos a una paz deseada, nunca conseguida en plenitud por culpa de las malas umbrías de la condición de los hombres.

Cuando la edad de la sabina se aproximaba a los tres siglos, nuevas voces de guerra se oían por tierras próximas. Almería, acosada por las naves de Jaime II de Aragón, resistía heroicamente. Después vinieron años de hambre y desamparo. Fueron los Vélez frontera de luchas en incursión de conquistas, en escaramuzas y otros sobresaltos. El refugio de cumbres salvadoras continuaría su larga crónica de fugitivos. Por levantes murcianos vendrían ecos de trompetas invasoras y Yusuf I, el rey nazarita, en compañía del sabio poeta Ibn al-Jatib, llegaría revisando alarmas de humo por las rutas serranas, un rosario de torres de señales por cerros y escalones del norte de la Sierra.

Cautivo, alejado de un salmo azul de surtidores, exiliado por razones de envidia, estuvo en Almería Ibn Zamrak, visir y poeta, con versos en la mejor edición de los siglos: eternizados en friso de yeserías por la Alhambra.

Sobre toda desgracia, cualquier día de este siglo XIV, empieza a alzarse en las colinas de la capital nazarí el Generalife, palacio de viento y luna con guardia de cipreses. Quizá algún vencejo, enhebrando cielos, llevó memoria de un viejo árbol perdido por los confines del Reino hasta la juventud gloriosa del cipresal.

* * *

Comenzarán las guerras familiares en Granada, luchas por el poder que irán debilitando al reino nazarí, poniendo palideces de ocaso a la media luna del Islán. En periodo de tregua o fuga vino hasta Vélez Blanco Boabdil buscando sosiegos.

En los anales del siglo XV sufre la comarca un rotar de guerrillas, arrebatada por los cristianos torna a ser musulmana. Hay otros estelares momentos del siglo. Nace don Pedro Fajardo, el que sería primer marqués y señor de este territorio serrano. El signo cristiano marca un futuro definitivo. Se rinde Málaga. Almería es entregada por su rey, El Zagal, después de parlamentos pacíficos. Se aproximaba el momento en que el último rey nazarí, Boabdil el Chico, capitulara ante los Reyes Católicos. En las torres de la Alhambra se alzarán estandartes cristianos y un concierto decisivo de campanas se inaugurará en el Albaicín.

En juego de símbolos ha de cambiar la sabina de la Sierra su turbante de nubes por una cruz de escarcha.

* * *

Sigue la rápida película de la vida sobre la aparente lentitud de siglos. En los finales del pasado ya había sido descubierta América, en los principios del XVI siguen las naves españolas en singular aventurero, desentrañando misterios y riquezas de un Nuevo Mundo.

En estos principios de siglo, don Pedro Fajardo es nombrado marqués de los Vélez y se inicia en Vélez Blanco la construcción del bellísimo castillo, amparando en la Sierra su altivez. Es tiempo de cambios de vida, de usos y costumbres. La sabina ya tenía un señor, primero de una saga de señores que rondaría su territorio en los disfrutes de la caza.

Mediado el siglo, acrecentadas incomprendiones dan lugar a guerra de los moriscos. Se desarrolla la odisea de Abén Humeya, rey de las Alpujarras, caudillo de causas perdidas, y la espada terrible de don Juan de Austria siega los últimos alientos musulmanes o señala caminos de la expulsión. Por la comarca de los Vélez se alternan vientos de tolerancia, también de esclavitud y, al fin, de definitivos exilios.

Quizá una simbólica paloma, la de la paz nunca lograda, alzó su vuelo desde las bellas almenas del castillo hasta la sabina de la Sierra, ensayando imposibles mensajes de amor.

* * *

En siglos sucesivos -XVII, XVIII, XIX- nacieron árboles que, centenarios, supervivientes de las hachas, de cataclismos naturales, quedaron reparados por montes, llanos y cañadas de la comarca. Son las nobles encinas, muchas solitarias, que podrían considerarse como nietas de la vieja sabina

y que se unieron a ella como mojones de la historia, testigos mudos de la peripecia cambiante de los hombres en su pensamiento y su vivir.

Guerras de religión por el mundo; la gran paradoja de querer defender con la violencia y el odio los evangelios del amor, en la demencia de los fanatismos. Guerras políticas, de ambición de poder, de implantación de esclavitudes nuevas, en nombre a veces de una palabra mágica y hermosa: libertad.

Sucesivas guerras civiles, los continuos dolores de la España partida, hasta la tragedia mayor de 1936. En los altos territorios de la sabina una continuación de gentes fugitivas, en huida y desamparo. El relato de los más viejos, la transmisión oral de fugas y temores llegaron hasta mí. Hasta las alturas, hasta los cobijos de la Sierra, los hombres del llano subieron a su gente temiendo el paso del invasor francés, de incursiones carlistas... En la última guerra civil, en escapada de la crueldad, se ampararon en aquellas soledades nuevos fugitivos y después, en igualdad de desgracias, llegaría hasta la sombra del árbol fuga de perdedores.

También en caminar acelerado hacia tiempos modernos, los reflejos del Siglo de las Luces, el último tránsito de marqueses cazadores, la llegada de hombres sudorosos que conquistaron la tierra con el trabajo, liberados de servidumbres...

* * *

Impresiona pensar en la sabina como ser vivo, presente en tanto devenir de la historia. Quizá las savias de su corazón de árbol tengan el don de juventudes infinitas y pasen muchas generaciones de hombres viendo en sus ramas un espejismo de eternidad. En pie sigue, ajena a calendarios y edades. ¿Hasta cuándo?

Sólo debió albergar la paz de los pastores.

LOS PUEBLOS

PIENSO QUE LOS ÁRBOLES VIEJOS, EXCEPCIONALES TESTIGOS DE HISTORIA Y VIDA, MERECIÁN SER LIBERADOS DE SU ANCLAJE DE RAÍCES y, como monje anciano que después de un largo vivir en clausura sintiera el tirón aventurero de asomarse al mundo, romper barreras del paisaje y quedar alzados hacia nuevas visiones de belleza. Así, la sabina, en itinerario por morros altos, podría ocupar balconadas hacia los cuatro pueblos velezanos, de cuya historia y vida puede ser símbolo, para después de la aventura quedar de nuevo varada en su tierra de siempre, bajo su parcela de cielo purísimo.

Pero olvidemos fantasías y descubramos realidades mágicas. Desde la altura del Mahimón contemplamos a Vélez Rubio, el mayor de los pueblos, el *Velad al Ahmar* de los árabes -el de las tierras rojas- que tuvo asentamiento en el cerro del Castellón, al sur, y próximo al actual emplazamiento del caserío. Alcazaba, ciudadela, poblado y necrópolis están bien definidos en el yacimiento de dicho cerro.

En estratégica situación de andaduras -paso natural entre tierras andaluzas y levantinas- lo cruzaron hombres de todas las culturas colonizadoras de España, también viajeros románticos que ensalzaron sus bellezas. Gustavo Doré nos cuenta su llegada a Vélez Rubio: *“Nuestra tartana se había parado delante de un gran edificio de aspecto casi monumental. Era la Posada del Rosario, construida en el pasado siglo por el duque de Alba”*. El actual viajero ya no encontrará la vieja posada, pero puede, en callejeo gozoso, descubrir el alma señorial del pueblo, manifestada en sus edificios y sus gentes. Como monumento principal, la Iglesia Parroquial de la Encarnación alza sus airosas torres gemelas que marcan la hermosa personalidad del pueblo. Se extiende el caserío sobre una suave loma. La esbeltez de las torres y la solemne cúpula del templo resaltan sobre la población desde todo lugar circundante. El primor de su artística portada y el bello retablo del altar mayor, labrado en filigrana de imágenes y símbolos -conservando el color natural de la madera- junto a su monumentalidad barroca, hacen que sea el templo más importante de la provincia.



"La iglesia parroquial de la Encarnación alza sus airadas torres gemelas que marcan la hermosa personalidad del pueblo. Se extiende el caserío sobre una suave loma. La esbeltez de las torres y la solemne cúpula del templo resaltan sobre la población desde todo lugar circundante"

Callejeando encontramos otras iglesias y numerosas casas señoriales que hablan de un pasado en que imperaba el arte y el gusto por la vida. Uno de sus nobles edificios, el Hospital Real, alberga desde tiempos recientes al importante Museo Comarcal “Miguel Guirao”, con muestras del paso del hombre por la comarca, desde prehistóricas circunstancias.

Por Navidad, en exaltación de enraizadas tradiciones, un aire de fiesta envuelve al pueblo y, en cita cancionera y bailaora, se abrazan las gentes murcianas con las del oriente andaluz, en fronterizo encuentro de armonías. *Encuentro de Cuadrillas* se denomina la reunión anual en que se encuentran cuadrillas de ánimas, aguilanderos, excepcionales intérpretes de la parranda, el fandango, la malagueña... y en que el aire de los Vélez se engalana de fiesta grande.

* * *

La Sierra del Gigante, de solana con cicatrices de cataclismo y espalda cubierta por un capote de verdor forestal, es como un viejo rey doblemente coronado. Dos muelas se alzan en su cumbre como torres de poder levantadas por caprichosas arquitecturas de la Naturaleza. Escogemos como observatorio la Muela Grande o de Montalviche para ver a Vélez Blanco en todo su esplendor: la esbeltez del castillo renacentista y el pueblo en aparente derrumbe de belleza sobre el olivar de la vega.

Pero hay que adentrarse por el caserío para comprobar sus encantos. Bajo el alcázar de los Fajardo, el barrio de la Morería parece un fragmento de barrio musulmán de cualquier ciudad laberíntica del Islam. Casas en trance de hospitalidad y clausura, enalado el gesto morisco de las fachadas. Bajo la esbeltez del castillo, la torre de la Magdalena, con la erosionada piedra en desafío de siglos y, en descenso callejero, el templo de Santiago, contemporáneo del castillo, con trazos gótico-mudéjares en su austero primor, y más abajo, asomada a la barranquera, la iglesia-convento de San Luis, obra del cuarto marqués. Ya en las zonas bajas del caserío, mansiones señoriales en barroca combinación de piedra y ladrillo.

Tiene Vélez Blanco -el árabe *Vélad al Abyadh*, el de las tierras blancas- su vientre sonoro, surcado por infinitas venas de agua que afloran en fuentes por distintos lugares del poblado -la de los Cinco Caños, la de Caravaca, del Mesón, de la Alameda, de la Plaza...- con aguas finísimas, como recién surgidas de un respirar de nieves.

En un concursar de belleza entre pueblos andaluces, siempre tendría Vélez Blanco un primerísimo lugar.

* * *

Desde el monumental morro serrano de la Burrica se divisa María en las proximidades del más denso pinar. Los aires, en oficio de incensario, acercan a sus casas aroma de laderas y las envuelven en respirar de encinas y pinos. En tiempos del segundo marqués empezó a alzarse la cantería mudéjar de la Iglesia Parroquial de la Encamación. Sellado el cuadrado de sus muros por un escudo y un esculpido reloj de sol, hacen pensar en su antiguo abolengo y en que, paradójicamente, parece detenerse el tiempo en este lugar de infinitos sosiegos. Algunos otros edificios nobles y el agrupado caserío del pueblo, labrador y serrano, hablan de su pasado trajinero.

Delicia de veranos, industrias del frío, paraíso excursionista... Tiene María gran personalidad dentro del concierto de pueblos de estos nortes del Sur.

* * *

Por la solana de las alturas montaÑeras, desde la cumbre con vocación de altar del Cabezo, se tiene, a partir del pie serrano, una visión esplendorosa del almendral que se extiende en la lejanía hasta alcanzar la cinta verde de la Rambla de Chirivel. En un repliegue está el pueblo. Pueblo joven, siempre junto al camino y la besana, con larga tradición en tareas de hospitalidad y trabajo. Son cualidades de la comarca que se condensan en este poblado situado junto a rutas históricas y que, de tener escudo, en él habría de figurar un arado romano orlado con ramas floridas de almendro.

Joven es Chirivel en cuanto a razones de carácter y tiempos recientes de formación y autonomía, pero los alrededores denuncian asentamientos de una antigüedad milenaria: restos ibéricos, árabes... y la singular importancia de El Villar, de cuya extraordinaria presencia romana dan testimonio las bellezas escondidas en el seno de la tierra, desenterradas por el hombre.

El caserío del pueblo está compuesto, aparte deterioros y algunas construcciones nuevas que traicionan el espíritu del lugar, por casas campesinas levantadas por la sabiduría popular, más o menos humildes, pero deliciosas, venciendo soles y heladas. En Chirivel siempre estuvo el hombre junto a las márgenes de una rambla húmeda que, aunque a veces maltratada, tiene permanencia de paraíso.

Sólo una casa sobresale en el pueblo por su singularidad, sus elementos modernistas y barrocos y su monumental arquitectura, perteneciente a una época de auges mineros. Parece ser que fue un minero enriquecido, enamorado de esta tierra sin tradición en minería, quien la levantó y le puso escudo con relieve de herramientas, símbolo de noblezas en la paz y el trabajo.

La iglesia, de torre juncal y blanca, al margen de estilos, tiene en su humildad grandeza de salmo.

* * *

Cuatro pueblos con entidades muy diferentes y secretos encantos que es necesario descubrir amorosamente. Pueblos al amparo de la gran Sierra, en donde es posible acrecentar la alegría del vivir.

ALFOMBRAS DEL CAMPO

POR LA COMPLEJA GEOGRAFÍA ALMERIENSE, EN MÁXIMOS EXTREMOS DE ARIDEZ Y FECUNDIDAD, DE OASIS A DESIERTO, TIENE LA TIERRA UN TEJER Y DESTEJER DE BELLAS ALFOMBRAS, riqueza de endemismos, variedad de plantas nacidas a impulso de la diversidad climática, como si la naturaleza hubiera prodigado esmeros, consciente de sus desamparos.

Bien lo saben los botánicos, que miran con lupa el nacimiento de la flor e inventan científicas nominaciones, con clasicismos en la palabra, y la sabiduría del pueblo observador y poeta, que por los cuatro puntos cardinales almerienses designa para esas mismas plantas nombres surgidos del aprovechamiento y la fantasía. Desgranemos su letanía:

Pluma de ángel. Estrellamar. Correhuela azul. Zapatitos de la reina. Cabello de Venus. Adormidera marina. Sosieganiños. Rascavieja. Cojín de monja. Estrellamar. Estornudera o liria. Correhuela azul. Peine de Venus. Barbas de capuchino. Rascavieja. Jopo de zorro. Rabo de gato. Cepillitos. Lengua de oveja. Cola de liebre. Espina santa. Perdiguera. Algazul. Hierba de las 7 sangrías.

Abremano. Albaida. Hierba de la golondrina. Cola de caballo. Barbas de viejo. Pinito de oro. Botón de soldado, Bolsa de pastor. Albelí silvestre...

Una larga lista inacabable. Muchas de esas plantas de sugerente nombre visten con faldas y refajos a nuestra Sierra, intentan -a veces consiguen- viniendo fríos y sequías, cubrir su desnudez.

Por las umbrías, asomándonos por las crestas rocosas del norte de la sabina, vemos los pinos viejos de la dehesa que montan su guardia de ejército de paz, uniformados de verdes perennes. Allí ejerce su astucia cazadora el azor, y los carbonerillos -curica, chichipán- disparan su timbre armónico y anunciador, adelantados de la primavera. Aquí y allá sube el chaparral hacia la altura, y encinas solitarias o agrupadas entre la mocedad de los pinos, parecen mojones perennes en hitos de la historia y la vida. El picapinos realiza su labor carpintera en paciente construcción de un hogar cuya posesión, a veces, discutirá con la ardilla. El jabalí goza de encames sombreados y espera la noche para emprender misteriosos itinerarios. A veces, monte arriba, sufre acoso de jaurías, se alerta

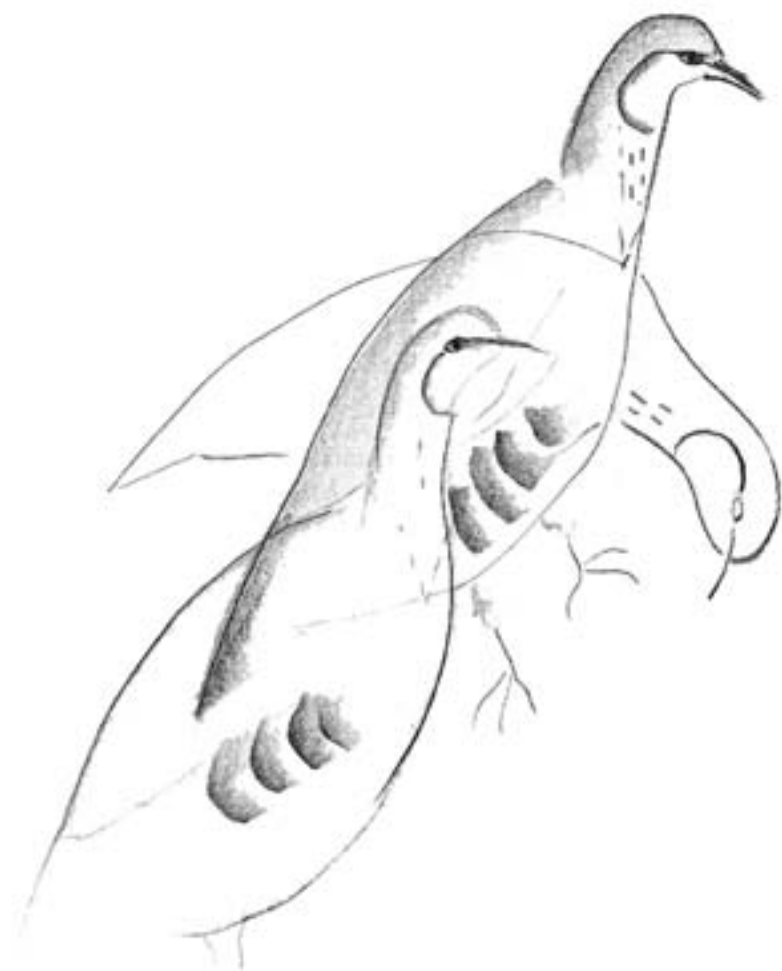
la vida oculta en las entrañas del pinar y suenan disparos en los intentos de escapada. Por los flecos del gran tapiz, el verde-amarillo de los enebros, abiertos pebeteros del tomillar, la mejorana, el espliego, los romeros...

Por las pendientes de la cara sur, sufriendo desamparos de solanera, el gesto de la tierra se endurece, no pudiendo cubrir su desnudez. Aliagares, bojares, tomillares, atochares... se conducen de la dictadura del sol, de los cilicios del frío, aunque en la invernada gozan del alivio de no sufrir los martirios del cierzo. A la liebre le gusta la solana, los retamares bajos, la defensa del aliagar, la proximidad de las tierras de labor. También la perdiz tiene preferencia por estas laderas casi desnudas en las que puede detectar a distancia la presencia del depredador.

Tanto por la solana como por la umbría la tierra despliega las alfombras que pueden dar de sí su vocación de fecundidad, y plantas comunes en todo espacio se unen a otras sólo predominantes en cada ámbito serrano, aunque trino y aroma siempre pongan su rúbrica de sensualidad.

Por las altas planicies de los alrededores de la sabina, la vegetación, como ejército acosado en una última cota, se eriza, presenta uñas y dientes en defensa contra el mordisco de cualquier enemigo devastador. Los piornos, abrigando su corazón de heladas y vientos heridores, almenan la cumbre con su alerta de lanzas. Piorno blanco, de crucecitas afiladas, piorno azul..., con nombres quizá nacidos de la ironía del pastor: cojín de monja, rascavieja blanca, rascavieja negra... El ceño apretado y torvo del aliagar. Las sabinas rastreras, como súbditos guardianes del gran árbol, agazapadas dentro de su humildad, reavivan sus verdes con orgullo de estirpe. Rosales silvestres, majoletos, tapaculeros, arlos, pequeñas fortalezas ofreciendo refugio a la perdiz perseguida por las rapaces. En amparos del sol, los guillomos alzan sus rectas varas floridas, que con su madera fuerte y ligera, fácilmente moldeable, servirá al pastor para hacer sus cayados. Finísimas agujas del espeso cardal...

La tierra, como arrepentida de su hurañez, muestra la ternura de su entraña materna. Entre la roca y el espino, todavía bajo el rastro de las últimas nieves, al primer guiño amoroso del sol, como un milagro vegetal, surge una flor delicada y preciosa, que brota de la tierra como un suspiro, sin apenas tallo que la sostenga. En el abstracto cuadro que denuncia el despertar de la naturaleza hay predominio de pinceladas moradas y amarillas y, en celebraciones de fiesta mayor, despedido el invierno, se viste de azul el piornar.



*"En el umbral de primaveras felices, con nupciales cortejos de sol y lluvia,
rompen su mudez, clausuran tiempos en bandada y las parejas eligen territorios
propicios que defienden y ensalzan con enérgicos himnos inacabables"*

CANTOS Y VUELOS

¿QUÉ PÁJARO AMIGO LES AVISÓ? ASOMARON POR LAS CRESTAS EN MULTICOLOR BANDADA, organizados en escuadrilla, para dispersarse como adornos del cielo en su lento planear observador. Los abejarucos -canto de una sola nota, metálicas gotas sonoras en la profundidad del silencio- no son pájaros de estas alturas, pero en la puñalada de la roca, en el covacho del riscal las abejas habían organizado sus enjambres. ¿Qué pájaro les avisó para que dejaran el territorio de las colmenas, la proximidad de los cortijos, las alamedas de tierras bajas y, venciendo vientos, ganaran cimas en aventura cazadora? Por los abrigos de la roca, el proletariado de las abejas edificaba el primor del panal en techos trogloditas, no accesible a las apetencias del zorro que acude goloso al aroma de mieles rebosantes, en habitáculo ganado a los murciélagos.

Las abejas madrugadoras en el quehacer, transportistas del polen, buscaban rutas de la flor. En los aires los malabarismos del vuelo, la inexorable pinza del pico; y el paso de la bandada multicolor hasta descansar en la sabina, enjoyando sus ramas, creciendo el festival de la primavera.

La pareja de pardillos de pecho rojo en vuelos rasantes, nerviosos, gritaban sus alarmas sobre aquel trecho del aliagar. Razón tenían... Me aproximé y vi a la culebra de escalera próxima al nido, quizá ya preparando el asalto. El nido, enhebrado a los tallos interiores de una mata, tenía pajarillos que, ignorantes del peligro, abrían sus picos como un ramillete de flores amarillas. Perseguí al reptil azotándolo con un esqueje de retama hasta que alcanzó el refugio de su cubil.

Los pardillos anidan en el matorral y son el mejor gesto de alegría de la Sierra. A veces se juntan en bandadas y alzan su chirimía, llenan el aire de sutiles risas en sus conversaciones de pájaro. Tienen también sus desgracias en las sordas luchas del diario vivir. La taimada serpiente, el cernícalo que aparece como un rayo desde el oculto pinar de las umbrías, también el hombre... Redes y ligas a veces acechan en los regatillos, en las riberas de la sed, merman la bandada y empobrecen la alegría del aire.

Una pareja de escribanos garabatea entre las matas, vuela al rosal silvestre en seguimiento nupcial. Trepapiscos y collalbas negras dan vuelos cortos desde la fortaleza mineral de su reino. En el majano, casi ciego e inmóvil permanece el mochuelo en la piedra más alta, contemplando el declinar del atardecer, anhelando el crepúsculo. Las cucalal -chovas de pico rojo-, diseminada la bandada, en conquista de cúpulas del cielo, emprenden vuelos individuales trazando círculos perfectos, sincronizado el cantar, rubricando de negro azabache la extraña ceremonia, en los transcurros de la asamblea celeste.

Con sus cantos y silencios, vuelos y actitudes, pocos seres anuncian de manera tan exacta y expresiva los cambios del tiempo. Conocer las perdices, observarlas es ser, a través de ellas, experto en meteorología. Predecir cierzos huracanados, plácidas lloviznas, azotes escarcheros, próximas nevadas... es cosa de ellas. Y el tiempo previsto influye de manera decisiva en aventuras y ritos del amor.

En el umbral de primaveras felices, con nupciales cortejos de sol y lluvia, rompen su mudez, clausuran tiempos en bandada y las parejas eligen territorios propicios que defienden y ensalzan con enérgicos himnos inacabables. Tiernos cuchicheos para la hembra, reclamos y llamadas, aviso de peligros, piñoneo desafiante de risco a risco cual advertencias al macho rival, piñonazos dulces lanzados como besos a la hembra que incubaba... Pronto el bullicio de las polladas, nacidas con listezas y agilidades, persiguiendo al saltamontes, diestras en camuflajes heredados, siempre en el ámbito protector de astucia y valentías de la pareja.

Parece rejuvenecerse la sabina, ganar verdes nuevos su ramaje cuando la rodea el canto feliz de las perdices.

No son estas alturas querencia de jilgueros, y un trastorno de la naturaleza, un gesto de naturaleza equivocada, me pareció el descubrimiento de aquel nido entre las ramas altas de la copa del árbol. Quizá en hambres del invierno subió la pareja dentro de una bandada, en compañía de buhoneros pinzones, en nube con pardillos, buscando las simientes del cardal. Quizá los jilgueros, en anarquías del amor, quedaron seducidos por los cobijos del árbol, y al apuntar la primavera subieron en su busca. Asombrado el pastor los vio recoger lana que arrancó el aliagar a las ovejas, y llevar los pequeños

vellones al ramaje para construir el primor del nido. Un trinar nuevo, sublime, desconocido hasta entonces, coronó los brotes más altos del árbol milenario, condecorando su ancianidad.

Abanicar del aire y zureos profundos denuncian la llegada de las palomas. El cortinaje de nieblas se descorrió para dar paso a la primavera y, presurosas, de vuelta a un paraíso perdido, llegaron tórtolas y torcaces por diferentes rutas del norte y el sur. Tórtolas africanas se establecieron por las faldas serranas, por encinas del Pozancón y pinares de la Pinochá, por la boscosa umbría..., temerosas quizá de cielos despejados sin defensa frente al halcón, o quizá temiéndole al alfanje frío y nocturno que desenvaina el aire por las cumbres. Sólo alcanzan las fuentecillas de media altura, en donde beber: los Huertos, los Cañicos, para retornar presurosas a la hondonada. No conoce la sabina, quizá no tuvo nunca, el arrullo de mieles de la tórtola.

La torcaz, nórdica y bravía, que a veces sintiendo perezas viajeras inverna en el cercano pinar u orientando sus brújulas al sur, llegó desde confines del frío, sí asciende a las encinas más altas para anidar, aunque también lo haga por las laderas, y le gustan los trampolines del risco, y bajar desde ellos a pozas y fuentecillas que resistieron sequías -Pozo Franco, Poza de la Rata, Poza Blanca, Poza de la Teja-, y otras nombradas siempre en diminutivo por los pastores -la Balsica, los Tornajicos-, como agradeciendo el milagro del agua.

El zureo de las torcaces parece el respirar hondo de la Sierra, bronco y pasional, a veces con melismas en sus finales.

Desde el Morro de las Víboras hacia las cumbres de la Burrica, bajando hacia el Puerto del Peral, sobrevolando el Mahimón, en espionaje de zonas perdiceras de la cara sur, hasta ascender y descansar en los filones del Barranco de los Nidos, intentando violar leyes territoriales de la especie, las águilas reales ejercen su poderío de garras y pupilas. A veces en picado, como avión de guerra, corta la carrera velocísima de la liebre por las solanas bajas y desnudas, a veces no permite a la perdiz utilizar sus finas alertas, a veces aprovecha el descuido de la oveja parida para arrebatarse el cordero y alzarlo por los aires a ritmo de olimpiada, ante el balido lastimero de la res burlada.

Las águilas reales desaparecen durante temporadas, emprendiendo un viaje misterioso, dejando al cielo sin sus majestuosas dictaduras, y se entristece el aire, hasta que de nuevo, cualquier día, aparecen en todo su esplendor.

Las he visto pasar rasantes sobre la sabina y dar un aletazo en sus ramas, quizá como un abrazo, o como queriendo aumentar los pavores de la refugiada torcaz. El paso de su sombra sobre la tierra infunde quietud expectante y mineral a todo ser vivo.

Cuando el pollo salta desde el trampolín del nido, desde las ramas secas de su plataforma en las cornisas del riscal, comienza un peritaje de vuelos, de enseñanza en malabarismos y picados, en aterrizaje y ascensiones. Las viejas aves rubrican con piolidos profundos conquistas y fracasos del aguilucho que, aprendida la última lección, habrá de partir a la conquista de riscos lejanos, para establecer en otros cielos su poderosa aristocracia.

LOS INSECTOS

SUBIENDO POR LA PINOCHÁ UNA MAÑANA DESPEJADA EN QUE EL SOL ASOMABA, A PUNTO DE REMONTAR LA SIERRA, VI LAS LADERAS CON EXTRAÑO Y LUJOSO VESTUARIO. Una gran colcha de grandes rosas, blancas y brillantes, estaba tendida sobre el matorral. Eran finísimas telas de araña que habían mojado los primeros rocíos del otoño y que la delicada luz del sol naciente habían convertido en flores de plata.

Sin esa circunstancia generadora de belleza -sol y rocío- nunca habríamos descubierto la secreta artesanía, desarrollada por el monte con fines cazadores, hecha por pequeñas arañas de finas patas, a la espera de moscas y mosquitos del próximo humedal.

Observando el tejido finísimo y al atento insecto acechador, vi pequeños agujeros en la tierra en que otro tipo de araña, asomada a la puerta de su guarida, tapizada con entramado de hilos sedosos, quizá reclamo de engaño para otros insectos, dispuesta a saltar sobre una posible víctima. Ésta, peluda, de cortas patas y grueso abdomen, no parece parienta de la anterior, de la frágil araña tejedora de simétricas flores que enjaya el rocío del otoño o la escarcha invernal en un beso de sol. El sol, casi siempre amansado en estas alturas por vientos en continuo abanicar, también a veces se pone feroces caretas y enseña colmillos de estío. En aquel mediodía pretendía fundir las piedras y acabar con la vida. El campo tenía profundo silencio de resignación, entre las ramas de la sabina comenzó un canto monótono, un metálico chirriar.

Era una cigarra. ¿Cómo una cigarra en estas alturas? En múltiples siestas y descansos de cacería nunca había oído allí su canto. ¿Habría cambiado los álamos de carretera, las bardas de barrancos lejanos, el bajo pinar, por una aventura de cumbres?

De pronto, un aire consolador desplegó sus brisas del sur, guiñó burlado el sol y enmudeció la chicharra. Con la llegada de la noche el violín de los grillos cantaría a las estrellas.

Estuve observando la procesión laboral de las hormigas. En muchedumbre disciplinada, el largo cordón proletario no cesaba desde sus graneros al cardal o a la blanda de tierra en que se desgranaban espiguillas. Codiciosas hacia su destino recolector, para volver -algunas con fatiga- arrastrando la simiente lograda. ¿Qué inteligencia previsora les adelantaba la visión invernal, incitándolas a la dura tarea del almacenaje?

En cualquier momento llegará la perdiz, investigadora de cualquier manjar, y llamará gozosa a la pollada en los descubrimientos del hormiguero. Se extenderá el exterminio, del granero al cardal; operarias y provisiones en transporte desaparecerán en los bullicios del banquete de la bandada, sólo en distracción con el hallazgo de alguna langosta que es alcanzada en huida, cortándole el vuelo multicolor. Quedarán desiertas las veredillas laborales y en los subterráneos laberínticos del hormiguero permanecerán las supervivientes esperando un olvido de pavores para continuar la reproducción y la vida, el ritmo de la especie.

Recuerdo a los viejos campesinos que en tiempos pasados, en las eras cortijeras, interrumpían los caminitos que hacían las hormigas desde la hacina o la parva al hormiguero para llevarse el trigo. Ponían una taza de porcelana resbalosa, con un fondo de agua, a ras de tierra, cortando el sendero y, equivocados, caían los insectos en la trampa mortal, hasta que, sorprendidos, cambiaban la ruta. Era la lucha del campesino contra el gorrion y la hormiga que intentaban cobrarse su tributo de cereal, cuando unos granos de trigo eran el mejor tesoro.

Sobre la borla dorada de una boja descansa un insecto que, en transformaciones misteriosas, se quedó a medio camino entre mariposa y libélula. ¿Cómo se llama? Un amigo enterado me da el nombre científico: *menoptera proa*. El mismo amigo me habla de una mariposa de estirpe bética pero con caracteres endémicos en esta serranía: la *parnassius apollo mariae*. Me la describe. La busco por el florido hiniestar, acudo al mínimo parpadeo de un vuelo, registro alturas y ramblizos... Mariposas blancas en pareja resaltan el amarillo de la flor. Pequeñas mariposas azules, negras, de alas meladas... ¿Y nuestra mariposa? ¿No estará sólo en uno de esos sueños orlados por el ángel, la mariposa y la flor?

Cuando en las laderas serranas están agostadas todas las flores o no hay mata que no haya cumplido su ciclo reproductor, en los territorios de la sabina hay una juventud de flores tardías. Entonces suben las abejas establecidas en grietas, bajo los morros del peñascal, o desde los pequeños colmenares en proximidades cortijeras. Refrescan las fatigas del vuelo por charcas o regatillos, aprovechan el retraso primaveral y vuelven cargadas de néctar y polen a la lejana colmena.

Recuerdo de niño la caverna del tronco hueco de un roble muerto, habitada por un enjambre, rebosando miel, dorando la seca madera de aquel árbol que prestaba su último servicio a la Naturaleza, y que era el único rastro de roble que yo he conocido en medio de los pinares de la Pinochá, en el camino hacia la sabina.

Descubriendo panales por los cobijos de la piedra, colgando del techo de cualquier covacho, he pensado que estaba ante un ejemplo de relaciones de armonía y ayuda entre los *tres* reinos: animal, vegetal y mineral. Armonía y ayuda, a veces entrañando dolorosas renunciaciones, que descubrimos con frecuencia los observadores del campo.

Viendo las abejas, recolectoras y arrieras, aplicadas sobre tomillos, romeros y mejoranas, he de declarar mi predilección por este insecto, de cuyas maravillas nos hablaron escritores de todos los tiempos: desde Virgilio en su *Geórgica*, hasta Mauricio Maeterlinck, que nos trazó su mejor biografía.

Admirable república de las abejas, en que se desarrollan todas las pasiones y oficios que puedan darse en el hombre. Desde privilegios amorosos de la reina, inmolación del zángano -esposo único-, hasta la armonía laboral en régimen de sindicato efficacísimo de las vírgenes obreras. Su visión de futuro, su singular *inteligencia*, el prodigio de su trabajo en la oscuridad de la colmena -arquitectura, albañilería, labores de escultura y cerería...-, sus planificaciones políticas y económicas, sus generosidades y flaquezas..., es algo que llena nuestra capacidad de asombro. El mismo misterio de su viajar seguro, después de adivinar floraciones tardías, desde las altas cumbres a los lejanos colmenares, ya es un prodigio.

El complejo mundo de los insectos nos seduce y apasiona. En su observación, en los límites de su conocimiento, aprendemos que nunca se resolverán para el hombre muchas incógnitas de la Naturaleza y de la Vida.

LA MONEDITA

UN SILENCIO DE CAMPO ESPANTADO RECOGÍA EL ALBOROZO DE LOS NIÑOS POR LA VEREDA, EN SU CAMINAR HACIA EL ESTRECHO VALLE CUSTODIADO DE CUMBRES. La alegre comitiva había dejado el coche del transporte escolar en la ladera y había emprendido la subida bajo la iniciativa de Lorenzo, el maestro que promovió la ascensión serrana.

A Lorenzo, que había sido niño integrado en su naturaleza circundante, cuando el árbol y el pájaro animaban un escenario de juegos; que había amado a la luna alumbrando a la jubilosa rueda de niñas en las placetas y había despertado los pebeteros del tomillar en flor, en su caminar por lomas próximas al pueblo, le dolía la realidad de una niñez vuelta de espaldas a la hermosura del campo, escondida frente a los televisores, sólo absorta en la mecánica del videojuego, de una niñez que en parte había perdido los gozos del diálogo, del trino y la canción. Por ello proyectaba excursiones durante el curso, intentando despertar en los escolares el gusto por la naturaleza y enseñarlos a amar, a través del conocimiento, la tierra en que habían tenido la suerte de nacer.

Había llegado el día designado para conocer algunos parajes altos del Parque Natural y, muy de mañana, provistos de cantimploras y morrales, se congregaron los colegiales dispuestos a la aventura placentera de un día de campo que para ellos, aún siendo niños de pueblo, era una novedad. Lo cierto es que casi siempre que habían realizado alguna excursión había sido a lugares distantes, organizadas para visitar algún centro turístico o deportivo de moda, en desentendimiento de los bellos espacios naturales de la comarca.

Cruzó el autobús las mesetas en donde florecía el almendral, ungiendo el aire de inicios primaverales, siguió camino de la Sierra hasta saltar el Puerto, llegando hasta el lugar designado para seguir la marcha a pie. Vieron los niños las flores más precoces, más atrevidas, de algunas matas del monte bajo, que habían abierto desafiando a los fríos tardíos, y oyeron el vuelo de perdices espantadas. Alertados por el maestro, pudieron contemplar el lento planear

de un águila que se perdió tras las alturas de un risco azul. Ante la algarabía infantil el campo desplegaba astucias y los seres, que sólo tenían costumbre de la presencia del hombre por los cantares de un pastor o por el concierto de los cencerros de su rebaño, se apresuraban en huida y escondite.

Feliz fue el día. Juegos y hallazgos se alternaron con la nota pedagógica del maestro que manifestaba su experiencia intentando inculcarles una idea fundamental: la necesidad que tiene el hombre de enamorarse del campo y la obligación de tenerle un enorme respeto.

Buscaban la sombra del árbol cuando el sol avivó sus fuegos remontando un cielo purísimo, yendo a refugiarse bajo la densa sombra de la vieja sabina. Fue allí en donde, entre la tierra removida por animales, Fermín, niño observador, encontró la monedita romana. Entre los descubrimientos naturales que para los niños suponía la excursión, aquel hallazgo histórico llenó de gozo al profesor. Limpia de tierra adherida, pudo asegurar que era romana. En el gastado metal quedaba un rastro inconfundible de números y letras. Una niña rubia preguntó algo que ya rondaba por muchas cabezas: — Entonces... ¿también buscaron la sombra de este árbol los romanos?-. Lorenzo rió y explicó que botánicos entendidos fijaron la edad del árbol en unos diez siglos y los romanos ya hacía más de quince que no estaban en España. Verdaderamente parecía una broma del azar encontrar allí la moneda, bajo la milenaria sabina, intentando confundir dentro del vértigo de siglos de la existencia del árbol. Monedas como aquella se habían encontrado en un lugar próximo que cruzaron al llegar en ascensión desde Chirivel, en la Boca del Puerto, sitio de sosiego para caminantes; y la moneda pudo ser encontrada allí por algún pastor o un cazador que la perdió bajo el árbol o por algún romano que se aventuró hasta aquel alto lugar.

Todos los niños pensaron en la preciosa escultura que se alza en un pequeño parque del pueblo, y el profesor dio un repaso a los vestigios romanos de la comarca, testimonio de una tierra habitada y amada por muchas civilizaciones.

En el Villar, en la entrada de Chirivel, existe un yacimiento romano. Restos de edificios podían verse, sin necesidad de excavación, hace apenas un siglo. Lo atraviesa la vieja carretera de Granada a Murcia, paso de Andalucía a Levante, por donde iba una importante calzada romana. En ese lugar mágico del Villar sitúan varios historiadores la ciudad de Ad-Morum, al parecer con villas suntuosas, por haberse encontrado columnas, capiteles dorados y

bellas esculturas de mármol. Debió de ser también apostadero para reponer provisiones y relevar caballos en calzada tan importante. Monedas, ánforas, vasijas preciosas, restos de mosaico... siempre se encontraron en este lugar.

El gran hallazgo fue en excavaciones realizadas en el verano de 1985. Dicen crónicas del suceso: los campos curados de soles y cosechas, después de infinitas generaciones de nieves y jilgueros, abrían su seno para mostrar la eternidad del hombre en el Arte. Primero fue un delicado lienzo de mosaicos, en donde se adivinaba la huella de sandalias de conquista, después un gran pie de mármol, un finísimo pie símbolo de andaduras tenaces, un pie enterrado bajo el ir y venir de muchas generaciones de pies campesinos, desnudo, como cercenado de un héroe dormido o de un dios muerto; después el gran hallazgo, el efebo precioso alzándose como una resurrección gloriosa, haciendo clásico el paisaje.

Es como un dios en fiestas, como corresponde al festival del alma del pueblo. El arpa perdida, el cáliz perdido (no penséis en la espada o la lanza), pero conservando su eterna primavera de pámpanos. Este es el efebo, un Dionysos (dios de la alegría) que se conserva en el Museo Arqueológico de Almería, existiendo una réplica en un espacio verde de Chirivel y que, según los arqueólogos descubridores, tiene su origen en los finales del siglo II, siendo bautizado con el nombre de *Chiribello*, nombre aceptado por las gentes del pueblo.

La moneda encontrada bajo la sabina amplió los temas de la excursión, alternando el interés por la naturaleza con el interés por ese periodo de la realidad histórica de la comarca. Naturaleza e Historia, fundamento de la entidad cultural de todo pueblo, que dieron lugar a un interesante coloquio del profesor con sus alumnos.

Volvió el tropel de niños sierra abajo, con los últimos parpadeos del sol, y lentamente fueron normalizándose las palpitaciones del campo.

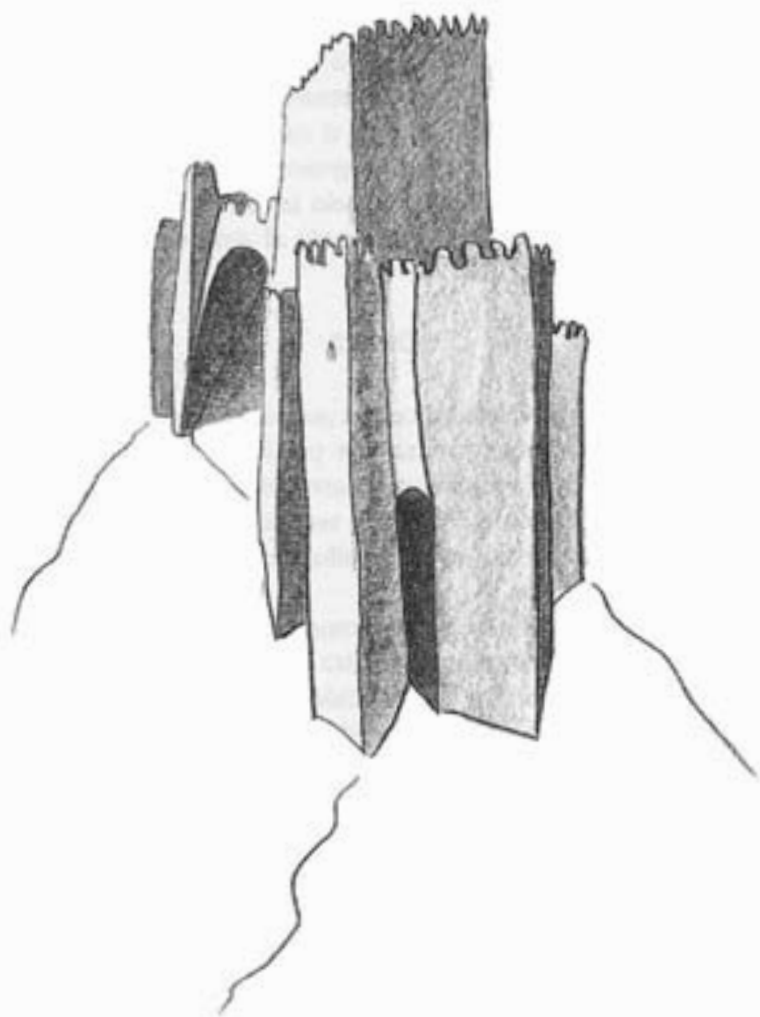
Fermín, tras hacer promesa de confiar a su padre la custodia de la moneda, la llevó a su casa y aquella noche durmió profundamente, siendo su puño cerrado joyero de la monedita, y -niño sensible y soñador-, impresionado por el hallazgo y con la ayuda de imágenes vistas en el cine, tuvo un sueño precioso en que flotaban en el viento las rojas capas de soldados romanos galopando sobre blancos caballos, en son de fiesta, alrededor del *Chiribello* alzado sobre un alto pedestal, sobre el campo florido del Villar de Chirivel.

TRÍPTICO DEL CASTILLO

EL VIAJERO, EN VUELO DESDE ESPAÑA, LLEGA A UN AEROPUERTO NEOYORQUINO SUMERGIÉNDOSE EN EL TRAJÍN DE LA GRAN CIUDAD. Trámites y esperas para al fin quedar integrado en oleadas peatonales de seres distantes, bajo el brillo opaco de los rascacielos.

Un día, el viajero toma un taxi y da una orden: -Central Park. Metropolitan Museum-. Dentro de un programa de predilecciones va a realizar su más emocionada visita. El viajero hojea un plano y busca, orientado por su lectura: *Patio español del siglo XVI*. Minutos después está ante el prodigio de sueños y cinceles, y un aire familiar baja de sus columnas intentando aplacar rabias y melancolías. Sus ojos acarician la piedra, los blancos mármoles de Macael en filigrana de un amanecer renacentista. Da fe una leyenda latina por altos de la cornisa: *PETRUS FAGIARDUS MARCHIO DE VELIZ PRIMUS...* Relieves en el capitel muestran el escudo de los Fajardo: tres matas de ortiga alzadas sobre marino roquedal, recuerdo de Santa María de la Ortiguera, tierra gallega donde la estirpe de los Fajardo tiene su raíz. Recuerda el viajero los versos escritos por Lope de Vega en los comienzos del XVII y que, como homenaje, pone en boca del primer Marqués:

*Villa de Santa María
de Ortiguera es el solar
de este mi nombre, que el mar
cerca de su sitio aparta.
Y cuando de armas te acuerdes
y tengas mil lunas, moro,
yo tengo en campo de oro
tres matas de ortigas verdes,
siete hojas cada mata
hace blasón mi solar
sobre tres rocas del mar
con ondas de azur y plata.*



"Nueve años duró la gestación, y al fin alzado sobre la vértebra desnuda de la sierra velezana, desafiando bellezas, coqueteando su sombra en calles del pueblo arradillado en su pie, quedó el castillo"

El viajero distrae su recuerdo ante una oleada de turistas japoneses. Después se desentiende, se concentra, repasa pilastras, paneles, cabezas de columna... Resbala su alma por la balaustrada, se embandera en las gárgolas..., descubre faunas y floras imaginativas, luces y sombras que parecen adheridas a la piedra, conservando caricias desde solanas y umbrías de un peñascal lejano...

Un oleaje de turistas invade de nuevo los ámbitos del patio; disparan sus máquinas fotográficas y comentan en diversos lenguajes sus asombros e impresiones. El viajero sufre un espejismo: los turistas son caballeros desnudándose de férreas armaduras, vestidos de jubón, damas con miriñaque y atuendo festivo. Las máquinas fotográficas se convierten en espadas buscando su funda, en banderolas e instrumentos musicales, en floridas ofrendas. Se alfombra el pavimento y por las cornisas se derraman colgaduras de damasco y oro.

Pero es un momentáneo desvarío y el viajero vuelve al ambiente real del lugar. Recuerda las peripecias del incomparable patio arrancado del castillo de su tierra por obra de la inconsciencia y los fríos manejos del comercio. A principios de siglo es comprado por J. Goldberg, decorador francés, y llevado a París. Poco después, un multimillonario americano, amigo del arte, lo compra para instalarlo en su casa de Nueva York. A su muerte, demolida su casa del Park Avenue, en donde se encontraba el patio, sus piezas empaquetadas pasan al Museo. Años corrieron para que los especialistas dieran solución al monumental rompecabezas y se alzara en su esplendor, cambiando definitivamente sus alrededores serranos por un paisaje de asfaltos, aceros y hormigones.

El viajero frunce el ceño ante el recuerdo de su última visita a la entraña desnuda del castillo, al desolado vientre del cual fue arrancado. Recuerda un atardecer de huracanados vientos gimiendo en la torre del homenaje; la condolencia de la piedra herida, y a lo lejos, envuelta en los sudarios de un rayo de sol crepuscular, la torre de protesta del castillo de Xiquena, en inmediaciones murcianas, aproximando su visión las agonías de la luz, hasta parecer restos de una gran calavera en que queda un sólo diente alzado.

El viajero sale del museo con aquel recuerdo de derrumbes. Mira a las alturas y divisa una paloma que remonta vuelo y se pierde tras de los últimos rascacielos. Un suspiro hondo se arranca de su corazón.

La fortaleza de Mohamed Abduladín retratada quedó en madera noble, en la sillería del coro de la catedral de Toledo, y sería sustituida por el castillo de los Fajardo. Sobre restos de la próxima mezquita se alzaría la torre de la Magdalena. En Vélez Blanco, un sonoro bronce de campanas sustituiría a la voz quejumbrosa de los almuhédanos. Alboreaba el siglo XVI, cuando la reina Juana de Castilla, en Medina del Campo, nombraba a don Pedro Fajardo primer Marqués de los Vélez. Poco antes, haciendo méritos sobrados para la distinción, mostrándose adelantado extraordinario, no sólo para la guerra sino también para la fiesta, para sosiegos de la paz, don Pedro partió de su señorío murciano acompañado por quinientos caballeros, lujosos en vestimenta y atalajes, para homenajear en Valencia a Fernando II de Aragón que volvía de guerrear en Italia.

Don Pedro Fajardo tomó posesión del marquesado y en su mente se alzó el sueño del castillo más elegante de España, quizá pensando próximos tiempos de paz, propicios para la fiesta y el amor, más que tosca fortaleza para atrincherar temores.

Ya avanzaba en bellezas la capilla que la noble familia construía en la catedral murciana cuando empezaron a levantarse los muros del castillo sobre el cimientto natural de la roca. Debieron de ser arquitectos y escultores comunes, afanados en el proyecto de ambas obras, curtidos en caprichos del gótico y en sensibilidades nazaritas los que bordaron encajes en la piedra, alzaron las arcadas y abrieron miradores a espacios abiertos a la sensualidad, contagiando refinamientos hispanomusulmanes a la adustez castellana

Tres años después, don Rodrigo de Vivar y Mendoza, marqués del Zenete, empezó a levantar el castillo de La Calahorra, en umbrales de Sierra Nevada, edificio cerrado en su adusta castellanía, huraña la piedra en acorazamiento de tortuga, monstruo en trance de asfixias, respirando apenas por angostas arpilleras. Paridad de castillos antípodos y contemporáneos, testimonio de conceptos contrapuestos del vivir. Pero profundos sentimientos con raíz en gustos cultivados unían a los dos marqueses: la admiración por las formas clásicas y la consecuencia renacentista que alzaba palacios de ensueño por las ciudades italianas. Don Rodrigo había vivido en Italia auroras del Renacimiento. Don Pedro, culto y emprendedor, debió de conversar con don Rodrigo sobre decoraciones y filigranas para el interior de sus mansiones.

Quizá los mismos artistas que trajo de Italia el marqués del Zenete fueron los que dieron ideas o repartieron su trabajo para la obra del marqués de los Vélez. Capiteles, balaustradas y pilastras repartieron por las estancias el renacentista sentir. Relieves y esculturas, fantasías mitológicas, un mundo frutal y fantasmagórico estableció frisos con vocación de eternidad en su hermosura. Nueve años duró la gestación y, al fin, alzado sobre la vértebra desnuda de la Sierra velezana, desafiando bellezas, coqueteando su sombra en cales del pueblo arrodillado en su pie, quedó el castillo.

Una bandada de torcaces, en regresos emigratorios, debió sentirse sorprendida, caracoleando en vuelo las almenas y girando hacia alturas del sabinar, añadiendo una nota al amoroso trompeteo del arrullo.

Salieron heraldos hacia los cuatro puntos cardinales para anunciar la buena nueva. Palomas mensajeras partieron desde el trampolín almenero hacia sus conocidos palomares amigos, la misiva fajando el cálido plumón de la pechuga. Don Luis, segundo marqués de los Vélez, había decidido dar fiestas en su castillo, después de largos años con preocupaciones y lutos.

Más de veinte hacía que había muerto su señor padre, aquel caballero tan eficaz en el guerrear contra el berberisco como en destapar el alma hacia los suyos organizando señoriales saraos. Mermas en su hacienda y acoso deudor habían dejado para don Luis las muchas excursiones a la costa en que don Pedro se mantuvo vencedor de piraterías moras, saliendo a salvo en sus heroicidades de balazo de escopeta turquesa. Remates del castillo, edificación de oratorios, hospitales e iglesias, también mermaron las arcas del segundo Marqués.

Razones había para la fiesta: alivio de duelos, remanso en las tormentas económicas de su hacienda; un amor en sus cumbres felices, el de doña Leonor que ya le había dado dos hijos; un respiro en el guerrear, al parecer amansada la morería... Razones sobradas.

Llegó el día de la fiesta y todos los caminos hacia Vélez Blanco se llenaron de una tropa feliz de invitados que llegaban sobre caballos y carruajes, desde los cuatro puntos cardinales. Damas, caballeros y servidumbre marchaban en comitiva ilusionada. Muchos paraban en mesones próximos al castillo para cambiar atuendos, quitar el polvo del camino a lambrequines y talabartes, abreviar caballerías, vestir el boato de sedas y terciopelos guardados en el cofre de los carruajes.

En el castillo, la diligencia de mayordomos y camareros, un ejército de servidumbre, daban sus toques últimos al escenario de la fiesta. Se desplegaban tapices y banderolas sobre lienzos de piedra, se avivaban fuegos, se distribuían antorchas y teas por interiores y exteriores del recinto, se alzaba el pendón de rojos damascos sobre la piedra dorada de la torre del homenaje, para al fin tender el puente levadizo y franquear la entrada.

Solemnemente iban subiendo los invitados, traspasando la portalada hacia la ceremonia del saludo ante los marqueses en espera. Don Luis se había despojado de la capa que ostentaba el verde de sus pinares y aparecía en lujosas calzas, reluciente el negro jubón de terciopelo, la sonrisa a punto en el noble rostro que resaltaba sobre la rizada gorguera. Doña Leonor, sencilla en el atuendo, ostentando los lujos naturales de su elegancia, resplandecía como una flor serrana. Tras ellos, capitanes, sargentos mayores y maestros de campo colaboraban en bienvenidas. Desplegada liturgia de los saludos, para después buscar acomodo por el patio y los salones.

Se unía el aroma de nardo y jazmín al picante olor de carnes asándose sobre brasa de encina. Acopio había hecho el Marqués de reses y volatería, en cacería de días anteriores, y ahora sus buenos cocineros asaban las carnes aderezadas con hierbas olorosas de los alrededores del palacio. Hervían grandes ollas de barro en cocción de perdices escabechadas, lanzando deliciosas tufaradas a tomillo y romero. Empezó a escanciarse el excelente vinillo de las bodegas del Marqués, en cristales preciosos procedentes de los hornos de María, y creció la fiesta estableciendo ritmos del júbilo. Sobre grandes tablas de pino se extendía en pirámides la sensualidad de frutas variadas, enviadas por los súbditos del Almanzora, y la dulcería morisca elaborada por manos fieles en el vecino barrio de la Morería. Diestras manos despertaban música de arpas, amenizando sosiegos del yantar. En sus pausas música de vihuelas, bandurrias y laúdes animaban la zambra de gráciles muchachas. Una bella morisca, sirvienta de las hermanas de don Luis, en competencia con la juglaresca profesional, comenzó a recitar con voz celeste un conocido romance fronterizo:

*Abenámar, Abenámar,
moro de la morería,
el día que tú naciste
grandes señales había.
Estaba la mar en calma,*

*la luna estaba crecida,
moro que en tal signo nace
no debe decir mentira...*

Canónigos y condes torcieron la sonrisa y el mirar, y una dama de dulce voz, apenas acabado el romance, cantó entre los arrullos del arpa:

*Mañanita de San Juan
cuando el sol se alboreaba,
cuando la Virgen María
de los cielos se bajaba
a lavar sus blancos pechos
y también su linda cara.*

Don Luis, concluida la cena, andaba por el patio y los salones en conversaciones de amistad, cuyos temas únicos eran la caza y el amor. En el salón del Triunfo encontró a unos caballeros jugando al ajedrez, y ello le trajo el recuerdo de aquel romance en que su padre era imaginario protagonista de una decisiva partida. Pidió lo declamara a un juglar toledano, visitante habitual del castillo. Juegos y charlas cesaron con la voz del juglar:

*Jugando estaba el rey moro
en un ajedrez un día
con aquese buen Fajardo
con amor que le tenía.
Fajardo jugaba a Lorca,
el rey moro, a Almería.*

Emocionado, continuó don Luis su deambular. En un rincón del salón de las Mitologías jugaban a naipes y dados sus amigos más pícaros, gozosos del encuentro. El parpadeo de las antorchas arrancaba a los azulejos del artesonado tornasoles preciosos. Allí mantuvo chanzas y comadreos celestinescos sobre damas principales, frívolas noticias que traían de lugares distantes aquellos caballeros en oficios de rufián.

En el centro del patio, un malabarista lorquino divertía al personal, y un grupo de bufones enanos, enviados desde el Marquesado del Zenete, hacía

reír a todos y sonrojaba a las damas con sus desvergüenzas. Parecían reír entre un guiño de teas las monstruosas carátulas de las gárgolas.

Declinaba la fiesta, agonizaban algunas antorchas, y don Luis, bajo las arcadas del mirador, extendió su vista sobre el pueblo que dormía. De pronto sintió tristeza venciendo gozos de aquel concilio de amistad y negros presagios le nublaron la mente, como si adivinara futuras glorias junto a tremendas desventuras. Con el paso de los días moriría doña Leonor y él, en inacabables desconsuelos, pondría para siempre sobre su pendón una triste leyenda: *Memoria de mis penas*. Con el paso de los días lo llamarían los reyes ante el levantamiento de Abén-Humeya en las Alpujarras.

Se avecinaban tiempos de triunfo y de dolor. Sus caballos de guerra piñarían de nuevo al sentir sobre ellos la majestad de su peso de hombre. No podía adivinar, pero sí presentir. Mucha era la felicidad para ser cierta y duradera.

Lo espiaba un búho por entre las esferas pareadas de una almena, indiferente al relevo de la guardia de arcabuceros. Don Luis volvió a la fiesta.

VIRGEN SERRANA

EL HOMBRE EN SUS DESAMPAROS -HAMBRE, MUERTE, ENFERMEDAD, DESAMOR-, EN TODA ÉPOCA Y LUGAR DE LA TIERRA, NECESITÓ DE ASIDEROS. También en sus gozos, deseoso de añadir a la fiesta y la canción un aliento sobrenatural. Magias y creencias nutrieron a la Humanidad desde sus orígenes: la sed nunca saciada de la necesidad de un Dios oculto en el misterio.

Quizá tú, sabina, si hubieras vivido épocas de paganismo, en que dios era la naturaleza sorprendente y el enigma de los astros, pudiste ser considerada una diosa, teniendo en cuenta tu porte venerable y solemne, vencedora del tiempo. Junto al Sol generador de vida y a la Luna, varadero de los sueños y las almas, pudiste ser una diosa con imaginadas mitologías orlándote el ramaje.

Bajando desde las cumbres hacia las umbrías del bosque, por sus linderos bajos, encontramos un lugar de magias y devociones, una ermita como nave varada en los playazos del pinar, que en arreciar de vientos semeja un mar de verdes oleajes. En la ermita, una Virgen morena con siglos de historia.

Dice el Padre Tapia, sabio investigador de aconteceres almerienses, que remotos visigodos o mozárabes pudieron dar el nombre de la Virgen a la Sierra, mantenido después por la población hispanoárabe, llegando la denominación a nuestros días. Fue al pueblo o a la Sierra... ¿A quién se nombró primero con el hermoso nombre de María?

La ermita está en la Alfahuara, próxima a una fuente considerada milagrosa, con aguas eficaces -según creencia popular- en males de reuma y de jaqueca, junto a la cual los peregrinos paganos debieron de profesar culto a una diosa de la Salud. Udri, historiador del siglo XI, nos habla del prodigioso manantial que mantenía su prestigio en tiempos hispanoárabes. Los pobladores moros, en prólogos de su expulsión, informan a los cristianos viejos que llegaron con los marqueses vencedores, o a los que llamaron éstos para repoblar aquellos campos al ser expulsados los moriscos.

Volvió la Virgen María a ser entronizada, ahora bajo una advocación definitiva, como Virgen de la Cabeza. ¿Por qué esta denominación? Por tierras



"Ángeles sobrevolando la imaginación creadora de las gentes, cual retazos de niebla a los que las águilas donaron sus alas. Pastores, privilegiados protagonistas, en ejercicio de su prestigio bíblico, profesionales del ensueño y la contemplación"

de Jaén, en Andújar, sobre un alto cabezo, alzada por leyenda de milagros, se levanta una ermita para albergar la imagen de una Virgen con ese nombre, tomado de la altura o cabeza serrana del lugar. Sitio de gozos romeros para una extensa zona andaluza, para gentes que acuden anualmente en andadura de fiesta en la fe. Desde ese origen se extiende la devoción hacia otros lugares de serranía bética, quedando repartida la advocación jiennense en sucursales devocioneras. Dicen los historiadores que muchos de los repobladores cristianos de estas tierras vinieron de Jaén, también anota el Padre Tapia que doña Leonor, virtuosa y hermosísima dama, esposa del segundo Marqués, era cordobesa, de la familia del Gran Capitán, y Córdoba estaba dentro del ámbito devocional mariano de la Virgen de Andújar. Cualquiera de estas circunstancias pudo ser motivo para decidir la advocación de esta Virgen serrana. El Marqués donó tierras para su ermita, colaboró de manera sobresaliente en las mejoras de la iglesia, y quizá hizo traer la imagen morena que sigue entronizada en nuestros días, de algún taller de imagineros jiennenses, aunque sólo se sabe que tiene su origen en el siglo XVI. Quizá los desvelos de don Luis eran impulsados por devoción a la Señora, junto a razones de homenaje a la bella y piadosa doña Leonor.

La advocación se fue extendiendo por lejanos ámbitos del marquesado y sus influencias: por alturas de Bédar, por los levantes de Antas, por el altar natural de la cima filabrense de Monteagud.

La imaginación popular, en entramado de sueños y deseos, forjó su leyenda, parecida a la de Andújar; capítulo similar a todos los de leyendas milagreras del ancho mundo, en relación con apariciones marianas; leyendas que toman categoría de realidad por fuerzas de la fe, dentro del entramado noble del corazón del pueblo. La leyenda dice, en este caso, que la Virgen se apareció a una pastora de Chirivel que llegó hasta el lugar apacentando sus ovejas. Ángeles y pastores en todo relato milagroso. Ángeles sobrevolando la imaginación creadora de las gentes, cual retazos de niebla a los que las águilas donaron sus alas. Pastores, privilegiados protagonistas, en ejercicio de su prestigio bíblico, profesionales del ensueño y la contemplación.

Algo muy distinto son las falsas leyendas, amañadas artificialmente por falsos poetas populares, y que son representadas de forma zarzuelera -capisayo de lujo y fortaleza semideruida de cartón-piedra- por muchos pueblos levantinos. Con un gran respeto hacia las gozosas esencias de toda fiesta surgida del sentir popular, hay que reconocer que las representaciones

de moros y cristianos son en el fondo malas evocaciones de desgraciados hechos históricos, en que buenos y malos -como en cualquiera de nuestras numerosas guerras civiles-, en cumbres de intolerancia combaten a muerte para que acaben ganando los buenos, los poseedores de la verdad absoluta. Las guerras civiles de España... siempre decoradas de matiz religioso, con el oscuro signo de los integristas.

Para las fiestas de moros y cristianos que se celebraban en María en el siglo XIX, la fantasía disparatada de algún improvisado poeta escribió unos textos en que se relata que la Virgen, en ajetreo y suerte de lucha, es llevada y traída, secuestrada por el bando morisco y recuperada por el cristiano, hasta el feliz milagro de la conversión de Abén-Humeya que capitaneaba la refriega. Nada menos que Abén Humeya, el revolucionario rey alpujarreño, el alma de la rebelión morisca. Como toda la tramoya iba acompañada de intenso tiroteo escándalo de coherería, alguna mente sensata e influyente cesó la fiesta, jubilandó a la comparsa, quizá en uno de esos múltiples momentos en que se repite un nublado con presagios de nueva y auténtica refriega, quizá temiendo que las salvas derivaran hacia auténticos disparos, que se saltara de la ficción a la realidad, empezando un capítulo de la España siempre partida.

En primavera, cuando avanzado abril hay un tejer de nidos por la arboleda y alcanzan su mejor arpegio las flautas del trino, se celebra la fiesta en honor de la Virgen de la Cabeza, y el pueblo de María acerca su tributo de amores, y un peregrinar campesino, desde lugares cercanos y distantes, acude necesitado de liturgias que encaucen la flor de la alegría hacia seguros frutos de esperanza, y la Sierra, engalanada con sus mejores lujos, parece presumir de su nombre.

PAISAJES

TORNANDO ALTURA DESDE EL POZO FRANCO, LLEGANDO A LA CUMBRE QUE ABRE MIRADORES DEL SUR, SIGUIENDO LOS LOMOS AMOJONADOS POR EL PIORNAR, hacia poniente remontamos los altos del Cabezo, rondando los dos mil metros sobre el nivel del mar, sólo superado por la cima de la Burrica, que sobrepasa esas alturas.

Desde estos miradores, en las mañanas de verano, antes de solares borracheras, cuando el cristal del aire está en toda su pureza, podemos ver los lejanos labios del mar, y hasta ellos una sucesión de montañas. Primero los cerros más bajos, encapotados de pinar -la Monja, el Fraile, Claví, la Sierrecica, el Frac...-, después de las mesetas que desde el pie de la Sierra despliegan un cuadriculado paisaje de rastrojeras y arcillas rojas, gris pizarra, marrones..., y detrás de los cerros, repetido en lejanías, el mismo paisaje agrícola en cuadros más abstractos, difuminados por la distancia, y después, la Sierra de las Estancias, que limita en montes altos con el sur sensual de los azahares. En los confines del poniente, aproximada por su grandeza y por la nitidez del panorama, al descorrer cortinajes el sol naciente, se muestra Sierra Nevada, que en los rigores de la estación sólo mantiene varios ventisqueros aislados, como vendaje a sus mayores erosiones.

En el amanecer, el sol en sus levantes, desatado de brumas bajas, parece nacido de los dominios del mar, y avanza cielo arriba despertando la vida en pliegues y cornijales. Los gestos del campo, variados, respondiendo a los guiños del sol, a la travesura de sus luces, cambia repertorio de túnicas marchitas.

Yo, sabina, te he soñado aquí, en esta alta cumbre, desafiando al viento, desplegando semáforos de sombra y luz en ruta de rapaces, definitivo estandarte de eternidad.

En crepúsculos estivales, esta altura es un observatorio que cambia misión. Van apagándose lejanías, se emborrona el paisaje, y en los ponientes hay un turno de banderas. El sol no parece aceptar despedidas y queda

en abismos del horizonte, extenuado, perdidas sus furias, como globo en derrota que abandonan los vientos en un juego infantil. Por fin, lumbre de banderolas despiden los sufrimientos del sol.

Con las últimas luces, el vivir diurno acrecienta prisas. El águila real descende, repasa laderas en vuelo rasante y un quejido largo, desesperado y doliente, deja a veces escapar. Quizá sufrió la burla de las perdices, fue mal la jornada de caza, y llevará su hambre hasta los dormitorios del riscal.

Vuelan torcaces a media Sierra, pequeñas bandadas en anárquica formación, como en competición deportiva. Las alas en vuelo, vistas por su parte superior, parecen pañuelos en despedida. Buscan un punto más bajo, un leve collado por el que remontar la Sierra y perderse veloces hacia los pinares de la cara norte. Es el momento exacto de buscar habituales dormideros, y los habitantes diurnos de la Sierra ceden protagonismo a sus nocturnos moradores. El sol ya no está y quedan sus últimas luces para el relevo.

Ahora, borrados los paisajes de la tierra, se despliegan sobre nuestra cabeza los paisajes del cielo, que en el transcurrir de la noche ganan grandeza y nitidez.

Sin posible sombra se muestran las estrellas, acrecentadas y brillantes, con reflejos de plata recién bruñida, solitarias u organizadas en formación, y nos da la impresión de que las descubrimos por vez primera. Asistimos, irrenunciablemente, a sus lentas y misteriosas procesiones.

Cuando sale la luna, y ante su plenitud, recobran contornos de penumbra los paisajes terrestres, ya es total el festival de los cielos, aunque hay momentos en que su cósmica grandeza parece acrecentar la sensación de soledad.

Pero la vida sigue, han despertado y bullen los numerosos seres de la noche. El graznido lastimero del zorro hace que, empinada, despliegue sus alertas la solitaria liebre del piornar. Escapados de la grieta del risco, un chorro de murciélagos se reparte en singladuras, en un desazonado ir y venir.

Hay que iniciar el descenso hacia la sabina para abrir un capítulo de sueños entre las languideces del descanso. El mochuelo maulla en la más alta piedra del majano, quizá en citas de amor. Un áspero rumor de brozas nos hace pensar que la víbora monta guardia entre el tomillar, y frenamos el pie esquivando peligros.

La noche es un complot de seducciones, un proyecto de crueles asechanzas, un trajinar de seres clandestinos en faenas de guerra, también de amor.

La sabina conoció una coral de lobos y, pasados los años, el llanto solitario del último lobo despidiendo a la luna antes de morir. La sabina conoció fugas del jabalí que subió a las alturas perseguido por alanos de los marqueses, y ahora, tras ausencia de siglos, ha cobijado a veces a un cochino herido en asechanzas de la noche.

Como en consignas de aquelarre, sufre la luna un eclipse parcial provocado por alas de lechuza, esa luna que siempre fue reconocida por la sabina como lámpara familiar de pastores, y que ahora ha llegado a conocerla como seguro campo para alunizaje de astronautas.

EL PASTOR

ERA ALTO, DELGADO, DE POCAS PALABRAS Y MUCHO REÍR. Sentado sobre una piedra, vigilando querencias del rebaño, el tío José parecía a punto de convertirse en retama o de volarle el sombrero transformado en azor.

Ascendía desde el cortijo con el alba y buscaba al vacío, que eran las ovejas sin preñez, en descanso de paridera; las que pasaban la noche al relente o en placidez lunar, en acecho del tierno retoño, del apuntar de la flor de la hiniesta, de las carnosas hojas del lirio del campo, del brote del lastón... En época de sementera, de procesos del cereal, era más duro el trabajo; guardía constante era la suya en vigilia de tentaciones del animal, pero cumplida la cosecha quedaban los rebaños en libertad vigilada a ciertas horas decisivas. Guiados por la costumbre, querencia e instintos, los animales no abandonaban su territorio en circunstancias normales, con itinerario repetido: los pastos, el abrevadero, la sombra del árbol a la hora de sestear..., y se reducía la tarea a unas horas de vigilancia.

Las ovejas paridas o avanzadas en su preñez quedaban en el cortijo, en la tierra más dulce de sus inmediaciones, que habían perdido su aridez por constantes laboreos. Allí eran en parte atendidas por las mujeres de la familia que alternaban ordeños y reparto en las pesebreras de empajada y cereal, con faenas usuales: laborar el pan, prensar la leche cuajada para hacer el queso, cuidar los procesos de curación de la matanza del cerdo, acarrear el agua en cántaros con ayuda paciente de las burras, cuidar el huerto...

El pastor salía, con las estrellas, del cortijo lejano del Mojonar, perdido en un amparo de la cara sur de la Sierra, para ocupar sus puntos de vigilancia al amanecer. Subía andando o en caballería, barranco de la Muela arriba, y antes de que sus ojos pudieran divisar el rebaño, ya era localizado por la música especial de los cencerros.

Varios pastores frecuentaron aquellas alturas -José, Cristóbal, Blas...- y cada uno conocía sus ovejas en la distancia o en la oscuridad por la combinación de esquilas: diversidad de cencerros y campanillas, de tamaños y sonidos distintos, que establecían la partitura inconfundible de cada cual.

El pastor predecía tiempos apacibles o borrascosos, no sólo por la conducta de su ganado o de las perdices, sino también por esa cultura de cielo y tierra que adquirió por caminos de cotidiana observación. Leía en el guiño de las estrellas, los cercos de la luna, el adorno de celajes de la puesta del sol, la conducta de las flores, el canto o silencio de los pájaros.

En sus largas esperas organizaba sus tareas del esparto. Salían de sus manos pleitas y cuerdas, oscilando entre la utilidad y el primor: fuertes ramales para conducir bestias, para sacar agua de los pozos, para los haces de leña... Cordones, pleitas y criznejas para elaborar cómodas esparteñas, serones y aguaderas, albardas y capazos, fajas para apretar el requesón..., toda una bella artesanía de diaria utilidad.

Otras veces, el pastor inmóvil, sentado sobre la manta que quitaba aspereza a la piedra plana de su elegida atalaya, meditaba, liaba un cigarro de tabaco verde, cultivado en el huertecillo del cortijo, miraba al cielo infinito durante horas. Entonces se le agudizaba el perfil bíblico y quizá pensaba en un dios pastoreando por verdes praderas, ayudado por ángeles con alas de águila real. Quizá por eso cantaba en ocasiones y su canción se estiraba en ecos por el gran órgano de los riscales.

Creció el tronco de la sabina abrazado por muchas generaciones de pastores que, sin pensar en ello, fueron sus sucesivos e incondicionales amantes durante siglos.

En tiempos de modernidad sube el pastor por empinadas veredas, en motocicleta; los perros amaestrados le vuelven el rebaño, interrumpiendo el rumbo no deseado; oye la voz del mundo en su transistor, con la aceptada y triste redención de los plásticos no trabaja el esparto... No canta y siempre tiene prisa. ¿Medita en Dios? Pero es el mismo sol, la misma luna y la misma sabina.

¿Qué rebeldía, qué confusión de rutas, qué anárquico destino fue el de aquella oveja perdida? ¿En dónde estuvo? ¿Qué lejano rebaño la acogió? ¿En qué remoto cortijo fue retenida? Dando caminatas interminables la había buscado el pastor sin encontrar rastro ni señal, hasta que fue olvidada, dada por muerta. Desviada de la manada, quizá sufrió el acoso feroz de las zorras. Quizá enferma y hambrienta pudo ser alzada a los cielos por garra de águilas. Fue olvidada, dejó de ser un mal sueño en los descansos del pastor.

Un día volvió. Tuvo su ronda de carneros, su secreta aventura y, estuviera en donde estuviera, al sentir en la sangre latidos de maternidad debió de escuchar llamadas de la tierra, voces urgentes y alarmadas que pedían su retorno ante la proximidad del parto.

Volvió enajenada, en carrera de antílope, dejando largas guedejas de lana prendidas en el rosal, esquivando tajos y quebrancías de la tierra, llegando hasta el amparo de la sabina para recuperar sosiegos. La Sierra estaba en soledad: ni un cencerro lejano, ni el ladrido de un perro, ni la voz de un hombre. Al día siguiente tendría la sonrisa -entre la felicidad y el asombro- del pastor, que bajaría al cordero en sus brazos, mientras la madre le seguía sumisa, ciega tras el hijo, hasta dejarlos en la cálida majada.

Aquel día, al cobijo del árbol, testigo muchas veces del renovarse de la vida, parió la oveja. Dolores y gozos expresaban sus balidos, y por sus ojos mansos habría una alternativa de temores y de lograda plenitud. Quizá tendría el vuelo de cucalas asombradas, en procesión del aire, y el espionaje de zorros buscando un descuido para intentar troncharle al corderillo los ensayos de su primer trote. Tendría al campo alertado ante el viejo y siempre nuevo milagro de la vida.

VIEJA ESTAMPA

SESTEANDO BAJO EL ÁRBOL, EN DUERMEVELA PLACENTERO SE REPRODUCEN EN MI MEMORIA, y casi ven mis ojos cerrados, en retrospectiva visión por galerías del subconsciente, viejos grabados sobre pergamino de agostos lejanos, cuando palpitaba la vida por estos contornos, cuando el campesino que a lo largo del año había faenado la tierra en abrazo de barbecheras y siembras, se apresuraba en la recolección ante temores de la nube, recurriendo a gentes del levante jornalero.

Condecoraban el alto valle los oros gloriosos del cereal: trigos recios de robusta espiga, con el negro mostacho de las raspas inclinado hacia la tierra por el peso de la simiente; la humilde cebada, esbeltos centenos, gloriosa plenitud del candeal, la avena reidora al mecerla el viento... Concierto de dorados en las parcelas de la cosecha, a lo largo de la estrecha faja en sembradura. En las riberas de aquel lago de oro había matas intrusas, resistiendo soles, con flores amarillas y moradas, en ofrenda a la fecundidad.

A lo largo del tajo de hombres inclinados en fatigas de siega, escondido el rostro bajo amplios sombreros de paja, zahones de áspero lienzo defendiendo las piernas, dediles de fuertes cueros almenando la mano que abrazaba la mies, previniendo el cardo traidor y el mordisco de las hoces que brillaban alzadas como interrogaciones de acero. Quizá acudió la mercenaria cuadrilla de segadores desde lejanos territorios del hambre, llamada por el cortijero para abreviar una cosecha no siempre lograda.

De sol a sol duraba la faena bajo la iniciativa del manijero, sin pausa alguna; sólo un respiro para comer las migas que hacía la cortijera a la sombra del árbol. Rodeaba la cuadrilla la gran sartén colmada de migas de trigo con algún adorno de tajadas de cerdo. Pasaban de mano en mano las tazas del gazpacho hecho con la finísima y fresca agua serrana; el tomate, el pepino, la cebolla eran verdaderos lujos redimiendo de la sed. Después la breve pausa del cigarro, el tabaco repartido por el cortijero con su gran petaca de cuero repujado, cultivado en los huertecillos de Molina o el Mojonar.

Bajo la plenitud de un sol terrible, vuelta al tajo, formación de la gran hilera de hombres inclinados sobre la tierra, avanzando ordenados en la



"Con los últimos claros llegaba la cuadrilla al pie de la sabina, en donde la mujer encargada de la comida ya tenía la olla abocada en un gran lebrillo: el guiso caldoso con patatas, legumbres y tocino, y un inmenso pan moreno que se repartía en grandes rebanadas. Corría de mano en mano el porrón de cristal y un hilo de vino áspero iba pasando de boca en boca."

batalla del cereal, formando haces uniformes atados con las matas más altas de la mies cortada o con guitas de esparto cuando la cosecha no había conseguido suficiente altura.

Transpuesto el sol, ya invisible por derrumbes lejanos, cuando su último rayo dejaba de iluminar la cumbre de la Burrica, finalizaba la tarea y empezaba la recogida de haces, amontonándolos ordenadamente en cargas para facilitar la saca, para, una vez concluida la siega, acarrearlos Sierra abajo con las bestias, hasta formar hacinas al borde del redondel de las eras, junto al cortijo, para después la familia campesina acabar la faena recolectora con trillas y aventados.

Con los últimos claros llegaba la cuadrilla al pie de la sabina, en donde la mujer encargada de la comida ya tenía la olla abocada en un gran lebrillo: el guiso caldoso con patatas, legumbres y tocino, y un inmenso pan moreno que se repartía en grandes rebanadas. Corría de mano en mano el porrón de cristal y un hilo de vino áspero iba pasando de boca en boca.

Quedaban los sombreros repartidos sobre la tierra, como formando un seto de grandes margaritas, y la cara quemada del segador brillaba feliz en la creciente oscuridad. A veces alguien rasgueaba una guitarra y una voz cansada iniciaba un canto alegre con dejos melancólicos, como una despedida a la dura tarea o un prólogo al descanso. Pronto el silencio, el sueño profundo sobre las mantas extendidas bajo el árbol, la total oscuridad o el tímido nacimiento de la luna, la pausa en el trabajo hasta el primer parpadeo del nuevo día. Sólo las bestias atadas con largas cuerdas en el rastrojo se mantenían despiertas en su pacer y cruzaban relinchos y rebuznos amordazando al canto del mochuelo.

En el suceder de las jornadas algo iba cambiando; en reunión de pastores se hablaba de la llegada del tractor, se oía el ruido de máquinas en las largas besanas de los llanos bajos; fue rompiéndose la vieja amistad en el trabajo de hombres y bestias, las reatas de mulas de las ferias pueblerinas fueron sustituyéndose por exposición de maquinaria agrícola, propagándose modernas eficacias. Se precipitaban aconteceres. Disueltas las cuadrillas de segadores, los hombres dispersos fueron tomando trenes de emigración hacia los nortes ricos, hacia fatigas de nueva vida trabajadora para conseguir el pan, en alternancia de redenciones y dolorosas renunciaciones.

Desaparecieron las grandes bandadas de buitres leonados que volaban en círculo hasta descubrir la bestia muerta. Un día dejó de subir, barranco

arriba, el cortijero con sus caballerías, y las tierras altas, humildes y generosas, quedaron sumidas en el desprecio. Nunca más orló a la sabina la gloria del cereal, y la tierra se vistió de cardos, sublevada en su hurañez.

Me despierta el concierto de cencerros del ganado que se aproxima buscando la sombra del árbol. Abro los ojos venciendo el sopor de la siesta y encuentro ante mí a Blas, el pastor. Nos saludamos, compartimos sombraje recostados junto a las ovejas. Duerme el perro aparte, bajo un rosal silvestre, y nos llega la voz del transistor que ha dejado Blas colocado sobre unas piedras. Son noticias de la última reunión parlamentaria, en que se habla de crisis económica y de aumento del paro laboral. Le cuento mis ensoñaciones rememorativas, se pone serio y exclama: -¡Cincuenta segaores he visto yo durmiendo al amparo de este árbol!-

Se levanta y apaga la radio. Un silencio denso envuelve la soledad del campo. Oímos un lejano rumor de motores que aceleradamente se aproxima y crece en intensidad. Sobre nuestras cabezas vuela un reactor que va dejando en los cielos su rúbrica de modernidad. El pastor se echa hacia atrás el sombrero y lo contempla, asomándose bajo las ramas. -*¡Son otros tiempos...!*-, exclama clausurando nuestra conversación. Veo en sus pupilas claras un reflejo de cielo en ramaje de encortinada melancolía.

LOS OFICIOS

LA SIERRA TIENE UN GRAN VIENTRE CON CLARA VOCACIÓN ALJIBERA. La gran bandeja que forma el valle de la sabina, abierta a donaciones del cielo, es punto clave, receptor y nutridor de estancias de la entraña, con organización secreta para ahorros y repartos del agua. Otros lugares, palma de mano abierta, de la Sierra de María y del Mahimón, también esconden con codicia acaparadora toda humedad.

¿Qué clandestina red de venas profundas puede extenderse hacia los pueblos, enviando las aguas hacia sus fuentes? A Chirivel, más lejano, quizá en complicidad con otras vertientes, lleve su latido de vida hasta las ramblas. En los otros pueblos, más cercanos a la mole serrana, se desata el agua como escapada en gozos, aflora gloriosa en fuentes de los caseríos, impaciente brota del mismo pie serrano con prisa de servicios, dando origen a oficios de los que vivió el hombre durante siglos, y a oficios vigentes en la actualidad.

Sigue el hombre su vocación agrícola por las vegas bajas del olivar y por las vegas altas en que adapta cultivos a las pautas del frío. La pasión huertana es una herencia en la que se cruzaron en hermandad savias de la tierra con sangre del hombre, y que se resuelve en un laborar minucioso, con mimo y sabiduría.

Viejos oficios que cesaron ante un mundo nuevo, dejando reliquias de sudor del hombre durante siglos. Los molinos que, vorazmente, transformaban el cereal y, en complicidad con los hornos, lograban el milagro del pan, para ser suprema comunión entre el hombre y la tierra. Medio centenar de ingenios harineros se repartían por la comarca, algunos en actividad febril hasta tiempos cercanos, de los que queda un sagrado rastro de cimientos y piedras erosionadas, o los ingenios conservados como reliquia por hijos y nietos del oficio que, aunque alistados en vértigos nuevos del vivir, siguen en devociones del recuerdo hacia gozos y fatigas del trajinar de sus mayores.

La capitalidad molinera siempre la ejerció la Ribera de los Molinos que, entre Vélez Blanco y Vélez Rubio, en el pie resuelto en chorros del Mahimón, se extiende como una necrópolis del trabajo.

Escurrideros, acequias, muros resistiendo el derrumbe, arcas del agua, espléndidos brazales, recónditos cimbrados, preciosos ingenios elocuentes

en su mudez..., cubos, cárcavos, muelas gigantes... Los viejos batanes que parecen montados sobre andamiaje de fantasía.

Podemos resucitar en la memoria tiempos de actividad por la Ribera; caravana de bestias y carretas desde pueblos cercanos y comarcas vecinas, cierto aire de romería del trabajo. La harina cálida colmando costales, olor candeal de cosecha cumplida en lograda fecundidad, la risa de las aguas forzadas, en precipitado malabarismo de espejos rotos.

Oficios surgidos de la gran ubre redentora de la Sierra, del corazón y la epidermis de la montaña madre.

La cal y el carbón, el blanco y el negro en su máxima pureza. Quedan por la Sierra, en toda su extensión, socavones y cicatrices de un pasado de carboneras y caxeras, la huella de generaciones en un decisivo laboreo para transformar la piedra y el árbol en materia del diario vivir. Inmolación de árboles y arbustos, resueltos en lumbres enclaustradas frente a la piedra viva, para darse en cales que alzarán la arquitectura humilde del hogar y vestirán de luna las fachadas. La encina mutilada, en ofrenda de sacrificio atávico, sepultada en arcillas, ofreciendo su muerto corazón al bienestar del hombre.

Carboneros y caleros cruzaban las veredas de la Sierra con sus cargas de noche y luna.

Por umbrías serranas, en proximidad a María, en terrenos accesibles para su transporte, se abrían pozos para conservar la nieve, y en la dureza de los veranos llevarle el placer a las ciudades, cuando el siglo XVIII ya avanzaba en refinamientos de burguesía. Actividad mantenida hasta generalizarse la fabricación de hielos artificiales. Gargantas de la Sierra abiertas por el hombre que, en duras batallas contra el frío, remolcaba ventisqueros, ocultaba como en un relicario la nieve, ganándole al sol la partida con cobertera de bálogo y arcilla, para, en los agobios del calor, desplegar arrierías y emprender largos viajes los neveros hacia zonas costeras, en la consecución del pan difícil.

Los esencieros, en peritaje de alquimias y en aparente escenario de medievales hechicerías, en manejo de calderas y alambiques, conseguían raptar porciones al respirar del alma serrana: medicinales extractos, perfumes finísimos, pigmentos tintoreros...

Tomillo, salvia, romero, espliego, mejorana... Pasaron a la historia los manejos esencieros, pero sigue el hombre afanado en una recolección de plantas mágicas que en otros lugares, con procedimientos de progreso, destilan y aprovechan.

Algunos oficios relacionados con la Sierra, al darles el hombre un soplo de creatividad, pasan de mera actividad manual conducida por aprendizajes tradicionales, acaban tomando categorías artesanas en camino hacia concepciones artísticas. Así, las labores de esparto que, superando márgenes de pura utilidad, desde edades remotas hasta el invento de fibras sintéticas, llegan a conseguir el primor junto a esa utilidad, o los lujos del adorno que da la imaginación junto a eficacia de labor aprendida.

También artesanías en que la leña era fundamental, aún a costa de deterioros naturales. Las tejas hasta tiempos recientes, en cálidos manejos de las manos del hombre con la arcilla, han dado lugar, desde periodos árabes, a la configuración eficaz y bella de los poblados.

Otras actividades alfareras, rebosando límites de la artesanía hacia el arte, pusieron en los hogares su nota de belleza en objetos de diaria utilidad: cántaros, fuentes, lebrillos, jarras...

Pero quizá la artesanía más original y hermosa que pudo darse en la comarca sea la de los vidrieros de María. Fue una actividad ejercida por lo menos durante ocho siglos. Los hornos para el vidrio se extendían por los alrededores del pueblo. La existencia de especiales arenas silíceas, el bosque cercano y la habilidad artesana, dieron lugar al desarrollo de una industria en que se produjeron objetos de una belleza singular -vasos, jarras, vidrieras, búcaros, jarrones... -de nítidas transparencias o coloridos únicos -azules, amarillos, melados-, perfecta conjunción de utilidad y decoración.

La insaciable voracidad de los hornos para fundir los sílices suponían un duro tributo con cargo a la riqueza forestal. Los últimos marqueses, en finales del feudalismo, temiendo que perdido el bosque huyera la caza mayor, empobreciéndose sus escenarios de cacería, subieron el precio de las leñas hasta ahuyentar a los maestros vidrieros que llevaron la maravilla de su industria a tierras granadinas más propicias.

Generaciones de leñadores y cazadores trazaron con sus pasos un laberinto de veredas, desde los pueblos a las cumbres.

Los hornos del pan y los hogares necesitaban permanencia de lumbres. El hombre, afanado en talas y acarreos, precisaba de las donaciones del monte para defensa de los fríos y elaboración del sustento.

Los cazadores, desde indispensable quehacer de vida, fueron pasando a un placer en el ejercicio de destrezas y esfuerzos, en tránsito del ocio hacia integraciones con la naturaleza en lucha, obedeciendo a imperativos atávicos. Deje el hombre ahora, desde su más profunda racionalidad, dormidas las hachas y controlada la acción de las escopetas, ante agonías de un mundo herido; debe velar sabiendo que la muerte del último pájaro de una especie o el derrumbe del último árbol de un bosque empobrecen para siempre la primavera. Tenga la Sierra, bajo el largo reinado de la sabina, un cielo signado por la majestuosidad de las rapaces, una tierra vestida con atuendo de carrascal.

En un mundo en transformación, ante un futuro en que el hombre ciudadano necesita sosiegos, respirar junto al respirar de los pinares, desarmar sus tensiones con la vecindad de un trino, mirar al cielo e intentar contar las estrellas con sugerencia de eternidad, aceptar las generosas ofrendas de la tierra, recuperando una amistad perdida tras de asfaltos y muros, la ofrenda del Parque Natural es decisiva.

Perdidos en gran parte los viejos oficios, un nuevo panorama de trabajo sugiere la presencia serrana. Es mucha la tarea: remozar cortijos abandonados, añadir lugares de recreo y acampada a los ya existentes: la Piza, los Alamicos, Pinar del Rey...

La vieja hospitalidad campesina, la bondad de una estirpe propicia al acogimiento y la amistad, siempre se mantendrá viva ante el visitante, en despliegue de información para logro del disfrute, en enseñanzas conservacionistas, dando garantías de paraíso recuperado y advirtiendo que en unos minutos de automóvil los labios del Mediterráneo están en ofrenda, dando posibilidades la residencia serrana a un paraíso total, con alternancias de mar y sierra.

Suba el visitante hasta alturas de la sabina, tome posesión de los grandiosos ámbitos, rindiendo pleitesía a la solitaria, la vieja abuela del bosque.

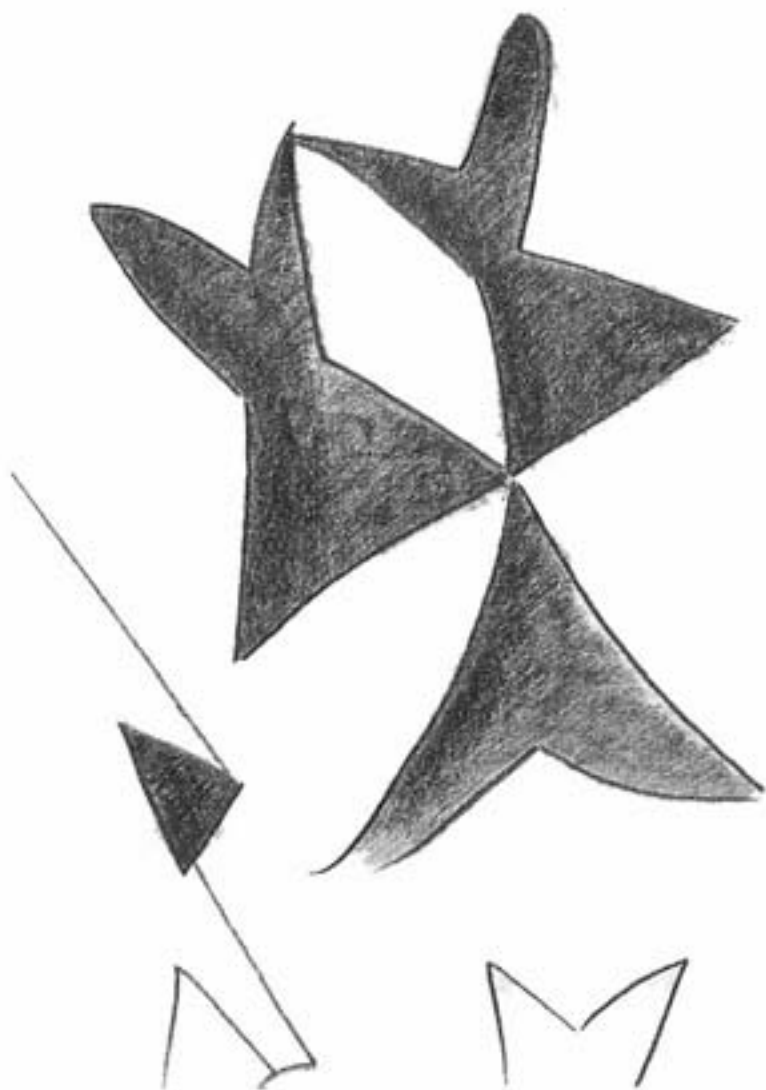
INDALO

NO HAY RELATO DE CIENCIA FICCIÓN FORJADO POR LA CREATIVIDAD DE LA MENTE HUMANA QUE PUEDA COMPARARSE CON LA EPISÓDICA TRANSFORMACIÓN DE NUESTRO PLANETA A TRAVÉS DE LOS SIGLOS. Cambios de espectacular grandeza, gestos de la tierra entre adivinados y descubiertos por la facultad investigadora del hombre.

Entre los grandes interrogantes que se plantea el ser humano, dentro de sus limitaciones como sujeto pensante, hay dos fundamentales: ¿Cómo ha sido esta tierra que pisamos, en pasadas edades, en el correr de milenios, hasta llegar a ser paisaje de nuestro vivir, con familiares árboles, sierras y llanuras, ramblas y fuentes? ¿Cómo eran y evolucionaron nuestros antepasados, en vértigo de generaciones y culturas? Las respuestas se nutren de grandes misterios, certeras deducciones y testimonios históricos. Desde la gran conquista de la expresión escrita nuestros antepasados tuvieron la grandeza de dejamos testimonio de su vivir. Antes del gran descubrimiento comunicador... ¿qué hubo y qué ocurría? Grandes misterios, también deducciones basadas en la apasionada labor de geólogos y arqueólogos registrando los pechos y costados de nuestra madre tierra. Adivinadas convulsiones naturales, en acontecer de cataclismos, ejercieron su dictadura sobre la vida y quebrantaron esqueletos del mundo. Fósiles y ruinas, objetos y signos que movilizan ansia de saberes en el hombre, en un pasional juego de escondite.

¿Puede haber imagen más fantasmagórica que imaginar nuestra Sierra de María y del Mahimón como una isla, con abrazo marino por todos sus contornos? Así fue. El testimonio es claro, los fósiles hablan: desde la minúscula proliferación de nummulites hasta restos de grandes cetáceos. Impresiona imaginar las edades marinas de esta comarca que, si no cesan martirios de la sequía y se superan esfuerzos por parte del hombre en ayuda y respeto hacia la naturaleza, puede alcanzar en tiempos futuros desérticas semblanzas.

Los cambios climáticos dieron lugar a espectaculares consecuencias ecológicas, a un desaparecer y resurgir de floras y faunas sucesivas.



"Reunión de figuras por los lienzos de piedra, que acaso sean manifestaciones de una religiosidad entre la naturaleza y la magia, quizá representación del balbuceo de un alfabeto naciente, formas perdidas, sublimadas figuras humanas, máscaras misteriosas"

Lugar propicio para el primitivo hombre cazador fueron estas sierras: los filones de sílex le dieron excelente material para labrar sus flechas, y abundó la caza mayor y menor con un variado número de animales. Cuando se hizo labrador y ganadero, encontró tierra fértil y abundancia de agua por ramblas y arroyos.

En cobijos serranos y campos próximos quedó testimonio de largas épocas del existir humano. En la cueva Chiquita de los Treinta un catálogo de fuegos dormidos denunciaba remotos diálogos de ceniza y asfixiados tizones. La cueva Maina, la del Queso, la de la Fuente del Aza, guardaron la pincelada del hombre desde el naturalismo hasta la esquematización.

Por las tierras bajas que como una orla abrazan al macizo serrano por todos sus contornos, podemos encontrar sitios sobresalientes, alejados y próximos, en que quedaron rastros del paso del hombre, su pertenencia a una determinada civilización. Guardan un gran museo los senos de la tierra, desde las elegancias clásicas del Villar de Chirivel hasta el gran archivo de la Cueva de Ambrosio, hay un sucederse de lugares mágicos. Metalurgias nacientes, filigranas del sílex, rudimentarias hachas y raseras, escoriados cimientos, monedas y abalorios... Sucesivos yacimientos en ruta circular: Fraile, Río Mula, Cerro de los López, necrópolis del Cerro de las Canteras, Cerro Redondo, el Castellón, Cueva de la Gitana..., innumerables yacimientos que tienen su máxima representación en la Cueva de Ambrosio, por los nortes del término de Vélez Blanco, situada en otro disparadero de caminos de levantes a orientes peninsulares, cual el pasillo de Chirivel por el sur comarcal. La Cueva de Ambrosio, abierta bajo un cantil gigante, es un cobijo sensacional y constituye la gran enciclopedia de largas etapas del vivir. Paladines de la ciencia leyeron en sus páginas, analizaron vértebras y espinas e hicieron soñar con una naturaleza en que cabras monteses, lobos, ciervos, linceos, conejos y caballos eran sus pobladores, y en que por sus bajos, el Arroyo del Moral tenía privilegios trucheros. Se encontraron desde rudimentarias cerámicas a cerámicas con primor decorativo, y un arco iris de sílex repartido en piezas hechas desde la tosquedad a la perfección.

Volviendo desde esta cueva a la Sierra, otra cueva simpar abre su boca en la ladera: la de los Letreros. Por los volantes de la falda del sudeste del Mahimón está el imperio de las pinturas rupestres, y parece como una escuela de arte repartida en talleres por sus amparos. Es importante el abrigo de los Molinos, y, sobre todo, la Cueva de los Letreros, considerada monumento

nacional desde 1924. Aún quedan por sus paneles figuras y trazos, pues desaparecieron muchas pinturas gastadas por la mano profanadora del hombre. Nos han quedado recogidas en los trabajos de los investigadores del siglo pasado y principios de éste.

Reunión de figuras por los lienzos de piedra, que acaso sean manifestaciones de una religiosidad entre la naturaleza y la magia, quizá representación del balbuceo de un alfabeto naciente, faunas perdidas, sublimadas figuras humanas, máscaras misteriosas... El hechicero de Vélez Blanco -¿dios o mago?- con hoces o medias lunas empuñadas, quizá símbolo de agriculturas nacentes o de interpretaciones astrales.

Otra figura humana sumamente esquematizada parece sostener un arco iris o una media luna con sus brazos, en arcada sobre la cabeza. La misma figura que en trazos rojos era pintada sobre las casas de Mojácar para ahuyentar a malos espíritus. Jesús de Perceval, fabuloso ser, pintor almeriense, hizo suyo en los años cuarenta a ese arquero celeste, siendo bautizado como Indalo, pensando fuera signo y marca de mediterráneos sentires de él y los suyos -los Indalianos- aventura de raptos de luz única y de colores recién nacidos.

Tenía Perceval algo así como un guiño prehistórico en el mirar, un equipaje de mágicas herencias, y bien podía tomar aquel signo su remoto colega, de aquel pintor de la Cueva de los Letreros. Podemos imaginar que misteriosamente pudo borrarse de las paredes roquizas del cobijo al hacerlo suyo Jesús de Perceval, como en transferencia de pintor a pintor. Ya quedaría para siempre sobre vehículos de mar y tierra, signando veleros, enjoyando bellezas de mujer, como símbolo de aventuras del arte y el espíritu, como tótem y emblema de la tierra almeriense.

FLECOS DE LEYENDA

SIEMPRE LA LEYENDA NACE DE UN ÁMBITO DE REALIDADES HISTÓRICAS A LAS QUE EL PUEBLO, EN PASOS GENERACIONALES, VA DEFORMANDO, BUSCANDO IMAGINARIAS DERIVACIONES, EXAGERANDO RASGOS EN SUCESIVA TRANSMISIÓN ORAL. Es la historia pasada por la mente y el corazón de poetas anónimos, a los que importa más que el hecho en sí el espíritu del hecho, y que no pueden impedir que su fantasía reste o añada alivios o ferocidades, según aceptaciones o rechazos, tomando partido a favor de sus preferencias y añadiendo pinceladas fantásticas en inconsciente obediencia a la necesidad de misterio que hay en el hombre.

La leyenda es como esa bola de nieve que formaron los caprichos de la ventisca y que rodó desde las cumbres, creciendo, adornándose al rodar por la ladera con esquejes de matas olorosas, hasta parar en la llanura, ya condecorada por aromas.

Podemos asegurar, exponiéndonos a la mirada enfurecida de algún historiador, que una buena leyenda siempre es mejor que una mala historia, con todo respeto a rigores científicos.

En las leyendas serranas que, heredadas de boca en boca en veladas cortijeras, he oído a los viejos pastores ya muertos, no había nunca desenlace, quedaba el planteamiento episódico cercenado en sus finales, quizá porque algunos contadores fueron suprimiendo el final cruel, o por dejar caminos a la imaginación para que cada cual tomara parte en el juego de fantasías, decidiendo desenlaces optimistas o pesimistas, respetando tendencias y simpatías.

Los pastores nuevos olvidaron las leyendas serranas, borradas quizá por mucho oír partidos de fútbol en su transistor. Pocos de aquellos relatos contados en las veladas cortijeras -veladas de la labor de esparto, de la partida de cartas, del desperfollo de las panochas, del descascarado de las almendras...-, nos van quedando. Malas leyendas y peores historias de la televisión van acabando con hermosas fabulaciones del pueblo, nacidas al amparo de realidades. Intento recordar algunos de los relatos que oí a viejos campesinos,



"En noche de luna clara, una vez alzado el puente levadizo del castillo y dormido el pueblo, buyeron sierra arriba los amantes, en el mejor caballo del padre del doncel. Triscaron por laberinto de bosque hasta el alto sabinar y bajo un gran árbol - (sería nuestra sabina milenaria?) -, entre gozos y lágrimas celebraron liturgias del amor bajo la casta presencia de la luna"

bajo la sombra antigua del árbol, en el sosiego de los sesteros, o en las veladas de los cortijos, relatos que en esencia eran estos flecos de leyenda, aunque intente adornar con palabras las situaciones.

El hijo de un importante caballero del séquito de los marqueses se había enamorado de una hermosa morisca que habitaba en las casas próximas al castillo de Vélez Blanco. Subía el doncel en un caballo blanco por la calle empinada y siempre estaban los ojos moros en ofrenda de amor por la abierta veladura de los visillos. Se frenaba el caballo caracoleando ante la ventana, más por tirón de corazón enamorado que por imperativo de las bridas. Era un amor de gestos, de miradas, declarado en diálogo de guiños, por elocuencia de sonrisas, en imposible rotundidad de encuentros que, quizá por un acortamiento en distancia de anhelos, iba creciendo en pasionales intenciones.

Los moriscos -siempre “los moros” en la palabra del pueblo, del pastor contador- que estuvieron en pacífico vivir en la Comarca, con las gentes de los señores del castillo, siguiendo en su virtuoso oficio de laborar la tierra, empezaron a romper dicha armonía al sentirse inquietos o estimulados por la noticia que traían buhoneros y gentes de arriería sobre la rebelión de las Alpujarras, agravándose el rumor con las amenazas de expulsión. Desaparecieron muchos del pueblo y, entre ellos, el padre de la doncella morisca, que comentaban era capitán de la rebeldía y luchaba en los altos de Sierra Nevada. Esta circunstancia en poco empeoraba la situación de los enamorados, siendo suficiente la diferencia de raza y clase social para considerar imposible llevar a la realidad su sueño.

De historias y leyendas sobre amores imposibles está llena la memoria de todo pueblo, en toda época, porque el amor y la libertad -en su elección y su ejercicio- es asunto principal para la felicidad del ser humano, y porque tiranía de obstáculos siempre hubo por falta de tolerancia y respeto entre los hombres. Hermosos y tremendos relatos, desde épocas clásicas a tiempos modernos -Romeo y Julieta, los Amantes de Teruel... hasta Love Story- llenaron páginas literarias y cintas cinematográficas. Es un tema que debió comenzar en la Prehistoria, con la rivalidad de clanes o tribus, y que frecuentemente hacía que esos caminos angulares de libertad amordazada y amor callado, no pudiendo acabar en vértice de amor cumplido, se cerraran en triángulo dramático con el desenlace unidor de la muerte.

Cuenta nuestra leyenda que, en noche de luna clara, una vez alzado el puente levadizo del castillo y dormido el pueblo, huyeron Sierra arriba los amantes, en el mejor caballo del padre del doncel. Triscaron por laberinto de bosque hasta el alto sabinar y bajo un gran árbol -¿nuestra sabina milenaria?-, entre gozos y lágrimas celebraron liturgias del amor bajo la casta presencia de la luna. Después poco se supo. Moriscos y cristianos, en pacto de dolor, recorrieron la Sierra. Un lecho de matas olorosas, del que se desprendían oleadas de aroma a gran distancia, los atrajo. Sólo encontraron aquel altar de amor bajo el árbol y el pañuelo de tul de la morisca enredado en sus ramas, desplegado en el viento igual que una bandera. No pudieron dar alcance al caballo que, en loco galope, cruzaba toda la Sierra lanzando relinchos lastimeros.

¿Y los enamorados? ¿Se arrojarían desde un despeñadero y serían consumidos por buitres y cuervos? ¿Llegarían en su huida a pueblos lejanos en donde les alcanzaría ferocidades de la guerra? ¿Pudieron salvar la permanencia del amor en un lugar distante, con disimulos y disfraces? No tiene final cierto la leyenda truncada.

En tiempos recientes, un cazador de perdices que subía, reclamo a las espaldas y escopeta terciada, por el Barranco de la Muela, también llamado Barranco Blanco, quizá por las descarnadas laderas que le dan un aspecto óseo, fue sorprendido por una tormenta y buscó amparo por cobijos de la cabeza de la barranquera, ya en proximidad a territorios de la sabina. Encontró un covacho para refugio y, como el mal tiempo amenazaba con durar toda la tarde, distrajo su encierro investigando el sitio. Por una depresión del suelo de tierra asomaba algo de extraordinaria blancura. Escarbó comprobando que era un cráneo humano, y siguió en la tarea hasta encontrar gran número de ellos. Sacados a la puerta del cobijo para mejor verlos, ocurrió algo inesperado: las calaveras puestas en pirámide, al sentir el beso del sol crepuscular fueron consumiéndose, desgranándose en polvo finísimo, hasta ser aventadas por un viento suave que llegaba acariciador.

Parece conectar este relato con otra vieja leyenda, la de la Cueva de los Muertos, que sin dar noticia alguna del lugar de su existencia, contaba un hecho singular con rasgos terroríficos: en una cueva roquera perdida en las axilas de la montaña, habían sido emparedados con vida siete cristianos por los moros. Cabe pensar que la leyenda naciera como símbolo de crueldades almohades en un devenir de luchas fronterizas. Dicen que, durante muchos

años, se escuchaba por aquellos alrededores un rumor de cánticos, como de salmos o plegarias que brotaban por las grietas del risco, y que el temor obligaba a cazadores o pastores a dar un rodeo para esquivar aquel lugar.

Otra leyenda parecía situar su acción por los nortes boscosos de la Alfahuara. Una dama de alta alcurnia había sido secuestrada por los moros rebeldes, al ser sorprendida en solitario paseo por los alrededores del castillo, y llevada a un lugar secreto del espeso encinar. Los guardianes de la fortaleza buscaban inútilmente entre el matorral, no encontrando más señal de vida que el espanto en fugas de la cabra y el jabalí.

Al tercer día, cuentan que un viento huracanado, como garra sobrenatural, dejó desnudo al bosque, arrancó el manto de hojas de toda la arboleda. Sólo quedó una encina joven, en todo su esplendor. Al acercarse los buscadores vieron sorprendidos que la dama dormía al pie del árbol, con un sueño dulce de mujer feliz. Sobre la alta copa alguien dijo ver el rostro de la Virgen orlado de estrellas, y, como muertos por el rayo, fueron encontrados a los raptores, dispersos por el matorral, comprobándose que era gente mora no perteneciente a la comarca.

Un amigo historiador supone que pudo nacer la leyenda en la imaginación de las gentes impulsada por una situación histórica: don Luis, el segundo marqués, acompañado de sus mejores caballeros, guerrea con éxito contra Abén-Humeya, en la baja Alpujarra, siendo temor y azote de los sublevados, que lo llamaban *El diablo de cabeza de hierro*. Había quedado el castillo de los Vélez bastante desprotegido, a pesar de que en él vivían doña Mencía y doña Francisca, las hijas del Marqués. Alentados los moriscos por las noticias que llegaban de expansión de la guerra, y perdido el temor por la ausencia del Marqués, se iban tornando levantiscos.

Jerónimo el Maleh, capitán morisco, que al parecer tenía una hermana esclava en el castillo, desde Oria, viendo propicia la situación, pensó atacar la fortaleza de don Luis, o de alguna manera llamar su atención, quizá intentando raptar a alguna de sus hijas, para que volviera, abandonando su marcha victoriosa.

No hay testimonio de ninguna acción del Maleh, sólo sospecha de sus intenciones. La imaginación milagrera del pueblo lo puso todo. Fleclos de leyenda, retazos imaginativos de gente soñadora que aderezan la realidad con fantasía de prodigios compensadores. Las leyendas, a veces mágicos vendajes, a veces acunadas en la sinrazón de la historia.

ELEGÍA POR LOS ÁRBOLES MUERTOS

HE ESCUCHADO, SABINA, A VECES EN TUS RAMAS UN MUSITAR DE REZO, Y MEDITÉ EN TU VOCACIÓN ANACORETA, PROPICIA A LA ELEGÍA, DESGRANANDO LA CRUEL LETANÍA DEL CIERZO. Quizá es el tuyo rezo en soledad por los hermanos muertos que debían poblar tus alrededores. El roble, la fronda del chaparral, los pinos laricios, el rosál silvestre ensayando estaturas de árbol, las solemnes encinas... Tapiz de verdes gloriosos y cambiantes, en tiempos de paraíso total.

La cornamenta del antílope debió de coronar las fuentes crecidas, y una coral de trinos alzarse en festival ante el nacimiento del árbol, en el diario milagro de cada primavera. El sabinal, tu comunidad familiar, quizá llenaba la cañada y habría un palique de viento, de árbol a árbol, estableciendo genealogías, en celebración de comuniones del bosque, confirmando edades, censando trinos; en continua avenida de enramadas para la ardilla que -equivocada o aventurera- subía desde el encinar de la umbría ensayando malabarismos nuevos por altas copas.

Hubo unos tiempos en que, según cuentan, una ardilla enajenada por las alegrías del bosque inacabable, podía partir sin tocar tierra, de los pinos sureños que peinaban sus ramas con vientos atlánticos y, Península arriba, por pistas del roble, la encina, las hayas, los arces, los fresnos, las acacias, los nogales, los castaños, abedules, sauces, álamos, alcornocues..., hasta alcanzar, sin tocar tierra en toda la larga ruta, las coronas pirenaicas del abeto. ¿Pudo desarrollarse una bella página de aquel relato de ardillas viajeras, escrito en las faldas del aire, en el estrecho valle de los altos de la Sierra de los Vélez?

Quizá un día, en anales del odio, subieron hombres armados y, en pavor de emboscadas enemigas, ordenaron drásticas talas dejando desnudez en los suelos, provocando calvicie en el riscal. Generaciones de hombres también subirían buscando leñas para sus industrias, ahuyentados de las bajas frondas por los señores que defendían escondites para el animal en fáciles laderas, en su celo cazador. Hombres que desplegaron el exterminio de las hachas. También un soplo africano, abrasador, y el puño de Dios cerrado ante la alcancía feliz de las aguas... Quedaste sola, sabina, desconsolada abuela del bosque, madre amparadora en las alturas, en pasada, presente y futura soledad.

Contemporánea y sucesiva desnudez de España, en la muda agonía de la raíz. En calendario de desventuras desaparecieron hermanos árboles en la comarca almeriense, o están a punto de desaparecer dentro del ámbito comarcal. Al empujón brutal de los tractores sucumbieron encinas que tenían heráldica nobleza entre sus ramas, siendo sustituidas por la burguesía del almendro, aunque estos intenten, justificando su presencia, desplegar en cada primavera sus banderas de flor, que casi siempre quedan arriadas en la cruel conjunción de lucha de inviernos y primaveras. Quedó noticia, en heredados cantes del pueblo, de un festón de madroñeras por nuestra serranía, perdidas para siempre; madroños no conocidos desde hace generaciones. Casi se han perdido los serbales que, por sobacos húmedos de los cerros establecían su restaurante para mirlos y tordos; árboles solitarios, diseminados bajo rutas del aire, posada de los pájaros, amenazado de muerte por las largas sequías. En las márgenes de la Rambla de Chirivel, por barrancos y ramblizos de la comarca, al borde de carreteras, centinelas de paz en los pueblos, alzaban los olmos el verde oscuro de sus capotes, albergue de nidos. La malignidad de un hongo asfixiante, que detiene su sabia, junto a un insecto -escólito- que transmite contagios trazando galerías bajo la corteza, han causado el desastre.

¡Si tú vieras, sabina, las olmedas muertas de pie, alzadas como mástiles que perdieron su vela en un naufragio, buscando el viento despertar las antiguas romanzas de sus hojas, resolviéndose en un gemir plañidero por las desnudas arpas del ramaje! Los pájaros perdieron sus paisajes de siempre y andan desconcertados por geografías del corazón, buscando sus paisajes aprendidos desde tiempos de un ensayo del trino.

Frívolos domingueros desentendidos de los sagrados ritmos del planeta, también hombres siniestros animados por odios y demencias, incendian los bosques. Pero hasta ti no llegan estas desgracias, sabina enclaustrada en las alturas, las luminarias infernales apagando la respiración de la tierra, el resplandor de una gran catástrofe de estos tiempos. De forma intermitente, por los costados forestales de España, desde el norte hasta el sur, avanza la desolación animada por un sol despiadado, a veces por un nublado cielo indiferente.

Ojalá futuros hombres en estado permanente de cordura, conserven y hagan crecer la hermosura del mundo. La salvación del árbol es fundamental para poner frenos a las agonías de la tierra. Cuando un árbol muere, se le resta a la vida primavera, y el universo herido tiene pálpitos de elegía.

LA SOLEDAD SONORA

EN ESTE REMANSO DE ALTAS SIERRAS, PRÓXIMO A CUMBRES Y COLLADOS, BUSQUÉ UN ATARDECER AMPARO DE RE- LENTES. Quería dormir allí bajo las densas ramas -paraguas y quitasol- para empezar un amanecer en acecho de palomas torcaces.

Extendí la manta buscando acunamientos de la tierra y, decidido el lecho, salí del cobijo del árbol en despedida de últimas claridades del día. El sol, ya perdido, repartía sus mantos postreros por las cumbres y vecina la noche avanzaba en misterios. Acerqué alforjas y navaja de entre mi breve equipaje de cazador. El pan, el vino... sabían a donación sublime de la tierra. La cena frugal, en aquellos vírgenes lomos del mundo, ganaba trascendencia de comunión natural.

Próxima la noche, en vuelo apresurado, pasaban las palomas hacia lejanos dormitorios, quizá buscando la encina solitaria o el cobijo almenado de verdes del transpuesto pinar. Cesaban trinos y había un relevo de insectos nocturnos afinando sus élitros, y se iniciaba un guiño sonoro, monótono y pausado, de misteriosas aves que despertaban en los umbrales de la oscuridad. Era un momento mágico y supremo..." ¿cómo no sentir a un Dios próximo y latente? La fe es un sentimiento que no necesita de las medias luces de la razón; un sentimiento que habitó el corazón de los hombres de todas las latitudes, a través de todos los tiempos, vivaz o borrado, entre deslumbramientos o cegueras. El corazón siente y presiente en plenas certezas, en salto sobre las angosturas del razonar.

Naturaleza y soledad invitan a la meditación. La prisa, las exclusivas urgencias hacia los dominios de lo material, en un mundo deshumanizado, mutilan en el hombre el don precioso del pensamiento paralelo a los ritmos armoniosos del corazón. ¿Por qué meditar? Para que no se sequen las fuentes interiores que, con vocación de río, comienzan lentamente a manar en el corazón novicio de todo hombre. Aquella apresurada andadura del Hermano Rufino, que pasó por la vida en busca de los gestos vegetales de la tierra... ¿no sería su manera de meditar buscando huellas del Dios de los tomillos? La verdad está en los interiores, armonizados por la naturaleza circundante. Se funde y entrelaza en los místicos el "sabor" del paisaje con el "sabor" de

Dios. Como siempre me ocurría en parecidas circunstancias, en aquel ocase pensé en los místicos.

El nacimiento de la sabina, según cálculos del Hermano Rufino -ciencia y presentimiento-, fue contemporáneo al nacimiento en el siglo XI del gran místico islámico, sufí almeriense, Ibn al-Arif. Cuando en las cumbres de estos nortes del relente frío brotaba la sabina o alzaba sus ramas primeras hacia el beso del sol, junto al mar, en la Alcazaba almeriense que había crecido en torres, o en sus aledaños, nació Ibn al-Arif “el hijo del Vigilante”. Vigilante nocturno del palacio y los jardines era su padre. Hacía largo tiempo que ya era Pechina armoniosa república de religiones, y hasta ella llegaban las respiraciones transcendentales de los místicos arábigos; grandeza de voces como la del murciano Ibn Arabí. El nacimiento de la sabina, en las montañas norteñas, estuvo signado por el nacimiento en los extremos del sur, junto a la belleza del mar infinito, de hombres como Ibn al-Arif, que fue maestro de espiritualidades, meditador y contemplativo, siempre en cumbres de santidad y poesía.

Versos viejos y eternos rondaban mi memoria cuando fui a cobijarme bajo las ramas de aquel árbol con vocación de eternidad. Placentero fue el sueño, tumbado sobre la manta extendida en la desnudez de la tierra, no lastimando su dureza la juventud de mi esqueleto, sintiéndome feliz. Desperté soñando a Dios, y aún rondaban mi memoria versos sublimes, los del místico cristiano San Juan de la Cruz, que nació cuando ya la sabina, vencidas sus adolescencias, era un árbol adulto que había gozado la experiencia de quinientas primaveras y los duros martirios de otras quinientas invernadas.

Yo vivía, en el alma y la carne, los versos del gran místico:

*...el silbo de los aires amorosos,
la noche sosegada,
en par de los levantes de la aurora,
la música callada, la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora.*

Bandadas de torcaces abanicando al aire pasaban desde el rastrojo de trigos recién segados hacia cercanos aguaderos. Asomaba a las cumbres la cresta de luz del sol saliente. Todo el paisaje montañoso que abarcaba mi vista vestía un pasajero disfraz de niebla, en luminosidades intermitentes. Era toda la Sierra catedral de la Mística.

GESTOS DEL CIELO

DELICIOSO EL OTOÑO. Ante la perennidad del verde de los árboles serranos, no sabe cómo anunciar caducidades, cómo avisar la proximidad del invierno para que todo ser tome sus precauciones.

En estos otoños en que un sol manso viste su disfraz de lumbres, y en que una llovizna intermitente saca brillo a las hojas, parecen andar los pájaros desconcertados, en espejismos primaverales. La bandada de pardillos conversa jubilosa en el pino y, de vez en cuando, como en decisiones nupciales, lo abandona en parejas, dispersándose hacia el matorral. También la pollada de la perdiz, que se mantiene unida, aunque ya ha ganado collares y perdido plumas de infancia, debe de andar en confusiones. Los machos, en ensayo del reclamo, se apartan del bando y entronizándose sobre la altura de una piedra llaman en desafío, o endulzan el canto ante la timidez de la hembra, ensayando su posesión territorial.

Cualquier día, en finales de la templanza, llegan los desengaños, porque sopla el invierno, ruge cruel en sus anuncios de llegada.

A veces es una brisa inocente con voz acariciadora y contacto de beso, pero pronto empieza a enronquecer, se desata en violencias y hace callar a las aves. Llegan los vientos fríos, secos, despiadados. Barren los campos bajos, levantan cometas con la paja abandonada del cereal, marca su dictadura en la dirección del vuelo de la paloma, encierra a la víbora en su cubil, invitándola al letargo, intenta mutilar a la encina. Por las alturas, huérfanos de veletas, libres de obstáculo, parecen aumentar su furia las acometidas del vendaval; en aparente competición de olimpiada provocan un salto estacional, desobedeciendo calendarios, anticipando martirios del invierno.

Es pertinaz el norte durante largo tiempo, apenas sin sosiegos; peina con violencia el monte bajo, zarandea al árbol y enmudecen los cielos para dejar oír tan sólo las quejas de su tremendo manotazo. El sur y el levante son vientos engañosos y traidores, pensamos que, por la dirección en que vienen, debieran traer jirones perdidos de cálidas brisas marinas, y nos desconcierta su hoz heladora. Sólo el poniente, en tregua del norte azotador, parece traer sudarios de ternura, compensadoras caricias. El invierno extiende en las

alturas escarcheras alfombras, encristala el riscal y pone en el paisaje gesto de vidrios fieros.

Cuando llegan los vientos despejando cielos y desprende las últimas sayas otoñales, la sabina, desafiante y gemidora, parece recordar la tragedia del ramalón caído que, humillado y rastrero, conserva la vida agarrado a los senos del tronco, y que sucumbió ante algún vendaval apocalíptico, como desatado en disputa de enfurecidos dioses.

Embajadas del frío anuncian la nevada. De pronto despiertan en el cielo gestos de placidez, un alivio cálido siente la tierra, calla el viento y una cobertera de plomo translúcido parece cubrir toda la Sierra.

Serenamente comienza la nevada como un concilio de ángeles secretos que fueran desnudando su plumón. Deben sentirse estremecidos, en impaciente espera, los aljibes profundos de la entraña.

Se extienden túnicas sobre la aridez, bajo alboroz de pureza esconde lanzas el matorral, y los seres vivos, expectantes, inmóviles y atentos, permanecen en sus refugios clandestinos. Bajo la aparente mortaja debe sonreír la savia del árbol milenario que, en años de grandes nevadas, fue haciendo bandeja de su copa, doblegando retoños altos para acunar la nieve, volviendo después con las sequías a su parasolada arquitectura.

Hubo nevadas históricas sobre estos parajes, como la caída en 1944, que a punto estuvo de asfixiar la comarca con su tremendo cobertor, quedando campos y pueblos sepultados. Los fenómenos atmosféricos parecen a veces manejados por la mano de un diablo poderoso. Muchos días duró la nieve helada cubriendo la tierra, sobre sierras y llanuras.

Huyeron los animales propensos al nomadismo, y los sedentarios murieron o sucumbieron extenuados e indefensos frente al hambre de los predadores. En los altos de la Sierra sólo quedaron unos pocos pájaros que pudieron sobrevivir por escasos cobijos del riscal en que no pudo entrar la nieve. Vencida por el sol la nevada, una fiesta de agua por ramblas, barranquitos y fuentes, impulsó de nuevo un inicio o un continuar de vida, en aquel paro trágico de una sorprendida naturaleza. Aquello tuvo categoría de cataclismo, quedando el campo convaleciente por larga temporada, pero la nieve normalmente es mansa, nutridora de vida, y la tierra es dichosa en comuniones, y queda en las alturas la despensa del ventisquero, cual feliz bandera del paisaje.

Cuando luce el sol en vencimiento de invernada, al avanzar la tarde como jirón de nubes rotas, llegan las nieblas cual un prodigio de prestidigitador. ¿Por dónde han llegado? ¿En qué almacén de sorpresas fueron soltadas? Se extienden bajas y veloces y queda la Sierra como una isla, o como un barco que navegara por un cielo-mar de nitidez. Desde las cumbres se ven avanzar rápidas, cubriendo campos de labor, ovillando de blanco el almendral, borrando pueblos lejanos, hasta devorar todo el paisaje.

A veces quedan despejadas las bajuras y sólo en las cumbres empieza el juego de escondite. Al principio es blanda de mantilla cubriendo y descubriendo picachos, enredándose en las encinas, creciendo en densidad hasta ser despliegue de capotes entoldándolo todo.

La sabina, a veces tocada por tules nupciales, a veces ostentando cabellera cana, como queriendo denunciar su ancianidad, acaba por desaparecer.

Vence la prisa encubridora y el pastor o el cazador sorprendido se queda sin veredas, sin puntos cardinales. ¿Hacia dónde marchar? En el engaño de cualquier dirección puede acechar el tajo del peñascal, el oculto aliagar erizado. Los esfuerzos de los ojos del hombre sólo consiguen la visión de sus pies anclados a la tierra. Hay que emprender la aventura antes de que la absoluta oscuridad de la noche caiga sobre la Sierra amortajada.

Si se encuentra el rastro de una vereda... ¿qué dirección andarla? ¿A qué laberinto de cumbres puede conducir? Se puede tropezar con árboles o piedras familiares, pero parecerán elementos extraños, no orientadores dentro de su disfraz, desconectados de su paisaje. ¿Hasta dónde llevará la aventura? Llegan a la memoria unos versos de Alberti:

*Se equivocó la paloma,
se equivocaba,
pensó que el norte era el sur...*

En cumbres del verano hay días en que las lumbres del sol se enfurecen sobre las plantas agostadas, y los animales, ocultos en sus encames, tienen palpitations de asfixia.

El campesino, a pesar del descarro de los cielos, profetiza: *-Esta tarde habrá nubes-*. Vencido el día el cielo se aborrega y, como en auxilio de la tierra quemada, se densan las nubes, ennegrecen sus panzas, despliegan sus pirotecnias y sus resortes mágicos parecen descontrolados.

Desde finales de primavera a principios de otoño, en ocasiones, aparecen las nubes estivales, implacables, furiosas, y en las alturas serranas toma el espectáculo de su despliegue grandiosidad violenta, a veces trágica belleza de cataclismo.

Si llega el granizo con su crueldad de cilicios disparados contra animales y plantas, parece oírse en el transfondo de los cielos un rumor de protesta. Es queja del latido del gran corazón serrano ante las perforadas hojas y los heridos pájaros. Deja la granizada su nevada falsa sobre la tierra, en el peor de los gestos del cielo. Después sólo un silencio de perdida batalla.

Si la nubarrada desemboca sus cántaros y crece el aguacero, baja el agua desde las cumbres con sus furias de toro y laderas abajo, feroz y acrecentada, abre barranqueras, profundiza ramblizos, deja herido el semblante de solanas y umbrías, como arañado por una gigante y fabulosa rapaz de remotas edades de la tierra.

Se acrecienta y multiplica el vozarrón del trueno, desplegando sus ecos por el cobijo de los peñones, y los relámpagos establecen una bárbara fiesta de picacho en picacho. El rayo cae sobre el riscal y queda cortada la piedra viva como corta el cuchillo una tarta de natas, y el peñón desprendido, derrumbando la vegetación que encuentra a su paso, creciendo en velocidad por escarpadas pendientes, alcanza la llanura, quedando la blanca desnudez de la piedra herida, hasta que con líquenes y musgos le pone sus vendajes el tiempo. Las vértebras visibles del esqueleto de la Sierra tienen innumerables cicatrices del rayo.

El hombre, sorprendido en faenas de pastoreo o cacería, sólo puede sentarse sobre la tierra y refugiarse en sus pavores. Es inútil, sabina, tu cobijo; temerario e inútil, aunque a través de los tiempos parece has merecido el respeto del rayo. Como un árbol sagrado siempre has sobrevivido en las furias del cielo.

CORTIJO ROTO

HABLABA YO CON ÉL CUANDO VOLVÍA DE ALEMANIA. Regresaba en los trenes de emigración, en autocares desvencijados, vencido por desvelos y fatigas.

Cuando llegaba al pueblo, en donde había conseguido hacerse una pequeña casa con el ahorro de los primeros años en viaje a vendimias francesas, siempre buscaba un espacio abierto para contemplar la Sierra. A sus ojos, borrados ya paisajes y ciudades lejanas, llegaban los perfiles amados de la montaña, alzados en la lejanía como inmenso altar que renovaba recuerdo de sacrificios, también de regazo.

Pasados unos días, recuperado el sosiego, cumplido el cálido rito del encuentro con familiares y amigos, José emprendía aquella anual peregrinación a su pasado. Transitar el camino de tierra era como borrar una historia de asfaltos, y después, recuperando veredas perdidas, repasaba con gozo, también con dolor, etapas de niñez en cálido cobijo de la madre, de adolescencia en aprendizaje de vida y naturaleza, de juventud tallada en el esfuerzo, sin dar cabida a rebeldías.

Llegaba hasta el cortijo en derrumbe e iba reconstruyendo sus arquitecturas fracasadas en el abandono, mientras acariciaba ruinas. Se alzaba en el recuerdo la vivienda encalada, brotando por amparos las matas del geranio, alzándose por la chimenea un humo azul de plantas olorosas. En la cocina había olor a legumbres y panes recién cocidos, y por sus cornisas resurgía un friso de cerámicas multicolores.

De la majada cercana, construida sobre una superficie rocosa para no restar ni un solo palmo de tierra de labor, llegaba el ácido olor del ganado purificado por un viento suave que había peinado al tomillar, y se escuchaba el rumor en rescate de balido y cencerro. En feliz espejismo se alzaba la capilla del pozo, retornaban garruchas en un chirriar acallado por trinos y zureos, y salía el agua en el caldero como milagro permanente.

En aquel reconstruido escenario aparecía la figura del padre, serio y dominador, distribuyendo quehaceres entre los hijos, con el ejemplo de una honradez campesina que se manifestaba en el cumplimiento de la palabra,

en el sentimiento profundo de la hospitalidad, aún dentro de circunstancias de escasez y costumbres solitarias, y en aquel sabio armonizar de energías y ternuras. La madre, siempre amparadora, en incansable entrega, repartida y solícita en tareas de la casa, encubriendo descuidos, puliendo la caricia, manando sus pupilas resplandores con fuerza espiritual en una forja de hogar iluminado... Como agobiado por años y fatigas murió el padre y su muerte tuvo apariencia de sueño placentero, como cumplida etapa en su vocación de hombre que ya había transmitido naturales saberes y sudores. Años después murió la madre rodeada de su larga estirpe, de hijos y nietos dispersos por las circunstancias, pero unidos por un aliento familiar fortalecido en cada encuentro. José, en tramado de melancolías, unía el recuerdo de los padres a aquellos restos de cortijo roto, y al acudir a aquel lugar les rendía un homenaje organizado por el tirón de la sangre.

Era José el mayor de seis hermanos y recordaba el nacimiento de casi todos, los partos de la madre, en que el cortijo se llenaba de misterio en las esperas y parecía que hasta el campo estaba atento a aquel importante acontecer.

Cuando se aproximaba el momento decisivo, el padre aparejaba la mula y salía hacia el pueblo para volver con Anica *la Roqueta*, aquella mujer entendida que había recibido en sus manos, tras misteriosos manejos, a casi todos los niños nacidos en la Sierra. Recordaba José los partos que habían sido en meses de tiempo apacible, y en que, en veladas próximas al acontecimiento, a él le parecía que callaban los sonidos de la noche -los grillos, los búhos, los perros...- en espera del gran misterio repetido de la vida del hombre. Y recordaba el nacimiento de hermanos y hermanas en pleno invierno, en que de manera especial se cuidaba el calor de la casa alimentado por lumbres de leña de carrasca, y el padre nervioso salía a la puerta, llegaba hasta el espacio despejado de la era para otear los cielos, temiendo que una nevada cubriera veredas por donde traer la ayuda de Anica. Así fueron naciendo los hijos, creciendo en fuerzas para labores y pastoreos, formando alrededor del padre un familiar equipo organizado para merecer de la tierra el pan de cada día.

Un día apareció por el cortijo el maestro, aquel ser silencioso que -mucho después lo supo- había sido apartado de su hermosa labor por cosas de la guerra, y se ganaba la vida enseñando a leer a niños campesinos. En su itinerario por los cortijos serranos, llegaba una vez cada semana y allí pasaba un día y una noche, iniciando a los más pequeños durante el día, y esperando

la noche para la clase de los mayores, ya encerrado el ganado y en descanso de arados y hoces. Un día comprendió José la gran ventana que se le abría con el dominio de la lectura. Los libros del maestro hablaban de la diversidad del mundo, de lugares distantes, de otros modos de vida. Eran una luz para los sueños que ganaban paisajes más allá de las cumbres. Cuando subió a los más altos lugares de la Sierra y vislumbraba en la lejanía los contornos del mar cual cinta plateada por el sol, ya podía poner sobre aquel misterio del mar no conocido un relato de barcos y aventura.

Durante la infancia y adolescencia pocas veces había bajado José de la Sierra. Recordaba, de manera muy especial la primera vez que el padre lo había llevado al pueblo en día de mercado. Unos titiriteros vestidos de colores, con música de trompetas y panderos, recorrían las calles anunciando una función para las últimas horas del atardecer. El padre cedió a sus súplicas y se quedaron hasta la hora fijada. Los malabaristas, los payasos, las cabras amaestradas... Fue un acontecimiento dentro de su niñez aquella visión de circo pobre, una nueva magia que añadida a las magias sabidas de la naturaleza cambiante, en observación cotidiana. Después, ya en una juventud recién estrenada, el llamamiento al servicio militar fue primer desarraigo hacia un mundo absurdo, que no entendía: mala manera de iniciar otra vida procediendo de un ámbito ganado por la inocencia, de ir conociendo a una sociedad dada a prejuicios y perversidades. Pero aquella experiencia le valió para prevenirse y quedar inscrito en un peritaje de astucias, aunque conservando honradez y nobleza heredada.

Unos años después del regreso al cortijo, una sucesión de circunstancias inició la dispersión familiar. Casadas las hermanas, marcharon con sus maridos. La muerte del padre fue un decisivo acontecimiento. Los hermanos quisieron otros horizontes y fueron bajándose a los pueblos, intentando otros oficios hasta acabar en la emigración. La madre, con la tristeza disimulada de ver derrumbarse su mundo, acabó yéndose con las hijas hasta vivir unos años más, desposeída de su protagonismo fecundo, conservando tan sólo su capacidad de ternura, dentro de aquella adversidad que para otros era un mejorar de vida.

José se resistía a abandonar definitivamente el cortijo. Encontró el amor, casándose con una mujer serrana, de otro hogar en que iban ocurriendo los mismos cambios y dispersiones que en el suyo, siguiendo los dictados que imponía la vida. Se mantuvo en el cortijo algunos años, sintiéndose conti-

nuador del padre, y forzándose en el cumplimiento de faenas llegó a pensar que era posible resistir en el sacrificio y la felicidad, continuando un vivir que siguieron desde sus orígenes muchas generaciones de su estirpe. Pensaba que él no podría vivir sin ver crecer los trigos, sin oír el concierto de las perdices en cada amanecer, sin el viento aromado de cada primavera...

Empezaron a nacer los hijos y ya había muerto Anica, la mujer entendida que cooperaba con la naturaleza en los nacimientos. En cada parto habría que desplazarse casa de algún familiar del pueblo y recurrir a médicos y hospitales. El viejo maestro ya no recorría los cortijos, llevando su luz hasta un inicio de saberes... La mujer, también encariñada y feliz con la Sierra, empezó a pensar en la necesidad de la renuncia, y en largas veladas, al final de meditaciones dialogantes, se barajaban planes y proyectos para el abandono. Llegaron decisiones dolorosas. El cortijo quedó sólo. En un principio volvía José o algún hermano, encalaban su fachada, organizaban tejas arrancadas por el viento, regaban los geranios de la esquina... Volvían como a un templo que albergaba los recuerdos y el espíritu familiar. Al fin, sólo José regresaba todos los años atendiendo a una llamada inevitable, siguiendo a un proceso de ruinas que acrecentaban su melancolía.

Para abandonar el cortijo habían buscado un hogar en el pueblo y, tras breve experiencia jornalera, la amenaza del paro lo inició en los destierros del trabajo más allá de los Pirineos. Primero fueron las vendimias francesas, y después aquel contrato en la fábrica alemana, que aún mantenía, en sucesivas renovaciones, ocupándole casi el año completo.

En todo esto pensaba José sentado sobre un muro en derrumbe, acariciando piedras desprendidas, cuando ya caía la tarde. Comenzó una ligera correría por los alrededores, por cerros y barrancos próximos, oyó volar perdices, disfrutó del perfume de los tomillos rozados por sus pies y abrazó troncos de encina que habían amparado durante siglos a generaciones de ascendientes, según noticia dada por la memoria de sus mayores.

Próximo el ocaso, con un sol resuelto en hogueras que iniciaba su fuga por lejanas montañas del Poniente, buscó la vereda de retorno que llevaba hasta el camino ancho que lo llevaría hasta el pueblo. Nunca quiso acortar con el coche su caminar; necesitaba pisar la tierra, acariciar las matas a su paso, oír a la perdiz encelada y ya, abajo en los llanos, el canto de la calandria en vuelo inmóvil sobre su nido. Y al llegar la noche, cuando la luna le alumbraba la cinta blanca del camino, necesitaba recrear el pensamiento sobre

el paisaje en sombras, alargar los retazos de vida que regresaba la memoria, en repaso de un tiempo vivido con penas y alegrías hasta el actual estado de renuncia y bienestar, en la complacencia de los hijos que podían elegir su vida, incorporada su estirpe a una sociedad más justa, pero con un tirón de melancolías al buscar los restos de paraíso perdido, los recuerdos felices que brotaban entre los recuerdos amargos, como esa flor de las aliagas que surge esplendorosa en un cerco de espinas.

CARTA DE AMÉRICA

ÁRBOL AMPARADOR DE MI ESTIRPE. Yo hubiera querido encontrar un mensajero, un pájaro fiel con alas vencedoras y oceánicas para que atravesara continentes y, sin temor ni cansancio, te buscara en la Sierra y dejara entre tus ramas mi carta. Carta que es un suspiro largo y azul que podría leerte el viento en sus descansos del otoño.

Quise detener el vuelo de una bandada de pájaros que eran como un arco iris volador, en busca de un mensajero, y no me escucharon, quizá porque mi voz quedó tachada por músicas del agua o porque acudían presurosos a presenciar el nacimiento de un bosque.

Por eso, al llegar al labio infinito del océano se la he confiado al viento, por si es posible el milagro provocado por el impulso de un corazón en añoranzas, de que no naufrague, con la ayuda de las gaviotas y, de tanto volar, acabe en pájaro y encuentre una brújula celeste que lo oriente a la cumbre de tu Sierra, de nuestra Sierra.

Estoy en América y aquí, atravesando selvas y gigantescos ríos, frente al inacabable horizonte forestal, repasando postales de enramada, junto a un congreso de árboles ricos te he recordado. En Iguazú, por los altares del agua, en donde el agua se respira y se alza en salmos, te he recordado al escuchar una coral de arrullos en el abrazo de las copas altísimas del bosque, con el recuerdo del zureo de la torcaz que el verano pasado anidó entre tus ramas, aquel zureo hondo que me pareció tu propia voz o el rezo de la tierra pidiendo para ti redención de sequías. Por páramos mejicanos en que hay cactus con vocación de torre, bien organizados los aljibes de su entraña, altivos, desafiando al sol, en formación de ejército invencible, he recordado tus desvalimientos frente a la dura dentellada de la sed. Te he recordado bajo la flor colgante de los ceibos, por avenidas de ciudades a las que jacarandás en procesión les encendieron un gesto azul; por los deltas del Paraná, en donde la naturaleza enmarañada se organiza, alzándose como brazos de arcángel en danzas del aire; bajo los altos eucaliptos de la pampa húmeda, alzados cual catedrales preñadas de trinos..,

Me llegó la voz en oda de Pablo Neruda:

*“Yo escuché cuando azotan
el gigantesco
alerce,
el laurel alto de cuarenta metros
El hacha y la cintura
del hachero minúsculo
de pronto picotean
su estatura arrogante,
el hombre vence y cae
la columna de aroma,
tiembla la tierra, un trueno
sordo, un sollozo negro
de raíces, y entonces
una ola
de olores forestales
inundó mis sentidos”.*

Y te he soñado herida, oyendo el gemido de la Sierra y la bofetada feroz de las hachas, en el derrumbe de la majestad de verdes olorosos, borracho por aromas de sabia desatada de la madera, asomándome a un río y oyendo pasar, en mortaja de espuma, un largo funeral de árboles muertos...

Hablé de ti en un corro de hombres con mirada de bosque y sonrieron burlándose. Dijeron, no sé si será cierto, que, con unos seis mil años aún existe la ceiba de la Noche Triste, bajo la cual Hernán Cortés lloró su derrota, y la ceiba milenaria en que Cristóbal Colón amarró sus naves en Santo Domingo. Quizá mentían... Quizá la fantasía adornaba a veces la cultura del árbol. Ellos eran poetas tropicales de imaginación fácil. Hablaron de casos distantes, de los cuales yo tenía anterior noticia: de los brotes perennes de los olivos junto a los que oró Jesús en el huerto de Gesthsemaní, del laurel de Virgilio plantado por Petrarca junto a la tumba del poeta y desaparecido en una guerra del siglo XIX; del castaño de los cien caballos, capaz de cubrir con sus ramas a no recuerdo qué reina europea con su escolta de cien jinetes, en los nortes del Viejo Continente...

Yo, tímidamente, les hablé del ciprés de Silos cantado por el poeta Gerardo Diego; del laurel de la Reina de La Zubia, en Granada, bajo el que estuvo Isabel la Católica; del árbol de Guernica; del drago de Tenerife..., y de una legión de árboles anónimos repartidos por pueblos andaluces -olivos,

cipreses, caucarinas, araucarias, nogales, secoyas, pinsapos, encinas, robles...-; árboles exóticos e indígenas cuyo tronco había abrazado; algunos mutilados en una ancianidad gloriosa, otros en pujante juventud centenaria.

Los americanos del norte, siempre en altivez de privilegios, dijeron que tenían el árbol más alto del mundo: una secoya de ciento quince metros, y el más viejo del mundo: un pino de las Montañas Rocosas con más de cinco mil años. Yo, en breve viaje por aquellas tierras, sólo vi una naturaleza gloriosa reflejada en el Hudson, antes de ser espejo de rascacielos. Después de un peritaje por riberas de ríos, por jardines suntuosos, por bosques infinitos en donde se alzan muchos de los árboles ricos del mundo, he sentido, sabina de la Sierra, deseos de volver con urgencia para abrazar tu tronco, para ver el guiño de la luz entre tus ramas y acompañar tus desvalimientos, sintiendo mi corazón latir junto al silencio del corazón de tu madera.

Quizá ahora te vea más solitaria, achaparrada, en el mayor milagro de supervivencia a los martirios de la sed y de las hachas. Me dijo un campesino de Sierra Nevada, esa sierra granadina y almeriense que -al coronar tus cumbres- se ve en la lejanía como bandera blanca desplegada, que allí, de la entraña de hermanas tuyas siempre se modelaron castañuelas y violines. Me dijo un curandero, con cultura de hierbas medicinales, qué prodigios de salud podía dar tu corteza. No eres pobre, sabina. Dejé guirnaldas de mi juventud en tu ramaje. En las clausuras de la madera carmesí y olorosa tienes capacidad para la magia y la fiesta. No perderás el vuelo de mi verso, enjorazaré mi voz para nombrarte.

PUESTO DE ALBA Y QUINCE
hISTORIAS DE CAZA

(199-)

PUESTO DE ALBA

y quince historias de caza.



Julio Alfredo Egea

Puesto de alba y quince historias de caza, Almería, Gráficas Piquer, 1996.

INTRODUCCIÓN

PIENSO QUE LA CAZA ES ALGO TAN ÍNTIMAMENTE LIGADO AL SER HUMANO, DESDE SUS ORÍGENES, QUE CADA HOMBRE LLEVA ESA PASIÓN EN SU SANGRE, aunque causas ambientales o de circunstancias de la vida la mantengan dormida o definitivamente tachada. Yo, nacido dentro de una cultura cazadora, inmerso en el campo desde mi niñez, estaba destinado a ser cazador.

Como escritor nunca traté el tema en un libro completo; siempre por mis versos y prosas estuvieron los temas urgentes e inevitables de todo hombre: la muerte, la vida, Dios, la Naturaleza, la sociedad... Al cabo de los años he sentido por primera vez deseo de abordar este asunto pensando que le debía un pequeño tributo a una actividad que tanta felicidad me dio y a la cual dediqué muchas horas de mi vida. En cierto modo la dedicación de un tiempo a esta labor, enhebrando sugerencias y recuerdos, es seguir el disfrute cinegético.

Tuve la tentación de andarme por las alturas, ya que siempre fui curioso buscador de los testimonios históricos y culturales de la caza. Es importante investigar a través de la historia la evolución de un ejercicio que fue primero para el hombre esfuerzo imprescindible para su subsistencia, que en la Edad Media llegó a ser entrenamiento para la guerra, que se llenó de contenido poético en el periodo de sublimaciones del Renacimiento, fue privilegio aristocrático en cumbre de privilegios, recuperado derecho del pueblo con la Revolución Francesa, escape lúdico-deportivo en los tiempos modernos... Algo de todo eso fue para mí la caza, y aunque no haya sido, por ejemplo, entrenamiento para la guerra, sí, -traída a contextos modernos- ha podido servirme para evitar algún accidente de carretera, ya que al ser escuela en la educación de reflejos, el desarrollo excepcional de estos puede serme útil.

También es tentación la posibilidad de meterse en este tema a través de la literatura y el arte. Hay un largo recorrido de gozos en la contemplación de escenas cinegéticas plasmadas en el correr de los tiempos, en los testimonios del Arte: desde la pintura rupestre de la prehistoria, repartida por nuestros cobijos serranos, y unas amplias muestras por todo el mundo (etruscos,

egipcios, nativos de América...) hasta la obra de grandes pintores, repartida por todos los museos del mundo. También en literatura ocupó su importante parcela el arte venatorio, desde los versos de Homero u Horacio hasta la prosa prodigiosa del maestro Delibes. Sugerente panorama cultural para adentrarse por sus laberintos. De todo ello se ocuparán plumas más autorizadas. Yo sólo pretendo dejar un ramo de anécdotas -gozadas o sufridas- en homenaje a mis amigos cazadores.

La aproximación en un mismo libro de un relato de ficción junto a historias personales puede dar lugar a confusiones. Considero que son cosas que han de andar muy bien delimitadas en la obra de un escritor y el publicarlas en vecindad tiene por única razón la de recoger en un sólo texto mis escritos sobre el tema. Ello no quita para que la narración ficticia parezca vivida, por estar montada sobre andamiaje de realidades, y la descripción histórica sobre mi vivir cazador y sus entornos parezca a veces inventada. La magia de la naturaleza, junto a peripecias cinegéticas en que intervine la imaginación y otros recursos intelectuales del hombre, puede llevar al profano en el tema a la creencia de una falta de límites entre lo puramente imaginado y lo vivido. La caza es, sobre todo, apartarse temporalmente de la rutina de actividades del diario vivir, y en lo imprevisto está su encantamiento.

“Puesto de alba”, el relato ficticio basado en la caza de la perdiz con reclamo macho, es indudable que se sustenta sobre recuerdos de un tiempo glorioso de esta modalidad, que he vivido, y que se basaba en menos degeneración de la especie, en condiciones atmosféricas propicias y en la abundancia generalizada de perdices.

Siempre vi un paralelismo entre los comportamientos humanos y la actitud de estas aves -lujo del campo- en asuntos comunes: la defensa de territorios del amor, y es esa la realidad que intento reflejar en el relato. “Puesto de alba”, que tiene su cumbre de pasión en trágicos amaneceres, es un escrito antiguo que había quedado aislado e inédito, olvidado dentro de mi obra, como único trabajo sobre el tema, y que deseo permanezca en mi equipaje de cazador.

En “Historias de la caza” he huido de hacer estadística de logros y fracasos que el presunto lector-cazador puede imaginar y hacerlos suyos, queriendo dar prioridad a circunstancias personales, a retazos de autobiografía cazadora a veces enriquecida por intentos de recreación de un anecdotario que el tiempo ha depurado por los callejones de la memoria, pasando a un

segundo término resultados felices para dejar un protagonismo a situaciones, actitudes y escenas, a veces esperpénticas.

Antes que cazador soy amante de la hermosura del campo, como lo es todo buen cazador, y mucho me duele el rápido deterioro de estos últimos tiempos, por múltiples circunstancias casi siempre ajenas a la caza. Ojalá las generaciones futuras sean conservacionistas y cazadoras, de forma racional y apasionada, y actúen intentando recuperar y salvar las infinitas bellezas naturales, garantizando la existencia de una parte importante de la felicidad del mundo.

El autor

HISTORIAS DE LA CAZA

MIS TERRITORIOS

TODO CAZADOR QUE HA VIVIDO EN EL CAMPO DESDE SU NIÑEZ, y ha llegado a serlo por un proceso natural en que participan instintos atávicos y herencia de conductas familiares, tiene sus territorios íntimos con recuerdo de aprendizajes, anecdotario de gozos y derrotas, escenarios de personal historia cazadora en que árboles y piedras, cerros y cañadas, ramblas y fuentes, forman parte de un decorado vivo en que hasta el más humilde de los arbustos, del que hemos presenciado su desarrollo a través del tiempo, puede constituir un capítulo desplegado en peripecias sucesivas, en continuidad de temporadas, con lances diversos en torno a su capacidad de defensa y cobijo dentro del pulso de astucias manteniendo entre el animal y el hombre.

Todo cazador conoce su territorio como se conoce el cuerpo de la mujer amada: sus lunares, suavidades y tersuras, culminar de bellezas, umbrías y solanas propicias para el placer... Y no importa que a veces se hagan escapadas a territorios ajenos, con frecuencia más favorecidos que los propios; en el retorno, en el ejercicio continuado o la añoranza siempre habrá un sentimiento de patria, gozada y perdida, según los casos.

Todo pueblo es una escuela de cazadores, todo hombre de pueblo nace dentro de la cultura de la caza -la más vieja del mundo-, aunque algunos renuncien a sus gozos, fatigas y aprendizajes. En un repaso de recuerdos, desde parvularios a licenciaturas, cuánto lo aprendido. Fui pálido en una época en que dificultades y escasez de medios daban aliento primitivo a las etapas de la afición.

Mi primera memoria de la caza reproduce escenas en que ayudaba de niño a mi padre en la labor de recargar cartuchos. Viví un tiempo en que fabricación de pólvora y perdigones, tacos de papel de periódico, recarga de pistones, aprovechamiento sucesivo de las vainas de cartón, hasta que se rajaban definitivamente o salían a pedazos por los cañones de la escopeta,

todo era labor del cazador. Todo tenía su encanto: en las dificultades se iba forjando la ilusión.

Los desplazamientos -andando o en caballería- hacían que a partir de las últimas casas del pueblo empezara a conocerse el campo y se fueran estableciendo distinción de lugares y preferencias: tal ladera con aliagar en donde tiene querencia a encamarse la liebre, la corona serrana en donde se confía la perdiz, el collado angosto por el que decide rutas en su vuelo la torcaz, el barranquizo conejero...

Los descubrimientos del territorio, en los comienzos del cazador, son algo que sólo tiene un símil perfecto con el inicio de placeres en la conquista de una mujer.

Cuando ha sido largo el vivir y desplegamos nuestro equipaje de recuerdos, hay un prodigioso paisaje de conquistas, con protagonismo de árboles y piedras que vistieron disfraces de belleza ante nuestros ojos, en el crepúsculo y el amanecer de muchas jornadas.

Las puertas del campo

Mis primeros años de cazador fueron aquellos en que todas las puertas daban al campo y ninguna estaba cerrada. En mi pueblo almeriense, Chirivel, todos los terrenos eran libres y propicios, y nadie veía con malos ojos que cazaras en sus tierras. Las limitaciones, los linderos, eran puestos por la sensibilidad del cazador, teniendo en cuenta las circunstancias del vecino: en tal finca debe uno de cazar con el dueño, que es aficionado, o en tal otra debe uno de solicitar permiso por el simple hecho de “hacerse ver”, visitar el cortijo, etc., porque el dueño -en pocos casos- ampliaba a la caza sus fueros de propietario. El hecho de estar muy repartida la tierra, de no existir barreras delimitando clases sociales, el formar la gente del pueblo una verdadera comunidad de amigos, hacía que la caza fuese casi plenamente “rex pública”, que existiese una auténtica república cazadora, con derechos y deberes no legislados, pero forjados por la buena fe y la ética del cazador que, generalmente, conservaba noblezas primitivas.

El hombre de campo que vivía en cortijos era, en muchos casos, cazador circunstancial que, a la manera primitiva, cazaba con mesura para ampliar su dieta. El verdadero aficionado dedicaba sus ratos de ocio al ejercicio cinegético, con mayor entusiasmo por conseguir buenas “perchas”, pero nunca

con ánimos exterminadores. Había un autocontrol, una manera racional de enfrentarse con el campo. Estoy hablando de los tiempos de la posguerra, en que yo empecé a cazar.

Los campos de Chirivel, mi territorio casi exclusivo, no sufrieron malas consecuencias con motivo de la guerra civil, sino al contrario, disfrutaron de una larga veda de tres años en que se propagaron las especies sin sobresaltos ni mermas. Los tres años del conflicto estuvo mi pueblo en zona republicana, con la guerra lejos, y con los cazadores locales ausentes o preocupados por las circunstancias del momento, interesados en no sobresalir o hacer “ruido”. En completa tranquilidad y sin las circunstancias adversas que vendrían después (intensificación de la agricultura, facilidad en medios de transporte, uso y abuso de productos químicos, aparición de la mixomatosis...) el campo se convirtió en un paraíso. Mis inicios de cazador adolescente fueron gloriosos. Daba la sensación de estar estrenando el mundo.

Empecé a entrar en dominio de mi amplio territorio, fui descubriendo el campo variado, con sus poblaciones de caza menor. A la vega llegaba en abundancia la codorniz, anidando por alfalfares, bancales de patatas y maizales, siendo, llegado el verano, escenario propicio para el entrenamiento de perros. El volumen de las perchas dependía de la puntería y la voluntad del cazador. De vez en cuando algún conejo parecía jugar al escondite con los perros en la espesura de los panizos, hasta que conseguían hacerle asomar por algún ribazo despejado, por el pelado de un cornijal... En invierno, en aliciente de diversidad, cambiaba el panorama cinegético. Cuando se iba la última codorniz, en los umbrales del otoño, llegaba el primer zorzal. Los túrdidos (zorzales, estorninos, tordos...) de paso hacia tierras de olivar, hacían descanso entre bancales y bardas para tomar fuerzas con caracolillos y otras delicias. Los mirlos poblaban los zarzales de las ramblas. A lo largo de las acequias eran frecuentes las becacinas que alzaban su eléctrico vuelo en zig zag. Alguna misteriosa becada desbrozaban los perros de la humedad escondida de los tarayes. Las avefrías llegaban en bandos numerosos, en vuelo solemne, desconfiadas, en constante vigilancia de peligros. Tenían sus descuidos... También, muy raramente, se alzaba desde las balsas, para gozo supremo, algún pato azulón, quizá desviado de sus rutas habituales por violencias atmosféricas. Pasaban grandes bandadas de zuritas a partir del amanecer, de levante hacia poniente, en misterios de origen y destino, en vuelo bajo, buscando el amparo de las alamedas de la ramblas que divide la larga vega, en vencimiento de vientos adversos para el vuelo. En ciertas horas

se intensificaba el tiroteo y crecían las “perchas” de manera considerable. En invierno tenían los perros que adaptarse a las circunstancias y aprender nuevas técnicas para ser eficaces. La vega de Chirivel, prolongada y estrecha, extendida a lo largo de su rambla, que en realidad es un pequeño río, fue un lugar de privilegio en mis comienzos de cazador. A quinientos metros de mi casa podía empezar la cacería.

También estaban las mesetas, lomas y cañadas, de infinitos sitios mágicos: el Chaparral, ocupando unos diez kilómetros hasta límites con la provincia granadina, el Jalí, las Zenacas, el Frac, la Sierrecica, el Fraile, el Pinar... Cada lugar con características propias en que predominaba la liebre o el conejo o la perdiz..., en que había que seguir tácticas distintas según la orografía y la querencia de las especies. Se necesitaría hacer un gran libro para describir todos esos lugares de gozos y fatigas en que discurrió mi juventud, en largo peritaje de comunión con el campo, en pasión cazadora, en dominio y hermandad con cada paisaje. De estos lugares de las zonas bajas del término, el más visitado era el Chaparral, extensa zona de tierras llanas tapizadas de chaparros, en que predominaba la liebre y en que “aguantaba” la perdiz la llegada del perro.

En los nortes del pueblo, grandes llanuras cerealistas, desprovistas de monte, surcadas de barrancos, ofrecían otras opciones en las artes de la caza. Era el imperio de las alondras, y la calandria sólo interrumpía su concierto por los altos cielos con la llegada de los fríos. En todos los barrancos había conejos, grandes madrigueras en las que siempre, por la poca vegetación en la que esconderse, estaban encerrados. Había que cazarlos con hurón, sentir bajo los pies el sordo ruido de la huida y, como en parto de la tierra, verlos salir veloces, en astuto zig zag, presintiendo el peligro de la escopeta. En estas llanuras, en la pelada barbechera, también se encamaba la liebre en épocas propicias, sin excesivo frío o calor, y acudía la codorniz a los trigales cuando era buena la cosecha, y se mantenía en los rastros hasta bien entrado septiembre. Las ortegas, astutas, casi imposibles de alcanzar, alzaban el vuelo a distancia con un canto de alarma. Algunas tenían un descuido tras un altozano, en los pliegues de una barranquera o en los acechos de un aguadero. El sisón, de estancia intermitente, también era a veces sorprendido en un desnivel del terreno o amparado en una mancha de altas cardenchas, pudiendo uno sentir el gozo de conseguir casi un imposible.

Donde acaban las llanuras en suave declive, empieza la gran sierra, a unos cinco kilómetros del pueblo. Esta sierra es parte de una cordillera que se extiende en unos cincuenta kilómetros por este norte de las provincias almeriense y granadina. La sierra está partida frente a Chirivel y separada su gran mole por un estrecho valle y un puerto. A la derecha, según se sube, lleva el nombre de Sierra de María, ahora Parque Natural. A la izquierda está la Sierra de Orce o del Periate. Le dan nombre dos pueblos limítrofes, uno almeriense y el otro granadino.

La Sierra de María, con alturas que remontan los dos mil metros, es imperio de águilas reales, tiene umbrías forestales de alfaguara y dehesa, y por sus altos una “blanda” de tierra que se cultivaba, en donde, teniendo por lugar principal el Pozo Franco, abrevadero comunal, existen muchas fuente-cillas alimentadas por aljibes naturales que van perdiendo el agua acumulada en su acopio de nieves. Lugar ideal para esperar a la torcaz en verano y otoño. Tanto la Sierra de Orce como la de María, en la parte que corresponde al término de Chirivel, tienen características parecidas: escarpadas laderas en sus solanas, en donde encama con frecuencia la liebre; tierra de labor por sus pies y “blandas” por sus alturas, amparos que sirven de dormitorio al ganado ovino y, por lo tanto, tierra abonada que, al menor beso de humedad, conoce el esplendor de la hierba. Son ambas sierras muy perdiceras; poco aptas para la caza en mano o en ojeo, por sus muchos desniveles y accidentes, en donde es difícil llegar por segunda vez a un bando de perdices levantadas. Bravísima perdiz que nunca te espera, en rápida peonada hacia la altura. Lugar ideal para la caza del reclamo, con caras y amparos para todo viento, dando la oportunidad de poder elegir el lugar adecuado, de acuerdo con las condiciones atmosféricas del día. Llevo más de medio siglo, jaula a la espalda, escalando sus laderas, subiendo a sus picachos, buscando en cada umbral de primavera los puestos de piedra apropiados, levantados por antepasados remotos, animado siempre por un ininterrumpido canto de perdices. Escenarios supremos por donde discurrieron mis más felices días de cazador.

Por las espaldas de la Sierra de Orce, ya en término de aquel pueblo, está la Dehesa, lugar de denso chaparral que también entró dentro de mis dominios en aquellos tiempos de la posguerra. Lugar conejero, en donde, con partida de amigos o en solitario, siempre se llenaban los morrales y las aguaderas de las caballerías de conejos. No había que esperar días de fortuna; todos lo eran. Recuerdo en especial, como una fiesta por la memoria, las llegadas al Cerro del Trigo. Los podencos enloquecían sin saber a qué conejo

acudir. Ladridos y carreras, el monte bajo con calvas adecuadas, las grietas en la roca, el incesante tiroteo...

No hubo puertas cerradas en los campos de mi adolescencia cazadora, sólo senderos de espliego y tomillar en una tierra virgen, como de mundo recién creado.

Las sucursales granadinas

Mi bisabuelo Genaro era granadino y tenía unas fincas entre los términos de Cúllar y Orce, que heredaron mi padre y sus hermanos. Estaban situadas en plena Sierra del Periate, en los extremos del poniente de la misma sierra que avanzaba unos treinta kilómetros desde Chirivel hasta sus finales. La parte que correspondió a mi padre, en el reparto familiar, estaba en pleno corazón serrano y eran retazos de tres pequeñas fincas llamadas “La Morata”, “La Venta Cortaorejas” y el “Yunco”. El descubrimiento de aquel paraíso, en donde abundaban conejo, liebre y perdiz, fue gozoso para mí y para mi hermano Santiago, mi más fiel compañero en aventuras cinegéticas.

Salíamos de Chirivel por la carretera hacia Granada, en caballería o en bicicleta, en busca de aquel lugar que ampliaba nuestros territorios del gozo. Pasábamos por Las Vertientes, primer caserío granadino en límite de las dos provincias, cumbre de desniveles, desde donde las aguas toman caminos diferentes: hacia el poniente buscando el Guadalquivir y hacia el levante buscando al río Segura. En Las Vertientes dejábamos la carretera para tomar caminos hacia la sierra. Siempre era una aventura con finales felices. Desde las cumbres del Periate se dominaba todo el norte granadino: a lo lejos, la Sagra, con su altura de nieves, y próximas llanuras, en las que se encuentra Venta Micena, en cuyos campos hallarían los arqueólogos restos de un cráneo que por su antigüedad podía considerarse como un vestigio de las primeras pisadas del hombre sobre la tierra, y testimonios de que allí hubo lagunas y praderas, con animales de fábula, en otras edades del mundo. Por majadas y cortijos encontrábamos huellas de nuestros antepasados pastores, del quehacer ganadero de aquella rama de mi familia.

Al entrar aquella zona de la sierra dentro de planes forestales de la década de los cincuenta, y ser ello un inconveniente para continuar con el ganado lanar, mi padre vendió la finca al Estado y empleó el dinero en comprar Claví, en el término de Vélez Rubio, en límites con el de Chirivel. ¿Ganamos con el cambio, en relación con nuestra actividad cazadora?

Claví, a unos doce kilómetros de Chirivel, era una finca conocida porque su dueño, amigo de mi familia, que vivía en Madrid y raramente la visitaba, nos daba autorización para cazar. Tenía servicio de guardería y unas trescientas hectáreas de terreno boscoso -pinos y encinas-, abundante monte bajo y alguna tierra de labor por sus extremos e interiores. Las veces que acudimos mi hermano y yo a las invitaciones del dueño, como aquellas en que estuvimos solos, hubo ocasión de enterarnos de las excelencias del lugar, de la extraordinaria abundancia de perdices, conejos y liebres, así como de torcaz y tórtola en verano. A pesar de la altura y espesura del monte, que hacía que la mayoría de las piezas levantadas no fueran vistas, sólo oído su vuelo o el inicio de su carrera, se conseguían excelentes “perchas”. Eran tiempos en que, en compañía de mi hermano Santiago, cazaba de sol a sol, sin apenas descanso, por terreno difícil, en largas y apasionadas andaduras que nos llevaban casi hasta la extenuación. Tiempo de un campo sin puertas cerradas, de aprendizaje y disfrute frente a una naturaleza sin herida alguna.

Crepúsculo del paraíso

Avanzada la década de los sesenta, el espectacular desarrollo económico, en relación con tiempos anteriores, traería malas consecuencias para la caza. Bienvenidas circunstancias, adelantos y conquistas que mejoraban la vida de los hombres, pero había que pagar duros tributos, y para los cazadores que teníamos el privilegio de gozos primitivos empezaba un ocaso de paraíso.

Llegó una temporada en que, recién abierta la veda, arribó al pueblo un grupo de cazadores desconocidos. Venían de Dios sabe dónde, con automóviles potentes, atuendos lujosos y escopetas repetidoras. Traían mapas y anotaciones y se desplegaban por los campos con tácticas de batalla. A partir de entonces, cada fin de semana, venían más partidas; llegaban desde ciudades de Levante y hasta de tierras catalanas, quizás de lugares en que habían agotado la caza o en que no tenían fácil acceso a las fincas. La facilidad para desplazarse, la orientación dada por emigrantes que residían en sus lugares de origen, y otras circunstancias, dieron lugar a este fenómeno que amenazaba con el exterminio. Eran partidas muy organizadas, con gentes muy entrenadas en el manejo de la escopeta, pero sin amor al campo. Se levantaba una perdiz lejana y se descargaban sobre ella varias repetidoras. Algún plomo le haría morir lejos, sin ser cobrada. Fue mi descubrimiento de las escopetas de cinco tiros y empecé a odiarlas, de tal forma que nunca compré ninguna

y sigo cazando con mi humilde escopeta de cañones paralelos, unida a mi larga vida de cazador, en actitud quizá exagerada pero marcada por la falta de ética de aquellos “tiratiros”.

Esta invasión duró varios años, hasta que se fueron poniendo puertas al campo, se fueron acotando las fincas, y la caza, para muchos, fue adquiriendo un sentido comercial. Entonces se hicieron más estrechos mis territorios, limitándose a los cotos familiares: Claví, en el término de Vélez Rubio, y El Aljibe, en la confluencia de las sierras de Orce y María.

La perdiz, casi agotada por varios años de visitantes exterminadores, empezó a recuperarse lentamente, pero otros males para la caza iban llegando: el apocalipsis de la mixomatosis; la masiva plantación de almendros en las mesetas, que ahuyentarían para siempre a las aves propias de la estepa cerealista y que, al ser tratados los árboles con productos químicos, harían que murieran envenenados muchos animales; la mecanización del campo, con ruidos y trastornos ocasionados por tractores y cosechadoras; la conversión en tierra de labor, al disponer de potentes máquinas, de grandes extensiones de chaparral... Aquel paraíso amplio y exuberante que gocé en mi juventud cazadora, fue quedando reducido y pobre, aunque aún quedaban años para el disfrute de sus restos resistentes a sucumbir. Sentí alguna vez algo así como si yo y la tierra fuéramos paralelamente perdiendo atributos, hacia una vejez irremediable.

Un día, por las manchas de encinar del Aljibe y por el bosque de Claví, empezó a aparecer una especie nueva en mis amados territorios: el jabalí, con la perspectiva de una nueva pieza espectacular, pero colaborando de manera definitiva en la disminución de especies menores. Quizá estamos viviendo un cambio decisivo, asistiendo a una nueva edad de la tierra que tuvo muchas alternativas desde su infancia con dinosaurios. Quizá llegue el día en que sólo nos quede el jabalí y la torcaz y el consuelo de la parodia con la caza sembrada.

Hay que adaptarse a las circunstancias. En estos ocasos de la vida, en estos finales del siglo en que me ha tocado vivir, aún sigo en los amaneceres primaverales ascendiendo por las laderas de la Sierra de María, escopeta al hombro y perdigón, camino de las cumbres, atento al canto de llamada de las últimas perdices, o aprovecho residuos de juventud buscando lances emocionantes frente al jabalí por los encinares de los restos de mis paraísos.

Algo de rey destronado hay en mí, aunque conserve los mismos entusiasmos de mi juventud cazadora, y haga lo que hacía con veinte años, aunque más despacio... Empiezo a comprobar que el enamorado y el cazador, hasta que no afecten de forma decisiva los prólogos de la muerte, seguimos en el ejercicio gozoso del amor y la caza. Y cabe soñar que más allá de la muerte nos esperen los paraísos perdidos y podamos escuchar, entre la música de salmo de los ángeles, un canto de perdices.

INFANCIA CAZADORA

EL DESCUBRIMIENTO DEL CAMPO COMENZÓ EN MI PRIMERA INFANCIA, DE LA MANO DE MI PADRE HACIA LAS MESETAS QUE SE EXTENDÍAN HACIA LA SIERRA, en donde él tenía cultivo de cereal. Íbamos a ver la marcha del mulero en la barbechera, o a comprobar el crecimiento de los trigos, o a calcular la fecha para la siega de la cebada, según su madurez.

Las mesetas eran en cada primavera una fiesta de trinos y vuelos, y mi mayor dicha infantil era ir descubriendo a los pájaros, distinguiéndolos por la armonía de su canto o por el estilo de vencer los vientos. La población del cielo era numerosa; en toda su amplitud ejercían su reinado las aves. De asombro en asombro iba conociendo a las más grandes: el buitre leonado que siempre llegaba en bandadas, volando en círculos majestuosos, de no se sabe qué lejanías; la ortega arisca, que huía con violencia, con un canto de protesta al ser violada su intimidad; el alcaraván, corredor y mimético; la perdiz en custodia de su pollada; las zuritas en bandadas azules, buscando las últimas simientes por rastrojos renacidos. Pero era sobre los pájaros, gráciles, bellísimos, sobre los que empezaría a ejecutar mis ensayos de caza.

En las proximidades del pueblo, el ruiseñor ejercía su reinado sinfónico por los álamos alzados sobre las zarzamoras; jilgueros y chararices organizaban torneo de trinos por los olmedades; en colonización del alero y la cornisa el comadreo de los gorriones y el trampolín de los tejados, para lanzarse a tejer y destejer el aire aviones, vencejillos y golondrinas, seres emigrantes que volvían ejerciendo albañilerías. En las mesetas se establecía el imperio de las alondras: las totovías o cogujadas correteando a distancias familiares, buscando la atalaya de un torno para medir la presencia del hombre; las terreras, elegantes y minúsculas, como nacidas de los surcos, y las calandrias que se alzaban sobre los sembrados y remontaban cielo en busca de parcelas azules, altísimas, en donde abanicar el aire e inaugurar un amplio escenario para sus melodías sublimes.

También estaba la lavandera, mostrando su nerviosa elegancia en ribera de ramblas; la abubilla, desplegando el abanico bellísimo de su sombrero;

los abejarucos tachonando de sonidos el aire, y en labor troglodita por las terreras de arcilla; las pequeñas rapaces nocturnas jugando al escondite con el sol; las urracas astutas y traidoras; el alcaudón real, ladronzuelo y travieso, defendiendo sus despensas establecidas en el espino; los pardillos anidando en el aliagar... y un sin fin de pequeños pájaros: herrerillos, carbonerillos, carriceros, como crecidos desde un estado de mariposa.

Un mágico mundo con nombres propios, que a veces no eran los mismos que venían en aquellos textos con malas ilustraciones de viejas Historias Naturales, y que los niños, mis compañeros de aventura, pronunciaban con deleite de magia: churras, colorines, zarzalillas, correoras, engañapastores, cagastiles, chuchuecas, pajaricas de la nieve, riviblanca, chorlitos, chichi-panes...

Ladrón de nidos

Pronto emprendía frecuentes excursiones en solitario, en el descubrimiento de los nidos. Vigilaba a los pájaros transportando felices los materiales para su construcción: hojas secas, jirones de vellón perdido a las ovejas, cerdas de la cola de las bestias, plumas que se arrancaban los gallos en sus peleas, algodón de plantas serranas, raicillas, barro de las fuentes. Cada pareja de pájaros, en actividad febril, atenta a las consignas de la primavera, iba ejerciendo técnicas heredadas y consiguiendo la milagrosa perfección del nido. Fui descubriendo, con cautelas en mi intrusismo, con asombros ante la belleza, la policromía de los huevecillos, las etapas en que, una vez acabada la formación del nido, dando cumplimiento a una de las más bellas artesanías de la naturaleza, empezaba la puesta. Y pensé que sería maravilloso hacer una colección de huevos, robando del nido de cada pájaro uno; así seguiría su marcha la reproducción a la par que yo iba reuniendo mi tesoro.

Espiaba sus vuelos, sus repetidos viajes hacia un determinado árbol o arbusto, rendija en la pared o frondosa mata de cebada, en donde acababa encontrando el pequeño hogar forjado por las avechillas. Me convertí en un ladrón de nidos. Preparé una gran caja de latón, de esas que contenían la carne de membrillo de las meriendas, poniéndole un mullido lecho de algodones, y allí fui depositando mi botín lentamente, tras exploraciones y conquistas, en una labor para mí apasionante. Tuve casi llena la caja con huevecillos de diversos tamaños, formas y colores: redondos, ovalados, blancos, grises, azules, moteados de rojo, marrones, con pintas negras. Quedaba

horas contemplando aquel muestrario mágico, hasta que un día lo descubrió mi padre. Grande fue su enfado: se le transformó la cara en gestos de terror, seguramente tuvo la visión de la gran bandada de seres maravillosos que yo, inconscientemente, le había restado al campo, y después de gran regañera, en deseo de reparar daños, me propuso un proyecto imposible: -Llevarás a cada nido el huevo que has sacado. Llevé la caja al campo y llorando la vacié sobre la hierba, sintiéndome culpable de haber empobrecido la primavera.

La gran jaula

Ya niño grande, adiestrado en capturas por procedimientos tradicionales, heredados a través de generaciones en la historia cazadora del pueblo, también por ingeniosas y eficaces aportaciones personales, fui consiguiendo la posesión de los pájaros. Había por las cámaras altas, por los graneros de la casa de mi abuelo Juan, una pequeña habitación que había servido de palomar y que acondicioné para ir soltando el producto de mis habilidades. Puse en ventanas y piqueras tela metálica, la llené de frondosas ramas de álamo, hice distribución de comederos y bebederos y rotulé la puerta con grandes letras verdes: PAJARERÍA.

Poco a poco fui poblando la habitación de seres maravillosos, obediendo a un impulso innato, que me llevaba a enfebrecida actividad en las pasiones de la captura. Entraba en la habitación y me sentía dichoso: un pequeño arco iris se cruzaba de una pared a otra, formado por las alas multicolores de las avecillas que, al espantarse con mi presencia, volaban en bandada. Salía de la habitación y, recuperado el sosiego, se entrecruzaban trinos en un concierto delicioso. Pardillos, jilgueros, vederones, chamarices, terreras, totovías, gorriones, calandrias. Era como tener el campo en casa y parecían felices. Algunos acudían hasta mí cuando llegaba con provisiones de alpiste, cañamones y trigo candeal, o de saltamontes y grillos retenidos dentro de un canuto de caña, cogidos pacientemente en atención a los insectívoros. Pensaba que los redimía de las durezas invernales con frío y escasos alimentos, de las emigraciones forzosas, de las manos de otros niños más crueles, de sagaces alcotanes y cernícalos.

Encontré un nido de mochuelos entre las piedras amontonadas de un majano. Ya a punto de abandonar el nido cogí una de las crías, pensando enriquecer mi colección con aquel ser nocturno de grandes ojos curiosos y espantados. Por algún tiempo reinó la armonía, pero llegó la tragedia cuando

el mochuelo creció en malicias. Un día, al acercarme a la habitación, me extrañó el silencio; el bullicio de vuelos y trinos que siempre se oía a través de la puerta cerrada había cesado. Al entrar quedé aterrorizado: pájaros muertos por el suelo, destripados, decapitados, algunos en un lento agonizar. En algunos pequeños huecos que había en el techo de cañizo se habían refugiado jilgueros palpitando de terror. Una nubecilla de plumas arrancadas flotaba sobre las ramas de los álamos, en las cuales estaba el mochuelo inmóvil, de par en par los ojos placenteros.

Se acabó el gozo de los pájaros, para muchos la vida, víctimas de mi ignorancia al creer que había creado un mundo en que no podía romperse la armonía. El mochuelo, seguro culpable de aquella matanza al crecer en impulsos depredadores, aprovechando sus cualidades para actuar en la oscuridad, había convertido a la noche en una tragedia de cuchillos largos.

Lleno de furia, atrapé al mochuelo y retorciéndole el pescuezo se lo entregué a un gato que, como él, tenía los ojos fieros, y siempre andaba impaciente rondando la puerta de la gran jaula, excitado por los gorjeos del interior. Después, lleno de rabia, arranqué la tela metálica de las ventanas para que escaparan los pájaros que habían quedado escondidos, inmóviles por el miedo, recuperando el cielo que yo les había arrebatado.

Juegos de caza y libertad

Nunca fui partidario de los cepos, trampas de alambre con las que se cazaban gorriones, y en las cuales el pájaro, de no acudir rápidamente en su liberación, quedaba desnucado o se asfixiaba. En aquella economía de mis tiempos de niño, el trigo simbolizaba el bienestar y el campesino miraba con mirada torva al gorrion que le rodaba unos granos –violador de primeras espigas, ladronzuelo de era, campesino y ciudadano casi por todo el planeta- considerándolo como el delincuente de los pájaros, cuando en realidad sólo cobraba su modesto tributo de grano por una amplia labor contra los insectos. Este odio al pájaro, al gorrion familiar, era transmitido a los niños.

Tampoco era partidario de la red, con la cual, armada en cebaderos o abrevaderos, podían capturarse bandadas enteras, perdiéndose la emoción distribuida que proporcionaban otros sistemas. También se cazaban los gorriones, cuando en las grandes nevadas los acuciaba el hambre, con un garbillo alzado, sostenido por un palo del que se tiraba con una cuerda desde un escondite-observatorio, haciéndolo caer sobre los pájaros hambrientos

que habían perdido sus resortes de astucia para escapar, y en los temporales en que la tierra había quedado tapada, también tenía peligros el simpático gorrión al meterse en graneros o pajares por cualquier ventanuco que se cerraba accionado por una cuerda.

Yo tenía preferencia por la caza con liga, cuya práctica se pierde en la memoria de la humanidad. Ya la nombra el poeta griego Aristófanes como fundamental para el pajarero, y también Opiano en su “cinegética”, en la que habla de utilizarla para la caza de ruiseñores. Pero... ¿era posible mantener enjaulado al rey de los pájaros cantores o era para dar pie a esa monstruosa leyenda en que se utilizaban sus lenguas como manjar? Yo nunca conseguí mantener cautivo a un ruiseñor, y en mis experimentos siempre soltaba al gran cantor ante la perspectiva de que muriera de tristeza. Para mí el ruiseñor –rey de la armonía disfrazado con hábito franciscano- es un gran símbolo de amor a la libertad. Hablan los griegos de elaborar la liga con baya de muérdago o corteza de acebo, y en tiempos modernos se empezó a utilizar cierto tipo de caucho derretido, pero esto hacía que perdiera todo su encanto la elaboración. Yo siempre seguí el rito tradicional.

Por nuestras tierras no existe el muérdago, pero sí una planta cenicienta de flores amarillas que, cuando la condición de clima y humedad le son propicias, segrega por la raíz una sustancia lechosa que se endurece formando bolitas, y es conocida en algunos lugares como “mata de la liga”. Recurro al gran botánico alemán Gunther Kunkel, amigo y residente en mi comarca, y me dice: - Esa planta es la “*andryala ragusina*”, llamada estornudera en muchos lugares. La elaboración es como sigue: se arranca esta planta, que crece habitualmente por el cauce seco de las ramblas, operación que es corriente realizar estornudando, al llegarnos a la nariz un polvillo que desprende e incita a ello, y se toma de su raíz esa sustancia que aparece con tierra y piedrecillas adheridas, hasta juntar la cantidad precisa. Después se pica con un mazo o martillo sobre una superficie de madera, para que vaya desprendiendo las impurezas, hasta que adquiera elasticidad y coherencia y tome un aspecto pardo-oscuro característico. Se corta con una navaja en trozos pequeños y se pone sobre fuego lento, dentro de un cazo o bote de latón, añadiéndole un chorrito de aceite de oliva. Una vez puesto en el fuego hay que removerlo continuamente hasta que se derrita formando una masa viscosa y uniforme, sin dureza alguna. Previamente se prepara un manojo de esparto seco, en proporción con la cantidad de liga, cortándole las puntas y seleccionándolo para que sólo queden los elementos más fuertes. Ya sólo

hay que llenar los espartos con la masa pegajosa, con ayuda de un palito, y frotarlos entre sí hasta que queden untados, de forma uniforme, dejando un espacio limpio por la parte inferior, por donde el esparto estaba unido a la atocha por una especie de ganchito, para poder manejarlos sin mancharse. Hecho esto se envuelve la parte untada del manojo con un trozo de lienzo o de plástico, y ya está todo listo para su uso. Era un placer la preparación mientras la imaginación adelantaba alegrías del éxito.

Después, el sitio más indicado eran los charcos o los regatillos de agua de las ramblas, y el tiempo más propicio agosto y septiembre, por el calor que incita a beber y por haber realizado ya los pájaros sus crías. Si la extensión ocupada por el agua era mucha, había que cubrirla con ramas frondosas hasta dejar sólo descubierta la superficie precisa para colocar la liga.

A mí me gustaba empezar la tarea al amanecer. Los espartos se iban colocando de uno en uno, inclinados en arco a todo lo largo de la orilla del agua, hincando su extremo limpio en la tierra, calculando su inclinación para que quedara el espacio justo entre el borde de tierra y la varilla, para que al aproximarse el pájaro al agua pasara bajo ella y quedara pegado por la parte superior de las alas.

Esperaba a una distancia conveniente, a la sombra de un árbol, con la jaula preparada. Iban llegando los pájaros. Algunos astutos, desconfiados, conseguían burlar la barrera y por cualquier huequecito no peligroso beber agua y volar con júbilo, como conscientes del peligro vencido. Otros llegaban confiados corriendo hasta el agua, quizá ciegos por la sed, hasta quedar apresados por el esparto. Entonces había que acudir corriendo y desligarlo del engaño con mucha delicadeza, para que no estropearan las plumas, sobre todo las de algunas especies cuyas alas eran frágiles, casi de mariposa, como las del herrerillo o el cañicero. Toda clase de pájaros iba llenando la jaula. A veces llegaba una urraca o un arrendajo y causaba un destrozo en todo el sistema, logrando huir con espartos pegados a su cuerpo, lanzando gritos de alarma, venciendo con su fuerza al engaño. Había que recomponer todo el cerco con espartos en reserva, preparados para el caso.

Acabada la sesión se recogía todo el tinglado, limpiando muy bien las márgenes para que, perdido el temor, volvieran confiadas las aves. ¿Qué hacer con la caza conseguida? ¿Para qué aquella actividad apasionante? Pensaba con horror en hombres desconocidos, que venían de otros lugares y ponían sus redes en fuentecillas de la sierra, en donde acudían los pardillos en ban-

dada, y les daban muerte llenando sacos, para venderlos, según dicen, por tabernas de las ciudades.

En el descubrimiento de la naturaleza, de manera intuitiva, yo iba aprendiendo que el hombre era el rey, y tenía que aprovechar racionalmente sus dones. ¿Cómo pensar que la belleza de la abubilla, del abejaruco, de cualquier pajarillo cantor, no sería estéril si acababa en la sartén? Los pájaros estaban diseñados para gozo de otros sentidos, y muchos cazadores de pájaros quizá los cazábamos queriendo añadir al disfrute de la vista y el oído el placer del tacto. Quien de niño no ha sentido en sus manos palpitar a los pájaros, quien no ha sentido en la piel los latidos acelerados de sus pequeños corazones, quizá nunca pueda llegar a amarlos profundamente. Reconozco que en el caso de los gorriones pesaba sobre mí la maldición campesina y algunos me he comido fritos, aunque pasado el tiempo también aprendí a respetarlos. ¿Por qué aquella pasión cazadora? ¿Quizá por un instintivo deseo de dominar la naturaleza, en la cual siempre me sentí integrado, por dominar el vuelo...? En mis tiempos de niño los campos en que cazaba estaban llenos de pájaros, aún no se habían inventado herbicidas, insecticidas y otras desgracias que han ido mermándole alegrías al cielo, cuando no causando un total exterminio. Los niños de mi pueblo, ahora, en general muestran su indiferencia por los pájaros y ocupan sus ocios entre televisiones y videojuegos, y mucho me temo que no les preocupe su cotidiano envenenamiento.

Después de una cacería pajarera, el gozo mayor era ir soltándolos. Desde el trampolín de la mano volaban al cielo las alondras como descubriéndolo, con un gorjeo feliz de libertad recuperada, y el ruiseñor buscaba desconcertado la fronda de los saúcos, y el herrerillo ascendía hasta el pino, trazando lanzadas azules en el viento. En la jaula sólo quedaba como tributo algún jilguero joven con apariencia de ser macho o algún chamariz de torso amarillo, en el deseo de acercar a nuestra vida su música de chirimía.

Este acto de devolver la libertad a los pájaros, final de aquel juego de travesura, quedó un día de recuerdos y ensoñaciones plasmado en un poema:

Cazarlo era distinto, desplegabas astucias
 y de pronto tenías palpitando en tu mano
 todo el campo, y era
 como una vieja magia el dominio del vuelo.
 Pero después, despacio, cuando af ojado el pulso
 se iban desentendiendo los dedos y ponían

el trampolín del tacto desplegado, la huida
era una f esta, cual
la primera conquista de los aires,
y un canto breve el pájaro, como una urgente risa
lanzaba clausurando la etapa de los sustos.
La mano, esa tenaza de dominio sentía
ganados privilegios, era materia de ave,
podía en cualquier instante terminar arrullada
por palomas o alzarse disociada del brazo.
Yo entonces para siempre descubriría
la plural estructura de las jaulas.

CAZA ANDALUZA

MUCHOS OPINAN QUE PUDIERON SER LOS ÁRABES ANDALUCES LOS INVENTORES DE LA CAZA DE LA PERDIZ CON RECLAMO. Eran pacientes, grandes observadores de la naturaleza, sibaritas muy refinados..., y con tales cualidades no es de extrañar que cayeran en la cuenta de las posibilidades de gozo que el adiestramiento en ella podría traer consigo: presenciar los torneos bellísimos del campo, gozar con sosiego de su contemplación, capturar perdices con las artes de que disponían en aquellos tiempos, gozar con su carne cocinada en delicado aprovechamiento de hierbas aromáticas... Todo parece indicar que aquellos antecesores nuestros, sensuales, soñadores, que hacían casi una mística del gozo de los sentidos, pudieran ser los primeros cuquilleros.

Claro está que no hay nada escrito sobre el particular, y que esta caza no pudo practicarse como se practica hasta la llegada de las armas de fuego modernas, aunque en principio se utilizaran retacos o espingargas de engorroso manejo. También me lleva a pensar que la caza con reclamo es andaluza en sus orígenes la raigambre y práctica extendida que tiene en nuestra tierra andaluza, contagiándose a comunidades limítrofes -Levante, Extremadura, La Mancha- y a algún lugar al que la llevaron los emigrantes, como Mallorca.

Esto no quiere decir que no haya aficionados por otras regiones, pero siempre como cosa excepcional y no generalizada. Supongo habrá influido para esto el clima del Sur, el adelanto de primaveras que sólo son plenas por nuestros campos, en lento transcurso del invierno hacia el verano, aunque también tengamos altos territorios en que se pasa del hielo al sol abrasador, los dos extremos no propicios para la manifestación del celo.

Ya por Navidad, en las puertas de enero, los años en que el invierno empieza a agachar las orejas, hay por nuestros pueblos y cortijos un canto continuado de perdices. En las pobres fachadas deslumbrantes de cal, en el interior de lujosos patios, por la altivez de las azoteas y la humildad de los corrales, hay un encendimiento de cantos, de reclamos que inician su música creciente, desde la timidez al apasionamiento, creando un clima de

impaciencia ante la proximidad de la aventura. En los sosiegos navideños se junta el reclamo de perdices al despertar de las guitarras, y en las pausas del baile, por tabernas y carasoles de los pueblos, en un final de costumbres que se nos pierden, los hombres hablan apasionadamente de sus reclamos iniciando una conversación que se irá enriqueciendo en el transcurso de los días, sin pausa hasta casi entrado el verano, ya acabada la temporada, con fases de planteamiento, nudo y desenlace, como en las comedias clásicas. ¿Cómo no entrar dentro del juego apasionante? ¿Cómo habitando este clima cazador no quedar prendido en sus encantos y acabar colgándose la jaula y lanzándose al monte? Una vez enganchado será imposible la rehabilitación; un tirón en la sangre te pondrá en cada umbral de primavera camino del puesto. Esos cazadores desdeñosos, en la exclusividad de otras modalidades más aceptadas, que regañones ven con malos ojos al aficionado, pueden hacer la prueba; si tienen una jornada de suerte se enterarán del gancho formidable que los ha atrapado. Mejor que no prueben, que no caigan en la tentación, pues se evitarán muchos tormentos, entre otros el de la contemplación de un esplendoroso día y pensar que no pueden aprovecharlo por no coincidir con las fechas de su proyecto de ocios, y tener que permanecer en las ocupaciones cotidianas.

“A las perdices las mata el tiempo”, dicen en mi pueblo refiriéndose, claro está, a las propicias condiciones atmosféricas. Algunas temporadas parecen sufrir los cazadores maldición divina, al repetirse días desapacibles, haciendo buen tiempo en los laborables, entrando tentaciones de abandonar tareas y deberes, en impulsos similares al de una ciega obediencia al vicio. Hay que desentenderse y sufrir.

La caza de la perdiz con reclamo, como los toros, como la copla, está dentro de nuestra cultura, desde las raíces de nuestro ser, y su afición es algo que crece de forma natural en nosotros, cazadores del Sur. Esos cazadores distantes, que no comprenden, pensarían como nosotros si hubieran nacido por nuestra tierra, trabada la nana a un canto de perdices, con historia de estirpe cuquillera, con herencia de sueños no cumplidos y un relato de gozos en promesa.

Los detractores

Quizá la más antigua mención que se hace de esta caza, de manera despreciativa, se encuentra en “el Quijote”. El hidalgo manchego, en su

encuentro con el Caballero del Verde Gabán (¿no sería verde por motivos de camuflaje cazador?) le dice: “*Váyase vuesa merced, señor hidalgo, con su perdigón manso y su hurón atrevido, y deje a cada uno hacer su oficio...*” La mención de Cervantes, aparte de darnos una pista de esta caza en el tiempo, puede servir de punto de partida en el historial de ofensas a su ejercicio.

Don José Ortega y Gasset, en el prólogo al libro *Veinte años de caza mayor*, del conde de Yebes, comenta, entre bellísimas y acertadas consideraciones sobre la actividad cinegética, este pasaje de la gran novela, y dice: “*Es ésta la especie menos gloriosa de la caza y se comprende que don Quijote poco después, en movimiento de impaciencia, menospreciase ambas bestezuelas...*” Don José sólo hablaba de oídas y leídas, nunca estuvo metido en un tollo, y don Quijote, que tampoco fue cazador de reclamo, sólo pretendía hacer una comparanza para resaltar su heroísmo frente a un león africano escapado de un circo, que la buena suerte le trajo hasta la llanura manchega. Lo que menos me gusta es que se meta en el mismo saco perdigón y hurón, dos animales que hacen tan malas ligas, aparte de considerar al huroneo eminentemente “chichanguero”, aunque confieso haberlo practicado habitualmente en épocas doradas del conejo.

La única conclusión que podemos sacar los cazadores del reclamo, de todo esto, es que en el Caballero del Verde Gabán tenemos un padrino histórico, aunque no un patrón, por su dudosa santidad y por tener suficiente patronazgo con San Humberto, del que, hasta ahora, no tenemos noticias de aversiones cuquilleras.

Don José Jara Ortega fue un excelente cazador que publicó por los años cincuenta uno de los pocos libros escritos sobre el asunto. Tuvo la ocurrencia de pedir un prólogo para su libro al conde de Romanones. ¿Cómo se le ocurrió a ese hombre tal cosa? El noble señor contestó con una lacónica carta en la que decía haber sido aficionado, pero haber aborrecido tal caza por considerarla infame. Tengo duda sobre lo sincera que pueda ser la declaración del conde al confesarse aficionado arrepentido. ¿Cómo imaginarse a un conde en cuclillas, tirado bajo un chaparro, tapizado por la escarcha del alba? Tengo la idea tópica del noble cazador en faenas de montería, con ayuda de secretarios, escoltado por servidores propensos a la alabanza. Conozco hazañas y aventuras del famoso conde y reconozco que se salía de las normas de su clase, pero... ¿cómo pudo aficionarse a una actividad tan solitaria y sufrida? Sospecho que lo que en realidad le pasaba es que veía

enemigos en los cazadores de jaula, capaces de mermarle perdices para el ¡pim, pam, pum! de los ojeos.

También otros cazadores gloriosos, a los que admiro profundamente, no perdieron ocasión para atacar al cazador de jaula. Quisiera haberlos visto nacidos en mi tierra. Muchos de ellos debieron influir en políticos y legisladores para que durante siglos se haya mantenido esta actividad fuera de ley. Quién sabe si en tiempos actuales, en el afán de uniformarnos a la europea, no volveremos a las pasadas, y tengamos que volver al furtivismo, cazando en huída, a salto de mata. Igual puede pasar con las corridas de toros, dos actividades muy distintas, pero que tienen en común ser eminentemente españolas, encerrar originalidad y belleza, y basarse en dos animales únicos: el toro bravo y la perdiz brava de España. Nada ni nadie podrá con estas aficiones hispanas de coso y tollo.

Escabechina

Habiendo prometido a dos queridos amigos, Rafael Guillén y Francisco Izquierdo, excelentes escritores granadinos, comernos unas perdices en mi casa, llegó el día señalado y me encontré desprovisto de las sabrosas aves. Estábamos en plena temporada pero las condiciones atmosféricas no eran buenas, con falta de celo, y esto se agravaba por haber pasado el tiempo probando reclamos, ya que no tenía ninguno de garantía, por haberse muerto el mejor. En estas circunstancias se presentaron los amigos, y en el pueblo no podía encontrar perdices muertas que pudieran ser cedidas o vendidas por alguno de los numerosos aficionados, con lo cual se hacía difícil el cumplimiento de la promesa.

Tenía cuatro pollos ya probados, con los cuales había perdido toda esperanza y, ante la urgencia del caso y lo delicado de la situación, pensé matarlos y salir del apuro. Así lo hice, lleve a cabo la escabechina y Patricia, mi mujer, hizo un escabeche como para chuparse los dedos, comprobando que los animales no habían perdido sus buenos sabores a pesar de su vida en cautividad. ¿Tendría lugar el nacimiento de la palabra escabechina, equivalente a no dejar títere con cabeza, en una similar circunstancia? La feliz solución prueba una de las ventajas que tiene esta caza sobre otras modalidades. Ni el cazador de perro, ni el cetrero, ni el huronero, pueden en caso de apuro comerse a los animales con los que caza; esto es privilegio del cuquillero.

Anécdotas aparte, saltando hacia argumentos antípodas, hemos de considerar que esta es una caza romántica, si consideramos al romanticismo en su aspecto de dar mucho y esperar poco, en el polo opuesto, con todos los respetos, a la caza en ojeo.

Sólo he estado en un ojeo organizado por expertos, en tierras granadinas visitadas por reyes a través de la historia, para ejercer esa modalidad; por donde los ingleses tienen una gran finca, donada al duque de Wellington por sus actuaciones en nuestra guerra de la Independencia, por lo cual han cazado en ella perdices los príncipes de Gales, en descanso de sus cacerías de tigres de Bengala.

Allí había muchas perdices en un campo dulce, poco accidentado, y fueron espantadas minuciosamente, golpeando con un palo latas vacías, por una legión de hombres reclutados entre los del “paro” de los pueblos vecinos. Las perdices nos entraban locas y yo, acostumbrado a cazar al salto y en mano, fallé muchas hasta que les tomé el manejillo y conseguí derribar siete. Me pareció estar en diversiones de feria, en la caseta de tiro al blanco. Al concluir aquella cacería pude contemplar el montón mayor de perdices muertas que había visto en mi vida: en una mañana se mataron más que conseguíamos la multitud de cazadores de reclamo, de mi pueblo, al cabo de una temporada.

Al recogernos al cortijo de la finca, llegó un hombre, aparecido de repente por entre los olivos; perdigón a la espalda, escopeta enfundada y una sola perdiz campaneando colgada de los ganchos. Era un viejo guarda jurado, ya en gozo de jubilación, y había estado de puesto en los linderos de la finca, recibiendo de nuestra guerra la limosna de aquella perdiz solitaria. La felicidad de aquel cazador de una sola pieza, que hablaba excelencias de su reclamo, era mucho mayor que la satisfacción de toda nuestra partida. Deben meditar los detractores en que, aparte de las pocas piezas que se le restan al campo, algo especial ha de tener una caza que apasiona tanto, sin que medien alardes deportivos ni consecución de trofeos.

BARAJA DE RECLAMOS

EN MI LARGA VIDA DE CAZADOR DE JAULA HE SENTIDO SOBRE MIS ESPALDAS EL PESO LEVE, EQUIPAJE DE ILUSIONES, DE MUCHOS PÁJAROS DE PERDIZ. El perdigón ideal es difícil de encontrar, pero siempre soñamos los aficionados al reclamo con encontrar el que se aproxima al soñado, sin fallo posible en las sabidurías del canto y en las reglas eficaces del comportamiento. Por eso son momentos dichosos de esperanza aquellos en que el cazador se encamina al campo para probar un pollo en la confianza de sus apariencias. Después... , o quedan aplazadas las esperanzas en espera de madurez del celo o, en caso de un resultado positivo, los logros son sublimados por la imaginación, remontados por la fantasía. Saben los aficionados de las dificultades del hallazgo, que en cierto modo nuestra elección es juego del azar; apostamos en la ruleta de la suerte, esperamos sus resultados como en una lotería. Pollos raptados a la pollada antes de adquirir las facultades del vuelo, dentro de un territorio de historia de buenos ejemplares; pollos capturados con las diversas artes tradicionales, en las adolescencias del otoño: plenitud de collar y primeras manifestaciones varoniles; pollos rebuscados por cotos y granjas con leyenda y fama... Ningún origen o procedimiento es señal de garantía. Cuando menos se espera se da el milagro y en los alrededores del tolo parece palpitar el corazón del campo, y la felicidad cazadora es total.

¿Por qué es tan difícil encontrar a ese animal prodigioso, tan raro entre los de su especie? La diferencia de carácter, la forma de ser, las cualidades físicas, y me atrevería decir que sentimentales, son muy variadas; en cada individuo se dan de una manera personal, valga el uso de palabras aplicadas siempre al hombre y sus circunstancias. No hay dos perdices iguales sobre el mundo como no hay dos personas iguales, y esto debe extrañar a los que tengan de los animales un conocimiento superficial o distanciado.

Vemos de manera sobresaliente esta cualidad diferenciadora en animales que, al igual que los reclamos, desarrollan una actividad junto al hombre, propensa a situaciones límite: perros, caballos, toros de lidia... Esa originalidad de comportamientos quizá esté atrofiada en algunos animales criados

en serie, en pérdida de sus potencias por anulación de reflejos naturales. Las perdices en poco pierden su manera de ser individual, aunque procedan de generaciones cautivas, quizá por herencias no borradas, por la enorme fuerza de los genes. No hay duda de que el despertar de instintos, ayudado por la extraordinaria agudeza de los sentidos, es algo que, en ciertas especies, se aproxima mucho a la racionalidad. El buen reclamo lo es porque obedece a una manera de ser y comportarse adecuada, formas que se potenciarán con la práctica y los buenos manejos del cazador, aunque éste poco puede hacer con un animal sin condiciones.

Por todo ello, el abanico de reclamos que cae en suerte, que ha pasado por las jaulas de casi todo viejo aficionado, en búsqueda del reclamo ideal, puede ser infinita. Veamos algunos casos más corrientes, tomados de mi propia experiencia.

El sordomudo

Quedó solo, instalado en el campo, auditorio y escenario abierto de par en par a su protagonismo. Oculto en el tolo esperé impaciente los resultados de aquella primera salida, observando por la tronera cualquier pequeño cambio de postura. Todo estaba en silencio, en un silencio denso y continuado como el que antecede a una gran nevada, aunque el frío no era intenso. El pollo, inmóvil y callado, más parecía pieza de souvenir, expuesta en vitrina de mesón manchego a la atención de cazadores turistas, que perdiz joven. De pronto un airecillo arrastró nubes y asomó el sol sus luces tímidas de primavera. Lo saludaron los pajarillos, y también las perdices, con cantos breves y aislados. -Ya canta, ya va a salir cantando...-, pensé. Nada, no cambió de postura en actitud indiferente, y esto con la agravante de que las campesinas habían intensificado sus cantos de llamada por cerros y sembrados próximos. Esperé una hora que se hizo infinita. Miré por última vez por la tronera y seguía inmóvil. Salté del tolo desesperado y al aproximarme para cubrirlo aún me asaltaron dudas de esperanza: ¿Estará enfermo? ¿Tendrá algún trastorno intestinal o alguna afección de garganta? Observo las piedras sobre las que ha descansado la jaula buscando muestras de diarrea justificadora. Acercó mi cara a los alambres queriendo notar alguna señal anormal en el pico o en los orificios de la nariz. Me mira con los ojillos redondos, espantados, como yo miraría a un extraterrestre llegado de pronto. -Paciencia, pensé, habrá que probarlo otro día...

A la semana siguiente volví a sacarlo al campo, sin muchas ilusiones. La tarde era propicia; una leve llovizna había mojado los tomillares y el sol, a intervalos, aparecía y hacía brillar al matorral mojado. Mientras caminaba hacia el puesto, mientras tapizaba con matas verdes su deterioro, cantaban las perdices a mi alrededor. Puse la jaula en el pulpillo, sobre un riscal, con grandes vistas y oído hacia lejanías. A mediana esperanza me metí en el tolo y empecé a comprobar la indiferencia persistente, su gesto inalterable. Vencida mi paciencia pensé salir del acecho, pero cantó un macho próximo y aguanté de nuevo. El montés cruzó la rasa y al advertir la presencia muda del enjaulado se arriesgó por el risco llegando hasta la jaula con carantoñas y desafíos. Siguió el pollo inmóvil y callado, como si no fuera con él, indiferente, con vocación de estatua. Quedaban derrumbadas mis esperanzas. Tuve la tentación de disparar sobre el visitante, pero me abstuve obedeciendo al código del cazador de jaula, en que lo menos importante es matar y nunca se debe hacer sin unas circunstancias de armonía.

Desapareció el campesino al no encontrar rival y apunté minuciosamente al pollo enjaulado. A punto estuve de apretar el gatillo, pero me asaltó una duda y un sentimiento de conmisericordia: -¿Será sordomudo?

El cobarde

Este pollo cantaba en la casa, se envalentonaba con los compañeros enjaulados, quizá porque los veía entre rejas, forzados a mantener distancias. Lo saqué al campo y pronto cambió de gestos y cantares. Empezada la sesión, estaba en el tanto erguido, atento, y ya había reclamado llamando al campo, como debe ser, cuando apareció el águila real oteando desde las alturas, planeando en círculos, y allí acabó todo: se agachó despacito y quedó aplastado en el fondo de la jaula, oculto por las piedras sujetadoras. Era natural que así pasara, la temible presencia de la rapaz dejaba mudo al campo, y él conservaba su herencia de temores.

La pincelada oscura de la sombra del águila trazaba círculos sobre los peñascos y el encinar. Pero cesó el peligro, desapareció el depredador hacia otros lugares, y el pollo seguía agachado, aunque de vez en cuando levantaba lentamente la cabeza para mirar al cielo. ¡Era demasiada prevención! Por fin, pasado un buen rato, decidió levantarse y lanzar un canto bajo, con desconfianzas. Después, poco a poco fue asegurándose y cantaba con valentía cuando llegaron las urracas, curiosas y juguetonas, hasta la enci-

na próxima al tanto. De nuevo se aplastó el pollo en el fondo de la jaula, desapareciendo de mi vista. Se perseguían los córvidos en vuelos cortos y conversaban en animado graznar con presagios nupciales. El pollo seguía oculto e inmóvil. Yo me desesperaba: -¡No es para tanto...! Así estuvo hasta mucho después, en que las colilargas desaparecieron por el monte, de árbol en árbol, como jugando al escondite. -¡Media tarde perdida! Por fin volvió a los cantos, contestando a lejanos desafíos, olvidando peligros, claramente envalentonado. El diálogo con el macho más próximo llevaba caminos de éxito: se acortaban distancias.

Al fin llegó arrogante, enroscado el plumaje, buscando al adversario. El pájaro enjaulado, al mismo verlo, volvió a agacharse como ante un depredador. El campesino buscaba al enemigo perdido, asombrado por su silencio. La hembra cantó al sentirse sola y pronto llegó junto al macho adelantado en la aventura. Recorrían los alrededores de la jaula como enloquecidos. -¿En dónde está...? ¿En dónde está...?, me parecía que comentaban en embuchadas de asombro. Empuñé la escopeta y apunté al collar del visitante.

No disparé. Me hice la ilusión de que el pollo se levantaba y empezaba a recibir con un suave saludo. No ocurrió así. Se fue la pareja, decepcionada, por donde había venido, y el pollo seguía escondido, sin reaccionar del susto. Me levanté furioso hacia la jaula: -¡cobarde! ¡más que cobarde! ¡nunca más volveré a traerte sobre mis espaldas!-, y le apliqué una terrible pena, aunque no exenta de atenuantes: lo llevé a casa y esperé a que le crecieran las plumas de las alas, para darle suelta en el campo. Se iban a justificar sus pavores, frente al águila y el zorro, junto a un acoso de machos valientes...

El pacifista

Bien empezó el pollo, rompiendo el silencio del monte, aceptando la llegada de las perdices, pero sonó el primer disparo y acabó todo... Saltaba con violencia amenazando con derribar la jaula del pulpítillo; levantaba la cabeza hasta la cúpula de alambre, "echándose copas", hasta quedar como mareado por unos momentos, en actitud distorsionada. Y mantenía un silencio de protesta desde que hacía su aparición la pólvora. Al cabo de un rato parecía recomponer su figura y cantaba, pero al aparecer una campesina volvía el silencio y la brega, como esperando un nuevo tiro. Huían las campesinas de su cercanía, alarmadas ante su actitud, comprobando que, al parecer, también quería huir el pájaro enjaulado. Así en un puesto y otro. -¡Es pájaro de

un solo tiro!, sentenció convencido. A veces parecía quedar tranquilo, pero empezaba a observar a la perdiz muerta al pie del pulpillo y un chasquido de protesta salía de su pico, sonoro y persistente, que hacía callar al campo. Al principio de cada espera parecía haber olvidado la faena del día anterior, pero en cuanto apretabas el gatillo volvía a las andadas.

No tenía arreglo, al fin había que abandonar toda esperanza de arrepentimiento. ¡Era un pacifista! Al salirme desesperado para ir a echarle la cobija, creía ver en sus ojos un cambiante brillo de odios hacia mi persona. Si piensan las perdices, como al parecer piensan de alguna manera, estaría pensando que soy un terrorista sin remedio.

Este pájaro nació para paloma pintada por Picasso, y de haber nacido muchacho habría sido insumiso, declarado objetor de conciencia.

El chulo

Desde que lo ponía en el tanto hacía alarde de su altanería, quizá de su reprimido donjuanismo. Cuchicheaba por alto, retador, sin prestar oído..., en monólogo que despertaba ecos enfurecidos por los altos serranos. Yo pensaba en perdices próximas, en huída, buscando como sombras la espesura del matorral. Machos en desconcierto, sintiéndose irremediamente expropiados de territorio, y hembras en desvalimiento, temiendo ser violadas por el intruso. ¡Así no había manera de pegar un tiro! -¡Suelto quisiera verte!, pensaba yo suponiendo que su bravuconería se sentía amparada por la trinchera de los alambres. No blandeaba, no sabía de pamplinas y melismas, no calculaba comportamientos que condujeran por caminos del éxito...; carecía de bridas y frenos el ascua viva de su corazón. Cuando en la casa cantaba horas enteras y yo intentaba serenarlo iniciando una caricia por entre los alambres, se lanzaba a la mano en picotazos certeros y heridores. ¡Así nos iban las cosas! Apenas vislumbrábamos la sombra en huída de alguna perdiz, y ya era lo bastante para que se embolinara en la jaula, presuntuoso y reñidor, espantando la caza.

Una tarde encontró la otra cara de su moneda. Era el día que lo sacaba por última vez, esperando un milagro. Estaba avanzado marzo y los pares ya se habían aposentado en su elegido territorio de cría, celosos de cualquier intrusismo. Comenzó el perdigón a prodigar sus acostumbradas bravatas cuando, entre una mancha de romeros, sonó un reclamo poderoso, ronco de rabia, como salido de una orza, definidor de posesiones. Quedó

extrañado el de la jaula al haber encontrado, al parecer, un digno rival y, después de desazonados movimientos, arremetió con nuevos bríos. No se amedrentó el campesino y ambos cantaban, como desentendidos el uno del otro pero firmes en su decisión de hacer callar, con cantos cruzados cual espadas gemelas. Llegó el campesino y cruzó el escenario, crecido, con aires de matón, buscando al rival que debía esconder entre la música del canto una letra de insultos. Llegó al tanganyillo y, llegando a la jaula, comenzó la lucha. Los alambres un poco claros favorecían la eficacia de los ataques. La escena quedó envuelta por nube de plumas arrancadas por la ferocidad de los picotazos. Empuñada la escopeta yo esperaba por la tronera un momento de pausa y separación que me permitiera disparar. Aquello iba en serio, no era un enfrentamiento de intimidaciones, parecía lucha a vida o muerte. Un surtidor de plumas quedaba flotando en el aire quieto. Se me nubló la vista y disparé. Quedó limpio el aire y pude comprobar que había matado a los dos luchadores. Estaba el campesino derrumbado sobre la jaula y el enjaulado yacía con las patas estiradas hacia la bóveda de alambres.

Solté una exclamación en voz alta que espantó a la hembra que debía andar de espectadora, escondida por las proximidades del tolo, aguardando el final de la batalla: -¡Botarate, navajero, con el garrón siempre afilado y predispuerto...! ¡Bien muerto estás, chulo de... cerro!

El cariñoso

Colgado del clavo se mostraba alegre y zalamero. Capiroteaba mis dedos junto a los alambres y salía dando de pie bajito, piñoneando con suavidad, como tirando besos. Me tenía loco de alegría, lleno de esperanzas, aunque algo hembraaba en los cantos; blanduras imprevistas y atipladas a veces se escapaban en los procesos del cuchicheo. En viaje hacia la sierra, en primera salida, lo monté en el asiento junto al mío y no cesó de cantar por el camino. Una vez en el campo, vereda adelante hacia el tolo, seguía en mi espalda soltando sus embuchadas zalameras. Una vez colocado, fue quitarle la cobija y siguió sus cantos hasta que desaparecí de su vista. Después cerró el pico haciendo caso omiso de las músicas del campo, como si no fuera con él, como si las perdices que oía fueran de otra raza, animales de otra especie. Se me escapó un conato de tos ahogada y el pájaro, enderezándose, advirtiendo mi oculta presencia comenzó a cantar. ¡Qué sorpresa! ¡Cantaba tan sólo para mí! Volvió al silencio y, entre curioso e indignado, hice la prueba de asomar

la cabeza por encima del tolo. Al mismo verme ya estaba cantando, y cesaba su canto cuando me ocultaba. Estaba enamorado de mí, no había lugar a dudas: todos sus intereses y afectos estaban destinados a mi persona.

Lejos de sentirme halagado por tal distinción, y viendo que no cambiaba de conducta, me levanté enfadado y fui a echarle la sayuela. Fue aproximarme y no cesaba en todo tipo de cantos y sonidos desgranados con dulzura. ¿Tendría este pájaro una extraña madera gay?

El cabal

Desde el principio fue así: siempre en justa medida la aceptación y el desafío, tratando de forma apropiada los requerimientos de cada campesina, hasta aproximarla al tiradero. ya de pollo cumplía a la perfección las reglas naturales que llevaban a buen término cada espera, siempre que dependiera de su comportamiento. Seductor e incansable, había que convencerse, cuando no se daba la reunión era por culpa del campo, por malas condiciones del celo, por defecto de las campesinas próximas.

Con los años fue creciendo en experiencia, desplegando recursos, actuando en cada caso de forma apropiada. Tierno y valiente, ardoroso y contenido... En muchos ciclos de celo, en muchos umbrales de primavera, colmó de gozos mi pasión cazadora. A veces me sentía frente a él como un humilde cómplice y otras me parecía un apéndice glorioso de mi ser cazador, porque habíamos crecido juntos en el conocimiento de la naturaleza vigilada día a día desde el observatorio de los tollos, porque había aprendido de él a presagiar heladas y soles decisivos en los cambios del campo, a partir del complejo universo de las perdices. Mediante él estaba asegurado el espectáculo natural, con matices de amor y muerte, como en los dramas clásicos del hombre y, por qué no decirlo, el epílogo del placer gastronómico, el escabeche con la hojita de laurel olorosa. Un día, quizá en acoso profundo de tormentos y placeres, dejó de latir su pequeño corazón de fuego.

Después, en búsqueda infinita, pasarían por mis pulpitillos muchos reclamos algo, o rematadamente, cobardes, chulos, cariñosos con mi persona, pacifistas, sordomudos... Aquel pájaro cabal quedó para siempre en los ensueños y en los gozos de la memoria cazadora.

A SALTO DE MATA (Recuerdos del furtivismo)

LOS VIEJOS CAZADORES DE LA PERDIZ CON RECLAMO HEMOS SIDO, NECESARIAMENTE, PROFESIONALES DEL FURTIVISMO, estando marginados y castigados por todas las leyes; los malditos de la clase cazadora.

En pragmática de Felipe II de 1522, se prohíbe dicha caza y la tenencia de perdigones, penándose la infracción con multa de seis mil maravedís y medio año de destierro. En tiempos posteriores hay un largo vacío legal sobre el asunto, mantenida la prohibición hasta una disposición de primeros de siglo que la autoriza sólo en vedados, es decir, en fincas en que se consideraba la actividad cinegética como fuente de producción primordial, con lo cual continuaba prohibida para la inmensa mayoría de los aficionados. Y es lástima que no se aficionaran a ella reyes y nobles, aunque quién sabe si algún monarca anduvo por los gozos de la furtividad del reclamo, aunque no por sus peligros. Digo que es lástima porque si se hubiera aceptado esta modalidad en las regias esferas, estaría lleno el Museo del Prado de perdices enjauladas, con el aporte de belleza que ello supondría. ¿Qué rey cuquillero no hubiera solicitado un retrato junto a su reclamo predilecto, con la pasión que esto genera, colgando de su mano un buen manojo de perdices muertas? Una ley de 1970, que empieza a aplicarse en 1971, (más vale tarde que nunca), sujeta a pago de licencias y cumplimiento de condiciones, enciende luz verde para esta caza.

Teniendo en cuenta el recuerdo que tengo de haber echado el primer puesto en solitario en 1940, pues antes de estas fechas iba acompañando a mi padre, me atrevo a declarar que durante treinta y un año transcurrió en el furtivismo mi vida cazadora, con toda una complicada historia de sobresaltos, fugas, disfraces, simulaciones, sobornos...que daría tema para escribir una obra con más páginas que “el Quijote”. Me limito a escribir este capítulo; sólo esbozo informativo para jóvenes aficionados.

Por los años en que empecé a cazar tres eran los objetivos primordiales para la Guardia Civil: los maquis huidos de nuestra guerra civil por casi to-

das las sierras peninsulares; los estraperlistas que especulaban con cualquier producto que escaseaba, y escaseaban todos, y los cazadores de perdiz con reclamo. Éramos la clase más favorecida de la lista negra, porque en muchos casos la Benemérita hacía la vista gorda y sólo actuaba en caso de escándalo manifiesto que podía comprometerla, o cuando en el cazador concurrían otros “adornos” de tipo político-social. Esto se complicaba, al menos en la provincia de Almería en que, por entonces y durante muchos años, para cazar un conejo, pongamos por ejemplo, era necesario afiliarse a Falange, pues sin este requisito no concedían permiso de armas. Por los años sesenta, ante el abandono de mi pueblo, decidí ser alcalde para resolver los servicios más urgentes de que carecíamos: luz, escuelas, alcantarillado, pavimentaciones... y, aparte de conseguir la salida de nuestro estado medieval, creo que, con mi continua protesta ante las autoridades provinciales, contribuí a que acabaran algunas cosas como ésta de relacionar las decisiones políticas de los vecinos con la caza del conejo, y pongo por ejemplo al lepórido porque los cuquilleros, de todas formas, seguiríamos estando fuera de la ley. Pero la “vista gorda” era manifiesta en ciertas demostraciones de que se practicaba este tipo de caza por una mayoría de vecinos. Por ejemplo, las calles del pueblo estaban llenas de reclamos enjaulados, colgados los jauleros en la cara soleada de las fachadas.

En los cortijos, cuando un grupo de amigos se iba a pasar unos días, cosa entonces muy corriente por la falta de vehículos para desplazarse con facilidad, siempre alguien avisaba la llegada de la guardia civil en misión de servicio, y se escondían escopetas y perdices muertas bajo los catres, quedando sólo a la vista cazadores y reclamos. La pareja comprobaba la situación, tomaba amigablemente un trago de vino de la bota ofrecida y, desentendida, continuaba su ruta. A pesar de todo esto, no convenía confiarse demasiado y era corriente tomar la precaución de entrar y salir del pueblo atravesando tierras de labor, con los aperos escondidos en las aguaderas de las bestias, esquivando la entrada por caminos que podían estar vigilados.

Durante algunas temporadas empeoraba la cosa, quizá por la llegada de algún jefe exigente en el cumplimiento de la ley, y había que reforzar las medidas de seguridad recurriendo a ingeniosos camuflajes y buscando lugares escondidos en que por lo quebrado de la orografía quedara amordazado el sonido de los disparos. La ventaja de aquellos tiempos es que podía elegir uno el momento propicio, según iba el año atmosférico, y no había que

ajustarse a unas fechas determinadas que no siempre son las más adecuadas, de acuerdo con el celo.

Entre los muchos disfraces y tapujos que utilizábamos los cazadores, recuerdo uno muy eficaz, al que recurrí en una de esas temporadas más inseguras. Tenía una motocicleta para trasladarme a los cazaderos y tuve la idea de meter la jaula dentro de la envoltura de plástico de una damajuana, de la que había sacado la bombona de cristal rompiéndola por el cuello, para que este asomara y poderla tapar con su tapón de corcho. Al verme pasar por el pueblo, a veces por delante de los guardias, con la garrafa atada en el portaequipaje de la moto, nadie podía sospechar que allí llevara el reclamo.

Una madrugada, cuando me dirigía al puesto de alba, me detuvo la pareja para preguntarme a dónde iba. Cuando acababa de darles no recuerdo que explicación inventada, el pollo que llevaba de prueba, que era algo huraño, empezó a saltar en la jaula haciendo un ruido sospechoso dentro de la envoltura de plástico. Arranqué con rapidez la moto y salí de estampida, como sorprendido atracador de Bancos, y los guardias, que eran nuevos en el pueblo y no me conocieron, debieron de pensar que estaba loco.

Legalizada la caza, y posteriormente autorizados los guardias a poder cazar en sus tiempos libres, han demostrado gran afición a las diversas modalidades, quizá porque andaban reprimidos en su ejercicio o por descender en su mayoría de padres campesinos y cazadores. Lo cierto es que cuando cazo con algunos amigos míos, aún yendo de paisanos, no puedo a veces evitar un inicio de sobresalto al pensar que son guardias civiles.

Cacerías en Granada

En mis tiempos de estudiante Universidad de Granada sólo cazaba en mi pueblo durante las vacaciones y, claro está, en el tiempo propicio para la caza del reclamo tenía pocas oportunidades, pues en los días de Semana Santa ya andaba muy pasado el celo. Por eso recibí con júbilo la invitación de Fernando Alcaina, hombre bastante mayor gran aficionado, que era amigo de mi familia por ser natural de Orce, de donde también procedían ascendientes cercanos de mi padre y en cuyas sierras yo cazaba con frecuencia. Era Fernando Alcaina portero de la Audiencia, y allí me citó de madrugada para irnos a echar el puesto de sol. Fui hasta el palacio renacentista del siglo XVI en que vivía, y ya estaba esperándome en la puerta. Antes de partir dijo que tenía que realizar unas prácticas necesarias con uno de los reclamos, porque

era muy “fuerte” y tenía que restarle ardores. Primero introdujo la jaula en un cubo de agua durante un buen rato, procurando dejar fuera la cabeza del perdigón; después abriendo la jaula le dio suelta en el gran patio. El pájaro daba saltos intentando ejercer el vuelo con sus alas cortadas, y acabó corriendo a gran velocidad por entre las columnas. Difícil nos fue poderlo coger para retornarlo a la jaula, y yo pensaba en que, trascurridas unas horas, aquel lugar que servía para extrañas maniobras en preparación de un acto delictivo, sería lugar frecuentado por magistrados y jueces de negras togas y por agentes de la autoridad, entre los que no faltarían guardias civiles, siempre presentes en aquel Palacio de Justicia. Empecé a sentir temores que manifesté a Fernando, el cual reía mucho y me contestaba: -Tú mantente a mi lado y no temas... Metimos en dos grandes sacos las jaulas, las escopetas y dos medias mantas, pues me prestaba arma y reclamo, y atravesamos la ciudad, desierta a aquellas horas, para tomar el tranvía de Sierra Nevada, ya desaparecido. Metimos los sacos bajo el asiento y nos sentamos en sus duras tablas. Fue llenándose el vehículo de gente, campesinos y excursionistas, y un grupo numeroso de Guardias Civiles a los que saludó mi amigo con mucha ceremonia, cruzándose expresivas sonrisas de complicidad. Campeaba por allí, según decían, un grupo de temibles maquis llamados *los Querros* y el movimiento de las fuerzas de orden era animado. Nos bajamos en las proximidades de la Lancha de Cenes, para cruzar el Genil y emprender la subida de unas lomas que se iniciaban en su misma ribera. El cauce del río se dilataba y perdían profundidad sus escasas aguas, pudiendo salvarlo por unas piedras pasaderas, predispuestas para el caso.

En la parada del tranvía había visto una nueva partida de civiles y, a pesar de las frases tranquilizadoras de Fernando, me iba pareciendo demasiado temeraria la aventura. Fernando estaba tranquilo y me decía: -Esos, con buscar a los rojos tienen bastante. Coronamos un cerro y me dejó frente a la carretera que sube a las alturas, por allí, paralela al río, en terrenos de repoblación forestal, en un tollo muy usado en apariencia, coloqué la jaula sobre un pequeño pino desbrozado, atada con la correa de los ganchos, mientras Fernando desaparecía hacia un lugar más elevado.

Yo desconfiaba del reclamo, pues era aquel al que había sometido a baños y corridas en el patio de la Audiencia, práctica que me pareció contraproducente, que podía provocar pulmonía o aumentar en el animal su carácter huraño. Fue grande mi sorpresa cuando inició un canto variado y armonioso, en contestación a un macho que pronto estuvo allí. Entró el campesino en

plaza con ademanes desafiantes y el de la jaula recibió “de pluma” con giros circulares de aceptación, aunque sin despegar el pico.

Quizá el recuerdo de guardias civiles próximos me tenía nervioso y tiré al macho con indecisión, no dándole de lleno. Voló herido hacia la altura, haciendo “torreta”, al parecer con plomo en la cabeza, y lo vi caer muerto en un bosquecillo de pinos próximo. Una inquietud nerviosa me hizo salir del tolo e ir en su busca, sin esperar las reacciones del reclamo. Pronto lo encontré, pero al mirar hacia el valle por el que discurría el río, vi brillar los tricornios de dos civiles que iniciaban la ascensión hacia el lugar en que yo estaba. -¿Hacia dónde huir?- Decidí descolgar el reclamo, recoger escopeta y manta y esconderme en el espeso bosquecillo en que había caído muerto el pájaro. Desde mi escondite espía a los guardias conversando junto al tolo vacío. Estuvieron dando vueltas a mi alrededor sin descubrirme, oía el roce de sus capotes en el monte bajo, y al fin se alejaron. Me tranquilicé pensando que todo había sido una ficción de búsqueda para justificarse ante los ojos de gente que pudieron oír el disparo, pues nos habían visto bajarnos del tranvía y no tenían intención de denuncia contra Fernando, cazador habitual por aquellos lugares, tan relacionado con el Cuerpo por su trabajo, ni contra sus acompañantes.

Cuando volvió a mi encuentro y le di noticia del suceso se alegró mucho de mi éxito -él había matado un par- y reía pensando el miedo que habría pasado en el escondite. Me dijo lamentaba tener que volver a sus obligaciones y no poder dar el puesto de tarde, mientras caminábamos para coger el tranvía y regresar a Granada.

Ante su insistencia quedamos en hacer otra salida en la semana próxima, y el día convenido me presenté en la Audiencia dispuesto a marchar hacia el puesto de tarde. Nos fuimos andando Carrera del Darro adelante, Paseo de los Tristes, hasta tomar el Camino del Sacromonte, que estaba desierto en aquellas primeras horas de la tarde, portando nuestros sacos con todo lo necesario, mirados con curiosidad por los pocos viandantes que encontrábamos. Pasada la Abadía, que se alza sobre una loma, y en un cerro más allá, poblado de retamas, buscamos los tollos.

Pasamos por varios en que ya había metidos cazadores adelantados, hasta que al fin encontramos dos vacantes. Fue un extraño puesto: a los cantos de varios reclamos en oída se incorporaron los cantos de los nuestros, que también se escuchaban entre sí, y, al parecer equidistante de todos, canta-

ba sin cesar una hembra campesina. Esa “música” continuó toda la tarde, contestando la hembra a las llamadas sin mover una pata, como si también permaneciera enjaulada. Fueron apagándose reclamos, señal de que algunos cazadores renunciaban a continuar la espera, y nosotros permanecemos hasta la puesta del sol, según lo convenido. Cuando bajamos hacia el camino y aún cantaba la perdiz solitaria, me dijo Fernando: -Se trata de una viuda resabiada que llama inútilmente a su difunto macho y no hace caso de ningún otro..., y esta proximidad de tollos se debe a que los cazadores los van haciendo, intentando engañarla al cambiar de lugar.

Llegamos a una cueva que era taberna en donde se reunían cazadores, al parecer los mismos que habíamos tenido en vecindad por aquellos terrenos libres. Nos incorporamos al vino y la conversación. Todos hablaban de la hembra viuda y resabiada. Allí estaba el que la había dejado viuda hacía varias semanas. Era asombroso, tantos hombres pendientes del comportamiento esquivo de una solitaria perdiz...

Entró una pareja de civiles y automáticamente cambió el tema de la conversación. Uno me miraba insistente mientras tocaba con la bota mi saco escondido bajo la mesa, Desconcertado, acabé por sonreírle. Aceptaron nuestra invitación, tomando una copa de aguardiente, y salieron al camino para seguir su ronda.

Volvimos ya tarde hacia Granada. La luna iluminaba la Alhambra frente a nosotros y en las cuevas gitanas había rumor de fiesta ante la llegada de los primeros turistas primaverales. Por aquel ambiente de zambra, de romance lorquiano, bajamos hacia la ciudad, yo pensando no salir más de cacería; sólo hacerlo cuando hubiera ocasión, en las sierras de mi pueblo, en que abundaban las perdices y escaseaban los guardias civiles.

El tío de las zambombas

El peor castigo, del conjunto de ellos, que le caía encima al cazador en el tiempo de las prohibiciones era el de sufrir que muriera su reclamo en manos de la Benemérita. La ley decía bien claro que al sorprender al cazador en la infracción había que matar al pájaro, y la pena tomaba proporciones de catástrofe cuando éste era extraordinario. ¿Cómo rogar clemencia alegando sus buenas dotes si entrañaba la decisión de seguir cazando? Conozco casos en que un guardia amigo, traicionando su condición, sustituía el buen reclamo por un “mochuelo”, quitando dramatismo a la tragedia. Era algo así como

cargar el castigo sobre el tonto del pueblo cuando se descubrían las corrupciones sobre un político listillo, algo que a veces pasaba y sigue pasando. También tenía sus consecuencias la prohibición en relación con la captura y comercio de los reclamos. En cuanto a la captura aún sigue siendo ilegal todo procedimiento para cazar una perdiz viva. En cuanto a su comercio las cosas han cambiado desde que existen granjas en que se crían y pueden venderse sin tapujos en la plaza de cualquier pueblo. Antes tenía sus peligros.

Al ver hace unos días en televisión, en Canal Sur, un programa sobre las peculiaridades del pueblo almeriense de Oria, vecino al mío de Chirivel, recordé varias anécdotas sobre el particular, y contaré alguna de ellas. Llevaron a dicho programa un reclamo enjaulado, como cosa típica, y al quitarle la cobija y ver el pájaro toda la tramoya televisiva quiso suicidarse, dando violentos saltos en la jaula, desluciendo la exhibición. Habían encargado del asunto a un excelente cazador de la zona, seguro sabedor de que un buen reclamo no se asombra de nada y siempre es buen actor, pero el cabal cuquillero, indudablemente, no había querido darle un mal rato a su reclamo preferido y llevó al peor que tenía.

Oria, desde tiempos remotos, tuvo fama de ser un lugar del que salían pájaros de postín, por eso pensaron introducir el número entre las manifestaciones folclóricas del programa. Desde siempre, en vísperas del celo, cazadores de Oria espoleados por la necesidad o el espíritu comercial, llevaban perdices a las Andalucías más favorecidas económicamente, para venderlas a los señoritos de aquellos lugares, a los que sacaban buenos dineros aprovechándose de la fama. Frasquito, un viejo y brillante cazador amigo mío, con el que compartí algunas felices jornadas, era uno de los que cada año marchaba a realizar su comercio, coincidiendo las fechas propicias con los días próximos a la Navidad. Había que llevar los reclamos camuflados, colocadas las jaulas en grandes sacos. Llegaba a sus territorios de venta -pueblos de Jaén, Córdoba, Sevilla, Málaga... en línea de autobuses o en tren, con la disimulada mercancía, no encontrándose tranquilo hasta no llegar a los grandes cortijos en cuyos campos había que hacer las pruebas de rigor ante el señorito. Al recorrer las calles de los pueblos, con los sacos repletos de pájaros enjaulados, a veces era observado por un niño que gritaba: -¡Ya está aquí el tío de las zambombas!-. Y Frasquito iba apesadumbrado, huyendo por el laberinto de calles, herido en su dignidad de cazador al ser confundido con un vendedor ambulante del instrumento navideño.

EL PÁJARO CIEGO

ENTRABA YO DE NIÑO EN SU FRAGUA LLENO DE TEMORES PERO FASCINADO, PORQUE AQUEL SITIO ERA UNO DE LOS LUGARES MÁGICOS DEL PUEBLO. *Mandanga*, el herrero, como un ser de otros mundos, de la prehistoria de otros mundos, ejercía para mí de brujo alucinado; de acá para allá iba flotando en una nube de chispas de fuego, entre candentes rejas de arado, los ojos en elocuencia de locura, resaltando su brillo en la faz tiznada.

Vivía solo el herrero con una anciana madre que yacía inmóvil en un cuartucho contiguo al taller, amorfa y derrumbada, saliendo a veces una voz agria de protestas de aquel enmarañado montón de crespones. Trabajaba solo el herrero, como si oficiara un rito, obligado por urgencias. Manejaba los fuelles y el soplido poderoso avivaba carbones en contacto con los hierros. Saltaba hacia el fuego provisto de tenazas, llevaba la herramienta deteriorada hasta el yunque y la martilleaba ferozmente hasta que era endurecida por el frío, y vuelta a empezar en una danza ininterrumpida, orlada de estrellas efímeras.

Llegaba un campesino solicitando su labor, esquivando el apodo que le había puesto el pueblo ironizando en contradicciones, y lo llamaba “maestro”. Esta palabra hacía cambiar su rostro despertando sonrisas de altivez, sintiéndose situado en una aristocracia del trabajo. En realidad tenía raras habilidades para hacer florecer los hierros en su forja, para lograr exactitudes, y el creía en el prodigio de su labor.

Tenía el *Mandanga* una pasión casi clandestina, la única actividad que a veces lo apartaba de fatigas fragüeras y que era fácil de adivinar al oír la música de los pájaros de perdiz y descubrir los jauleros colgados por los más oscuros rincones del taller.

En todas las primaveras, buscando el amanecer, abandonaba madre y trabajo y salía andando hacia la sierra, jaula a las espaldas, terciada el arma, envuelto en asperezas de la manta, cobijo y disimulo. Salía como obligado a cumplir un rito en necesario encuentro con la naturaleza. Estaba orgulloso de haber construido su escopeta, aprovechando el cañón y alguna otra pieza

de viejos retacos, completando el arma con habilidad e inventiva, aunque los fallos eran inevitables. Cada disparo constituía una aventura. Por la imperfección de los ajustes la pólvora negra intentaba escapar y, a veces, un leve fogonazo le quemaba las cejas, le producía pequeñas quemaduras en la mejilla, ahumaba su rostro..., pero él seguía firme en sus orgullos por la fabricación de aquella arma, producto de la pobreza y la clandestinidad.

Lo conocía de asomarme a la fragua y después, ya muerta su madre, cuando yo estaba en edad de acompañar a mi padre en algún trasnoche cortijero, lo conocí en sus giras serranas, pues al quedar solo iba a algún puesto de tarde, con intención de quedarse a dormir en los pajares del cortijo y aprovechar el alba, sin la caminata que suponían los diez kilómetros al pueblo, entre ida y vuelta.

Aún no era el tiempo de los acotados, pero había cierto respeto a la propiedad y los intrusos, esquivando caminos y cortijo, cazaban a escondidas. El *Mandanga* daba la cara y era aceptado, como limosna a sus desventuras y soledad, pues a veces llegaba con naturalidad, como si hubiese sido invitado, y otras con sumisiones y bochornos, como mendigo de la caza.

Llegaba a veces entrada la noche y golpeaba la puerta con timidez, demandando hospitalidad. Redimido del cierzo y la llovizna, liado en la larga manta mojada; se sentaba junto a la lumbre avivada por un gozo de hiniestas para quitarle el frío que había agarrado en la humedad del tolo. La cortijera, compasiva, le acercaba un tazón de leche de oveja con sopas de pan recién amasado por ella. Agradecía con ojos alegres bajo la visera mugrienta de la gorra. Reconfortado, repasaba las miradas interrogantes y se sentía obligado a contar la aventura de la tarde, que generalmente no era buena. Su habilidad en el trabajo de los metales no se correspondía con sus actuaciones cuquilleras: era torpe, con torpezas que provenían de su natural nervioso, casi siempre, uniéndose a esto los fallos de su escopeta de gatillos o las deficiencias de la munición. Con niebla de lástima en los ojos contaba las desventuras: el ganado le espantó la perdiz cercana al hacho, el pájaro quedó acobardado por un águila inmensa que se lo quiso llevar, el pistón del cartucho, que él recargaba, hacía un ruido largo antes de prender la pólvora, alertando a la perdiz que se levantaba en huida al tiro; el macho tocado de pechuga que se había ido muerto, perdiéndose entre la niebla y el matorral; no había oído volar después del disparo, pero cuando se dispó la nubecilla de pólvora negra no estaba la perdiz derribada... Los lances desafortunados eran

infinitos y los contaba con un dejo amargo de fatalidad. A veces renegaba de su condición cazadora y murmuraba entre irónico y compungido una copla pensada contra los que lo iniciaron en la afición:

*“El canalla de Ignacio
y el sinvergüenza de Tachín,
tienen culpa que me vea
por estos montes así”.*

Ignacio era un carpintero cazador que yo conocí, del otro personaje no tengo memoria.

Raramente venía el *Mandanga* con una o dos perdices colgadas de los ganchos de la jaula. Cuando esto ocurría llegaba con el rostro iluminado, los ojos traspuestos en despertares de ensañación. Las mostraba como trofeo único y las acariciaba largamente mientras iba contando con detalle el transcurso de la tarde, en que el reclamo había cumplido espectacularmente, había sido protagonista victorioso.

Después de aquellas breves veladas, pensando en el madrugón del alba se apagaba la lumbre, se sacaban colchones a la cocina para que durmieran los cazadores amigos, junto a la cálida chimenea recién sofocada, y el *Mandanga* marchaba a los pajares con su manta seca, para envolverse en el bálago y recrear en el sueño una buena tarde o intentar olvidar su fracaso, y salir buscando el amanecer por el lindero de los sembrados, solitario y feliz, hacia la ilusión de un nuevo puesto.

Una de las noches que llegó al cortijo, después de andar perdido por la bruma y la noche, habiendo pateado muchos canalizos y lomas, traía los ojos espantados y un extraño relato que fue brotando de sus labios con un murmullo de temores: había visto en un llano, en intervalos de media luna velada por la niebla, una congregación de seres fantasmales envueltos en largas capas..., y había huido del lugar en acoso de miedos.

Al día siguiente aclaramos aquel misterio: por el lugar en que dijo tener las pavorosas visiones habían tirado días antes una gran mula muerta y, seguramente, una bandada de buitres leonados que había acudido al banquete, sorprendidos por la noche y ahítos, con muchos kilos de carnaza en el buche, no habían podido volar hacia sus altos dormitorios; lo pensamos a otro día, cuando vimos los vuelos circulares de los carroñeros sobre la bestia

muerta. Nerviosos debieron pasar la noche en el lugar no deseado, provocado su descuido por gulas desmedidas, correteando e intentando abrir sus alas ante la proximidad del cazador, cual seres fantasmagóricos deformados por las tinieblas del miedo.

En los corrillos de cazadores, por las tabernas del pueblo a las que nunca acudía el *Mandanga*, se hablaba de un atardecer en que éste había dejado ciego a su mejor reclamo, de una perdigonada o de un rechazo de chinorros por la inmediateces del tanganyillo. Estuvo días cerrada la fragua y encerrado el fragüero en soledad de duelos.

Yo había oído hablar de otro pájaro ciego que había tenido Antonio *el de Rufino* y Luis *el Juez*, cuñados entre sí y primos de mi padre, y que, a pesar de su total ceguera, siguió respondiendo al impulso de su sangre, y daba puestos magníficos, acrecentando músicas y decires seductores, como necesitando aún más la compañía de las campesinas.

Pareció volver la normalidad al mundo del fragüero, repartido entre el trabajo y la caza, y un anochecer resultó por el cortijo de vuelta de un tollo, con dos pares de perdices muertas, pero entristecido y lloroso. Según dijo, el pájaro, cicatrizadas sus heridas, le había dado el puesto más fantástico que nunca pudo soñar, pero viendo sus cuencas vacías, el ademán de llevar las patas al lugar que ocuparon los ojos, como para quitarse tinieblas, sus desesperadas vueltas en la jaula..., no había disfrutado con los tiros que, por una vez habían sido certeros. Y explicaba esto llorando en silencio, ocultando el llanto con la manta echada sobre la cabeza, en derrumbe de pudores. Y añadía: -Es como si uno no pudiera ver más a las muchachas, a los niños jugando, al vuelo de los pájaros, a la puesta del sol...

No quiso el tazón de leche que le ofrecían, renunció a dormir en los pajares para esperar el alba, y se perdió en la noche caminando hacia el pueblo. Nunca más volvió por la sierra. A veces me asomé a la fragua. En un rincón oscuro cantaba el pájaro ciego, y él envolvía su soledad en una nube mágica, en un chisporroteo de metales heridos y de melancolías.

POSTRE DE MENTIRAS

HABRÍA MUCHO QUE CONTAR SOBRE LA FAMA DE EMBUSTEROS QUE TIENEN LOS CAZADORES Y, SEGÚN MI OBSERVACIÓN, NO ES JUSTA; lo que ocurre es que disponen de vivencias fantásticas y variadas y, aunque aderecen levemente el relato, parecerán mentiras en oídos extraños a la pasión cazadora. En toda profesión y afición hay hombres embusteros. ¿Por qué esa mala fama...? Puede ser mentiroso un futbolista, por ejemplo, pero infundirá menos sospechas con sus mentiras que el cazador con sus verdades, porque su campo es mucho más pobre y reducido.

Como adherencias de un mito clásico arrastra el cazador esa mala fama a través de los tiempos y origina un largo refranero en las agendas populares: *“comida de cazadores/postre de mentiras”*.

La fantasía, según Ortega, es el reverso de la memoria. Memoria y fantasía, privilegios del hombre, se unen formando una sola cara en recreación feliz. Lo he comprobado muchas veces en comidas de cazadores: no es la mentira burda, es la recreación de la verdad lo que aflora en la tertulia felicísima de los postres. A veces no es certera la sentencia fría del refranero. Aunque, claro está, en toda cuestión hay grados, escalas, límites... Yo comprendo a algunos cazadores mentirosos porque sus mentiras son un contar en alto sus sueños, con ánimo muy atenuado de querer engañar, y es bonito para ellos, porque al contar varias veces el suceso (no sucedido) ya se lo creen y pasa a engrosar su equipaje de recuerdos y les sirve de gozo íntimo para toda la vida. Yo, acostumbrado a la convivencia con cazadores, detecto la mentira por un brillo especial en los ojos del narrador, como si el añadido de invención le viniera de manera mágica de los entresijos del ensueño. La caza es una ocupación generalmente penosa, que nos llena de felicidad por lo que tiene de actividad libre y primitiva, y el colofón de la tertulia es a veces como un descanso en el torneo de lances soñados y vividos.

Por otro lado, en la caza, como en el ejército general de la vida de que forma parte, se da una mística y una picaresca. En la mística no cabe la mentira, y si el cazador ha visto en aquel ciervo huido, en fugaz aparición

por el espeso del matorral, la más fantástica cornamenta que vio en su vida, así es, y quedará como un espiritual trofeo en el recuerdo de la res no cazada. El pícaro -en el polo opuesto- es un práctico de la mentira y es despreciable su actitud. A veces sus palabras son un asomo de sus emparejados demonios interiores: la envidia y la vanidad. Otras veces su picaresca, más superficial, está emparentada con estirpe de truhanes vacilantes entre la mendicidad y el atraco: así es el caso de oratorias falaces, disociadas de la realidad, en los chalaneos de un reclamo de perdiz mediocre, al que se quiere vender por bueno.

De todas formas, la tertulia, el don supremo de la palabra impulsada por vivencias y fantasías, repartida en los gozos de la amistad, contribuye al aumento rentable de la felicidad de la caza, hace que continúe la cacería hasta hacerla infinita.

La verdad sospechosa

Por mi parte, atendiendo a la confesión personal que hay en mis escritos, nunca miento, y lo digo con el rubor propio de la autoalabanza. Tuve herencias de sinceridad, aprendí a no mentir de mis mayores, como también aprendía de ellos a mentir por omisión, o sea, a no decir lo que no conviene siempre que con ello no se perjudique a los demás. También pienso que quizá yo no mienta, no haya mentido nunca, porque aparte de las razones dichas, nunca he sentido necesidad de hacerlo. He tenido siempre a mi alcance, dentro de mis modestos ámbitos, amplios territorios de caza, con piezas suficientes, en la medida justa; he respondido física y psíquicamente a las exigencias personales que la caza requiere, con habilidades y entusiasmos, y no he tenido que inventar nada porque en el transcurso de los años las realidades han superado a posibles fantasías. Tan es así que a veces renuncié a contar éxitos espectaculares, en la caza menor al salto y en solitario, que es la que más practiqué y practico, delante de compañeros más desgraciados, por no despertar su envidia y aumentar en ellos la sensación de estar abandonados de la fortuna, en limosna de humildad. Veces en que tan sólo les cuento mis fracasos, que también son muchos, intentando alegrarles el relato, más que les alegraría con el de mis éxitos.

En otras ocasiones no cuento la feliz aventura vivida, tan sólo relatada ante mis amigos que me conocen bien, porque la verdad sería muy sospechosa, pues lances con suerte, días privilegiados o coincidencias azarosas hacen

que la realidad parezca un sueño. Por ejemplo, la fortuna de aquel día en que maté once perdices al reclamo, todas correctamente, en algo más de dos horas del puesto de tarde, y como me salí de anochecida, por falta de luz, cuando aún tenía campesinas a mi alrededor, con ganas de entrar en plaza, volví de alba al mismo tollo y cacé otras cuatro. En caza tan cicatera, en cuanto a la consecución de piezas, suena a mentira ese éxito que no se ha vuelto a repetir a lo largo de mi vida. Estaba recién casado y recuerdo a Patricia, mi mujer, pensando que aquello iba a ser cosa de todos los días, con la sospecha de no haber acertado en el matrimonio, pues tendría que dedicar su vida en desemplumar perdices. Pronto tuvo motivos para ahuyentar temores.

Pongo otro ejemplo, un sucedido con visos de inverosímil. Me senté en la cabeza de un barranco, frente a unas madrigueras de conejos, para esperar la amanecida. Clareaba el día y por un camino próximo apareció una liebre espantada, corriendo hacia mí. Tiré a la liebre que dio una gran voltereta quedando muerta. Lo asombroso es que al mismo sonar el tiro chilló un conejo algo lejano, al parecer mal herido, y pocos segundos después apareció en el mismo escenario un gran zorro que dejé muerto con el cañón izquierdo. Se habían dado una sucesión de circunstancias. El conejo, no visto por mí, estaba detrás de la liebre, en la dirección del tiro. Fue tocado mortalmente, quedándole un segundo de vida para chillar, alertando al zorro que acudió veloz en su busca, que estaría muy próximo a mí, escondido en los accidentes del barranco, haciendo lo que yo hacía, esperando fortunas del acecho. Siempre tendría cautelas en el relato de lo sucedido, pues todo aquello parecía un embuste, como en otros casos de coincidencia y fortuna, y habría oídos que pondrían en duda mi dignidad de cazador sincero.

Los superfantásticos

Mi amigo **X**, compañero frecuente en mis salidas, era buen tirador, aunque también era el caso más rotundo que he encontrado de cazador creyéndose sus propias mentiras, asimilándolas como verdades en el más corto espacio de tiempo. ¡Algo increíble!. Partimos un día hacia La Merced, en las faldas sur del actual Parque Natural de la Sierra de María, dentro del coto familiar; un lugar en que días atrás habíamos visto varios bandos de perdices. Iba muy mal la mañana, sin levantar ni una pieza, a pesar de afanarnos en registrar la ladera y del buen trabajo de los perros. Estos se “tocaban” con frecuencia, agitando los rabos con alegría, denunciando que las

patirojas habían pasado por allí. En aquel lugar, muy destapado de monte, de perdiz muy esquivada, al parecer peonaban los bandos en huida, al vernos a distancia. Se hizo mediodía sin cortar una pluma, y cuando ya estábamos decididos a regresar, pensé que diéramos unas vueltas más bajas, en donde se extendían rastros intercalados con algunas manchas de tomillar, sitio por el que habíamos visto volar una rapaz cazando, en pasadas sucesivas. Así lo hicimos, con enorme éxito. Fue grande nuestra sorpresa cuando los perros se afanaban en sucesivas muestras, levantando las perdices, que se resistían a saltar, de los mismos pies. En corto espacio de tiempo derribamos nueve y dos liebres. En un entreacto del éxito oímos un cascabel en un chaparro y, al aproximarnos, salió volando un azor. Después supimos que había estado por allí Andrés González, que hacía sus pinitos como cetrero, habiendo perdido la rapaz, y ésta, al volar sobre el terreno, había hecho que las perdices asustadas se mantuvieran pegadas a la tierra, en sus escondites, hasta nuestra llegada.

Volvíamos eufóricos al pueblo y decidimos llegarnos por el bar antes de ir a casa, para celebrar con un aperitivo nuestro final feliz. Allí había varios cazadores, y mi amigo X empezó a contarles la aventura, aumentando el número de perdices cazadas: “Al final hemos derribado quince...” Le toqué con el pie, susurrándole al oído: “Han sido nueve...” Se enfadó mucho y me contestó en voz alta: “Han sido quince... ¡Estás tonto!” Decidí no contradecirlo y aceptar su relato en silencio. Al parecer ya había aceptado como verdad el aumento imaginativo de seis perdices, a pesar de ser yo coprotagonista en la cacería y de haberle enmendado el número. ¡Era asombroso! Una sonrisa incrédula aparecía en el rostro de los contertulios. Cuando volvimos al coche, en que habíamos dejado los morrales, los vacié ante su vista contando las piezas. Vi pasar por sus ojos algo como una fuga de ensueños que se resolvió en silencio de decepciones.

Aprovecho el recuerdo de las circunstancias de ese final de cacería para dar noticia de otro caso parecido que me pasó, tiempo después y en el mismo lugar, yendo en compañía de mi amigo Juan Alarcón. Iba mal la mañana y mejoró de improviso, parando los perros, pudiendo derribar perdices, al parecer por haberse despegado de los altos riscos que hay sobre las laderas de La Merced, un ser que en principio, por razones de lejanía, nos pareció un águila real y que, al aproximarse, pudimos identificar como a un hombre volando con ala delta. Desde su aparición, y aumentando su eficacia según se acercaba, cambió el signo de la cacería. El hombre volador bajó pausada-

mente por un cielo sereno hasta aterrizar en una distante llanura, dándonos tiempo para el disfrute. Nunca había visto por allí nada parecido, y después comprobé que, aprovechando el camino que habían hecho en una finca vecina para servicio de repoblaciones forestales, subían hasta las cumbres los aficionados a ese deporte, para desde allí lanzarse al vacío.

Ante la enorme hurañez de la perdiz roja, al menos en estas sierras por las que yo cazo, pienso que sería práctico, según lo visto, sin renunciar a los perros, añadir el suplemento de una rapaz educada para volar delante de los cañones de nuestra escopeta o el alquiler de un hombre pájaro.

La batalla de los higos secos

Voy a exponer otro caso extremo de cazador mentiroso, sacado del repertorio de mis muchos conocidos. Mi amigo **Z** es un cazador, ya retirado por la edad, que, aunque sin renunciar a la escopeta, era aficionado y diestro en conseguir piezas con otras artes. Él me enseñó a cazar pollos de perdiz con red y con cepos, práctica que utilicé en algunas ocasiones, en busca de un reclamo. También me enseñó a montar cepos para las zorras, después de tenderles rastros eficaces. Lo suyo eran redes y trampas, que manejaba con gran destreza. A veces cazamos juntos con el hurón y al llegar a una madriguera nos repartíamos sus bocas. Él ponía las redes en las que le correspondían y yo esperaba con la escopeta a los conejos que salieran por las que a mí me habían tocado en suerte.

Hecha la presentación, paso a decir que era mi amigo **Z**, y Dios quiera lo sea por muchos años, el cazador más embustero que he conocido. Persona divertida, rica en el relato de aventuras que adorna con flecos mentirosos, genial en sus invenciones y creyéndose lo recién fabulado, como debe ser.

En el campo de lo cinegético contaré, por la brevedad del episodio, una de sus grandes mentiras: fue un día al campo sin arma alguna, con la intención de injertar almendros, y vio una liebre encamada en el surco de un barbecho. Fue acercándose, haciéndose el desentendido, hasta lanzarse sobre ella. Aguantó el animal, inmovilizado por el miedo, y pudo cogerla del lomo. En ese momento se arrancó otra liebre de las inmediaciones y le tiró la que tenía en la mano, con tanta fuerza y certeza que las mató las dos.

Relacionados con otros aspectos de su vivir también me ha contado embustes asombrosos, como aquel de sus andanzas en la contienda civil,

de la que fue protagonista. Hizo casi toda la guerra en la zona nacional, después de haberse pasado desde la zona roja, y lo metieron en la Legión, combatiendo en los duros frentes aragoneses. Cuenta que un día, después de cruentos combates, llegaron hasta las proximidades de un pueblo en que resistían, bien parapetadas en las casas del lugar, las milicias de la República. Iba a ser encarnizada la acción y él se puso a meditar sobre una sencilla operación que se le acababa de ocurrir, apoyada por su experiencia, sabedor del hambre que estaba pasando el enemigo. Contó su plan al sargento que, creyéndolo aceptable, llevó a mi amigo **Z** ante el jefe de la Bandera. Este quedó maravillado; no estaban las cosas como para despreciar cualquier destello de lucidez, aunque viniera del más humilde de los legionarios. Se llevó su plan a la realidad con enorme éxito. Mi amigo **Z**, desarmado y portando un gran macuto lleno de higos secos, entraría por la calle principal del pueblo arrojando los frutos por el suelo, en ademán de sembrador. A cierta distancia le seguirían los compañeros, camuflados, escondiéndose tras muros y árboles de la entrada del pueblo.

Inició su marcha con decisión y serenidad, y los milicianos hambrientos que lo observaban desde detrás de ventanas y umbrales de puertas, al ver que andaba arrojando un material comestible, abandonaron sus fusiles en busca de los frutos, ocasión aprovechada por el grueso de las fuerzas nacionales para tomar el pueblo sin derramamiento de sangre. Sonaron en su honor los himnos legionarios, y no lo ascendieron a cabo porque no quiso, declarando que sólo deseaba volver a su pueblo a cazar conejos. Como me lo ha contado, lo cuento.

Vuelvo a las advertencias del principio; tan mentiroso puede ser un cazador como un ingeniero de caminos o un paracaidista, aunque, por lo general, mucho menos que un político. Lo cierto es que el ejercicio de la caza aviva la imaginación y llena de color las ilusiones del vivir.

HERENCIA DE RECLAMOS

JOAN GAMBLE, ESPOSO DE MI PRIMA JULIA, ERA UN PRESTIGIOSO GINECÓLOGO DE NUEVA YORK Y UN ENTUSIASTA CAZADOR MUY POLIFACÉTICO: cazaba desde mariposas tropicales a grandes osos, lobos y antílopes en Canadá. Daba testimonio de todo ello la colección de esplendidos trofeos con que adornaba su casa de campo de Albany.

Él había estado conmigo cazando conejos en Chirivel y me tenía invitado a una de sus correrías canadienses, en que lo mismo podía presentarse la aventura de becadas y gansos que de feroces piezas de caza mayor. Cuando mis obligaciones me permitieron viajar a su encuentro, por desgracia le habían detectado un cáncer óseo y, aunque se manejaba bien, ya no podía hacer esfuerzos extraordinarios, quedándome sin ir en su compañía al paraíso soñado, a Canadá. Sólo hubiera podido llevarme a conseguir algunas ardillas por los alrededores de su casa o algún pavo silvestre por los claros del bosque que se mira en el Hudson, su río vecino. Mejor era dejarlo... Durante mi estancia en su casa me conformé con ver de madrugada, desde la ventana de mi alcoba, preciosos pájaros que acudían a comer a su jardín, en comederos predispuestos, o lustrosos conejos que saltaban sobre el césped en la tranquilidad de que, al ser considerados como animales familiares, no tenían peligro alguno de ser cazados.

Hace unos meses murió mi primo Joan de la terrible enfermedad, y vino a España su mujer trayéndome la peculiar herencia; un cuelgapiezas precioso, unas patas de ciervo de cola blanca cazado por él, convertidas en perchero por sus habilidosas manos, y una gran colección de reclamos artificiales, con la que me sentí como niño visitado por los Reyes Magos.

Disfruté leyendo rótulos, instrucciones y advertencias de sus estuches: *"Sot Call Predator. Tone-Testd Duck Call... Instrument wild produce sound which attract a variety of wild song-birds..."* Disfruté acariciando sus maderas preciosas con señales de haberse utilizado por mi pariente cazador, y haciendo sonar con manos o boca aquellos mágicos instrumentos que reproducían trinos, zureos y graznidos, voces de desafío o llamada amorosa, de animales

exóticos para mí. La mayoría, de aves acuáticas imposible poder utilizarlos en mis secas tierras almerienses, en que estas aves, o parecidas, se refugian en pequeños paraísos protegidos de la provincia: Cabo de Gata, Albufera de Adra...

Es muy curioso, por ejemplo, una especie de tornillo cubierto de madera, que en la habilidad de hacerle girar puede emitir trinos diversos, atendiendo al deseo y manejo del usuario: desde el zorzal al ruiseñor... Y uno espectacular, para atraer zorros en celo, con el grito desgarrado acusando desesperadas urgencias amorosas. Pensé que este reclamo alimañero podría serme útil, pues el estuche reproduce a un zorro muy parecido a los nuestros, y para mí, perseguidor incansable de alimañas, abría una nueva esperanza.

Torpezas

Nunca fui habilidoso para tocar con éxito cualquier pito de caza, para ninguno de los ingenios sonoros que tuve a mi alcance para atraer animales. Pocas veces lo intenté, casi siempre fueron un fracaso esos intentos. Creo que para llegar a un dominio de la música y los idiomas, asuntos con los que de alguna manera está relacionada la actividad, hay que tener un mínimo de dotes naturales; también en cierto modo para utilizar reclamos con éxito: tener un oído aceptable para que los sonidos no resulten destemplados o deriven hacia lenguajes inexistentes en la naturaleza, que ahuyenten al animal que se intenta atraer, dando motivos para que no caiga en el engaño. No llego a creer que haya que aprender solfeo, pero sí añadir cualidades personales al exacto conocimiento de las especies.

Hice alguna prueba con las codornices, a las que considero propicias al engaño por el trastorno que sufren los machos en su pasional arrebato, y lo intenté sólo por curiosidad, ya que con la preciosa avecilla mis preferencias siempre fueron hacia su caza con perro de muestra, consiguiendo espectaculares perchas en épocas doradas. Pues en esas contadas ocasiones, cuando les tocaba el pito enmudecían los machos como asustados o desarmados en sus ardores, esquivando mi proximidad y las asechanzas de la red extendida, como si resultara de mi intento el canto de una rapaz desconocida, con voces de amenaza. Con las zorras tuve a veces éxito tocándoles un pito que imitaba al conejo, pero yo creo que las que maté por tal sistema eran novatonas y hambrientas, recién salidas del cubil, desvalidas ante el abandono de sus padres.

Ahora me he apresurado en llevar a la sierra este reclamo de zorro americano y pronto me llegó la ocasión de hacer una prueba. Remontando una ladera, camino de un puesto de perdices, escuché el desagradable graznido de la raposa en nupciales llamadas. Llegué a verla asomada tras unos riscos lejanos, quizá detestando mi presencia. Oculto tras la espesura de un enebro saqué el pito de largo fuelle y empecé a tocar. La zorra, como sorprendida, rompió su inmovilidad y saltó del risco emprendiendo loca carrera en dirección contraria a la mía. ¿Será mi torpeza en la ejecución o habrá otros motivos para el fracaso? Miré de reojo el estuche con leyenda inglesa y empecé a sospechar... ¿No emitirá cierto tono extranjero el pito de mi primo Joan? ¿No graznarán en otro idioma no captado en sutiles diferencias a pesar del parecido, las raposas de Canadá? Es posible que se interroge el animal en huida algo así como... ¿de dónde habrá venido éste?

Ante tales circunstancias intento llevar semejantes ideas al caso de los pollos de perdiz, pensando que muchos cazadores de mi tierra los prefieren andaluces, sospechan do siempre de los llegados de otra comunidad, pensando que tonos o giros distintos podrían llevarlos a un mal entendimiento con el campo. No creo en ello, porque me dio buen resultado un excelente pájaro de Valladolid y ahora también tengo éxito con uno de Burgos. Esto es como echarse una novia castellana; teniendo guapura y majeza poco importan las diferencias en el lenguaje y pronto se acostumbra uno. Aunque, claro está, hasta ciertos límites: no se me ocurriría cazar con pájaro catalán en mis sierras de Almería y menos de un tiempo a esta parte, por si las exclusividades del idioma se hicieran extensivas a las perdices.

El sueño feliz

La misteriosa circunstancia de los sueños tiene a veces relaciones sorprendentes con el transcurso de las realidades, siendo el episodio onírico continuación de aquellas.

Fueron muchas las ocasiones en que disfruté, dormido, de excelentes caerías, o en que las astucias del mecanismo del subconsciente, aprovechando la placidez del sueño, cambió el mal argumento vivido en una jornada en que no fueron bien las cosas, hacia un argumento feliz, redondeando faenas. Otras veces, ensoñaciones surrealistas, asocian el episodio a preocupaciones o angustias del vivir, haciendo materia simbólica del hecho venatorio. Así aquel sueño en que anduve por avenidas neoyorquinas persiguiendo por

entre rascacielos a un conejo, con podencos nacidos y amaestrados por el sueño, hasta que buscó defensa segura introduciéndose por la puerta de un Banco. Misteriosas triquiñuelas de la mente que aprovechando los descuidos del sueño asoma los deseos de introducir la naturaleza por los artificios de la gran ciudad. No me resistí a plasmar el episodio en un poema del libro que estaba por entonces escribiendo: *Los regresos*.

Hace unos días desperté de la siesta con la complacencia de un sueño feliz. Estaba en aquella cacería no realizada, por los bosques canadienses, con el compañero americano. Caminaba por la alucinación de un dulce vendaval de oro, envuelto por las hojas otoñales desprendidas de gigantescos árboles. Bandadas de ánades, de azules palomas, de aves preciosas y desconocidas se alzaban a mi paso. En un horizonte anaranjado y distante se recortaba la silueta de una manada de ciervos, la poderosa cornamenta alzada en luces de amanecer. Sólo me era familiar la música del aire, como herencia de sonidos orlando mi paraíso de cazador.

Me despertó un disparo. Desperté comprobando que en la realidad seguía oyendo los reclamos del primo Joan. ¿Estaba dormido o despierto? Mis nietos los habían encontrado y un concierto de fauna canadiense se extendía por la casa.

EL VUELO DE LA COPLA

LA CAZA COMO PASIÓN Y PRÁCTICA POPULAR A TRAVÉS DE LOS TIEMPOS SIEMPRE ESTUVO EN COPLAS, EN LA VOZ DEL PUEBLO, MANADERO DE SENTIMIENTOS Y SABERES, aunque sus letras ahora sean más reliquia de tiempos pasados que cotidiana recreación de acontecimientos, pues estos tiempos televisivos han matado en gran parte el diálogo y la canción.

La gente apenas canta y apenas ocupa su tiempo libre en tertulias familiares o amistosas, con lo cual se ha empobrecido la convivencia creativa, aunque sí conservemos una rica herencia de textos con alusiones cinegéticas repartida por conclusiones del refranero, viejos relatos romanceados o coplas del pueblo legadas por amorosos recopiladores o simplemente por una cadena intergeneracional de voces vivas.

Esto debe de pasar en todo pueblo que se precie de cazar y cantar, que son todos los pueblos de la tierra, y yo me limito a poner atento el oído en mis ámbitos familiares, atendiendo al respirar armonioso de mi tierra andaluza, para anotar algunas letras que cacé al vuelo, en voces tan distantes como pueden ser la de Antonio Mairena, intérprete, recuperador y creador de armoniosas respiraciones flamencas, o la de Tomás Corrales, cazador y parrandero de mi pueblo.

En la voz de Mairena fue desliándose el pergamino viejo del “Romance de Bernardo” que empieza así:

*“Salió Bernardo a cazar
una noche muy oscura.
de perritos y lebreles
lleva cercaíta la mula...”*

Aflamencado el aventurar que versifica la voz de un poeta anónimo, perdida en vendavales de siglos, nos invita su cadencia a soñar con lances venatorios entrevistados en espejos de leyenda.

Desde esas reliquias del pasado podemos pasar a confines flamencos, recientes en lamentaciones del pueblo, testimonio de hambres y emigraciones, dentro del historial de desvalimientos andaluces que hizo vibrar los mejores metales del flamenco en su cumbre de melismas y desgarros:

*“Por tierras desconocías
pasas fatiga y suores;
la tierra donde has nacido
pa coto de cazaores”.*

El gozo de la contemplación

Es indudable que el gozo mayor del buen cazador, como el del hombre no cazador que ama el campo, es el de la contemplación, descubrimiento y estudio de los seres que lo habitan. Sin amor a la naturaleza, aunque parezca un contra sentido, no hay placer cinegético, perdería todo estímulo la actividad cazadora una vez desaparecidos los motivos primigenios de quehacer necesario para la supervivencia.

Letras emanadas del simple gozo contemplativo hay muchas y en ellas permanece enfundada la escopeta.

*“Del lobo me gusta el pelo,
del jabalí, los andares;
de las perdices, el vuelo;
de la sierra, los jarales
y de Andalucía, el cielo.”*

...

*“Cuando en mal tiempo chispea
la liebre está en el chaparro,
las perdices canturrean
y no salen del amparo”.*

...

*“Dos tórtolas he traído,
mira que bonitas son,
de un árbol las he cogío,
que estaban tomando el sol
metiditas en su nío”.*

...

*“Se escucha el viento rugir
en la soledad del monte
y en el nío la perdiz
lo contenta que se pone
cuando ve al macho venir”.*

Errores y flaquezas

Las peripecias de la caza, de todo tipo, son la “comidilla” de las tertulias por las viejas tabernas de cualquier pueblo. Chanza en los decires, confesión de torpezas, denuncia de avaricia en los repartos, descubrimiento de la mentira... Las espuelas del vino hacen que se desboque la imaginación y que se dé el falso milagro de la multiplicación de las piezas, se confiese el oculto pecado del furtivismo, se abran las espitas de vanidades contenidas, de rivalidades feroces o envidias solapadas. A veces, confesión o denuncia, se hacen copla.

*“Compare, usted no me lleve
a mí al Pastillo a cazar,
que si se mata un cochino
se lo lleva Nicolás”.*

...

*“Le tiré un tiro a una liebre
que había debajo una mata,
no cogí la puntería
y yo le quebré una pata
al perro que más quería”.*

El juego de los símiles

La mujer, siempre a la vuelta de la jornada, en retornos de un día feliz. Se acrecienta la dicha cuando una mujer espera y los perros alborozados se miran en sus ojos.

También el amor, con posibles desconfianzas y desprecios, está en el fondo de muchas coplas venatorias. Un amor fugaz o imposible siempre deja un rastro de animal huido. Se acusa en los resabios de la pieza escapada el despecho de la mujer, cuando en lance de amores el resabiado es el cazador.

En los atrevimientos del furtivismo lo mejor que puede ocurrir es encontrarse con Cupido, también furtivo a veces, y convertirse en pieza cazada, sintiéndonos desarmados ante el certero tiro de sus flechas.

*“Esa mujer que aquí viene
déjala pasar de largo,
que es una liebre corria
mordía por muchos galgos”.*

...
*“Se parecen las liebres
a las muchachas
en que las corren unos
y otros las cazan.
Aunque hoy sucede
corren los cazadores
más que las liebres”.*

...
*“Yo me metí en un vedao
con mi perra perdiguera,
aunque piezas no he matao
sólo logré dar contigo
que me tienes trastornao”.*

Todo era una fiesta

Recuerdo madrugadas de guitarra, cuando por los finales navideños ya se pensaba echar el primer puesto de la temporada y, desde el baile de parrandas, se iba en busca del perdigón para marchar al campo. Por los amaneceres del puesto de alba seguía en fiestas el alma de mi pueblo y se hilvanaban en la memoria acorde de guitarra con cantos de perdices, entrecruzándose un sueño de músicas diversas y complementarias.

Todo era una fiesta, y a la felicidad cazadora a veces se unía la esperanza de un amor.

*“Tengo yo para ir al campo
una escopeta lujosa
y una perdiz pa el reclamo,
sólo me falta otra cosa:
ser de tu cariño el amo”.*

PERROS

PRIMERO FUE UNA PERRA, SE LLAMABA *LINDA* Y ERA DE GRANADA; REGALO DE AQUEL HOMBRE BAJO, GORDITO, CON SOMBRERO DE FIELTRO DE ALAS RECORTADAS, que tenía una pensión frente a nuestra casa, “Pensión Zurita”, en la granadina Plaza de la Trinidad.

Yo había oído hablar con mi padre a aquel hombre -con nombre de paloma- bajo los plátanos de la plaza, en términos y entusiasmos de cazador, y protagonista de los relatos era su perra *Linda*, que al parecer estaba preñada. Nunca vimos perros en su casa; según él estaban en una casa de campo que tenía cerca de la ciudad.

Me presentó mi padre como cazador novicio muy afortunado, azote de liebres y codornices, y el señor Zurita prometió entregarme una de las futuras crías de su *Linda*. Yo, con mis dieciséis años, aún no había cazado con ayuda de perro, y en las vacaciones en Chirivel buscaba liebres y conejos por los chaparrales, haciendo ruidos, moviendo ramas, tirando piedras a los chaparros, o codornices registrando los bancales de patatas caballón a caballón.

Me llenó de felicidad el ofrecimiento del señor Zurita y, próximas las vacaciones de Navidad, llegó con la perrilla metida en una cesta de mimbre. Nerviosa, alegre..., su pelo corto era blanco con grandes manchas marrones, y tenía un algo humano en sus ojos. ¿De qué raza era? Sus orejas caídas, aunque no muy grandes, denunciaban procedencias pachonas, pero podía considerarse de raza indefinida, con mestizajes misteriosos. Decidimos ponerle el nombre de *Linda*, herencia de su madre, y a lo largo de la vida tuve varias que se llamaron igual, pero ninguna con su viveza, ninguna que me mirara a los ojos tan profundamente, intentando adivinar mis deseos, ninguna en que fueran apareciendo luces de melancolía en su mirada. Aunque, claro, quizá ocurra que, a pesar de defectos naturales, el primer perro perdure en el recuerdo con la intensidad que perdura la primera novia.

Pronto se manifestó su entusiasmo por la caza; bulliciosa y alegre buscaba adelantada, aunque siempre mirándome a hurtadillas de vez en cuando para mantener las distancias. Llegamos a estar sincronizados perfectamente,

en acordes, decisiones y movimientos. En la muestra quedaba dormida en la emoción y notaba en sus costados el palpito acelerado del corazón. Rompía a veces su inmovilidad para por un segundo mirarme y, al parecer, advertirme e interrogarme con los ojos. La suavidad de boca, tan importante en el cobro de codornices –muy abundantes en aquella década de los cuarenta- quizá fuera su único defecto. Nunca mató una pieza herida y las traía con suma delicadeza, como si temiera lastimarlas, hasta el punto de escapársele algunas alicortadas, después de estar en su boca, haciendo laboriosa su búsqueda en la maraña de los rastrojos. Para mí no era defecto; llegué a asumirlo pensando que a veces su pasión cazadora estaba en lucha con un sentimiento casi humano de misericordia.

En bicicleta venía aquel día por la carretera general Granada-Murcia, entonces con muy poco tráfico. Era el regreso de una jornada feliz, con el morral bien lleno. La marcha era lenta, pues la perrilla me seguía algo cansada de un día sin sosiego. Por un momento desvió su ruta, su seguimiento de la bicicleta, y la atropelló un camión que pasaba, quedando muerta. Mi dolor fue grande; era la muerte de un ser cariñoso que formaba parte importante de mi vida.

Algunas de aquellas veces en que me miraba esperando la orden de levantar la pieza, me distraía mirando sus ojos que parecían suplicantes, como interrogando: -¿Qué hacemos...?-. Era un segundo decisivo aprovechado por el animal para escapar. Recordando esto, muchos años después de muerta escribí un poema:

Inmóvil, con una mano alzada, quizá oyendo entre los latidos de la tierra
un corazón de pájaro,
oliendo a la pluma en alarmas color paisaje
o a los pánicos de una pequeña pupila sin parpadeos,
quedó el perro parado en los rastrojos.
Seguía la vida alrededor, las largas procesiones de insectos, el respirar la
yerba, el aire abanicado por diminutas aves, el silencio del árbol.
Pero una tensa cuerda de violín se había roto
sobre el decapitado cereal y ponía
en el aire caliente sus silenciosos pasmos.
El perro me miró, sus ojos húmedos
interrogaban...

Le ordené la busca. Desabrochó las matas y hubo un parto de tierra: la codorniz se alzaba buscando al infinito.

Sonó un timbre de alarmas y no me fue posible disparar...

Desarmada mi mano acariciaba las interrogaciones de la cola del perro.

Aquel perro tenía los ojos de muchacha.

Clandestinos

Siendo muchacho empecé a salir con los huroneros, seres misteriosos, amantes del silencio y las noches con luna, sus mejores aliados. Había varios en el pueblo y casi todos eran gente de oficios: Ramón *el Burló* y su hermano *el Chato*, albañiles; *el Espartero*, también albañil de día y cazador de noche; *el maestro Luis*, fragüero... Eran cazadores sin escopeta, diestros en colocar redes en las bocas misteriosas de madrigueras profundas. También los había aficionados al tiroteo: Miguel Alarcón, que se nos fue a Brasil para morir allí, su hermano Juan... Juan López, que siempre me prestaba los hurones que andaban por su casa mansos y familiares, como animales de compañía. Eran cazadores de pocas palabras veladas, pasos de goma, que salían y entraban al pueblo como fantasmas en huida escoltados por los podencos.

La preparación de la salida era todo un rito que empezaba con labor de espionaje, intentando averiguar por dónde andaba de servicio la guardia civil, para evitar un encuentro, dentro de la ilegalidad de esta caza. La noche anterior se preparaban redes y morrales, se estaba atento, de forma especial, a la alimentación de hurones y perros, se revisaba la garibola. Garibola es el nombre que se da en mis territorios de caza a la caja de forma ovalada, en forma de tonelillo, con un pequeño respiradero por un extremo y tapadera por el otro, y que en algunos pueblos de la vecina región murciana tiene un nombre parecido: garigola. Esta especie de jaula que se utiliza para el transporte del hurón por el campo, casi siempre era objeto de fina artesanía hecha de esparto o de círculos de caña de centeno unidos por cordel de cáñamo, o de otras materias naturales, a veces coloreadas, trabajadas con primor, hechas por el hombre, como era tarea de las mujeres la confección de cobijas o sayuelas para cubrir la jaula del perdigón.

Hablo de estos asuntos como recuerdo de un pasado en que la abundancia del conejo no era sólo gozo del cazador, que podía elegir entre una amplia gama de sistemas para su caza, sino que mantenía una diversa y

preciosa fauna de predadores, garantizando a la par la población de otras especies cinegéticas. Una de las mayores catástrofes de la naturaleza ha sido, no cabe duda, la casi desaparición del conejo, debida a envenenamientos del campo y propagación de enfermedades exterminadoras. Pero dejemos estos tristes asuntos, yo sólo quiero hablar de podencos, en especial de dos podencos legendarios con los que muchas veces cacé.

La *Morata* era de Ramón el albañil, y el *Amadeo* del viejo herrero llamado *el maestro Luis*. Eran de pelo rojo y corto, finos hocicos olfateadores y pies de liebre. Cuando cazaban juntos, cosa frecuente, parecían obedecer a estrategias estudiadas en que cada uno realizaba su labor contando con la presencia distanciada del otro, estando en comunicación por la alerta de breves ladridos que denunciaban la confianza en el rastro, por el jolgorio en el ladrar que parecía convocar al compañero en la persecución de la pieza, por la llamada al cazador cuando quedaban los conejos encerrados en sus madrigueras. Ocurriendo esto último acudíamos al aviso en la absoluta certeza de la buena labor realizada, y empezaba el trabajo de los hurones.

Tomaban posiciones los podencos, eligiendo algún punto alto desde donde vigilar las salidas, con un temblor nervioso de emoción, y las pequeñas orejas aguzadas hacia delante como abiertas interrogaciones. Había un temblor de tierra, de subterránea huida, y salía el conejo velocísimo, buscando accidentes del terreno en un intento de escapada.

Lanzados los perros tras la pieza, con fiesta de ladridos, disparábamos “a tenazón” por los pequeños claros repartidos entre las rocas y el chaparral y, si acompañaba el éxito, pronto volvía uno de los perros con el conejo atravesado en la boca y los ojillos fieros y felices.

Cazaban el *Amadeo* y la *Morata* libres y a distancia, a veces como a impulsos anárquicos, guiados por prodigios del olfato e innatas sabidurías del instinto, libres y nerviosos. Nunca se equivocaban cuando sus hocicos llegaban a la boca de una madriguera y anunciaban que estaba habitada.

En el recuerdo de aquellas cacerías resaltaban algunos escenarios mágicos. Entre ellos, el Cerro del Trigo, en la dehesa de Orce, en límite con tierras de Chirivel. Es un gran cerro con manchas de monte bajo y grandes viseras o estratos rocosos pródigos en rendijas. Cuando los podencos comenzaban a registrar sus laderas, un zigzag de carreras emprendían los conejos y los perros andaban locos, con ladridos de júbilo, no sabiendo a cual seguir. Del cerro y sus alrededores siempre se volvía con las bestias en que habíamos hecho

el viaje, cargadas de caza, y tras ellas los perros aspeados, sangrando por las patas pero felices. Recuerdo la última vez que llevé allí al *Amadeo*, ya viejo y casi ciego, muerta la perra compañera. Tropezaba con enebros y chaparros, pero levantaba conejos con su olfato siempre joven.

Muchos años después tuve un podenco, el *Fary*, uno de mis perros que llevaron ese nombre, al cual acostumbré a mantenerse a distancias propicias a la escopeta, a atender fielmente mis llamadas, y era campeón en perseguir a una liebre herida, cobrándola, trayéndola hasta las manos desde kilómetros de distancia. Un día salimos a cazar y se perdió tras una liebre para nunca volver. Caería en alguna lumbrera de minas, corrientes en aquel lugar, o moriría envenenado. Un final misterioso, quizá trágico, como el de la mayoría de mis perros, que me trajo días de tristeza en el recuerdo de su compañía.

Por varias temporadas coincidió este perro, hasta su desaparición, con una perra, la *Pachi*, cruzada de pointer y pachón, cazando juntos en perfecta coordinación de facultades. Fue la *Pachi* una excelente perra, de pelo marrón oscuro, y el único de mis perros que murió de muerte natural, con dieciocho años.

Fary I

No recuerdo con detalles como llegó aquel espléndido setter a mis manos. Era de origen granadino, como la *Linda* primera, sospecho que nos lo proporcionó un tal señor Piñar, famoso cazador que escribía artículos sobre este deporte en un periódico local, como agradecimiento por haberle entregado un precioso pointer que andaba perdido y recogimos en mi casa de Granada. Puso un anuncio en la prensa declarando su pérdida y lo llevamos a su domicilio, pues vivía en la plaza de Bibarrambla, muy próxima a nuestra casa. Su agradecimiento no tuvo límites y prometió regalarnos un perro. Hay una página en blanco en la memoria. ¿Aquel setter fue producto de su promesa? ¿Le encargaría a algún amigo aquel señor de bigote y capa española, que nos trajera aquel perro que andaba errante, sin dueño conocido, por el barrio gitano del Sacromonte?

También pudo llegar a mi casa por conducto de Fernando Alcaina, el portero de la Real Audiencia, tan vinculado al barrio de origen por ser sitio de paso para sus salidas cuquilleras. El caso es que sí sabíamos de la vida anterior del perro. Errante por dicho barrio, atento a cualquier gesto de

atención, compañero provisional de algunos cazadores, vagabundeaba por sus caminos y por las vegas próximas, sin que nadie supiera de su origen.

Era muy extraño que no se lo apropiara algún cazador o alguien aficionado a los animales de compañía, pues era un ser noble, cariñoso y de una gran belleza. De su pureza de raza no puedo decir nada; era grande, de un blanco total e inmaculado y su largo pelo tenía una ondulación perfecta. Decían presuntos entendidos que era un setter inglés, lavarack. Nadie nos dijo su nombre y empezamos a llamarlo *Fary*. Tenía costumbres vegetarianas y comía de los frutos más extraños a un perro: tomates, nabos, cebollas..., quizá porque el hambre le hizo adaptarse a lo que encontraba por Valparaíso, por el valle del Darro, próximo a donde él vivía.

Por su pasado de vida silvestre, por el inconveniente de malos hábitos adquiridos, fue algo difícil adaptarlo a las disciplinas de la caza. Ayudó en esa adaptación su carácter dócil, su tendencia a obedecer siempre que apreciara un mínimo de afecto en palabras y ademanes, aunque conservó ciertos resabios..., defectos de cobro y muestra que nunca llegó a establecer, aunque denunciara de forma expresiva la proximidad de la pieza. Facilitaba tan tardía educación el ser aquellos tiempos -década de los cincuenta- una época dorada de codornices. Después de matarle unas quinientas, entre mi hermano Santiago y yo, sobre todo en espacios de vega que le eran habituales, el *Fary* aprendió, con ayuda de un gran olfato, en qué consistía su nueva vida, y, entre otras cosas, fue perdiendo sus hábitos vegetarianos. Fue cuestión de adaptaciones, de ir compenetrándose con sus defectos y virtudes.

Mucho tiempo tuve este perro. Un día llegó por el pueblo un circo ambulante que llevaba animales adiestrados y gitanos bailaores. Pasé por junto a una carpa al regreso de una cacería y los gitanos quedaron enamorados ante su presencia y pretendieron comprármelo para incorporarlo a su espectáculo. También el *Fary* parecía querer quedarse en aquel ambiente nómada y festivo, quizá en recuerdos de su vida pasada. Aquella noche fue la única en que, lleno de temores, lo até en el patio de la casa con una fuerte cadena.

Ya muy viejo, seguía cazando con mayor sosiego, perdidos los resortes nerviosos de la juventud, rico en experiencias, conservando el olfato de los mejores tiempos. Un día, cazando por la sierra del Aljibe, levantó un conejo por los bajos accidentados de la Cueva del Puntal y salió tras él en loca carrera. Debió influir en su desgracia la merma de sus sentidos por razones de vejez, la pérdida de sus finos instintos, pues se despeñó, cayó al vacío desde

una cornisa rocosa. Me asomé y lo vi inmóvil, lanzando sordos gruñidos lastimeros. Bajé a donde estaba y al verme movía la cola y sus serenos ojos tenían una tristeza infinita; con ladridos entrecortados parecía querer contarme su desgracia. Tenía quebradas las cuatro patas y el cuerpo totalmente desarmado y, comprendiendo que estaba en irremediables agonías, haciendo un esfuerzo supremo, desentendido de su mirada suplicante, abrevié su dolor con un disparo. Mucho sentí ser en ese día cazador solitario y no poder solicitar de un compañero, más desentendido de afectos hacia el *Fary*, aquel triste acto de necesaria eutanasia.

Este perro ocupó un largo periodo de mi vida cazadora, también estuvo presente en momentos importantes de mis aconteceres de hombre. Un día en que fui a ver a Patricia, novia en otro pueblo cercano al mío, lo llevé para presentárselo y pronto intimaron, como haciéndose cargo el animal de la situación. Quedó en fotografías familiares: Patricia vestida de blanco y el perro con la blancura ondulada de su largo pelo, recostado a sus pies.

Los garabitos

No sé en que ámbito del territorio español tendrá vigencia esta palabra. En Andalucía garabito es el perro producto de un cruce entre podenco y pachón. En el deseo de unir las dos tendencias -rastros y paradas- se realiza fusión de razas con el sueño de conseguir ejemplares que, al menos en teoría, habrían de resultar eficaces.

No tuve suerte con estas experiencias que, al menos en mi caso, no fueron premeditadas sino producto del apareamiento natural dado en la convivencia. Nació algún perrillo que tenía cierta gracia y se iba dejando hasta la edad de salir al campo y desvelar el gran misterio de sus comportamientos.

No tuve suerte con los dos garabitos que hubo en mi vida de cazador. Los dos tuvieron mala y temprana muerte, aunque muy distinta, y fueron muy diferentes en estampa y actuaciones. *Linda*, en mi adolescencia cazadora, heredó el nombre de aquella primera que murió atropellada, pues había ocupado el vacío que aquella dejó. Tenía hechuras de sabueso, cuerpo largo, patas cortas, pelo de color zorruno y ojos tristísimos con un fondo de aguas dulces en el mirar. Mostraba con perfección las piezas -pelo y pluma- y era diestra en el cobro, pero en su herencia de virtudes no estaban habilidades y finos olfatos para el rastreo. Serenidad y paciencia la distanciaban de nervios de su parte de sangre podenca y cuando escapaba una pieza, después de breve

persecución, volvía a mi lado con mirada interrogante de novia desengañada. Verdadero cariño llegué a tenerle.

Un día apareció enferma, con síntomas de desgana en el comer y beber, y la atamos con fuerte cadena al tronco de una vieja acacia que había en la puerta del cortijo de mi abuelo Juan. En aquel tiempo un gran temor envolvía al pueblo cada verano con la aparición de algún perro rabioso; la noticia llenaba de terror a los vecinos y hacía que se prepararan las escopetas. Desaparecido hace muchos años aquel fantasma de la hidrofobia, gracias a la eficacia de las vacunas; es difícil imaginar el estado de tensión que creaba la noticia, a veces producto de falsos temores imaginando a un perro suelto con la endiablada enfermedad. ¿Sería rabia lo que tenía la *Linda*? Esas eran las apariencias. La observaba a distancia: a veces estaba nerviosa, desazonada, mordiendo la rugosa corteza del árbol; a veces inmóvil, como petrificada, con tristeza en los ojos. Murió pronto.

En el polo opuesto de la *Linda* estaba el *Stalin*, el otro perro garabito que tuve. Eran los años de mayor tiranía del dictador ruso, del cual se contaban atrocidades, y al ir desarrollándose el perro y comprobar, junto a algunas buenas condiciones para la caza, un carácter cruel que se manifestaba en los ojos fieros y en el enfrentamiento continuo con otros perros, decidí ponerle el nombre del dictador.

Era fuerte, grande, de patas poderosas y pelo rojo azafranado. Corría como el viento y estaba bien de olfato. Era un perfecto registrador de zarzas, tarayes y chaparral.

Iniciaba las muestras para romperlas enseguida abalanzándose sobre la pieza que a veces conseguía coger, ganándole en la huida. En ocasiones, cuando iba entusiasmado con un rastro, se hacía sordo a la voz de llamada y todo acababa en una frenética carrera y un ladrar tras de la pieza en huida.

No había compensación entre virtudes y defectos cuando aparecieron en él otras malas cualidades. Un día saltó las tapias de un corral y mató tres cerdos, otro fueron cuatro corderos las víctimas de su fiereza, aprovechando un descuido para entrar en la majada. En otra ocasión, cazando por la vega, se abalanzó sobre una pacífica cabra que estaba atada. El animal atacado, cogido por el cuello, daba lastimeros balidos y difícilmente, a garrotazo limpio, pude convencerle de que lo nuestro eran las codornices, aunque a pesar de la gran paliza, en una última demostración pude comprobar que no había quedado convencido. Quizá en su pensar de perro malvado no

concebía que andáramos atareados en busca de piezas menudas habiendo al alcance cabras domésticas.

Llegó el final. Estaba con unos amigos de cacería de conejos por la dehesa de Orce y el *Stalin* cumplía brillantemente su labor de manera incansable. Apareció por rastros lejanos un rebaño de ovejas. Fue aproximándose la música de paz de sus campanillas y cencerros. De pronto el *Stalin*, desentendido de los lepóridos, frunció el gesto y miró con ferocidad hacia la manada de ovejas, emprendiendo velocísima carrera, sin hacer caso de mis voces desesperadas. Llegó como un ciclón, partió al rebaño dispersando todo el ganado, mientras el sorprendido pastor daba voces, azuzaba sus perros contra el intruso agresor y alzaba impotente su cayado. Al fin retornó el *Stalin* sin hacer presa, como persuadido por los gritos y la desbandada. Ya lo esperaba yo con un cartucho de bala metido en el cañón izquierdo. Fui su juez y su verdugo, atravesándole de un balazo la paletilla.

Aquel perro nació a destiempo. Buen papel hubiera desempeñado ahora, ante la invasión del jabalí, desahogando su fiereza en la persecución de marranos salvajes.

Tiempos de sosiego

Muchos más perros hubo en mi vida de cazador. Unos ligeros e incansables, poniendo a prueba mis piernas y mi corazón joven, en jornadas apenas sin descanso de sol a sol; otros desplegando astucias y poderes en lo más intrincado del monte, sometiéndome a una dura escuela de reflejos, forjándome instintos en un peritaje de los sentidos. Todos me enseñaron algo en el cotidiano intento de quedar integrado en gozos y sufrimientos de la naturaleza.

Ahora que los años fueron restando excelencia de piernas, ojos, oídos, pulsos, aunque sin conseguir restar entusiasmos, tengo unos perros de raza apropiada a mi pausada, lenta... -breve en tiempo de duración, intensa en saberes, decepcionante en los empobrecimientos del campo- manera de cazar. Ahora me acompañan *Tanguillo I* y *Tanguillo II*, padre e hijo; nombre de una nueva serie en que en las llamadas dentro de cada faena en el campo hay que abreviar con un "Tan" como una sorda campanada que parece un símbolo, en el acortamiento obligado en todos los órdenes de mi actividad cazadora, y suena a primera campanada de aviso, de repique anunciando el final de mis historias de caza.

Éstos, los últimos perros de mi vida si San Humberto y San Francisco de Asís me los libran de tragedias, son espagneul bretón. Pequeños, vigorosos, casi iguales de aspecto -diseñados en blanco y chocolate- inteligentes, muy obedientes, pareciendo darse cuenta de mis rodillas de huesos gastados; registran el monte en mis inmediaciones y de vez en cuando se vuelven a mirarme para ver cómo llevo la marcha.

Tanguillo I es ya veterano en mi poder, criado desde cachorro, con excelentes vientos y firmeza de muestra. *Tanguillo II*, su hijo, aunque con buenas facultades, es seguidor, imitador, a veces estorbo del buen hacer de *Tanguillo I*. Lo tengo para que acompañe a su padre en los largos y tediosos tiempos de veda, ya que, por viajes y actividades mías, están condenados a no hacer vida social, y han de aguantar el paso de los días en la monotonía de las perreras. Cuando llega el periodo de caza, saco a *Tanguillo II* por compasión y afecto, sabiendo de su poca eficacia al ser tan sólo la sombra de su padre. Es como esas damas de compañía que a veces acompañaban a las nobles señoras y a veces olvidaban ser discretas. Si algo desarregla *Tanguillo II*, intenta, como buen padre, volver a arreglarlo *Tanguillo I*. ¡Qué le vamos a hacer...!

La vida de un cazador se puede contar por perros vivos en el recuerdo, por gozos que perduran en la sangre, por sufrimientos aceptados como tributo, mejor que por el testimonio muerto de los trofeos.

EL JABALÍ SOÑADO

LOS CAZADORES QUE HEMOS DESARROLLADO NUESTRA ACTIVIDAD EN TERRITORIOS DE CAZA MENOR –DURANTE CASI TODA LA VIDA- SOMOS NOVICIOS EN LAS ARTIMAÑAS DE LA CAZA DEL JABALÍ. Sólo habíamos visto a este animal en estampas de cacería, en grabados antiguos con cazadores a caballo por un paisaje de sosiego. ¿Quién podría decirnos que con el tiempo estarían en la mira de nuestras escopetas, a veces con más posibilidad que una codorniz?

Para mí la presencia del primer jabalí -he de confesarlo- tuvo categoría de espejismo con visión procedente del mundo de los sueños, a pesar de conocer que habían empezado a visitarnos. Me causó los asombros que me habría producido la aparición de un león o una jirafa. Fue en aquellos tiempos cercanos en que no sabíamos si la llegada de la especie a nuestros territorios era transitoria, en viaje turístico de ida y vuelta, o traían la intención de quedarse con nosotros y, a pesar de las cruces de la moneda, hacer crecer de manera descomunal nuestras pasiones cazadoras.

Aquel primer jabalí apareció por donde yo esperaba la liebre, espantado por mis perros que, tan sorprendidos como yo, venían persiguiéndolo con alboroto de ladridos. Apareció de pronto orlado por las ramas del espeso chaparral, y yo, inocente a pesar de mis malas intenciones, obedeciendo a un instinto poco reflexivo, le disparé los dos tiros de mi escopeta. Debieron de hacerle cosquillas los perdigones, pues antes de desaparecer de mi vista soltó un ronquido sordo de burla o de protesta. Los perros, renunciando a su persecución, vinieron hasta mí desconcertados, con miradas interrogantes.

No volverá a ocurrir, me propuse, y cuando en busca de la liebre o la perdiz llegaba a un sitio propicio para encame de guarros cambiaba un cartucho de mi escopeta de dos cañones, sustituyendo bala por perdigones. Con estas precauciones, en episodios sucesivos, disparé a un conejo con bala y a un jabalí con perdigones, con los resultados que pueden suponerse. ¿Qué guerra de nervios se libraba en mí para, lleno de dudas, en el momento decisivo, confundir el cañón apropiado? ¿En qué cañón metí la bala...?

Pero esto eran cosas de los primeros tiempos. Ya nos hemos serenado los cazadores, dentro de lo posible, y ante la presencia del guarro funcionan con normalidad nuestras decisiones y reflejos. Ya tengo, en mi pequeña historia de esta caza, alguna práctica que me ha llevado a una sucesión de éxitos, aunque hasta ahora no había tenido oportunidad de disparar sobre un gran macho y sólo había abatido hembras y animales nuevos.

Por mi cabeza rondaba el macareno que no habían visto mis ojos. Poderoso circulaba por mis sueños: como un ciclón atravesaba la maleza, traducía su nariz la más leve herida de la tierra; sus oídos, receptores mágicos, oían las más tenues respiraciones del bosque; sus navajas de vivos marfiles se afilaban en el pedernal y en la dureza milenaria de la carrasca. El poeta García Lorca lo había soñado en la danza de muerte de Antoñito *el Camborio*, como un demonio de yescas y betún; y aquel poeta de la dehesa y la marisma, Fernando Villalón, había sentido en los zahones no alcanzados por cuerno de toro su tremendo mordisco.

Hacía años que yo lo esperaba por collados y atalaya de peñascales. Cuando en consigna de ladridos se reunían las rehalas en su persecución, yo acariciaba el gatillo con impaciencia y penetraba con mis ojos los flecos del monte, esperando verlo aparecer. Nunca llegaba, aunque lo oía próximo, mudo en los acosos, pero quebrando ramas y rulando piedras como un vendaval, dejando a su paso un lastimero grito de lebrél mortalmente herido.

Y ahora, esta tarde que he subido con mi hermano Santiago por laderas de la Sierra de María, del Parque Natural, con mis dos bretones en busca de la liebre y la perdiz, aparece el macareno largamente esperado.

En este sur de la sierra -bojas y tomillos- está la tierra martirizada por la larga sequía. A media ladera empieza alguna mancha de chaparral alto. Vuela una perdiz lejana hacia los llanos distantes. Mi hermano, algo alejado de mí, dispara a un zorro que huye hacia un alto riscal. Los perros se alegran con el disparo y les tengo que chistar para serenarles la carrera. Vuelven sumisos. Hemos entrado en uno de los pocos espacios de chaparral y bajo el primer chaparro observo la escarbadura fresca del jabalí. Cambio el cartucho del cañón izquierdo por uno de bala. Los perrillos se animan en la búsqueda, mueven los rabos elocuentes y muestran sin fijeza. Pienso que no andan lejos las perdices y tengo abierta la escopeta, arrepentido de haber puesto la bala, con la intención de cambiar a perdigones. Me asaltan dudas y cierro el arma sin hacer el cambio. Se adensa el chaparral y los perros empiezan a

olfatear en actitud dudosa, registrando el monte con cautela, denunciando una extraña presencia.

Se arranca el marrano fuera de mi vista, ocultando su huida una alta macollada de chaparral. Los perrillos -el primer jabalí que levantan en su vida- desaparecen ladrando en su persecución. Mi hermano, que caza en más alto, perdido en los accidentes del terreno, no puede verlo. ¿No habrá sido una zorra...? Desecho dudas, había sido tremenda la arrancada. Desesperado, intento inútilmente salvar obstáculos. Cambia de sentido el ladrar de los perros que siguen fuera de mi vista, se han desviado monte abajo y en dirección contraria a la salida. ¿Habrán conseguido volverlo en los principios de la carrera? ¿Se habrá vuelto en la querencia de huir hacia el pinar bajo de una finca que queda a nuestra espalda?

Lo veo aparecer perseguido por los valientes bretones, a unos cien metros. Comparado con el tamaño de los perros me parece descomunal. Apunto a la paletilla y disparo. No dice nada y sigue su marcha, aunque perdiendo velocidad y desviándose ladera abajo. *Tanguillo*, el perro más viejo, le va mordiendo las pezuñas cuando desaparece, sin darme tiempo para un nuevo disparo. Alertado mi hermano por el tiro y los perros, viene hacia mí y le explico lo ocurrido. Volvemos en su busca, yo sin perder altura y él por donde le indico que ha desaparecido. Pronto vuelven los perros con un extraño aspecto: pelos erizados y rabo entre las patas, en actitud de renuncia y miedo. Estaba clara la situación, se había parado, planteando una lucha que no fue aceptada. Habíamos andado unos doscientos metros cuando mi hermano dispara y vocea su hallazgo. Había quedado mal herido de mi disparo, cayendo al amparo de un atochar, y al sentir su presencia se levantó acometiéndole a muy corta distancia, obligándolo a dispararle a bocajarro. El tiro, en plena boca, descartó la posibilidad del trofeo, aunque quedaban intactas las afiladas navajas. Era un gran verraco, mi jabalí soñado. Gordo, con forma de tonel, cebado en los almendrales de la próxima meseta: ciento quince kilos de jabalí.

Una tormenta de la noche anterior -la única tormenta en todo un año de sequía- le había dado una eficaz ducha de limpieza. Gracias a la redondez de su cuerpo, rodó fácilmente por la escarpada y pendiente ladera, hacia el camino en que habíamos dejado el coche. La misma ladera en que un día, siendo niño, perdí pie y bajé rulando ante los ojos espantados de mi padre.

Al final del fácil descenso, perdida la pendiente, quedó atrancado en un pequeño barranco y eran inútiles nuestros esfuerzos para llevarlo hasta el coche, que estaba próximo. Tuvimos que pedir ayuda a otros cazadores jóvenes que habíamos visto en un coto contiguo. Al fin lo colocamos en mi pequeño remolque, y sobre él los perros –para que se fueran acostumbrando- a pesar de negarse a ser encerrados con aquel compañero de viaje que les había enseñado sus tremendos colmillos.

Camino de casa iba yo repasando mi larga película de sueños, con un final cumplido en realidades felices.

SIN ESCOPETA

ESTE CAPÍTULO NO ES UNA HISTORIA CAZADORA, PERO SÍ ES UN FRAGMENTO DE LAS HISTORIAS DE UN CAZADOR SIN ESCOPETA. Durante mi vida viajera intentando conocer las zonas más exóticas de nuestro planeta, junto al interés por la gastronomía, las costumbres, los paisajes y monumentos, está el anhelo de ir descubriendo la naturaleza y, dentro de ella, el espectáculo de bosques y llanuras, de montañas y ríos, el vivo palpitar de las faunas autóctonas: el vuelo de los pájaros o la sombra de los antílopes...

En correrías por el mundo he tenido a mi lado turistas desentendidos de las magias naturales, de asombros felices en el descubrimiento de prodigiosos animales. Los llevaron, por ejemplo, a ver una catarata famosa, pero no supieron ver el arco iris de una bandada de pájaros poniéndole cenefa al sol. Los cazadores cabales (extraña pero cierta paradoja, como tantas en la vida del hombre) somos los amantes privilegiados del mundo natural, y añadimos a la aventura viajera el gran aliciente de ir descubriendo un mundo apenas visto en los libros o en documentos televisivos, a veces espléndidos pero sin la emoción de la realidad.

A veces suele no tratarse de seres exóticos en lugares distantes, sino de la gozosa contemplación de nuestros animales familiares, no cazables, dentro de las correrías por nuestros propios territorios, enmarcados en un paisaje singular. He disfrutado ante la alta pared de tierra de una barranquera, perforada por los abejarucos para anidar, con el ir y venir de las preciosas aves llevando alimento a sus crías o contemplando el vuelo en picado del águila real, lanzada desde el risco sobre la perdiz escondida en una lejanía de espriegos olorosos. Los profanos en cinegéticas cuestiones raramente podrán entender de igual manera los gozos circundantes, supletorios, en desinterés de captura, que acompañan al cazador cabal.

Llevo infinitas estampas de belleza por la memoria: una gran bandada de flamencos rosados alzándose de las lagunas salineras del Cabo de Gata almeriense y perdiéndose en las lumbres de un sol crepuscular; la torcaz ciudadana de los jardines parisienses volando hasta las cornisas del Louvre,

poniendo un arrullo de bosque en la gran ciudad, amansada en convivencias; la visión de un ciervo de astas sorprendentes por los claros y sombras de un bosque austriaco; un cielo de halcones y garzas sobre las márgenes del Nilo, como llegando desde unos bosques de prehistoria...

Expedición a Mauritania

En la primavera de 1993 fui invitado a participar en una expedición de la Universidad granadina, en busca de las ciudades perdidas de donde partieron los almorávides en el siglo XI, las tribus bereberes que fundaron un imperio desde el río Senegal al Ebro. Íbamos en busca de esas ciudades (Atar, Chinguetti, Wadán, Wualata) que van camino de desaparecer acorraladas por el desierto, sepultadas en arena. Larga fue la aventura que corrimos los expedicionarios desde Melilla hasta la frontera de Senegal: cautiverio en Argelia, rescate y ayuda del Frente Polisario, pérdida en el inmenso desierto mauritano, etc. Mucho fue lo aprendido junto a expertos arqueólogos, arabistas, naturalistas, historiadores..., pero sólo pretendo en este breve apunte dar noticia de lo relacionado, de alguna manera, con mi vocación cazadora, como fiel observador de la naturaleza.

Aterra pensar que el desierto, de forma inexorable, avance hacia otros continentes a causa de sequías, incendios forestales, envenenamientos del medio ambiente..., pensar que el gran desierto africano avance devorando el pálpito vegetal de la tierra, el aliento animal con su respiración de vida. Durante el largo viaje por la mayor aridez del mundo, tuve estímulos para reflexionar sobre el porvenir de nuestras tierras si la sensibilidad del hombre no despierta en generaciones venideras, evitando agresiones que, junto a trastornos atmosféricos, acelerarían desertizaciones. Nuestra parte de responsabilidad tenemos los cazadores en el asunto, y hemos de desvelarnos, ser los primeros protectores de especies en peligro de extinción, ser paladines de la amenazada belleza del mundo, no permitiendo que desaparezca ni el más humilde de los pájaros de la faz de la tierra.

Los saharauis enseñan a sus amigos viajeros cuevas con pinturas rupestres, camufladas en la uniforme aridez, y las pinturas representan una fauna propia de zonas húmedas, rica y variada, y nos parece una fantasía el que pudieran habitar el lugar que ocupan arenales que ahora pisamos hermosos animales, dándonos testimonio de otras edades felices de la tierra. Yo, que me había asomado al gran desierto en viajes anteriores, por Egipto, Túnez,

Marruecos y Argelia, nunca lo había cruzado en su infinita soledad, y en ese largo viaje practiqué un atento espionaje de naturaleza mortalmente herida, en que tiene categoría de milagro el descubrimiento de un ser vivo.

El desierto es para vivirlo, gozarlo y sufrirlo intensamente, después de haber aceptado su tremendo desafío. ¿Qué nos daría esta aventura en que atravesaríamos el rostro más desvalido de la tierra, en busca de ciudades perdidas en sepulcro de dunas, sin caminos ciertos para llegara ellas? Yo anotaba en mi agenda de cazador el más leve latido de vida. Por los flecos del desierto marroquí se abría un paisaje martirizado, con el sufrimiento de acacias solitarias, en espinosa sublevación de protesta contra la sed. Un árbol muerto en la lejanía, con sabias dormidas, en espera de primaveras imposibles. Como único signo de vida en muchos kilómetros de recorrido, divisamos dos cuervos a semejanza de amplios pañuelos de crespón que planeaban al acecho de una posible lágrima del mundo. Universales cuervos, atentos espías por todas las latitudes del Universo, cuyo borrón de luto no podía faltar por esos desamparos. A tramos aún se dulcificaba la tierra perdiendo aspereza. En uno de estos tramos, por un cauce de rambla, apareció una pincelada de verdes, y tuve, entre tormos arenosos, un claro espejismo de alondras. Al fin un valle, un lienzo de desierto arrodillado lograba el milagro del palmeral.

Estábamos en el oasis de Figuig, el último pueblo marroquí. Desde la balconada del pobre hotel en que íbamos a dormir contemplábamos al sol agonizante poniendo peluca roja a las palmeras, desde las que llegaba un salmo vespertino de pájaros.

Con aquella despedida de trinos iba a acabar cualquier contemplación sosegada. Muchos kilómetros de desierto argelino sin rastro de vida animal. Al fin encontramos un pequeño charco en un cauce seco, testigo de alguna tormenta reciente, en cuyos alrededores un crucigrama de señales denunciaba la vida: huellas de camello, de zorro, de reptiles y aves que habían descubierto aquel sorbo de agua provisional. ¿Cómo descubrían los escasos y ocultos habitantes de la sed la circunstancia de aquel tesoro de agua?

En Béchar, los polisarios nos regalaron un lagarto grande y pacífico, con lomo moteado en verde y amarillo, que sería durante largo trayecto mascota de la expedición y que soltaríamos más adelante, en la plenitud del desierto. En Mauritania el lagarto rubrica todo el imperio de la aridez. En extensos tramos del recorrido son numerosísimos y variados, grandes y pequeños, color de arena, en disfraz de camuflaje, listados en negro y rojo... Detectan

a distancia el paso de los coches, se previenen huyendo hacia la boca de su cubil, desaparecen con prisa bajo la arena o bien quedan en observación, alzados sobre las patas traseras, curiosos ante el ruido invasor de los motores. Al hacer un alto, al bajar de los coches, pisa un pie junto a la víbora que se previene, al borde de su madriguera. Serpientes y víboras suelen ser abundantes en algunos lugares, porque el suelo es laberinto de huellas, un juego de escondrijos y tatuajes, junto a señales de zorros, escarabajos y escorpiones, en escala de animales cazadores.

Lo que verdaderamente toma categoría de prodigio es la presencia de un pájaro. En las acampadas, cuando en larga singladura de ciudad a ciudad no era posible encontrar posada, y uníamos nuestras provisiones al pan y a las naranjas compradas en el último zoco, siempre nos vigilaban los ojos de algún cuervo. Mi instinto de cazador alertaba a los sentidos y denunciaban la presencia animal, aunque la de los cuervos no era una presencia oculta; bastaba para descubrirlos tener un poco de interés por el entorno. Casi siempre era un sólo par, que quizá venía vigilando nuestros pasos durante kilómetros, y al acampar ocupaban el árbol más próximo o la copa de un arbusto, en atenta espera. De vez en cuando impacientes se atrevían a volar en círculo hacia nosotros, dando graznidos, deseando dejáramos libre el lugar de nuestra estancia para buscar los desperdicios. ¿Cómo en lugares tan solitarios, en que tan rara es la presencia del hombre, están los cuervos adiestrados en vigilar el aprovechamiento de sus sobras? Pienso que es algo transmitido a través de generaciones de cuervos seguidores de las caravanas de camellos, a través de siglos.

Otro pájaro detectado desde el comienzo de nuestra andadura por las arideces, es la collalba negra, siempre apareciendo inmediata a nuestra presencia, al contrario de como yo la conocía, ave solitaria por los roquedales serranos de mis territorios de cazador. Esta familiaridad tendrá sus razones y provechos. La he visto sobre alambradas y sacos terreros de los puestos militares argelinos, a poca distancia del cañón del fusil asomando por la tronera, y recuerdo el canto encelado de un macho en los alrededores de la jaima en que descansábamos, en el lugar de recibimiento del Frente Polisario.

La sorpresa mayor para mí, en el descubrimiento de los pájaros, fue encontrar lavanderas, ese pajarillo gris y negro, elegante, nervioso, que corretea sorteando piedras y vuela a tramos, como haciendo descansos en el aire, escribiendo una línea ondulada y rubricando con un trinar cada

espacio de vuelo. Hablo de sorpresa porque yo siempre había asociado este pájaro a lugares húmedos, lo había visto en la proximidad de las albercas, por márgenes de ramblas y ríos. “Pajarica de las nieves” lo llamaban en mi pueblo. Su presencia en el desierto ha sido para mí desconcertante. ¿Cómo se adaptaron a los martirios de la sed? ¿Tendrán de madrugada una mano de rocío que acaricie la arena o libarán una lágrima en la mansa pupila del camello?

En Atar, antigua capital de Mauritania, las tórtolas trazaban vuelos nupciales desde las escasas acacias de la ciudad al palmeral del oasis próximo. En Akjoujt, pueblo a medio camino entre Atar y Nouakchott, vimos niños con animales: una ganga, lagartos multicolores, una liebre dorada; juguetes naturales de niños pobres, pero integrados en la naturaleza circundante, como en los tiempos de mi niñez de pueblo. Nunca como en ese viaje en que el descubrimiento de un animal silvestre tenía apariencia de milagro, he tenido negras visiones de un posible futuro desolador para nuestros campos.

Gacelas en Almería

En mis vigiliadas del desierto siempre soñaba con ver gacelas, sueño imposible de hacer realidad pues al parecer los últimos antílopes saharianos se encuentran en tierras almerienses. Lo he contado en otras ocasiones. En las espaldas de la Alcazaba, en los hondones de su pie, por donde acaban las calles de la Chanca, el barrio marinero almeriense, está la Hoya, un estrecho valle cercado por dobles murallas: las que levantaron en lejanos siglos los enamorados de esta tierra, temiendo perderla, y las formadas por rocas del pie marino de la Sierra de Gádor. La Alcazaba, los cerros de San Cristóbal y la Fuentecica, vigilan el desarrollo de un milagro: la reproducción de una preciosa fauna sahariana, perdida en su lugar de origen. Aquí están los rebaños de gacelas, como un sueño de las edades primeras de la tierra. Gacelas y palmeras forman pareados de esbeltez, natural, en una estampa de las mayores bellezas de la naturaleza. Bellos pareados del árbol y el animal, el gran poema de la Hoya Nueva. Los árabes llamaron a este lugar “Barranco de la Puerta de la Musa”.

Africano el origen de los reyes que hicieron de Almería su sede de belleza. Africano el origen de estas gacelas almerienses, retozonas o inmóviles, con gracia de cabriola infantil y de meditadora dama antigua. Todo ocurrió porque en el desierto del vecino continente la insensatez del hombre-coches

todo terreno y metralleta- amenazaba con acabar con hermosuras de la tierra. Aquí estaba Almería y estaba Antonio Cano, mítico salvador, cazador y naturalista, para evitar el exterminio. En Almería, los gráciles animales podían conservar en las pupilas su colección de dunas y sentir suyos los parpadeos del sol. Antonio Cano, novio perenne de la naturaleza herida, con delicadezas innatas, con eficaz costumbre de acariciar a los animales, conservada y enriquecida su sabiduría primitiva con el convivir en las matrices de la tierra, conseguiría el milagro de la reproducción. Se fundó el “Centro de Rescate de la Fauna Sahariana”. La delicadísima gacela *Cuvieri*, el arrogante *Arruit* y la gacela *Nobor* o gacela *Dama*, la reina de las más castigadas, y primera en peligro de desaparecer, junto a otros animales de una patria perdida, tuvieron su territorio apropiado, república feliz de los antílopes, en espera de circunstancias de paz y de sensibilidad entre los hombres para volver a romper la soledad infinita en que quedó el desierto. Cuando esto sea posible, quedará cumplida una misión que empezó cuando a principios de los setenta, en arca de Noé por los aires, llegó hasta el aeropuerto de la ciudad este regalo de Reyes Magos -en fecha próxima a la festividad de Reyes fue el primer envío desde el Aaiun- para gozos y responsabilidades de Almería.

A veces voy a contemplar este santuario de la fauna africana, en donde se ha conseguido salvar preciosas especies de una extinción definitiva. Allí se aprecia, más que en parte alguna, lo mucho que pierde o puede perder en hermosura nuestro mundo por falta de sensibilidad del hombre hacia la naturaleza. Los cazadores hemos de tenerlo siempre presente.

EL PARAÍSO ARGENTINO

EN UNO DE MIS VIAJES LITERARIOS LLEGUÉ A ARGENTINA PARA, CON LA AYUDA DE LA EMBAJADA DE ESPAÑA, DAR UNA SERIE DE LECTURAS POÉTICAS EN BUENOS AIRES Y OTRAS CIUDADES DEL PAÍS. Durante el mes que estuve allí disfruté en compañía de viejos amigos en el quehacer literario, también de viejos amigos de infancia y juventud española alejados por emigraciones y exilios, y nuevos amigos en encuentro de afición cinegética. Fue en el año 1985.

Conocí a José Jiménez, hijo de padres emigrados de Chirivel, culto e inteligente, gran cazador y pescador, que decidió organizar una cacería en mi honor en la pampa húmeda de la provincia de Buenos Aires, en un lugar llamado Guaminí. Grande era la tentación, y pude eludir los compromisos de lecturas poéticas en Córdoba y Mendoza, dedicando unos días a la caza y al conocimiento íntimo de una parcela del inmenso y variado campo argentino, que sólo conocía por un turístico viaje a Iguazú o a través de mis desplazamientos por el país, desde la ventanilla de coches y aviones.

Madrugamos para dejar la gran urbe y trasladarnos unos seiscientos kilómetros hacia el sur, dentro de la provincia. Yo iba feliz porque ya no regresaría sin tener un encuentro íntimo con la naturaleza, sin asomarme al vivir campesino del país, sin sentir en las manos el latido de un pájaro.

José Giménez y yo avanzábamos por la carretera solitaria queriendo ganarle la partida las luces del amanecer. En Guaminí nos esperaban varios amigos cazadores ya alertados de nuestra llegada y que, perfectos conocedores del lugar, nos acompañarían cazando en los humedales frondosos en que estarían ocultos los inambúes, llamados allí “perdices”.

La noche anterior elegimos las escopetas, decidiéndome por una del dieciséis, la de mayor calibre de la colección que me ofrecía José. Yo, acostumbrado a utilizar escopetas del doce, quedé muy extrañado de que allí se cazara normalmente con armas de pequeño calibre. Después comprobé que quizá era debido a la corta distancia en que se levantaban las piezas.

Durante el viaje contaba yo a José historias españolas, de la caza de la perdiz con reclamo, a la que su padre era muy aficionado antes de empen-

der la aventura americana, y él, a través de mi relato, hilvanaba fragmentos perdidos de la historia de su estirpe y su tierra. Con luces de amanecida, roto el crespón de las tinieblas, se abrió ante nosotros la llanura inmensa, calva de arbolado, interrumpido a veces el verde y oro del pastizal por tramos de laguna sobre los cuales bandadas de aves acuáticas volaban enredadas en la primicia del abrazo del sol recién nacido. Era como un anuncio del placer que nos esperaba en el lugar de cacería, en aquella parcela de paraíso argentino en la que se iba a realizar mi bautismo como cazador americano.

Llegamos al grupo de casas de Guaminí en que vivían varias familias amigas de José, que nos esperaban y nos recibieron con afectos y sonrisas, preparando el mate de la amistad. Comprobé que, como en todos los lugares de la tierra que había visitado y a los que no había llegado la salpicadura de deshumanizaciones de grandes ciudades, las gentes tenían intacto el preciado don de la hospitalidad. Bebí el mate como acto litúrgico en que me unía con lazos espirituales a aquellos seres, campesinos y cazadores como yo, y me unía al latido secreto de una tierra hermosa, quizá la más fecunda del planeta.

Aquellas gentes, viviendo en límites de grandes fincas ganaderas, cercanas a dos espaciosas lagunas -me dijeron que una de agua dulce y otra de agua salada- vivían como en las primeras edades de la tierra, de la caza y la pesca. Dos especies, sobre todo, hacían esto posible: la liebre de las llanuras y el pejerrey de los lagos. La liebre -como la nuestra de pelaje, pero mucho más grande -aunque no tanto como la patagónica que existe más al sur y que parece un híbrido de canguro y cordero- es base de una economía cazadora. Muy abundante, sin época de veda, es cazada con fines comerciales, según dijeron. Con camionetas de potentes faros se cazan en la noche en cantidades masivas y se venden enlatadas a diferentes países, entre ellos a algunos de Centroeuropa. El pejerrey se pesca buscando diversos mercados del país.

La amistad de aquellas familias de Guaminí con José Jiménez se puso de manifiesto, poniendo a nuestra disposición excelentes acompañantes, aunque mi amigo conocía los cazaderos de haberlos andado muchas veces. Podíamos elegir territorios propicios en inmensas fincas, algunas pertenecientes a alemanes, en donde la presencia de mi paisano era bien recibida. Con dos diestros y jóvenes cazadores nativos emprendimos la aventura, acompañados de un sólo perro mal educado. Al pisar aquella tierra fecunda, sin guijarro alguno, como recién nacida, en cuya superficie se desataban múltiples venas de agua, tapizada por la gloria del pastizal, sentí el gozo que debieron sentir

los primeros descubridores llegados, siglos atrás, de las viejas tierras de España tan heridas por cataclismos ocurridos a través de los tiempos.

Rastros de paraíso

Pronto pude comprobar que era posible el continuo uso de la escopeta sin necesidad de perros, aunque yo eché de menos la presencia de los míos que habrían hecho más divertida la jornada.

Una naturaleza confiada da todas las facilidades al cazador; los inambúes, llamados allí “perdices”, se alzaban de los pies con vuelo pausado y hacían recordar, por contraste, nuestra perdiz roja -¡tan brava y desconfiada!- alzándose como bala de cañón y poniendo distancias de salvamento.

Los inambúes grandes o “perdiz colorada” eran la pieza rey. Acaso por exceso de confianza ante la facilidad del asunto, o por extrañar el manejo de la escopeta, empecé fallando algunos disparos, pero pronto me acomodé a una maniobra cinegética que no exigía mucha rapidez en su ejercicio sino un atento encañonar la pieza dentro del posible sosiego. En comparación con mi manera de cazar toda la vida -nuestra brava perdiz roja o el conejo en zigzag por el chaparral- esto era otra película, o quizá la misma a ritmo lento. Había que acomodar instintos y reflejos a una nueva situación. Ahora, los protagonistas perdedores de la película sí eran muy diferentes. Poco tienen en común las perdices americanas con las nuestras; entre gallináceas y ñandúes, con su propia personalidad. La perdiz colorada es grande, como todo es más grande en América: los árboles, los ríos, las montañas, las llanuras, las chuletas de los restaurantes de Buenos Aires, las enormes vacas, los abrazos de los amigos... Bien me enteré cuando maté la primera liebre y tuve que aguantar su peso, cuando fui llenando el morral y colgándome piezas del cinturón. El tamaño de las liebres parecía aumentado cuando en su carrera cruzaban los tramos desnudos de la gran llanura; eran mis liebres de toda la vida, en color y movimientos, pero como crecidas por un sueño. Cuando el disparo les cortaba la carrera, se oía su derrumbe en salto mortal sobre la tierra que sonaba como la tersa superficie de un tambor, y parecía toda la pampa herida. La “perdiz chica” era la pieza más abundante. A veces, al entrar en un rastrojo de maíz o girasol, salían en bandada, abriendo el vuelo en varias direcciones, dando oportunidades para el “doblete”, a veces para la “carambola”. También se les veía apeonar rápidas por los claros del rastrojo, resistiéndose al vuelo. Del tamaño de nuestra perdiz roja, tiene la pluma

como nuestras codornices y su vuelo es parecido. Perdiz colorada, perdiz chica y liebre fueron objeto de nuestra cacería. Varias veces cambiamos de lugar, aprovechando para volver a los coches y dejar las piezas conseguidas, aligerándonos de peso.

Se hablaba de otra perdiz llamada “copetona”, al parecer protegida, pero no llegamos a ver ninguna. Al volver al poblado la contemple en cautividad y era de pluma muy parecida a las gallinas de Guinea, de parecido tamaño a la “colorada” y con un copete que le daba nombre. Había otros animales en los terrenos que íbamos cazando, pero mis compañeros hacían selección de piezas preferidas, ante la abundancia de caza, y no prestaban atención a otras especies. Parecía ser costumbre y yo, extrañado y resignado, alzaba instintivamente la escopeta aunque sin disparar. Tuve algunas tentaciones no vencidas.

Apareció por el horizonte un gran bando de aves oscuras, al parecer con estilo en el volar y silueta de acuáticas. Se fueron aproximando hasta pasar sobre mi cabeza, y disparé a la última que pasaba como rezagada, separada del bando, y se desplomó sobre el pastizal. Cuando la tuve en mis manos descubrí sus rasgos de ave acuática y su belleza: era negra, pero tenía reflejos y tornasoles cambiantes: verdes, azules y rojos, según le diera el sol. Hice además de meterla en el morral y el compañero más cercano me gritó que era un cuervo lagunero y no era comestible. La tiré sobre el pasto pensando que a algún habitante de aquellos humedales le serviría de cena.

Los patos, de diferentes tamaños, pasaban en bandada con ruta hacia las grandes lagunas. Disparé sobre una pareja que voló cercana y cayó uno alicortado, sobre una especie de junquera. Le perseguí por entre las matas y graznó como extrañado de mi conducta mientras huía en carrera desesperada, perdiéndose en una maraña de hierbas altas. Mis compañeros me esperaban para no dejarme atrás en la mano, con un silencio de reproche. Un tero solitario -especie de avefría- nos perseguía vocinglero, como queriendo alertar a todo el campo con sus gritos del peligro que representábamos. Desaparecía y aparecía otro, como en reglamentario relevo, siguiéndonos atentos en labor de denuncia policial.

Me desentendí de otras oportunidades, siguiendo atento a liebres y perdices. Encontré una especie de cuevas conejeras y me dijeron eran de vizcachas que andaban siempre escondidas. Al desplazarnos de un lado a otro en los coches vimos un armadillo inmóvil junto a su madriguera. José,

eligiendo entre las armas que llevaba, le disparó con una carabina del veintidós. El animal dio un gran salto y herido de muerte alcanzó la madriguera. No pudimos cobrarlo y me dijo un compañero: -Lo siento porque no te vas a enterar del buen sabor a pollo campero que tiene.

Los escasos árboles eran eucaliptos enormes y estaban plantados en largas hileras, quizá señalizando linderos de fincas distintas. Fuimos a descansar y a comer algo bajo un bosquecillo de esos árboles. Sobre nuestras cabezas, en las altas copas, zureaban grandes palomas que eran llamadas “paloma turca” y parecían torcaces gigantes sin corbata. En los hilos de un tendido eléctrico próximo, con toda confianza, descansaban preciosas tórtolas. Había que dejar quieta la escopeta. “*Donde fueres haz lo que vieres*”, dice un refrán del pueblo sabio.

Pero otra vez volví a disparar sin deber hacerlo, llevado por un impulso no vencido. Habíamos visto pequeñas manadas de una especie parecida a pequeñas gacelas correr veloces en la distancia, saltando vallas del ganado y desapareciendo en la lejanía. Los llamaban simplemente antílopes y me dijeron que no eran autóctonos sino introducidos años atrás. De pronto, como en visión más soñada que real, a velocidad de vuelo, vi cruzar ante mis ojos un animal de aquellos, que al parecer venía huido. La ilusión me hizo ver que venía próximo y fácil de conseguir. En realidad cruzó distante y con los perdigones debí hacerle cosquillas, pues continuó su veloz carrera y lo seguí con la vista hasta verlo desaparecer como un punto minúsculo en los horizontes infinitos de la pampa. Fue como el epílogo fantástico del final de la jornada, a pesar del fracaso, pues quedó como un sueño irrealizable, como un símbolo de libertad triunfante, como la ilusión intacta de un deseo no cumplido.

Volvímos a los coches, en donde se amontonaban muchas liebres y perdicés, pensando en el regreso. Por la ribera de un lago vimos gran cantidad de aves. En pequeños islotes se alzaban arbustos coronados de pájaros. Volaban aves conocidas y otras cuyo nombre iba aprendiendo, anotando según me informaban los compañeros: garzas, cigüeñas, bandurrias, patos, cisnes, archibebes, chorlitos, andarríos, junqueros, monjitas, pico de plata, viuditas, corbatitas, pajeros, tordos de agua, pechoamarillo, pechocolorado... El cielo enrojecido por el crepúsculo era una fiesta alada. Se cruzaban bandadas de aves desconocidas, de bello perfil, quizá buscando sus dormideros. Poblada la tierra y el cielo, siendo imposible la ausencia de algún animal ante nuestra

mirada, empecé a entristecerme pensando en nuestros campos españoles, en los que empezaba a establecerse una soledad y un silencio de desierto anunciado. Me desentendía de malos augurios, en gozo con mi encuentro en la belleza pajarera de América, queriendo creer que el hombre en última instancia, a toda costa, salvará la infinita hermosura del mundo.

Rayos de luna

Por la noche encendimos una hoguera y a su rojo resplandor nos hicimos fotografías sobre un fondo con tendedero de caza colgada. Era la hora de reafirmación de la amistad, del comentario sobre el acontecer del día, resaltando detalles y matices. Los cazadores del lugar contaban episodios adobados por la fantasía, correspondientes a pasados felices. José contaba cacerías por otros lugares del país, con avifauna sorprendente y variada, o cacería de animales que me eran familiares, como las de conejos por la Córdoba argentina, o bien describía jornadas de pesca en que se conseguían truchas enormes.

Llegó un momento en que se comentó la manera de proyectar la cacería del día siguiente. Dije que debíamos dejar en paz a liebres y perdices, ante el resultado satisfactorio. Se aceptó mi propuesta. Al final de la feliz jornada en que me estrenaba como cazador pampero, había sentido un decaimiento en el interés por conseguir piezas. Era una sensación ya sentida en mis años mozos, por los campos de mi territorio de Chirivel, cuando abundaban conejos y codornices y llegaba un momento en que, llenos los morrales su caza, carecía de interés y la cacería era interrumpida antes de lo previsto y hasta pasados unos días no volvía la pasión cazadora por las especies abundantes. Está claro, aunque nos guste adentrarnos y disfrutar en un campo bien poblado, lo que verdaderamente llena de aliciente la actividad cazadora es el esfuerzo por encontrar la pieza. Una relativa escasez es necesaria, una relativa dificultad es imprescindible. Todo buen cazador sabe que a veces nos hace más felices cazar una sola perdiz, por las circunstancias especiales que se dieron al conseguirlo, que lograr una buena percha. Lo que importa es la conquista de la naturaleza esquiva y la calidad en el desarrollo del episodio.

Todos de acuerdo, pensamos al día siguiente cambiar las escopetas por rifles e intentar la caza de alguno de aquellos antílopes que, como sombras aladas, habíamos visto en varias ocasiones.

Volvimos a los mismos lugares del día anterior, pero antes hicimos visita de cumplimiento a la estancia de los dueños de la finca en que íbamos a cazar. Calurosa fue la acogida, demostrando el señor del lugar el afecto que le tenía a José Jiménez. Recuerdo vivamente su colección de trofeos, entre los que sobresalían cuello y cabeza de ñandúes -la avestruz americana- salidas de una especie de corona o inmensa flor de plumas, y cabezas de puma -el león de América- en cuyos ojos había logrado el taxidermista poner destellos de solapada fiera felina.

Inútil fue nuestro recorrido intentando dar alcance a los antílopes. A tiro de rifle los habíamos tenido el día anterior y ahora, en lejanías inalcanzables, los veíamos como sombras blancas en huída sobre cercados ganaderos hasta perderse en el horizonte. Era inútil toda astucia de rodeos; aparecían y desaparecían como seres creados por nuestra imaginación. Yo recordaba una leyenda de Bécquer -"La corza blanca"- en que un montero enamorado persigue por un monte mágico del Moncayo aragonés a una corza de luna, para ofrecérsela a su amada, resultando al final que la corza sorprendente era la misma amada en transformación sobrenatural. En nuestra fantástica correría, durante la cual salían espantadas liebres y perdices, no sonó un disparo; parecíamos flotar dentro de una naturaleza mágica que, en juego de ilusiones, nos mostraba y hacía desaparecer a aquellos seres inalcanzables.

Abandonamos la tarea pensando en el regreso a la gran ciudad. Despedida de aquellas nuevas amistades, forjadas con urgencia por la breve convivencia en el tiempo, pero con solidez, creadas por vínculos comunes de pasión cazadora. Último mate contemplando un crepúsculo con aves incendiadas de sol, en vuelo hacia los lagos.

En la hora de los recuerdos llegaría el nacimiento de los versos, en los remansos de tanta poesía vivida:

Dentro del sol poniente los caballos
trotaban, los jinetes
rojos, de espalda herida, no podían
salirse de su lumbre.
El horizonte... (¿Existe el horizonte
o es todo horizonte?) amontonaba
esqueletos de vaca milenaria.
Pampa mojada. Guaminí. Los patos
ordenando sus aéreas posesiones

con júbilo, en retorno de lagunas.
Disparé al inambú que alzó su vuelo
de altiva majestad resuelta en pasmos
y la muerte trazó de rojo al aire;
un plumón colorado tapizaba
a las últimas luces del crepúsculo.
El corazón de América sentía
palpitándome agónico en las manos.
El gran oído de la pampa en liebres
levantó los mojones de la alarma
y un antílope blanco y fugitivo
descorría las fronteras infinitas.
Retornaré a matear amaneceres
en este altar supremo de los mundos.

LOS CINCO SENTIDOS

EL CAZADOR DISFRUTA DE LA CAZA A TRAVÉS DE SUS CINCO SENTIDOS. Por ellos empieza y acaba todo, desde el descubrimiento de las piezas hasta su consumo. Desde la vista al gusto hay todo un ejercicio de los otros tres. Los sentidos previenen, alertan..., en cierto modo capturan la pieza antes de sonar el disparo. Si vemos al jabalí ante nosotros ya es nuestro, si escuchamos el canto de la perdiz a nuestro lado ya contamos con ella. Todo el mecanismo intermedio para llegar al éxito proviene de la exigencia de los sentidos: un peritaje de reflejos, la doma de los nervios para amansar la sangre, el ejercicio de la inteligencia y sus astucias...

Claro está, el amante de la naturaleza que no practica la caza, por la causa que sea, también disfruta por medio de los sentidos, le ayudan a vivirla sin superficialidad.

También es facultad del cazador ampliar sus dominios del gozo hacia especies no cazables que indudablemente cumplen, entre otras muchas cosas, un oficio de ornato, son un lujo del mundo que produce placer: desde oír el concierto del ruiseñor hasta la contemplación del águila real dominando cielos.

Podemos considerar al olfato como al sentido ceniciento. Es, sin lugar a dudas, un valor ausente en el episodio cinegético, pero sí está junto a él, adornándolo: el perfume del tomillar que despierta al cruzarlo la liebre en su carrera, el oloroso acompañamiento de la perdiz recogida entre unas matas de mejorana... Este sentido, tan agudizado en algunas piezas de caza, es en el hombre una de las desventajas precisas para hacer difícil e interesante el pulso con la naturaleza que supone el acto de cazar a pesar de la ayuda del perro. El perro es nuestra prolongación, como una prótesis a las deficiencias olfativas del hombre.

En horas del banquete, en los epílogos de la cacería, gusto y olfato se hermanan en feliz maridaje, cumpliendo placeres en los dominios de estofados y escabeches. Sabores y olores primitivos que, a veces, en los finales de una jornada venatoria, nos traen hasta la cocina cortijera recuerdos de la vida del hombre recogidos en cuadros de los viejos pintores, testimonios de historia

-tan alejada de estos tiempos de hamburguesería- con mesas medievales, succulentos guisados de caza mayor o perdices escabechadas, quizá cazadas con halcón peregrino..., y en estas sugerencias que aproximan realidades lejanas a felices aconteceres del presente, en horizontes de la imaginación con vuelo de ave de cetrería y guiños de cortesana, siempre el olor de monte dominado, cumbre de perfumes y sabores mantenidos en las conquistas de la caza.

También el tacto tiene su importancia. La sensación de coger de la boca del perro la pieza cobrada; sentir la seda del pelo o de la pluma en la epidermis de los dedos, colabora en plenitudes placenteras del éxito. La caricia en la cabeza del perro parece transmitir las fiebres de búsqueda y acoso.

La vista y el oído son los sentidos fundamentales en el cazador. La vista detectando camuflajes, descubriendo el alertado sueño de la liebre encamada, midiendo distancias, afinando procesos en la puntería, calculando la órbita de vuelo y el lugar de aterrizaje de la perdiz perdida tras la cumbre, desvelando la pizarra inmóvil de la torcaz entre el ramaje de la encina, buscando el punto vulnerable del jabalí, casi adivinado en su carrera entre las altas jaras. Y el oír,..., fundamental en un lento peritaje de cantos, vuelos, rumores de acercamiento o de fuga, en que unas veces vence el instinto del animal y otras la inteligencia del hombre. En los auditorios colosales de la naturaleza todo el campo es como un gran oído ante la pisada y el aliento del cazador: las eficaces antenas receptoras de los lepóridos, el oír camuflado y finísimo de la perdiz, las orejas alzadas del jabalí y el zorro... Hasta el insecto cantor amordaza sus élitros en aproximaciones del hombre.

A veces el silencio profundo del campo es un drama de pasmos y contenidas respiraciones, en que sólo podría escucharse el emocionado latido del corazón del cazador.

Cantos y vuelos

No concibo la existencia de un cazador sordo, y no ya por lo que ello pueda contribuir a sus fracasos, sino por la resta de emociones que ha de sufrir. Ese desabrocharse el monte en las violencias de la huida, en que matas y ramas parecen lanzar una queja, y ya denuncian, antes de ser visto, al animal que dejó el encame; la ladra de la jauría que se nos aproxima en la persecución, con el misterio del animal perseguido que esperamos aparezca ante la calva de monte que tenemos delante; el ronquido sordo del jabalí alcanzado

por el más valiente de los perros; el concierto erótico, pasional, en los desafíos de la berrea, el dialogar de las perdices en la caza con reclamo...

Son las aves las que mayor aliciente auditivo dan al ambiente de la cacería, con vuelos y cantos que anticipan su presencia. Son los animales menos silenciosos, los que nos recrean el oído de manera más continuada, nos alertan y nos deleitan.

Al cazador le son familiares trinos, zureos, reclamos..., y hasta llega a conocer al animal que cruza el cielo, sólo por el lenguaje de sus alas en la conquista de los vientos. El cazador oculto en las proximidades de un abrevadero o charca, al que en los rigores del verano llegan aves sedientas, puede hacer todo un curso de sonidos, asociar cantos con vuelos, saber lo que esos vuelos y cantos significan: solemnidades de cortejo nupcial en las palomas que llegan abanicando el viento, hasta alcanzar la copa de la encina con aleteo de aplauso y después desplegar toda la ceremonia del arrullo... Desgarbado revoletear de los córvidos figoneando la presencia del hombre, en comadreo de palique de vecindad... Rotundo aterrizar de las perdices para apeonar altivas, entre coplas de amor y desafío. La chirimía en bandada de los pájaros: jilgueros, pardillos, pinzones..., que hicieron en el cielo rebanada de arco iris, instalando en el árbol sus orquestas de alegría. Alas que baten con decisión los vientos, que los rasgan como un fino cuchillo, que casi en secreto los acarician. Son glorias del oído del cazador, que acaba sabiendo traducir los más leves latidos del corazón del campo.

PUESTO DE ALBA

QUEDÓ ATRANCADO EL COCHE EN EL BARRANQUIZO.

La lluvia había esponjado arenas y se hundieron las ruedas hacia la mitad; hubo que escarbar con fiereza y formar un lecho de piedras y bojas para que agarraran las cubiertas. Aquilino andaba desesperado porque estaba algo avanzado el día para echar el puesto de tarde, y como pensaba subir al Puntal de las Águilas, algo lejano, y rehacer el tolo de años anteriores, que estaría algo deteriorado, y darle tiempo al pollo de Burgos para que abriera el campo con su reclamo novicio, y que respondieran las perdices, que estaban silenciosas en presagio de heladas... Lograron por fin llevar el vehículo hasta terreno firme, para facilitar el regreso cuando volvieran al anochecer.

Ángel y Aquilino, los dos amigos inseparables en las cacerías del reclamo, iniciaron la escalada por direcciones distintas, ya que cada uno pretendía subir a la nariz de un cerro diferente, aunque próximos. Subió Ángel la ladera escarpada, con entusiasmo de metas, como en estreno de aventura, y pronto estaba en la cima, en la parte dominante del cerro, en el lugar llamado Mirador del Ángel, nombre transmitido de generación en generación, como todas las denominaciones de lugares de la serranía. Y pensaba el cazador que estaba bien puesto aquel nombre, quizá por algún pastor poeta de remotas edades de la tierra, que sintió vocación de bautismo para collados, picachos y cañadas. Estaba bien puesto porque si un ángel hubiera pensado visitar aquella tierra, nada como aquel lugar para otear bellezas: la impresionante serranía rodeando al cerro con su tapiz de chaparral orlado a tramos por un cinturón verde-amarillo de enebros, por manchas más suaves de romeral, y coronando cada altura los riscos como fantasía de castillos a medio construir. De cara a la llanura quedaba desplegada una sinfonía de colores, de rostros de la tierra.

Donde acababan las sayas del monte, empezaba la labor, el verde nuevo del cereal, los barbechos rojos, grises, color pizarra los más lejanos, y el pueblo en los confines del horizonte, con las cales brillantes al sol. Buen sitio aquel para la espera de la perdiz, con oído a todas las vertientes.

Ángel empezó a levantar el puesto caído, hecho en años anteriores, derribado acaso por las furias del viento del invierno, acaso por encabritarse el ganado en sus paredes, pero permanentes sus piedras desde siglos; caídas, levantadas en cada celo por generaciones de manos cazadoras. Ángel andaba con prisa colocando las piedras en círculo, alzando aquella corraliza de ilusiones en donde acechar, tapizando los claros con matas de tomillo, con tallos jara, con verdor de hiniestas, para burlar al ojo explorador de la perdiz, haciendo el círculo de la tronera con las más suaves matas para no espantar con algún crujir al momento de manejar la escopeta. Acabada esta faena, levantó el tanto a la distancia conveniente, también de piedra, y en su altura colocó bien sujeto por pedruscos haciendo presión sobre la jaula, al pájaro perdiz, que era de tercer celo y bastante seguro en su quehacer.

Le quitó la sayuela verde, con sus iniciales bordadas en letras rojas por Carmela, su mujer. Volvió al puesto, metió dentro los ganchos de transportar la jaula y la sayuela, y extendió la manta por el suelo antes de sentarse en su interior. Miró por la tronera y colocó en ella la escopeta.

El pájaro se estiró en la jaula, alzó la cabeza oteadora en atención de cantos y rompió el campo con una llamada vibrante, un reclamar de desafío, avisador. Repitió la arrogancia del canto varias veces y quedó en actitud de escuchar alguna respuesta. Pronto consiguió contestación: una perdiz hembra empezó a responder lejana, con cierta indecisión, y por otra dirección contestó un macho desafiante. El pájaro enjaulado pareció crecer de pronto, llenó toda la jaula, y empezó a dar de pie con firmeza, anulando todo trinar de pajarillos, todo rumor del monte, acabando con piñonazos agudos, como disparos de su pequeño corazón embravecido. Se estableció un diálogo múltiple, en varias direcciones; arreció durante largo rato una correspondencia de llamadas, desafiantes acaso, hasta que poco a poco se fue aproximando el canto apasionado de la perdiz hembra que había escuchado otro cazador.

Al fin apareció en plaza con andar presumido, fingiendo indiferencia con un desentendido picoteo entre las piedras, en un principio. Era un canto con sonos de tartamudez. El galán enjaulado respondió al acercarse de la hembra, desentendiéndose de las otras contestaciones del monte, dedicándose a ella

en exclusiva: endulzó su llamada con embuchadas bajas, titeó nervioso en impacencias de la espera, inició el pie casi como un rumor... La hembra se aproximaba por momentos, se adivinaba su correr ladera arriba, soltera en aventura, acaso viuda por cualquier otro cazador.

Al fin apareció en plaza con andar presumido, fingiendo indiferencia con un desentendido picoteo entre las piedras. Fue verla el perdigón y embolinarse en la jaula, enroscando su figura con las plumas erizadas en una muestra espectacular, hasta, poco a poco, normalizar su aspecto y romper en un recibo de aceptación con suavidad de melismas. La correspondencia de cantos armonizó el encuentro, hasta que rompió el momento mágico el disparo: murió la perdiz en aquel rito antiguo, culminando un drama de amor y muerte, y el pájaro no cortó su recibo con la detonación que hizo enmudecer al campo, sino que continuó su música como un réquiem o una aceptación de la tragedia. Momentos estuvo en silencio el campo, como asustado, pronto empezaron los jilgueros a trinar en una encina próxima; volvieron a oírse lejanas las calandrias sobrevolando laderas, y el pájaro perdiz, dejando clausurada una historia, empezó a reclamar por alto de nuevo, llamando a continuar el diálogo roto. Se escuchó el canto ronco de un macho por las alturas de un cerro próximo, un canto profundo, como emitido desde el fondo de una orza, que enrosariaba ecos por las altas cumbres. El diálogo fue feroz e interminable, ninguno cedía en su arrogancia. El canto tímido de la perdiz que seguía al macho campesino fue quedando más distante, más espaciado de silencios, cual limitándose a una espera, no queriendo acompañar en la aventura a su pareja que, siendo mayor su impacencia que la velocidad de su carrera, levantó vuelo y cayó en la rasa con espectacular aterrizaje. Pronto se rehizo el pájaro enjaulado de la sorpresa y creció nervioso llenando toda la jaula y, simulando serenidades, inició un recibo de aceptaciones y confianzas. Llegó el macho hasta el tanto, ascendió por las piedras amontonadas hasta la jaula, intentando una lucha que impedían los alambres, consiguiendo algún picotazo por entre sus claros, que alzaban remolino de plumas arrancadas. Bajó el macho, impotente, algo amedrentado por la fiera del cautivo que seguía en desafío triunfal, cuando sonó el tiro. Sonrió Ángel complacido porque siguió al disparo el canto de aceptación del perdigón, que parecía sentirse vencedor de su rival, cantando la muerte, rompiendo después con altas reclamadas en intento de solicitar de nuevo la atención del campo.

* * *

Pero de pronto se quebró la sonrisa del cazador cuando su mirada tropezó con la cobija verde, abandonada en un rincón del puesto. La cogió entre sus manos y acarició las iniciales bordadas sobre el tejido: primor de lana roja en letras góticas, confeccionadas por las manos de Carmeliya, aquellas manos en gemela belleza, tan eficaces en artesanías, también eficaces en faenas de amor.

Tenía Ángel seriedad de dudas, un signo de dudas en el entrecejo. -Debían muchas lenguas de andar cortadas- pensaba, más de pronto se le retorció el pensamiento y la duda tomaba carácter de certeza en los entresijos de la cabeza, y ya no oía las llamadas del pájaro ni la correspondencia de un coro de perdices lejanas, y le daba vueltas a aquel rumor de pueblo dando por cierto que Carmela lo engañaba con su mejor amigo, con Aquilino, su compañero eterno de cacerías; amistad iniciada en la niñez, crecida a lo largo de la vida, demostrada por mutuas ayudas en trabajos campesinos, forjada en inseparable vocación cazadora, sólo a veces levemente perturbada por un crecerse de competencias en el adiestramiento de perros y caballos, en la posesión de los buenos reclamos de perdiz... -No, no podía ser-, pensaba. Pero enseguida Carmela sustituía en el pensamiento al amigo, repasaba todo su acontecer amoroso, y volvía la puñalada de la duda.

Ella había vuelto al pueblo después de un peregrinar por ciudades, no se sabe en qué quehacer. Para él había quedado en el misterio este tiempo de ausencias; leves explicaciones interrumpidas, trabajos provisionales...

Lo cierto es que un día volvió a casa de sus padres pensando ya no marchar jamás, y desde el primer día de su regreso quedó prendida en el cálido enamoramiento de Ángel, rendido a su belleza, renovando en plenitud una admiración desde la niñez, nunca olvidada por las ausencias.

En anónimos dimes y diretes de la subterránea mala conciencia del pueblo, tenía Carmela mala fama, forjada quizá por suposiciones de mentes fabuladoras que intentaban llenar las páginas en blanco de sus tiempos vividos en lejanía. Pero él nunca se preocupó por malicia de frases entrecortadas y silencios, creyendo en la firmeza de una pasión que siempre parecía recién estrenada. Sólo había un vacío, al parecer irremediable: la falta del hijo deseado por ambos. Ante su tardanza habían andado de médicos por la ciudad y todos habían confirmado su normalidad para ser madre y, aunque Carmela nunca dijo nada, a veces miraba al marido con ojos culpadores, como denunciando sus yermas simientes. Esto ocurría después de cada episo-

dio de posesión, y Ángel quedaba desconcertado, en desarme de su hombría primitiva. Por eso, cuando ella le dijo que estaba embarazada, él no sabía si alegrarse o desconfiar porque ya andaba lo de Aquilino en habladurías y creía sorprender un nublado de burlas en la mirada de algunos vecinos. Pero lograba desentenderse, exterminaba la raíz de los celos, como mala hierba, y recuperaba su semblante confiado ante la mujer y ante el amigo. Así andaban las cosas...

Un guiño de sol al ocultarse sobre el cerro próximo, al cual había subido Aquilino, le desbarató los malos pensamientos y le anunció que era la hora del regreso. La puesta de sol, clausura de cantos; quedó en silencio la serrañía y anunció la lechuza que empezaba el imperio de otro mundo, de seres que vivían su plenitud en el misterio cerrado de la noche. Salió Ángel del puesto, con cuidado para no derribar su provisional arquitectura, recogió el par de perdices muertas, echó la cobija al perdigón, al que miró con mimo y reconocimiento de méritos; se lo colgó sobre la espalda e inició la bajada. A lo lejos el pueblo se iluminaba de oros en un último rayo de sol, y logró pensar en Carmela como seguro regazo en espera, llenando de canciones la casa en su trajín de hogar, con el nuevo encendido de sus ojos: la mirada cálida que había despertado denuncias de fecundidad cumplida. Bajaba la ladera alegre, animoso, desertando desconfianzas, y al llegar a la falda, al comienzo de barbechos y sementeras, empezaron a levantarse perdices asustadas a su paso, perdices que irían buscando el sitio más propicio para dormir, adecuado para detectar el paso sigiloso del zorro, el ataque de las rapaces nocturnas..., los múltiples peligros de la noche. -Buen sitio éste para un puesto de alba, pensó, -Vendré un amanecer a esta raya del monte y los sembrados-. Cuando llegó al coche ya lo estaba esperando Aquilino, al cual le había ido mal la tarde, y emprendieron regreso, contándose los acontecimientos del acecho.

* * *

Para Aquilino, como contaba al amigo, fue una mala tarde. Escaló difícilmente aquella mancha de chaparral, venciendo distancias por el espeso monte bajo de enebros y aliagares, llegando al final del cabezo dominante que era el Puntal de las Águilas. Allí no era necesario hacer puesto de piedras pues la abundancia de chaparros permitía hacerlo de monte, quedando además más disimulado. Dejó en un rellano la jaula, escopeta y manta, y con un hacha pequeña empezó a hacer hueco dentro de los retoños de una

gran encina; limpió el espacio suficiente para poder sentarse; concluyó su labor espesando las paredes de chaparro con fronda de tomillos, cruzando ramas para dar a la tronera una consistencia capaz de sostener a la escopeta, haciendo un círculo de matas suaves en aquel camuflado mirador. Se tendió jadeante, temiendo se repitiera el percance de la subida. Cuando ascendía la ladera había sentido un gran dolor en la profundidad del pecho, teniendo que tenderse en un calvero, sudoroso, como sintiendo el corazón apretado por manos de hierro. Ya le había pasado otras veces. Pensó que subía con demasiada prisa la empinada cuesta... Fue recuperándose y siguió la marcha desentendido del percance, llegando al final del cabezo. Pero ahora, tendido de cara al cielo, empezó a preocuparse pensando si no sería aquel dolor el anuncio de alguna seria enfermedad. Desentendiéndose, levantó el ánimo. Tampoco necesitaba hacer tanto de piedras; antes de situar la tronera había calculado la posibilidad de colgar la jaula en un arbusto cercano, dándole altura para potenciar posibilidades del alcance del canto, despuntando ramas para que el reclamo pudiera ver sus alrededores, la posible llegada de perdices. Antes de descubrir al pájaro miró desde la altura. Verdaderamente aquel era territorio de águilas, sitio dominador para escuchar el monte, con oída a grandes espacios serranos. Pulsó a la tarde; había cambiado el viento y hacía un poniente suave y cálido, propicio para remover las perdices, para animarlas a la pelea y el amor, a sus defensas territoriales. Cuando se metió al puesto llegaban cantos de todas direcciones. Lo peor era que aquel pollo era la primera vez que salía al campo y era difícil que cumpliera bien la faena.

Él sabía lo difícil que era encontrar un buen reclamo; llevaba años buscándolo sin encontrar ninguno capaz de satisfacer sus deseos de cazador. Un viejo amigo en la afición le había dicho que ya no salían buenos pájaros de aquellas tierras porque estaba degenerando la perdiz en bravura, porque el ejercicio de esta caza durante siglos era todo lo contrario de lo que se hacía para conseguir buenos toros de lidia: en las tientas se probaban las vacas para dejar las más bravas, dedicándolas a reproductoras; en esta caza se iban matando sólo las perdices con la sangre más caliente para acudir al desafío. Quizá llevaría razón. El caso es que ahora, quizá obedeciendo a esa idea de la degeneración y considerando que esta modalidad de caza es esencialmente sureña, sólo practicada de manera amplia, desde siglos, en Andalucía y regiones limítrofes, se buscan pájaros de sitios distantes: Burgos, Cuenca, Toledo..., en donde se supone que la perdiz roja, más cazada en mano o en ojeos, debe mantener toda su pureza, su ardor amoroso y su carácter

peleador. Pero también era difícil encontrar buenos pájaros de esos lugares distantes; un reclamo que llamara con insistencia al campo, que una vez cerca las perdices modulara su canto para dar confianzas, sin mostrarse demasiado agresor, y que al verlas adaptara el recibimiento a las intenciones que traiga el monte, ablandando en el diálogo, disfrazando fierezas, endulzando la voz... era muy difícil. En todo esto pensaba Aquilino ante la incógnita de aquel pollo de Burgos que había colgado del arbusto. Y pensaba, según experiencia de su larga vida cazadora, que entre las perdices, como entre las personas, no se daban dos iguales, cada una tiene una propia y complicada personalidad, y era muy difícil encontrar a ese ejemplar sabio en genios y serenidades. Por eso envidiaba a Ángel que siempre había dado con buenos pájaros, que ahora tenía uno ejemplar, que también gozaba con tener siempre a Carmela a su lado... A partir de aquí deshizo un proyecto de pensares y puso atención a la tronera para observar al pollo de Burgos, que era manso, gustaba en la casa, era cantador... Cuando más arreciaban los decires de perdices cercanas se levantó el pollo que estaba recostado en la jaula y lanzó varias reclamadas que entrañaban sorpresa y timidez pero hicieron concebir esperanzas a Aquilino, aunque pronto fueron perdidas cuando a la contestación del campo el pollo dio respuestas negativas: empezó a bregar queriendo salirse de la jaula, negando su apariencia de mansedumbre, restregando el pico por el entramado de alambres, para terminar chasqueando por todo lo alto, como desentendido o enfadado. Callaron las perdices asustadas o asombradas de aquel intruso destemplado, aunque pronto volvieron a sus músicas, sin recibir contestación del pollo. Para colmo de males vio Aquilino que, después de un breve canto de alarma, se agachó en la jaula hasta intentar desaparecer; actitud coincidente con un silencio absoluto del campo. Espió el cazador los motivos por las aberturas del tollo y vio al águila real por las cornisas más altas de la sierra, sobrevolando los picachos, orlada por cenefas de niebla. Al rato desapareció la rapaz, desviando la majestad del vuelo hacia otras vertientes de la serranía, y el pollo volvió a levantarse ocupando toda la jaula, como en oída, aunque volvió a agacharse al pasar las grajillas, al volar una urraca hasta la encina bajo la cual estaba el puesto, demostrando excesivos temores, miedos denunciadores de su mala clase.

Estuvo Aquilino decidido a salirse, a abandonar la prueba, pero al fin pensó seguir hasta el final, con leves esperanzas de que cambiara la actitud del perdigón, no queriendo pasar el resto de la tarde en el coche, esperando al amigo. Todo iba de mala suerte; hasta un rebaño de cabras irrumpió en la

plaza con su concierto de cencerros y campanillas, y por pocas se mata el pájaro espantado por la aparición. Se perdió pronto el ganado monte abajo y el campo recobró su compostura. Volvieron a cantar perdices próximas y hasta apareció una hembra que había cantado cerca toda la tarde; casualmente, en su corretear buscando quizá a su pareja pasó por allí. Pensó Aquilino que era la prueba definitiva. Pintó la perdiz en plaza y al ver al pollo acudió decidida hacia el arbusto en que se encontraba la jaula. El pollo, desconcertado, no dijo nada y se manifestó en su hurañez, bregando con energía. Aquilino dejó quieta la escopeta, dejó marchar a la hembra asustada por el inadecuado recibimiento: aquella era una caza ritual y nada importaba matar o no, siempre que no se hiciera dentro de una complacencia de comportamientos.

Con la aparición de la perdiz empezó a pensar: -Aquella hembra... ¿habría abandonado a su macho, en aventura propicia a infidelidades, acaso buscando a un compañero más fogoso? Esto le trajo el recuerdo de Carmela y se enzarzó en maraña de pensares. Siempre había sentido atracción por aquella mujer y, cuando volvió al pueblo y él pensaba manifestarle sus sentimientos, se adelantó Ángel ganándole la partida, casándose con ella, dejando su pasión en absoluto silencio. Después, en las visitas a casa del amigo, aprovechando la ausencia de éste, todo fue un itinerario de miradas cómplices, de arrebatos correspondidos, como preliminares de la entrega aprovechando un viaje de Ángel a la capital. Grande fue la pasión en sus escasos encuentros, en plenitudes amorosas; pocas eran las ocasiones propicias, muchos los espionajes del pueblo que acabaron en rumores de acusación. ¿Qué hacer...? Pensó Aquilino, a veces, martirizado en el remordimiento de las traiciones a la amistad, abandonar el pueblo, marchar a Cataluña, en donde tenía establecidos casi todos sus familiares próximos. ¿Sería capaz de alejarse de Carmela? ¿Sospecharía Ángel algo...? Era aquella mujer la culpa de su soltería, de su estado de soledad, rota tan sólo por la esperanza de los encuentros. ¿Sería capaz de huir de tal estado de cosas, liberándose de un cerco de remordimientos martirizantes? ¿Sería capaz de renunciar a aquel robo de gozos, al calor de aquellos brazos rodeando su cintura, al furtivo momento del beso?

En reyerta de pensamientos le sorprendió la puesta del sol. En los altos riscos cantó el búho anunciando tinieblas, despertador de los animales de la noche. Una zorra graznó de forma lastimera por los escondites del encinar. Saltó del puesto y se fue enfadado a descolgar el pollo, cogió la jaula y le abrió la puerta; salió el animal tropezando con las matas, en incierta carrera. Mala

condena era aquella, cruel actitud de cazador defraudado: soltar el perdigón en el monte, con los vuelos cortados y perdidos sus instintos de defensa por los acomodados de la cautividad, sin los eficaces mecanismos de la huida y el vuelo. Pronto acabaría en las fauces de la zorra, quizá de aquella que lanzaba su escalofrío de aullidos escondida en el encinar.

Se colgó la jaula vacía, se terció escopeta y manta, emprendiendo loca carrera sierra abajo, como huyendo de comparsa de remordimientos que se acrecentaba con la proximidad de la noche. Varias veces cayó al tropezar con el matorral y sintió las agujas dolorosas de la aliaga punzándole la piel. Era como desconcertado animal en huída. A medio camino le atacó de nuevo aquel dolor punzante del pecho y tuvo que sentarse en la tierra sintiendo que perdía la vida. ¿Qué sería aquel extraño dolor? Iba a tener que decidirse y visitar al médico. Al fin desapareció aquella sensación de tener una mano fuerte apretándole el corazón y pudo incorporarse y seguir su camino hacia la cita con Ángel, para el regreso. Cuando llegó al vehículo aún no estaba allí el compañero, pero se oían sus pasos próximos pisando matojos al caminar.

* * *

Después del relato de aconteceres: felices los de Ángel, desgraciados los de Aquilino, transcurrió el regreso en un silencio denso, en batalla de pensamientos encontrados, no manifestados en la voz, como duelo fantasmal de dudas de las que empezaban a brotar rencores; en el oscuro cielo de sus mentes volaba el aguilucho de los celos y descendía su pico hasta lastimar el corazón.

Ambos repasaban calendarios de la amistad: aquellos días de gozo en la persecución de la perdiz, siguiendo la búsqueda ágil de los perros en competencia de la muestra y el cobro, rivalizando en velocidad para derribar a la liebre levantada de entre los surcos, al conejo que dejaba el enebro en zigzag de sorpresas, a la veloz torcaz que alzaba su vuelo azul sobre el encinar... Y en cada jornada el fraternal momento de la comida en el campo, el vino alegre de la convivencia en gustos y sentires, aquel emparejado vivir la naturaleza en todos sus secretos, en su primitiva desnudez.

Borraron pensamientos las luces próximas del pueblo.

Dejó Aquilino al compañero en la puerta de su casa y quedaron en verse momentos después en la taberna, en donde encontrarían a otros cazadores para comentar la jornada.

A la luz de los faros miró Aquilino la casa cerrada, aquel umbral atravesado a veces, furtivo del amor, con emboscados pasos, esquivando las pupilas del pueblo, entre la pasión y la duda, arrastrado por el embrujo de una mujer que estaría tras aquellos muros con su belleza en flor, con su carne gozosa en sembradura. Y apartó los ojos acelerando el coche, marchando hacia su casa con la sonrisa amarga de imposibles desentendimientos.

Atravesó Ángel el quicio de la puerta y pasó a la cocina, en donde Carmela atizaba la lumbre preparando la cena. Se alzó la mujer y lo besó en los labios, tomando de sus manos la caza cobrada

-¿Fue bien la tarde?-, preguntó. Él, bajo el disfraz de la sonrisa pensó:- No puede ser... -, y fue a dejar sus arreos de cazador. Colocó al pájaro en el jaulero y le puso en el comedor maíz, trigo y unas hojitas de verdura.

Cuchicheaba el pájaro como agradecimiento, aplicándose en el manjar, y Carmela le preguntaba si cenaría pronto. -He quedado con Aquilino en la taberna pero volveré enseguida-, respondió él. Al pronunciar el nombre del amigo intentó perseguir pensamientos por los ojos hermosos de la mujer, mas el rostro de ella permaneció sereno y sus ojos eran profundos túneles sin posible lectura.

En la taberna había un corro de voces enardecidas y un temblor de vino nuevo en los cristales. Se sucedían las mil y una historias de la caza en turno de voces narrativas, a veces atropelladas en coros de énfasis. Sobresalían los adornos fantaseadores de algún contertulio, atribuyendo casi poderes sobrenaturales al comportamiento de su pájaro. -¡Embustero! ¿Se trata de aquel piquivano que trajeron del Sur francés?-, le susurraban por lo bajo. -Los pájaros, por lo menos, deben ser españoles-, rió uno.

Siempre el tabernero tenía que actuar como árbitro en discusiones, desviar las conversaciones que se agriaban, hacia campos de serenidad. La competencia pajarera era fuerte y el vino arreciaba rivalidades; morían muchas perdices en la fantasía del cazador mentiroso, aunque todos sabían por dónde andaban los linderos de la mentira y la verdad, porque la realidad era otra casi siempre: no respondía el pájaro, o el campo tenía miedo al reclamo, o entraba el pastor en el momento decisivo, o aparecía el águila silenciando la tarde, o cambiaba el viento haciendo que el monte enmudeciera en presagios escarcheros... No era fácil aquella caza alimentada de fantasías.

Alguien recordó cuando se cazaba con el reclamo hembra, siempre a escondidas de la guardia civil, siempre por mayo y junio, cuando los nidos

se llenaban de huevos y los machos, al encontrarse solos porque estaba incubando su pareja, buscaban los riscos más altos para dejarse oír, llamaban a hembras solitarias, en aventura de infidelidades. Cantaba la hembra enjaulada y los machos acudían rápidos, cual bolas de fuego, arrastrados por su lujuria; acudían a veces en vuelo, dando de pie por los aires, aterrizando junto al pulpitillo con ruidos de pequeño reactor, subiéndose a la jaula en delirios de posesión imposible.

Con frecuencia coincidían varios machos en plaza y entablaban luchas ferocísimas, como pelea de gallos enardecidos, a las que ponía fin la oculta escopeta, haciendo espectaculares carambolas. -Pero cuando los machos están incubando los huevos, porque también incuban-, dijo alguien, -cumplen con fidelidad su cometido, nunca dejan el nido para acudir a la frívola perdiz ajena-. -Es cierto-, aseguró un viejo cazador recordando tiempos pasados, -pero cuando su pareja está en el nido y se encuentra solo se convierte en un tremendo donjuán. En este punto surgió polémica sobre si era más o menos dañina la caza con reclamo hembra.

Había quien defendía su prohibición considerando que, aunque la hembra era capaz por sí sola de sacar el nido adelante, como esas heroicas mujeres campesinas que enviudan pobladas de hijos pequeños, también había que considerar la labor del macho desviando zorros u otros depredadores de los territorios en donde incubaba la perdiz o andaba ésta con su pollada, fingiéndose herido, fingiéndose alcanzable, huyendo en direcciones contrarias, llamando la atención del enemigo hacia caminos de fracaso. Otros decían que con dicha caza se favorecía la reproducción cuando la abundancia de machos hacía que destrozaran nidos en reyertas que podían acabar sobre la fragilidad de los huevos, o porque algunos machos eran llevados por su demencia sexual a montar a las hembras que estaban incubando, intentando violarlas y destrozando el nido en sus afanes de posesión.

Las conversaciones sobre la caza eran infinitas y ésta era una antigua discusión no aclarada nunca. Hubo un momento de silencio en el ámbito de la taberna, como un espacio sólo ocupado por el humo de los cigarrillos. Fue entonces cuando aquel viejo cazador dijo: -Yo tuve una perdiz... ¡qué puta era!-. Esta exclamación inesperada sobresaltó a Ángel que no pudo evitar un gesto desmedido; el entrecejo huraño, los ojos alarmados... Fue un tiempo fugaz detectado por Aquilino en el rostro del amigo que pronto volvió a normalizarse en disimulos.

-¡Tiempos pasados...!-exclamó alguien. -Ya es imposible esa caza furtiva desde que la guardia civil patrulla en motos todo terreno-. Y empezó la conversación sobre los civiles. Se recordó a aquellos guardias camineros, siempre en pareja, que recorrían veredas ante la burla de los cazadores, cuando ni siquiera estaba legalizada la caza de la perdiz con reclamo macho. -Sólo cazaban tranquilos los señoritos-, dijo aquel muchacho rubio que era de Comisiones Obreras y había oído muchas historias sobre el asunto. Don Antonio, el boticario, estornudó en el otro extremo de la barra con estornudo artificial, de desagrado. La armonía social conseguida en el aliento unidor de la afición se rompió por un momento, apuntando antiguas luchas proletarias, pero enseguida volvió la normalidad, cuando refirieron la anécdota del *tío Clamores*, que llevó una tarde al puesto a un nieto suyo y quedó dormido mientras el chiquillo vigilaba por la tronera. El nieto lo despertó susurrándole al oído: - ¡La pareja, abuelo, la pareja!-. Tuvo el *tío Clamores* un despertar emocionado, pensando que un par de perdices había llegado a la plaza, y cuando miró a los alrededores de la jaula y descubrió el brillo de los tricornios ya no fue posible la huída.

Se sucedió un largo anecdotario en competencia de narradores. La historia de aquel cura aficionado, en una época remota del pueblo, que salía de alba y cuando se le atrancaban las perdices volvía tarde a decir la misa y tenía sublevado y muerto de frío al beaterío en espera, y al cual el señor obispo consiguió trasladar a Bilbao, para que el pobre cura no volviera a ver nunca más una jaula. O aquella otra historia del muchuelo que le ocurrió a don Serafín, el encargado de los Condes. Cuando don Serafín salía de Alba, había ojos vigilantes en el cortijo que lo veían perderse en las tinieblas; eran los de aquel mulero que ocupaba el hueco caliente que dejaba al lado de su esposa, con la complacencia de ésta. Hasta que amigos traviosos le gastaron la broma de sacar el pájaro perdiz de la jaula y sustituirlo por un mochuelo. Don Serafín, entre la prisa y la falta de luz, no advirtió el cambio y marchó al campo con el bicho nocturno a las espaldas.

Cuando al despuntar el día levantó la sayuela, se encontró con los ojos redondos de la rapaz, que a él le parecieron ojos humanos en burla de su fracaso. Volvió rápido y enfadado al cortijo, encontrando el panorama de infidelidades, escapando por pies el mulero, dejando a la esposa muerta con los cartuchos que estaban destinados a las perdices. Era una de las historias o leyendas negras del pueblo que, de vez en cuando, se repetía en boca de cazadores.

Salió la conversación de la posible prohibición, en un tiempo futuro -según rumores- de la caza con perdiz macho. -Entre los ecologistas y los europeos aviados estamos-, dijo uno. Don Antonio, el boticario, completó la opinión sentenciando: -Los ecologistas no saben nada del campo, son gentes aburridas que descubrieron anteayer la naturaleza, y los europeos nunca entenderán esta caza, como no entienden las corridas de toros, ni la Semana Santa, ni tantas cosas nuestras... Iba torciéndose la noche, el vino acercaba fantasmas y a partir de la idea de una posible prohibición, se entablaron discusiones políticas en que se acusaba a los socialistas de abrir puertas a Europa, trayendo el desastre económico del campo. Otros defendían al Gobierno, como garantía de un bienestar futuro. Iba torciéndose la noche y poco a poco los hombres empezaron a abandonar la taberna. Fue entonces cuando Pedro, el albañil, siempre tan silencioso, que estaba muy borracho, se acercó a Ángel, pasó los brazos por los hombros de éste y de Aquilino, y dijo riendo a carcajadas: -Vosotros siempre tan amigos... ¿no?- Parte del bar coreó la risa, aceptó la frase insinuada, y Ángel sintió un sudor frío inundándole la piel, y en silencio dejó la reunión saliendo a la calle. Las sonajas del viento se oían por las esquinas del pueblo como rumor de burlas, y por el cielo andaban huidas las estrellas. Carmela dormía; Ángel se acostó a su lado volviéndole la espalda y, con los ojos abiertos, martirizados por la oscuridad, estuvo hasta el amanecer.

* * *

A partir de aquel día no hubo cita entre los amigos, ni para la caza, ni para la estancia en la taberna, tampoco para la ayuda en el trabajo. Aquella convivencia desde la niñez quedó rota por un rumor de lenguas heridoras, del pueblo. Andaba Ángel como sombra escapada de sus cimientos de persona, huidizo por las calles, ensimismado en su pensar imaginando que cada vecino volvía la cabeza a su paso y sonreía con ironías culpadoras. La noche en la taberna -complicidad de pensamientos en reyerta- clausuró toda una vida de amistad.

Al día siguiente de aquella noche en vela, con el amanecer, cuando aún dormía Carmela con serenidades de inocencia, se levantó Ángel y ensilló el caballo; pensó que pasear por el campo le aclararía la mente. Al margen de su ajeteo diario con tractores y aperos mecánicos en su lucha por fecundar la tierra, era para Ángel montar su caballo algo como volver en andadura amorosa a mirar su pasado, su estirpe labradora que se sucedió en un mismo

afán entre el aliento de las bestias; la lenta labor de generaciones abriendo el surco con arados romanos, la esperanza de la lluvia con el alma tendida en el octubre de las siembras, en el compás de espera del invierno heridor, en el despertar de besanas en primavera, en logros definitivos de cada estío, cuando los gozos del sudor cumplido llenaban trojes de cereal y quedaban las rastrojeras como ofrenda dorada de la tierra para retornar entregas, ofreciéndose en una desnudez de barbechos. Era para él cruzar los campos a caballo un regreso a sus gentes muertas, repasar mucho amor por la memoria, trazar su singladura de homenaje a generaciones con un mismo latido, con sangre sembradora y cazadora. Muchas veces, cruzando sementeras, había soñado en el hijo, en la esperanza de los hijos; los soñaba sobre aquellos campos, en compás de faenas; arar, sembrar, espigar a las nubes, esperar la flor, acarrear..., aceptar amorosos legados de acariciar la tierra, de hacerla parir el pan... Pero ese día los pensamientos sobre el hijo estaban cercados por densidad de nubes alzados por la duda, que nacía de los celos. Y vio al campo distinto, y no se sintió rey sobre el caballo como en otras ocasiones, sino siervo en derrota. Le pareció cruel la naturaleza que a veces permitía la conjunción de la flor con la nieve, en vértice fatal de invierno y primavera, dando resultados de muerte. No acariciaban sus ojos los brotes nuevos ni las hojas novicias del árbol en su despertar del invierno. No oían sus oídos los trinos nupciales de llegada al amor, el rumor de los pájaros que ya buscaban la brizna de lana, la suave raíz desprendida, para realizar la carpintería primorosa del nido.

Pensaba en agonías del campo que ya no era el mismo vivido en su niñez. El campo tenía ruidos de ciudad y habían huido para siempre aves hermosas, como las ariscas ortegas o la armonía de las calandrias, en espanto hacia confines ignorados, no pudiendo soportar el tronar de motores, como tributos tristes de la mecanización. En los altos cielos ya no montaban su guardia solemne los buitres leonados, esperando que un viejo caballo se acostara en la tierra para morir. A partir de la muerte, ya no era el campo un manantial de vida. Mermadas estaban las bandadas de alondras por el veneno de los herbicidas, y algún día podría ser el campo un triste cementerio de preciosos seres perdidos.

La naturaleza en lucha desplegaba batallas en su ser, sin que, como otras veces, hubiera victorias del renacer sobre el morir, del germinar contra la helada, del ala sobre el pánico.

Llevaba su tristeza alzada sobre el trote alegre de aquel caballo que tenía desde potro, que había mimado en su crecer hasta conseguir correspondencia de lealtades, sobre el que casi siempre se sentía poderoso, dominador de un reinado de campos en flor, al que amaba como a una mujer cuando le sorprendía por la profunda mansedumbre de los ojos un paisaje de ríos y arboledas. Era el caballo necesario en su vida, era permanencia de los sueños sobre la utilidad del tractor. Montado en el caballo había sentido por primera vez los pechos de Carmela en aproximación a su piel, transmitiéndole un cálido temblor, en aquel día de feria en que ella subió a su grupa, y ahora un vacío por la espalda lo ponía en espanto con la vida.

Estaba el día nublado y de pronto se abrieron los cielos como un inmenso ventanal, y todo quedó dorado por el sol. Un saludo de trinos agrandó el horizonte, el campo empezó a sonreír. Este milagro de primavera coincidió con su llegada al bosquecillo de pinos que había sido escenario definitivo de su historia de hombre. Bajo aquellos pinos había poseído por primera vez a Carmela. Libre de sombras, accionada por el recuerdo empezó a pasar por su mente la película de su felicidad. Fue aquella tarde que ella volvía definitivamente de la ciudad y él fue a esperarla a la estación de ferrocarril. Sus encuentros anteriores siempre habían sido fugaces: el recuerdo de aquella convivencia de niños, los juegos infantiles de combas y rayuelas, en que sus trenzas lo habían envuelto para siempre, en que sus ojos grises habían decidido un amplio peritaje de sueños durante el largo tiempo de ausencias. Ella emigró con sus padres cuando empezaba a ser espiga su cuerpo de mujer, y pasó muchos años fuera del pueblo. Cuando murieron sus padres en la ciudad que habían elegido para vivir, empezó a volver durante algunas temporadas. Desde el primer día en que apareció por las calles empedradas, la vio como una mágica aparición, como algo siempre esperado, y empezó a cortejarla buscando unir el hilo roto desde el principio de ausencias sin olvidos. Su respuesta fue cálida, un día decidió marchar, deshacer lazos con la ciudad, y otro recibió aquel telegrama anunciando su definitiva llegada. Por eso aquella tarde la esperó en la estación, y cuando apareció el tren a lo lejos sintió que un decisivo capítulo de su vida iba a comenzar. Llegó Carmela como llega la primavera, con entrega y promesas alegres.

La llevó a enseñarle sus campos, en huida de espionaje del pueblo que se quedaba pequeño para el amor. Fue cuando llegaron al bosquecillo de pinos y Ángel extendió la manta sobre la hierba en sombra y se enlazaron

en una mutua entrega, uniéndose al acorde, al rito de las fecundaciones de la tierra.

Ahora, mientras pacía el caballo por los alrededores, él repasaba aquel recuerdo mayor, deshacía fantasmas y empezaba a vivir la aventura, intensa en el recuerdo, a partir de aquella ocasión y aquel sitio. Se tendió sobre el lecho de hierba y hojas secas, dejó que las hormigas le arañaran los brazos desnudos, se sintió ungido de tomillos, cual sacrificado en gozos sobre un ara, en liturgias del campo, y se alzó decididamente hombre nuevo con sed de labios, con ansias de acunar en sus brazos a Carmela, como en aquellos comienzos del amor.

Se incorporó y buscó al caballo que cobijó su gozo en las pupilas. Cabalgó sobre sementeras, buscó atajos, llegó a la casa como en urgencia de citas. Relinchó el caballo a la llegada y, como un aviso, salió Carmela, y en el ambiente cálido de la cuadra pareció encenderse de nuevo el amor.

Desde que Ángel abrazó a Carmela, después de aquel repaso de sueños cumplidos, se sintió totalmente hombre nuevo; llegó a borrar la pérdida confianza en el amor, confianza que había empezado a nacer de los recuerdos junto al bosquecillo de pinos. La fiera de los celos se había derrumbado en su ser abatida por un empuje de esperanza.

-Te he sentido alejado estos días, se lamentó ella.

-Nunca más ocurrirá, aseguró él, entre retornos acariciadores.

Miró los ojos de Carmela, con profundidades ignotas, con sombras no traducidas, pero con serenidades bellas, con un riachuelo de alegría en las pupilas que denunciaban inocencia. Volvieron a enlazarse almas y cuerpos por todas las estancias del hogar, como en juego de escondite, en travieso rito posesivo, hasta la alcoba en donde había un profundo olor de membrillos guardados entre sábanas dobladas en el arca, olor a fruta y lienzo limpio de alcoba campesina, en competencia de perfume de tomillos desprendido de las panas del hombre. Un gozo de sentidos habría paso a la recuperación del amor. La vista de aquel cuerpo desnudo acariciado por las pupilas desde el primer día de entrega, en donde la tersura del vientre aún no testimoniaba la simiente secreta, denunciada por un temblor de labios y por los silencios dormidos en la palabra anunciadora. Aquella voz en redenciones que se tornaba suspiro sonoro en cumbres de entrega, y el gusto del beso con sabor virginal de fuente recién estrenada, colmaban en Ángel los cobijos del gozo en cálido serpentear de tactos; glorificaban epidermis y sentimiento, renacido

en Ángel y transmitido a Carmela, en incertidumbres vencidas, volviendo a primera página de romance rimado en los principios del amor.

Él era sincero olvidando sospechas. Ella era sincera silenciando una historia que daba por terminada, que tenía su fin en la breve entrevista tenida con Aquilino aquella tarde, en los que ambos se limitaron a hablar de promesa firme de un futuro fiel; ella de cara al amor de su hombre, él de cara a una amistad largamente consolidada cuyos gozos de convivencia había que recuperar para siempre.

Fue un pacto limpio, sin fingimientos, que deseaban cumplir con dolor, con renunciás desgarradoras pero sólidas.

Él había llegado a aquel estado de pasiones cegado por los reclamos de la hembra, por la llamada de sus ojos, por la voz enmascarando calenturas, y nunca comprendía, cuando descansaba en el pensar, qué cortina de niebla densa emborronaba ideas de renuncia, cuando miraba sus ojos, qué invencible empujón de tinieblas lo llevaba a la traición. Siempre desandaba el camino prohibido tambaleante de remordimientos, con propósito de nunca volver, suplicando a Dios olvidos.

Era distinta la historia de la mujer. Aquel misterio de su vida en la ciudad se hizo leyenda de fantasmas soeces que habían creado mentes torcidas y que Ángel había hecho suya en las encrucijadas de la duda. Fue Carmela muchacha en transplante a un medio enrarecido, lejos de sus cálidas raíces, que sufrió acosos rapaces, que a veces desmayó en adolescencias, pero que nunca renunció a limpiezas de pueblo forjado en la verdad del amor. Fue entera, toda para el abrazo de Ángel, pero pasaron tiempos de yerma espera y sintió la sangre desasistida, desvalida de frutos. De nada servía la apasionada ternura del amado y empezó a sentir fríos los besos de cada noche en su piel, creyendo oxidada su belleza, estéril la caricia, rutinarias las etapas galantes inútil el amor. Sentía Carmela en sus entrañas los deseos innatos de fecundidad, negada la luz que manaba multiplicación de seres en la naturaleza; sentía sus pechos ciegos, inútiles los brazos y en cilicio de zarza la cintura, sintiéndose besana secreta en espera de sembrador propicio. Todo esto desembocó en aquella historia de infidelidad. Desplegado su abanico de seducciones: el suspirar profundo, apenas escapado por entreabiertos labios del deseo; la mirada invitadora, entornada de citas; el aproximar olores íntimos hasta los contornos de Aquilino.

Éste, ciego a todo motivo de evasión o rechazo, respondió con astucias de amante vigilado, con pasión de macho en soledades. En aquella ausencia de Ángel, momento largamente esperado, acudió Aquilino desafiando acechos de visillo, de postigo entornado, llegando casi sin palabras hasta los brazos en espera. Fue un encuentro apasionado, mutua posesión y entrega que parecía tener cita desde el principio de la vida, desechando temores, no temiendo castigos, sintiéndose ella incorporada a múltiples matrices de la tierra, revivida su fe en las multiplicaciones de la sangre. Sintióse él en metas gozosas de amor largamente callado, cumplido en plenitudes.

Les sorprendió el amanecer enlazados en la dulce fatiga, y los volvió a la realidad los cantos del pájaro perdiz de Ángel que, desde su jaula colgada bajo el jazminero del patio, saludaba al nuevo día. Fue aquel canto despertador de madrugadas que hizo incorporarse a los amantes, presagiando posibles tragedias. Desenlazado Aquilino de aquel cuerpo cálido, fue a emboscarse en sombras fugitivas para huir por esquinas desiertas, cuando iniciaba el pueblo un despertar de gallos. Ella quedó sembrada, en augurio de fértil sembradura, sintiendo plenitudes de inaugurar el mundo, pensando reincidir en aquella pasión oscura que tenía para ella un destello auroral entre tinieblas, ante la incertidumbre de una fecundación certera.

Siguieron en cadena de entrevistas fugaces, con entreactos pasionales y urgencia de fugas, hasta que Carmela sintió rotundamente florecida la entraña: iban tomando los pechos tacto de fruta madura y el vientre empezó un despertar de besana. Fue entonces cuando la mujer rechazó al amante, y éste aceptó rupturas, acabando etapas de reclamo y acoso. Pero todo era historia pasada e intento de olvidos y aquella noche recibió a su hombre como si se hubieran encontrado por primera vez sobre la tierra; casi lo desmontó del caballo hasta el beso, y la noche fue pródiga en caricia confiada y los sorprendió en amanecer abrazados, entre la realidad y el sueño, cuando el macho de perdiz puntualmente saludaba al día, embravecido por el celo, como esperando cantos de perdices lejanas.

* * *

Días después de aquella madrugada, a través de las sugerencias del tacto, retornó el demonio de los celos. Llevaban horas acostados, y Ángel sufría un insomnio que en principio fue un placentero velar el sueño profundo de Carmela, pero acabó en furia contenida al volver la intermitente duda de la infidelidad. Ángel repasaba el cuerpo desnudo, latente y bello bajo las

suaves sábanas: los pechos tersos, erguidos, con suavidad frutal; las piernas en perfecta armonía de mármoles y sedas, hasta el vértice boscoso, rizado, del pubis... Fue al pasar su mano por la planicie cálida del vientre: lo sintió levemente abultado, lo pensó habitado, y lo que en principio fue gozo empezó a ser dolor. Retiró la mano cual pájaro en huida y se iniciaron las pesadillas. Signos oscuros y evidentes claridades abrían paso a la mordedora sospecha. Carmela, sumida en la profunda placidez del sueño, fue quedando distanciada del hombre, como si el lecho tomara enormes dimensiones y quedara Ángel en un extremo, encogido en su dolor.

Llegó el alba sin haber conseguido el sueño, y pensó acudir a la montería que estaba organizada para aquel día en Sierra Brava, dehesa con monte arisco y comunal, en que se reunían varias veces por temporada cazadores de una extensa comarca, de los pueblos vecinos. No era Ángel muy aficionado a aquellas cacerías multitudinarias, a las que acudían algunos cazadores ocasionales e inexpertos, pero quiso acudir a la cita porque venían amigos lejanos, era ocasión de encuentros, y porque siempre había sentido los aires camperos como bálsamo para su corazón. Aquel día fue distinto; el largo desvelo por las rutas del tacto había envenenado su mente, cuando ya pensaba que nunca más sentiría la torva puñalada.

Acudió al lugar de reunión al pie de Sierra Brava, y encontró a los amigos de los pueblos limítrofes, afectuosos y alegres. También estaba Aquilino que se le acercó comunicativo, como si nada hubiera perturbado sus relaciones, con claras intenciones continuadoras de amistad. El encuentro tenía aires de fiesta, también de principio de batalla. Enardecidos los ánimos se organizaban las etapas del ojeo. Los podenqueros sonaban la caracola que serviría para orientar la rehala, anunciar levantadas de la pieza, convocara podencos y mastines. Con la necesaria organización el cazador perdía iniciativas personales, y era eso lo que no gustaba a Ángel, aunque comprendía necesarias tácticas que harían eficaz la cacería. Se pensó dar una primera batida por un costado transpuesto de la montaña, muy enmarañado de chaparral. Se sortearon los puestos y se dieron, a los que quedarían a la espera, nombres y señales de los sitios concretos que les habían correspondido. Dividióse el personal en dos bandos que salieron en direcciones contrarias: de un lado los perros y sus guías, de otro los hombres llenos de ilusión que ocuparían la espera en las largas orillas de un profundo barranco que partía la montaña como tremenda cicatriz, en la blanda de un collado, a la salida de un portillo. Fueron ascendiendo los hombres hasta ocupar los lugares indicados,

buscando claros de bosque al alcance de sus armas. Ángel ocupó un lugar demasiado escondido, sin encontrar en sus frentes un calvero propicio, pero había que conformarse con la suerte. Pudo ver en donde había quedado Aquilino, más abajo, sobre una gran peña pelada que, por su altura, debía de aumentar la visibilidad de sus alrededores.

Los perros, al parecer, empezaron muy distantes a batir el terreno, porque el más absoluto silencio se mantuvo durante largas horas, debido a la distancia y a lo escabroso del monte. Ángel revisó los cartuchos de bala metidos en su escopeta repetidora y pasó los principios del largo compás de espera estudiando los pequeños claros del bosque por donde podía asomar el venado o el jabalí. Habían pasado varias horas cuando sintió la visita del demonio conocido dentro del cuerpo, regreso de martirios, continuando los tormentos de aquella noche en vela. Fue entonces cuando comenzó a prestar su atención hacia el puesto de Aquilino. Allí estaba en pie sobre la roca, con el arma empuñada, inmóvil como estatua. Cruzaron por su mente malos pensamientos: estaba a distancia de su escopeta y según la posición en que se encontraban sólo podía verlo él..., a nadie extrañaría un tiro aislado..., después de la cacería sería buscado y todos pensarían en la casualidad de una bala perdida... Fueron sólo unos segundos de mal pensar: se encaró la escopeta y apuntó al pecho del rival.

El dedo tembló al llegar al gatillo y desvió con energía el cañón, fueron unos segundos de ceguera e inmediato arrepentimiento. Abrió confuso la escopeta, sacó los cartuchos y los arrojó con rabia al matorral. Fue entonces cuando se oyó la algarabía de los podencos que seguían un rastro y apareció el jabalí desde la barranquera transpuesta, pasándole muy cerca. Era un macho viejo; pudo verle los ojillos de carbón furioso y el brillo marfileño de los largos colmillos. Desapareció inmediatamente, antes de que pudiera cargar la escopeta. Ángel arrojó el arma sobre la tierra y se acostó de cara al cielo, ajeno al desenvolvimiento de la cacería, llorando mansamente. Se oyeron ladridos por todos los costados de la sierra y empezaron a sonar disparos por doquier. Fue un despertar de furias que erizó toda la vida del monte. Volaron sobre él perdices asustadas, alguna res quebró ramas en su huida muy cerca de su cuerpo, pasaron podenqueros vociferantes, con largos cuchillos empuñados, sin descubrirlo entre la hierba. Sólo se levantó, cogió el arma y empezó a descender como sonámbulo, cuando sonaron las caracolas, cuernas de primitiva guerra, intentando congregar perros perdidos.

Encontró a Aquilino en el descenso, se apresuró a preguntarle:

-¿No has visto el enorme jabalí que llegó en dirección tuya? ¿Cómo no has podido dispararle...?

Ángel no contestó, tenía los ojos húmedos y un nudo de silencio en la garganta. No pudo participar en la apoteosis de la fiesta, en la organización de la recogida de reses muertas, en los jolgorios de la victoria. Se disculpó entre dientes, sintiéndose enfermo. Rechazó ayudas amistosas y volvió solo al pueblo, cuando iban a empezar las celebraciones del éxito de la cacería, con la alegría del vino compartido.

* * *

Pasó el hombre la noche huidizo y desvelado. Había anunciado a Carmela que iría a otro día de puesto de alba, pues se aproximaba el tiempo de veda y quería cazar en los bajos del Mirador del Ángel, en donde vio volar mucha perdiz la última vez en que fue a cazar de reclamo con Aquilino. La mujer no dijo nada, rubricaba en silencio aquel claro retorno a las desconfianzas.

Era noche cerrada cuando se tiró de la cama. Juntó todas las artes, encobijó al pájaro y emprendió el camino en su viejo coche. Llegó al sitio deseado y aparcando al vehículo bajo una encina, anduvo largo rato hasta encontrar el sitio propicio: una linde entre el monte y los sembrados, en donde la perdiz bajaría con toda seguridad, en busca de los trigos.

Una luna roja, tapada a intervalos por nublos sucesivos, mal alumbraba la labor de construir el tollo. Cortaba ramas casi a tientas, aprovechaba la espesura de ramaje de un chaparro, arrancaba matas para el tapizado... En esa hora purísima que antecedió al amanecer, el monte bajo, perturbado por la acción del hombre, destapaba múltiples pebeteros; tomillo y mejorana ungían al aire en competencia.

Concluido el tollo y el pulpillo, Ángel colocó al pájaro y fue a esconderse. Ya iban apareciendo cenefas rojas por el horizonte; abría brazos el sol aún escondido por los andamiajes del amanecer. Hablaba el campo y empezaba a sentirse la respiración de la tierra. En la clausura de la noche las lechuzas cruzaban saludos de despedida.

De pronto despertó todo el campo, cantaron los pajarillos y las perdices en competencia iniciaron un diálogo por toda la falda serrana. Un despertar de vida, vigoroso y armónico se estableció en el campo, pasó de la música al vuelo. Se remontó la calandria sobre las besanas, dialogaban parejas de

jilgueros en vuelos nupciales y en un álamo, sobre las zarzamoras de un barranco, lanzaba su clásica balada el ruiseñor, animando a la hembra que tejería el nido entre las defensas de la zarza. Las perdices se descolgaban de los altos picachos hasta los sembrados, velocísimas, después de su intercambio musical, y aterrizaban con ruido de pequeño reactor en los alrededores del lugar en que Ángel había hecho el puesto, orientadas por la poderosa llamada del pájaro enjaulado. Todo era un canto a la vida, un canto plural de naturaleza desvelada por un tiempo de amor. Sólo aquel hombre acurrucado en el tollo no disfrutaba el despertar feliz de la vida sobre la tierra. Las borrascas del pensamiento no le hacían disfrutar los placeres del puesto de alba, como siempre los había disfrutado.

Estaba llegando a su punto intermedio de luces el amanecer, porque la cresta del sol ya se adivinaba por montes lejanos, cuando entró un macho en plaza, en busca del reclamo. Llegó desafiante, reñidor, con regaños de ronquido. El cazador lo dejó aproximarse hasta el pie del pulpillo y, al tener respuesta adecuada del de la jaula, apuntó cuidadosamente al rociado de plumas negras del collar.

Traiciones de la mente trastornaron la visión hasta el extremo de ver el rostro de Aquilino en el lugar ocupado por la perdiz, el punto de mira de la escopeta en medio de la frente del rival. Apretó el gatillo con rabia y una polvareda de plumas saltó, cual lágrimas de lumbre. Ángel salió del tollo espoleado de presagios, al incorporarse con violencia volvió a la realidad: el reclamo susurraba un réquiem para el rival que yacía caído inmóvil sobre la hierba.

Sintió el cazador acoso de presentimientos, como llamada que lo espoleaba a volver con rapidez a su hogar, un aliento de segura tragedia bañándole la piel de un sudor frío. Volvió veloz, cruzó las calles desiertas del pueblo que aún dormía. Llegó a su casa y vio las puertas abiertas de par en par. Entró con ansiedad, con miedo, gritando el nombre de Carmela sin respuesta. El viento arreciaba y hubo un traqueteo de ventanas abiertas, un revuelo de cortinas. El caballo relincho en la cuadra al oler la presencia del amo, y pareció llevar sonos de grito humano su relincho. Ángel enloquecido, entró en la alcoba y encontró a Aquilino muerto sobre el lecho. Cayó el hombre de bruces sintiéndose herido, sin comprender y comprendiendo. Se levantó y recorrió como un sonámbulo la casa, gritando el nombre de Carmela. Sólo respondía el viento. Recorrió varias veces las estancias vacías. Salió a la calle. No cerró puertas ni ventanas. Había dejado el coche en la puerta y

reparó entonces en que ni siquiera había parado el motor. Impulsado por desconciertos montó en el vehículo. ¿Qué hacer...? ¿A dónde ir?, y volvió a toda velocidad camino de la sierra. El pueblo despertaba lentamente.

* * *

Aquilino, con insomnios de animal en celo, rotos sus propósitos de lealtad, había estado espiando la salida del compañero para el puesto de alba. Traspuso el coche las últimas casas y corrió a llamar a la puerta. Carmela, hecha a las costumbres madrugadoras del marido, ni siquiera había perdido el sueño al marchar éste y despertó extrañada, pensando que regresaba por haber olvidado alguna de sus artes de cazador o quizá arrepentido de salir al alba, por no ser propicio el estado del tiempo.

Salió a abrir la puerta y se encontró con Aquilino. Intentó rechazarlo y volver a cerrar, pero el hombre ya había avanzado vigoroso, como ciclón de vida.

Arrebatada hasta la alcoba fue rindiendo la mujer sus temores y dejándose poseer. Mutua posesión que fue desbrozando circunstancias, amordazando protestas interiores, hasta culminar en fusión amorosa de creerse solos sobre el mundo. Estaba empezando a amanecer cuando ella sintió que, desarmado de fuerzas, aumentaba enormemente el peso del cuerpo del hombre sobre ella; un último estertor le recorrió todo su ser, sintió en su propia sangre la fuga de la vida del amante. Aterrorizada, palpó su cuerpo sin latido, pudo liberarse de la pesada carga. Corrió por la casa, desnuda, abriendo ventanas para gritar, y no tenía voz... Consiguió vestirse con manos temblorosas. Recordó aquellos dolores en el pecho que sentía el amante, de los que había hablado a veces. Pensó en un posible plan, en la posibilidad de una respuesta razonable a su situación. No la había. Sólo sintió impetuosa necesidad de huida y corrió por las calles camino de la estación de ferrocarril, perdida en el misterio de las últimas sombras de la noche.

* * *

Ángel llegó al pie de la sierra en demencial carrera, hasta el mismo sitio en que poco antes había estado el coche mientras echaba el puesto de alba. Paró el motor y apoyó la cabeza sobre el volante. Todo el dolor del mundo le acudía al corazón y un llanto convulsivo estremeció su ser. Estuvo mucho tiempo así, hasta que el llanto se hizo sereno y la mente laguna de abstracciones, y pensose redimido de un mal sueño, despierto, desencadenado de falsas pesadillas... Bajó del coche, apretó a su cintura la cartuchera, echó a

sus espaldas pájaro y manta, colgó de su hombro la escopeta y emprendió el ascenso hasta el puesto que un mes antes había hecho en la parte dominadora del cerro, en el Mirador del Ángel.

Llegó al sitio y poniendo al pájaro perdiz en el pulpitiillo ocupó el puesto con ademanes de normalidad. Sintió refugio decisivo dentro de las paredes de piedra del tollo, como barrera separadora del mundo, de la vida.

Largo tiempo estuvo el reclamo cantando por todo lo alto, recibiendo tan sólo alguna que otra contestación lejana. Ángel, con la frente apoyada sobre las piedras, intentaba no pensar, abstraerse, quedar eternamente como un elemento mineral de la serranía. Sonaron unos piñonazos próximos, heridores, y después cantaron varios machos por lugares inmediatos. El pájaro perdiz, ante la proximidad del desafío, ante la contestación de aquellos machos que no habían cantado antes porque seguramente estaban lejanos y fueron apeonando ante la llamada, se estiró en la jaula, dio una vuelta chulesca y aumentó en su canto grados de altanería. Después viendo que no entraba el monte, cambió de sistema, blandió en el pie, y enseguida llegó a la plaza un macho grande y provocador. Pudo Ángel ver desde la tronera el rosario de garrones que lucía en las patas. Subió hasta el pulpitiillo, empujando a la jaula con la poderosa pechuga, intentó herir con picotazos al cautivo, y al fin bajo a tierra pudiendo dispararle el cazador. Al recibir el tiro saltó repetidas veces, como resistiéndose a morir, y al fin quedó inmóvil, tendido sobre la hierba. Inmediatamente entró otro macho y Ángel le disparó comprendiendo que estaba ante una torada, de la cual el primer macho era el jefe de banda. Se sucedió la entrada de machos y la entusiasta conducta del reclamo, conforme iban quedando tendidos al pie del tanganiillo.

Ángel había sentido por un momento borradas sus tragedias, se sintió viviendo tiempos de felicidad cumplida, mas de pronto, cuando había disparado al quinto macho y llegaba otro corriendo veloz por entre las matas, sintió de nuevo en sus entrañas todo el dolor del mundo.

El perdigón indultado daba vueltas al tanganiillo con paso triunfal, bababa y subía amenazante ante la jaula, mientras que Ángel lloraba, vencida la frente sobre la culata de la escopeta.

Aclaración de palabras o frases, de uso entre aficionados a la caza de la perdiz con reclamo, contenidas en el texto

El autor ha creído necesario dar explicación de palabras y expresiones específicas de esta modalidad de caza, de uso entre cuquilleros o pajariteros (nombres que se les da a los aficionados), que pueden servir de ayuda para aclarar el tema a los profanos. Sabe el autor que en cada comarca o región hay vocablos distintos para nombrar la misma cosa, y a esto ha procurado adaptarse en lo posible.

Abrir el campo. Se llama así al principio de faena que debe hacer el reclamo, cantando en llamada a las perdices “campesinas”, aún sin oír a éstas. También se denomina “romper el campo”.

Atrancarse de perdices. Cuando por falta de celo, o porque presienten un peligro, las perdices interrumpen su marcha hacia el reclamo y se estacionan a cierta distancia, sin entrar en plaza.

Blandear. Se dice de la actitud del reclamo al tomar la determinación de cambiar un canto o un tono desafiante por otro más dulce, para ganarse la confianza de las campesinas y lograr lleguen a su presencia.

Cantar la muerte. Canto llamado también “responso” que realizan algunos buenos reclamos después del tiro, ante la muerte del rival.

Canto de alarma. Llamado también “aguileo”, que dentro del idioma de las perdices tiene intenciones de aviso ante un peligro, generalmente provocado por la presencia de enemigos: aves rapaces o alimañas.

Canto. Se denomina “canto”, “reclamo”, “canto de cañón”, etc., de manera particular, a la forma más corriente en que comienza el pájaro su faena, a la forma más corriente que tienen de cantar las perdices enjauladas o salvajes, aunque la gama de cantos de la perdiz es muy rica, variada para expresar sus estados de ánimo o deseo. Es imposible con palabras reflejar, ni siquiera aproximadamente, la variedad de cantos y sonidos que emite la perdiz, de algunos de los cuales se da aquí noticia.

Celo. Se llama celo al estado propicio en que la perdiz se siente inclinada a acudir al reclamo: “estar enceladas”, o al buen estado del reclamo: “estar encelado”, y obedece a muy complejas circunstancias. También se llama “celo” a la época del año en que puede realizarse esta caza o está permitida por la ley.

Chasquear. También se llama “berrear” o “ajear”. Es un canto enérgico, de enojo o cobardía, y la perdiz que lo ejecuta nunca entra en plaza. A veces el reclamo hace un canto parecido, regañando al rival, aunque normalmente la manifestación de regaño se manifiesta con otro sonido llamado “ronquido”, con que el macho enjaulado intenta callar al campesino.

Dar pie. Forma de cantar también llamada “cuchicheo” o “cuchichío”, característico del macho. Manifiesta de forma especial el estado de celo. Es una expresión de desafío, que a veces se suaviza de tonos llegando a tener significados amorosos, de aceptación.

Embolinarse. Hacerse “bola de plumas” el reclamo, excitado por la presencia de las perdices.

Embuchadas. Reclamadas en tono ahuecado y bajo que atrae mucho a las perdices campesinas.

Ganchos. Especie de correas terminadas en ganchos metálicos que sirven para sujetar la jaula a la espalda del cazador para andar por el campo.

Jaulero. Soporte, generalmente de madera provisto de comedero, para colocar la jaula en casa.

Los vientos. Influye mucho en el estado de celo de las perdices la dirección de los vientos, la intensidad, humedad y temperatura de éstos. El viento norte es desastroso para esta caza. También el que viene del sur y el levante. El poniente cálido es apropiado, sobre todo si lo acompaña un tiempo lluvioso. También influyen las fases de la luna, de manera muy favorable, el cuarto creciente. Ese espaldo especial, físico y psíquico, que llamamos celo, obedece a causas muy diversas, a veces misteriosas.

Lugar con oído. Se dice del lugar que por su situación orográfica es apropiado para construir el tollo porque, debido a la prominencia del terreno y a las particularidades de sus contornos, permite que el canto de las perdices llegue al pájaro y el de éste a aquéllas, en un amplio territorio.

Maullar. Canto que recuerda al maullido de un gato, que emite el reclamo cuando está sumamente encelado.

Muestra. Acción de embolarse o de manifestar el pájaro, sin el canto, la aceptación de las campesinas que llegan a la rasa. Es un “recibo” mudo.

Pájaro. Al reclamo, en casi todos los territorios en se practica esta caza, se le denomina “pájaro”. Se llama “pollo” al pájaro joven, nacido dentro del año en que se caza por primera vez. A los pájaros educados para esta caza se les llama también “perdigones”, “cucos”, etc. Después del primer año en que se caza al reclamo joven o pollo, se denominan los pájaros por los años que llevan en la “faena”, contando los años por “celos”: “pájaro de segundo celo”, de “tercer celo”, etc.

Piñonazos. Es un sonido parecido al que se hace al chasquear la lengua o dar un beso, también se llaman “besos”, y es propio del macho. Según el tono y la intención, también puede ser grito de guerra o llamada amorosa, o sea, es manera de expresar lo mismo que “dar de pie”, pero de forma más intensa.

Piquivano. Por diversas causas el reclamo puede llegar a tener un pico largo, con tendencia a crecer, y en este caso hay que ir cortándoselo, al igual que puede pasar con las uñas. Es un defecto que afea mucho al pájaro. En las perdices salvajes no se da porque la perdiz regula mejor su crecimiento picoteando las piedras.

Plaza. Llamada también “rasa” o “tiradero”, es el espacio que queda alrededor del tanto o pulpillo, frente a la tronera, por donde se puede disparar.

Presagio del tiempo. Es la perdiz uno de los animales salvajes que de forma más expresiva y justa predice el tiempo, el estado atmosférico por venir, con inmediatez. Influye decisivamente en su comportamiento el tiempo que “va a hacer”, nunca se equivoca y si presagia mal tiempo se hace casi imposible su caza, pues anda indiferente al celo y asustadiza, buscando refugios.

Puesto. En general se utiliza la palabra “puesto” para designar el hecho de cazar en acecho: “Voy a echar (o dar) un puesto”. También, concretando, se relaciona con las horas del día en que se realiza la espera: “Puesto de alba, de sol (de mañana) y puesto de tarde”. También se denomina puesto al escondite que hace el cazador, teniendo también en muchos lugares el nombre de “tollo”.

Sayueta. Llamada también “cobija”, es una funda que se pone a la jaula, corrientemente de tela, y sirve, entre otras cosas, para que el reclamo no se espante al ser trasladado al puesto.

Tanto. También se llama “tanganillo”, “pulpitillo”, “hacho” o “colgadero”, y es un lugar apropiado, frente a la tronera, para colocar el reclamo.

Titeos. Es un sonido que, al parecer, sirve de llamada para compartir un manjar, y que lo utilizan mucho las hembras cuando van con la pollada y descubren algo apetitoso. Los pájaros enjaulados, de forma engañosa, lo utilizan con eficacia para atraer a las perdices.

Torada. Banda de machos que han quedado solos por viudez o soltería decidiendo, quizá circunstancialmente, hacer la vida juntos. También se les llama “monjes”. Son grupos de varios machos que luchan encarnizadamente por el caudillaje. Al que lo consigue se le llama “jefe de banda” y goza de privilegios reales, aunque se ve obligado a demostrar continuamente su superioridad, por eso el jefe es el primero que entra a los reclamos. Una vez muerto, es corriente que empiecen a desfilar por la plaza los demás, aunque no es frecuente que entren juntos, por el miedo que se tienen entre sí en los momentos de excitación.

Tronera. Agujero que se deja en el tollo, en justa medida para colocar la escopeta y observar el campo.

SASTRE DE fANTASMAS Y OTROS
RELATOS



SASTRE DE FANTASMAS

(y otros relatos)



Julio Alfredo Egea

Sastre de fantasmas (y otros relatos), Mojácar, Arráez, 2005. Prólogo de Pedro M. Domene, dibujo de portada Isabel Rath, ilustraciones interiores de Julio Egea López.

PRÓLOGO

EL CUENTO COMO GÉNERO

PEDRO M. DOMENE

Un cuento es algo tan nítido y limitado como cualquiera de los objetos que nos rodean, quizá por esto, un autor sólo puede resumir su poética literaria cuando concibe unos textos breves; y así, inevitablemente, *un cuento* —se convierte— *en un experimento con la noción de límite*, o manifiesta esa voluntad impuesta por el propio autor, como escribiera el argentino Ricardo Piglia, muy a propósito de este denostado género literario en nuestros días.

Aunque, en realidad, esta generalización merezca una reflexión ensayística más oportuna y mejor documentada, para situarnos en el concepto tradicional de cuento, podríamos aventurar, entre otras características del género, la recapitulación de una síntesis capaz de resumir el concepto de un buen relato o de un cuento breve. Para esto seguiremos algunos de los consejos que Andrés Neuman, un excelente teórico y mejor representante de la narrativa breve, ya expusiera en algunas de sus colecciones donde teorizaba sobre cómo habría de guardarse un secreto cuando se confecciona un cuento, o aventuraba que los relatos siempre suceden ahora porque no hay tiempo para más. Es, precisamente, en las primeras líneas donde un cuento se juega la vida y, a medida que leemos, observamos cómo los personajes, simplemente, actúan y la atmósfera recoge lo más memorable del argumento. El lirismo contenido se convierte en la magia de la mejor expresión, pero la voz del narrador es tan importante que apenas si se nota y es, precisamente, en el ritmo donde se muestra el talento de su autor. Baste añadir que una frase, un párrafo, una página, pueden ser la extensión justa y medida, pero sobre todo, el proceso a seguir para terminar un buen cuento es, siempre, callar a tiempo.

Hasta aquí algunas notas que resumen esa equivocada cuestión de considerar al cuento un género menor, un ejercicio, aparentemente, sin desarrollar porque parece que solo en las grandes obras se mostraría ese largo aliento que la narrativa breve no alcanza; el relato breve se crea y se desarrolla como una elipsis en su propio desarrollo y la escritura comienza en lo narrado por el autor y en las omisiones que este deja

para el posible lector. Kurt Spang enlazaba las características del aspecto creativo y estructural del cuento con las de la lírica, en una aproximación a un género que participa de un proceso semejante al usado por el poeta, esto es, la interiorización de la realidad exterior, con esa evidente consecuencia de la brevedad o de la profundidad, cierta predilección por la instantánea y la sugerencia visual, cierta tendencia a tratar un solo aspecto, un tema, incluso plantear la situación en un limitado campo de acción pero a medida que avanza el relato aumentar la intensidad del mismo; función estética del lenguaje, importancia del ritmo, musicalidad y un cierto carácter explícito o implícito oral en el texto compuesto. Un buen cuento, en suma, divide en tres instancias su contenido: los personajes creados, la atmósfera conseguida y la acción del mismo.

Cuestión aparte merece ese concepto de literatura o cuento escrito para jóvenes lectores. Quizá, en un arriesgado juicio cabría preguntarse, ¿son los jóvenes los mejores lectores, los más cualificados para establecer lo que podríamos denominar como la auténtica literatura? Porque el joven lector no suele sucumbir ante opiniones como las esgrimidas por estudiosos, profesores, críticos en general que se han empeñado, durante años, en convencer a millones de personas de que si un libro no desencadena una auténtica revolución social no tiene valor alguno. Sociológicamente el fenómeno funciona de esta manera en todas las lenguas del mundo porque para ellos pesa aún ese indiscutible don de la lógica y les gusta la claridad. Siguen siendo esos lectores independientes que solo confían en su propio criterio.

Desde Chejov a Poe, desde Borges a Cortázar, desde Clarín a Fraile, y en nuestros días Monzó y Calcedo, una amplia variedad de tendencias ha proporcionado a los autores una absoluta variedad de registros con que caracterizar un estilo y un tema. El cuento en España ha vuelto a retomar en las últimas décadas el interés por contar historias. La situación del cuento almeriense ofrece, paralelamente, desde hace décadas una parca panorámica, aunque algunos de los autores, que hace años yo mismo antologaba, han mantenido esa firme voluntad de seguir escribiendo relatos. Algunos nombres notables se asomaban entonces y otros nuevos se han incorporado con el paso del tiempo, José María Riera de Leyva y María José Clemente, desde el exterior, Diego Granados, Martín García Ramos, Remedios M. Anaya, Francisco Cañabate, Celso Ortiz y, sobre todo, Julio Alfredo Egea, con una reconocida presencia provincial y regional. El caso de Julio Alfredo Egea (Chirivel, Almería, 1926) es, tal vez, el más singular desde su amplia y abundante óptica de poeta porque ha sido narrador desde siempre. El virtuosismo de su prosa queda patente porque es capaz de sacar partido a un argumento mínimo para crear un ambiente propio, repleto de contenido porque sus cánones estilísticos consiguen la perfección. Julio

Alfredo Egea da sobradas muestras de fino humor en sus relatos, es capaz de herir la sensibilidad del lector, concibe el relato breve como ese campo donde se experimenta para indagar nuevos territorios con los que alcanzar esa flexibilidad que permite determinar lo significativo, lo que se cuenta sobre una base estricta, en la medida de lo necesario, lo imprescindible, una condensación que actúa siempre en favor de la intensidad como ocurre en muchos de los cuentos de *Sastre de fantasmas y otros relatos*, una colección de doce relatos que el lector tiene a su disposición y que son un buen punto de partida si antes no había conseguido leer *El sueño y los caminos* (1990) o *Puesto de alba y quince historias de caza* (1996).

Un cuento parece lo más fino y personal que puede hacer un escritor, escribió hace años Medardo Fraile, y añadía, además, que lograba ser algo tan sorprendente que cuando el escritor hace un buen cuento, moja su mano en agua bendita y se limpia de pecados veniales. Y para precisar algunos aspectos a mí me gustaría señalar que los cuentos que contiene el presente volumen son lo más sutil que ha escrito Julio Alfredo durante todos sus años de escritor honrado y comprometido. Tres tipos de cuentos se observan en esta entrega, con las características propias del cuento de «*contracción*» que el autor desarrolla a lo largo de un dilatado período de tiempo, como ocurre en «Sastre de fantasmas» la historia de Sigfrido Waldeck y su aventura con el compañero Adolfo Hitler, en realidad el relato de una seudobiografía que reconstruye un avisgado reportero muchos años después y da pie a que se desarrolle en varios lugares, además de visiones retrospectivas y de insinuaciones anticipadas; lo mismo ocurre con «Caballos de feria» una historia que, de alguna manera, adelanta la situación final, o «La página perdida del Apocalipsis» un alegato a favor de la humanidad que permite al lector superar el trauma de una raza con una historia contada en períodos y espacios distintos; y, sin lugar a dudas, «El incendio», el mejor ejemplo, de un cuento de *contracción* porque se desarrolla a lo largo de un dilatado período de tiempo, ofrece visiones retrospectivas y buena parte de la biografía de Vicente, el enano; el relato incluye otros personajes secundarios, subordinados, al desarrollo de una acción que explica los hechos sin añadir más explicaciones que permiten al lector un propio juicio.

En el cuento de «*situación*» la época coincide más o menos con el tiempo de la narración y el tiempo transcurrido carece de interés. La historia se desarrolla en un solo escenario y gira en torno a un suceso o un símbolo y, en ocasiones, la situación en sí misma es decisiva o representativa de otras iguales; un buen ejemplo es, «La rebelión del abecedario», el mágico juego de las palabras porque todo gira en torno al proceso de escritura con las nuevas tecnologías incorporadas. Aunque, protagonizado, por unas palomas, el cuento «Disfraz de nieve», se convierte en una historia

de amor con una hermosa catedral como fondo, el paso del tiempo y la amenaza que suponen las palomas en edificios históricos, constituyen el eje de este singular cuento. Dos sucesos se combinan perfectamente, el amor de estas aves y el mal de piedra que acecha al palacio arzobispal, en una declarada intención de relatar esa imagen típica de nuestros monumentos históricos heridos, a veces, por los daños causados por estas singulares aves. En el relato «Guitarras y violines», el músico Evaristo Salvago coincide con Juan Lorenzo en una soledad final de sus vidas que, de alguna manera, prolongara una felicidad perdida porque, tras su encuentro, ambos podían ser lo que siempre habían deseado. Y, quizá, uno de los más emotivos sea «El relincho» una historia infantil que transcurre en una actualidad y que se desarrolla en espiral desde fuera hacia dentro, desde la felicidad de la infancia y la inocencia, hasta la cruda realidad de una enfermedad con la magia de un deseo como telón de fondo. Y lo mismo ocurre con «Música de saxo para una primavera», un relato musical que incluye los tópicos de droga y rock & roll, pero con un final feliz porque representa esa otra tentativa de poder ser semejante a otro proyecto de vida. Quizá los cuentos más líricos sean «Patria soñada» y «La huerta mágica», homenaje al poeta Federico, y en ambos un narrador o personaje principal sirve de nexo de unión a las diferentes situaciones y está presente en todo el relato desde un principio al final, ambos son ejemplos de un buen cuento «combinado»; en realidad, es una historia más compleja que se simplifica por su propia estructura, que define tipos dilatados en un período más extenso pero que la voluntad del escritor condensa porque es capaz de ofrecer un gran material narrativo que el lector deberá completar.

Julio Alfredo Egea consigue acercarnos con este puñado de relatos a una variedad de temas que revisan la historia, formulan juegos de palabras, evocan el mundo animal, recomponen la melancolía de tiempos pasados, exploran el mundo de la homosexualidad, las grandes catástrofes, evocan la infancia, la vejez y la añoranza del pasado, el mundo desafortunado de los jóvenes y las drogas, las deformidades, el esplendor de Al-Andalus y las ciudades perdidas o la mejor expresión lírica para descubrir la inhumana sinrazón de las cosas pasadas. Escribir un cuento supone esa prueba de fuerza a que se somete el escritor. Quizá haya que estar en trance para escribir un buen relato, y yo estoy convencido de que, al menos Julio Alfredo, ha mostrado esa tensión que se requiere para dejar constancia de esa sensación que se produce cuando uno cierra un buen libro, respira hondo, deja pasar unos minutos y no para de pensar en las historias contadas por el autor en las cuatro o cinco páginas que, de una forma compacta, completa y sin concesiones le han sido ofrecidas en forma de libro.

Septiembre, 2005

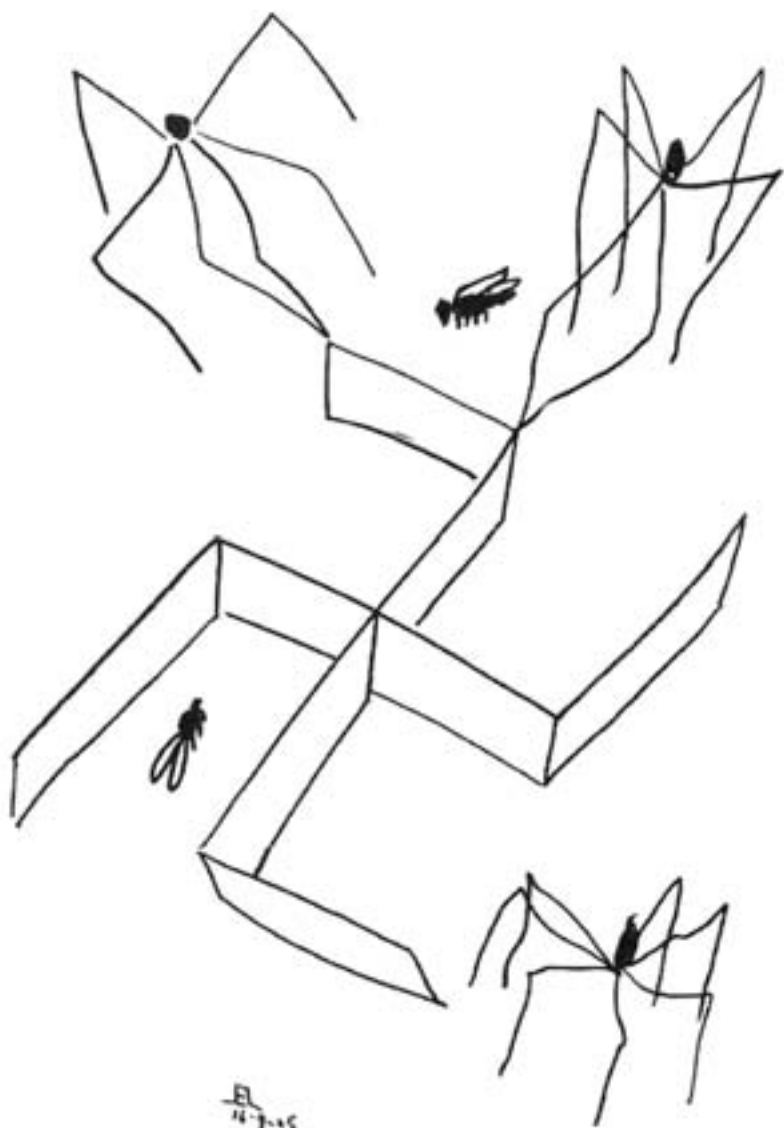
SASTRE DE FANTASMAS

VISITÉ A SIGFRIDO WALDECK TRAS UN ARRIESGADO VIAJE A LA POLINESIA, A DONDE FUI ENVIADO POR UN DIARIO DE LOS ÁNGELES EN EL QUE POR ENTONCES TRABAJABA COMO REPORTERO. Tuve que llegar a través de varios barcos de pesca, transbordando de unos a otros, después de complicadas conversaciones con los tripulantes de cada dotación, que desconfiaban de cualquiera debido al gran transitar de fugitivos que había por el mundo a partir del final de la segunda guerra mundial. Pude convencerles de los motivos científicos de mi viaje, asegurando que dedicaría el tiempo al estudio de un pájaro que, aunque emparentado con la familia de las láridas, podía ser considerado como un endemismo no catalogado ya que presentaba rasgos y costumbres diferentes de las estudiadas en gaviotas comunes. Este cuento, ideado en Los Ángeles antes de mi salida, lo iba soltando por todos sitios.

Un antiguo miembro de la CIA había dado al periódico información secreta de que allí estaba, huyendo de sus fantasmas particulares, el viejo sastre de Adolfo Hitler, y a consecuencia de haberse despertado un gran interés por publicar entrevistas cargadas de sensacionalismo, hechas a personas que, dispersas por todo el mundo, habían tratado personalmente al dictador alemán, me enviaron en su busca.

Siguiendo las indicaciones de aquel agente lo encontré en una playa desierta, casi cubierto por la arena su cuerpo desnudo, empuñando un gran vaso de zumo de banana. A su lado, también en estado natural, una preciosa nativa alternaba el oficio de rascarle la espalda con el de espantarle las moscas para que no naufragaran en el refresco.

Muchas fueron las dificultades hasta llegar a este momento del encuentro. Los pescadores me dejaron en Tau, la isla del archipiélago de Samoa Occidental en que debía encontrar al personaje. El desembarco fue en un paraje sin señal alguna de ser viviente, y seguí la ruta que señalaron mis transportistas, tierra adentro a la aventura, cual robinsón de tiempos remotos, sólo portando un pequeño saco con enseres precisos y mi necesaria máquina fotográfica. Después de larga caminata pude divisar una franja verde, con



4-7-05

apariencia de oasis, y algunas chozas localizadas por el extremo cónico de la techumbre que sobresalía por entre una vegetación esplendorosa. El encuentro con los nativos fue cordial y pudimos entendernos, aunque con algunas dificultades porque los isleños hablaban un inglés amortiguado por cadencias tropicales y salpicado de vocablos indígenas. Al parecer era gente cordial y con arraigado sentido de la hospitalidad, como corresponde a casi toda raza primitiva con un sentir pacífico, no contaminada por deshumanizaciones de países llamados civilizados.

Al fin, después de muchas peripecias, pude encontrar al personaje, en aquel estado de candorosa desnudez, y me presenté a él como ornitólogo, recién llegado en busca de la extraña gaviota, soltándole el cuento aprendido. Fue breve entrevista al comprobar su gesto desconfiado, y me despedí con el propósito de procurar sucesivos encuentros, en apariencia fortuitos, para llevar a cabo mi trabajo sin despertar sospechas, instalándome en una pequeña cabaña próxima a la mansión que se había hecho construir el alemán. Sin gran dificultad fui acogido por una familia de amables isleños que me informaron de lo poco que sabían sobre el extranjero que, hacía pocos meses, había contraído matrimonio con la joven según los ritos del lugar.

Ese mismo día de mi llegada busqué y cumplimenté a los pocos componentes del destacamento colonial norteamericano, regresando a mi cabaña para un necesario descanso.

A la mañana siguiente fui en su busca. Era un anciano algo tímido, vigoroso, de mansas pupilas, que aceptó mis ofrendas de amistad con naturalidad, aunque a veces me miraba con ojos entornados, como puede mirarse a un ser bajo sospecha de extraterrestre. Lo peor fue cuando expliqué, decidido a ser sincero, que aparte de mis estudios de la naturaleza, también era periodista de un gran diario de Los Ángeles, deseando hacerle una entrevista porque adivinaba una vida intensa y diferente que interesaría a gran número de lectores. Hubo una nube de espanto por sus ojos y rechazó con decisión la oferta, asegurando que su vida verdadera había empezado en aquel rincón perdido del planeta, en donde encontró el amor y el contacto pleno con una naturaleza no contaminada. Se mostró arrepentido de haberme hecho algunas confidencias en los principios de nuestro primer encuentro, y puso por condición para la permanencia en la amistad el no hablar de su vida pasada. Desentendido del asunto que me había llevado a la isla, de tanto repetir el cuento de los pájaros terminé por tener aficiones

ornitológicas, descubriendo que Waldeck también las tenía. Llegué a esta conclusión porque estando tendidos en la playa, cuando cualquier ave en vuelo proyectaba su sombra sobre nuestros cuerpos, se incorporaba con agilidad y la seguía con unos prismáticos hasta que se perdía en singladura sobre el mar o en su adentrarse hacia palmerales próximos. Un día me preguntó si había encontrado al pájaro buscado y, al tener mi negativa, soltó una carcajada, me lanzaron sus pupilas un latigazo de inteligencia y dijo: -Ese pájaro soy yo, la gaviota germana que voló hacia otro mundo, buscando en donde anidar su libertad.

Confuso, aguanté su risa estrepitosa y, sintiéndome descubierto, tartamudeando por la vergüenza que sentía, me sinceré con toda clase de explicaciones: -Es cierto, se trata de un ave inventada para enmascarar segundos fines; mi tarea es viajar en busca de personas que tuvieron, por cualquier motivo, relación directa con el dictador del III Reich, y usted, según pude saber, fue su sastre durante la segunda guerra mundial.

Cerró los ojos, como pasando revista a la larga película de su pasado y, con seriedad en la voz, afirmó: -Yo sólo conocí a un soldado de la primera guerra mundial, a un joven temerario que presentaba el pecho a las balas cuando fuimos arrastrados a la lucha y corrí a su lado, de trinchera en trinchera, intentando disimular mi miedo y mi dolor por aquella horrible situación. Le conocí mucho antes de ser nombrado canciller, cuando aún no le habían aparecido sus terribles garras de monstruo. Después nunca más volvieron a verlo mis ojos.

Ante su gesto tristísimo cambié de tema dando un aire desentendido a la conversación, hablándole de gastronomía de la isla, de la sabrosa ensalada que su mujer nos había preparado con frutos silvestres y huevos cocidos de alcazaz. Después medité un rato, respetando su silencio, y le expliqué que estaba a punto de cumplir mi plazo de estancia allí y volvería a Los Ángeles en cuanto encontrara ocasión propicia.

Nos despedimos y marché a mi cabaña con ánimo de hacer gestiones para el fracaso de mi misión, resignado a no llevarme el secreto de aquel ser misterioso, del cual sólo pude conseguir unas fotografías tiradas a escondidas, mostrando partir, ante su desnudez en relajamiento; inútil material sin ir acompañado de un texto atractivo.

Primera huida de Sigfrido Waldeck

A la mañana siguiente llamaron a la puerta de entrelazadas cañas de bambú que daba entrada a la estancia en que me alojaba, y vi con gran sorpresa que era el criado del alemán, un hombre bajito, siempre sonriente, que había sido enviado para comunicarme que su señor deseaba verme.

Corrí a su encuentro y lo encontré comunicativo y alegre. Dijo haber cambiado de opinión, deseando contarme algo de su extraño pasado; no creía tuviese interés un relato de huidas e insatisfacciones, para lectores enfatizados con la reciente victoria de su país, aunque pensaba que sí podía -al vislumbrarse su amor por la paz- servir a algún joven para reflexionar sobre la insensatez de las guerras; pero tendría que ser a algún joven no contaminado por las recientes circunstancias que tanto condicionaban a los adultos debido a los martirios sufridos o los gozos alcanzados.

-Al final de las guerras todos son perdedores, en mayor o menor medida; la victoria es un gran espejismo, dijo.

No pude disimular la alegría que sentí por su cambio de actitud, y quedé en volver con el cuestionario meditado, para marcar un orden en la entrevista, al que tranquilamente daríamos cumplimiento.

Al continuar la conversación en la siguiente jornada pude comprobar que no quería sujetarse a preguntas establecidas, sólo hablar sin un orden concreto, y comenzó a hacerlo con cierta anarquía en el relato, mezclando conceptos éticos con recuerdos de su vivir. Hablaba con voz pausada, clara, y pude recoger su narración con bastante fidelidad:

-Era muy joven y confieso que fui arrastrado por sentimientos patrióticos a la primera guerra mundial, sentimientos a los que pronto renuncié porque los creo contradictorios con los únicos valores del hombre -amor y libertad- que son los que pueden mantener un humanismo digno contra un establecimiento de fronteras mantenidas en el racismo, en una intransigencia de credos, en teorías políticas defendidas por las armas contra cualquier adversario...

Mi padre era de nacimiento alsaciano pero profundamente alemán en sus orígenes y sentimientos. Acabó trasladándose a Berlín con su familia antes de nacer yo, y allí desarrolló una actividad lucrativa y extraña: fue sastre especializado en vestuario para aconteceres lúdicos, es decir, sastre de disfraces. Su gran clientela, entre las clases más pudientes, estaba relacio-

nada con las fiestas de Carnaval. Tenía una imaginación asombrosa, y de sus manos salía un sinnúmero de vestimentas basadas en historias remotas, inspiradas en modelos del vestir regional de medio mundo, o representando a especies animales... Pero también, al llegar su fama más allá de los contornos nacionales, tenía encargos de distinta índole: confeccionó capas espectaculares encargadas por popes o arzobispos ortodoxos, para lucirlas en conmemoraciones especiales; vaporosos trajes para bailarinas de ballet del Teatro de la Ópera de Viena; modelos surrealistas de llamativo diseño para artistas de circo... Mi madre era también austriaca, de una familia montañesa de Salzburgo, lugar en que residía toda su gente.

Quizá influyó en mi incorporación al voluntariado de lucha de la primera guerra mundial la ideología de mi padre que, aunque hombre festivo e inteligente, llevaba dentro al demonio feroz del nacionalismo, quizá por influencia de amigos suyos. Esto debió de contar en mi decisión, de acuerdo con la falta de criterio por mis pocos años. Llegué al frente en compañía de muchos jóvenes tan engañados como yo, pero también de algunos con fuertes convicciones fanáticas; el más enardecido de todos, dentro de su gran introversión, era Adolfo Hitler, que fue herido dos veces, y la segunda cayó junto a mí, que, ante el imperativo de avanzar, lo seguía como su sombra, aunque buscando provisionales escondites y sin disparar un solo tiro.

Fue entonces cuando pensé en desertar. ¿Qué hacía yo en un lugar como aquel, siendo incapaz de matar a nadie y expuesto a que me dispararan? En el frente empecé a amar la paz sobre todas las cosas y a amar al enemigo -que en su mayoría sería ingenuo y engañado como yo y muchos de mis compañeros-, coincidiendo con lo mandado en preceptos evangélicos, prefiriendo ser muerto a matar. No me sentía un cobarde, me sentía un ser obligado a protagonizar una horrible tragedia dentro de un infierno de desamor.

En una operación que intentaba envolver al enemigo hacía un territorio sin salida, hubo momentos de desconcierto y confusión que aproveché para quedar atrás, escondido y solo en un bosque. Fui un desorientado soldado vagabundo, con mil astucias para lograr alejarme de la lucha, atravesar retaguardias y llegar a Berlín. Allí me refugié en la casa paterna, en donde estaba sola mi madre, pues mi padre había muerto -según me dijeron- sorprendido por un accidental tiroteo callejero. Ella me explicó que era otro, ideológicamente, cuando murió, pues sus viejas ideas no eran fuertes convicciones,

y cambió de parecer al encontrarse en una circunstancia de crueldades, maldiciendo a los nacionalismos.

Fue grande mi confusión de ideas... No podría permanecer en la casa paterna porque al notar mi ausencia del frente, y no contarme entre muertos y heridos, me vendrían a buscar. Tenía que huir hacia otro lugar, y mi madre debía quedar sola, para que al llegar en mi busca la encontraran, y al sentirse desorientados me dieran por desaparecido. A pesar de dolerme la soledad, el estado de amargura en que quedaría mi madre, percibí algo que nunca había sentido: la alegría de ser hijo único, pues mis hermanos, de haberlos tenido, estarían también sufriendo el drama infinito de mi país.

Decidí la gran aventura de completar la huida. Pensé marchar, intentando vencer muchas dificultades, a las montañas de Salzburgo, en donde me acogerían los familiares de mi madre y podría encontrar lugar seguro.

Busqué en el gran almacén de disfraces de mi padre alguno de los trajes tradicionales que hacía en ratos libres, más por placer y homenaje a su estirpe, que por negocio. Encontré uno de campesina alsaciana que acompañado de rellenos perfilando figura femenina, me venía a la perfección. Tras muchas peripecias pude montar en un tren de refugiados que trasladaba mujeres y niños, desde la inmediación de los frentes hacia un lugar algo más tranquilo.

Conseguí llegar al lugar deseado y ser acogido por mi familia materna, que me proporcionó una pequeña y camuflada habitación subterránea en la que permanecería escondido cada vez que se aproximaba el peligro, que era casi continuo.

Nueva vida

Al finalizar la guerra pude volver al hogar de Berlín. Encontré a mi madre muy decaída, apesadumbrada por años de soledad y continuo sobresalto. Además, se habían agotado los ahorros familiares y era necesario hacer algo... No había muchas opciones de trabajo y pensé tomar el oficio del padre, en el que ya me había iniciado como aprendiz antes del conflicto, aunque los tiempos no eran propicios..., se habían prohibido los Carnavales y no estaba la situación para actividades lúdicas.

En el taller del padre, rodeado de grandes espejos, estudiando métodos de Corte y Confección relacionados con modas americanas, empecé a tener algunos encargos con los que poder vivir. Los clientes eran gente de clase

media, casi arruinada por los años de guerra, que vestían ropas maltrechas y anticuadas. Fui modificando patrones y consiguiendo trajes de caballero acordes con el gusto burgués de la época. Transcurrieron años difíciles, con pocos ingresos y grandes problemas. Hubo cambios decisivos en la situación familiar. Murió mi madre y apareció Helga -un amor de primera juventud, reencontrado- a la que hice mi mujer. También murió a los dos años de nuestro enlace, sin dejarme hijos. Mal iban los asuntos de familia y era desastroso mi estado emocional. En el trabajo, por el contrario, progresaba. Se iban recuperando las gentes y haciéndose viva la ilusión del vivir.

Empezó a acudir una clientela pudiente y esto era definitivo en mi progreso. Conseguí cierta fama vistiendo a una población desarraigada que empezaba a dar señales de una potente recuperación económica. Eran momentos históricos que me favorecían y tuve que ampliar de forma extraordinaria las dependencias de la sastrería y contratar numeroso personal en mi ayuda.

Así estaban las cosas cuando empezó a sonar por todas partes el nombre de Adolfo Hitler, que yo tenía casi olvidado. Había pasado mucho tiempo desde nuestro encuentro en aquel frente de la primera guerra mundial. Sabía que unos años después había sido encarcelado por atentar contra el régimen republicano, pero una vez en libertad su partido empezó a ser poderoso y él consiguió cargos importantes en la política alemana hasta que, aprovechando que había muerto el presidente Hindenburg, que lo había nombrado Canciller, ocupó su puesto... Y lo terrible es que, sometida esta decisión a consulta democrática, como es sabido, el pueblo lo aceptó dándole el título de Führer, es decir, de caudillo supremo, llevándonos a la segunda guerra mundial, la tragedia mayor sufrida por los hombres desde el principio de la historia del mundo.

Llegando a este punto interrumpí al viejo sastrero para hacerle una advertencia, antes de continuar el interrogatorio... Le dije: -Perdone, no quiero que me cuente la historia sabida, solamente me interesa su historia personal relacionada con Hitler, y aprovecho la ocasión para hacerle una pregunta. Teniendo en cuenta los malos resultados de esa consulta democrática que llevó el caos al mundo entero, usted... ¿es partidario de la democracia? Se apresuró a contestarme:

-Lleva razón en que no debo contarle, aunque sea a grandes trazos, unos acontecimientos históricos tan recientes y sabidos, pero tan dentro de ellos

está mi historia que no pude evitar recordarle esos sucesos que ocasionaron el sufrimiento de mi país y de todos los habitantes de la tierra. En cuanto a su pregunta, le diré que considero la democracia como el sistema de gobierno más justo, aunque para ello es necesario que se den circunstancias apropiadas de sensibilidad y educación del pueblo, pues de no ser así y estar las gentes impulsadas, en su mayoría, por cualquier tipo de fanatismo, puede convertirse en el peor sistema, y así nos lo han demostrado acontecimientos sufridos por la Humanidad.

Procurando ceñirse a su particular peripecia, que creí interesante, aunque me decepcionara en principio el asegurarme que desde la primera guerra mundial nunca volvió a ver al dictador, continuó su relato:

-Un día se presentó en mi casa un hombre que dijo llamarse Ulrico Humboldt e ir en nombre del Führer. Hitler, que al parecer me recordaba y había sido informado por su eficaz servicio de inteligencia, me enviaba su saludo y pésame por la muerte de mi padre -para gloria de la Patria, dijo aquel hombre-, y me pedía, teniendo en cuenta mi fama en la profesión, que fuera su sastre. Lo que pude comprobar es que no habían averiguado sus espías que yo había huido de aquel frente en que estuvimos juntos, creyendo el dictador que había sido hecho prisionero por el enemigo, y a eso se debía mi misteriosa desaparición. Explicó el enviado que necesitaba con urgencia un traje de paisano, dentro de las formas y estilos de la última moda americana -según modelos vistos en el cine, vestidos por actores famosos- para acudir a una importante entrevista con los jefes de los Estados más representativos del mundo.

Tendría que venir, o ir yo a su residencia, para tomar medidas y hacer pruebas, le contesté algo alarmado en mis interiores.

-No será necesario, yo soy igual que él y estoy a su disposición-, contestó. No me había fijado con atención en el visitante y empecé a observarlo minuciosamente. Era del mismo tipo, igual estatura, los mismos movimientos que había visto en documentales cinematográficos... Empezó a reír a carcajadas al descubrir mi interés y mi asombro y, quitándose unas gafas de cristales negros que llevaba, dejó ver un rostro igual al del dictador, en el que sólo faltaba el bigote característico...

Recibí varias veces a aquel doble que, sin lugar a dudas, mediante la puesta de un bigote postizo, reemplazaría al Führer en misiones de peligro. Una vez terminado el traje, se lo llevó pagándome el precio exigido.

Pasaron varios años sin que volvieran a ser solicitados mis servicios, sintiendo yo un gran placer con el olvido, pues mi angustia iba en aumento al ver la marcha de mi país manipulado por el Partido, camino de la locura de otra gran lucha.

Llegó la guerra, y a los pocos meses se presentó de nuevo en mi casa Ulrico Humboldt diciendo que por orden de Adolfo Hitler se me nombraba su sastre oficial, debiendo confeccionarle todos sus uniformes, haciéndome saber que aquello era un gran honor para mí, y al día siguiente llegó un asesor con instrucciones y fotografías. Me hicieron poner un gran retrato en los talleres, desde el cual los ojos del dictador parecían vigilar toda la tarea de hacerle múltiples uniformes de campaña y de lujo, correspondientes a los ejércitos de tierra, mar y aire.

Aquello atrajo a otros muchos jefes que también me encargaban su vestimenta. No podía negarme; en la mirada altiva de sus ojos había relámpagos de ira ante la más leve insinuación de no poder aceptar el encargo. Hasta se me amenazó por algunos oficiales de baja graduación con llamarme a filas si no justificaba con mi labor que era útil al III Reich. Tuve que ampliar la plantilla de trabajadoras, ya que los hombres estaban todos en la guerra. Al fin decidieron que también me ocupara en confeccionar las banderas y hasta los lábaros que, a imitación del Imperio Romano, portaban las legiones.

Me acostaba rendido por el cansancio y cruzaban por el sueño desfiles militares; un laberinto de trincheras con seres moribundos, montones de ropa de soldados agujereada y empapada con sangre, un clamor de muerte alzado de campos de concentración con largas colas de seres humillados y famélicos. Me despertaba a veces de un sueño con disparos, por el taconeo arrogante de los jefes. Eran años de triunfo, de euforias militares ante el avance arrollador de se habían apoderado de casi toda Europa y avanzaban victoriosas por la inmensidad de Rusia. Con la ayuda de Italia y la decisión japonesa estaba ardiendo el mundo.

Meditó largo tiempo con un gesto trágico, y rompió su silencio, continuando el relato:

-Lo peor para mí fue el día en que se presentó Ulrico Humboldt con el rostro resplandeciente. Dijo que el Führer había ordenado que se ampliaran mis talleres, pues era necesario hacer muchos miles de uniformes, con paños de lujo, para la tropa, pues estaba próximo el magno desfile de la Victoria, el triunfo definitivo del Reich.

Me sentí desfallecer. Aquella noche, al quedar solo pensé en un intento de evasión. El taller olía a batalla. Estaba en una nave construida últimamente sobre un enorme solar aislado, separada de edificios cercanos. Decidí quemar la nave e inmolarme entre sus cenizas. Había caído desmayado sobre un gran montón de fardos con telas militares que en mi transitoria locura veía perforadas por disparos, empapadas en sangre humeante. Yo amaba la vida; cambié de opinión.

Provocarí el incendio con la tranquilidad de saber que no se extendería a otros edificios, pero huiría por segunda vez hacia el cobijo de mi familia de Salzburgo. Quizá creyeran que había desaparecido carbonizado por el fuego... Fui a mi casa en busca del disfraz de campesina alsaciana, maquillé mi rostro y mis manos; me asombraba al no reconocermme en los espejos. Volví al taller, en el cual había verdaderas montañas de tejidos. Descolgué el retrato del Führer y con gesto de burla, en jubilosa travesura, le besé los labios antes de prenderle fuego y arrojarlo sobre las ropas. Todo ardería lentamente mientras yo huía. Tuve suerte; busqué la carretera por donde podía llegar hasta Austria, e hice señales de stop a todo vehículo que pasaba. Al fin me montaron en la caja de un camión lleno de soldados borrachos. Reían del anacronismo de mi vestimenta y hasta alguno pellizó el relleno de mi trasero. Fueron muchas horas disimulando, aguantando bromas y crueldades. Al fin la borrachera los dejó dormidos.

Para qué contar todo el laberinto de dificultades que pasé desde que me dejó el camión hasta llegar a la casa de mi familia que, claro está, eran hijos de los que me acogieron en 1918. Hubo un recibimiento afectuoso y una adaptación perfecta: aún tenían el habitáculo subterráneo en que había estado al desertar de la primera guerra, y empecé a utilizarlo ante el más leve síntoma de peligro.

Conocí a una familia que también andaba escondida e intimé con ella. Eran franceses de la Costa Azul, y habían llegado hasta allí arrastrados por las sinrazones de la guerra. Habían tenido costumbres nudistas y estaban enfermos de añoranza al recordar sus playas perdidas. Ellos me inculcaron el gusto por la desnudez y la naturaleza. Deseaba huir hasta un sitio desierto, con horizontes infinitos, en donde el clima permitiera no ir vestido; había llegado a odiar cualquier vestimenta. Provisto de mapas y enciclopedias empecé a estudiar la situación de pequeñas islas lejanas, a donde poder escapar cuando acabara la guerra. Sentí predilección por algunos archipiélagos del

Pacífico; quizá tan sólo porque el nombre de aquel océano era tan contrario a la situación del mundo, y coincidía con mis sentimientos. Sin mucho pensarlo elegí el lugar: Tau, una pequeña isla de la Polinesia. Así tendría limitación geográfica para mis sueños de futuro.

Como era de esperar, empezó a oscurecerse la estrella de Adolfo Hitler. Yo nunca había creído que se cumpliera la gran injusticia que sería para el mundo su victoria. Tendría que intervenir Dios junto a la buena voluntad de gran parte de la Humanidad. Al día siguiente del desembarco de los aliados en Normandía, precipitando el final del conflicto, pude ponerme en comunicación con el representante de una casa de modas en Nueva York, con el que estaba en relación antes de la guerra. A los pocos meses viajé a Norteamérica y desde allí vine en busca de mi isla...

Quedó serio Sigfrido Waldeck en los finales de su relato, con la mirada perdida en el horizonte purísimo del océano. Nos mantuvimos largo tiempo en silencio. Llegó su esposa, sentándose en la arena a nuestro lado. Nos colgó del cuello sendas guirnaldas de flores rojas. Admiré su serena belleza. Seguimos en silencio; quizá él sumido en sus recuerdos, yo repasando mentalmente las etapas del extraño relato.

De pronto la mujer se levantó y entonó un cántico con sonos primitivos, de insólita hermosura. Fue entonces cuando vimos en la lejanía un gran pájaro que, como salido del mar, volaba hacia nosotros. Pasó sobre nuestras cabezas. Era una gaviota no conocida, de colores brillantes, casi luminosos. Nos levantamos para seguir su vuelo hasta verla perderse por los últimos contornos de la isla, como un gran símbolo de libertad elegida.

LA REBELIÓN DEL ABECEDARIO

EN AQUEL PAÍS DE AMÉRICA DEL SUR ESTÁN LAS GENTES MUY ORGULLOSAS DE HABLAR CON LA LENGUA DE ESPAÑA. Vocalizan hermosas palabras con cálidos dejos tropicales, y algunas –de tan expresivas y bellas- da la sensación de que al pronunciarlas se saborean como a una fruta. Junto al habla de Castilla, vocablos de remotos dialectos, de indígenas idiomas perdidos, dan testimonio de estabilidad original y enriquecen el lenguaje, añadiéndole asideros hacia el paisaje insólito y hacia una herencia de llamadas en la sangre. Es hermosa la diversidad que de nuestro idioma hay por el mundo, al hacerlo suyo cada pueblo de estirpe hispana, aunque es necesario velar por su pureza para garantizar su permanencia. A través de siglos se habían formado las palabras en forja del vivir, por el pueblo y los poetas, sucediéndose un bautismo de las situaciones y las cosas, con voces nuevas como pájaros recién creados, o partiendo de raíces de una herencia de viejas civilizaciones, en fecundo encuentro de la tradición con la vida.

El congreso

Un día se juntaron personas sabias que habían hecho de su existencia aventura investigadora, escritores que eran privilegiados amantes en el mimo de la palabra, y mandatarios del pueblo, portadores de reales voluntades, y crearon la Real Academia de la Lengua para vigilar posibles malos derroteros en el uso de la palabra, la pureza y permanencia de un idioma que estaba llamado a ser uno de los más importantes del mundo, con muchos millones de hablantes por todo el universo.

Buscando eficacia en las reuniones de tan principal organismo, debería de prolongarse su acción a otros países de la Comunidad Hispana, con encuentro de opiniones, de apasionada defensa en un mismo tutelaje. Siguiendo este deseo se había organizado aquel Congreso en un país americano muy encariñado a la realidad sensual y espiritual de nuestra lengua. Bajo la presidencia de altos dignatarios, acudieron sabios profesores y escritores relevantes, para unirse a otras autoridades en la materia, de aquellas tierras americanas y de otros puntos del mundo.

Q



Tenía aquella reunión gran importancia porque nada puede hermanar a los pueblos tanto como tener un idioma común, tesoro compartido con un hermoso legado literario, de todos, elemento simpar en realización de culturas, expresión cotidiana en la vida y el sentimiento de las gentes.

Entre las doctas voces agrupadas, sólo una se alzó en desacorde actitud, y pertenecía a Facundo Serra, famosísimo escritor de aquellos países de ultramar, que había merecido fama internacional por su impulso creativo dentro del idioma, por su personal manera de exponer fabulaciones relacionadas con realidades circundantes de su pueblo.

Propuso este narrador que desaparecieran las reglas ortográficas, se diera cabida a palabras de otros idiomas, fomentándolas en común uso, y que cada cual se expresara con entera libertad en su escritura volviendo la espalda a normas y preceptos gramaticales. ¿Por qué tal actitud...? ¿Sería síntoma de un trastorno mental transitorio, o recurso para llamar la atención, para sobresalir de alguna manera sobre la normalidad de ponencias que intentaban defender todo lo contrario?

Frente a aquella insensata propuesta de anarquía, se alzaron en coro alarmas de la concurrencia, protestando de la actitud extraña y sorpresiva de aquel prestigioso y moderno enriquecedor del lenguaje.

Facundo Serra había puesto como ejemplo a un importante poeta, premio Nóbel, que ante unas dudas ortográficas, o quizá queriendo hacer un homenaje a su apellido, había renunciado para siempre a la **g**-salvo en casos imposibles- en favor de la **j**. El representante de la Academia -en no recuerdo que país del Caribe- salió en defensa del excelso Juan Ramón Jiménez, y dijo que aquello sólo fue el capricho de un genio, quizá impulsado por un brote neurótico, y era perdonable, ya que sólo había quedado en textos del poeta, sin consecuencias de contagio, y no había hecho el más leve destrozo idiomático, ni había sido obstáculo para que Juan Ramón quedara como uno de los fundamentales pilares líricos de la poesía moderna. Facundo Serra, el escritor disidente, reafirmó su opinión sin presentar grandes argumentos, notándose en su rostro el gozo que sentía ante las reacciones promovidas por el escándalo y la burla de su propuesta. En última defensa de la teoría, caía en contradicciones y conjeturas que ponían en evidencia el deterioro mental al que había llegado su talento. La unánime condena silenció al reaccionario congresista, llegándose a la conclusión de que desasistido el idioma de normativas terminaría por desaparecer tras una sucesión de destrozos.

El sueño

Aquella noche, en la soledad del hotel, tuvo Facundo Serra momentos lúcidos en que sintió vergüenza por lo sucedido, y su conciencia retornó a situaciones de respeto, en su habitual devoción por la palabra. Después, su soñar fue todo un capítulo de pesadillas que lo mantuvo en agitado duermevela durante toda la noche. Gráfico y elocuente fue el ensueño. Primero se reunió en parlamento todo el Abecedario. Las vocales ocupaban los primeros escaños, heridas en su dignidad al negárseles el acompañamiento tradicional de ciertas consonantes... El sonido de sus voces clamaba de manera escandalosa. Detrás de ellas, todas las consonantes desconcertadas, murmurando por lo bajo, temerosas muchas de ellas de un incierto destino. El abecedario había tomado vida y configuración de extraños seres, y cada letra, conservando su estilo y sus contornos, era como un insecto pensante en estado irascible. Aquello no podía ser un congreso sosegado, como en principio habían propuesto letras tan razonables como la **r**. Acabó en lucha de guerrillas, en que se abandonaron los escaños y se abrió, como sobre un inmenso pliego de papel, una gran batalla.

La **g** gemía frente a lanzadas letricidas de la **j**. En queja gutural, por temor a perder el amor de las vocales, voceaba escandalosamente la **v**, frente al bramido tremendo de la **b**. La **y**, llena de presunciones clásicas, intentaba reducir a la **i**, en su humildad de isla. La **h**, muda y aislada, intentaba aproximarse al calor tradicional de las vocales, al lugar del que había sido expulsada, no sabiendo si tomar su minúscula posición de silla **-h-**, en táctica de humildades, o su mayúscula posición de escalera de un sólo peldaño en desafío **-H-**, buscando nuevas escaladas. Mayúsculas contra minúsculas se alzaron pronto, presuntuosas, en la soberbia de las victorias. Se oían voces extranjeras, lanzadas desde lugares invisibles, clamando en contra de la **ñ**. Una voz con cadencias mexicanas insultaba a la **j**. **C**, **q** y **k** mantenían una lucha en tres frentes individuales e irreductibles. La **x** y la **s**, sin posible acuerdo, no sabiendo encontrar soluciones, mostraban su tradicional falta de simpatía entre ellas, se auguraban un futuro oxidado. La **c** abría sus fauces contra la zanja en que estaba camuflada la **z**. La **r** frente a la **rr**, desligada de obsesiones gemelas, rugía roída por ruindades. La **p** y la **b** protestaban con violencia, al querer quitarles la **m** que tenían como almohada. Sobre el campo de batalla caía la abstracta granizada de los acentos, y comas y puntos danzaban de manera macabra, sin tener muy claro en qué posición quedarse.

Cuando mayor era la lucha, despertó el escritor soliviantado porque en los ocasos del sueño; las letras-insecto se habían lanzado -como única decisión acordada- sobre su cuerpo desnudo y sudoroso. Condolido por la vengativa pesadilla, salió a la calle, recorriendo gran parte de la ciudad y sus alrededores, en nervioso callejear sin destino. Cruzó por un mercado, gozando al comprobar que sonidos tradicionales salían de labios de la gente en su conversar. Entró en un templo y llegó a sus oídos la intacta pureza expresiva de las oraciones. Atravesó un parque y, en espionaje, pudo oír las eternas palabras de los enamorados, orladas por un trinar de pájaros. Después volvió al hotel conjugando verbos, desplegando páginas del diccionario de la memoria, acariciando con la voz el signo y el sonido de cada letra, en sublime entusiasmo que se escapaba en voces, haciendo volver la cabeza a gentes que pasaban por su lado y sonreían en el descubrimiento de una situación perturbada.

Aquel mismo día era la clausura del Congreso y estuvo agazapado entre los asistentes, sin tomar parte en proposiciones y debates, en conclusiones clarificadoras. Calló ante insinuaciones irónicas que hacían referencia a su intervención desafortunada, y después desapareció silenciosamente, evitando embarazosas despedidas.

Castigo

Cuando días después llegó a su casa de campo, abrió los ventanales del estudio y se sintió feliz. Por fin, después de aquellos endiablados días del Congreso, en que sufrió trastornos mentales, quizá ocasionados por la situación ante envidiosas manifestaciones de algunos compañeros, iba a sentarse ante el ordenador regresando a su vieja amistad con el idioma. Su fértil imaginación siempre se abría a nuevos cauces en aquel ambiente sosegado de soledad y silencio.

Conectó el aparato y buscó el archivo de aquella novela larga que, tras prolongada gestación, llevaba años intentando hacer realidad. Varios cientos de páginas llevaba escritas, y pensaba que sería su obra cumbre, la entrega definitiva de su quehacer de escritor. No le dolían las muchas horas consumidas en pulir el dialogar de los personajes, en describir pasiones con expresividad, situaciones insólitas, paisajes y escenarios. Una vez terminada la forja de la trama, sólo quedaban por hacer unos capítulos para la exposición del desenlace, y la idea de finalizarla en pocos días lo llenaba de felicidad.

Su editor esperaba impaciente, y también esperaba un numeroso público lector de sus escritos, ya que venía anunciándose la proximidad de su salida, en televisión y en los periódicos de mayor tirada del país.

El rostro de Facundo Serra empezó a transformarse desde el momento en que fijó sus ojos en la pantalla iluminada: el reflejo de optimismo e ilusión pasó a ser desconcierto amargo de gestos horrorizados. Intentó leer... Las palabras, desconocidas, jorobadas, con imagen en tartamudeo, con enojadas letras, no eran sus palabras. Ausentes o intrusas, las letras en anarquía ocupaban el puesto de sus rivales, desertaban de la frase, tendiendo trampas a los clamores de la fonética, despertando alarmas en los diptongos...; enmascaradas y confusas ponían su nota de inútil abstracción en los sentidos de la frase. El escritor pensó que había perdido la cabeza, que tenía anulada la memoria visual, y por eso veía el texto como un bosque arrasado por cataclismos: mutilado e invertido.

Buscó los periódicos de la mañana. Leyó fragmentos de libros de su biblioteca, de sus propios libros publicados con anterioridad. La normalidad era absoluta.

Volvió al ordenador y pasó páginas y páginas sin que cesara aquel trastorno. Recurrió a la tecla de correcciones ortográficas; no funcionaba, el texto seguía inalterable. Pasó a una sucesión de archivos que guardaban otros escritos inéditos, la labor de media vida de trabajo: todo estaba trastocado. Intentó escribir y comprobó malos resultados al esforzarse en un deseo de perfección.

Miró con odio al ordenador y marchó en busca de aquel vecino que se había especializado en informática, programando planes y presupuestos por encargo de organismos públicos. El vecino puso a su disposición otro ordenador.

Introdujo discos grabados años atrás y la pantalla mostraba el mismo desastre ortográfico. El mismo que aparecía cuando intentaba escribir en el suyo.

Volvió su secretaria -que aprovechaba la ausencia para tomarse unas breves vacaciones- y comenzó a dictarle un texto, en la esperanza de que al mediar otras personas cesaría el terrible maleficio. No fue así, la transcripción salía tan desastrosa como si él lo estuviera escribiendo. Igual ocurrió con sus traductores, que intentaron arreglar los textos de sus obras inéditas y pasarlos a otros idiomas. Fue imposible, desesperado acabó por dejar la labor.

Poco a poco le dieron la espalda las editoriales, cerrándose vías comerciales a su obra, llegando a la conclusión de que había acabado su actividad creadora por causas naturales. Envejecía rápidamente en la impotencia. En estado casi inconsciente pasaba horas sentado en el estudio, mirando el horizonte a través de los amplios ventanales, observando la trayectoria del sol desde el amanecer al ocaso, sufriendo con pena de aburrimiento aquel irrevocable castigo.

Un día amaneció pensando comenzar de nuevo, ser otro hombre, no intentar nuevas amistades con un idioma que se mantenía en indómita rebelión. Ideó todo un plan de cambios de vida. Cirugías y maquillaciones le dieron rasgos juveniles al rostro. Se hizo cortar la melena y rasuró su barba. Vendió todas sus pertenencias y marchó a Inglaterra, matriculándose en un colegio de Oxford para aprender correctamente la lengua inglesa.

Años después ya se hablaba con admiración de un nuevo escritor londinense, de origen hispano, aunque al cabo de publicar varias obras, desentendido de su éxito creciente, cayó en males de melancolía y, negándose a escribir, se fue extinguiendo en las estancias de una progresiva tristeza.



27-12-05

DISFRAZ DE NIEVE

POR ALTOS ALEROS DE LA CATEDRAL, POR ESQUINAS Y HUECOS DE LA PIEDRA DORADA, VIVÍA UN MUNDO ALADO SUS INQUIETUDES Y PASIONES, indiferente al ir y venir de las gentes que, con automóviles o a pie, se veían en la honda lejanía de la calle, en un corretear al parecer sin sentido. Avanzado marzo, cuando a través de las vidrieras se vislumbraba renovada la vara de nardo de San José, entre las flores de los altares, llegaban los vencejos, veloces, chirriadores, discutiendo con el gorrión la propiedad de cualquier rendija, con el gorrión sedentario que aprovechaba la ausencia en emigraciones forzadas por el frío, para invadir habitáculos ajenos. También llegaban los vencejillos, con apariencia de ser primos hermanos de la golondrina, e iniciaban albañilerías del nido, transportando barro desde los derrames de alguna fuente secreta. Y las golondrinas, elegantes y conversadoras, que se instalaban a media torre, por cornisas bajas, como queriendo observar más de cerca el vivir de los hombres, aunque se remontaran y siguieran la ruta del pequeño vencejo en busca de materiales de construcción para reparar los deterioros de un viejo hogar, o elaborar uno nuevo, si había roto las iras del invierno el del año anterior.

Seres de vida siempre en vuelo, en constante volar desde el cielo a la piedra, venciendo vientos, haciendo de los aires su patria azul e inmensa, propicia para cazar, enamorarse, e incluso dormir con las alas planeando por el sosiego de sus alturas. Más próximos al hombre, mendigadores, perdiendo vergüenza entre los neumáticos, los gorriones -inquilinos estables- tomaban parte activa en el cotidiano vivir de la ciudad. También las palomas, que haciendo su vida por cornisas, repisas de claraboya o ventana, o en cicatriz causada por andamiajes del campanario, fueron mitad campesinas; volaron en tiempos pasados a la hermosa vega que circundaba a la población, buscando el sustento de cada día, y al desaparecer la tierra de labor, por haberse construido en ella viviendas y complejos industriales, tuvieron que renunciar al gozo de la espiga, perder su hurañez y aprender del gorrión costumbres ciudadanas.

Amor difícil

En realidad eran las palomas las que constituían una verdadera ciudad alada por todos los contornos catedralicios. Abanicaban el aire de sus alrededores con aplauso de vuelos y envolvían al templo en un rumor de zureos dulcísimos. Eran todas de un gris plateado, con espejuelos verde-azul en el buche, o de un blanco purísimo, salpicado en algunas con lunares negros o azules. Solamente aquel palomo solitario, que andaba siempre escondido, con timidez por saberse distinto: era negro cual cuervo.

Cuando saltaba la bandada hacia la calle, en busca de comida, quedaba escondido por las bocatejas, o en el florón barroco de un relieve, porque le parecía escuchar, entre el aletear de sus compañeras, algo así como burla de risas. Bajaba en los amaneceres hasta los verdes escondites de un parque, y sólo se alimentaba de briznas de hierba.

Se acrecentó su timidez, su complejo de fealdad, al enamorarse de aquella paloma de plumas blanquísimas, tan llena de gracia en el caminar y en los movimientos del vuelo.

Al principio ocultaba el apasionado deseo de estar junto a ella, se escondía en su presencia, gozaba y sufría al contemplarla desde cobijos del campanario, saltaba en vuelo ante su proximidad, perdiéndose en huida por lejanías azules del cielo y no volviendo hasta no sentir las alas extenuadas, triste por soledades y cansancio.

Después, poco a poco, fue venciendo temores y aproximándose a la preciosa paloma blanca, pero ésta, al notarse vigilada por aquel palomo con apariencia de córvido, aumentó su hurañez, tornándose huidiza y agresiva. Ella había sido cortejada por hermosos palomos azules, que inflaban el buche en dulces súplicas de arrullo, y arrastraban la cola en su presencia, como señal de agasajo. Pero ella era una paloma muy exigente, de moderna mentalidad, y aún no había llegado su tiempo de enamorarse y, cuando llegara, lo manifestaría aún no siendo solicitada con ceremonias presuntuosas del macho. Por esto, entre la alada comunidad palomera, de costumbres conservadoras, se pensaba que era coqueta y fría, desentendida ante el amor, e interpretaban mal su voluntad de propia iniciativa. Ella seguía alejada de rutinarias aceptaciones, establecidas en todo palomar desde tiempos remotos. El palomo negro fue poco a poco perdiendo el miedo. Era mucha la seducción de aquel ser precioso en su elegante andar sobre los tejados, era deslumbrante su blancura, cual un retazo de rayo de luna que, superando escondites nocturnos,

conseguía seguir mostrando su belleza durante el día; era mucha la gracia de su vuelo consiguiendo malabarismos en el aire, persiguiendo en juego a los vencejos, quebrando prisa de alas en su aterrizaje.

El palomo negro fue volviéndose cada vez más atrevido. La persecuía de teja en teja, en vuelo de huida por las cornisas, enfrentándose con valentía a una corte de palomos rivales. Todo era inútil, la paloma se alejaba de aquel ser enlutado, sin querer oír sus requiebros, escondiéndose ante su presencia. Negativas y desdenes hicieron que el enamorado se encerrara de nuevo en su soledad, se negara al placer del vuelo, permaneciera horas enteras inmóvil sobre el campanario, plegadas sus alas en gesto de tristeza.

Aquel día de fríos invernales lo pasó sobre un relieve de la fachada principal. No bajó a buscar comida por los jardines, mostró indiferencia por vigilar los vuelos de la amada y, cuando llegó la noche y todo ser viviente buscaba sus cobijos, pensó quedar sobre la piedra, en total desamparo ante la crueldad de las heladas, deseando morir.

De pronto, ya noche cerrada, el cielo se encortinó de nubes, la luna pareció irse a dormir, se templaron los aires y comenzó a nevar. Una lenta nevada fue tapizando a la ciudad. Durante horas cayeron grandes copos lentamente, cubriendo edificios, vistiendo a los cipreses del parque con túnicas bellísimas, simulando los tejados cumbres alpinas, cordillera de barrios que encapotaban su rutinaria visión con mágico disfraz.

Hubo un momento en que se abrió una ventana entre las nubes y apareció la luna en todo su esplendor, como si hubiera descornado un visillo para asomarse al embellecimiento de la tierra. El palomo solitario, que, arrebujado, aterido y hambriento, se sentía morir, tuvo una momentánea visión de la ciudad engalanada, le pareció descansar placidamente sobre una tarta, como las que había visto en su volar, a través de un ventanal de gentes felices, pero inmensa en su arquitectura. Se miró las alas, la espalda, los costados..., y quedó maravillado de su disfraz de blancura.

Pronto cerró la luna su ventana y continuó nevando en la oscuridad, pero ya el palomo tenía pálpitos de alegría dentro de su pequeño corazón de pájaro. Pasó el resto de la noche inmóvil, temiendo desprenderse de su túnica, y cuando amaneció volaron a su alrededor los vencejos, admirando su belleza. Todos sus alados vecinos paraban el vuelo para contemplar la maravilla.

La paloma desdeñosa, que tenía cerca su dormitorio, salió del escondite y vio a aquel palomo de una belleza sin rival. Se le acercó curiosa. El palomo, atrevido, también dio unos pasos de aproximación. Fue un encuentro de arrullos, un diálogo secreto que se animaba con el transcurrir del día. Cuando salió el sol, la nieve helada sobre las plumas empezó a derretirse y el palomo tornó a la tristeza, pero todo había cambiado y el retorno de aquel mal sentimiento fue fugaz. Ella seguía a su lado con arrullos que simulaban risas y músicas, ella era también un ser enamorado que, a través del diálogo y la mirada de sus pupilas encendidas, había descubierto la noble pasión que encerraba su extraordinario corazón. No le importaba la pérdida del disfraz; veía su plumaje original y hermoso, sublimado por el amor.

Rozaron sus picos, volaron hasta la pétrea cabeza de un arcángel, cual un símbolo de la perennidad de su enlace, se incorporaron en el cielo a la alegre fiesta de los pájaros, bajaron al parque, cediéndose las encontradas pipas de girasol que habían perdido los niños, se bañaron en la taza de mármol de la fuente y decidieron hacer su nido por altos escondites del campanario.

La amenaza

Desde los miradores de su palacio contemplaba el Obispo al mundo de los pájaros, a aquellos seres que ponían sobre la seriedad de los altos muros una alegre pincelada de naturaleza, un revuelo de vida. Sobre todo en primavera gustaba el señor Obispo de contemplar el gozo de apareamientos y las etapas de la reproducción. El Obispo era anciano y sentimental... Consideraba que mirar a las aves, recrearse en la dicha de sus vuelos, intentar traducir sus trinos..., era una manera viva de orar.

Ya había observado a aquella extraña pareja de palomas -una blanca y la otra negra-, siempre unidas en el zureo y el vuelo. Adivinaba el nido más allá de los arcos, por donde las campanas lanzaban su llamada de bronce. Se sentía amigo de las golondrinas que anidaban sobre su balcón, y volaban alrededor del templo como maravilladas de su arquitectura, para después elevarse hacia el cielo cual dardos lanzados hacia el misterio. En la mística del señor Obispo contaban los pájaros, le parecía que a San Juan de la Cruz no era posible leerlo sin un fondo de trinos y zureos.

Un día llegó al palacio arzobispal una comisión de técnicos, presidida por el más famoso arquitecto de la ciudad. Planteada la restauración de edificios nobles, se pensó comenzar por el templo más representativo. Eran

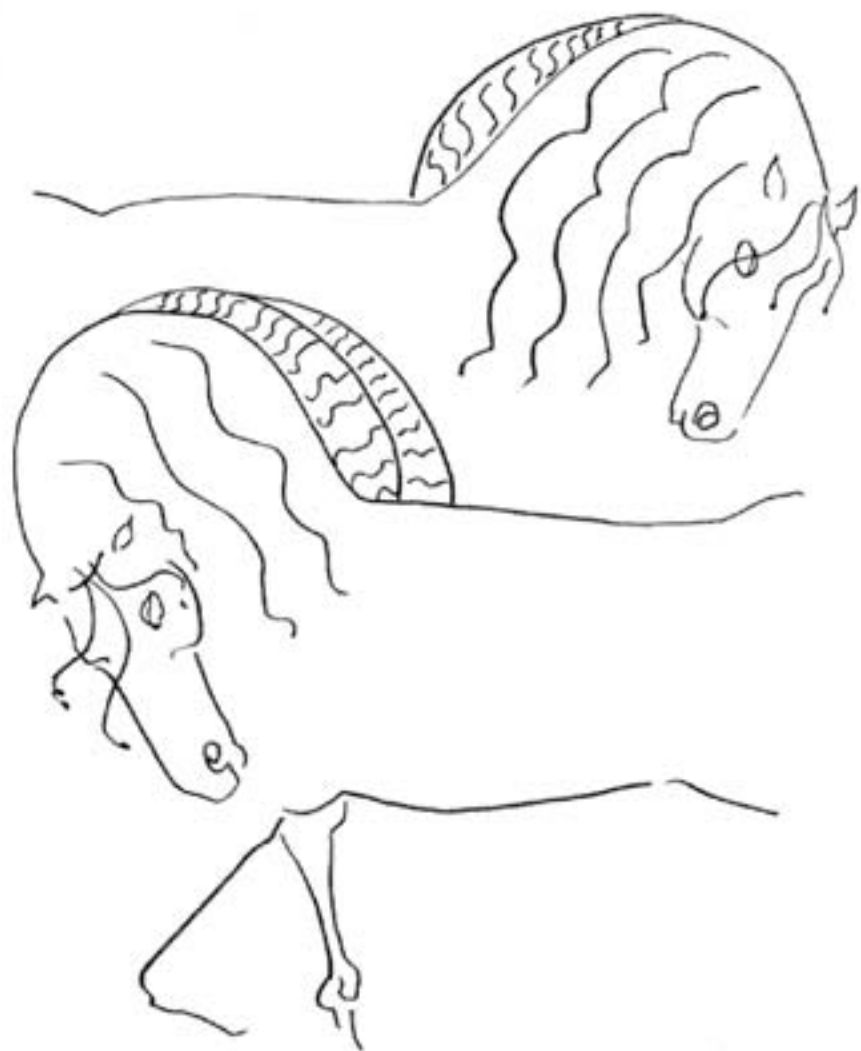
portadores de un minucioso estudio con datos y presupuestos, realizado por un equipo, sobre planos y estudio de materiales en deterioro por el mordisco de erosiones causadas por fenómenos atmosféricos y otras circunstancias.

Escuchó complacido el Obispo, pero torció el gesto al oír hablar de “el mal de la piedra”, de los daños causados por la permanencia de las palomas, de los destrozos debidos al efecto corrosivo de sus excrementos, lo que se manifestaba por la altura de los muros..., llegando a una conclusión: había que buscar un medio eficaz para hacer desaparecer a las aves. El señor Obispo no dijo nada, aunque observaron los asistentes que su mirada se desvió hacia el ventanal, y quedó ausente del asunto tratado, fija en la altura de las torre, pensando los visitantes, ante su gesto desentendido, que ya estaba viejo y se le iba el pensamiento hacia otros problemas de la diócesis, y debían abreviar explicaciones.

Marcharon aquellos señores, después de un ritual de cortés despedida, y el señor Obispo salió al balcón principal, que estaba frente al templo, aquel que sólo se abría en determinados momentos de grandes conmemoraciones. Espió los aleros. Alegraba las torres aquel salmo de pájaros. Por las más altas cornisas descubrió a las palomas que formaban pareja diferente a todas las demás: una blanca y la otra negra. ¡Tiempo hacía que había perdido la pista de sus vidas! Desde que las descubrió distintas y enamoradas...

Siguió con la vista la alegría de sus cortos vuelos, de unos a otros relieves de la piedra. Vio que las seguían dos pichones -uno blanco y otro negro- de torpes movimientos y dudas en el vuelo. Estaban enseñando a los hijos los dominios del aire, un curso de acrobacia para iniciarlos en un vivir independiente, en que tan importante iba a ser el uso de las alas.

El señor Obispo sintió un relajarse de los músculos del rostro y una sonrisa le encendió las pupilas. Era anciano y sentimental... Se apagó la sonrisa y una lágrima le brilló en la mejilla, y alzó la mano para bendecir al amenazado volar de las palomas.



Д. 10-100

CABALLOS DE FERIA

ROBERTO, EL HOMBRE DE LOS CABALLITOS DE MADERA, HABÍA TENIDO UN PASADO FELIZ. Iba de feria en feria, de ciudad en ciudad; pasaba la vida entre gentes en tiempo de alegría. Llegaba a lugares ya conocidos, porque desde niño anduvo con sus padres en un vivir de farándula. Nació en una ciudad cualquiera de la ruta anualmente fijada por calendario de festejos.

Recordaba a veces su vida: el paso por muchos lugares intentando crecer la felicidad de las gentes. Los recuerdos se iban sucediendo como una película con intercaladas secuencias de dolor y melancolía. Los padres montaban la carpa en una plaza, o en el descampado próximo en donde se instalaba el ferial. Se representaban breves comedias que inventaba el padre y que, a pesar de la intervención de brujas y hombres malos, siempre acababan con el triunfo del amor.

También hacían versiones sacadas de viejos fabularios, en las que intervenían animales pensantes que provocaban una situación cómica al hacer burla de debilidades y pecados humanos: el miedo, la envidia, la glotonería, la avaricia, el sexo desentendido del amor... Para cambiar, amenizando el repertorio, se instalaba a veces el teatrillo de marionetas, reduciendo a muñecos los personajes, aunque quedaran las mismas voces aflautadas o en cómico falsete.

Era una compañía familiar en la cual hasta la voz cascada de la abuela servía para una voz de bruja, y en que hasta el llanto de un niño era auténtico, pues recordaba como la misma abuela lo pellizcaba entre bambalinas, con un pellizco leve seguido de caricia, para que sonara en el momento oportuno con toda autenticidad.

Cuando fue creciendo ocupó -como todos sus hermanos- el lugar que le correspondía según sus actitudes, bajo la sabia dirección del padre. A él le adjudicaba papeles algo pasivos, personajes socarrones, callados, de corto y enjundioso decir, pues no era dado al jolgorio y la fácil palabrería, como algunos de ellos.

Era un buen observador de los grandes personajes del ferial, con los que convivía, y fue descubriendo las verdades de la vida a través de aquellas personas de transcurrir nómada, en que quizá, por el hábito de la prisa y el cambio, se daban a sus pasiones, caprichos o desvalimientos, como si se les acabara el tiempo de vivir.

En pequeños detalles fue aprendiendo la importancia que tenía la insaciabilidad humana..., que casi nunca eran las cosas o las personas como aparentaban ser, y que la verdadera felicidad sólo podía arrancar de sentimientos de bondad y amor, a pesar de inevitables contratiempos. Observaba con curiosidad cómo al vendedor de turrone y merengues lo que en realidad le gustaba eran los salazones, y comía casi a escondidas grandes trozos de bacalao acompañado de vinos ásperos; el vendedor de salazones era goloso, y mantenía su gordura con grandes raciones de dulcería; el dueño de la noria gigante era un ser tímido que padecía grandes vértigos con sólo subirse a una silla...

Los alcaldes -¡tan serios!- que pasaban con frac y chistera detrás del santo, durante la procesión del patrono, estaban deseando ponerse un gorro de papel coloreado y gamberrear dentro de disimulos de su condición... El duro domador de tigres era un ser de una dulzura infinita, que siempre se enamoraba de la trapecista más atrevida. El payaso del Circo Ruso era un hombre triste que lloraba a escondidas todo un pasado de tragedia.

A él le parecía que ningún feriante tenía la firme vocación de su padre, como repartidor de la alegría; ninguno disfrutaba con su trabajo como él lo hacía, nadie gozaba más que él viendo desde el escenario la cara de ilusión de los niños.

El tiovivo

Las naturales contrariedades ocasionadas por el paso del tiempo fueron acabando con la convivencia de la festiva empresa familiar. Murió la abuela, iniciadora de aquellas actividades, pues provenía de familia titiritera, y en su juventud, en tiempos difíciles de gran pobreza, lo mismo amaestraba a una cabra que recorría los pequeños pueblos tocando el clarinete o el tambor, llamando a los vecinos a aquellas funciones de circo pobre. Murió el padre, y la madre -ante el deseo de independencia de los hijos, que estaban ya en edad de iniciar nuevos caminos- volvió a la aldea de su nacimiento, en busca de hermanas que la acogieran en sosiego y alivio de soledad.

Fue la desbandada; cada uno tomó un camino distinto, dentro de una costumbre de vida, sin dejar aquella vocación de feriantes que llevaban en la sangre como una herencia. Roberto, sin el aliento emprendedor del padre, dentro de su timidez y pasividad, renunció a cualquier actividad interpretativa y compró un modesto tiiovivo con cuatro caballitos giradores: un caballo blanco, otro negro, otro rojo, y el cuarto verde. Las atracciones, que iban de feria en feria, se hacían lujosas y complicadas, con alturas y movimientos espectaculares, acompañándose de músicas estruendosas.

Los caballitos de madera de brillantes colores tan sólo eran acompañados en su lento girar por un tenue réir de cascabeles, pero aún había niños tranquilos, asustadizos de otros mecanismos, que gustaban de aquel pausado galopar.

Roberto conoció un día a la adivinadora, que era rubia, con enigmáticos ojos azules, y había instalado su pequeña caseta junto al tiiovivo. Con cierta prevención inició conversaciones de vecindad. Poco a poco fue conociéndola, y cuando acabó aquella feria en que se encontraron, eran amigos y pensaron hacer juntos otros itinerarios, ya que ejercían como seres solitarios con muchas cosas en común.

Laura era mujer de orígenes misteriosos, nunca revelados, que delante de la esfera iluminada o manejando los naipes, en ceremonia adivinadora, desplegaba un argumento sostenido con su gran fantasía e intuición. Para ella era un juego aquel enfrentarse a gentes necesitadas de que alguien les pronosticara un futuro feliz. Nunca mentía; estudiaba la personalidad del cliente y, de acuerdo con ella, desplegaba su baraja de predicciones, que eran tan sólo un animar hacia el porvenir.

Ella, entre bromas y veras, quiso un día leerle a Roberto su destino. Él dijo que no quería saber nada de tiempos venideros si no los iba a pasar junto a ella. Así empezaron una vida común presidida por el amor, en que la convivencia se iba haciendo cada día más sólida y placentera. Laura, imaginativa y emprendedora, fue ganando mayor prestigio con sus inteligentes predicciones, que -aunque no se cumplieran- tenían para su numerosa clientela momentáneos efectos consoladores. Tuvo la ocurrencia -ante la circunstancia de que iban llegando pocos niños a solicitar el carrusel, porque los pequeños, cada día más despabilados e intrépidos, elegían la noria, el tobogán gigante, o las sillas voladoras- de cambiar los caballos de madera por *ponys* preciosos, poniendo una nota de vida animal entre aquel mundo de

mecanismos endiablados, tan lejos de un pasado con carruseles y columpios en sosiego. Fue un éxito.

En su matrimonio no tuvieron hijos, pero todos los niños eran como hijos, y Roberto disfrutaba subiéndolos a lomos de aquellos caballitos mansos de trote lento.

Fueron pasando los años en completa armonía. Laura había hecho derivar su actividad hacia un consultorio sentimental, y la práctica de sahumeros, esfera iluminada y naipes, sólo había quedado como un juego, en recuerdo de sus principios. Tenía una gran clientela, siendo querida y recompensada, porque la comprensión y el eficaz resultado de sus consejos fue dándole gran fama. Nunca caía en rutinas, y al entrar diariamente en el complejo laberinto de las vidas ajenas, le hacía sentirse espectadora de películas apasionantes, en las cuales acababa teniendo un papel sobresaliente. Roberto, en cambio, fue perdiendo ilusión y en el rotar del tiempo se tornaba monótono su quehacer. Los caballitos habían envejecido, se habían vuelto lentos y reacios a cumplir su trabajo, acusaban síntomas de rebeldía; algo así como queriendo expresar que estaban sometidos a una esclavitud perpetua. El hombre, sin capacidad de iniciativas válidas, le dijo a su mujer que añoraba a los viejos caballos de madera, de brillantes colores, y estaba dispuesto a volver a aquel sistema, aún sabiendo que no tendría gran aceptación.

En los ojos de Laura hubo enigmáticos reflejos al acudir a su cabeza posibles soluciones de acuerdo con su mágico pensar. Dijo: -Tú necesitas unas vacaciones, busca a tus hermanos, acompáñalos por las ferias de próxima celebración, toma parte en la fiesta como espectador, y vuelve dentro de quince días-.

Aceptada la proposición, marchó Roberto e inmediatamente Laura cerró su consulta y emprendió un viaje. Recorrió las afueras de varias ciudades, buscando a viejos tratantes de caballos, amigos suyos. Después de innumerables consultas y gestiones, viendo las dificultades de tal gestión para cumplir el encargo de encontrar cuatro caballos blancos, iguales y perfectamente domados, pensó no confiar en marchante alguno y, desde la ciudad del centro peninsular en que se encontraba de gira cuando empezó a fraguar en su cabeza un eficaz cambio en el negocio de su marido, bajó hasta tierras del Sur, buscando las grandes fincas en donde se rendía culto al noble animal. En esta tarea coincidió con un alto dignatario de un país del Golfo Pérsico, que hacía el mismo recorrido con parecidas intenciones: buscaba yeguas de

pura raza española para cruzarlas con sus espléndidos ejemplares árabes, en el deseo de lograr animales entrevistados sólo en un sueño de perfección. Gracias a la buena voluntad de un intérprete de la escolta, entró en relación con aquel exótico personaje que daba claras señales de atracción hacia ella, cada vez de forma más expresiva. Al quedar enterado de sus propósitos ordenó que se aceptara en la comitiva puesto que era común el motivo del viaje. Visitaban las cuadras de fincas ganaderas durante el día y cada atardecer desplegaban una gran carpa, en la proximidad de algún pueblo o cortijo, para pasar la noche. Así transcurrieron varios días, que aceptó Laura por el parecido con su cotidiana vida circense. Pronto descubrió que el personaje no era un representante del sultán pérsico -como se hacía pasar-, sino el mismo sultán en persona, poderoso señor de un amplio territorio con ricas explotaciones petrolíferas.

Laura disimuló su descubrimiento y pensó seguir la aventura en que la había sumergido el azar, aquella aventura que parecía sacada de viejos cuentos orientales. Durante el día viajaban en lujosos automóviles, por la maravilla de campos andaluces, y cumplían citas concertadas con ganaderos y tratantes. Viajaban por paisajes de belleza infinita, en donde pastaban toros y caballos. Pronto comprendió que nunca podría comprar sus animales soñados, aunque los descubriría galopando por el pastizal de marismas y dehesas, porque quedaba enterada de los ofrecimientos del jefe árabe, del precio que convenía con los dueños, y ella, con los ahorros de sus actividades de feria, nunca podría adquirir tan espléndidos animales.

Pensó desistir y regresar en busca de Roberto, pero un tirón de curiosidad le retenía junto a aquella comitiva que empezó a tratarla como a una reina. No perdía el sultán ocasión de emprender diálogo con ella, con palabras de fuego, y sospechaba por gestos y sonrisas del intérprete -hombre de aspecto tímido y pudoroso- que éste no le daba traducción completa y exacta. Las muestras de admiración del jefe árabe llegaron a sus más altos límites cuando descubrió las dotes adivinatoras de Laura, que le predijo con palabra elocuente un futuro de máxima prosperidad para su pueblo. Desde ese momento todo fueron manifestaciones de amor, ofrecimiento de bienes y honores, y la invitación, entre el mandato y el ruego, de que no abandonara la comitiva y marchara con él a su país.

Se avivó en el alma de Laura el recuerdo de Roberto y, queriendo olvidar el motivo de su viaje, pensó en escapar a su encuentro lo antes posible. Sus

artes disuasorias dieron resultado, dejando en el aire una falsa promesa: marchar a tierras del sultán, en su busca, después de una despedida de su familia y del arreglo de asuntos particulares; algo necesario para un cambio tan radical de país y de vida. Al cabo de unos días logró partir llevándose un gran cuadro con la fotografía del lujoso palacio que habitaría, con la dirección en cuatro idiomas del lugar exacto, del aeropuerto en que sería esperada..., y cuatro caballos blancos, bellísimos, que el sultán le había comprado como regalo y que ella dijo donaría a su familia para compensar el abandono. Volvió feliz a su hogar, aunque con grandes remordimientos que se aminoraron una noche en que soñó grandes campos con numerosos surtidores de petróleo y una larga caravana de camellos cargados de oro, montados por reyes, como prodigiosa multiplicación de los Magos de su niñez. A partir de ese sueño nunca más volvió a repetir una exclamación que se le escapaba con frecuencia desde el final de su aventura: ¡pobre sultán!

Después, siguiendo las etapas de un plan largamente ideado, acudió al “Gran Salón de Estética y Transformismo” que, con últimos adelantos, había montado en la ciudad una empresa norteamericana. De allí había visto salir a compañeros de las rutas festivas, del oficio feriante, completamente transformados en otras personas, con imágenes espectaculares, muy distintas de cómo antes eran. Con ello emprenderían una nueva carrera de éxitos, rompiendo imagen, monotonía y rutina que los había llevado al aburrimiento del personal. ¿Podrían aplicarse esos métodos con los caballos, haciendo más atractiva su presencia, añadiendo originalidad a su hermosura? Pudo ser, y Laura, siguiendo el curso de su proyecto amplió las cuadras situadas junto a la casa de campo en que vivían en las cortas temporadas de invierno, cuando cesaban ferias y festejos, y fueron ocupadas por los cuatro hermosísimos caballos de raza española, maquillados por métodos de permanencia, con tintes estables, para toda la vida, uno blanco, otro negro, otro rojo, y el cuarto verde, junto a un primoroso rizado de crines y colas.

Regresó Roberto y quedó deslumbrado; empezó a reafirmarse su creencia en los poderes sobrenaturales de Laura, a pesar de las explicaciones de ésta, que intentaba dar naturalidad a su idea y al resultado de la gestión.

Mucho adelanto hubo aquel año en la renovación de artilugios, de máquinas articuladas para el recreo y el gozo: *spunik* que ascendían con audaces viajeros y se alzaban a gran altura sobre el recinto del ferial, para acabar aterrizando sobre una reducida plataforma; andamiajes aéreos estableciendo

un ferrocarril, una locomotora tipo AVE que cruzaba el cielo a gran velocidad; enormes ordenadores que manejados por el cliente, con la ayuda de un monitor, recibían los datos precisos de identidad, proyectando sobre una pantalla gigante la imagen de familiares lejanos, alejados por emigraciones o exilios, perdidos por países distantes, con los cuales se podía dialogar... Llegaba hasta los adelantos de las atracciones de feria una visión de lo que iba a ser el recién nacido siglo XXI.

A pesar de todo, nada tuvo el atractivo, la admiración y aceptación, de los cuatro caballos de brillantes colores que, en medio de aquella selva de ingenios, ponían su trote sosegado en belleza y fantasía.

El mal sueño

El primer día que mostraron la hermosura insólita de los animales, corrió la noticia por todo el ámbito del ferial, y llegó a verlos el payaso triste -y se le alegró el rostro como cuando estaba maquillado-, y la contorsionista gitana -que a veces había despertado infundados celos en Laura- ejecutando delante de los caballos una espectacular voltereta que les arrancó alegres relinchos de aprobación, y todos los compañeros de aquel monumental planeta de juegos e ilusiones. Hasta acudió el dueño del Infierno, siempre huidizo y escondido, con su tremendo complejo de culpabilidad... Y el del Pim Pam Pum, que cerró la caseta para asomarse, ante el revuelo de los compañeros. Por último llegó el vendedor de globos que, en honor de la nueva atracción, soltó un globo blanco, otro negro, otro rojo y el cuarto verde, que acabaron perdiéndose por la altura de los cielos.

Aquel día Roberto terminó muy cansado, porque alternaba la atención a los compañeros visitantes con una fila interminable de niños que iban subiendo hasta el lomo de los animales, y, aquella noche, él y Laura, durmieron felices ante el éxito del cambio.

Quizá la excitación del hombre, de natural tranquilo, le provocó aquel mal sueño... Soñó que habían robado los caballos durante la noche, y los ladrones, aprovechando la hermosura de los animales, les habían buscado destinos diversos. El caballo blanco había pasado a ser cabalgadura de un arcángel que había sufrido fractura de ala y, al pasar al servicio de aquel ser puro, se había tornado invisible y alado, recorriendo la tierra en perenne asistencia a seres desvalidos. Desapareció misteriosamente del poder de los

ladrones y se encontró en aquel quehacer, sin saber cómo ni porqué, quizá en premio a su buena condición.

El caballo negro fue vendido a un rico norteamericano, que había venido a España, a las fiestas de San Fermín, y era dueño de una red de funerarias en Chicago. La empresa tenía lujosos automóviles para el traslado de los difuntos, pero había familias conservadoras, de gusto clásico, que prefería para el último viaje una carroza -barroca y negra- tirada por lujosos caballos. Llamó la atención en la ciudad la incorporación del animal como guía y cabeza de comitiva, de tal manera que fueron muchas las personas que pidieron entrar en lista para utilizar aquel solemne medio en su retirada de este mundo.

El caballo rojo acabó en manos de un rejoneador, que sometió su inteligencia a la difícil circunstancia de lidiar toros. Pronto se adaptó, con valentía y arte, siendo eficaz en quiebros y en fugas, pinturero y arrogante, temerario en su aproximación a los cuernos. Como el rojo de su pelo era el mismo rojo de la sangre, al ser herido el toro, no impresionaba la sensibilidad de algunos espectadores, porque parecía que en vez de sangre era tan sólo salpicadura de aquel color deslumbrante, al ser rozado.

El caballo verde fue vendido al príncipe de una vieja monarquía europea, y sólo lo utilizaba para pasear por grandes praderas con una bella princesa a la grupa, princesa de la Casa Real de un país nórdico, con la que acababa de contraer matrimonio. Era la delicia de los reyes seguir con unos prismáticos, desde la balconada de palacio, el pasear de sus herederos, porque al ser el caballo del mismo color que la hierba, se confundía el animal con el paisaje y los jóvenes amantes parecían flotar en amorosa voladura.

Al curar el arcángel de su lesión, y recuperar los dones del vuelo, cesó el caballo blanco en su sobrenatural quehacer y se encontró de pronto en un campo desierto, emprendiendo galopadas sin sentido.

El caballo negro, que sólo gozaba cuando, a la puerta del templo en que se celebraba un funeral, oía los *blues* estremecedores de un cantante negro contratado para el caso, acabó por entristecerse al saber que los dueños de la funeraria eran unos mafiosos, de la familia Corleone, que a veces aprovechaban su servicio para transportar droga en el ataúd y distribuirla por la ciudad, colaborando en la desgracia de muchas personas. No pudo soportar el teatro de aquellos cortejos fúnebres, que no siempre acababan en un templo, y huyó una noche, pudiendo librarse milagrosamente de no haber sido atropellado

en su huída por el tráfico de la ciudad y, dejando atrás cegadoras luces de neón, acabó perdido en un campo infinito.

El caballo rojo se sentía feliz bajo el peso de aquel jinete que lo mimaba, hasta que le pareció ver una lágrima desprenderse de los ojos de un toro, y empezó a ver en el fondo de las pupilas de sus enemigos ráfagas de tristeza. Ya no soportó el clamor de los cosos y eran los aplausos como latigazos para su sensibilidad de caballo bueno. Saltó cercas y setos de la finca en que lo tenía su dueño, emprendiendo un galope sin destino.

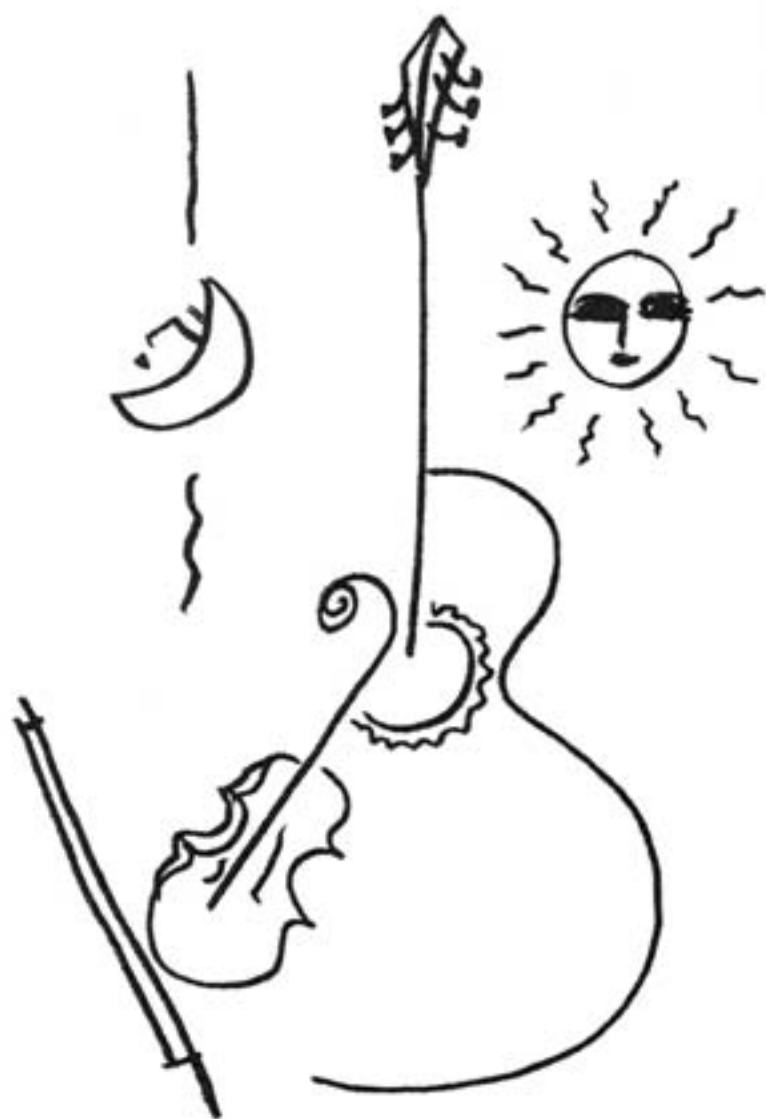
Empezó a aburrirse en las caballerizas el caballo verde, porque ya no llegaba el príncipe para montarlo, ni había vuelto a ver a la princesa. Se rumoreaba que su dueño llevaba una doble vida, y que sus amoríos habían hecho huir a la esposa hasta el país nórdico de su origen. Entristecido porque ya no podría columpiar por la pradera a aquellos regios seres enamorados, consiguió abrir puertas con sus cascos furiosos y huyó, perdiéndose por el inmenso bosque que cubría los alrededores del Palacio Real.

En este momento del sueño sintió Roberto una gran pena, porque sus caballos andaban tristes y perdidos, en galope de soledad por desconocidos lugares del mundo. En un continuar de la pesadilla recurrió a los poderes mágicos de Laura, y la mujer apresuró súplica de oraciones y planteamiento de conjuros, intentando darle confianza en un final feliz.

En ese momento despertó sobresaltado y, antes de reaccionar con una lógica separación de la realidad y el sueño, corrió hacia el establo lleno de temores. Allí estaban, y piafaron al verlo, como si lo esperaran con impaciencia, agradeciendo sus caricias.

Lloraba Roberto de alegría, y al llegar a la alcoba estaba despertando Laura. La mujer, viendo el resplandor de su cara, dijo: -Alegre te levantas... Yo he soñado que habían escapado los caballos, y pasé la noche buscándolos por ciudades y campos hasta poder traerlos al establo. Todo ha sido un sueño.

Roberto sonrió y no dijo nada, pero creció su fe en que Laura era portadora de un mágico poder. Al llegar la tarde, ataría las largas cadenas desde los animales al eje giratorio -que era lo que había conservado del viejo tióvivo- y emprenderían su trote armonioso, circular, sincronizado, guardando escrupulosamente las distancias..., y Roberto iría subiendo hasta sus lomos a todos los niños de la ciudad, y gozaría viendo luces de ilusión en la serena nobleza de las pupilas de los animales, porque estaban ejerciendo el más hermoso oficio para un caballo.



GUITARRAS Y VIOLINES

EVARISTO SALVAGO, DE RECONOCIDO PRESTIGIO, LLEVA BA AÑOS COMO PRIMER VIOLÍN EN LA ORQUESTA DE CÁMARA DE LA CIUDAD cuando empezó a sufrir leves síntomas de parálisis transitoria que, al agudizarse, le obligaron a dejar su actividad. Fue durante un concierto, cuando al callar los otros violines para dar paso a su actuación como solista, pareció descolgarse una nota en rebeldía y un chillido sordo escapó del instrumento. Quedó la batuta del director detenida en el aire por la sorpresa, y los otros violines adelantaron su entrada como si hubieran estado prevenidos para un acto de auxilio. Evaristo, dominando los rictus del rostro que pugnaban por reflejar su estado, en irremediable aceptación de impotencia, miró al público y vio caras desencajadas, de apasionados seguidores, como si al sentir roto el hilo conductor de la emoción quedaran ausentes del esfuerzo de los otros ejecutantes.

Permaneció frente al artil convertida en estatua, miró a la partitura y la vio borrosa. Hizo un signo negativo al gesto de invitación del director suplicándole, con cierta timidez, un nuevo intento. Quiso mover el brazo derecho, la mano que como garra insensible aún mantenía el arco, y sintió un peso mineral sobre su costado, cual brazo ajeno inmovilizado por pesados herrajes sobre su cuerpo.

Desde hacía algún tiempo estaba sintiendo aquellos síntomas que le habían llevado a consultar médicos y someterse a pruebas, sin llegar a un resultado aclaratorio. Eran sensaciones que aparecían y desaparecían dejando al brazo amenazado en su estado normal de agilidad, retornando a la mano habilidades eficaces. Había sentido dicho trastorno durante uno de los ensayos para aquel concierto en Viena, en que su orquesta de violines iba a medir sensibilidad y destreza frente a grupos austriacos y otros, de universal prestigio, procedentes de diversos países del Este europeo. Era la mayor ocasión de la orquesta para internacionalizar su arte después de larga trayectoria de triunfos por toda España. Y ahora, en aquella ocasión, cuando en la sede de la Filarmónica de la ciudad, escenario de tantos éxitos, ante un grupo de seguidores y una multitud de expertos europeos capitaneaba la armonía, y

veía los rostros en penumbra, embriagados por la ascendente emoción de los violines, llegaba aquel contratiempo que ya sería incapacidad definitiva para un total logro de ilusiones.

Quedó la orquesta muerta, desmembrada, imposibilitada para cumplir el concierto de aquella tarde, y al día siguiente llegó desde Madrid un suplente escogido de entre sus alumnos aventajados que, en las sesiones programadas, no conseguiría mantener una altura digna de aquella competición. Evaristo Salvago, acabada la parte del concierto en que sufrió aquella extraña incapacidad, de la que no se recuperó como en veces anteriores, fue atendido en un hospital de la ciudad, sin diagnóstico cierto. No le dolía nada, ningún síntoma alarmante se detectaba en su organismo, sólo aquel brazo caído que había recuperado levemente la facultad de alzarse, pero inútil para cualquier tarea.

En España, médicos especialistas hablaron de un trastorno de locomotividad de origen no identificado, y lo sometieron a inútiles sesiones de rehabilitación. Al fin, resignado, cerrado en recuerdos y melancolías, pasaba gran parte del tiempo encerrado en su estudio, acariciando instrumentos que había ido coleccionando a lo largo de su carrera. Viejos violines y sus familiares -violas y violoncelos-, instrumentos rotos, o desechados por compañeros en jubilación, comprados en tiendas de antigüedades o regalados por admiradores fieles a su arte.

Pasaba horas contemplando aquellos instrumentos mudos que, como él, quizá tenían su historia de gozos pasados. Adivinaba en el temblor dormido de sus cuerdas, en los pequeños vientres ya sin gestaciones, el resonar de la armonía. Había sido Evaristo un ser de vida independiente, con timidez propia de su existir solitario, con dudas sobre su propia personalidad, muy cerrado en ensayos y estudios, haciendo de la música motivo y meta de su vivir. En los conciertos era otro hombre, en paso de la noche a la aurora, se iluminaba su rostro al sonreír sus interiores, y en una especie de arrebató místico se transformaba todo su ser. Se sentía como un pequeño dios, a la par que oficiante en liturgia de la belleza, y una sublime lluvia de acordes dominantes resaltaban sobre el logro de los demás intérpretes. Después de su fracaso físico, en mantenimiento de espirituales impulsos, vivía dentro de una nube de ensueños, y cuando acariciaba las maderas nobles del violín preferido sentía dentro del alma un colosal concierto, roto a veces por sus

dedos crispados que, al rozar las cuerdas, arrancaban un sonido heridor, como lamento o queja.

Otras soledades

Cuando aquella noche Juan Lorenzo, después de cumplir su turno junto al cantaor, enfundó la guitarra, le manifestó al empresario que había decidido retirarse, y éste, que era un tanto sentimental, sintió arrebatos de tristeza, pero en el fondo quedó complacido con la idea porque, alertado por el cantaor, había detectado desviaciones alarmantes en las reglas del acompañamiento que, a veces, como en despertar de distracciones, intentaba arreglar el gitano con alguna falseta sin sustancia. Esto venía ocurriendo desde que meses atrás murió Laura, su compañera, y estuvo durante toda una semana encerrado en el silencio de aquel piso de matrimonio sin descendencia, en que se centraban todos los recuerdos en la ausencia de la mujer amada. Toda una semana estuvo sin aparecer por el colmao, y Pepe el Utrerano, el cantaor, tuvo que buscar a aquel guitarrista joven, diestro y artista, pero dentro del inconveniente de improvisados hermanamientos. Después de aquellos días de dura soledad, volvió con la guitarra, empujado por remordimientos de hombre formal, en ocasos de espíritu, y aunque sentía en su cuerpo vigos de madurez bien llevada, desde la ausencia de ella notaba un total envejecimiento del alma. Llevaban veintitantos años en aquel tablao madrileño, desde que llegaron dejando el pueblo andaluz, buscando nuevos horizontes, continuidad en el trabajo, nuevos alicientes para el vivir. Cuando Laura cesó de bailar, al notarse débil en facultades, debido a solapadas enfermedades del esqueleto, al gitano se le hundió el mundo. Pero supo recuperarse lentamente, comprobando que mucha era su pasión por el arte de la compañera, tan enraizado al suyo, pero mayor era el apasionamiento por su persona.

Aquello no podía compararse con esta circunstancia de su definitiva ausencia. Juan Lorenzo se sentía otro ser, sin posible redención hacia la ilusión y la alegría. Nada solucionaban los recursos amargos del vino ni la envolvente generosidad de compañeros que intentaban desentenderlo de pesares, atraerlo hacia la fiesta.

Acompañando al cantaor, a veces cerraba los ojos y tenía la visión de Laura sobre el tablao, enardecida por un baile de juventud, y por un momento se desentendía la guitarra de la obligada compañía del cante, y cambiaba ritmos hacia aquel baile imaginario, y tenía que volver persiguiendo la voz

del cantaor, intentando melismas imposibles y engañosas falsetas para disimular la distracción.

Aquello no podía continuar así, tendría que dejarlo, había decidido dejarlo para siempre, cerrar aquel largo periodo, de casi toda una vida con la guitarra. Pasó por su memoria la historia de su familia, sus recuerdos de niño dentro de aquella comunidad que tan difícilmente se ganaba el pan. Su padre, buen animador de fiestas por ventas y cortijos; su madre, sometiendo su vocacional raza de bailaora a la traba de sus numerosos partos, a la crianza de los hijos, al milagro cotidiano de multiplicar con el ingenio los cortos ingresos para sobrevivir. Murieron los padres; apareció en su vida Laura como un sueño logrado, y marcharon a Madrid, quedando su larga familia repartida por pueblos andaluces, viviendo de trapicheos, mercaderías de feria o marchanteando con animales...

Ahora, al quedar solo, espantado del arte al que había dedicado casi todos los años de su vivir, de ambientes en los que no encontraba consuelo sino un reavivar de martirios, no creía oportuno buscar a familiares, intentar renovar lazos con una familia que, transcurridos muchos años, lo verían como a un extraño o le darían cálida acogida en los momentos del encuentro, pero no garantía de permanencia de afectos, ya que la vida disgrega y endurece las relaciones más íntimas cuando separa el tiempo y la distancia.

No pensó seriamente en un futuro de soledad, ni en las posibles dificultades para vivir con sus cortos ahorros; era más fuerte el impulso de huir de los escenarios habituales en que fue feliz, pensando que así sería más suave el dolor de los recuerdos. No iba a ser fácil... Recluido en el piso, en el que muchos años convivieron, las felicidades del pasado serían fantasmas del presente. Llegó a pensar que por rincones de su cerebro empezaba a anidar la locura. Fue cuando al abrir un cajón de la coqueta en que ella se peinaba cayó un frasco de perfume al suelo, y al romperse se inundó de aquel aroma, que era su aroma, toda la casa. Sintió el aliento de su presencia, vio su sonrisa aparecer y desaparecer por el fondo de los espejos, oyó un descorrer de cortinas y creyó oír su voz cancionera despertando por la claridad de los balcones. Sintió el impulso de querer abrazar la guitarra. En estado de exaltación descolgó el instrumento y rasgó sus cuerdas con energía, sin saber si quería retener o espantar aquellas sensaciones. Desde aquel día identificó a Laura con la guitarra. Cuando intentaba el recuerdo hacerse carne y alma, abrazaba su cintura, soltaba las bridas del ritmo y oía su voz.

Así andaba el gitano sumergido en su soledad. A veces acariciaba aquella colección de guitarras, de instrumentos humildes heredados del padre, como único continuador de una estirpe flamenca que ganaba el pan y la sal por caminos del arte. Salía a comprar alimentos por las tiendas del barrio, y recorría las tabernas bebiendo un vino de soledad.

La luz de los encuentros

Aquel domingo el sol primaveral tenía luces de fiesta. Se abrían balcones del barrio antiguo y su gente buscaba el alegre convivir de la calle. Evaristo Salvago se asomó a la ventana y estuvo un rato contemplando el ir y venir de las gentes. Pensó salir. Fue un impulso quizá provocado por la luminosidad del día, quizá por un instinto que lo arrastraba a gozar de un baño de multitudes, por callejear entre personas que parecían felices, y las cuales, aunque con ellas no tuviera la comunicación del dialogar, en ocasiones le habían contagiado alientos de optimismo, borrando de forma transitoria su cotidiana melancolía.

Su vivienda, en pleno Rastro, estaba situada en aquella zona de la ciudad, tan animada en fecha festiva, cuando acudía un público desentendido de prisas, variopinto, en conducta de remansos aldeanos. Algo del ambiente de otros siglos parecía respirarse a la sombra de las viejas casas, por las aceras invadidas, en donde se desplegaba trapicheo y picaresca, y las actividades comerciales parecían juego y parodia del rígido, del diario negociar de la ciudad. Pasó Evaristo a un bar, en el que a veces tomaba un aperitivo, y pidiendo un vermut observó la gente de sus alrededores. Grupos familiares o de amigos, según la apariencia, bebían y charlaban animadamente. A su lado un ser solitario, como él, ensimismado, bebía a pequeños sorbos su copa de vino. Parecía un hombre de edad avanzada, aunque sin síntoma aparente de vejez. Evaristo lo miraba a hurtadillas, porque merecía atención su figura esbelta, la cual parecía no sufrir erosiones del tiempo, de los años que denunciaba su rostro: pelo entrecano, piel morena con leves arrugas por la frente y unos ojos de hondo mirar desentendido. Algo casual los hizo entrar en diálogo. Alguien protestó de la música ruidosa y descompasada que había empezado a lanzar el altavoz de un tenderete de discos antiguos que habían instalado en las proximidades de la puerta del bar. En voz alta, de forma inconsciente, también Evaristo manifestó su desagrado. Lo miró el hombre moreno y dijo:

-A usted también le molesta... ¿verdad?

-Yo he sido violinista de orquesta de cámara-, le contestó Evaristo.

-Y yo, guitarrista.

Los dos rieron la coincidencia, o lo que en un principio tomaron por broma. Así comenzó una relación que parecía arrancar de una necesidad de diálogo, que se iría consolidando en amistad vinculada por el amor a los instrumentos de cuerda.

Descubrieron su vecindad -vivían en casas muy próximas-, y en unos minutos de conversación comprobaron su paralelismo de situaciones. Huyeron de los ruidos de aquel bar hacia otro más tranquilo, ya en límites del comercio de la zona, y se contaron sus vidas en acto de confesión necesaria y urgente. El siguiente encuentro fue esclarecedor y consolidaba esperanzas. Vagaron por el barrio sin rumbo fijo, como si lo visitaran por vez primera, en descubrimiento de sus encantos. La calle, con predominio de quincallerías humildes, con puestos de objetos rotos, mutilados, con huellas de manos que ya no existirían..., denunciando épocas de utilidad para el hombre, objetos de ornato con el sello de estéticas pasadas, con rastros de belleza entre el óxido y la purpurina, o en el fragmento del marco dorado de un espejo que se resiste a desaparecer. Pomos, aldabas, el respaldar de elegantes sillas, retazos de forjada herrería, raros objetos de rancia identidad, de ignorado uso... Montones de objetos que hacían pensar en su inutilidad, en un esplendor de vida pasada, con el compás del tiempo en erosión inexorable de objetos y enseres que acompañaron a los hombres en trabajos y sueños, y se fueron deteriorando a la par que sus vidas.

Hasta aquel día habían pasado los dos hombres por plazas y calles de su barrio, sin ver y sin pensar, indiferentes a todo lo expuesto, al latido de su vivir, sumidos en fracasos y obsesiones. De pronto comprendieron la gran exposición de historial humano que representaba aquel espectacular despliegue de mercaderías, relevante representación de historia y vida, inagotable tirón de sugerencias. Libros gastados por manos de sucesivos lectores, cuadros de pintores anónimos, que no pudo salvar de su frustración alguna que otra pincelada genial, un mobiliario inválido que quizá cobijó tiempos felices, despojo de encajes y blondas marchitas, un montón de muñecas mutiladas, apolillados carteles de remotas torerías, herramientas de oficios desaparecidos...

Se detuvieron de manera especial en la calle de los pajareros, en la contemplación de tanta naturaleza cautiva. Gozaron con el multicolor espectáculo de las aves, y se sumergieron en la música abstracta de trinos cruzados, de exóticos graznidos de pájaros comprados en lejanos países. Ante un puesto de jilgueros y canarios de precioso plumaje, que como orquesta sabia parecían juntar sus gorjeos en adiestrada armonía, dijo el gitano: -De poner una tienda yo la pondría de pájaros. Quedó un rato Evaristo mirándole a los ojos, antes de dar su opinión: -Yo no, porque sentiría agobio de libertades perdidas. Yo montaré un establecimiento de instrumentos musicales.

Sucesivos encuentros fueron asegurando una amistad que ahuyentaba a aquel común fantasma de soledad. Sus personalidades en contraste, de las cuales era fiel imagen el aspecto físico de cada uno -manifestaciones personalizadas de desgarró popular y cultura bohemia-, no eran obstáculo para un acercamiento cada vez más estrecho. En mutuo trasvase de conocimientos, de experiencias contadas a través del mágico equipaje de recuerdos, cada uno fue amando el arte del otro, adentrándose por diferentes laberintos de la armonía que siempre desembocaban en la expresión emocionada del amor, de la vida y la muerte.

Gozoso quehacer

Volvieron sobre la idea, apuntada por Evaristo, de montar una tienda de instrumentos musicales dentro del barrio.

-De instrumentos de cuerda-, dijo el gitano intentando concretar la proposición.

La idea fue aceptada sin ninguna duda por el violinista, pues era la misma que persistía en su pensamiento: -Será una gran tienda de guitarras y violines; pasaremos la vida entre estos instrumentos.

Unieron afanes que fueron desarrollándose bajo el impulso de entusiasmos hacia la meta común. Evaristo, a diferencia de Juan Lorenzo, había sido más ahorrativo, y puso sus haberes, sin dudarle un momento, al servicio de la empresa. El guitarrista sacó recónditas herencias de su sangre buhonera, mostrando facultades no ejercidas hasta entonces, para la búsqueda y el regateo.

Encontraron el local apropiado e hicieron las reformas necesarias. Desplegó Evaristo delicadas dotes de proyectista, con ideas originales para la

decoración y el adorno. A los instrumentos de uno y otro fueron sumándose los que encontraban en gestiones hechas por ambos: visitando a compañeros retirados, a familiares de músicos muertos, a comercios antiguos perdidos por ciudades lejanas... Viajaba el gitano hacia tierra de guitarreros ilustres, en donde viejos maestros seguían su primorosa labor en la doma del ébano, del ciprés, del cedro o el palosanto..., y en donde jóvenes manos recibían su herencia de conocimientos para conseguir aljibes del sentir, el propicio cobijo capaz de hacer surgir el alma del instrumento. Consiguió el gitano curiosos ejemplares, guardados por hogares de los pueblos, a través de los cuales podía estudiarse toda la historia de la guitarra, desde versiones moriscas hasta ganar las seis cuerdas, en perfección para enlaces con la voz o protagonismo de concierto. También consiguió laúdes y vihuelas, desempolvadas de siglos, sugerentes hacia recuerdo de juglarías. Siguiendo la pista dada por un director de orquesta jubilado y, bajo instrucciones del violinista, encontró por barrios viejos de la ciudad una colección de violoncelos y de violas que fueron delicia para los dos amigos.

En cierta ocasión volvió Juan Lorenzo de sus excursiones con una cítara, y otro día con un arpa, cuyo encuentro en el viejo desván de un anticuario parecía milagro de dioses griegos. Iba llenándose el establecimiento de piezas diversas, mutiladas, de cuerdas rotas que emitían a veces sonidos de queja al rozarlas los dedos. También de piezas que conservaban la pureza de sus voces, al haber estado guardadas como reliquias.

Encontraron textos preciosos describiendo instrumentos salidos de las manos de Antonio Stradivario, e instalaron la primera vitrina, a la cual seguirían otras muchas recogiendo fragmentos de la historia y el arte de aquella importante parcela de la música creada para instrumentos de cuerda. Desde entonces un cartel con la imagen de Paco de Lucía, casi niño, junto a otro de Paganini, sacado de un viejo grabado, presidían un despliegue de retratos de músicos gloriosos.

El establecimiento fue tomando más aspecto de museo integral que de tienda de antigüedades, y era visitado por aquel gentío que circulaba en fechas festivas por todo el Rastro, pero nadie compraba nada, aunque a pesar del desánimo comercial los dueños se sentían felices mostrando su tesoro. Tiempo después empezaron a llegar coleccionistas, extranjeros en su mayoría, y a llevarse buena parte de lo acumulado.

Aquello fue peor, porque a veces se veían obligados a vender piezas u objetos preferidos, sufriendo el dolor de desprenderse de ellos. Sólo entonces cayeron en la cuenta de que habían pretendido ser comerciantes y no románticos coleccionistas, con todas sus ventajas e inconvenientes.

Hicieron construir una vitrina preciosa, que pusieron en el centro del comercio, y dentro de ella, sobre un lecho de terciopelo rojo, el violín y la guitarra con que habían realizado su vida profesional, colocando sobre ella un rótulo aclarativo: *“No se vende”*. Les hubiera gustado poner el mismo letrero sobre algunas de las muchas piezas que poseían, pero imposiciones económicas no lo permitían y, quizá por esto, pensaron abrir otro establecimiento complementario para la venta de instrumentos nuevos, por aquellos límites de barrio viejo y modernidades de la ciudad.

Encontraron el local apropiado y, al sobrepasar sus posibilidades económicas la adquisición, adaptación, y cálculo de compra de existencias, propuso el gitano: -Puedo vender mi casa y venirme a vivir contigo; con el importe tendremos de sobra para realizar el proyecto.

Acojió Evaristo la idea con entusiasmo, y así cerraron un pacto definitivo en el enlace de sus vidas.

Ya vendido el piso de Juan Lorenzo, vivían en la casa del violinista en perfecta armonía, haciendo reparto de estancias para guardar cada uno su intimidad, dejando las habitaciones de uso común necesarias para la marcha del hogar y la convivencia amistosa.

Fue la inauguración en un medio día esplendoroso, en que mucho disfrutaron los dos amigos en reencuentro con compañeros que acudieron a la cita, y a los que no veían desde el abandono de su vida profesional. Se alargó el acto, se escanció el vino en generosa invitación, y coincidieron las luces postreras del día con las últimas despedidas, sazonadas de afecto y champán.

Ellos tenían otro plan meditado: el de celebrar a solas, en el cuarto de estar de la casa, con un acordado ritual, aquel acontecimiento que más que proyecto comercial era un nuevo paso en la definitiva unión de sus vidas.

Aquella mañana Evaristo había adornado el pequeño salón con guirnaldas de flores y con carteles de sus actuaciones, de los tiempos de su activa vida musical, desplegados por las paredes de la estancia. Un cruce de perfumes de magnolia y clavel embriagaba el ambiente. Habían trasladado hasta el

centro de la habitación la pequeña vitrina que contenía los instrumentos que fueron preferidos durante el desarrollo de su vida profesional, y que ahora eran centro y símbolo de sus actividades.

Al llegar a la casa, en actitud convenida, cada uno fue a encerrarse en su dormitorio. Estuvieron largo tiempo preparando aquel rito premeditado. Evaristo maquilló su rostro, peinó su melena rubia, que habitualmente llevaba recogida en disimulos de coleta, y desató sus bucles rizados sobre los hombros y la espalda. Sacó del fondo del arca el frac de tiempos gloriosos, vistió la camisa de almidonada pechera y la corbata de pajarita, calzando los zapatos charolados que habían gastado su suela por famosos salones y escenarios del mundo..., y estuvo mucho tiempo mirando su figura en los espejos, ensayando gestos y posturas, intentando activar el brazo dormido al encontrarse con el atuendo que lo regresaba al recuerdo de glorias pasadas. Juan Lorenzo vistió su negro traje de fiestas mayores, de noches triunfantes llegando a cumbres elocuentes la guitarra, acompañando al sentimiento del cantaor y bordando de geniales ritmos el baile temperamental de su amada.

Con el recuerdo de Laura, a punto estuvo de renunciar a aquella farsa que, pensándola divertida, se le había ocurrido a Evaristo; pero en atención a los deseos del amigo se desentendió de pesares, calzó los botines de tafilete, vistió la camisa de pechera bordada, el ajustado pantalón y la chaquetilla de fino paño, y poniéndose el sombrero ancho se miró un solo segundo en el espejo y salió al salón, en huida de aquella figura que le pareció fantasma del pasado.

Aún tardó tiempo en acudir Evaristo que, asombrado de si mismo, andaba del dormitorio al tocador contiguo, acicalando la indumentaria que había sido vestimenta habitual y ahora tomaba rasgo de disfraz. Al fin apareció, y entre risas se unieron los amigos en un abrazo. Alzaron sus copas -un jerez oloroso en la del gitano, un champán riente en la del violinista-, y brindaron por un futuro en feliz garantía de anhelos comunes.

Transcurría la noche rememorando anécdotas mil veces contadas, en manifestación de intimidades nuevas que poco a poco, al llenar y apurar las copas, iban abriendo un abanico de recónditas confesiones. Ya de madrugada notó el gitano que la mirada de Evaristo se iba tornando envolvente y posesiva, con intermitentes desentendimientos, como deseando y no queriendo volcar los últimos fondos misteriosos del alma. Todo quedó claro cuando,

en ademán inesperado intentó abrazar su cintura y besarlo en la boca. Huyó Juan Lorenzo hacia atrás al sentir en el rostro el suave azote de la melena, un contacto repelente agigantado por la sorpresa. Al cabo de unos minutos pudo reaccionar:

-Por ahí no iremos a ningún sitio... ¡Son otros mis metales!-

A las palabras del gitano siguió un dialogar con los ojos, una alternancia de lijas y terciopelos en el mirar. Después largo silencio, y el llanto de Evaristo abatido sobre un sillón, en un rincón de la estancia.

El gitano, que había quedado como una estatua, erguido en el asombro, de pronto avanzó hacia la vitrina que guardaba los instrumentos y cogiendo la guitarra rasgó sus cuerdas arrancando sonidos que parecían vibrar de protesta, una declaración de varonías con un fondo de sonos amargos. Volvió el silencio y Evaristo sonámbulo, tambaleante, fue a buscar su violín. Intentó levantar el arco con el brazo dormido y al rozar con su extremo las cuerdas salió del instrumento un sonido sordo, como un sollozo. Fue entonces cuando el gitano dulcificó el mirar y fue a abrazarlo llevado de un fraternal impulso. Así acabó la noche, volviendo cada uno a los ámbitos de su intimidad desvelada.

Rapsodia rota

Después..., nunca se mencionó nada alusivo a aquel suceso, ni gesto ni ademán alguno pudo recordar a aquel rechazo de caricia. En la actividad de sus ocupaciones comerciales, con la buena marcha de la nueva tienda y la colección en aumento de instrumentos y motivos musicales, parecían felices los dos amigos. Pronto transcurrió un año, de aparente felicidad, desde la ampliación del negocio, mas de pronto el gitano, siempre vigoroso y activo, notó desarmados sus mimbres, sintió algo así como una gran cansera que aflojaba los pulsos y desganaaba el ánimo. Había retornado a los martirizantes recuerdos de la amada muerta y atribuía los trastornos de su organismo a estados crepusculares del alma.

Evaristo, en aquella mañana, cuando pasó la hora en que se levantaba el compañero y no lo hizo, esperó impaciente su presencia; pasó el tiempo y aumentaron los temores. Al fin llamó a la puerta de la habitación, primero con golpes suaves, después con desesperación, hasta hacerse daño en los puños. No contestaba. Empujó a la puerta y lo encontró muerto en la

cama, como en plácido dormir. Temblaron sus piernas, cayendo de rodillas junto al lecho.

¿Cuánto tiempo estuvo así...? Primero fue sentirse arrastrado por un torbellino de tristeza, después un borrón de los sentidos, como llegando a un estado mineral.

En reacción sonámbula transcurrió todo el tiempo hasta la vuelta del cementerio. Cumplimiento de trámites, aviso a unas cuantas personas inevitables, velatorio en soledad, y al fin la vuelta a casa en taxi, como urgente huida, hasta llegar a tener conciencia de una ausencia infinita... Después de recorrer varias veces las habitaciones en un intranquilo no saber qué hacer, Evaristo salió a buscar los consuelos del sol. Era día de animación en el barrio y recorrió calles con un latido alegre de vida, con muchedumbres endomingadas, formando grupo de amigos o familiares, en bullicio de gentes felices. Encaminó sus pasos hacia la tienda. Siempre que alzaba su mirada al cartel que la anunciaba en grandes letras -GUITARRAS Y VIOLINES- se habían alegrado sus ojos, y ahora le parecía fragmento de una leyenda de epitafio. Abrió la puerta, entró y la cerró por dentro. Horas estuvo acariciando las guitarras. Abrazó la guitarra de Juan Lorenzo y, en raptó de erotismo sublime, temblaron las manos por la suavidad de su cintura. Besó la madera y con la frustrada pasión del beso sintió claridades de amistad y amargura, de amores amordazados, no correspondidos.

Ya entrada la noche, la fatiga rompió aquel encadenar de enajenaciones, y tambaleante marchó hacia la casa, derrumbándose en el lecho, viviendo en el sueño un fantástico concierto en que armonías clásicas se fundían con lamentos y júbilos de hondura popular. Primero sintió despertar el brazo, ser capaz de alzar el arco y frotar las cuerdas de su violín, arrancando notas de ternura y melancolía. Después se incorporó la guitarra gitana y se arrancó en rasgueados, como toro buscando el estoque sonoro del violín. La agilidad del arco conseguía quiebros de gracia a la varonil embestida de la guitarra que, en su impotencia, abandonaba el punteado resolviéndose en trémolos y golpes de caja, derramarse en ritmos amargos, rumor de élitros, repicar de lluvia, tañer de campana, sones de tambor, pareado valiente de cascos de caballo con castañuelas... En un momento dominador del violín, como en su auxilio, en cumbre de fantástica ensoñación, se incorporaban al concierto todos los instrumentos viejos almacenados en la tienda, restaurados de pronto, brillantes sus maderas de haya, de abeto, cedro de la India..., flotando en

el aire, como acunados por brazos invisibles. Entró al concierto la melancolía de las antiguas vihuelas, los sonidos graves del violoncelo, las notas del arpa, como lágrimas sonoras lanzadas al viento... Retazos de preludio, fugas, fragmentos de sonata, baladas, melódicas sonatinas... y atravesando su armonía avanzaban las guitarras con sones viejos de beso o de navaja heridora.

Despertó de pronto Evaristo, rompiéndose la partitura mágica del sueño, sintiendo en el alma la tremenda soledad de un salón vacío, cuando todos se han ido después de la fiesta. Cerró los ojos, apretó los párpados hasta un inicio de dolor. Sintió deseos de dormir siempre, dormir... morir.



LA PÁGINA PERDIDA DEL APOCALIPSIS

YO, WALTER WICLEF, NACIDO Y CRIADO EN EL CONDADO DE BEDFORD, EN UNA CASA DE CAMPO CERCANA A LA CIUDAD, siempre había tenido en mis alrededores animales que cumplían su cometido como colaboradores del hombre, en el ocio y el trabajo. Mi padre era un terrible cazador, un encantador de jaurías que nunca fallaba en la persecución del zorro por el festón boscoso del Condado. Marchaba solo a aquella actividad lúdico-deportiva que la nobleza, desde siglos atrás, había envuelto en ceremonia de lacayos y trompetería.

Él, siempre solo, salía con quince podencos adiestrados, conduciendo sus movimientos a través de palabras extrañas que sólo conocían los animales y que escapaban de su boca como cuchillos lanzados, eficaces en el mensaje de órdenes tajantes. Su gozo era cortar el jopo de la alimaña, cuando los perros punteros traían hasta su mano al animal descuartizado. Cercenado el rabo de un solo tajo, aún convulsionado por finales de vida, era colgado de los arcos de su cabalgadura como preciado trofeo.

El día de la tragedia había salido muy de mañana, notando a los perros nerviosos. Los guardianes del bosque le comunicaron que un gran número de zorros habían llegado a sus cazaderos, quizá hostigados por grupos de perros asilvestrados que, sin control alguno, merodeaban por los vecinos campos. Así era. Fue entrar en zona forestal y un gran número de raposas en huida desconcertó, en principio, a la tropa canina, que pronto ordenó sus persecuciones dando alcance y muerte a las más próximas. Gozaba mi padre añadiendo rabos a la montura en momentos sosegados de aquella carrera desenfrenada por el espeso bosque. Tropezó el caballo en el tronco de un árbol caído, con tan mala fortuna que el cazador sufrió un fuerte golpe que lo dejó casi inconsciente. Volvió el caballo solo hasta la mansión familiar, alertando a mi madre y a la servidumbre, que salieron en su busca. Cuando lo encontraron y fue llevado a un centro médico, mutilado y moribundo, tuvo un momento de lucidez antes de morir, en que pudo contar un episodio espeluznante: Al caer del caballo quedó impotente entre la hojarasca, sus perros cesaron en la persecución de la raposa e hicieron un cerco a su alrededor. Las pupilas siempre mansas y serviles de la jauría se habían tornado agresivas y

lanzaban destellos de crueldad. ¿Acaso en el fondo le odiaban los canes guardando deseos de venganza, quizá con el recuerdo de un tiempo de adiestramiento en que creyó conveniente utilizar la fusta y el látigo? Se cerró el cerco y fueron olfateando su cuerpo, como para asegurarse de su impotencia, acabando por asestarle tremendas dentelladas, con ánimo de devorarlo. Los ladridos de júbilo hicieron acudir a la gran manada de perros salvajes que se sumó a la horrible faena.

Cuando acudieron unos cazadores atraídos por los gritos de mi padre, y por los aullidos de gozo de más de cincuenta canes, yacía el cuerpo de la víctima palpitando en un charco de sangre, ya mutilado de brazos y piernas y con el cuerpo ferozmente destrozado por los mordiscos. Consiguieron los cazadores ahuyentar a los asaltantes con los disparos de sus escopetas, dejando a algunos muertos, y orientando a mi madre y a los criados que andaban en su busca.

Fue uno de los primeros episodios que se dieron, y que después se repetirían en parecidas circunstancias por diversos lugares del planeta, como anuncio de un gran desastre.

La invasión

No olvidando la desgracia descrita que ocasionó la muerte de mi padre, cuando años después fui votado por el Parlamento para organizar en todo el Reino el exterminio de la raza canina y felina, lo acepté complaciente, con impaciencia por llevar a cabo una labor escrupulosa. Medidas similares se habían tomado en todo Occidente. Los cambios de decisión política, relacionados con el tema, eran una realidad en todos los países, y eran cambios marcados por el gran problema iniciado en los finales del siglo XX y que llegaría a su plenitud en el nuevo milenio: un dominio animal sobre el mundo.

Aunque el conflicto tuviera sus primeros síntomas graves en Inglaterra, ya era común a todo país civilizado, y respondía a un paulatino cambio de situación a través del tiempo, cuyas consecuencias sólo preveían algunas personas de inteligencia observadora que no podían alzar sus alarmadas voces sin ser tratadas como profetas chiflados, siendo silenciados sus sensatos razonamientos por el vocerío de masas organizadas. Ya avanzado el siglo XXI, se había llegado a límites extremos y una espantosa realidad había cambiado la mentalidad de la población que, estimulada por instintos de propia conservación, disciplinaba conductas en preparación de una batalla decisiva.

Sociedades protectoras de animales y agrupaciones ecologistas, que en principio se resistían a aceptar la realidad, tuvieron que llegar a un convencimiento de la necesidad de aplicar drásticas medidas.

Los orígenes del problema eran complejos y colaboraban de forma decisiva en una deshumanización creciente, en la cumbre de un cambio de valores y en la prosperidad de una amenaza. La explicación de las consecuencias que se avecinaban podía resumirse en una breve frase, al parecer dicha frívolamente y repetida por estadísticas: en muchos países iban faltando hombres y sobrando perros y gatos.

Las planificaciones familiares, tan necesarias en el mundo, habían ido más lejos de lo previsto. Legislada la plena libertad del aborto en todos los países, el tanto por ciento de mujeres abortistas era sorprendente, y en continuo aumento. Egoísmo y adelanto científico habían pactado: químicas y artilugios se multiplicaban en la labor de esquilmar al mundo. Ya había sido la eutanasia reconocida en todos los países, como medida de necesidad para reducir el censo de ancianos a mínimos correctos, para poder hacer frente a costes sociales y para garantizar la comodidad de los hijos.

El observador pesimista veía en todo aquello un síntoma claro de que se aproximaba el fin del mundo. El hombre se apartaba más del hombre. La pérdida de valores del espíritu, la deshumanización en su base de encuentros humanos en el desamor, la glorificación del sexo como fin, desconectado totalmente del sentimiento de cariño, y la violencia como medio lícito, todo ello ya formaba parte de una nueva manera universalizada de seres curtidos en la insensibilidad del espíritu. En algo se aliviaba el asunto con la inmigración de personas del tercer mundo hacia países del llamado mundo civilizado, aunque esto no llegaba a ser suficiente, en parte por fuertes residuos de racismo y xenofobia.

De forma paralela se iba desarrollando un predominio de preferencia por los animales de compañía, llevado a extremos enfermizos, tendencia que se había iniciado de forma decisiva en el último tercio del siglo XX, dentro de la llamada "sociedad del bienestar". Desde principios de la vida del hombre había sido el animal utilizado en ocios y trabajos, siendo domesticadas algunas especies, adaptándose a su vivir. Esto formaba parte del comportamiento racional del ser humano. El perro quizá fue siempre el animal con mayores cualidades de compenetración, dando lugar a un dicho, extendido por toda la tierra: "El perro es el mejor amigo del hombre". Una manipulación sor-

prendente consiguió, a través de los siglos, por medio de cruces y sistemas educacionales, variedad de razas, aprovechando sus instintos y sentidos, acomodándolas a un número sin fin de actividades. Siguió el perro los destinos del hombre. Participó en la diferencia de clases sociales: desde la mendicidad a la nobleza, sufriendo o disfrutando las alternativas de la política y la fortuna, adaptándose a rutinas burguesas y a alternativas revolucionarias, siendo protagonista -a la par que el ser humano- en heroicidades y cobardías. Sus sombras veladas pasan por los capítulos de la historia sin ser nombrados, pero presentes en festines triunfales y en derrotas. A veces quedaron eternizados en la magia de la pintura, junto a un rey cazador, compitiendo con bufones en espantar hastíos de reyes abúlicos, en espera del hueso desprendido de la glotonería de un banquete condal, muertos entre soldados en tristeza del campo después de una batalla, guiando a un mendigo ciego en avatares de picaresca... También quedaron en textos literarios, con nombres propios, al lado del nombre de caballos favoritos, en relatos infantiles de circo y tebeo; esforzados, audaces, socorristas y fieros, tirando de trineos por las páginas glaciales de Jack London, con sentido de ingenio humano y grácil belleza por las imágenes de Walt Disney...

¡El mejor amigo del hombre...! ¿Cómo pudo llegarse a la actual situación? Todo fue en lenta transformación a través del tiempo, en evolución natural producto de unas circunstancias adecuadas. Los adelantos de la clonación hicieron que seres solitarios, desentendidos de sus familiares y vecinos, juntaran verdaderas manadas de perros iguales a un animal querido y muerto hacía muchos años.

El ser humano había derivado hacia un ser apático con sus semejantes, alejado de consignas evangélicas, endurecido por planes de enseñanza en que el predominio tecnológico había barrido las bases culturales de su pasado. La institución familiar era un recuerdo recogido por algunos historiadores como una pintoresca fase de la evolución de la Humanidad. En aparente plenitud de libertades, en el desarrollo de la inventiva apoyada por el despliegue espectacular de la ciencia, basaban los teóricos de la evolución social un seguro futuro feliz para el hombre.

Algo empezó a fallar en una tierra casi desértica, abandonada en el desprecio debido a la conquista de poder conseguir sus frutos con menos esfuerzo, en manejos de laboratorio, con casi todos los animales silvestres extinguidos; quedando tan sólo los animales de compañía y algunas especies

reproducidas en zoológicos y granjas especializadas, para satisfacer la curiosidad de generaciones venideras.

En cumbre de nuevos estilos de vida, empezó el hombre a sentir un gran vacío y una inclinación a la añoranza, transmitida en los genes, quizá por causa de mutilaciones espirituales y de la falta de integración en un medio natural. Una de sus reacciones fue la de buscar una mayor relación con el mundo animal. Se iba generalizando el hacer extensiva la tenencia de animales de compañía a especies exóticas. Era corriente encontrar en el periódico, entre la noticia de sorprendentes avances informáticos, o en el ramo de la telecomunicación o la electrónica, anuncios como éstos: *“Sea poseedor del último elefante”*, *“Ponga una serpiente boa debajo de su cama”*. *“Para la poda natural de su jardín nada como una jirafa instruida para el caso”*. Pero la adopción de esos animales y otros parecidos eran casos aislados. En realidad, lo que aumentaba de forma espectacular era el número de animales considerados tradicionalmente de compañía, perros y gatos, sobre todo el número de perros, de toda raza y tamaño. La soledad, por desconfianza del hombre hacia los de su especie, crecida en arideces del vacío espiritual reinante, llevaba a dar categoría de intimidad fraterna a las relaciones del ser humano con el animal preferido. En una sociedad con tensiones depresoras, el relajamiento sólo era posible acariciando un lomo peludo. Abolidas normas de conducta moral, que antaño habían organizado sabiamente los estímulos del deseo, ante el incontrolado y fácil acceso sexual, fue haciendo resurgir una vuelta al sodomismo con protagonismo animal, producto del hastío. A la puerta del “Hospital de Canes” se daba el mayor número de suicidios; se mataban hombres y mujeres ante la muerte o la enfermedad incurable del perro que habían tenido como compañero sentimental. En los cementerios de perros se daban las escenas más desgarradoras.

Sociedades protectoras de animales y agrupaciones ecologistas unieron esfuerzos en defensa de la propagación del animal y de la dignidad de su vida, estando prohibidas las medidas destinadas a limitar su natalidad, también prohibida la eutanasia. Ante la proliferación natural de las especies, beneficiada por la buena vida, las camadas cada día eran más numerosas. Guarderías de cachorros se extendieron por pueblos y ciudades. Se igualaron penas en los Códigos ante homicidios y canicidios, se abrieron residencias para la tercera edad canina...

Perros y gatos fueron adueñándose de la situación hasta un límite nunca previsto por sociólogos y ecologistas. Ya inundaban el mundo, era de ellos el mundo. Parecían haber desarrollado un sexto sentido de poderío sobre el ser humano sumido en sus fracasos y corruptelas. Ante la ferocidad de acontecimientos, como consecuencia de la conducta cada vez más agresiva de los animales, se realizaban estudios sobre la posible influencia de una televisión llena de violencia en seres irracionales o sobre el posible contagio de la conducta humana en sus animales de compañía. Nada de eso llegó a remediar situaciones. Aquel fenómeno era de esperar, aunque nadie se atreviese a denunciarlo de manera definitiva hasta ya avanzado el 2005, dado el bajo grado de procreación de la especie humana y el alto grado de multiplicación de los animales de compañía, en especial de las razas caninas.

Aparecieron manadas rebeldes que habían renunciado a los tratos mímosos del hombre y, como alentadas por sueños salvajes, intentaban imitar, por la ley del colmillo, a conductas, indudablemente, aprendidas del hombre en los procesos del poder político y en los desamores de la convivencia. Eran bandas huidas al campo que, en apariencia, estaban manejadas por ideólogos eficaces y por jefes de ejecutoria fascista. Quizá la primera y más famosa fuera aquella que, organizada en los aledaños de una gran ciudad, llevaba por líder a un enorme mastín que antes medraba en un palacio de la nobleza, ofreciendo a los niños su mansedumbre, acariciándolos con sus mansas pupilas, hasta que un día, quizá por hastío o por secreta revolución de genes inadaptados, devoró al joven heredero de aquella noble estirpe y huyó al monte. Las apariencias hacían creer que había sido tomado como símbolo liberador, y pronto tuvo imitadores que huían en su busca e iban haciendo crecer a aquel ejército salvaje que despertaba en su sangre astutos resortes para el ataque y la huida, propagando el terror. Junto a cada comando canino, en atenta retaguardia, un felino ejército colaboraba, afilaba sus uñas durante el día, manteniéndose en simulaciones zalameras, para desaparecer cada noche y seguir a los canes en sus golpes de duro vandalismo.

Las primeras páginas de los periódicos, desentendidas del fútbol y las corrupciones del Poder, informaban del problema, extendido de igual modo por todo el mundo occidental, y en las páginas de sucesos, que eran casi todas, se hablaba de casos espeluznantes en que las víctimas eran los mismos dueños, por lo general seres solitarios que habían sido pródigos en mimos y que habían empezado a desconfiar de sus acompañantes irracionales. Víctimas propicias eran los ancianos abandonados por los hijos, en mendi-

ciudad por parques públicos, los enfermos crónicos que conseguían escapar de manejos de eutanasia y los niños perdidos. Siempre había un gato que, como desentendido, vigilaba la puerta de hospitales, guarderías... y otros lugares de refugio. Con un largo maullido avisaban ante cada oportunidad y, desde escondites insospechados, acudía la jauría de turno para ensañarse con los seres débiles.

Se estudiaba la situación: por cada ser humano que había en el mundo, había treinta perros, y la mayoría habían sido abandonados al pasar su etapa de cachorros, porque ya no le hacían gracia al niño o porque iba en aumento su rebeldía, o por muerte de sus amos.

Se llevó la gravedad del problema a los comicios públicos y pudo comprobarse lo difícil de la situación. Se enfrentaron fuerzas contrarias: por un lado los parlamentarios que participaban en la idea de utilizar fuerzas militares y, al amparo de estudios estratégicos, acabar con las especies rebeldes, frente a una fuerte oposición formada por proteccionistas que se oponían a tomar medidas extremas, como dar muerte o recluir en grandes campos de concentración, optando por otras soluciones: la instalación de surtidos comederos públicos, la formación de especialistas para capturar e ingresar en establecimientos especiales a los amotinados y someterlos a tratamientos experimentales similares a los utilizados en psiquiatría humana.

En Congresos y Parlamentos se debatían estas cuestiones, como tema primordial, ya extinguidos los partidos políticos desde principios de siglo -por la crisis total de las ideologías- y a veces se propagaban temores sobre la posibilidad de que la Humanidad, dividida en dos bandos, entrara en lucha, en paso de la batalla dialéctica a la contienda de las armas, sustituyendo a las antiguas guerras -cuyos conatos aún se sufrían- por motivos étnicos, de religión, económicos o simplemente de ambición de poder. No se llegó a tal desastre, sólo a actos terroristas de grupos desesperados.

Exterminio

La democracia, situación política ya generalizada universalmente, se resentía, y de nuevo apareció el fantasma de las dictaduras conseguidas por un golpe de fuerza. Fueron situándose en el poder los partidarios del exterminio animal, y se organizaron por el mundo grandes batidas que fueron demostrando su eficacia, aunque eran muchas las víctimas humanas debido a ataques por sorpresa, promovidos por redes de espionaje debidamente

organizadas, con las que se sospechaba la colaboración de córvidos y rapaces nocturnas.

Años duró la contienda. Verdaderas batallas se desarrollaron por campos y ciudades, complicados enfrentamientos, poniéndose a prueba la inteligencia del hombre frente al instinto del animal. Mucho duró un conflicto en que el ser humano tuvo que prodigar ingenios frente a la superioridad numérica de un enemigo que fue organizándose en ejército disciplinado, acuciado por un fuerte instinto de conservación, recurriendo a sus armas naturales y acomodándose a una táctica de guerrillas que tuvo sus éxitos basándose en el colmillo y la emboscada.

Al fin parecía que sobre el mundo occidental, por unos y otros motivos, iban quedando pocos hombres y casi ningún perro. Después de la catástrofe vino la calma, normalizándose las relaciones y, de forma racional, fueron de nuevo estableciéndose las democracias. Se tomaron, después de una etapa basada en la concienciación de lo ocurrido y en serios estudios sobre el porvenir, medidas encaminadas a garantizar un futuro feliz para los habitantes de la tierra. De nuevo fueron apareciendo suprimidas asociaciones ecologistas y de protección animal. Sólo habían quedado perros y gatos, -escasos ejemplares- en huida por bosques y lugares inaccesibles de las montañas. Se promulgaron leyes garantizando la rigurosa protección de los animales, acondicionando centros con personal especializado, para llevar de nuevo a esas especies, asilvestradas por las circunstancias, a su antiguo estado de doméstica sumisión, en retorno a complicados sistemas que ya debieron ser utilizados en la prehistoria por los hombres de las cavernas. El Ministerio de Protección Animal -instituido para estos asuntos- empezó, con prevenciones, a dar algunos permisos para la posesión de canes. Sólo autorizaciones especiales para tener algún perrillo faldero, semisalvaje, en periodo de adaptación, y poder pasearlo por los parques públicos bien embozado y encadenado, por si acaso... Era necesario repoblar nuevamente al mundo con animales que siempre fueron compañeros del hombre aunque, después de lo ocurrido, había que hacerlo con grandes cautelas.

Medidas urgentes y otras noticias

En cuanto a la garantía de supervivencia de la raza humana se volvió a un cauce razonable, aceptando los adelantos de la ciencia para llevar una adecuada planificación familiar, teniendo en cuenta que era necesario aumentar

de forma considerable la población, estimulando en la mujer su vocación de madre, aunque compartiera tareas fuera del hogar y conservara sus derechos adquiridos, sin ser arrastrada a trabajos inadecuados, consecuencia de las exigencias de un consumismo desarrollado dentro de una globalización inhumana.

Un acontecimiento singular ocurrió por entonces. Ocupó el solio pontificio Julio IV, un papa adecuado para ese momento de la Historia, promulgando una encíclica en la que demostraba su clara visión de la realidad del mundo. En ella se establecía el celibato opcional entre los clérigos, dejando de ser incompatible el tener hijos con el quehacer litúrgico y evangelizador.

Tuvo en principio gran oposición por parte del clero tradicional, acusando maliciosamente que todo era consecuencia de sus orígenes. Provenía este pontífice de la isla de un archipiélago australiano, y era cierto que en la cultura de su lugar de origen tenían las relaciones sexuales una naturalidad nada común, en contraposición a los tabúes occidentales y a las vertientes pecaminosas de nuestra moral, de lo que quedaban residuos en esa altura de los tiempos, pero no debió influir esto en su decisión. En dicha encíclica, titulada “Puebla y cristianiza”, dedicada especialmente a las personas que habían optado por la dedicación a una vida religiosa, se daban razones de peso apoyadas en las Sagradas Escrituras. El precepto divino “Creced, multiplicaos y poblad la tierra”, promulgado en el Génesis, estaba vigente y no fue enmendado por la palabra de Dios en manifestaciones posteriores. Las cortapisas fueron puestas por el hombre, más o menos acertadamente.

Era el momento en que el mundo necesitaba aumentar su población, tan mermada por guerras étnicas en el Tercer Mundo y por el conflicto de los animales domésticos en Occidente, y había que poner en marcha el potencial multiplicador de la especie acumulado en los clérigos. Eso sí, respetando el sagrado don de la libertad y considerando que en el celibato se forjó la santidad, a través de los siglos, de muchas personas. En un apartado del mismo documento demostraba el pontífice su preocupación ecológica -quizá exaltada por la añoranza de la exuberante naturaleza de su tierra- y animaba a la recuperación de especies en peligro de extinción, haciendo mención especial de canes y felinos, advirtiendo que dichos animales no fueron culpables en origen del desastre sufrido por la Humanidad, siendo el propio hombre culpable al hacer uso indebido de ellos, en comportamientos

sensibleros y desafortunados. Acababa recordando a San Francisco de Asís y haciendo un elogio del hermano perro y del hermano gato, como joyas naturales salidas de las manos del Creador.

Yo, Walter Wiclef, hijo de aquel sir que destrozaron los perros en los bosques del Condado de Bedford, atendiendo a una vocación de historiador que andaba dormida, doy comienzo en estas etapas últimas de mi vida, ya avanzado el siglo, a una obra que recoja las peripecias vividas por mi y mis contemporáneos, para que sirva, sobre todo, de prevención a generaciones futuras. Muchos emprenderán tal tarea, bajo ópticas distintas, y mi labor sólo pretende colaborar en los legados del testimonio, como homenaje a mi padre, víctima en el inicio de un periodo amargo de la vida del hombre sobre la tierra.

Lo anotado en este relato me servirá de guía para, en una amplia obra, dar detalle de circunstancias y vivencias personales. Ahora, con los sosiegos de un mundo en paz, cuando un rumor de canciones de cuna ha sustituido a un tremendo ladrar de perros, veo resurgir la vida, reafirmarse el hombre en viejas creencias redentoras, emparejarse los seres humanos con felicidad de primavera en las pupilas, crecer los bosques bajo el aliento del amor, mientras caminan las personas con la esperanza de olvidar aquella última catástrofe de la Historia, aquella etapa del sufrimiento de un mundo que parecía llegar a su final, en cumplimiento de una profecía no vaticinada, como página perdida del Apocalipsis.

EL RELINCHO

AL NIÑO SE LE DESCORRIÓ DE LAS PUPILAS AQUEL CANSANCIO DE DÍA NUBLADO Y APARECIÓ POR UN MOMENTO EL PERDIDO SOL DE LA SONRISA. Meses llevaba en la sala desnuda, fija la mirada en el blancor del techo, pantalla sin posible paisaje. A veces estaba durante horas mirando la cuadrada techumbre, hasta que entraba sor Trinidad y hacía volar la mano sobre sus ojos, como si espantara un insecto, quizá queriendo deshacer un pensamiento en sospecha.

-Te compraré un caballo, repetía el padre, y saldremos todos los domingos al campo.

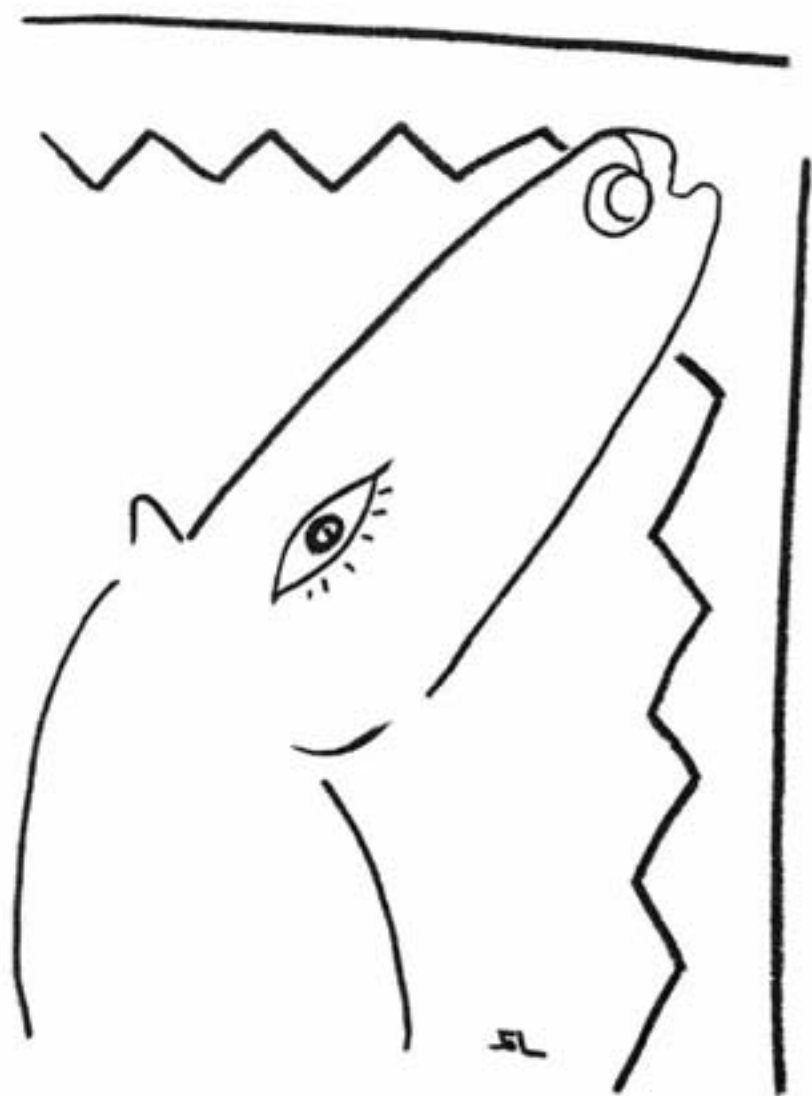
El niño sonreía con sonrisa de escarcha, porque había sorprendido a los médicos que lo visitaban cada mañana, a sor Trinidad y a su propio padre, con gestos negativos. Vigilaba los movimientos de cabeza por entre las pestañas en celosía de semisueño y luego, dormido, soñaba praderas y centauros en galopada perdiéndose por el horizonte.

-Padre... ¿será blanco?

El padre asentía con la cabeza y él volvía a los sueños entramados por laberintos del subconsciente, debidos a aquella sesión de los sábados en el cine de barrio, entre el alboroto de los amigos, ante el final heroico de los *western*. Una escena se repetía en los momentos últimos del sueño, siempre aparecía la figura amenazada de Gary Cooper, descabalgado, cruzando por una calle desierta, denunciando sus ojos un temor de acechos, hasta que aparecía aquel caballo blanco que llegaba certero en su busca. Ágil lo montaba y desaparecían en un galope mágico.

-Ya encargué la montura, quizá vengan cualquier mañana a enseñártela...

El hijo pareció no oír la promesa, desdibujado el rostro sobre el nevado lienzo de los almohadones, sumergido en un blanco desmayo de leucocitos. El padre cerró los ojos y sintió un viento cálido simulando cobijos, un viento no invitado, trasgrediendo ventanas cerradas, en el sufrimiento de su pensar por rondas de la muerte.



Cuando entraba sor Trinidad desvelando termómetros, se abrieron los ojos del niño y toda su visión quedó envuelta por tocas blancas. Había estado soñando con la madre, no conocida, tachada por ciegas crueldades del vivir, y la había soñado cabalgando una nube celeste, con un largo cortejo de corceles azules.

Al verle sonreír en su despertar, sor Trinidad, que duramente cancelaba su vital alegría en cotidianos proyectos de tristeza, tuvo inicio de risa que apenas fue como un gorjeo o la escapada nota de un órgano cerrado, e iluminó de pronto toda la estancia.

Aquel día llevaron a la abuela, que le habló de ángeles. Desgranaba lentas palabras, como cuentas sonoras de un rosario, y el niño preguntó: -¿Vendrán a caballo?

Quedó la anciana desconcertada, repasó por la mente sus bíblicas creencias, enmendando en su anglería una situación de auxilios y anunciaciones y contestó convencida: -Sí, es seguro que vendrán a caballo.

El niño se sintió feliz, y ya en sus sueño añadiría a un flotar de crines el alba de un revuelo de alas. También otro día sor Trinidad le hablaba de ángeles, y aquella voz con trinos parecía surgir de un fondo de cítaras lejanas, y el niño cogió su mano que era como un pájaro de seda y durmió soñando que tenía cogidas las manos de su madre, en tacto presentido venciendo niebla de ausencia.

Le llevó el padre una espuela dorada, heridora, brillante como una estrella. Espantados los ojos la rechazó el niño, como había rechazado aquella estampa de sor Trinidad que representaba a un arcángel armado. En su mundo de sueños, levemente animado por un rotar de glóbulos heridos, no tenían cabida las espuelas ni las espadas. Quizá él mismo era ya una crisálida de ángel, y por eso cambiaron decoraciones, personajes y escenas de su soñar; quedó borrada aquella galopada de vaqueros en conflicto, la habilidad de los revólveres, el paisaje violentado con gritos de hombre vencido... Sólo quedaban los caballos. Soñó a un ejército de ángeles descalzos, con túnicas de nube, montando a caballos no ensillados, de todos los colores del arco iris, y al frente de aquella tropa celeste, mantenido en el sueño, Gary Cooper, su héroe predilecto, sin sombrero, perdidas las pistolas, pero conservando la estrella plateada de sheriff sobre el pecho, montado en un caballo blanco.

Cuando el niño era aún más niño, con lenguaje en balbuceo y pasos indecisos, lo llevaba el padre a la guardería y siempre quedaba parado ante

el escaparate de un bazar que encontraban al paso, en donde había juguetes, y era difícil arrancarlo de la contemplación para seguir la ruta del colegio próximo. Pronto advirtió el padre que su mirada estaba fija en un solo juguete, en un caballito de cartón que parecía conservado de otros tiempos y modas anteriores a juguetes de plástico. Era de cartón pintado vivamente en gris, con cola y crines de un negro brillante, la montura roja, y las patas sujetas sobre una plataforma de madera con cuatro ruedecitas en su base.

Llegada la fiesta de Reyes el niño tendría aquel caballo. Lo compró el padre y lo mantenía escondido en la buhardilla de la casa, y el niño llegaba ante la tienda y al no encontrarlo se entristecía, y acabó por pasar de largo y no mirar hacia la gran luna del escaparate. El padre le advertía que si pedía a los Reyes el caballo, que no estaba allí porque quizá había salido de viaje hacia alguna aventura, volvería y sería suyo. Despierto, con vivezas en el razonar, sabía el niño que el padre fantaseaba en los adornos de su promesa, pero que en el fondo de sus palabras siempre estaba la verdad, y sintió no saber escribir para enviar una larga carta a aquellos misteriosos señores, como hacían niños más grandes.

Llegó la noche mágica y el padre lo llevó al Parque del barrio, para que viviera junto a otros niños su ilusión. Le deslumbró la fantasía de las bengalas y con el alma anhelante vio acercarse el cortejo: los heraldos anunciadores con largas trompetas, y después los Reyes con doradas coronas, como flotando sobre la multitud. Cuando se aproximaron el niño torció el gesto: los esperaba a caballo y venían sobre animales desgarbados, que a él le parecían caballos deformes, despojados de sus gracias quizá por alguna terrible enfermedad. El padre le aclaró: -Son camellos, y son los animales más apropiados para cruzar grandes desiertos. Gracias a ellos han podido llegar aquí.

Lo aceptó poco convencido, viendo en aquellos seres lentos y deformes algo así como una caricatura de caballo, pero cuando el Rey sonriente lo llamó por su nombre, subió cogido de la mano del padre hasta el estrado que habían montado poco antes, miró a los camellos que dormitaban aparcados junto a una gran palmera, y los vio hermosos. Le acarició el rostro la barba blanca del Mago, al poner entre sus brazos el caballito de cartón. Lo encontró más grande y más bonito cuando, tirando de una cuerda, lo llevó por las aceras, rodando hasta la casa. Horas pasaba sobre la montura, y a veces conseguía que el padre tirara de la cuerda y recorrieran las estancias, sus dominios de niño solitario.

La casa tenía un pequeño jardín y el juguete no se deslizaba por entre los rosales porque el suelo era arenoso e irregular. Pero hasta él llegaba y permanecía en la montura como encantado, quizá haciendo su primer ejercicio de ensueños, en el despertar de la imaginación.

Allí, en el jardín, quedó un día el caballo; llegó la noche, y una tormenta soltó sus ríos de agua hasta el amanecer, encontrando el padre al día siguiente sólo un montón informe de papel mojado bajo los rosales, sobre un charco de colores desvaídos. Maldijo a aquella materia engañosa e intentó sustituirlo por otro igual antes de que el niño despertara. Recorrió las jugueterías de la ciudad inútilmente, aquel juguete parecía único, raramente conservado desde tiempos remotos, y el niño rechazó sucedáneos de plástico, estando mucho tiempo sumido en la tristeza. Años después, cuando fue acosado por aquella enfermedad sin remedio, recordaba el padre el episodio, e intentaba borrarlo de su mente porque le parecía anuncio simbólico de un final de ilusiones; pensaba que mucho tenía que ver con aquella obsesión que presidía los delirios del hijo.

El niño nunca había visto un caballo. Sólo aquel juguete de los principios de la infancia, nunca olvidado, y, después, por los añejos filmes del cine de barrio o la televisión. Nunca había salido de aquel sector gris de la gran ciudad industrial que sufría el imperio de los motores, y quizá las imágenes del animal, sublimadas en su mente por un estado febril que llegaba hasta reinventar la mitología de los centauros, obedecía en el fondo a esa sed de naturaleza que se manifiesta en la sensibilidad de muchas personas desde el principio de su existencia.

El niño nunca había visto un caballo, y por eso el padre, al hojear aquella mañana el periódico y leer el anuncio de la instalación de un circo en una plaza próxima, dando detalle de su repertorio de animales amaestrados, pensó que si el niño hubiera estado sano lo habría llevado para cumplimiento de sus deseos, y martirizaba su pensamiento con detalles felices de aquel imposible acontecer.

Cuando los médicos intercambiaban desalentadas opiniones ante el intento de injertar sangre sana en los derrumbes de aquella naturaleza con rechazos rotundos, se agravó la situación. Sor Trinidad apretó más su mano, hasta hacerle desviar la mirada de la desnudez del techo y arrancarle una sonrisa triste. El padre, sumido en desalientos, ya presentía el final. No tenía el consuelo de familiares cercanos, sólo a su madre, muy anciana, que en

tiempos recientes había rescatado de su soledad en el pueblo, y el recuerdo, desdibujado por el tiempo, de parientes que permanecían en aquel lugar del Sur que dejó el día en que circunstancias adversas lo obligaron a emigrar a la ciudad.

En cumbre de la crisis, cuando se iniciaba la agonía, un relincho vibrante se oyó en la calle, bajo la ventana de la habitación. La religiosa y el padre, sorprendidos, se sintieron flotando en un mundo irreal, y al niño se le iluminó el rostro, por unos momentos, como volviendo a plenitudes de vida. Después expiró.

Cerraba sus ojos la seda de las manos monjiles cuando el relincho, en vibración creciente, era respondido por otro relincho lejano que parecía iba acercándose hacia aquel lugar.

El padre y sor Trinidad no pudieron resistir la tentación de asomarse a la ventana y vieron un espectáculo increíble. Rodeados por gentes asombradas y automóviles detenidos, en el centro de la calle, montados uno en otro, enlazados sus cuerpos, dos caballos hacían el amor, y un concierto de relinchos gozosos llenaba la estancia del niño muerto. Cuando volvía hacia el lecho, sor Trinidad, en éxtasis de asombros, se santiguaba repetidamente.

En aquel periódico que traía entre sus páginas la esquila dando noticia de la muerte del niño, se daba detalle de la escapada de los animales del circo ambulante que visitaba la ciudad, que difícilmente habían podido ser capturados por empleados y domadores, con ayuda municipal, quedando sólo perdida una pareja de caballos que, al parecer, escaparon al campo.

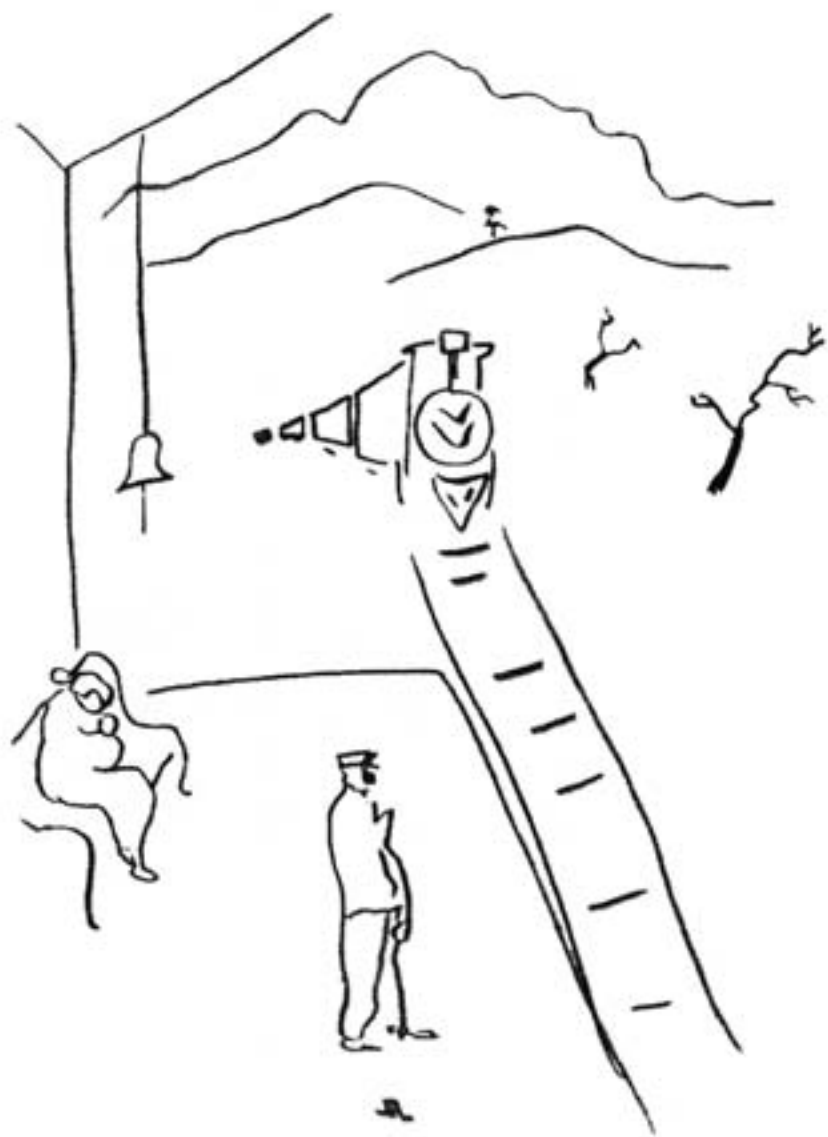
El padre pensó que aquellos animales, quizá incomunicados y solos, habían encontrado ocasión propicia para el amor y la libertad, y también pensó que no era posible atribuir a la casualidad -recurso común ante la resistencia al reconocimiento del prodigio-, lo que, a todas luces, nos llevaba a aceptar los mecanismos misteriosos y eficaces del milagro, y milagro había sido aquella manifestación esplendorosa de vida que había hecho sonreír al hijo en las rondas cumplidas de la muerte.

EL TREN MINERO

CASIMIRO JUÁREZ ANOTÓ EN EL CALENDARIO, SIN MUCHOS ENTUSIASMOS, LA FECHA EXACTA DE SU JUBILACIÓN. Antes, cuando vivía Flora y los días de fiesta siempre eran primavera, aunque coincidieran con durezas del invierno, le ilusionaba pensar en una libertad continuada, desentendido del silbato perturbador de sueños, del fatigoso respirar de las viejas locomotoras -que habían quedado con su jadeo obsesivo por la memoria-, del monótono sucederse de estaciones en itinerarios cotidianamente repetidos durante muchos años, del traqueteo de los vagones en noches infinitas... Hasta su jubilación no tuvo conciencia de su irrenunciable amor a los trenes.

Pensaba que al ser clausurada su larga vida ferroviaria, gozaría de la placidez de la casa, saldría los domingos al campo para, acompañado de sus nietos o de otros compañeros, buscar setas, collejas, espárragos trigueros..., y no andar embriado a la dictadura de los relojes. Sentía a veces añoranza de sus principios campesinos en aquel valle con parras y naranjal, junto a un río pobre de márgenes hermosas, el Andarax, cruzado por el tren minero. Había nacido, había despertado su cuerpo a los sonidos oyendo la nana transeúnte de la locomotora, aquel monótono fragor que primero se oía como rumor o despertar del río, y después, al pasar por el puente, junto a las faldas del pueblo, sería un clamor de ejes y ruedas, hasta ir serenándose hacia la lejanía, en sosegada marcha hasta alcanzar la cercanía del mar.

El paso de aquel tren sin estaciones era para los vecinos del pequeño pueblo punto de referencia en el tiempo, referencia cronológica de acontecer trascendente: *“murió antes de que pasara el tren”, “se perdía el ruido del tren cuando sonó el disparo...”* En sus oídos de niño fueron primeras palabras unidas a las palabras de dolor o ternura del cotidiano vivir. Despertó su imaginación soñando misterios de aquel rojo convoy pasajero que, según decían, venía desde las tierras granadinas de Alquife hasta el mar de Almería. Como un superviviente animal prehistórico, su respiración se hacía densa al pasar por el valle, y el desfile de vagonetas rojas, cerradas como féretros, soltaba a veces sobre los raíles sonidos casi humanos, como risas, quejidos, abstractas



conversaciones de gozo o desvalimiento, que iban perdiéndose en la distancia cuando el tren desaparecía como deseoso de alcanzar el cargadero de mineral y vaciar sus vientres en un enorme barco de extraña bandera.

Un día lo llevaron al Puerto y ya siempre recordó el dinámico trajinar de las gentes junto a vapores anclados, que reclamaban la mercancía con potentes silbatos, entre imperativos y angustiados, deseando cobijar en sus entrañas montañas de sal o grandes pirámides de barriles de uva. Cuando se finalizaba la carga, parecía sosegado el gritar de la sirena y la marinería subía a cubierta con ritmo festivo, y libre de anclas y maromas, muy lentamente, desplegando banderas se alejaba el barco hacia los misterios del mar. Casimiro pensaba: -Yo seré marinero. Pero cuando apareció el tren del mineral y pitó saludando a las aguas, y su marcha parecía gozosa de tareas cumplidas, y arrastraba los vagones sobre aquel entramado metálico que le pareció una torre tendida -tan parecida a la torre de las postales que enviaban sus primos desde la emigración francesa-, cuando el tren descargó y resopló satisfecho y se perdió hasta la estación cercana, para cambiar de rumbo y volver hacia los valles... -Yo seré ferroviario, se dijo, cambiando de opinión. Y se pensó maquinista remontando azahares, cruzando el alto puente de su pueblo, con todo el convoy fotografiado en charcas de río seco, y su madre en la casa próxima, desplegando la sonrisa y el pañuelo a su paso. Aquel pensar de niño se le hizo vida en el transcurrir de los tiempos, con cambios en cobijos del corazón: muerta la madre, era Flora su amor total.

Flora, la muchacha que afinaba el oído para escuchar al tren en la distancia y salir a la ventana en el momento exacto del saludo, como anuncio de espera para el cumplimiento de gozos.

El cotidiano ir y venir nunca supuso desasosiego en la monotonía: era hermoso el espionaje lento del florecer de las adelfas, la conseguida plenitud del naranjal, la diaria conquista de litorales, en sucesión de estampas -desde la mina al cargadero- marcando su territorio profesional; un territorio amorosamente aceptado, que -cambiante en situación de estaciones climatológicas- siempre era el mismo, con plenitud de belleza acogedora.

El amor de Flora cuajó en fecundidades, y hubo una sucesión gozosa de felicidad con la llegada de sus dos hijos. Cuando pasó a ser maquinista, después de un tiempo de ayudantías, ya se había cambiado la vieja locomotora de vapor por una máquina eléctrica, y Benito cruzaba orgulloso por el valle -¡la primera línea electrificada de España!, decían- y se alegraba la pendiente

hacia las tierras altas, silenciado el jadear fatigoso de la vieja locomotora, y hasta le parecía que volaban más veloces los pájaros sobre las lomas tapizadas de albaídas, camino de la entraña mineral de Alquife.

De aquel tiempo siempre le quedó -cual película soñada-, el recuerdo de estancias en el Puerto de Almería, completando recuerdos de sus visitas de niño, mientras los vagones rojos vaciaban el vientre en el cargadero: el trajinar de las gentes por sus dársenas, la llegada de vapores ingleses con los colonizadores de minas, de los cuales bajaban elegantes mujeres hasta los simones de briosos caballos que esperaban a la orilla..., los guiños del amor entre aquel ambiente de sudor jornalero, en que iba desapareciendo la uva embarrilada hasta ocupar la bodega de los grandes barcos.

Aquel pasado quedó vivo en la memoria; siempre rememoró sus años del ferrocarril minero, renunciando a sueños de marinería, y quedó para siempre unido a un singlar de trenes que enhebraron su existencia con los gozos y sufrimientos del vivir.

Los malos recuerdos

Se rompería la cotidianidad del sosiego al llegar noticia de los primeros síntomas de la contienda. Vio Benito revuelta a la gente de la minería, rompiendo la disciplina del trabajo, trastocando horarios y límites de jornada, proclamando razones para hacer violenta la protesta por una vida difícil. Tras las máscaras del mineral se endurecían los gestos y anidaba en los ojos un crecimiento de odios. Primero fue el establecimiento de la anarquía en los compromisos del transporte; después -ya avanzado aquel verano trágico- cumplidos los vaticinios de la guerra, todo iba a cambiar para él. Lo llamaron a filas y fue trasladado a Madrid, destinándolo a unidades en que, de manera esporádica, condujo soldados hacia los acechos de la muerte, hasta que, recrudecida la guerra civil, fueron imposibles los camuflajes y quedó herido el campo de raíles retorcidos, teniendo indecisos finales los caminos de hierro. Duros tiempos de separación familiar que hacían más angustioso el paso de los días, cuando las noticias de los seres amados eran escasas y distanciadas; de Flora y los hijos que habían quedado en aquel pueblo al que llegaban salpicaduras del odio, aunque un vendaje de azahar parecía proteger los hogares. Al terminar la lucha, después de episodios infinitos, quedó Casimiro incorporado a su viejo oficio, como maquinista de un tren de viajeros que cumplía trayectos desde la capital hacia rutas andaluzas. Pudo

llevar la familia hasta Madrid y emprender una vida tranquila, aunque dentro de las grandes dificultades de la posguerra. El amor de Flora y de sus hijos, que habían sobrevivido durante los tres años de la contienda al amparo de los abuelos campesinos -padres de Flora-, fue una reconquista, un arribar definitivo en la ternura.

Recordaba su viajar solitario en el tren minero, en contraste con el nuevo ambiente de su trabajo; el ajetreo de las estaciones, con un ir y venir de gentes dispersadas por el conflicto fratricida, de arribadas y regresos, de personas movidas por la urgente búsqueda de amores perdidos, en inquietud de un definitivo encuentro; entre muchedumbres espoleadas por el miedo, la avaricia, la necesidad de sobrevivir, el gozo de una libertad recuperada...

Pero los recuerdos eran como el paso de un mal viento. Cuando el tiempo fue curando heridas, gentes felices, sosegadas gentes fueron hilvanando saludos y sonrisas por vagones y andenes. Pensaba Casimiro que eran los trenes como ciudades en marcha, llevando su carga de pasiones humanas, de picarescas y misticismos, de un lugar para otro. Pensaba que una gran parte de la historia de la Humanidad había tenido su protagonismo en los trenes, y que envolvía a las estaciones un viento humanísimo, que a veces sentía en su piel como un beso; un viento cargado de suspiros y risas, de llantos y promesas, nacido a partir del saludo o la despedida.

Terminal

Tuvo un feliz encuentro con Martín Olivares, aquel compañero que -también maquinista- viajaba en las líneas del Norte, y era un ser solitario en estado de soltería. Se habían encontrado muchas veces, se habían buscado en vacaciones, pues gustos y afición los unía en intervalos de sosiego del trabajo, en cortos espacios de tiempo robados a los tan ansiados encuentros familiares. Al morir Flora e independizarse los hijos de la casa familiar, los contactos se hicieron más frecuentes. Con la jubilación conseguida, fueron inseparables, y la pasión por la cultura ferroviaria les llenaba horas en el gozo de ir descubriendo nuevas facetas, aspectos nuevos relacionados con el tema.

Decidieron vivir juntos y hacer de la casa un pequeño museo. Comenzaron resucitando una ilusión infantil no cumplida: montar por la casa un trenecillo eléctrico que recorría alegremente todas las habitaciones en estado permanente de puertas abiertas, cual barreras alzadas. Cumplía su singladura

por las estancias, y desde la cocina al cuarto de estar, haciendo breve parada en los dormitorios, llevaba la alegría de su latir viajero.

Al año de vivir juntos, pensaron celebrarlo viajando hasta Sevilla en el AVE, el tren de alta velocidad recién inaugurado. Fue para ellos una jornada gloriosa, gozaron del progreso técnico del sector que conseguía maravillas, y garantizaba un futuro de esplendor, siguiendo la marcha de adaptación a los tiempos que, desde su implantación en España a mediados del siglo XIX, siempre había seguido el ferrocarril.

En un rato de conversación y dos suspiros llegaron a Sevilla, como flotando sobre las vías, como en aéreas navegaciones, aunque sin dejar el contacto con la madre tierra. Era primavera, y al llegar a la estación los envolvió un aroma penetrante de jazmines, que parecía un homenaje a sus vidas ferroviarias, ahora que la ciudad estrenaba una nueva y definitiva maravilla: el ferrocarril que acercaría a muchos viajeros a una comunión con sus bellezas.

En regreso feliz siguieron sus tareas, revisando y acondicionando el material que encontraban para el museo íntimo. Trenes de juguete, preciosas piezas abandonadas en el desguace de las viejas máquinas, bellos grabados que constituían la historia en imágenes del proceso ferroviario desde su inicio, maquetas de estaciones famosas, obras literarias relacionadas con el tema, historia de personajes que prefirieron el tren para sus viajes e hicieron propaganda con sus elogios... En sus diarias visitas por tiendas de antigüedades y librerías “de viejo”, siempre encontraban algo interesante que enriquecía la colección.

En largas veladas proyectaban videos de viejos filmes del Oeste americano, rodados sobre el argumento de la oposición a que se instalara el ferrocarril, o sobre el asalto al convoy por intrépidos caballistas, y para los dos jubilados el tren era protagonista principal, restándole privilegios a los artistas de turno. También leían y comentaban pasajes literarios o poemas que inmortalizaron a este medio de transporte como a ninguno. Los versos añejos de Campoamor, en su poema “El tren expreso”; los breves versos de Antonio Machado, definitivos en su preferencia de viajero humilde; los textos de Pablo Neruda rememorando al padre ferroviario, en un cometido de jornadas heroicas: *“Era conductor de un tren lastrero. En la región austral, de grandes vendavales, las aguas se llevarían los rieles si no se les echaba piedrecitas*

entre los durmientes...”Versos y relatos de infinidad de autores, de todas las épocas, con protagonismo de trenes en el aventurar humano.

Les gustaba rememorar escenas a través de lecturas, desarrolladas en líneas legendarias, escenas de enigmas detectivescos o del cumplimiento de grandes amores, orlados por las magias del espionaje, en las correrías del *Orient Express*, o hacer un repaso de aventura por las rutas del Transiberiano, con héroes en busca de la libertad perdida, en huida por campos nevados, sufriendo diásporas infinitas, en mezcla de seres triunfantes o desvalidos.

Compenetrados en pasión y amistad, eran dos seres imaginativos en los cuales la historia mágica del ferrocarril, al que habían servido durante toda la vida con eficacia, desde puestos humildes y decisivos, se desplegaba con toda su grandeza legendaria, añadiendo a las realidades históricas flecos de sugerencia, soñadas añadiduras que se contaban en aquel placentero atardecer de sus vidas. El andamiaje real que sostenía sus sueños y que constituía uno de los avances fundamentales en el progreso de la Humanidad, ya, por sí solo, parecía leyenda mágica, aunque fuera producto de la ciencia, de la inteligencia del hombre aplicada a las leyes naturales. Desentrañaban todo el proceso en el descubrimiento de la fuerza del vapor aplicado de forma rotunda en navegación y ferrocarriles, enlazando y aproximando lugares de toda la tierra. Articularon una historia de túneles y puentes, conseguidos en metas con apariencia de imposible realización, con las páginas de fantasía hecha realidad de la poderosa armonía férrea conseguida por Eiffel, y la obra de gigantes de fábula que suponían los túneles alpinos: el Simplón y el San Gotardo... Estaban vivos en su imaginación momentos decisivos, llenos de gozo y colorido humano: el galope del rey de Bulgaria siguiendo al *Orient Express* en su inauguración, en el último tramo hasta Sofía desde su gozosa salida de París, o el encuentro de trabajadores titánicos en *Promontory Point* dando cumplimiento al sueño americano de unir el Atlántico con el Pacífico por caminos de hierro. No había duda, ellos vivían felices en el disfrute de nuevos descubrimientos. Su patria eran los trenes.

Aquel atardecer de niebla salió Casimiro Juárez sin decir a donde iba, mientras el compañero estaba ensimismado en las instrucciones del montaje de una maqueta recortable, de la estación de ferrocarril de Almería, una de las más bellas de España. Aún no hacía un año que viajaron a dicha ciudad, enterados de la celebración del primer centenario de aquel monumento que

conserva intactos sus primores arquitectónicos y ornamentales, y también de la construcción del ferrocarril para uso del tren minero, acontecer decisivo que dio lugar al vivir ferroviario de Casimiro.

Visitaron su pueblo, en el cual sólo le quedaban unos primos lejanos, y el perfume de azahar que ascendía de las márgenes huertanas del río parecía intentar curarle un dolor de nostalgia. Casimiro quiso huir pronto de aquel perfume, que siempre le pareció retenido dentro de su ser, como lazo espiritual en unión a sus orígenes, pero confesó que cuando muriera quería descansar junto a aquel río, cerca de los restos de sus familiares, bajo el aliento perfumado de aquella tierra.

En todo esto pensaba Martín, confidente de las sensaciones del amigo, mientras estudiaba el encaje de las preciosas piezas de aquel delicioso juego de montaje que les había enviado un amigo desde la ciudad del Sur. Regresaron a Almería para asistir a los actos que se celebraban en la Estación, y la emoción llegó a sus límites más altos cuando al iniciar el regreso vieron al tren del mineral cruzar el valle con un rumor de risas metálicas, en su camino hacia la ciudad, y sonó el silbato sin motivo alguno, cual un saludo milagroso. Perdidos entre el público y las autoridades, anónima la emoción por el acontecer, presenciaron la llegada de “La Vaporosa”, la vieja locomotora de vapor que, como en los mejores tiempos, desplegaba en los aires su cabellera blanca, y que, rememorando historias lejanas, habían conducido a la ciudad. Martín recordaba aquella jornada en que acompañó al amigo a su tierra, en peregrinaje por anales ferroviarios, y olvidó lo extraño de su ausencia. Al perderse la luz solar y entrar la noche sí empezó a preocuparse seriamente. Esperó, impacientado por aquella conducta no habitual, y pasada la media noche llamó a los hijos. Juntó su alarma a la de su familia y denunciaron su desaparición a la policía. Toda pesquisa fue inútil, y Martín, ya avanzado el día siguiente, recordó una frase del amigo, al contemplar una locomotora de vapor que habían colocado como monumento en un parque público, en las proximidades de una estación. Casimiro, acariciando sus hierros cansados, mirando a la cabina del conductor, había dicho: -Buen lugar éste para morir.

Fue de pronto, como un anuncio luminoso le llegó a la memoria aquella frase que ahora enjuiciaba como barrunto de profecía. Avisó a los hijos y corrieron hacia el lugar. Escalaron a la cabina y allí estaba, ocupando el lugar del conductor, como sumido en un plácido sueño. Ante el amigo muerto

recordó Martín que jornadas atrás se había quejado de un fuerte dolor en el pecho, aunque fue cosa pasajera de la que no se volvió a hablar. Es posible que se sintiera morir estando en los alrededores de la máquina y escogiera aquel lugar deseado.

Los familiares y el amigo organizaron el funeral y los trámites para el entierro en aquel pueblo del Sur, junto al río de su stirpe campesina. Los hijos no quisieron corona de flores predestinada por la comercial rutina de la funeraria, sólo una formada por ramas de naranjo en plena floración, cortadas en la ribera del río Andarax. Ese era su perfume perdido, siempre añorado, según había contado a los nietos, que ahora confeccionaban la corona entre mimos y lágrimas.

Después de la misa, en el reducido espacio de la iglesia blanca, hubo un encuentro con la gente del pueblo, y los más viejos recordaban a Casimiro y a toda su familia, a sus antecesores muertos o alejados en emigraciones, y contaron que estaba suspendido el transporte del mineral, porque las minas de Alquife estaban en gestión de cierre, y los últimos mineros andaban por Granada y Sevilla, con manifestaciones y encierros en las catedrales, aunque quizá no conseguirían nada, por razón de dictados económicos.

Enterraban a Casimiro Juárez, el viejo maquinista curtido en las rutas del mineral, y el tren minero estaría, quizá aparcado para siempre, en una vía muerta.



Б

MÚSICA DE SAÑO PARA UNA PRIMAVERA

SE APARTÓ DANIEL DEL RUIDOSO GRUPO Y BUSCÓ AQUELLA PLAZA SOLITARIA DEL CASCO ANTIGUO. En ella sólo vivía un jazminero y una familia de vencejos que se tornaba escandalosa en los atardeceres, cuando regresaba a refugiarse en el deterioro de las bocatejas. Las viejas casas, conservando entre sus ruinas primorosos detalles de un tiempo ido, habían sido abandonadas por sus habitantes al no poder restaurarlas e ir también envejeciendo a la vez que sus muros. La plaza, como página última de un relato de vida pasada, tenía en los atardeceres, cuando un sol cansado intentaba enjorar los escombros, ese tenue barniz de melancolía que conserva todo lugar en que habitó el hombre. Sus calles afluentes eran peatonales, como consecuencia de su estrechez, y por lo tanto la plaza también lo era. Habitual escondite de seres marginados: dormitorio de mendigos, al parecer seres sin historia o quizá seres de largas historias con final desastroso, como las paredes vencidas que los acogían. A veces llegaban hasta ella las sombras desvalidas del amor comprado, intercambiando la moneda falsa de unos consuelos de soledad. También pequeñas pandillas de jóvenes alborotadores, que hablaban a gritos en un idioma entre el insulto y la abstracción, quizá en tránsito de euforias alcohólicas. Los visitantes más tristes eran aquellos que acudían con pasos de goma, sombras buscando escondite en las esquinas en penumbra para desplegar su manejo de jeringuillas, en absurdo juego de muerte...

Daniel cruzó aquella noche por las calles de la “movida” como sorprendido de algo que había sido parte de su vivir y que ahora le llenaba de espanto. Él sabía que entre aquella multitud de jóvenes alegres y habladores había muchos que en la cita nocturna buscaban limpiamente una plenitud de felicidades compartidas, pero otros iban cayendo, quizás para siempre, en engaño de gozos, en redes tenaces que arrastraban hacia un abismo de nuevas esclavitudes con fondos de infinita tristeza.

Cuando marchaba hacia aquella plazoleta escondida contempló caras de ilusión, caras no conocidas de gente nueva que quizá estrenaban la escapada nocturna cual un desatarse de monotonía de las aulas o de rutinas familia-

res, pero también vislumbró, a través de ventanas de los bares del barrio, gentes adultas de sonrisa siniestra, apoyadas en las “barras”, en inconfesables acechos.

Había vuelto de ver a Rosa que, cada vez más confiada, pasaba una temporada definitiva en el Centro en que ingresó después de recuperarse de aquel desgraciado accidente de la sobredosis... La había encontrado en el convencimiento de una curación; habían recuperado sus ojos luces perdidas en los últimos tiempos, y era su sonrisa aquella sonrisa de niña que lo había deslumbrado cuando la conoció. Daniel estaba alegre, y pasó de largo por calles en que había encontrado momentos felices junto a los desastres mayores de su historia personal.

Antes de ir a ver a Rosa había ensayado por vez primera en un destartado almacén, con el “conjunto” al que acababa de unirse por recomendación del “batería”, aquel muchacho con el que hizo amistad en las últimas etapas de los procesos de su liberación. Por esto, cuando se dirigía a la plazoleta perdida, buscando un descanso en soledad, llevaba enfundado y colgado a la espalda el saxo.

Relato musical

Estaba desierta la plazoleta. Se sentó en el único banco que había, bajo un olmo seco. Parecía que el árbol -indudable víctima del abandono y la sequía- había muerto para no desentonar dentro de aquel ambiente envejecido. Sólo el jazminero alzaba sobre escombros sus verdes esplendorosos, y en su entramado de ramas débiles apuntaban las flores esperando un empujón de primavera.

Entraba la noche y, arrebuñado en sus pensamientos, Daniel permanecía inmóvil. Por suerte no llegaba ninguno de aquellos seres que pululaban por los costados sombríos de la ciudad, y que, en parecidas circunstancias, había visto cual sombras fugaces buscando los rincones oscuros.

Pasaba Daniel revista por la memoria a los episodios últimos; habían trascurrido tres años desde su llegada de Guinea, pero parecía toda una eternidad... Había huido de una vida imposible, en que las presiones políticas, junto a la precaria situación familiar, no hacían posible el desarrollo de su juventud en condiciones aptas de libertad. Su fuga, en aquel carguero de un traficante de maderas, no tuvo grandes dificultades. Eligió España porque,

al fin y al cabo, podría ayudarle el conocimiento del idioma, transmitido familiarmente desde los tiempos coloniales, y el conocimiento del país a través de la narración de su gente, de cosas aprendidas en un largo convivir con españoles. Los principios fueron difíciles: duros trabajos agrícolas mal pagados, desprecio de gentes en que sólo su presencia -el color de su piel- era motivo de un cruel rechazo, xenofobias tremendas... También gente amable y acogedora, como aquel grupo de muchachos que, al brindarle su amistad, lo admitió para que tocara el saxo en el conjunto que formaban, de nombre sugeridor: “La libertad ganada”.

Este principio de su historia como músico fue espectacular: los llamaban a muchos lugares; un recorrido triunfal por ciudades en enardecidas giras, el seguimiento de los *fans* alentadores...; el desarrollo de una música que desde los sonidos del *rock* pasaba a serenas ternuras, como las pausas que un viento dulce puede causar en un mar embravecido. A él, y a Yody, el pianista, les debían la originalidad, el estilo personal que fue tomando aquella música casi improvisada.

Ya estaba en plena compenetración el “conjunto” cuando llegó Rosa y aportó la energía y las preciosas sedas de su voz. Aquello marchaba. La llegada de Rosa fue para él cumplimiento de muchas redenciones. Inteligente, siempre amable, le trajo la alegría.

Llegó la droga... ¿Cómo pudo aquella invasión de demonios llegar hasta su sangre? Primero fueron sólo algunos...; consideraban que era un inofensivo estimulante alternado con el alcohol. Poco a poco entraron todos en aquel túnel sin salida. En principio sólo aquellas tomas anteriores a cada concierto, en circunstancias que creían dominar. Después, con la euforia del éxito, continuaban durante toda la noche por locales propicios a la perdición. Me lo contó Daniel en un momento de íntimas confesiones.

Llegaron a la cumbre del desastre, desatendiendo compromisos, perdiendo facultades, apurando el fondo de ahorro de los buenos tiempos... Después, la dispersión. Él reaccionó a tiempo; pidió ser ingresado en un Centro con gentes generosas, muy especializadas en la ayuda. Su voluntad de vida le salvó, con una recuperación que más parecía milagro que rápida eficacia de terapias.

Las primeras salidas fueron para buscar a Rosa, a la que no había podido convencer para su ingreso en aquel lugar de recuperación. Fue a buscarla a su habitual domicilio, un pequeño piso compartido con una amiga; no

estaba. Pasó noches desazonadas, en correría por las zonas de la “movida”, por tugurios y pequeños cabarets conocidos. Al fin la encontró en el peor de los estados; con nuevas compañías y uno de los miembros del “conjunto”.

Andaban con espíritu desconcertado, embebidos en nefastas obsesiones. Fueron inútiles sus súplicas; recurrió a todo. En aquellas condiciones tan poco propicias le declaró su amor. Quedó seria de pronto, como asustada; pasaron por sus ojos dardos de ironía, después se dulcificaron poco a poco sobre un fondo de tristeza y comenzó a llorar. Daniel vio en este gesto posibilidad de convencerla y huir. No ocurrió así; era instantánea su cambiante actitud y se marchó desesperado, arrancándole noticia de sus paraderos, para volver al día siguiente con la esperanza de poder encontrarla en mejores condiciones.

Cuando volvió a buscarla, le dijeron que había sido llevada al hospital. Corrió a su encuentro y no pudo verla; fueron jornadas de angustia hasta poder visitarla en el Centro que iba ser su salvación. Atravesó un momento de lucidez y ella misma había pedido su ingreso, iniciando un camino de esperanza.

Al llegar a este momento de sus recuerdos, Daniel fue iluminado por la luna que remontaba los tejados. Se incorporó poseído por un impulso sentimental. Miró a su alrededor. Seguía estando solo. La plaza, alumbrada por la pequeña luz de un farol, pasó a tener una claridad que le daba cierta belleza a sus deterioros.

Fue algo instintivo: quitó la funda al saxo e inició una melodía improvisada que, sin esfuerzo alguno, parecía nacerle del corazón. Llenó el aire de sonidos, tristes y alegres; relato musical de todo lo que acababa de pasar por su memoria. Él había escuchado, en busca apasionada, grabaciones de los cantos afro-americanos que expresaban el dolorido sentir de su raza, y en aquella música sonaban retazos de *blues* conteniendo melancolías, tristeza de viejas esclavitudes, que él hacía suya, porque seguían vigentes y renovadas en los tiempos modernos, bajo los aspectos del desprecio, la explotación y la droga. Parecía querer liberarse de sus penas, de recuerdos amargos, dejando escapar sonidos que eran lamentaciones y gritos embellecidos por el respirar de su alma. Pasaba el relato a tener sonos de negro *espiritual*, y se llenaba el aire con un himno, en religioso temblor de esperanza y súplica, hasta llegar a la flexible gracia del *swing*, ya en desembocadura definitiva en la alegría,

queriendo expresar -sin lugar a dudas- el recuerdo de los ojos de Rosa en el último encuentro, cuando había visto en ellos luces de salvación.

Desentendido de los relojes, Daniel no pudo saber lo que duraría aquel improvisado concierto, en que parecían acudir a las voces del instrumento único, sonidos de todos los instrumentos utilizados a través de penas y alegrías en la forja maravillosa del *jazz*.

Se sentía como en éxtasis, fuera del pasar de las horas, y cuando, agotado, suspendió la melodía, miró a su alrededor y se encontró sorprendido, rodeado de seres silenciosos, habitantes de la noche, quizá convocados por las voces agudas de la música, de los cuales no había detectado la presencia ni la llegada.

La luna lucía alta, como detenida sobre el cuadrilátero de la plaza, y en su resplandor parecía florecido el jazminero. Creyó ver brotes verdes en el olmo seco y acrecentada aquella belleza insólita de las ruinas.

Sangre en primavera

Seguía ensayando en el almacén de las afueras de la ciudad, con aquel “conjunto” nuevo, en el que había entrado por recomendación de su amigo “el batería”. Eran buena gente, muy prevenida frente a grandes peligros y vanidades. Gente que quería triunfar y vivir, llevar hasta otros jóvenes su alegría, redimir con su música parcelas de tristeza y dar a la vida un sentido fundamentado en el amor. A pesar de llevar poco tiempo actuando, ya hacían algunos conciertos por ciudades, que daban para poder vivir en aquel quehacer y para mantener la ilusión.

A Daniel, que había encontrado placentero sosiego en la amistad, no le gustaba mucho la música que efectuaban –un *rock and roll* de ritmo enfurecido, demasiado estrepitoso aunque de perfecta ejecución- y les propuso intentar nuevas canciones que comprendieran novedades expresivas, aunque conservando influencia de tradicionales conquistas del *jazz*. Se aceptó la prueba y él, poseído de un sentimiento creador, empezó a sacar músicas que llevaba en el alma, forjadas en sus peripecias de vida.

Siguió visitando a Rosa que mejoraba hacia una sorprendente recuperación, en marcha rápida hacia la normalidad, alentada por un amor que se acrecentaba cotidianamente entre ellos. Hablaban de proyectos en común,

de un futuro con unión de sus vidas, compartiendo felices plenitudes en el placer de la vida y la satisfacción de la música.

Cuando Rosa se sintió segura, dejando el Centro, fue incorporada como cantante –según un plan preconcebido por los componentes del “conjunto”–, pasó a ser solista y a interpretar aquellas canciones de música compuesta por Daniel, llevada a la partitura por uno de los compañeros que había estudiado en un Conservatorio, aunque los éxitos mayores se debían a improvisaciones del músico negro que, al desentenderse de la orquesta, lanzaba solos de saxo que enardecían a los aficionados. Poco a poco fueron haciendo una música muy estudiada, aunque con espontáneas anarquías geniales.

Siguió Daniel buscando grabaciones antiguas, de intérpretes del *jazz* americano, no con ánimo imitador sino porque en ellos encontraba inspiración para sus propias creaciones. Tomó letras de los profundos poetas de “La Negritud”, buscando poemas bellísimos del senegalés Leopoldo Sedar Senghor, que en la voz de Rosa eran un trinar de pájaros exóticos por entre una selva encendida de sonos vibrantes, en ese punto difícil del milagro musical logrado entre elementos dispares de armonía y anarquía, que tanto se da en músicas populares profundas.

Fue incorporando instrumentos de uso perdido en las orquestas, y hasta objetos primarios para producir sonidos, tal como estaban en la historia de la pobreza y el genio musical de su raza, sonidos de primitiva desnudez no logrados por sofisticados instrumentos. También incorporó letras compuestas por él mismo, y por poetas de raza blanca que, desde un sentimiento de hermandad universal, se habían acercado a los desvalimientos de su raza africana:

*He pensado en tu ancha geografía
con fronteras de látigo y cadena;
en tu sangre tendida y navegable,
partida, humeante y seria.
Por eso, hermano negro te he sentido
y te he abierto mi mano de poeta.*

La compenetración del conjunto era cada vez mayor y su actividad pronto rebasó límites regionales. El entusiasmo por ir buscando nuevos

cauces al trabajo bien hecho, junto al afecto entusiasmado de innumerables *fans*, los hacía felices.

Un sosegado atardecer, Daniel y Rosa, buscando el necesario descanso de un trajinar de giras llegaron junto al mar. Se habían separado de sus compañeros, buscando en la playa de aquella ciudad del Sur, a la que les llevaba con frecuencia su trabajo, una cala solitaria, conocida de otras ocasiones que pasaron en ella momentos felices. Con el corazón jubiloso celebraban la buena nueva de su estabilidad en el amor. Aquella mañana, en consulta médica, había quedado claro que les llegaría un hijo. Sus vidas enlazadas darían el fruto deseado, y era muy importante aquella anunciación que haría realidad una nueva etapa de ilusiones cumplidas.

Rosa, tendida en la arena, mostraba su belleza en aureola de juventud y felicidad; el sol poniente ponía flores de oro en su larga melena rubia y sus ojos azules armonizaban con las aguas purísimas del litoral. Daniel acarició su vientre y sintió un latido de dicha en todo su ser. Pensó en su madre; su pensamiento saltó sobre las aguas, buscó riberas de continente próximo, atravesó desierto y sabana en busca de rescoldos familiares, de su origen. Volvería..., presentaría a su hijo en demostración definitiva de que no había fronteras entre los hombres si mediaba el amor.

Hasta allí había llevado Daniel su breve equipaje de músico ambulante; le gustaba a veces ensayar, o intentar crear, en la soledad de una montaña o de una playa, como pretendiendo el contagio de sonidos naturales, aunque su estudio habitual estuviera casi siempre entre las paredes de cualquier habitación de hotel.

Cruzó por su memoria el recuerdo de la noche en que buscó en su música consuelo, en una plaza solitaria del barrio antiguo de aquella ciudad de sus desdichas, pero en la cual también encontró el amor. Sonrió pensando que aquello fue algo así como el anuncio de un final de soledades.

Desenfundó el saxo y empezó a tocar; desgranaba su música sobre las aguas. Rosa se incorporó con una voz de cálida armonía que mostraba ternuras inéditas. Improvisaban, pero aquello parecía una canción largamente ensayada, madura en esperanza, aprendida de pronto en los anuncios del hijo. La inmensa superficie del mar parecía sonreír rizada por un viento acariciador, perdiéndose su sonrisa con ecos musicales en su azul lejanía.



H
4-1-01

EL INCENDIO

NICASIO CORNEJO ENVIUDÓ JOVEN, DEJANDO A SU ESPOSA AMPLIA DESCENDENCIA: SIETE HIJOS VARONES. Catorce años de matrimonio y siete hijos venidos al mundo con precisión cronométrica. Mujeres yermas o con anárquica conducta en cuanto a la llegada de los niños, solían decir: -Elisa es muy ordenada...

Pero otras, sin respeto alguno, teniendo en cuenta las circunstancias políticas y el machismo reinante, soltaban con ironía: -Es cosa de Nicasio, que cumple al pie de la letra una apuesta establecida por el cacique en una discusión sobre competencias de hombría. Historia de un tiempo en que de pocas cosas se podía presumir. Lo triste es que cuando el mayor cumplía catorce años y nacía el séptimo, las cosas vinieron mal: la debilitada naturaleza de Elisa no pudo resistir la dureza del parto y murió a los pocos días de nacer el niño, al que bautizaron con el nombre de Vicente.

Esta desgracia fue durísima para Nicasio, siempre tan dado al amor puntual. Tuvo que acomodarse lentamente a la situación y multiplicar esfuerzos para levantar a la chiquillería. La madre de Elisa, que vivía con ellos, ayudó mucho. Nicasio compró siete magníficas cabras de raza murciana, y fabricó un pequeño horno junto a su vivienda. Pan y leche hicieron crecer a los chavales vigorosos y alegres. Eran tiempos de economía cerrada; aún no soplaban aires de consumismo y los niños, algo más bajitos que los de generaciones posteriores -ya dentro de un menú con “potitos” vitaminados-, fueron haciéndose hombres en normalidad de desarrollo. Sólo el séptimo, Vicente, desentonó de la marcha de sus hermanos: con crecimiento normal hasta los seis años, quedó parado en esa edad, no volviendo a crecer ni un solo centímetro.

Pasaba el tiempo y pudo comprobarse que aquello no era una detención provisional en su naturaleza, sino que estaba destinado a ser enano. En los años difíciles de la adolescencia, cuando tantos factores pueden influir en la modulación de una definitiva personalidad, aquella carencia fue acrecentando la timidez del muchacho, volviéndose muy introvertido, en incubación de fatales complejos, aunque siempre contó con la ayuda moral del padre

y los hermanos, que hacían lo posible por quitar importancia a su defecto físico, asegurando que para nada podía influir en su felicidad, ya que era niño normal en todas sus funciones, superando a los hermanos en inteligencia, dentro de ser todos bastante despiertos.

Esa atroz trampa de los complejos se la puso su entorno: lo envolvía una red de ironías, de desentendimientos, de manifestación malsana en su presencia... Las niñas lo miraban con curiosidad, sin pasión ni naturalidad en la mirada. Hasta las había oído cantar entre dientes una cruel canción del repertorio folklórico de sus juegos:

*“Me casé con un enano
solamente por reír;
le puse la cama en alto
y no se podía subir”.*

Los niños de su edad tampoco contaban con él para sus juegos en competencia deportiva, se mostraban ausentes con su compañía y esquivaban su relación a la hora de elegir equipo. Esos comportamientos, a veces inconscientes y sin maldad en sus orígenes, iban configurando una personalidad llena de contradicción, con reacciones irascibles, a veces depresivas.

Vivía Nicasio, con sus siete hijos y su vieja suegra, en una casa situada dentro de una hermosa arboleda, al pie de un monte boscoso en que hermanaban sus verdes pinos y encinas. Desde varias generaciones aquella había sido la casa familiar, y los ascendientes habían vivido de pequeñas industrias relacionadas con la leña y la madera, dentro de aquella montaña comunal que sus tradicionales habitantes tenían como algo propio. Todos los años formaban hornos para hacer cal, sometiendo al fuego las grandes piedras calizas que tanto abundaban, o armaban hornos para el carbón; productos que vendían a lo largo del año por los mercados de la comarca. Otras veces ayudaban en el corte, manejo y transporte de grandes troncos, cuando el Municipio realizaba talas, o en el cuidado de viveros para ir repoblando las zonas taladas. Después, cuando aquellas industrias de ámbito familiar no fueron rentables, entró Nicasio a formar parte de la guardería forestal, y hacia esto apuntaba la vocación de algunos de sus hijos mayores.

El gran desastre

Ya tenía Vicente dieciocho años cuando el suceso del incendio. Acostumbraba el muchacho, de hábitos solitarios, a perderse monte arriba y pasar muchas horas ausente, ensimismado en sus pensamientos. Aquel día, estando sentado en un altozano, desde el que dominaba un gran valle y varios pueblos de la comarca, empezó a pensar en la soledad que lo envolvía dentro del vacío que hacían las gentes a su alrededor, presintiendo un futuro vivido en el desprecio y los sufrimientos... La realidad no era así: contaba con el cariño de su familia y de muchas personas que, aunque no le expresaran su afecto, se lo tenían; pero múltiples fantasmas poblaban su mente y, al no manifestar sus pensamientos, poca ayuda podía recibir, aunque a veces pensaba en la necesidad de ser asistido por algún especialista en trastornos mentales.

Aquel día, sumido en tristezas, no contaba con esa ráfaga de lucidez que ponía al descubierto su verdadera situación. Ya había tenido momentos -en circunstancias anteriores- con la mente agobiada por la tentación del suicidio, y ahora, agudizada la tremenda idea, le había hecho subir hasta unas rocas altísimas con los malos propósitos de arrojarse al vacío.

Dentro de la tempestad del cerebro hubo de pronto un cambio. Se apartó del precipicio y quedó arrebujado junto a un arbusto. Llegó la noche y sintió frío. Estaba en estado de insensibilidad espiritual y automáticamente, sin pensar lo que hacía prendió fuego a unas matas próximas. No sospeché las tremendas consecuencias que aquello tendría, aunque era conocedor de que no podía encenderse fuego en el bosque; tan sólo en un claro, despejado de arbustos, y siempre que no hiciera viento que arrastrara las brasas. Reaccionó tarde; animada la llama por un vientecillo persistente pronto avanzó tomillar adelante, formando una gran hoguera. Saltó desesperado sobre el fuego, pisó sus lenguas con energía, intentando cortar los avances, en danza frenética por apagarlo. Todo fue inútil; un gran frente abrasador se extendía por la sierra, impulsado por el viento en aumento. Inició la bajada con la velocidad que le permitían sus cortas piernas, rodó por la pendiente como una bola humana, arañada su carne y desgarrada su ropa por ramas y guijarros en aquella desesperada huida. Se sentía perseguido por el fuego, olía a maderas quemadas, le alcanzaba la humareda... El incendio avanzaba, aunque sus sensaciones eran agigantadas por el temor...

Cuando llegó a su casa ya se había propagado la noticia, dada por vigilantes que cada noche se turnaban en la protección del bosque. Tuvo que

mentir: dijo haber sido sorprendido cuando paseaba, haber visto las llamas a lo lejos y haber huido montaña abajo arrastrado por el miedo.

La abuela curó con mimo sus arañazos y lavó el rostro ennegrecido por el rodar sobre la tierra. Sintió el cariño del padre y los hermanos que, después de acariciarlo como a un niño chico, volvieron a la tarea de organizar retenes con los hombres que iban llegando. Pronto hubo gran despliegue por todos los contornos de la montaña. Nadie pensó en incorporarlo a las actividades que se estaban llevando a cabo, nadie lo creía útil. Todos marcharon a realizar un programa de urgencia: abrir cortafuegos en lugares propicios, ayudar a los bomberos de ciudades cercanas... Aún eran muy pobres los medios de que se disponía y no se utilizaban máquinas especiales ni vehículos aéreos para la extinción. Un grupo de hombres, bajo la dirección de un hermano suyo, quedó cortando árboles y limpiando la tierra alrededor de la casa, para dejarla aislada en caso de llegar el fuego, pues estaba situada en un lugar de gran peligro.

Consciente de la aceptación de su inutilidad, ya que nadie lo reclamaba, y sabiéndose culpable, aunque estuviera anulada su voluntad al realizar aquel acto, al encontrarse asediado por fantasmas del cerebro, acabó encerrándose en su cuarto para llorar. Pensó en pájaros ciegos de pavor, con las alas quemadas, en ciervos acosados y agonizantes, en todos los animales del bosque cercados por las llamas, en inevitable agonía. Pensó en aquella bella muchacha -de la cual estaba enamorado en secreto- que vivía con sus padres, también en el quehacer forestal, por los otros extremos del monte, y que tenía un hermoso caballo. Vio arder sus trenzas junto a las crines del animal, en los martirios de su pesadilla, y recordó los versos de un poema de Juan Ramón Jiménez, “La carbonerilla quemada”, que días atrás les habían dictado en la escuela nocturna a que asistía, y que aprendió de memoria por lo mucho que lo impresionaron:

*“La niña, rosa y negra, moría en carne viva.
Todo le lastimaba. El roce de los besos,
el roce de los ojos, el aire alegre y bello...
...Por el camino -largo-, sobre el potrillo rojo,
murió la niña. Abiertos, espantados sus ojos
eran como raíces secas de las estrellas”.*

Cuando despertó de sus malos sueños ya estaba alto el sol, y, desesperado, salió corriendo en busca de noticias. Iban volviendo los hombres, sumidos en su decepción: el monte quedó arrasado, la enardecida lucha durante toda la noche había sido estéril; un viento siniestro, repartiendo llamas, había ganado la batalla. Después supo que, por suerte, no hubo víctimas humanas.

Salió a los alrededores de la casa -hasta sus proximidades había llegado el incendio- y tuvo visión de un monte pelado y humeante. Repartidos por el desolado paisaje, quedaban en pie los troncos negros de algunos grandes árboles, y desde sus copas muertas se elevaban lentas columnas de humo, como cirios quemados en la cruel liturgia de un colosal sacrificio. El campo olía a cadáver. Acudió el llanto de nuevo a sus ojos; se sentía culpable de haber empobrecido al mundo.

Caminos de aventura

Volvieron el padre y los hermanos. Ya siempre estarían marcados por el desastre; andaban de un lugar para otro como sonámbulos, como buscando un camino imaginario, con el cuerpo encorvado, incorporándose para mirar el desierto panorama de la sierra, sin poderlo creer...

Fue el principio de la dispersión. Poco a poco los hermanos fueron marchando hacia sitios distantes, en busca de un lugar adecuado para vivir. La abuela fue internada en un sanatorio, atacada por una enfermedad incurable que había hecho causa común con su vejez. Él siguió en la casa con el padre, hasta que éste murió unos años después.

Vicente ya era otro; vencidos sus complejos, indiferente a la mirada de algunas gentes..., libre de sonrojos, había descubierto el gusto por la vida, en el convencimiento de que las incapacidades, o defectos de cualquier tipo, no pueden hundir a ningún hombre, que para todos hay un lugar preciso en la cotidiana marcha del vivir, con una parcela de felicidad por conquistar. La gran conmoción que causó en su ser el incendio le despertó a la realidad, pareció aclararle la mínima importancia de sus preocupaciones personales en comparación con grandes siniestros o cataclismos sufridos por la Naturaleza. Le hizo ver el mundo más hermoso, y su gran dolor era ahora contemplar la Sierra, soñándola recuperada en su esplendor.

Al morir el padre decidió emigrar, buscar espacios de aventura lejos de aquel paisaje desolado. Eran los últimos años en que había emigraciones españolas hacia tierras americanas, antes de que cambiaran estas corrientes, en busca de acomodo laboral, hacia pueblos de una Europa más rica.

En el tiempo que pasó Vicente solo con el padre, no había perdido la oportunidad de ampliar sus conocimientos. Estudió psicología práctica, leyendo gran número de obras literarias que forjaron en él una útil filosofía del vivir. Buscó por bibliotecas de ciudades todo lo referente a enanos: desde tratados científicos conteniendo causas que nunca terminaban de aclararle el por qué del fenómeno, hasta cuentos y leyendas recopiladas en su mayoría por los hermanos Grimm. Fue más allá de las narraciones para niños, y soñó que los siete enanitos que cuidaron a Blancanieves habían sido seres reales, como él, viviendo también en un bosque, pertenecientes a una familia que vivía de trabajos forestales. Puso máximo interés en el séptimo enanito que, resaltado en el sueño, lo veía muy parecido a él en el físico y en reacciones: algo apagado y triste, convencido de su inutilidad. El amor a Blancanieves lo redimió; aquel amor contemplativo que consistía tan sólo en admirarla cuando estaba dormida y en recibir de ella un vitalizador rayo de luz que lo llevó a no ruborizarse, acabando por tener fe en su utilidad y decidirse a hacer vida propia, separándose de los hermanos. El sueño entremezclaba la leyenda alemana con su propio proceso humano.

Vicente tenía cualidades para el estudio y para las manualidades, era un “manitas” y un pensador. Se matriculó en la Escuela de Artes y Oficios de una ciudad próxima, y acabó siendo un excelente ebanista, aunque las cosas marcharon sin que nunca pudiera ejercer este oficio. Preparado para la vida y el trabajo, pensó que se abriría paso en América y daría horizontes nuevos al gran deseo de aventura y de conocimiento del mundo al que había despertado. El viaje en barco fue apacible, y pronto hizo que, por la naturalidad de su comportamiento, lo miraran como a otro más..., aunque no pudo evitar que el capitán del trasatlántico se negara a cobrarle el pasaje, alegando que, por peso y tamaño, no era justo hacerlo. Admitió el detalle con humor -a pesar de la parte de discriminación que entrañaba,- y lo agradeció con simpatía.

El país de llegada era Brasil, y el lugar elegido una región selvática en donde ya trabajaban un hermano suyo y otros paisanos que llevaban allí varios años en tareas forestales. La gente de su tierra, él mismo, prefería buscar trabajos relacionados con la madera, quizá por el poderoso influjo

de haber nacido al amparo de aquel bosque ya desaparecido. Los principios de su vida en la selva fueron muy penosos. Unos capataces deshumanizados lo acogieron con reservas, dándole el trabajo apropiado a sus condiciones físicas, según ellos. Tenían estos señores -que ejercían una severa dictadura laboral- a un equipo de monos amaestrados, para que les alcanzaran de las altísimas palmeras cocos, dátiles y otros frutos tropicales. Los monos, a veces maltratados, terminaron por huir a zonas inexpugnables del bosque.

A Vicente le fue encomendada la labor que habían abandonado los simios; decidieron los jefes que, por su poco peso y agilidad, aquel era el trabajo adecuado, considerando providencial su llegada ante el peligro de quedar sin postre ellos y la gran población jornalera.

Tuvo paciencia, realizó lo mejor posible aquel poco creativo empleo, en espera de una mejor oportunidad, aunque había ocasiones en que la tentación de huir por el camino que habían seguido los monos rebeldes o de arrojar un coco sobre la cabeza del jefe de los explotadores era mayor.

De la manera más inesperada llegó la ocasión maravillosa que daría un espectacular rumbo a su vida. Clavado en un árbol próximo a la factoría habían colocado un cartel anunciando la llegada de un circo a una ciudad cercana, a la cual acudían los trabajadores en contadas ocasiones. Decía el cartel que, procedente de Sao Paulo, venía aquel espectáculo con magníficas actuaciones.

Fedosia Ivánovich

Nacida en el Cáucaso, hija de un príncipe ruso cuya familia había sido deportada poco después de la Revolución, vivió en una pequeña aldea durante su infancia. Pronto la enviaron sus padres a Moscú, a casa de unos parientes, para que estudiara ballet, arte por el cual había demostrado interés desde muy niña. Fedosia era enana y parecía haber nacido con su condición asumida. Alegre, emprendedora, muy inteligente y ambiciosa, tenía una rara belleza con poder de atracción. Al acabar sus estudios entró en una compañía de danzas tradicionales, cuyos intérpretes eran niños, y, al crecer éstos, quedó como directora por méritos propios, imponiendo conocimientos, sorprendiendo a todos con su capacidad de trabajo.

Tenía un problema: no soportaba las duras limitaciones a que la sometían los políticos del Régimen encargados del control de estos asuntos,

y un día decidió volar. Estudió un plan que podía dar buenos resultados. Consiguió entrar a formar parte de un circo que, aunque también bajo control y disposición oficial, hacía varias giras al año por países europeos. En alguno de aquellos viajes podría escapar, pedir asilo político y emprender una vida libre. Así ocurrió, aprovechó el contrato con un empresario francés, y se quedó en París con una buena parte de los artistas que integraban el espectáculo. Después fue lento y complicado el desenvolvimiento... Nadie dudó que a partir de entonces fuera ella la directora, puesto que fue idea suya decidir la aventura del exilio. Se hizo responsable del futuro del circo y, poco a poco, ganó prestigio, alejándose cada vez más, en sus giras, del solar parisino en que, bajo una nueva denominación, "Circo Libertad", había montado la gran carpa.

El viaje americano era un sueño largamente mantenido, y no quedaron defraudadas sus ilusiones al hacerse realidad. Ya llevaban recorridos varios países del sur del continente cuando, durante su estancia por las principales poblaciones de Brasil, le aconsejaron la visita a una ciudad pequeña de gran concentración trabajadora. Fue la circunstancia precisa para que se conocieran Vicente y Fedosia, dos seres nacidos en lugares tan distantes entre sí, y que parecían hechos el uno para el otro.

Él quedó deslumbrado, fue el encuentro que nunca se había atrevido a pensar que llegara. Tras breve conversación -la rusa hablaba un español bastante correcto- tuvo el convencimiento de haber encontrado un camino de segura felicidad para su vida. Ella, al descubrirlo, sintió sólo un impulso de curiosidad que la llevó hasta él y, después, el sentimiento de una atracción nunca vivida.

Volvió Vicente por la factoría para despedirse y recoger sus cuatro enseres y sus cortos ahorros, siguiendo al circo por las ciudades de la gira. Fue un noviazgo itinerante y breve, con fondo de animales amaestrados que no extrañaban su presencia, de payasos y malabaristas que lo iban aceptando como a alguien esperado.

Pronto se casaron y llegó a ser parte de aquella gran familia, aunque no encajaba dentro de sus actividades festivas, y sólo tomaba parte en trabajos de montaje o como ayudante de algunos números en los que Fedosia lucía su arte para la danza, aunque siempre le asombraba la alegría que su presencia causaba en los niños. En realidad no era lo suyo, y los itinerarios americanos por los que el circo seguía su marcha triunfal eran infinitos.

Decidió desarrollar otra actividad, pensada desde su llegada a Brasil: montaría una agencia para la venta de maderas preciosas y las desplazaría en transporte natural, aprovechando la corriente de los grandes ríos, hasta puertos en que esperarían los barcos de los compradores. Estuvo conforme Fedosia, segura del talento de su amado, poniendo a su disposición los ahorros de que disponía, que habían sido importantes después de haberse liberado de las trabas de su país.

Teniendo a la selva como objetivo, y después de encontrar a un experto que lo relacionó con importadores europeos, montó oficinas por varias ciudades, desde Iguazú, por donde el río se resuelve en festival de cataratas hasta distantes ciudades argentinas. Su plan era, sobre todo, aprovechar la corriente del Paraná para llevar los grandes troncos a cargadero seguro.

Había que sufrir una separación, verse de tarde en tarde en fugaces entrevistas, pero cada uno disfrutaba en el cumplimiento de sus planes. Fedosia recorría las Américas, del sur al norte, en gira de éxitos totales. Vicente compraba retazos de bosque, con árboles valiosos que aumentaban sus beneficios. Vigilaba talas y transportes, era centinela itinerante del flotar de la madera hacia los puntos de destino, disfrutaba pensando que algún día volvería por su tierra para devolverle un bosque que su torpeza le había arrebatado.

Fueron años de actividad sin tregua, llegando el momento en que -según sus planes- libres de obligaciones contraídas, y con una buena situación económica, pensaron en estar siempre juntos, en viajar por países desconocidos, a los cuales les llevaría su curiosidad por el mundo y su amor a la vida.

Proyectaron -para comienzo del disfrute de aquella jubilación pactada- viajar a España. Ella sabía cuál era la máxima ilusión de Vicente, y además tenía gran interés por conocer una tierra imaginada a través de músicas sugerentes y relatos apasionados.

Fue apoteósica la llegada a aquella ciudad cercana al lugar del nacimiento de Vicente, en un magnífico automóvil, con signos claros de su situación y del estado de felicidad en que se encontraban. No era una pareja que podía pasar desapercibida, y pronto lo reconocieron personas que habían sido amigas, o simples conocidos por razones de vecindad, teniendo los jóvenes conocimiento a través de los comentarios suscitados por su llegada y por la exposición de proyectos que ya habían planteado y que se divulgaban en aquella pequeña población monótona en acontecimientos.

-Ha vuelto Vicente el enano, el hijo de Nicasio Cornejo-, informaron algunos.

-Vuelve rico y casado, queriendo comprar toda la montaña-, comentaron otros.

Llegaron al pie de la sierra, hasta la casa en donde había nacido. La vivienda estaba en ese ruinoso desamparo en que quedan los edificios abandonados por el hombre. A su alrededor seguía esplendorosa la arboleda y sus ramas entaban por puertas y ventanas abiertas. El tiempo había extendido un tapiz de matojos y ya no estaban aquellos esqueletos de árbol, de troncos ahumados, que Vicente se llevó en una última visión tristísima.

La región era pobre y sus Ayuntamientos no habían podido regenerar el monte perdido. Vicente hizo gestiones, llegó a acuerdos con las autoridades de cuya decisión dependía aquellas tierras comunales. No le interesaba la propiedad, sólo solicitaba plena libertad para poder poblar aquella montaña. Todos pensaron que era un extraño capricho de indiano rico y le dieron las máximas facilidades. Restauró la casa y se fueron a vivir en ella. Una legión de hombres se repartió desbrozando la tierra abandonada. Llegó potente maquinaria para trazar caminos y facilitar la tarea. Fue tiempo de gozo... Vicente ya soñaba con una invasión de verdes perdidos, con el rescate del escenario de su infancia. La casa se llenó de alegría. Un presagio de nuevos encinares, de pinares frondosos, parecía adelantar aromas forestales al abrir las ventanas. Él sentía que estaba cumpliendo el pago de una vieja deuda con el mundo, y ella era feliz contemplando su dicha, y trazando planes para -realizada aquella misión- viajar hasta su tierra, que iba abriéndose la vida con logradas metas de libertad y convivencia. Quería llevarlo hasta el disfrute de los montes colosales del Cáucaso, contemplados en su infancia. Era curioso, a ellos que la Naturaleza quiso darles mínimas proporciones en su físico humano, les gustaban los espacios amplios, el gigantismo de la hermosura.

Esperaban con ilusión latente el nacimiento de un nuevo bosque, la más hermosa circunstancia que puede darse en el secreto y mágico germinar de la tierra.

PATRIA SOÑADA

MUSTAPHA BEN OMAR ME CONTABA, AQUEL ATARDECER EN QUE ME INVITÓ A UN TÉ EN SU CASA DE TÁNGER, AÑOS DESPUÉS DE NUESTRO VIAJE A MAURITANIA, LAS CIRCUNSTANCIAS DE LA MUERTE DE ABDALLAD. Juntos conocimos a Abdallad Ibn Ibrahim, cuando lo encontramos en Chinguetti y fue nuestro guía por ciudades mauritanas. Mustapha iba en misión secreta, impulsado por las autoridades de Marruecos en los comienzos del Frente Polisario, en víspera de guerrillas saharauis, y su principal objetivo era la búsqueda de un ser misterioso que, amparado en su nomadismo, intentaba levantar a los componentes de ciertas tribus, ejerciendo un espionaje personal, aprovechando el desconcierto para llevar a cabo sus ideas de iluminado, aunque, como después se supo, murió en la refriega saharauí contra Mauritania sin aclararse bien en qué bando militaba. Al parecer fue uno de esos casos de integrista religioso que, de manera aislada, intenta avivar una llama siempre agazapada en sus rescoldos a través de la historia.

Hice aquel viaje junto al marroquí, porque conocía su comportamiento en favor de la paz, aunque no tuviera resultados valiosos. Mis fines eran distintos, yo buscaba completar mi conocimiento sobre las invasiones africanas a Andalucía, en este caso el conocimiento de las ciudades de donde provenían los almorávides.

Me enseñó Abdallah -que sabía nuestro idioma por haber estado de muchacho largo tiempo trabajando en Villa Cisneros, durante la dominación española- las ruinas de su ciudad, las dunas de sus calles, la invasión de arena finísima que inundaba las casas de Chinguetti y era alfombra natural en la preciosa mezquita que alzaba minarete de piedra desnuda, pareciendo vigilar el lento avanzar del desierto que, animado por los vientos alisios, acabarían sepultando a la ciudad.

Conocí la pasión del mauritano por Al-Andalus, forjada en el conocimiento de viejos manuscritos, y por noticia transmitida oralmente a través de los siglos, de generación en generación, como un legado mágico de la memoria de su pueblo. Surgió el tema cuando encontramos sobre la cresta



de una duna que formaba la arena arremolinada junto a la puerta de su casa, a un músico ciego que tocaba un laúd de cuatro cuerdas y cantaba una canción doliente con orientales armonías. Abdallah me presentó como amigo andaluz, y el hombre se incorporó, cerró una sonrisa sus cuencas vacías, y buscándome las manos tuvo un intento, rehusado por mí, de besarlas. Después de un diálogo con mi acompañante, entró en su hogar. Yo, conocedor de la hospitalidad y la cordial atención de estas gentes, esperaba alguna ofrenda. Volvió con una enorme llave de hierro y me la mostró emocionado. Me explicó el guía que era la llave de la casa de Granada, traída por su familia al huir hacia África en algún conflictivo momento provocado por la invasión almohade o el avance cristiano. Dijo que no era un caso único, que varias familias de aquellas ciudades la guardaban, y había memoria del paso de muchas generaciones sin perder la esperanza de volver algún día...

Surgió un breve diálogo entre aquel hombre, que parecía iluminado por pensamientos mágicos, y provocado por mi curiosidad impulsada por la sorpresa. Abdallah nos fue traduciendo, casi a la par que hablábamos, en su balbuciente castellano.

-¡Es increíble que permanezca la transmisión de un recuerdo, testificado por algo tan emocional como la llave que daba paso a un hogar perdido...! -exclamé.

El músico ciego, informado de mi opinión por la rapidez del traductor, no me dejó acabar y dijo: -Quizá sea el tiempo menos que un suspiro de Alá, y la distancia sea una cinta de niebla que borre la muerte.

Entonces comprendí que no era la llave la principal herencia, que el espíritu poético de Al-Andalus hacía nido en el alma de aquellas gentes, y recordé un encuentro parecido en Salónica, cuando un sefardí me dijo que guardaba la llave de su casa de Córdoba, y pasó por mi mente la larga película de una historia de huida y expulsión de civilizaciones que fueron arraigándose en el amor a Andalucía para, después de haber dejado esencias de su existir, acabar en exilios.

Después visité la Biblioteca de aquel poblado semienterrado, y contemplé los manuscritos que fueron acumulándose cuando las caravanas hacían un alto por aquella ruta, en paso peregrino hacia la Meca o con cargamentos preciosos -oro, ébano, marfil- desde el Sudán hasta embarcaderos con rumbo a Europa.

Al amanecer del día siguiente, cuando despertaban arrullos de tórtola en el palmeral del vecino oasis, partimos hacia Ouadane.

Las ciudades perdidas

Llegar a Ouadane fue una pertinaz aventura en lucha con la arena, por veredas inciertas que el viento ocultaba. Allí creyó Mustapha encontrar a su hombre reclutando bereberes para sus planes bélicos, y sólo encontramos gentes pacíficas habitando ruina de pasados esplendores, en aquel esqueleto de ciudad con cabras hambrientas y camellos dormidos.

Con Abdallah visitamos las cuatro ciudades perdidas, que configuraban el tiempo y los vientos como tumbas irremediables: Chinguetti, Ouadane, Atar y Oualata. Ciudades caravaneras durante siglos pasados, con tránsito de sabios, peregrinos y comerciantes, confiados a expertos camelleros para vencer los laberintos sin fin del desierto. Cunas almorávides, de aquellos guerreros que, llamados por los andaluces reyes de Taifas, formaron un imperio extendido desde el río Senegal, en los misterios africanos, hasta el Ebro, en plenitudes hispanas. Fueron jornadas de apasionante marcha, conducidos por el guía que sólo hacía alto en el camino para rezar alzado sobre la llanura o tendido sobre la arena estéril, en sencilla ceremonia. Su esbelta figura, envuelta en una larga túnica azul, se recortaba sobre el sol con elegancia natural y fulgores de mística.

Mustapha sólo encontraba en nuestro viaje inofensivos espías saharauis que, camuflados entre la población, como mendigos o vendedores ambulantes, intentaban descubrir el manejo militar en contra de un pueblo que reclamaba su patria perdida. Ni rastro del hombre que buscaba, y del que se esperaban acciones terroristas una vez conseguida su proyectada entrada en Marruecos... Llegó a pensar que tal personaje no existía, era sólo un fantasma creado por el miedo, y al fin siguió en nuestra compañía desentendido de cualquier gestión.

En la relación humana que provocaba nuestra presencia por aquellas ciudades, mi asombro no tenía límites al descubrir la dignidad de aquellas gentes dentro de su pobreza; parecían ejercer de reyes destronados, con un pasado de privilegios perdidos en los vaivenes del vuelo de los tiempos, con una elegancia heredada, en atuendos y comportamiento, que encubría indignancias.

Atar -antigua capital de Mauritania hasta que los colonizadores franceses edificaron Nouakchott, ya en la costa atlántica- guardaba restos de su importante pasado, y un convivir alegre cual día de mercado. Sus grupos de mujeres, bellísimas, con multicolores vestidos, siempre parecían volver de una fiesta. Nos llevó Abdallah por los jardines de su oasis, bajo la gloriosa primavera del palmeral.

Largo y complicado fue el viaje a Oualata, pero no fue un sacrificio estéril. El gusto por la belleza, de sus pobladores, se manifestó al cruzar calles en donde las mujeres hacían una labor decorativa sobre los muros, con tierra de colores, orlando puertas y ventanas con primor de dibujos simbólicos o en decoración de fachada florecida. Entramos en varias viviendas y en ellas se respiraba un aire sosegado y se iban descubriendo detalles con clara influencia andalusí. Abdallah dijo haber estado en su adolescencia en una escuela coránica de aquella ciudad y, con visibles muestras de veneración, nos llevó a su biblioteca, en donde nos aseguró haber leído hermosas referencias a la tierra de Al-Andalus.

La patera

Cuando nos dirigimos a Nouakchott para tomar el avión de regreso, nuestro guía volvió a Chinguetti, en donde cultivaba unas cuartas de oasis con tres palmeras, y tenía cinco cabras y un viejo camello. No vimos a su familia, de la que dio noticia: mujer y tres hijos. Aumentaba sus ingresos -pan, dátiles y leche-, aquella corta renta, con lo poco conseguido como guía de los escasos viajeros que, de tarde en tarde, llegaban a su ciudad; logrando lo justo para sobrevivir. Al despedirnos nos había declarado su deseo: visitar Andalucía. Al manifestarlo nos pareció que era más fuerte -a pesar de su situación de pobreza- el impulso romántico hacia una tierra soñada a la que sentía pertenecer en una parte de su ser, dando prioridad a este sentimiento sobre el deseo de emigrar en busca de urgentes mejoras económicas.

Nos había dicho que alguna vez salió arrastrado por sus sueños, tuvo un intento..., aunque volvió desde Marrakech, temeroso de seguir en la incertidumbre del viaje. Trabajó en los campos de aquella ciudad para poder regresar a Chinguetti. Habló con entusiasmo de la ciudad marroquí, que había sido capital del imperio almorávide, y nos dijo haber oído relatos sobre temas de Al-Andalus a los contadores de historias de la plaza Jemaa el Fna, y haber visitado la tumba de Al-Mutamid, en el nacimiento del valle

de Ourika, al pie del Atlas. El rey-poeta de Sevilla era para él representante supremo del espíritu de Al-Andalus, y tenía idea clara de que esa sensibilidad para la poesía, en fusión con el amor a la paz, con el ejercicio de la tolerancia y el gozoso disfrute de los placeres sensuales, había sido transmitida a sus antecesores bereberes, aquellos toscos e intransigentes almorávides que llegaron en el siglo XI a la península.

Pasaron años después de aquel viaje para que yo volviera a encontrarme con el amigo marroquí. Poco pudimos saber de las circunstancias que llevaron a nuestro siempre recordado guía mauritano a enrolarse entre los temerarios ocupantes de aquella endeble barca, con la pretensión de cruzar el Estrecho. Sólo uno de sus ocupantes logró salvarse, arrastrado hasta la costa por un mar furioso. Fue quien informó a Mustapha con algunos detalles del naufragio: vencida la niebla apareció la costa española, próxima y desnuda, pero arreciaba cruel el Levante y la patera, a veces alzada, a veces sumergida, en aquella danza de muerte acabó por zozobrar con los hombres desesperadamente asidos a sus frágiles maderas, hasta ser desprendidos y sepultados por las furias del mar.

Me lo contaba Mustapha Ben Omar en un rojo crepúsculo, mientras bebíamos té en el patio de su casa de Tánger, y yo, en nostálgico entresueño, pensé en Abdallah y en un sumergirse de muchas llaves, cual peces heridos, abriendo las aguas su peso de hierro, buscando el fondo, formando un solaje de desesperanza en aquel airado brazo de mar divisorio, mientras el mauritano quizá tuvo una visión de flota almorávide, con izados estandartes ante la proximidad de una hermosa tierra de promisión, El Ejido, para un tiempo soñado de paz y de trabajo.

LA HUERTA MÁGICA (Descubrimiento de Federico)

LO DECÍAN BAJITO, APROXIMANDO LA VOZ A LA PALPITANTE ATENCIÓN DEL OÍDO. Los niños no entendíamos nada. De pronto, un día en que se repetía el eco desgarrado de las confidencias, lo fuimos entendiendo todo.

Ya no tendría el mismo temblor alado la nana cantada al hermano menor, y aparecería en la sonrisa del padre aquel fondo de encortinadas luces.

-Mala es la guerra, dijo, ciegan los hombres en el odio.

Lo dijo con voz dolorida, desde los límites de la pena, y quedó la frase martilleando para toda la vida, desde recuerdos de infancia. También quedó un nombre, Víznar, como en penumbra de escenario maldito.

Pasados los años busqué aquel lugar como un peregrino con devoción creciente. Ya me habían herido los versos de Federico. También había sentido el gozo iluminado de sus entregas de belleza.

El campo de Víznar era un lugar hermoso, con olivar y barranqueras. Anduve por los campos respirando hondo, deseando comulgar con el aroma redentor de los tomillos. Borré las imaginadas estampas de escenario maldito. La tierra nunca pierde su vocación de madre, siempre acoge, sufre y florece en fecundidades. ¿Para qué pensar sitios exactos, lugares precisos...? A partir de aquel olivar toda España era la inmensa tumba del poeta. Y él seguía vivo, en la parte más encendida del vivir de su ser que era su palabra. Vivo para siempre, aunque los hombres oscuros de aquel verano no lo sabían, nunca lo habrían creído...

Llegué a Víznar una mañana en que volaban palomas hacia los pinares cercanos y el viento traía desde Alfacar -vecino pueblo panadero- el olor candel de los hornos. Llegué a la Fuente de las Lágrimas -ya tenía su nombre desde tiempos árabes, como anticipándose a la tragedia- que permanecía manando, cual llanto de la tierra. Estuve sentado en su borde y me pareció sentir brotar de su fondo un suspirar de hondas matrices lastimadas. Pensé



en aquella madrugada trágica del peor verano de España, en que quizá Sierra Nevada tuvo un espejismo de luna y parecía nevada. Pero los hombres oscuros no lo habrían visto porque no eran capaces de alzar la vista a las estrellas y de mirar la lejanía.

Cuando llegué a Víznar era un tiempo de recientes heridas, de cicatrices mal curadas, y yo, sentado en la orilla de la fuente, creía ver pasar por el llanto naciente del agua la dramática película del triste acontecer: Federico caminando entre fusiles; la luna enrojeciendo en todo el Romancero mientras el poeta, en derrumbes, sembraba toda la tierra con la fecundidad invulnerable de su ser. Después, un temblor de olivos, hombres siniestros bajando hacia Granada -yermas las frentes y el pecho pedernal- sin saber que ningún desamor puede vencer a la Poesía.

Recreé en mi pensamiento la Huerta de San Vicente, residencia veraniega de la familia Lorca desde tiempos anteriores al drama, cuando la felicidad era el nombre de un pájaro cotidiano que cada amanecer alzaba con su pico los visillos para darle permiso al sol.

Don Federico, el padre, buscaba caminos del agua hacia el gozo siempre logrado de los frutales. Doña Vicenta, la madre, dejando un rastro bello de sus maneras de amar en el encaje de colchas y cortinas. Carmen, Ana, Antonia... las criadas perseguidas por el poeta para arrebatarles su esencia popular de leyenda y copla. Gabriel Perea arreando las bestias en el quehacer huertano; sus voces de mando entrando por el ventanal. Y Federico..., ensayando en el piano su última canción, manejando las tizas de colores guardadas en su alma de niño para pintar bailarinas y adelfas, incubando el último verso de un dolor gitano, tapizando de primavera la casa con su risa infantil.

Cuando en los principios de la posguerra buscábamos a sus amigos para que nos explicaran lo inexplicable, y lloraba nuestra adolescencia ante un poema inédito y manuscrito, supimos de aquel placentero vivir campesino en el límite exacto de la ciudad. La familia ya había huido de recuerdos, hacia la lejanía de América, y yo, cuando pasaba por las proximidades de la Huerta, pensaba la casa vacía, las paredes desnudas: sólo la Dolorosa de los Siete Puñales sobre la cama deshecha, y aquel cuadro que, nueve años antes de su muerte, le había regalado el pintor Barradas, aquel amigo guatemalteco, que llevaba por título "La luz negra de los pistoleros", como una predicción.

Huerta encantada

Se oyó una nota aguda, como un quejido de copla gitana. Corrí hasta el piano; sólo una mariposa nocturna, cual dedo desvelado de la noche habría entrado por la ventana abierta, parándose en el teclado. Entre la Huerta de San Vicente y Granada había una frontera de aroma de jazmines y una coral de grillos. Después, la formación perfecta de los maizales que, al esconderse la luna tras una nube blanca, parecían sus matas muchachos negros, delgados y altísimos, envueltos en poncho de hojarasca, riente la dentadura de una mazorca –a medio desnudar por el casero en vigilancia de su madurez- y, sobre ella, el florón de los cabos. Sólo brillaban -con la luna oculta- los granos dorados del maíz y las luciérnagas en parpadeo de joyería nocturna.

La nube, con mansedumbre lenta, se iba hacia la Sierra que la esperaba abiertos los senos iluminados de la nieve.

Ya quedaba la Huerta establecida en una claridad de tránsito: del sudor remansado de los segadores a la espera de una convocatoria de angelería.

Yo iba pisando el alfombrado rumor de las acequias y, de pronto, otra vez se oyó el quejido del piano. Corrí hacia la casa, las puertas estaban abiertas de par en par y entré presuroso. Seguía abierto el teclado y volaba hacia la ventana la mariposa. Busqué por todas las estancias. Entré en su alcoba y vi la colcha bordada, en desorden. Sonreía sobre el cabecero la Virgen de los Siete Puñales, y éstos parecían desvaídos, como alejados de su pecho. Por eso lo busqué por todas las estancias y creí oír su voz recitadora:

*“Si muero,
dejad el balcón abierto.
El niño come naranjas.
(Desde mi balcón lo veo).
El segador siega el trigo.
(Desde mi balcón lo siento).
Si muero,
dejad el balcón abierto”.*

Me asomé a las ventanas para gritar su nombre. Me empujaba la luna hacia el interior de las estancias. ¿Quién había abierto y abandonado aquella casa sin esperar a que él volviera...?

Grité el nombre de personas que pensaba dormidas por el escondite de los arrayanes, quizá en el cansancio de esperar...: -¡Gabriel! ¡María! ¡Isabel! ¡Concha! ¡Francisco! ¡Evaristo!...

Sólo la burla cronometrada de la lechuza respondía desde el interior de la palmera, despiadada y monótona. Quizá no era burla y era un suspirar en decepción, de pájaro que observa pormenores...

¡Otra vez su voz... o la sombra en regreso de su voz, su voz frotada con jazmines!

Canciones de jinete en fuga, de arriero, de lavanderas del río, de corro de niñas por entre las acacias, de madre andaluza tendiendo pañales...

Sobre el pequeño jardín de la placeta se extendió una niebla dulce, impropia de la noche estival, que parecía salir de la casa, desliar sus gasas desde la puerta y las ventanas hasta enredarse en los cipreses. Se oyeron voces que quizá yo sólo oía en mi entresueño, por resonancias del subconsciente. Era un diálogo sobre cipreses:

-Los cipreses simbolizan la pena; son árboles oscuros, como devanaderas del tiempo.

-No lo creo, los eligen para anidar los chamarices, esos pajarillos que son la mejor risa del campo.

-Es árbol de cementerio.

-Quizá tan sólo porque -en contraposición- es indicativo de eternidad; un dedo de esperanza que siempre señala a las estrellas.

-Ese ciprés de las dos copas lo plantó Federico... ¿por qué tiene dos copas?

Yo estaba apoyado en aquel ciprés que sabía tuvieron las manos del poeta, y la uve de sus copas sólo me trajo palabras hermosas: versos, vida...

Había vuelto el silencio, sólo roto por la lechuza, por la coral de grillos y por un lejano croar de ranas. Musité como un rezo: -El ciprés no es triste, tiene madera de guitarra.

Fue entonces cuando volví de ensoñaciones y, desde un seto próximo, vi a los caseros volver de visitar a los vecinos de una huerta cercana, introducir la llave, abrir la puerta, y entrar en la casa mientras se oía la voz de la mujer: -Mañana tendremos carta de Nueva York, por estas alturas de mes escriben los señores.

Congreso de rosas

Se asfixiaba la tierra; un atentado de hormigones quiso hacer sucumbir a la respiración de los trigos. La casa, sitiada, resistía frente a la oscura amenaza de un avance de cementos. Aún tenía manos amorosas manteniéndola en desvelo de cales, manos que, en el reducto del frutal seguían haciendo injertos de esperanza.

Un día, ilusionadas gentes que habían creído en el valor universal del poeta, crearon un Parque, contenedor de la invasión de la ciudad. El agua, por estanques y fuentes, sería un reír de espejos para su recuerdo. Los árboles alzarían su bandera de vega rica.

Aromáticas plantas pondrían lindero de perfume por aquel costado de Granada. Quedaba establecida una ciudad de pájaros y mariposas. Y rosas, muchas rosas. Hacia los cuatro puntos cardinales se proyectaba una red de espionaje de la belleza, buscando por el mundo la variada hermosura de los rosales, a los que manos jardineras, de toda la tierra y todos los tiempos, les dieron un primor diferente con la sabiduría mágica de los injertos. Rosas de aristocráticos jardines de países lejanos, o de humildad de huertos familiares, traídas al encuentro con rosas de Granada, en floral homenaje al poeta.

En cada primavera, bandadas de jilgueros vuelan desde la policromada hermosura de la rosaleda hasta el ciprés de doble copa, para dar noticia de cada nueva floración.

RESPLANDORES



Cuentos del Cabo de Gata. Almería, Ediciones Amoladeras, 2002.

Coordinados por Pilar Quirosa Cheyrouze

SE FORMÓ ESTE RELATO CON ANOTACIONES TOMADAS A LO LARGO DEL TIEMPO, DE LA REALIDAD Y LOS SUEÑOS, en relación con un paisaje -Cabo de Gata- en que luz y naturaleza logran una conjunción única, como sólo puede darse en pocos lugares de la tierra. En no se sabe que ensenadas o abismos del subconsciente, dentro de sus misterios, entre luces oníricas, se fue hilando este relato a partir de un tornasol de realidad vivida.

El pintor indaliano Jesús de Perceval ha sido, sin lugar a dudas, el mayor fabulador nacido en Almería a través de la historia. Antes de llegar a conocer ese lugar de prodigios y bellezas que es el Cabo, llegué a la amistad de Jesús, a sumergirme en el sugerente resplandor de sus magias.

Tenía el pintor una sordera selectiva y, con la ayuda de artilugios, oía a quien le interesaba oír; cuando algo no merecía su atención utilizaba un simple audífono que poco ayudaba a su defecto, o resistía en sus posibilidades sin ayuda alguna. Cuando iba al encuentro de un interlocutor, conferenciante, etc. al que tenía aprecio, escondía bajo la camisa un artefacto que garantizaba la llegada de las voces. Hubo circunstancias en que observé sus sabios manejos. Yo había oído que en su juventud buceaba por los fondos marinos del Cabo en busca de paisajes secretos, de rocas y cavernas prodigiosas que aportaran un nuevo tema de bellezas a su pintura: de ello hay preciosos testimonios en su obra. Había oído que su sordera era consecuencia de la presión de las aguas en esas aventuras, y le pregunté si los rumores eran ciertos. Contestó con brillo de picardía en los ojos:

-Quedé sordo cuando me besó una sirena; para oír su voz y los cantos corales de esos seres hay que quedar limpio de ruidos del mundo y voces humanas.

Siempre recuerdo su relato cuando vuelvo a las bellezas del Cabo. Desde allí le escribí una carta-poema que está por diversas publicaciones. Anda unido mi recuerdo de Perceval con el recuerdo de ese prodigioso lugar almeriense; dos encuentros mágicos, portadores de gozos en mi vida.

Con motivo de la presentación de su libro *Música*, publicado dentro de la colección “Alhucema”, vino por Almería el poeta José Hierro. El patrocinador de tan bella empresa nos llevó a almorzar al Cabo de Gata -al grupo de amigos que realizó la edición y a los acompañantes del poeta desde Madrid- y, después de los postres, nos hicimos una fotografía del grupo, con un fondo de mar. Aquella noche vi en sueños una reproducción gigante de esa fotografía, con un añadido: un flamenco volaba hacia el mar desde las salinas y se desprendía de su belleza en vuelo un reguero de plumas rosadas que acababan haciendo corona sobre la altiva cabeza del poeta homenajeado.

Rafael Alberti tuvo una vocación secreta de farero, y esto sólo lo sabían algunos amigos íntimos ya desaparecidos. También se adivinaba por algunos de sus versos. Era algo natural en la situación límite de un *marinero en tierra*: el espionaje de los mares en la noche, atento al parpadeo de luz salvadora de naufragios, en clara competencia con un juego de estrellas. Quizá su sangre tuvo en el pasado alguna raíz procedente de la estirpe de torreros de procedencia italiana que se repartieron por nuestros litorales mediterráneos cumpliendo esa bella misión de vigilancia. No tengo noticia de que estuviera por el Cabo cuando andaba por Almería, en sus *albas del alhelí*, pero yo en día de brumas, con las olas lanzando cordones de plata hacia los dominios fareros, he creído verlo entre tormos de luz velados por la niebla, con su melena al viento, perdida la mirada en el mar.

Mister Drake, huyendo de tufidos urbanos, de rutinarias sociedades uniformadas, llevaba media vida buscando un lugar ideal para su anclaje. Encontró el Cabo para vivir y morir, en última aventura de su existencia. Llevaba ya unos años por territorios del litoral almeriense, cuando supo que en la sierra herida de Macael, en el corazón de una cantera, había aparecido un filón de mármol de un azul marino traslúcido, como milagro de mar enclaustrado en senos de la piedra, trasfigurado en piedra. Viajó hasta allí, quedó maravillado con la magia del material y fue trasladando grandes bloques hasta las riberas del Cabo, haciéndose construir un pequeño palacio de belleza insólita. Desde fuera tenía la apariencia de una ola mansa que quedara detenida en el aire, limpia de espumas, alternando por sus paredes gama

de azules ante despejes de los guñños del sol, aunque conservando ciertas cualidades opacas en defensa de intimidad de sus interiores. Estar dentro era como sumergirse en el mar sin someterse a sus servidumbres; las paredes transparentes, traslúcidas, hacían posible un convivir cotidiano con los astros y las palmeras, con vuelos migratorios y mitológicas realidades. Aquel misterioso y solitario vagamundo había completado su sueño de paraíso logrando alcanzar el más alto peldaño de felicidad posible en esta vida.

Una noche nos invitó a conocer su mar dormido. Decidió revelarnos prodigiosos secretos y organizó una fiesta que tuvo aspectos de fantástico cuento infantil junto a momentos vividos dentro del relato de algún poeta sublime nacido en los orientes de la Tierra.

Llegué el último a la cita y allí encontré a los extraordinarios invitados, que sabía iban a estar presentes porque yo los había propuesto para gozos del encuentro. Días atrás entregué a nuestro anfitrión la lista de elegidos. Cuando llegué estaban todos extasiados en la sorpresa, silenciosos y desentendidos entre sí. Perceval observaba una vitrina hecha del mismo material que las paredes, conteniendo una fabulosa colección de fósiles marinos. Alberti miraba hacia el mar con ojos soñadores, a punto de convertirse en estatua. El poeta José Hierro, sentado ante una mesa de jaspes preciosos, dibujaba en un bloc palmeras, veleros y gaviotas. Conservaba sobre la ancha frente la corona rosada que, por mi sueño, le habían concedido los flamencos. José Ángel Valente, también invitado por haber escrito sutilezas sublimes sobre la mística de aquel lugar, permanecía esquinado en el gran salón, en el lado opuesto en que estaba Hierro, mirando de soslayo a los demás, con gesto receloso.

Tras un breve saludo empecé a repasar con la mirada la decoración de muebles y adornos, cuya existencia y procedencia ya conocía por conversaciones con mister Drake en los encuentros por cualquier playa, pues nunca había sido, hasta entonces, invitado a pasar a su original vivienda. Al primer golpe de vista recordé la casa del poeta Neruda en Isla Negra, por sus colecciones de brújulas, materiales preciosos de navegación y anclaje, mascarones de proa arrancados de algún barco muerto. Pero aquí las azules transparencias albergaban más riqueza y fantasía, no sólo por su total visión desde cualquier rincón de la casa, sino también por adentrarse en ella luz y naturaleza. Formaban zócalo en abanico los palmitos y bajo los techos volaban —poniendo un complemento sonoro de trinos y gorjeos— alondras de Dupón y camachuelos.

Había jaulas colgadas, pero eran de oro y sus puertas estaban abiertas como animando a un remanso de libertades. Supe que el oro de las jaulas, como el que decoraba muebles y vajillas era de Rodalquilar, adquirido en Madrid, procedente de las últimas extracciones de los años cuarenta del pasado siglo, así como la plata para adornos y cubertería era de Sierra Almagrera. (Quizá esta búsqueda delirante y extraña correspondía a la etapa en que mister Drake transportaba bloques de mármol azul para construir su edificio, en la que dicen perdió la razón, se entusiasmó leyendo relatos de épocas gloriosas de la minería almeriense, renegó de tiempos modernos, redactó proclamas contra arquitectos, peritos, agrimensores, fabricantes de plástico..., y llenó los campos de Níjar con una única pintada: “¡Guerra a las tomates!”). Había floreros preciosos con siemprevivas, esas flores que ni después de cortadas pierden su belleza, floreros decorados con ágatas encontradas junto al arrecife de las Sirenas y granates buscados por nuestro anfitrión por el cráter de un volcán dormido de Sierra Alhamilla. En bandejas de oro se nos ofrecían los mejores frutos de aquel mar y de aquella tierra.

Comenzó a animarse el encuentro cuando mister Drake ofreció un licor de algas recolectadas por profundos piélagos, destilado en su bodega clandestina. Nos aproximamos todos para gozar de aquella comunión con el mar. Nos entró por los poros –cual penetrante brisa– el latido poético del ambiente y el licor marino resaltó fantasías. Brillantes los ojos recitó Alberti:

¡Torrero, torrero mío,
alargue verde su espada
tu faro, por el umbrío
desierto de la oleada!

El poeta gaditano declaró querer quedar para siempre como farero del Cabo, protestando de que se llegaran a utilizar medios mecánicos junto a memorias informáticas para mantener la trascendental guiñada. Después, con misterio de convocatoria, con fe en las sirenas, continuó su voz de sonoros sedimentos marinos:

Teniendo voz de mujer
y cola azul de pescado,
y viéndote siempre a nado,
sola por la mar zaf ra,

¿quién querrá hacerme a mí ver
que estoy viviendo engañado
no creyéndote mentira?

Hierro elogió el licor y alzó la copa para brindar. En ese momento se aproximó Valente y quedaron los dos poetas fundidos en un abrazo. Hierro perdió su gesto de gladiador romano, tomó un puñado de plumas rosadas de su frente y las trasladó a la frente del compañero, haciéndole sonreír en su hurañez. Puse oídos al dialogar. Hablaban de admirarse en secreto, mutuamente, y de entender que la diversidad era buena en poesía, como en cualquier actividad creadora del hombre, siempre que generara belleza.

Jesús de Perceval tendió el brazo derecho señalando con la mano hacia la playa. Vimos pasar un barco con el nombre del pintor en rojo sobre la blancura de la vela. Y después el mayor prodigio: la transparencia del techo nos dejó ver a una multicolor bandada de flamencos que hizo flotar por la estancia reflejos de luces y colores. El mar fue aproximándose hasta lamer la casa. Fue entonces cuando mister Drake sonrió emocionado, acusando en la mirada que esperaba lo que iba a ocurrir y, como atendiendo a una consigna, abrió las puertas de par en par.

Entró una lengua de mar riente en espumas, olor de yodos marinos inundó la casa y gozamos de una música de vihuelas, de campanillas, pífanos y sistros, con fondo solemne de órgano, acompañando la entrada de seis preciosas sirenas. Quisimos traducir como presentación un balbuceo emocionado de mister Drake. Delirantes, todos acabamos abrazados a sus colas con tacto de piel adolescente. Yo, mirando a Perceval, esquivaba el intento de un beso con salivilla de sal marina.

Fue en la culminación del gozo cuando mister Drake se derrumbó, apagándose como el guiño de un resplandor hacia la sombra. Murió en infarto de felicidad y la parada de su corazón rompió el encantamiento.

Amanecí bajo una palmera. Me despertó el viento peinando palmitos, configurando senos lunares en las dunas. Me levanté feliz, con el gusto de haber iniciado mi amistad con sirenas.

PLAZAS PARA EL RECUERDO

(1988)

JULIO ALFREDO EGEA

PLAZAS PARA EL RECUERDO

14



Plazas para el recuerdo, Madrid, Azur, 1983 (Colección de monográficos sobre el Albaicín).

PLAZAS PARA EL RECUERDO

Partida

YO CREO QUE EN ESTA PLAZA NUEVA ESTÁ ENTERRADO EL ANTIGUO CORAZÓN DE GRANADA, CANTADO POR LAS SONAJAS DEL RÍO POR LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS. El río es una formidable vena que atraviesa su entraña y lleva en sus espejos cipreses y rosales, sombra de torres, vuelos, consigna de estrellas..., para acunar a este corazón de la ciudad, antiguo y maltratado, y darle noticia de que sigue perenne la hermosura.

Esta plaza es la encrucijada mayor en la historia de la ciudad. Disfrazada en sus esquinas aún tiene una cicatriz de escaramuza, fue confirmada su vocación de pueblo por un rumor de corridas de toros, se jugaron cañas, conserva su viento un ala invisible, de estandarte izado en torneos, y ese venecio que asciende hacia la torre de la Vela parece la huella de un gemido del último ajusticiado. Por aquí cruzó infinitas veces, con paso alucinado, San Juan de Dios, el loco, en su búsqueda de seres desvalidos. Marianita Pineda, después de su boda en Santa Ana, la cruzó entre tules y flores, sin presentir su trágico final de romance trágico. También fue testigo del paso cotidiano de don Andrés Manjón cuando humilde caballero sobre su borriquilla se encaminaba hacia un sueño de redenciones gitanas.

Este lugar está relacionado con tres asuntos trascendentes: la Libertad, la Muerte y la Belleza. Desde aquí puede uno ser llevado hasta la cárcel o hasta el cementerio (fue lugar obligado de duelos), y, en el mejor de los casos, ascender hacia la infinita hermosura del Albaicín o de la Alhambra.

Lugar de citas definitivas que pueden ser de llanto o romería:

*Vente a San Miguel el Alto
antes que llegue la aurora
y en Plaza Nueva te compro
almecinas y acerolas.*

Cuando la campana de la torre de la Vela entabla un diálogo de bronce con el reloj de la Audiencia, no penséis que platican un comadreo de historias, ni que se trata de un desafío de sonidos nobles, es algo más serio, se trata de un diálogo definitivo que deriva hacia el respirar sonoro del alma múltiple y profunda de Granada.

Pero... ¿no iba el asunto de plazas albaicineras? Pues es verdad, perdonen, habrá sido despiste..., o será porque pienso que por aquí estarán las raíces del barrio, o porque, como zona fronteriza, participa de su hermosura y de su calidad humana, aunque también sea parte de otra Granada.

-¿Pero hay varias Granadas?

-Seriedad, caballero, usted sabe que hay varias Granadas, aunque no podamos considerar bajo este nombre a las tarrasas -tarrasas sin chimeneas fabriles, que es aún peor- que surgieron por sus contornos.

Subamos por cualquier calle, adentrémonos en la Belleza. Nos vamos de plazas.

Metamorfosis

Subiendo por la calle del Aire, para después de vueltas y revueltas llegar hasta la placeta de Carvajales, venía yo pensando en lo que esta mañana me había dicho mi primo Pepe Reche cuando le expresé mi preocupación ante el inicio de este pequeño trabajo: -Pero, hombre, si tú conoces el Albaicín mejor que nadie. ¿No recuerdas que hasta cuando tenías que comprarte unos zapatos nos íbamos allí porque decías que en las tiendas de abajo no había de tu número?

Es cierto que tengo los pies grandes y a veces tenía dificultades para encontrar mi número, pero en el Albaicín nunca nos dedicábamos a buscar los zapatos. Cualquier excusa era buena para subir al barrio, conscientes ya en aquellos tiempos de niño de que entrábamos en un mundo distinto, en el que no existía la prisa ni el agobio, en el que al doblar cualquier esquina, ante un cerco de hermosura o ante un horizonte mágico, deseabas quedar convertido en ciprés o en torre. Y a lo largo de la vida se han sucedido mis escapadas hasta estas plazas altas, remansos increíbles para citas en el vino de la amistad, en los jazmines del amor.

Esta placeta de Carvajales era lugar elegido de enamorados cuando existían los enamorados de placeta, pues ya no existen porque a través de

los tiempos y las circunstancias el amor cambia de costumbre y proceder, y ahora han sido sustituidos por el adolescente pandillaje del porro.

Dice mi amigo Pepe García Ladrón de Guevara (que también habló de plazas en un admirable, bello e ingenioso trabajo) que aquí ha quedado más de un extranjero convertido en gato o en campanada al alba. Y yo lo creo, aquí se ha dado el maleficio de quedar un turista convertido en gato porque yo he oído en noches de luna maullidos exóticos, como en otros idiomas, por los altos tejados, y también se ha dado el beneficio de quedar algún turista convertido en campanada al alba porque he escuchado en los amaneceres campanas rebeldes, heterodoxas, entre el concierto cristiano de los bronces. Todo es posible en esta placeta húmeda, con su casa morisca, con su misión de darte un anticipo de belleza, mostrándote las torres de la Alhambra, para que el que suba por vez primera al mirador de San Nicolás se vaya acostumbrando, no se desvanezca ante el panorama más hermoso del mundo -¿quién lo duda?- que se extiende al otro lado del río.

Balconada

«*Alguien está sentado en el pretil de una plaza, y es Dios...*», dice el alto poeta José Carlos Gallardo, y es indudable que si Dios decide bajar a alguna de las plazas del mundo, lo hace a esta de San Nicolás. No hay que dudarlo, Dios baja diariamente disfrazado de niño o de paloma, para ver desde aquí el más hermoso espectáculo de la tierra.

Escribió Federico:

*La tarde está tendida
a lo largo del río.
y un rumor de manzana
tiembla en los tejadillos.*

Damos la espalda a la escalonada blancura de la iglesia y una visión total, superando imaginaciones y sueños, se extiende ante nosotros. Del río hacia arriba, enhebrando azoteas, cipreses y rosales, sube un clamor celeste, una música propia que sólo podréis oír desde este mirador, combinación de trinos, voces de niños y campanas. Y todo un paisaje circular, para el cual habría que crear un adjetivo, pues con los existentes es imposible definirlo. El Sacro Monte, áspero de pitas y nopales, con sus innumerables cuevas abandonadas,

como cuencas vacías de un gigante muerto. Y en contraste, Valparaíso, la vegetal hermosura del valle del Darro, las laderas húmedas -alfombras bajo la Silla del Moro-, la esbelta torre de Santa Elena, el Generalife sobre el cerro del Sol, la Alhambra en toda su plenitud de sinfonías bermejas hasta acabar en la proa de la torre de la Vela, sueño realizado de Al-Ahmar, como un bajel flotando sobre verdes, a punto de navegar los cielos. Y detrás, sierras azules, grises, peana para sostener el apoteosis de blancura de Sierra Nevada, y a la derecha, siguiendo la dirección del río, Granada al fondo, y la vega, y los pueblos blancos derramados entre el verdor. Tenemos ante nosotros un gran libro abierto, el mejor libro, y en las imágenes de sus páginas todos los afortunados dones con que la Naturaleza mima a Granada, toda su historia trágica y romántica de ciudad codiciada y querida por stirpes y razas.

Por aquí estuvo el carmen de García Carrillo, desaparecido por desgracia. Aquel despistado y genial discípulo de Falla estaba a veces dando un concierto en su paraíso a una gran concurrencia de extranjeros que escuchaban en éxtasis los acordes del piano, mitad por la sublime ejecución, mitad por la magia del lugar, pero de pronto llegaba a la cabeza del maestro el recuerdo de alguna mínima preocupación doméstica, como aquel día en que, en medio del concierto, se acordó de una loseta que se había levantado en el zaguán, y de pronto interrumpió la música para preguntar al amigo más próximo en dónde podría encontrar a un albañil. Imagínense ustedes el desconcierto de los extranjeros al quedar aquella música bruscamente interrumpida. Menos mal que siempre salían al quite los ruseñores.

También está aquí el carmen de Apperley, aquel pintor inglés que tan enamorado quedó del Albaicín que se casó con una gitana, quedando casado con Granada para siempre, y que fue quien mejor supo pintar los flecos de un mantón de Manila.

Tipos. Conversaciones y pescado frito

Desembocamos en esta plaza de Aliatar, algo destartalada, como a medio construir, llena de columpios y caballitos para gozo de la chiquillería, bajo San Miguel el Alto, tan sugerente de recuerdos lorquianos, con sus tabernas -Casa Paco, «El Pañero», «El Yedra»- con recuerdo de noches flamencas rematadas con el aguardiente con pasas del amanecer. Aquí hay una casa morisca preciosa, y su dueño, el médico don Juan Moll, la ha llenado de antigüedades en su apasionamiento por los objetos bellos. Hermanada a esta

plaza, como un apéndice familiar, está la placeta de los Ortegas, invadida por una explosión de acacias en flor. Pasamos por la placeta del Salvador en donde estuvo, en el lugar que ocupa la actual iglesia, la Mezquita Mayor del Albaicín, construida por los moros de Baeza, y más bella que ninguna otra de la ciudad.

Y siguiendo por la calle Pagés nos sentamos en ese remanso para la amistad que es la placeta de Fátima, uno de los grandes centros vinateros, lugar de encuentros y tertulias. Nos sentamos en la puerta de la taberna «El Ladrillo». Aquí se puede pedir medio barco, un barco o un trasatlántico de pescado frito, según el hambre y el número de los reunidos, y para regarlo un vino de la costa, paisano del pescado. Aquí me encuentro con Pablo Rodríguez, que con su conocimiento de la gente y los lugares me ayuda a rescatar perdidos recuerdos de juventud. Es Pablo un albaicinerero cabal, trapicheante y simpático, genial cocinero cuando hay que organizar comidas de amistad, vitalista y alegre, enamorado de su barrio desde su niñez en que vendió melones en la plaza Larga. También es lugar de encuentro con Guzmán el cantaor, y desde que lo conocí es para mí *Guzmán el Bueno*, más bueno que el histórico de cuya bondad tengo mis dudas. Este hombre, gran conocedor e intérprete de todos los cantes, con una humildad que lo enaltece, arraigado a su barrio hasta no intentar los exilios del arte, pero capaz de dejarnos malheridos en cualquier madrugada.

La descripción del personal, altamente interesante desde el punto de vista humano, llenaría muchos volúmenes. Se habla de caza, de toros, de cante, de concursos de pájaros cantores..., en la terraza de esta placeta. Se enaltece y se admira a los habitantes ilustres del barrio. Sobre este tema oí conversaciones de una reunión cercana a mi mesa, de individuos pertenecientes a la intelectualidad media. Hablaban de un tal Mariano Cruz, un sultán -según ellos- llegado del Reino de Sevilla y que, para disimular su condición, había instalado su alcázar en el carmen de los Patos, en el callejón de las Vacas. Según uno, que al parecer era el más culto, este Mariano era el custodio o guardián secreto de una cueva o estancia situada en dicho carmen, con pinturas rupestres que representaban instrumentos que llevaban al conocimiento exacto del origen del hombre.

-Tú confundes eso con lo de Orce, dijo alguien.

-No, lo de Orce son conjeturas científicas de catalanes majaretas. Esto es algo más concreto.

Y yo recordé que estando un día en el carmen de Mariano, amigo mío, pasaban oleadas de gente por su casa hacia esa prodigiosa estancia, de gente de toda condición social, religión y nacionalidad (dos japoneses, una estudiante norteamericana, tres pintores, dos poetas, etc.) y como en el camino era paso obligado la cocina y la bodega, la gente arramblaba con todo lo existente (aguacates, gambas, papafritas, vino, guisquis...) mientras el sultán Mariano, recostado en el jardín, con la mirada perdida por las torres de la Alhambra, soñaba con harenes o ideaba (¡gran gastrónomo!) una nueva receta de cordero a la torre de Comares, con salsa bermeja.

También hablaron de un tal Paco Izquierdo, gran fabulador según unos, gran pintor según otros, y la discusión subió de tono para acabar reconociendo que era grande en ambas actividades y en otras aladañas como grabador, dibujante, conocedor medular de historias granadinas, etc. -¿Pero ese señor vive en Madrid?, preguntó alguien. -Ese señor reside en Madrid, aclararon, pero lo que se llama vivir sólo vive en el Albaicín, en una casita pequeña de cara a la Alhambra.

Después comentaron la reciente muerte de Jorge Guillén en Málaga, y alguien dijo:

-Ya es hora de que se vayan muriendo todos los poetas guillenes para que se entere el mundo de una vez que el mejor de ellos, que el poeta más grande de Andalucía y de España es nuestro Rafael Guillén, vecino del Albaicín.

-¿Pero es que quedan muchos más Guillenes?

-No, ya sólo queda un tal Nicolás, en Cuba -dijo el más erudito- y estará a punto de palmarla.

Yo que nunca he sido envidioso y menos en ocasión de oír alabar tan justamente a un amigo, sentí, he de confesarlo, un pellizco momentáneo de envidia y levantándome con timidez, mendigando una migaja de gloria popular, solté a la concurrencia: -Yo soy Julio Alfredo Egea y también escribo versos. Entre engallado y sorprendido se levantó el que llevaba la voz cantante y me dijo: -Caballero, a usted no lo conocemos de nada.

Me retiré humildemente y para consolarme de tan gran fracaso pedí un trasatlántico con una jarra de vino de la costa.

Los altos Albaicines

Al llegar a la placeta de las Estrellas me alumbra los interiores toda la luz de aquella primera juventud lírica, y siento un temblor de gozos y nostalgias recordando los tiempos de “Versos al aire libre”, cuando decíamos nuestros primeros poemas en el jardín del carmen de las Tres Estrellas, propiedad de la familia de nuestro simpar Pepe Guevara, carmen que había habitado aquel autor de novelones seudohistóricos que se llamaba don Manuel Fernández y González. Después de noches líricas, de versos y rosas, se dispersaba la reunión y muchos de los asistentes, desconocedores del barrio, se perdían por el laberinto de las calles, decidido alguno, en su desorientación desesperada, a dormir en un portal o bajo el arco de las Pesas.

Desde aquí nos vamos hasta la plaza de la Cruz de Piedra, silenciosa y bella, alargada hasta la puerta de Fajalauza (bab Fayy al-Lawza). Desde aquí se sube a San Miguel el Alto, en donde ensayó sus primeros versos de niño poeta José Carlos Gallardo, que un día se fue con su equipaje de aromas del Albaicín para soltarlos por América.

Pregunto por un amigo que vive por esta zona: -¿Vive aquí don Manuel Rodríguez de la Zubia? El transeúnte me aclara: -No, no vive en esta plaza pero tiene su carmen, el carmen del Laurel, cerca, en la calle de San Luis. Me imagino que se refiere a un señor barbado, con aire de moro ilustre, que a veces abre su puerta a los visitantes vestido de chilaba...

Sí, ése es Manuel Rodríguez, sabio en jardines y huertos, siempre soñando milagros vegetales, a cuya señora, María Luisa, algún día habrá que nombrar oficialmente “Gran Dama de los Altos Albayzines”.

Permutaciones y milagros

Esta placeta de Carniceros está en continuo sufrimiento porque tiene una vocación de intimidades que proclaman sus higueras bíblicas asomadas a la tapia encalada de los huertos, y su viento de recatada vecindad se ve violado por el continuo estruendo de los automóviles. Aquí cerca está el carmen de los Mascarones, el paraíso cerrado de don Pedro Soto de Rojas, hoy en ruinas y abandonos.

Paso al vecino bar Torcuato, en donde se disfruta de un excelente tapeo, y mientras me como unas exquisitas berenjenas fritas, seguramente de algún huerto vecino, recuerdo la conversación que oí aquí un día, una historia de

milagros y apariciones, que no me creí del todo porque estaba contada con una imaginación exaltada por el vino, pero cuya veracidad me parece posible. Se aseguraba que a Rafael Guillén y Paco Izquierdo, preocupados siempre por resaltar delante de vecinos y extraños las excelencias del barrio, se les había aparecido San Pedro montado en un carro, y les había ordenado sacar en papeles todas sus hermosuras e historias, y que ellos, sumisos y temblorosos, hincada la rodilla en tierra, habían prometido hacerla. Pero ésta es la versión cristiana, pues andaba otra historia o leyenda propagada por los vecinos partidarios del Corán (que también los hay), la cual decía que no era San Pedro, que se les había aparecido el segundo rey ziri, Habus b. Maksan, sobre un caballo de fuego, ordenándoles lo ya dicho, y que ellos, arrodillados y sumisos, habían prometido obediencia, y que por lo tanto los papeles debían de llamarse “Papeles del Caballo Rojo de Habus b. Maksan”.

Terminadas las berenjenas y el tintillo, me voy para la placeta de San Bartolomé; junto a la cual está la iglesia de dicho santo y un aljibe abierto, creo que el único no tapiado del barrio, dejado así seguramente para que se suiciden en enero los gatos en crisis sentimental.

Existen en esta plaza una vivienda con mirador de barandas de madera y un extraño escudo de moderna factura en su portada. Quiero recordar que a esta casa se vino a vivir un cabrero de Capileira (José el de la Senma) con sus cabras y creo que con alguna vaca suiza. Pregunto a un vecino: -¿Usted sabe si vive aquí un señor que tiene vacas suizas? Y me aclara: -No, señor, aquí quien vive es un suizo.

Permutaciones de la vida moderna.

Zoco y verbena

Es la plaza Larga (Rahba Almajara o plaza del Sembrado) centro social y comercial del barrio. Zoco improvisado en cualquier día de la semana y de manera fija y especial los domingos en que los vendedores ambulantes establecen sus tenderetes para venderte un kilo de pepinos, unos zapatos en rebaja, una docena de claveles..., las cosas más dispares e insospechadas.

Lugar de fiestas y reuniones, el entusiasmo popular, el gusto por lo bello, el respeto a las tradiciones, hace que aquí se levante la cruz de Mayo más bonita. Este año de 1984 he estado presente en los trabajos preliminares para la elevación de la Cruz. A sus pies se han instalado talleres representativos

de la artesanía del barrio: de la cerámica, del hierro forjado, del cobre y de los tejidos artísticos. Ha sido un homenaje a estirpes, a familias entregadas a través del tiempo a esta maravillosa profesión, homenaje centrado en los viejos artesanos: *Pepico el del Carril*, Vicente Díaz, *Juanico el Calderero* y Juan Ferrer. Se han hecho azulejos con sus nombres para colocarlos al pie de la Cruz, juntamente con sus fotografías, y me han dicho los que montaban el conjunto que una familia no ha querido dar la foto del antepasado porque pensaban que con el bullicio podía caerse y pisarla el personal. La anécdota es significativa porque, aunque la actitud es exagerada, da testimonio del culto casi sagrado de estas hermosas gentes hacia sus raíces y la labor de sus mayores.

Ahora recuerdo, hace varios años en otro día de la Cruz, a aquella mujer que llegó corriendo, con una niña de la mano, enlutada y llorosa. Se le había muerto el marido el día anterior y dijo a las vecinas: -Fijaros si yo quería a mi marío que no he vestío a la niña de gitana.

Esta plaza Larga, a pesar de algunos detalles de mal gusto como la modernización de sus cafetines, conserva un encanto especial, lugares misteriosos como el callejón sin salida de la Botica, aires de historia por el rincón del arco de las Pesas, detalles disparatados e increíbles como el de esa estampa de la cabeza de Cristo Crucificado que hay en la fachada de una de sus casas, con un mármol debajo con la siguiente leyenda: «*Nuestra Señora del Buen Parto*».

Andrés Segovia, acogido en la casa de los Amayas (carmen de los Geranios), corrió por aquí de niño buscando que alguien le prestara una guitarra, y ya de adolescente buscando que alguien le prestara un traje para dar su primer concierto en el Centro Artístico.

Retorno recuerdos de tiempos antiguos, a veces desvaídos, de vecinos que ya no existen, como el dueño de aquella taberna que siempre bebía con los clientes amigos, y siempre llegaba al momento de exaltación de la amistad, -a ese sublime momento- y terminaba sacando para tapas, en aquellos tiempos de escasez (últimos de los cuarenta), la comida que la mujer había preparado para la familia. Yo estaba un día en la reunión y se dio este caso. El hombre entró en la cocina y salió, alegre y obsequioso, con una fuente de croquetas. La mujer llegó de la calle con dos niños de la mano y quedó espantada al ver la fuente casi vacía. -Pero hombre, ¡qué os habéis comío la comía de los niños! ¿No te dije que estaban las aceitunas debajo el mostrador?

O aquella viejecilla de la vecina calle del Agua, dueña de una minúscula taberna (¿sería la *Risaica*?) que aficionada a los toros y establecida para siempre en la época de Joselito-Belmonte, partidaria de este último, discutía con la clientela y exaltaba a su torero con frases de un ingenio irreplicable. O aquel otro tabernero (¿se llamaba Bolívar?) que tenía el puesto en la cercana calle de Panaderos, y una manzanilla pasada, con sabor a romance del 800, que sólo bebíamos algunos privilegiados con su amistad. Este hombre, algo mayor, reposado, filósofo y altamente sentimental, era dueño de varios gatos que tenían su reinado a lo largo del mostrador, y había que andar muy ligero, cuando ponía las tapas, para ganarle la vez al gato. Esta competencia felina sólo podía vencerse con habilidad y reflejos, pues no se les podía tener malas maneras a sus queridos animales. También bebía con los clientes y, cuando se animaba, su reposada humanidad se animaba por el lado del llanto y a los más íntimos nos pasaba a su lugar sagrado, a una sala interior con las paredes llenas de cuadros de un hijo pintor que se le había muerto en plena juventud. Allí lloraba largamente y todos guardábamos un respetuoso silencio durante mucho rato y, a veces, todos llorábamos un poco.

Blasfemear, verbo híbrido

¡Qué bonita es la plaza de San Miguel el Bajo (Rahba Babis). Plaza ideal para escuchar cantes perdidos, en cualquier alta noche con silencio de estrellas. La torre de la iglesia es espectral, y por muy cerrada que sea la oscuridad nocturna se recorta como un milagro de reflejos sobrenaturales. Esta iglesia de San Miguel el Bajo, con cierta dignidad en su abandono, cobija entre sus muros, en la boca de su aljibe tapiado, unas maravillosas columnas romanas como una página de historia remota guardada en el misal de su sillería.

Plaza de tabernas y tahonas, con olor a pan recién cocido. En la puerta de su puesto de vinos de la costa veréis al Lara con sombrero ancho, filósofo y flamenco. Por las espaldas de la plaza, al final del callejón del Gallo, encontraréis una placilla cortijera con suelo de tierra y frutales -del Gallo o del Huertecillo, se llama-, preciosa y natural. Está próximo el compás de Santa Isabel la Real, con su entrada amplia y conventual hacia la iglesia alzada sobre siglos de historia.

En esta plaza de San Miguel el Bajo hay un Cristo del siglo XVII, maltratado, erosionado y roto por borrascas y revoluciones, lañado como los lebrillos, que ha cambiado varias veces de lugar. Con anterioridad estaba más cercano a

las tabernas y bajo su mirada jugaban a la lotería, con cartones y habichuelas, los viejos del barrio. Era frecuente oír blasfemias lanzadas por los jugadores desafortunados y de mala lengua, bajo la mirada paciente del Cristo. También llegaban a alzar la pata al pie de la Cruz todos los perros de los contornos, y los borrachos que salían con urgencia también encontraban apoyadura en la cruz de piedra y allí meaban. Ahora está más distante de las tabernas y con un cerco de hierro. Queriendo yo saber cómo y cuándo se trasladó el Cristo, le pregunté a un vecino, que me dijo: -Una noche se fue él solico, de tanto blasfemear... Insólito verbo híbrido creado para una situación especial.

Remanso y alminar

La placeta de Nevot es un remanso natural para un obligado descanso en el subir o el bajar de las calles empinadas. La yerba traza dibujos surrealistas entre el empedrado, y asoma la torre de la Vela, soberbia y majestuosa, sobre los tejadillos. El carmen de la Media Luna, misterioso, eternamente cerrado, saliendo sobre sus tapias espléndido el ciprés, la acacia y la palmera; rebosando un esplendor de verdes, de Naturaleza contenida, no pudiendo sus tapias soportar la hermosa preñez, deterioradas, inclinadas, siempre a punto de desplome, como un milagro de restos de una torre de Pisa demolida. Por si acaso, es mejor marchar cuanto antes, cuesta abajo, hasta la pequeña placeta del Almirante, llamada así porque en ella está la casa del Almirante de Aragón, hoy asilo, con portada de columnas jónicas. A la sombra de la iglesia de San José, esta recóndita placeta, en donde parece que no hay lugar para nada, tiene un pequeño huerto con una higuera asomada y un membrillero, que parece un símbolo de la milenaria vocación huertana del Albaicín.

Aquí se alza, a la vera de la iglesia, el más bello alminar que pueda soñarse, del siglo X, hoy campanil cristiano. Esta iglesia de San José, construida en el lugar que ocupaba la aljama al-Murabitín (mezquita de morabitos o ermitaños) es una de las más antiguas de Granada, pues se empezó a construir en el siglo VIII. El alminar es lo que queda de la antigua mezquita.

Taberna del verdugo

Subíamos a veces, Calderería arriba, con Rafael Guillén y Pepe Guevara, y todos los amigos, y Nina, la mujer de Rafael (queridísima Nina), empujándole al cochecito con la primera hija, por el difícil empedrado. Y ya entonces

Rafael conseguía trípticos de prodigiosos sonetos, y después, el más hermoso tríptico de hijas que nadie pudo soñar. Subíamos a veces, digo, hasta esta placeta de San Gregorio, taberna «El 22», vino costa.

Antonio el malagueño, dueño o empleado de la tasca, genial cantaor, nos hacía flotar enardecidos con los sonidos profundos de los cantes de su tierra. Y, a veces, te asomabas a la puerta, y en contraste, oías el coro celestial de las monjitas de la iglesia de enfrente. ¡Qué bien sonaba el latín albaicinerero de las monjitas de San Gregorio en la alta noche de los salmos cantados!

Pero a aquella taberna nosotros le llamábamos la taberna del Verdugo. Llegaba *el Verdugo* (¿pero es posible que existieran todavía verdugos oficiales?) como escapado de otro siglo, desde el musgo y las tinieblas de imaginados sótanos de la Audiencia próxima, llegaba con su sombrero y capa negra, tremendamente serio y silencioso. *El Verdugo de Andalucía*, lo llamaba la gente. Pedía su copa de vino y se despoblaban sus alrededores. Antonio quebraba su cante, flotaba como un aire maldito sobre los espacios vacíos del mostrador, y creo que no respirábamos hasta que no salía, silencioso y lento hacia Dios sabe qué oscuros mundos de tragedia.

Volver a empezar

Yo volvería a empezar, cuesta arriba, por nuevas plazas y placetas perdidas, en el retorno de lo vivido, en el descubrimiento sin final de la belleza. En el Albaicín son innumerables las placetas; a veces tengo la impresión de que se forman de manera natural en una noche; pasas por tal calle y encuentras una placeta que ayer no existía. Suspira una calle y nace una placeta, como si se ensanchara un poquito con el suspiro, o como si un vecino echara su casa para adentro temiendo que le bese la niña el vecino del balcón de enfrente. Innumerables placetas, sus nombres en el recuerdo. Placeta de las Minas, los balcones de geranios más bellos del Albaicín, a la sombra de las parras. Placeta de Bujones, al lado del tambor de San Cristóbal. Placeta del Cristo de las Azucenas, con aire de leyenda milagrosa. Del Comino, del Rosal, de Porras, del Conde, del Aljibe de la Vieja, del Abad, de la Almona... Placeta de la Charca, con sonos perdidos de la guitarra de *Juan el Ovejilla*. Placeta de la Albaida, entrada a la verea de Enmedio, que va al camino del Monte.

Yo volvería a empezar, pero lo dejaremos para otro día, me voy con mis recuerdos detrás de una recua de borricos areneros, camino de la placeta de San Gil, en las fronteras del Albaicín, a medio paso de la calle Elvira, para entrar irremediamente en la otra Granada.

EL MUNDO MÁgICO DE PEDRO
GILABERT

(198-)



(Foto: Rodrigo Valero)

Ideal, 5 y 12 de marzo de 1989 y *Revista de Humanidades y Ciencias Sociales del IEA*, 16 (1998), pp. 253-262.

EL MUNDO MÁGICO DE PEDRO GILABERT

Compañeros en la amistad hacia Pedro Gilabert¹

Creo que Pedro sería un interesante motivo de estudio para etnólogos y antropólogos, también para críticos de arte. Yo, ni quiero ni puedo hacer que esto sea un estudio ni una crítica. No estoy preparado para trabajos de este tipo. Mi intención es hablaros del hombre y de su obra, apasionadamente, desde mi devoción y mi cariño. Poner mi palabra, el humilde temblor de mi palabra de poeta al servicio de su conocimiento, con el gozo de colaborar en estos días de homenaje, y con mi agradecimiento personal a todos aquellos que han hecho posible este acontecer.

Es justo, es noble, pero insólito, el hecho de homenajear a los artistas en vida. Un resquemor de fracasados, una indiferencia de incomprendidos, a veces los cobardes manejos de la envidia hacen que no ocurra con frecuencia. Por eso, los que han hecho esto posible, amigos del artista con tesón e iniciativa, autoridades inteligentes y atentas a lo verdaderamente valioso e importante, todos han dado un testimonio de lucidez y de honrada nobleza. Como amigo de Pedro Gilabert y como persona integrante en ese mundo de la creación, muchas gracias.

Trabajo manual del hombre

Hay una escala bien definida en el trabajo manual del hombre, y a las distintas situaciones de esa escala les da carácter la mayor o menor intervención del espíritu. El peldaño más bajo, y no lo digo con menosprecio al ser que lo realiza; me parece sagrada toda actividad, todo sudor cumplido,

¹ Conferencia pronunciada en la Diputación Provincial de Almería, el 5 de junio de 1986, dentro de las jornadas tituladas «Encuentros con Pedro Gilabert», patrocinadas por la Diputación en pro del Museo del Almanzora.

todo hombre en entrega. El peldaño más bajo en relación con la aportación de espíritu, digo, es el de simple obrero manual condicionado por el maquinismo y la rutina, que puede llegar a un extremo de deshumanizaciones y envilecimientos. Desde estos límites hasta el peldaño intermedio, a media altura, que constituyen las artesanías, hay muchas facetas. En las artesanías el hombre se realiza de manera más acorde con su condición de ser humano, con su potencial físico y espiritual que el ejercicio inteligente debe hacer crecer y desarrollarse para proporcionarle un gozo de frutos logrados. Y considero la palabra artesanía en un sentido amplio, no como el Diccionario de la Real Academia que recorta el concepto llamando artesano al “*que hace por su cuenta objetos de uso doméstico, de una manera personal*”, cuando la artesanía abarca toda la sabia y esforzada labor del campesino, labrar, hacer el queso, talar el árbol..., un sinfín de actividades, y toda la gama de oficios, del mágico trajinar del hombre por el mundo de los oficios infinitos: el herrero, el carpintero, el albañil, el alfarero..., oficios que cuando se realizan con amorosa entrega, con el gozo de cumplir una tarea que no sólo dé por resultado el sustento propio y familiar, con ser tan importante, sino que pueda colmar la dimensión total del hombre al sentirse repartido en el mundo, al justificar en los adentros su existencia, al ir dejando su esfuerzo físico y su aliento espiritual en la obra bien hecha.

El escalón más alto, la cumbre de esta escala de las actividades del hombre es el Arte. Cuando la aportación espiritual es máxima, cuando la imaginación es un llamear esplendoroso orlando de cálidas luces la búsqueda y el hallazgo, cuando el hombre, con sufrimientos y gozos, en parto transcendente, crea algo distinto y personal, sobrepasando los linderos del oficio y la rutina, transmitiendo una emoción estética, es indudable que se ha traspasado la frontera de la artesanía, del oficio bien cumplido, para entrar en los territorios del Arte. Por eso se ha dicho que «*el Arte es el motor supremo del Espíritu, considerando como la facultad creadora del hombre*». Y esto, todos lo sabéis, esta escala de actividades que conocemos por la historia, que hacen la historia del hombre, y que continúa desarrollándose en la tierra, y seguirá hasta el posible y misterioso fin de los tiempos, es algo conocido por todos, pero que quiero resaltar por dos razones. La primera porque al hablar de Arte, de las excelencias del Arte como actividad humana, estoy homenajeando (que es de lo que se trata) a nuestro Pedro Gilabert. El Arte es el resultado plástico de un canto a la Libertad y a la Belleza, y nuestro artista da testimonio cotidiano de este hermoso quehacer. Y en segundo

lugar, otra razón es que Pedro pasó por todas las escalas de la actividad manual del hombre. Y todo lo hizo bien. El fue obrero manual que tuvo que sufrir emigraciones, los exilios del hambre, por tierras africanas, francesas, americanas... Sufrió soledades, quedaron cicatrices, pero dio testimonio de su hombría de bien y volcó en otras tierras las esencias de artista que el mismo ignoraba, en su trato con otras gentes.

El hombre y su entorno

En Argentina, nos cuenta, fue algo así como capataz de indios y mestizos. Don Pedrito, lo llamaban. Se preguntaría aquella gente, la indiada, el peonaje, sobre la cual pesaba una historia de látigos y penas, la historia de los parias de América, de los parias del mundo -¿De dónde llegó este don Pedrito con el alma de azahar, extraño mensajero del pan y de la rosa, con sed de justicia en su concepto natural, hombre abierto y entero? Pedro Gilabert, ellos no lo sabían, era de un rincón del Almanzora, de una estirpe de campesinos almerienses que -mano abierta y corazón abierto- daban a su palabra categoría de ley natural, en la verdad y el amor, en la honradez frente a la vida.

En estas etapas andariegas de Pedro por el mundo se iría dejando el alma enredada en seres y paisajes, pero fue enriqueciendo su equipaje de vivencias, fue forjándose -sin saberlo- para su última arribada, para su llegada decisiva a los dominios del Arte.

La vida artesana de Pedro empezó en la niñez y aún continúa. Empezaría de niño, aprendiendo a mimar a una tierra pobre para hacerla fecunda, en ese tiempo del espionaje de los pájaros que tantas lecciones dan a los niños campesinos, lecciones de amor y armonía, y continúa ahora, cuidando su pequeña huerta, las habas, las lechugas..., enjaezando a una mula para ir en busca de la madera, y hasta haciéndose sus propias herramientas -labor de artesano para cumplir su gran labor de artista-

¿Cómo fue su llegada al Arte? ¿Cómo rompió el venero secreto de su impulso creador contenido? Me lo ha contado. Un hombre de la comarca (quizá sea ése del que voy a hablar más adelante) fabricaba arados romanos en miniatura; fueron a Albox en una feria, él con su familia, y un nieto suyo deseó que le compraran uno de aquellos arados, pero ya estaban todos vendidos y él se puso a trabajar la madera para hacer un arado para su nieto. De esta forma Pedro realizaba su mejor obra artesana para, a partir de ahí,

dar salida al fabuloso mundo de sus criaturas entresoñadas. Lo primero que hicieron sus manos fue tallar y ensamblar las piezas de este instrumento, el arado romano, que es algo así como el escudo de armas de la nobleza campesina, como el escudo de armas de todos los que pertenecemos a una estirpe labradora. A partir de aquel día ya tenemos al hombre en su febril tarea, pero hablemos de su entorno y de la materia a la que dará vida artística.

Su tierra y su casa, en Las Huevanillas, en Arroyo Aceituno, un afluente de sed del Almanzora, de esta rambla grande que llaman río, de este cauce dispuesto, preparado, como una súplica no atendida, en donde yo creí encontrar un día (lo digo en un poema de mi libro *Los regresos*) el esqueleto del último caballo como un símbolo de la definitiva agonía de la tierra:

El hambre de los cuervos
sobre las quillas blancas,
cuando guardaba el eucalipto su sortija de crines,
mientras las dentaduras conservaban su gesto
entre el sol y la arena...

Los cauces dormidos del Almanzora y sus arroyos son la yerma matriz de una tierra violada ferozmente por el sol. Espejo gris de muerte, pero propicio territorio del milagro, siempre en trance de resurrecciones. Esta tierra, o ceniza, o derribado escombro de luna, es una diosa que despierta ante la más leve caricia del agua y manifiesta sus secretas, infinitas fecundidades. Desértico dolor y repartidos, mínimos esplendores de oasis. En uno de ellos, Las Huevanillas, esculpe y sueña Pedro Gilabert. Se da el milagro artístico. Y el milagro vegetal. El milagro vegetal se da sin apenas la caricia del agua. Florecen las adelfas de los caminos gitanos de García Lorca, aquí se llaman baladre, planta maldita, ni siquiera ofrenda al mordisco de las cabras; flores gitanas de cauce y de camino -rosadas, blancas, rojas-, nacidas en un parto de arena, disimulando sed, como flores del mal en disfraz de hermosura. ¿En dónde está la vida? Intenta negarla la quietud mineral del lagarto, y una bandada de jilgueros que pasa de largo por unos vientos de emigración. Entre los árboles, en el privilegio de los pequeños oasis, es rey el olivo, mediterráneamente rey, en hereditarias monarquías del árbol, junto a la higuera de lijas y al limonero. Es distinto este olivo al de las ricas Andalucías lejanas, retorcido, en ahorro de ramajes con prevención de sequías, pero en sus ramas tiene rumor de vientos bíblicos y se siente árbol elegido, sabe que cuando

muera no será crepitar de llamas, montón de cenizas, que le esperan las manos redentoras de Pedro Gilabert para darle una eternidad de belleza.

El olivo es su materia, y también el mármol, el blanco esqueleto de la vecina Sierra de los Filabres; pero el olivo, su vieja madera, es predilecta y casi exclusiva materia en la labor del artista. Los diversos tonos de color, según la edad del árbol, serán elegidos según el carácter, en consonancia con el carácter, el tema o la significación de la obra. Trabajar con esta madera, centenaria a veces, da seguridad de permanencia, de que no sufrirá deterioros con el paso del tiempo. Yo he pensado, he soñado, he llegado a la conclusión de que el mismo Pedro es un olivo, un olivo que un día se echó a andar, y que entró plenamente en los territorios del amor, es decir, en los territorios del gozo y del sufrimiento.

Mis visitas a Pedro

Subiendo por Arroyo Aceituno, buscando la casa del artista, yo casi siempre me he perdido. *-¡Por allí, por donde está el algarrobo, a la izquierda!*, me grita un hombre sudoroso que siempre aparece en el momento de mi pérdida, como un misterio en aquellas tierras de soledad. Y llego a Las Huevanillas. Me recibe María, la esposa de Pedro. Casi todo artista tiene, providencialmente, detrás una mujer que cuenta, tasa, calcula..., es necesaria para la supervivencia del artista. Pedro y María reciben al visitante con el pan y el vino sobre la mesa, con ese antiguo calor de humanidad que es común a todos los pueblos primitivos de la tierra, y que aún conservan nuestros viejos campesinos. A Pedro lo encuentro casi siempre en su estudio; una especie de reducida cochinería sin ventanas, de techo bajo, con las herramientas hechas con sus manos por el suelo, con troncos a medio tallar, con olor a maderas heridas. Este insólito estudio está en el jardín, en ese jardín que es el corazón de su pequeño oasis. Pedro entra y sale de realizar sus sueños, acariciando a los geranios. Al lado del jardín hay un pequeño huerto en donde cultiva habas, ajos, lechugas... en donde pervive su vocación huertana. ¿Por qué no abandona Pedro su lóbrego cubil y se sale a esculpir al sol, a la sombra del parral, en cerco de geranios?. Acaso necesite huir del sol, de la llamada de las flores, del concierto absorbente de los pájaros, para que lo cerque el mundo mágico de sus seres soñados, para ir pellizcando a la madera y hacerla sonreír o entristecerse.

¿En dónde estudió...? ¿Qué artistas fueron sus iniciadores...? ¿En qué libros bebió ideas? ¿En qué museos descubrió estilos? Fue sólo la Vida su gran maestra, sólo supo lo que le daba y quitaba la Vida diariamente, mitad angustia, mitad primavera. El dolor, el gozo, la soledad, el estar sumergido en la Naturaleza, las emigraciones... ¿No es bastante? ¿Puede suplirse de alguna forma la falta de la «otra cultura», el conocimiento profundo de lo que han pensado, sentido, pintado, esculpido los hombres en tantos siglos de historia? Yo creo que artistas como Pedro tienen predestinado un ángel especial; deben de existir ángeles especiales para estos casos, que soplan al oído, que suplen la falta de un bagaje intelectual, que extienden la blancura del ala sobre la parcela desierta. Por eso Pedro puede hablar durante horas de cualquier cosa, exponer su santoral, o aclarar incógnitas sobre seres extra-terrestres, o describir monstruos marinos. Y no con charlatanería vana, sino con la lengua ingenua de un niño, atendiendo al soplo del ángel.

Pedro es uno de los seres que he conocido con mayor «cultura en la sangre», esa cultura no libresca, transmitida en los genes, en siglos de civilizaciones, de la que nos habla García Lorca refiriéndose a los campesinos andaluces o al genial cantaor Manuel Torre. Sus ojos picassianos, profundos, guardan sus álbumes secretos con infinitos seres y paisajes. Yo a veces creo, lo he dicho en otra ocasión, que esculpe con sus ojos, que se remansan en mansedumbre, cobijando mareas de ternura, pero que, a veces, son un acero oscuro que perfora y llamea por los dominios de la madera. Nos habla Pedro y descubrimos frisos con habitantes clásicos en su alma planetaria. Ríe como ríen los niños y las aguas en tromba; su risa no es superficial jolgorio, sino su explosión vital, su manera de manifestar sus emociones, y por eso tememos que cuando ríe se nos muera entre los brazos, falle su corazón débil y poderoso a la par. En las palmas de sus manos, erosionadas en la caricia y el sudor del trabajo, podría estudiarse, como en un mapa de viva epidermis, toda la historia del hombre sobre el mundo, desde los primeros pobladores.

¿Qué edad tiene?, me preguntaban la otra tarde. Y yo contestaba con una sonrisa, alzando los hombros. Este hombre, como todo artista verdadero, no tiene edad; no sufrirá su gráfico vital (ya se está viendo) ese descenso en ilusiones, vigor de espíritu, vigencia de deslumbramiento, panorama de auroras, que van perdiendo normalmente los hombres. El paso del tiempo no vence a los artistas, tampoco lo vence la muerte, sólo les para el corazón.

No es extraño que un ser tan entrañable, de tan insólitos poderes y ternuras, haya conquistado el alma de los poetas. Dice Juan José Ceba, iluminado por el espíritu vivo de la obra de Pedro, que sus «*olivos respiran y empañan los espejos*». La palabra de este poeta se hace saludo y reconocimiento: «*Llegaste pedro-dios y a punta de navaja primitiva pusiste a hablar a este campo de olivos que circunda tu casa*». Cala Juan José en el desvelo artístico, fecundo, del artista:

*“Las noches amarillas te arrojan de la cama,
tienes pájaros rojos bulleando en el cerebro,
te picotean, te asaltan, chillan,
quieren nacer
tus pájaros de olivo”.*

Y en esta estrofa, perteneciente a un largo y profundo poema, nos da la clave y las razones de toda la obra de Gilabert:

*“Cómo crecen las formas en lo que tú respiras,
en lo que tú contemplas con los ojos del tiempo,
ojos de la aventura sabios y decididos
a mirar en la oscura cavidad de la infancia”.*

Domingo Nicolás juega con el verso, en juego paralelo al del artista, con agilidad y gracia, lleno de admiración y de sorpresa ante sus seres:

*“Juguemos a la baraja
cantos de sal y pimienta,
puro canto de navaja:
Juguemos a la baraja,
labores de tu herramienta.
Temeraria dualidad.
Trotacabra, trotaoveja,
sois en la misma unidad,
capricornio, ojo sin ceja.
¡Oh!, aventura elemental.
Juguemos a la baraja
cantos de pimienta y sal”.*

O también, bucea su asombro por el santoral gilabertino y se resuelve en salada pirueta poética:

*“Oh, Jesús de Gilabert
-gláuco Cristo medieval
con ojos de par en par
y con falda de escocés...!
¿quemé yo tu catedral?
Pudo ser,
y tú la intentas salvar”.*

Todo escritor, todo intelectual, que se ha asomado al alma de Pedro Gilabert y su mundo, ha gozado cumbres de deslumbramiento. José Luis Muñío dice: *«Atónitos miraron los mortales este nuevo mundo recreado y vieron que era bueno».*

Y Ángeles López acierta cuando apunta: *«Junto a su simplicidad hay un empuje revolucionario».* Y Miguel Ángel Blanco, en visión certera: *«Pedro Gilabert mantiene la especial inocencia de la raíz del árbol y establece un diálogo con su forma de interpretar la eternidad del encuentro entre materia y la propia idea».*

Cuánto me hubiera gustado escuchar un diálogo entre Pedro Gilabert y Jesús de Perceval! ¡Tan distintos y distantes...! Jesús era un hombre del Renacimiento y esto lo dice todo; el Renacimiento abrió puertas en todas las murallas para salir al Siglo de las Luces. Pedro Gilabert es anterior, está por los linderos de la prehistoria; el alma de Pedro Gilabert es una vidriera medieval en la que siempre canta un pájaro románico. Distintos y distantes, pero ambos modernos en el sentido justo de la palabra, en creación cotidiana para el hombre recién nacido y para el que tiene que nacer.

Ahora sueño y reproduzco el encanto de ese diálogo imposible; se metió por en medio la espada de la muerte y ya no es posible el profundo enfrentamiento entre dos edades del mundo, con un alíño de sensibilidades supremas que habría sido esa conversación soñada por mí, entre Jesús de Perceval y Pedro Gilabert.

¿Existen otros artistas parecidos, sin formación académica, sin (lo que es más importante) la forja autodidacta de conocimientos y contactos con las realizaciones del Arte en la Historia? Es indudable, de vez en cuando

tenemos noticias de alguno, perdido en cualquier rincón de España, y fuera de ella. Yo he localizado, en mi reciente viaje por América a un artista similar por Iguazú, en donde se derrama el Amazonas en hermosísimas cataratas -tierras antípodas de las de Pedro-, en donde convergen las fronteras de Brasil, Paraguay y Argentina. En Cerricos, aldea de Oria, próxima a las tierras de Pedro, trabaja la madera Antonio Marchán, en una artesanía que para pasar a ser Arte le falta el soplo de la imaginación, el poder creador. Antonio Marchán hace delicadas sortijas de hueso de melocotón, miniaturas con huesos de aceituna, arados, instrumentos cotidianos, preciosos objetos de adorno... Es un miniaturista con paciencia oriental, con la virtud de una habilidad exquisita.

El producto artístico de estos seres elementales, con un bagaje cultural parecido, en principio, se parece, y no es cierto que tengan unos influencia de otros; no se conocen. Se parecen sus obras por la misma razón que se parecen las pinturas rupestres de todas las cuevas prehistóricas del mundo. Cuando los hombres están en circunstancias de sensibilidad y cultura parecidas sus realizaciones son parecidas. A pesar de todo, por encima de estas consideraciones, creo que nuestro artista no tiene par, como todo artista verdadero, que es ejemplar único e irreplicable por razones de la personal gracia de su imaginación poderosa.

La complejidad de sus realizaciones

Adentrémonos por su obra. La lectura de *Teoría y juego del duende*, de Federico García Lorca, esa preciosa conferencia que dio el poeta, tan sutil y esclarecedora, nos ayuda a comprobar que la maestría, las facultades y la técnica (con ser importantes) no es lo que nos cautiva y nos importa en esta obra; es el duende, ese difícil y alado aliento que ha puesto el escultor. «*Todas las Artes son capaces de duende*», dice el poeta, y aquí, entre estas maderas labradas, está el duende, el «*espíritu de la tierra despertando por las últimas habitaciones de la sangre*». También, y todo está en relación, da valor indiscutible a esta obra su gran poder de sugerencia. En un poema, un cuadro, una escultura, una sinfonía, en cualquier obra de arte el poder de sugerencia es fundamental, y esas esculturas abren ante la sensibilidad del que las ve con ojos de caricia creadora, abren, digo, muchos caminos a la sugerencia, a desvelar gozosamente sus secretos y símbolos.

Por su temática y significado podría clasificarse la obra en tres partes muy complejas pero muy diferenciadas: el santoral, la fauna y los juegos. Es prodigioso su santoral, desde crucificados que parecen un rescate de escombros medievales, hasta esos santos humildes, anónimos, con sorprendidos ojos por encontrarse de pronto en este mundo, de la mano de Pedro, con ojos de sorprender auroras, con ojos de aves saliendo del reinado de la noche... Todos esos santos y cristos tienen su historia original en boca de Pedro, un tanto apartada de relatos bíblicos y libros de devoción, historias híbridas de liturgias con ensoñaciones. Pedro escribe, esbozó su novela autobiográfica, anotó sus recuerdos de la guerra... y los que hemos recibido cartas cuyas sabemos que tiene la pluma desenvuelta y expresiva. Digo esto porque él quizá debía escribir su particular tratado de Teología, ahora que no hay peligro de inquisiciones. Podría titularse «Tratado de Teología por el heterodoxo don Pedrito Gilabert».

Sus santos a veces llevan sobre el vientre un santo niño, y en la espalda colgado otro santo, y, entre santo y santo, guirnaldas, ramos de flores, escorzo milagrero de pájaros. ¿Se trata de aprovechar bien la madera, de no dejarle desvalidas zonas, huérfanas de la gracia del Arte? He dicho en otra ocasión que Pedro estaba reinventando las mitologías... Mitología y Religión se enlazan en sus planteamientos. Leemos en los *Diálogos* de Platón que en un banquete dado a Sócrates, con motivo de haber sido premiada su primera tragedia, se dialoga entre los asistentes sobre el Amor, y Aristófanes, poeta cómico pero profundo, inventa una leyenda sobre su origen. Según él existieron unos seres llamados «andróginos» que comprendían en el mismo ser la doble dimensión del varón y la hembra. Eran seres fuertes, satisfechos, capaces de felicidad por sí solos. Cayeron en un pecado de soberbia y Júpiter, en castigo, los desgarró en dos. Desde entonces existe el hombre y la mujer buscándose incansablemente, con la nostalgia de su estado primitivo. Es una antigua, espléndida leyenda, que llega a una conclusión verdadera. Para realizar nuestro artista esos seres con dos caras, con varias fachadas, podría pensarse que se ha inspirado en el relato de Platón, cosa imposible porque nunca leyó a Platón, que yo sepa, o en el misterio de la Santísima Trinidad, cosa tampoco probable por no ser él muy dado a meditaciones agustinianas. Esos complejos seres de Pedro Gilabert nacieron del poder desnudo de su imaginación y son resultado de dogmas y mitos presentidos, y la espada de Júpiter no prevalecerá sobre ellos porque están tallados en olor de santidad.

Decía yo que Pedro debía de escribir un tratado teológico, también debía escribir una Historia de España. Es largo el repertorio, dentro de su obra, de personajes históricos y son muy personales y sustanciosas sus explicaciones sobre el asunto. Son sabias sus exaltaciones, sus críticas y hasta sus anacronismos. Sería una historia muy distinta de la Historia sagrada de España de nuestra niñez, de las historias negras, de las historias mágicas, del gran potaje nacional ideado por don Benito Pérez Galdós... No se le aparecería el espíritu de don Américo Castro para recriminarlo, sino para darle la enhorabuena.

Hablemos de otra faceta de su obra. He dicho en otra ocasión que estaba enriqueciendo mágicas faunas imaginativas. Su reserva personal de seres nacidos del cruce de animales reales y soñados es asombrosa. Desde la gracia alada de pájaros que nos recuerdan a el «pájaro lunar», que canta y sobresale entre la obra escultórica de Miró, hasta esos monstruos dominados en su reptil ferocidad, hay toda una gama de seres prodigiosos. En algunas de estas esculturas se libra esa gran batalla del siglo XX entre lo abstracto y lo figurativo.

La riqueza de sugerencias que provoca esta fauna irreal es asombrosa. Pongamos un ejemplo: fijémonos en ese animal mitad marino, mitad terrestre. Dos seres en uno, en perfecta simbiosis y complacencia. Explica Pedro: cuando está en el mar su mitad marina mantiene y deja un descanso a su mitad terrestre, y cuando está en la tierra, al contrario. Como una interpretación de los sueños podemos adentrarnos en lo que esto puede significar. En el subconsciente del artista, es indudable, se forja la idea de este ser, consecuencia de la sed de libertad en el tiempo que tiene el hombre, de crecer su tiempo para el ocio, de crecer su tiempo para una actividad creativa, restándolo del que ocupa el trabajo obligado, casi nunca aceptado vocacionalmente, para el necesario sustento. Sueño de paraíso. Así, el hombre, una vida en el mar, otra en la tierra, en desentendimiento posible y constante de los vulgares quehaceres cotidianos. Milagro de una doble vida, a la par y distinta.

Las sugerencias son infinitas, mi tiempo para esta exaltación de Pedro Gilabert debe ser limitado. Pasemos a otro capítulo de su obra, yo lo llamaría el capítulo de los juegos. ¡Cómo ha debido divertirse el artista alzando esos castillos de muñecos articulados, malabarismo y primavera, en alardes de gracia y movimiento! ¡Función circense!

¡Pasen, señores, pasen! ¡El monstruo de las tres cabezas, los hombres-pájaro...! Y también las travesuras, el ingenuo erotismo, esas fornicadoras chicas de la discoteca, los boxeadores, la pasión deportiva... Está claro que muchas de estas obras las realiza el artista para gozo, para propio divertimento, desconfiando que un comprador burgués pueda llevarse algo que sería la vergüenza de la casa... Y para que estos trabajos realizados por el niño artista que en realidad es Pedro, emplea maderas claras de olivos jóvenes, sin la oscura veta solemne predestinada para empeños más serios.

Hay quien cree que el artista imita, para realizar parte de su obra, trabajos hechos por los indios y vistos en su estancia en América. Él asegura que en América sólo fue a dejarse la piel y el sudor, y no vio arte indio. No puede discutirse su poder creativo, aunque es indudable que influya en su obra todo lo visto, pues no tuvo otro magisterio que su curiosidad ante la vida. Las artes populares y primitivas siempre impresionaron a los artistas; recordemos la influencia de las máscaras africanas en Modigliani y de la escultura negra en Picasso.

Hay en este artista un ideal clásico de belleza acomodado a la sensibilidad de los nuevos tiempos. Obedece al instinto y lo elemental se le convierte en mágico. Todo esto es muy importante, pero sobre todo está la dimensión de su personalidad irrepetible, su capacidad de ternura, la inmensa pradera de su alma abierta a la amistad y a la comprensión humana.

A lo largo de estas, mis humildes palabras en exaltación del artista, he citado varias veces a García Lorca. Será porque pienso lo que hubiera gozado Federico si hubiera encontrado en su circunstancia vital a Pedro Gilabert, será porque dejó claves en su obra para comprender a seres tan elementales y profundos como nuestro artista. Puede ser que el espíritu de Federico García Lorca flote sobre nosotros, convocado por mí, con el recuerdo de que se cumplen hoy años de su nacimiento, de que un cinco de junio de hace ochenta y ocho años vino al mundo uno de los poetas más grandes de todos los tiempos.

Pero también los poetas se equivocan. «*Se equivocó la paloma...*» «*También la primavera se equivoca*», digo yo en mis versos. Se equivocó García Lorca cuando dijo en su elegía en la muerte de Sánchez Mejías, del torero Ignacio Sánchez Mejías: «*Tardará mucho tiempo en nacer si es que nace, un andaluz tan claro, tan rico en aventura*». En Andalucía hay una estirpe de

seres propicios a que se dé el milagro, un milagro de claridades supremas y de caudales de aventura. La existencia de Pedro Gilabert lo confirma.

Y quiero terminar con un soneto que le hice hace tiempo, y que repetiré siempre, porque para mí es como el padrenuestro de Pedro Gilabert:

La boca de los hornos, la besana,
lo fecundo, lo puro, lo primario
se ensancha con su aliento milenario,
cruce de ruiñeñor y de campana.

En su corazón guarda cuanto gana,
un oasis creador en lo estepario.
Es un prodigio este hombre-relicario
que se viste de sol cada mañana.

Hizo fecundo el cauce al Almanzora.
Se encarna en la criatura que diseña
cumplido ya el sudor, su amor cumplido.

Niega ocasos y nace en cada aurora.
Es Pedro Gilabert que esculpe y sueña,
joven el corazón y malherido.

SUEÑO DE ARENA

(1999)

LAS CIUDADES PERDIDAS DE MAURITANIA

Expedición a la cuna de los Almorávides

Mauricio Pastor Muñoz y Manuel Villar Raso
(editores)

Las ciudades perdidas de Mauritania. Expedición a la cuna de los almorávides. Edición de Mauricio Pastor Muñoz y Manuel Villar Raso. Granada, El Legado Andalusi. Pp. 193-204. Reproducido en *Revista de Humanidades y Ciencias Sociales del IEA*, 17 (1999-2000), pp.317-330.

SUEÑO DE ARENA

Dulce empezaba la aventura¹

Es difícil dar una fiel impresión de lo vivido, de momentos difíciles, esperpénticas situaciones, infinitos descubrimientos y asombros, de las situaciones sublimes, cómicas o felices. Pasada Melilla, al llegar a la frontera marroquí quedó parado el tiempo, atrás dejábamos el sentido occidental de la prisa y quedaban inútiles relojes y calendarios. Es la impresión que siempre sentí en la llegada a un país árabe: el desprecio del paso del tiempo. En este viaje la impresión se iba a acrecentar por diversas circunstancias. En la frontera, policías y aduaneros daban vueltas, al parecer sin sentido, alrededor de la larga fila de coches que llegaban desde Melilla. Al fin pasamos, ya entrada la noche, y al llegar a Nador buscamos un restaurante, quizá soñado por algún expedicionario, en donde dijo encontraríamos los más excelentes frutos del mar y de la tierra. No había abierta ninguna casa de comidas y la ciudad dormía en silencio. Sólo encontramos una confitería: era un establecimiento que permanecía misteriosamente abierto, como esperando nuestra llegada; bien surtido, con tenderetes a la puerta, en donde pirámides de pasteles chorreaban melazas oscuras bajo luces parpadeantes. Algunas moscas, que hacían pensar en enjambres diurnos, quizá las más golosas del pueblo o las

¹ El autor tomó parte en la aventura de un viaje a Mauritania, en busca de las ciudades perdidas de donde procedían los almorávides que invadieron Al-Andalus; expedición organizada por un grupo de profesores de la Universidad de Granada, en la primavera de 1993, con fines de investigación sobre los orígenes de un pueblo que tuvo gran influencia en nuestra cultura.

Este artículo narrando episodios, momentos cómicos y mágicos de esa hermosa y arriesgada aventura, con simples pretensiones anecdóticas, forma parte del libro *Las ciudades perdidas de Mauritania. Expedición a la cuna de los Almorávides*, libro escrito por todos los expedicionarios y editado por Mauricio Pastor y Villar Raso, bajo el patrocinio de la Universidad de Granada, la UNESCO y el Legado Andalusi, 1996.

más noctívagas, correteaban sobre los mostradores, ahítas y nerviosas. Estaba claro, aquella nuestra primera noche africana, toda nuestra soñada cena se reduciría a un postre. Debido al apetito y a la reconocida excelencia de la dulcería marroquí; vencida la primera impresión de rechazo, nos entregamos al deleite pastelero. Dulce empezaba la aventura.

Carceleras

En Argelia vivimos un ambiente de cautiverio. Conseguimos avanzar por el desierto argelino, pasar controles militares, muy frecuentes, en que nos apuntaban metralletas de soldados prevenidos tras parapeto de sacos terrosos.

Al fin Béchar, la primera ciudad argelina. La llegada al Hotel Antar era promesa de descanso y lujos, dentro de la oferta que teníamos en el itinerario: ducha y comida a la carta. Era imposible sospechar que en esa ciudad y ese hotel sentiríamos la sensación mayor de cautiverio. No podíamos continuar viaje; sin un permiso especial no era posible salvar los próximos controles. Pasamos varios días en interminables esperas y tensiones que deterioraron nuestra libertad.

Una tarde salí del hotel en busca de los compañeros que realizaban gestiones, intentando aclarar rumores sobre la solución de nuestra ya larga detención, y encontré a Paco Ortega, el geógrafo, gran cantautor, que alternaba a veces el relato de la dura aventura geológica del continente con algún que otro cante flamenco, lanzando una granaína a tres moritas que nos espiaban curiosas y sonrientes, asomadas a las rejas del hotel, como queriendo escapar de un harén secreto. Yo le pedí que cantara carceleras, un cante más apropiado con la situación, y Paco alzó su voz poderosa, con melismas y desgarros, sintiéndose protagonista pleno de un destino de cautiverio. Las moritas de Argelia, tapando y destapando sus bellos rostros, entre la aceptación y la huida, aparecían y desaparecían del marco de la ventana, emocionadas y felices.

Tambores de fiesta

Al fin conseguimos liberarnos de Argelia gracias a la ayuda saharauí. Ellos nos llevaron al territorio que ocupan, cercano a Tindouf, y grande fue su hospitalidad. Nos llevaron hasta su Centro de Bienvenida, en donde reciben a los amigos, a los viajeros de buena voluntad. Allí estaba una numerosa

embajada canaria, que había llegado con vehículos cargados de medicinas y víveres y otro grupo de jóvenes socialistas alemanes.

Entrada la noche se organizó una fiesta en honor nuestro. Nos habían instalado en una jaima, vecina a las que ocupaban canarios y alemanes, en donde ya había varias mujeres preparando el té con sabiduría en airearlo y condensar sabores. Las jaimas formaban un círculo y en su centro se alzaba un tablado en donde cantaban y bailaban bellas mujeres. Quizá sus canciones eran poemas milenarios. Abidín Kaid Salah, representante del Ministerio de Cultura, que nos había sido presentado, junto con otras autoridades, me había dicho: -“El nuestro es un pueblo de poetas. Tenemos ahora muchos poetas y siempre los hubo: sus voces acompañaron, a través de los siglos, a nuestras gentes en sus gozos y tragedias”. Y yo pensé en los antepasados de estos hombres indomables en la defensa de su independencia, en legendarios sultanes azules que no basaban su autoridad en dictatoriales poderes, sino en la fuerza de sabidurías heredadas para dirigir a su pueblo en las singladuras nómadas, precisas, en el aprovechamiento de las misteriosas y pasajeras fecundidades de la tierra. Sultanes azules con su escolta de poetas, con equipaje lírico, con cargamento de “tasufas” conteniendo siglos de suspiros y voces curtidas en el amor.

Recostados en suaves almohadones tuvimos la sensación de estar en un paraíso, aunque a mí me vencía el cansancio, ya que la noche anterior era la primera que habíamos dormido en el desierto, comprobando que estaba pinchado mi colchón inflable y tendría que ir acostumbándome a la dureza del suelo africano.

Al fin se fue apagando la fiesta y, como obedeciendo a un mandato, todos fuimos acomodándonos para dormir, formando grandes parvas humanas bajo las jaimas que permanecían con sus faldas levantadas, estableciéndose un gran dormitorio internacional: las mujeres encargadas de hacer el té, las bailarinas, los jefes polisarios, los visitantes alemanes y canarios, y nosotros. Después de la fatiga, tras la fiesta, nos vencía el sueño. Próxima la madrugada me desperté y, quitándome de los oídos los tapones de cera que preventivamente me había colocado, pude escuchar un coro universal de ronquidos, cercanos y distantes, una abstracta combinación de sonidos, como de coral apocalíptica: ronquidos agudos, graves, con pretensiones solistas, algunos casi rumor en disimulos, trompeteros, aflautados, dictatoriales, con dulzura de susurro, dando lugar a un conjunto de anárquicas armonías –gran para-

doja-, como si un fantasmal director manipulara desde las nieblas del sueño. Entre turbado y divertido, volví a colocarme las tapaderas de las orejas, intentando volver a las silenciosas regiones del sosiego.

Al día siguiente, después de tomar el desayuno ofrecido por nuestros espléndidos anfitriones, fuimos a visitar los campamentos, a unos veinticinco kilómetros del centro de recepción.

Se componían estos de siete poblados que corresponden, según nos explicaron, a la población de las ciudades forzosamente abandonadas. Son poblados compuestos casi exclusivamente por tiendas de campaña. De pronto vimos a una gran muchedumbre que nos esperaba, al personal de multicolor vestimenta, de todas las edades, ordenado en larga fila para el recibimiento. Dejamos los coches a prudente distancia y nos dirigimos al encuentro. Nos recibieron dándonos a beber leche de camella, pasada de mano en mano en cuencos de coco, según el ritual, y fuimos recorriendo la larga fila, receptores de un testimonio de amistad. Estrechamos la mano de los viejos jefes de tribu, y vislumbré por sus miradas un paisaje de caravanas milenarias, perdidas en el tiempo y el dolor. Enjambres de niños corrían bulliciosos por la llanura, futuros protagonistas de un panorama incierto. Siempre me emocionaron las manifestaciones populares, nunca como en esta ocasión. Estábamos ante un pueblo sin patria, que sobre una tierra estéril y prestada nos manifestaba su amistad. Sonaban tambores de fiesta y guturales gritos de júbilo. No pude contener las lágrimas. Manolo Villar Raso, nuestro jefe, que estaba a mi lado, exclamó: ¡Julio está llorando! Fue entonces, cuando Alí, que nos acompañaba hasta Mauritania, vino hacia mí y me abrazó emocionado, agradeciendo con el abrazo mis lágrimas por el infinito desamparo de su pueblo.

Meta placentera

En el largo viaje hacia Mauritania nos acompañaron los saharauis como escolta y guía. Dos noches acampados con ellos. La segunda ha quedado más grabada en el recuerdo.

Dejando la pista, nos encaminó Alí hacia una especie de anfiteatro natural, escenario llano y sin vegetación, cerrado en círculo por extrañas y bellas rocas que parecían caparazones abandonados de inmensas tortugas. Aquel lugar, dijeron los guías, ya era desierto mauritano, aunque no habíamos pasado por ningún control fronterizo.

La fría noche, en extremo contraste con el calor diurno, me mantuvo desvelado durante mucho tiempo. Sobre la máxima desnudez de la tierra, cercado por la fantasmagórica sombra de las extrañas rocas agrupadas en círculo, resaltaba más ante mis ojos el grandioso espectáculo del cielo. Durante el viaje yo seguía un espionaje de la luna creciendo en esplendor, y en esta noche de acampada había logrado plenitudes, ejercía su reinado junto al protagonismo infinito de las estrellas.

Cuando desperté ya había algunos de mis compañeros liando sus bártulos y, apartado del campamento, un soldado de la escolta hacía su primera oración del día, en cambio de posturas ceremoniales. Me apresuré a organizarme el turbante, con la larga tela que nos habían regalado los saharauis. Yo, siempre torpe en indumentarias, incapaz de hacerme correctamente el nudo de la corbata, estaba asombrado del manejo que había adquirido al colocar el amplio paño de forma apropiada, cubriendo cabeza y rostro hasta dejar tan sólo un ojo en desamparo, necesario para avizorar el camino, como el más diestro de los tuareg. En este, como en otros detalles, notaba que iba despertando mi instinto de conservación en un medio tan adverso.

Dura fue la jornada. En Bîr Mogreïn nos despedimos de los guías saharauis, que volvían a sus campamentos después de jornadas de generosa compañía y, desde allí nos acompañarían soldados mauritanos, quizá a petición de Alí, ante las antesalas de nuestro objetivo, en acercamiento a las ciudades perdidas. Vimos pasar un tren minero, con vagonetas cual enormes féretros, cargadas de mineral. El invento ferroviario, en aquel paisaje, no parecía real, era como espejismo de fiebres viajeras.

Al fin llegamos a Zouerat, la ciudad minera, nuestra meta de aquel día. Se había adelantado buscando hotel nuestro jefe de expedición, junto con varios compañeros, entre ellos Virginio, nuestro buen intendente provisional, que tanto se preocupó de una buena distribución de existencias conserveras, tan necesarias cuando no había hotel a nuestro alcance. Cuando llegamos al lugar de reposo, agotados y sedientos, nos encontramos un gran mostrador lleno de vasos de cerveza fría, que nuestros adelantados habían dispuesto fuera servida para que gozáramos de las delicias de la sorpresa. La felicidad en esta vida no puede ser un estado placentero con continuidad en el tiempo; son momentos, espacios de tiempo en que converge lo deseado con lo poseído. No existe otra felicidad, y en este momento cervecero se dio

de forma suprema. La esperada realidad de la otra vida debe ser algo así como una cerveza infinita en los finales de una sed agotadora.

Ángeles en el desierto

Al llegar a Choum gozamos el espejismo de creer dominado el gran Sahara, y empezamos a confiar en la brújula siempre insegura del corazón. Por eso, prescindiendo de guía y escolta que nos acompañaron hasta allí, tomamos la ruta hacia Atar, primera de las ciudades perdidas, en conquista de los orígenes de nuestro pasado.

El grupo de especialistas de la expedición, ante la proximidad de metas, intentaba reconstruir en la imaginación la realidad cercana. El geógrafo tenía visiones anticipadas del trastorno apocalíptico que había organizado bellísimos paisajes en las montañas de Adrar. El arqueólogo soñaba cobijos con frisos de un galope de cebras. La ilusión del arabista era la biblioteca de Chinguetti, los manuscritos empolvados con memoria de Andalucías perdidas. Mezquitas de piedra se alzaban en los presagios del arquitecto, y casas de Oualata con primor de tatuaje en las fachadas. Desempolvaban objetivos los cineastas en ansiedad de imágenes nuevas, más allá del sufrimiento de las acacias y la sombra de camellos errantes. El profesor de historia antigua meditaba sobre la posibilidad de encontrar el dato perdido que podía enriquecer el conocimiento de la gran aventura africana. El pintor barajaba bocetos de pueblos muertos y tuareg solitarios. Había encontrado un supremo gesto de soledad el poeta por aquellos desvalimientos de la tierra y esperaba remansar un poema en el ámbito de las ciudades soñadas. En aquel tramo, decisivo hacia la meta, el equipo de expertos universitarios, después de cruzar los espacios desérticos de tres países, los desamparos de la tierra, reavivaba sus ilusiones en llegar a una meta recreada por largos estudios anticipados a los proyectos del viaje.

Cumplimentamos al gobernador de Choum que, dado lo avanzado del día, nos ofreció una jaima para pasar la noche, conocedor de que partiríamos sin guía, aconsejándonos salir a la mañana siguiente. Al negarnos, viéndonos impacientes, ilusionados por continuar viaje, sin atender consejos, cruzó su rostro una sonrisa enigmática, poniendo en su mirada sombras de duda e ironía. Aquel hombre sabía, conocedor de las traiciones de arena, testigo de muchos desamparos, que nunca conseguiríamos, por nuestra iniciativa,

llegar a Atar. Su mano nos señaló el camino que, a partir de las últimas casas, se extendía hacia horizontes sin medida.

La pista, simulando seguridades, sólo se adivinaba a través de pequeñas huellas no borradas por el viento, en efímero tatuaje que atravesaba la llanura. A nuestro paso se resolvía un crucigrama de lagartos buscando sus madrigueras, y en el cielo sólo vimos volar dos cuervos atentos a nuestro paso, planeando sobre la tierra muerta. Camellos solitarios se adivinaban a lo lejos, hacia Dios sabe que praderas soñadas.

Poco tiempo duró la apacible marcha de nuestra caravana; se endurecía la pista, dentada su superficie por eólicas erosiones, y saltaban con violencia los vehículos hacia una segura destrucción. Mejoraba el camino a veces, tan sólo en apariencia, pues ocultas lenguas de arena nos envolvían, frenaban los coches dejándolos casi sepultados, originando maniobras y esfuerzos para quedar de nuevo en condiciones de seguir la ruta. Esta situación frecuente, agravada en tramos que constituían verdaderos callejones de dunas, iban consumiendo nuestro tiempo y aumentando el temor a la noche.

En jornadas pasadas, de cara al cielo en los descansos de la marcha, después de haber seguido el espionaje de la luna, vencido por el cansancio, había soñado imposibles aproximaciones en las edades y las historias de la tierra: un encuentro con las legiones almorávides. Habían quedado dormidas las furias del desierto y era tierra mansa al galope de los caballos y al rodar de coches. La expedición investigadora se encontró con un revuelo de estandartes y una legión de antiguas gentes que se fundieron con nosotros en el abrazo, porque en las bondades del soñar se habían roto viejas y nuevas historias del mundo, y conquistas universales de paz habían logrado unificar la armonía en el amor de todos los hombres de la tierra.

Seguía nuestra azarosa marcha. La arena se hacía más dorada, dando al paisaje gesto de seducciones y, confiando en la marcha, con frecuencia terminábamos cayendo en los disimulos de la trampa. El sol derramaba sus furias, plegaba flecos de su melena, cuál león herido, buscando sus lechos de horizonte. Íbamos desconfiando de que su luz nos permitiera divisar los muros de Atar y su cenefa de palmerales. Se aproximaba la noche poniendo sombras tenaces en las dificultades del camino.

Llegaron las tinieblas por sorpresa, cual conspiraciones de una traición, y la luna en sus últimos menguantes encendió la debilidad de sus candiles. Emprendimos una marcha desesperada e inútil, arremetiendo contra las

dunas y la maleza, queriendo abrir imposibles carriles con los acelerados motores. Perdimos cualquier certeza de pista, volviendo sobre nuestras propias huellas, creyéndonlas de otros viajeros, en loca marcha circular. A veces, parábamos motores ante la impotencia, buscando un lugar en donde pasar la noche.

Fue frenética la búsqueda del espacio apropiado, al parecer inexistente en aquel territorio, hasta que desembocó la caravana en un pequeño espacio cercado de matorrales. Allí decidimos quedarnos. Se organizó la acampada levantando algunas pequeñas tiendas y desplegando sacos de dormir por las calvas del suelo. En aquel sitio, con dunas y matojos agrupados en proximidad, era peligrosa la estancia. Había despertado el desierto a su intensa vida nocturna, libre de hostigamientos solares, y un bullicio reptil, de innumerables seres secretos, se adivinaba. Se hizo el silencio pero nadie dormía. Los despertares del desierto se fueron intensificando en el transcurso de la noche. Crujían los matojos cercanos, cobijo de madrigueras, ante el paso de seres invisibles. Oíamos la presencia sigilosa, como rozar de sedas, quizá de víboras y alacranes, en la proximidad de nuestros lechos. Episodios de lucha y cacería, de innumerables seres nocturnos se adivinaba a nuestro alrededor.

En las singladuras del desvelo fueron varios los expedicionarios que advirtieron unos débiles puntos de luz en las lejanías misteriosas de la noche. Fueron al principio cual pupilas fosforescentes de un animal, en el desconcierto de las distancias, hasta que vimos claramente que eran dos faros de un vehículo que se acercaba. Muy lejos debían de encontrarse aquellos viajeros, y esto, unido a nuestra impaciencia, hacía interminable su aproximación. Llegó el momento en que el temor a que pasaran de largo sin advertir nuestra presencia, sin indicarnos el camino de Atar siendo, como debían ser expertos en la dificultad de aquellas rutas, hizo que nos desplegáramos para cortarles el paso. Pronto vimos que no era necesaria tal medida; venían como acudiendo a una cita previa, en dirección segura hacia nosotros.

Llegaron en un coche ligero con deteriorada carrocería y, parando el motor, bajaron a nuestro encuentro. Eran dos hombres negros, esbeltos, muy bellos, envueltos en túnicas azules. Nuestro compañero, el arabista, se adelantó para explicarles que estábamos perdidos y deseábamos nos indicaran el camino de Atar. Ellos sonreían y aceptaban nuestra propuesta con generosidad: encabezarían la caravana llevándonos hasta las puertas de la ciudad.

Iniciaron la marcha. Cuando alguno de nuestros vehículos quedaba atrancado en la arena, nos esperaban pacientemente hasta que solucionáramos la situación. Al fin, sorteando obstáculos, cumpliendo la andadura de un camino que sólo era posible con su ayuda, dimos vista a la ciudad perdida en férretro de arenales y brumas de historia. Nuestros guías nos señalaron sus débiles luces que parpadeaban ante nuestros ojos. Después, sin admitir recompensa alguna, dieron la vuelta con el viejo coche y ligeros, como sobrevolando dunas y matorral, desaparecieron en la noche.

La luna, renunciando a sus menguantes, creció de pronto y, por unos momentos, iluminó el infinito paisaje dorado. Bajo las túnicas azules que hacía flotar el viento, me pareció ver un relieve de ocultas alas. No cabía duda, nos habían ayudado dos ángeles de aquellos que aparecían y desaparecían por cualquier esquina del Corán o la Biblia, en los momentos decisivos en que el desierto amenaza con dominar el alma de los hombres o los gestos felices de la tierra.

Cunas almorávides

Quizá el momento de más ilusión del viaje fuera aquel en que guías sorprendentes, surgidos de la noche como aparición sobrenatural, nos pusieron a las puertas de Atar.

Llegamos a dormir al hotel “Los Almorávides”, como el que consigue un paraíso perdido. En el espacio cercado, las acacias alzaban sus ramas de verdor, orgullosas, como negadoras del parentesco con sus hermanas pobres del desierto. El dueño del hotel, de ademanes sosegados, más parece jefe de camelleros rescatado de otros tiempos, paciente conductor de caravanas, que hombre de hostelería. Sus pupilas dulces y sabias parecen amansadas por la vida.

Subimos al piso superior del edificio, en donde estaban los dormitorios. Entré con Rafael Guillén, compañero siempre de cobijo, en la habitación designada. Vimos con alegría que tenía elementos de aire acondicionado, y procedimos a nuestro turno de ducha. Habíamos pasado de pronto a la modernidad y el confort, aunque la puerta no podía cerrarse por estar deteriorada la cerradura, el sistema de refrigeración funcionaba de manera caprichosa y había un escape de agua en el cuarto de aseo que iba lentamente inundando el dormitorio. Era la conquista del oasis, y hasta esa pérdida de agua por avería, al parecer sin solución, que iba inundando nuestra habita-

ción bajo la amenaza de convertir en isla los lechos, era algo delicioso que invitaba a sueños felices.

Muy de mañana nos lanzamos al descubrimiento de la ciudad. Creo, para mí y mis compañeros, la visita de estas ciudades contenía la curiosidad y el misterio que debe darse en esos príncipes de reinados exóticos que conocen la novia el mismo día de la boda. Al salir del hotel tuve una agradable impresión, un saludo de tórtolas. Trazaban las tortolicas vuelos nupciales de unas a otras acacias, dentro del recinto de los alrededores del establecimiento, y su zureo prendía sonidos de paz en la mañana. Pronto comprobamos que no había acabado el desierto; una muralla defiende a aquel pobre hotel de un frente invasor de arenas en acecho, y por las calles, camuflada, remansada en aceras, en secreto asalto a los edificios, espolvoreando mercadillos y almacenes, astuta y mansa sigue la arena su labor invasora.

Tiene Atar avenidas destartaladas con viviendas de una planta, de aspecto provisional, y un mercado amplio de tenderetes y portales con la sinfonía de color de vaporosas telas invitando a envolver un cuerpo de mujer, policromía de cueros, alforjas camelleras, estuches para pipas con vistosidad de colas de ave tropical, metales labrados y toda la gama de una artesanía no muy variada pero rica y vigente en su uso cotidiano. La gente es amable, complaciente, respetuosa; nunca te abrumba queriendo imponerte la mercancía, como pasa en otras latitudes. Sigo afirmándome en el criterio de que la virtud principal de estas gentes es la elegancia, si le damos a la palabra un concepto profundo de sabiduría unida a naturalidad. Esa elegancia denuncia bellos interiores en que anida una hospitalidad heredada, un flujo de luz espiritual y una prolongación del ser en la Naturaleza, salvando tremendas erosiones, en prolongación de oasis. Estados puros de inocencia dañados tantas veces por las malicias occidentales, en las emigraciones forzosas. Nos rodean los niños. En la pureza de sus ojos mansos hay un inicio de desierto. Sabíamos que tienen hambre, pero ellos sólo pedían gorras y bolígrafos. ¿Cómo el gobierno no lleva un gran barco de gorras y bolígrafos para esa legión de niños hambrientos? Quizá, alguno de ellos sea capaz de escribir algún día la historia quemada de su raza, de su tierra dorada y pobre, de sus infinitas sequías.

Salimos hacia Chinguetti con prisas, pues la tarde estaba avanzada y había que cruzar las impresionantes montañas de esta región de Adrar, por el pasillo de Amogjar. Las dificultades del camino eran muchas, con variados

tropiezos, pero la ilusión del viaje era grande; por fin teníamos ocasión de conocer otro aspecto del desierto, alzado en montaña sorprendente, de piedra rota, por donde parecían asomar las vértebras vulneradas del esqueleto de la tierra. Bello era el camino hacia dos ciudades legendarias,

Chinguetti y Ouadane, defendidas en su intimidad por barreras de aridez. Quedan atrás cumbres y muelas, piedra triturada en donde un sol moribundo descansa sus melenas de fuego, en agonías de ocaso. Camino de Chinguetti llega la noche y las dificultades, como siempre, se agrandan, aunque llevamos la garantía de las pupilas vigilantes de un guía de Atar. Al fin, rotas las sombras por el faro de los coches, aparece la joroba de las dunas coronadas de piedras, los vencidos muros de Chinguetti, la enarenada y mítica ciudad, apenas vislumbrada entre sombras. Llegamos al hotel que es sólo dormitorio y consiste en un patio con palmeras alrededor del cual hay varias habitaciones. En vuelo de sombras, agigantada, cruza una lechuza por el alto laberinto de las palmeras, iluminada en un instante por los menguantes de la luna. Se oyen tambores en la lejanía y agudos cantos de mujer, colmando de misterios la noche.

Muy de mañana salimos en grupos al descubrimiento de la ciudad. El desierto la cubre casi por entero; aquí, más que en Atar, la arena va ganando la partida: se alza sobre tapias y muros, los enduna, los deja entre cautivos y sepultos. Las construcciones de piedra, sin argamasas intermedias ni repellos, tienen una elementalidad primitiva que las sitúa fuera de los ritmos del tiempo. Se acrecienta la sensación, más que en parte alguna, de que se paró el tiempo y quedó la ciudad y sus gentes en una permanente Edad Media del mundo.

Nos asomamos a una pequeña plaza y vimos en su centro a Jesús Conde, el pintor de la expedición que, abiertas sus carpetas, trazaba bocetos de la mezquita que tenía enfrente. Lo rodeaban los niños, asistiendo curiosos a los procesos de la acuarela.

La mezquita es pequeña, recogida, con entradas en arco, sin puertas, teniendo dentro humildad de alfombras que denuncian su uso. Emociona pensar las generaciones que allí remansaron alegrías y tristezas, en los hilvanes del sentimiento religioso. Está habitada de un viento espiritual de siglos, ungido por aromas de la piedra. El minarete parece figura única de ajedrez gigante que destruyó la bofetada de los alisios, quedando alzada entre derrumbes. Es impresionante su primitiva sencillez, su belleza humilde.

Seguimos callejeando por la ciudad semidesértica. Una indicación nos lleva hasta la puerta anciana de la biblioteca. Como en Oualata, en esta ciudad se guardan manuscritos en sagrada custodia, conseguidos a través de los tiempos, gracias al tráfico de caravanas en viajes a la Meca. La sabiduría de los hombres, religión y ciencia hermanadas en sus páginas. Un gran aliento espiritual se alza entre muros de pobreza. De regreso al albergue, encontramos por los arenales casas aisladas con verdes acacias en las puertas, denunciadoras de la felicidad del agua. Zureos en competencia llegan desde los árboles. Pronto descubrimos una ruta de tórtolas en vuelo, hacia crestas de arena por donde asoma el próximo palmeras del oasis.

Nuevas etapas de la sed

Se organizó la salida hacia Nouakchott con buenos ánimos. Se emprendió el camino en caravana, con la ilusión de tener por meta el mar, la ciudad cercana al océano. Encontramos un gran rebaño de camellos, el mayor que habíamos visto en todo el viaje. Estaban agrupados alrededor de un abrevadero, en las inmediaciones de un pozo. Varios hombres vigilaban sus movimientos. Nos habían asegurado que estos hombres, los camelleros, eran esclavos, que aún existía la esclavitud en Mauritania, no en camuflajes modernos, cosa tan corriente en muchas latitudes del mundo, sino conservando su estilo primitivo de dependencia absoluta. Viendo el aspecto de aquellos hombres, rotos por la soledad y la solanera, yo suponía la existencia de un señor regresando de los cuentos de *Las mil y una noches*, de un señor de harén crecido, abanicado por concubinas bajo las palmeras datileras de su jardín.

Continuamos viaje hasta Akjoujt, pueblo a medio camino, aproximadamente, entre Atar y la capital. Allí había que esperar a unos compañeros que habían quedado atrás con sus coches.

Montones de basura, cabras errantes, niños y moscas, un sol sin pausa... Nos adentramos en el pueblo y recorrimos sedientos unos cuantos pequeños comercios existentes y pronto se acabó la escasa coca-cola helada que había en desvencijados frigoríficos. El agua que llevábamos en los coches estaba a temperatura de ebullición. Aumentaba la sed. Rafael Guillén y yo divisamos a una mujer de color, de hermosa figura, y nos lanzamos en su persecución. ¿Qué pretendían dos poetas, en edad madura, persiguiendo a aquella nativa, con miradas de ansiedad? Andábamos detrás de la negra y alguien podía

pensar que nuestras intenciones eran eróticas. ¡No estaba el clima para ejercicios placenteros! Lo que nos llamaba poderosamente la atención era una gran bolsa de tomates que llevaba en la mano. Atormentados por la sed, aquella visión nos provocó el espejismo de un mar de gazpachos andaluces, y marchamos, en estado de hipnosis, tras las poderosas caderas de la mujer nativa. Al fin conseguimos llamar su atención y que nos vendiera un kilo, que devoramos ávidamente, aunque estaban a temperatura de patata recién cocida. Aquel refrigerio nos mantuvo sin la boca seca por algún tiempo y alivió humildemente nuestra estancia en Akjoujt.

Nos recogimos a la sombra de un edificio grande que debía ser un centro oficial. Fueron acercándose niños hasta nosotros, llenos de curiosidad, no habituados a ver viajeros.

Muchos traían en sus manos pequeños animales: una ganga de ojos asustados, una liebrejilla de color arena, lagartos mansos descansando sobre el hombro. Eran sus únicos juguetes.

Identifiqué, en este aspecto, mi niñez campesina con la de los niños que nos rodeaban. Entre los niños de mis tiempos de pueblo los juguetes predilectos y cotidianos eran los pájaros. Recuerdo el placer que para mí suponía, por ejemplo, el sacar del nido una calandria, desplumada y culona, e ir alimentándola con almendras picadas y saltamontes, hasta notarla crecer en mis manos, verla vestir su plumaje hasta llegar a la edad del trino. Nuestros niños, ahora, tienen horriblos juguetes de plástico y pasan largas horas ante los videojuegos, en empobrecedoras sesiones que robotizan sus mentes.

Pero no todo era esa feliz comunión con la Naturaleza. Mirando sus ojos, tras veladas sonrisas, había visto agazapadas tristezas de vencejo herido. Estábamos atravesando una nación hambrienta, curtida en disimulos, y mirando a los niños sentí la vergüenza de pertenecer a un país consumista y no suficientemente solidario con las desgracias del mundo.

Al fin, muy entrada la noche, llegaron los compañeros perdidos. De nuevo el desierto, perseguidos por los alisios, en frenética huida de los agobios de la sed, soñando un paisaje con bandadas de aves marinas, con la ilusión de un rumor de oleaje, hacia atlánticas redenciones.

A pesar de estar a finales del viaje, la certeza de metas próximas siempre oscilaba dentro de nubes de arena alzada en incertidumbres. Es la sensación que también sintieron los viajeros franceses, remotos en el tiempo, que cruzaron estos paisajes. Dice Antoine de Saint-Exupéry: *“Llevados hacia un*

futuro desconocido, a través del pensamiento de los vientos, por los latidos de nuestros corazones...”

Al fin ví el vuelo de una garza asustada por los finales de la ráfaga de luz de los faros, anunciando proximidades de litoral; una garza que quizá había sido arrastrada por fuerzas ignoradas hacia dormitorios no habituales. Pronto aparecieron las luces de Nouakchott.

Retorno

El tiempo previsto para el viaje se había dilatado por varios motivos y Rafael Guillén y yo teníamos que volver porque nos esperaban quehaceres no aplazables, por lo cual a la mañana siguiente de nuestra llegada a la capital fuimos a una oficina de viajes para adquirir los billetes de avión a Las Palmas.

Estábamos casi al final del viaje, aunque no era Nouakchott la meta final. Quedaba el sueño de Oualata, ciudad amortajada, con encaje de siglos en las fachadas pobres,alzada piedra a piedra en las ensoñaciones, a la cual había que llegar siguiendo la batalla del desierto, aunque sin la dureza de etapas ya vencidas, o quedaba, en caso de elegir el camino fácil hacia el próximo Senegal, adentrarse en territorios de plena negritud, con humedad de ríos, en donde empieza a sonreír en verdes la tierra africana, colorista y pajarera. En esto pensábamos paseando por la capital mauritana, moderna y bulliciosa.

Paseamos la ciudad. Los minaretes de las mezquitas alzan su esbelta modernidad. Las gentes caminaban con prisa europea, quizá por herencias coloniales. Empezamos a perder la sequedad agrietadora de la garganta y la nariz; se adivinaba el océano en los yodos del aire.

Había llegado el momento del regreso. Rafael y yo, madrugando en la aventura de volver, pedimos un taxi para que nos llevara al aeropuerto. Desde el momento en que nos montamos en el viejo automóvil hasta que nos subimos al avión, todo sucedió a ritmo acelerado de película cómica. Una densa nube de polvo nos envolvía, como borrón sobre el pasado, sobre un sueño de arena que tocaba a su fin, y en el que se habían alternado momentos de gozo y angustia, como en la vida. El conductor manejaba el coche con naturalidad, dentro de aquel estado de ceguera, como habituado a circular por una nube. Llegamos al aeropuerto y un grupo de muchachos, que parecía esperarnos, nos arrebató el equipaje sin mediar palabra, entrando al interior

del edificio. El aspecto de las pocas dependencias del aeropuerto era igual al de las más pobres de nuestras estaciones ferroviarias de los años cuarenta; me trajeron recuerdos de mi niñez en una posguerra de desamparos.

En la sala de espera había un pequeño puesto en donde vendían leche, naranjas y plátanos. Me acerqué para comprar algo con lo que hacer una frugal comida antes de emprender viaje. Los muchachos maleteros me tiraban de la camisa para que fuera comedido en mis compras. No se podía sacar ningún dinero del país y a sus manos irían a parar las ouguiyas (moneda mauritana) que nos sobrarian.

Hacíamos cola para subir al avión cuando vimos a nuestro compañero Paco Vidal, entre los pasajeros. Llevaba algunos días delicado de salud y le habían proporcionado a última hora, un billete para el regreso.

Volvíamos de la cuna de los almorávides, vencedores y gozosos. Yo, el más viejo de la expedición, rejuvenecido por las experiencias vividas, cerrando un capítulo emocionante de mi ya largo vivir viajero.

Paco Vidal, Rafael y yo, un arabista y dos poetas, volábamos sobre el costado occidental de África, cumplidos nuestros sueños de arena, bien doblada ente el equipaje la larga tela de los turbantes, y nos sentíamos lozanos, como sedienta maceta de geranios recién regada. Creció dentro del alma un gozo de regresos al divisar contornos de Gran Canaria.

OTROS RELATOS

PRIMEROS HOMENAJES A FEDERICO GARCÍA LORCA

EN ESTE AÑO DEL CENTENARIO DEL GRAN POETA GRANADINO, EN TODO EL MUNDO SE PROYECTAN ACTOS EN SU RECUERDO. Su universalidad es plena, y es justo y apasionado su reconocimiento.

Ya es hora de sosegadas reflexiones, de reconciliaciones cumplidas, y el recuerdo del poeta se alza, sin necesidad de bando ni bandera. Siempre tendremos el doloroso recuerdo de su muerte, víctima de una de las más crueles tragedias de España, y una interrogación martirizante ¿hasta cuándo y hasta dónde la plenitud creadora y sus frutos, de haberse cumplido su natural ciclo de vida?

Pero en este año del centenario de su nacimiento, sobre cualquier reflexión, debe vencer la alegría de haberlo tenido y de mantenerlo vivo en la maravilla inmortal de su palabra.

La revista *Sendas*

Es indudable que el primer homenaje escrito que se hizo en España al poeta fue la publicación de un número monográfico de la revista *Sendas*, revista que se hacía en Granada y de tan corta vida como casi todas las publicaciones que aparecían por aquellos años sin ayuda oficial. Fui redactor-jefe desde su salida y el cuarto número fue el dedicado a Lorca. Se hizo en edición especial, con ejemplares numerados, y estuvo en la calle en el verano de 1946, para conmemorar el décimo aniversario de su muerte.

Yo estaba en el inicio de mis estudios universitarios y nos reuníamos un grupo -pintores, poetas y amantes de la literatura- en una cervecería hace muchos años desaparecida, próxima a la calle Zacatín, y producto de aquella convivencia fue la revista. De los colaboradores en ese número algunos

seguimos escribiendo, otros abandonaron pronto su quehacer, como suele ocurrir entre noveles, muchos han muerto ya. Algunos enmascararon su nombre bajo un seudónimo, la mayoría dimos el nombre verdadero. Estos son, tal como aparecen en el índice: Luis G. Arcas Lorite, Manuel Benítez Carrasco, Miguel Cruz Hernández, F. del Darro (que era el director), F.S. Fábrega, José Gallardo Zapata (José Carlos Gallardo, que entonces firmaba así), Antonio Gallego Morell, Maruja García, Pascual González Guzmán, Luis Hernández, Ramiro de Javier, Cayo Tristaniello, Daniel Zegri y yo.

¿Cómo pudo autorizarse la edición? Parece ser que el director tenía relaciones de amistad con algunas autoridades del momento; lo consiguió y los participantes no salíamos de nuestro asombro. No nos dio explicación alguna, pero creo recordar que solamente se autorizaron cincuenta ejemplares numerados (para repartir entre los amigos, se dijo), aunque se tiraron muchos más fuera de control. Aún así, la edición fue muy limitada y, al agotarse, empezaron a correr los ejemplares de mano en mano por toda la ciudad. Alguien no me devolvió el mío, y mi búsqueda de un ejemplar, durante muchos años, fue inútil. En abril de 1997 leí en los periódicos que el Gremio de Libreros de Granada había donado la revista a la casa natal de García Lorca. Corrí en busca de Juan de Loxa, responsable de la Casa Museo de Fuente Vaqueros, y pude tenerla de nuevo entre mis manos, quedando ya en aquellos archivos, en el lugar que le correspondía estar.

Encontrarme con sus páginas fue como volver al corro de aquel grupo de jóvenes ilusionados que no nos explicábamos como podía autorizarse en aquellos tiempos, en que no se podía hablar públicamente del poeta, y mostrando algún poema que hacía referencia casi directa a la Guardia Civil. Recordemos que, de manera errónea, se atribuía, por esos años de noticias confusas, el asesinato a dicho Cuerpo.

Era una época en que apenas podíamos conocer su obra, solamente el *Romancero gitano*, *El libro de poemas*, y algunos versos inéditos que conservaban amigos suyos, como el que conseguimos para las páginas centrales de la revista, un poema inédito donado por el dibujante Garrido del Castillo. Los adolescentes poetas de aquel tiempo buscábamos a los amigos personales del poeta, llorábamos de emoción y rabia ante unos versos manuscritos, y escuchábamos anécdotas que iban configurando el genio y la gracia de su personalidad irrepitible.

Hojeando la revista se ve que, salvo algún trabajo en prosa con cierta calidad, las colaboraciones, en especial las escritas en verso, son producto endeble de nuestra insegura adolescencia literaria, pero ahí está ese grupo de voces jóvenes de aquel momento; las voces que, aunque de forma desconcertada, y con las veladuras producidas por temores justificados, fueron el primer homenaje y el primer grito sordo, de rabia, el primer llanto impreso que tuvo Granada por Federico.

Unos años después de la publicación del número de *Sendas*, en marzo del 53, el entusiasmo clandestino de una buena parte de la juventud universitaria granadina decide manifestarse organizando una semana de conferencias sobre el poeta. Se desarrolló en el Aula de Arte del Palacio de las Columnas -Facultad de Filosofía y Letras- y tomaron parte, entre otros, Santiago Navarro, Gregorio Salvador, Víctor Andrés Catena y Pascual González Guzmán. Asistieron familiares de Lorca, se desplegó una amplia vigilancia policial y la prensa granadina no silenció ese extraordinario suceso que quizá fue la arriesgada manifestación primera que se realizó en un espacio universitario. De ello da cuenta en 1987, en las páginas de *ABC*, uno de sus protagonistas, Gregorio Salvador, actual miembro de la Real Academia Española, que ya había sido colaborador de *Sendas*, aunque no del número dedicado a Federico.

Enlazan estos actos de admiración al poeta con otros que, organizados por los alumnos de Ciencias, se desarrollaron durante cuatro días en el Colegio San Bartolomé y Santiago, en mayo de 1968, y de los cuales da cuenta un grueso libro publicado por la Universidad de Granada. En su iniciativa fue importante la participación del profesor J.A. Ribas, e intervinieron Elena Martín Vivaldi, José Fernández Castro, Miguel Ruiz del Castillo, Gutiérrez Padial, Rafael Guillén, José G. Ladrón de Guevara, Trina Mercader y Juan de Loxa.

Es posible que algún otro acto se desarrollara en los medios universitarios y del cual no tengamos noticia por falta de publicidad, debido a los justificados temores de aquellos tiempos. Yo, ausente de Granada durante largas temporadas, no puede participar en esos actos junto a mis compañeros de generación, aunque tenga la satisfacción de haber roto el silencio junto a los colaboradores entusiasmados de la revista *Sendas*.

Homenaje en Sevilla

En realidad, el primer homenaje oral y público que se hizo en España, con participación popular y en la calle, se llevó a cabo en Sevilla, aunque organizado por iniciativa de un granadino, Luis Santiesteban, propietario de la librería «Al-Andalus» de aquella ciudad. Se realizó en una placita, junto al barrio de Santa Cruz, bajo los muros del Alcázar, que lleva el nombre de Mariana Pineda, y fue el 14 de octubre de 1968.

Como digo, la idea fue de Luis Santiesteban, quien hizo la gestión, consiguiendo un permiso de don José Utrera Molina, que era entonces el gobernador civil de la ciudad. Poco después publicó el Sr. Utrera un poema (quiero recordar que fue un soneto) en la revista *Caracola* de Málaga. Recuerdo que el tema de esta composición estaba basado en una anécdota vivida por el gobernador: éste, al acudir al escenario de un accidente de aviación, había encontrado el corazón del piloto intacto entre la hierba. Es posible que su inclinación a la poesía, descubierta por nosotros más tarde, hiciera que en esta ocasión la autoridad gubernativa se mostrara liberal y entusiasmada con la idea del homenaje.

El acto transcurrió sin incidentes, rodeado de un discreto aparato policial. Los poetas invitados, sevillanos o llegados de otros puntos de Andalucía, fueron: José L. Ortiz de Lanzagorta, José G. Ladrón de Guevara, Pilar Paz Pasamar, José María Requena, Joaquín Romero Murube, Juan Sierra, José Luis Tejada, Alfonso Canales, María de los Reyes Fuentes, Rafael Laffón, Domingo Manfredi, Antonio Murciano y yo. El ofrecimiento y glosa estuvo a cargo del granadino Ladrón de Guevara. Además, en pausas del recital, en los entreactos, dio Manuel Cano un concierto inolvidable, y don Antonio Mairena nos emocionó con su cante de trágica hermosura. También, deseando participar y haciéndolo con gran éxito, llegó desde Granada un grupo de gitanos del Sacromonte, capitaneados por Enrique «el Canastero». Las ilustraciones poéticas de Federico fueron recitadas por Antonio Sánchez Trigueros, que no pudo acudir y las envió grabadas, retransmitiéndose el acto por Radio Popular, en conexión con las emisoras de Almería, Córdoba, Granada, Jaén, Jerez de la Frontera, Málaga y Huelva. El epílogo estuvo a cargo del profesor P. Feliciano Delgado S.J.

Resultó un encuentro espléndido, y emocionaba el silencio de una multitud que rebasaba los lugares limítrofes: calle de San Gregorio y plaza de la Contratación. Yo recogí el acto en un poema, «Nana de Sevilla», que

al año siguiente sirvió para otro homenaje escrito, el de la revista *Litoral* en sus números 8 y 9 (doble especial), y después lo tomó Eduardo Castro para su libro *Muerte en Granada*. Aquel otoño sevillano quedó convertido en deslumbrante primavera de arte y pasión en el recuerdo de Federico.

Homenajes en Berja

Fue Berja, la ciudad almeriense, una adelantada en homenajear al poeta granadino en aquellos años difíciles que fueron aurora de la transición, aunque no se alcanzaran metas soñadas por el entusiasmo de sus organizadores. El 15 de agosto de 1975 se celebró un acto, dentro del programa de las fiestas del pueblo, presentado por José G. Ladrón de Guevara, con un recital en el que tomamos parte, junto a Guevara, Juan de Loxa y los poetas almerienses Juan José Ceba, Ángel Berenguer y yo. Juan de Loxa, actual cuidador y responsable de la Casa-Museo de Fuente Vaqueros, ya había homenajeado al poeta, dentro de esta década, en su prestigioso espacio radiofónico «Poesía 70», que se retransmitía por Radio Granada. También estuvieron invitados en aquella primera convocatoria de Berja, Canales, Ríos Ruiz y Pérez Estrada que, por una u otra causa, no pudieron acudir.

El acto resultó bien, aunque ruidoso y multitudinario, como corresponde a una fiesta patronal en un espacio abierto. Los festejos son propicios al jolgorio, a la diversión ligera, nunca circunstancia apropiada para recitales poéticos. Así lo entendieron los organizadores, y acordaron repetir la experiencia al año siguiente, en que se cumplía el cuarenta aniversario de la muerte del poeta, y hacerlo en lugar cerrado, abierto al pueblo pero no dentro de su corriente verbenera. El periódico *Ideal* da noticia, en su número del 1 de septiembre de 1976, y añade: «...*el Gobierno Civil comunica al concejal del Ayuntamiento de Berja, don José Luis Fernández, que se da por enterado del homenaje a Lorca que se pretende realizar en dicha localidad, lo que viene a suponer su tácita autorización*». Copio textualmente. En el programa del acto que se da al pueblo, se incluye la nota del periódico ampliada con frases de temor y advertencia: «*los organizadores se comprometen a mantener el orden público, pronosticando una asistencia de 250 personas*».

Llegó el señalado día 5 de septiembre de 1976 y nos presentamos Domingo Nicolás y yo, como poetas de Almería. De Granada llegaron jóvenes poetas: Justo Navarro, Javier Egea, José Carlos Rosales... El recital sería precedido por una conferencia del periodista Eduardo Castro. Hizo

un precioso cartel el pintor Jesús de Haro, que también nos acompañaba. Lo cierto es que se notaba en el aire que las prevenciones gubernativas eran mayores. ¿No gustó a las autoridades el acto del año anterior...? Según dijeron, momentos antes llegó un delegado del gobernador con los textos de los poemas que íbamos a leer y que habíamos enviado previamente a la censura, algunos mutilados, censurados atrocemente. Los poetas nos negamos a realizar el recital en aquellas condiciones. Parece increíble que en los últimos tiempos del franquismo y en los primeros de la transición, los problemas con la censura, y con los medios políticos reinantes, fueran mayores que en tiempos de primeras manifestaciones de reconocimiento y exaltación del poeta. Acaso ocurriera así porque en aquellos tiempos remotos, en que se publicaba *Sendas*, el régimen se sentía invulnerable y despreciaba, a veces, señales de vida en rebeldía.

El acto se salvó por la intervención apasionada de Eduardo Castro (quizá lo único verdaderamente politizado, a cuyo texto no prestó atención la censura, siempre sospechosa de los poetas...) y por el cante de Sorroche, que estaba también programado, y que tuvo momentos de hermosa grandeza. Los jóvenes poetas granadinos se fueron hacia Granada muy enfadados, sin aceptar la cena. Los demás sí cenamos, por aquello de que los duelos con pan son menos.

En Fuente Vaqueros

Llegó la libertad y la costumbre de celebrar cada cinco de junio el nacimiento de Federico, en su pueblo natal. Se unen nativos y visitantes en el recuerdo de este poeta de pueblo, tan universal, víctima del odio ciego, de la descomunal injusticia de una guerra civil. Su humanismo, su verdad, está en sus versos. Poco a poco se ha ido comprendiendo que es un poco de todos, para todos, como la primavera.

El primero de estos homenajes conmemorativos, reciente la inauguración de la democracia, fue el ya famoso «5 a las 5», cuya primera parte se desarrolló en el Hospital Real de Granada, bajo la autoridad poética de Blas de Otero, y con muchas actuaciones sobresalientes, entre las que hay que citar la de Rafael Guillén y otros poetas granadinos. Yo no pude tomar parte, como hubiera sido mi deseo, pero sí participé en la fiesta del 5 de junio de 1983. En esa ocasión fuimos invitados un poeta en representación de cada provincia andaluza, aunque alguno no pudo acudir. Los invitados fuimos:

Rafael Guillén, Fernando Quiñones, Alfonso Canales, Juan Bernier, Manuel Urbano, Fernando Ortiz, Carlos Muñiz y yo. Cantaron Enrique Morente y Amancio Prada.

Este 5 de junio de 1998, cumplido el centenario de su nacimiento, como ya es costumbre, todos los caminos hacia Fuente Vaqueros, bordeados por trigales y choperas con exuberancia de vega rica, se llenaron de gente en romería hacia el corazón de niño de Federico, dormido en el viento de pájaros de su pueblo. Se repite el gozo de poder gritar en libertad su nombre. Algunos recordaremos aquellos homenajes en que oficiábamos como sacerdotes de un culto prohibido, diciendo a media voz sus versos, diciendo nuestros versos con la voz entre temores de mordaza y ternura de vendaje. En la gran plaza de Fuente Vaqueros ha vuelto a latir el corazón culto y campesino de España, cuando acorde y verso han encendido sus farolas por las esquinas del alma.

Poemas en homenaje a Lorca

Rugió una voz de siglos desde el alto
 mirador de la sangre.
 Lejos, tierra de Víznar
 sin presentir la almena desvelada.
 Y lloraba la tierra en Fuente Grande.
 Alfacar sus afanes panaderos
 amordazó con venda de tornillos.
 ¿Dónde estás, Federico? ¿Dónde vives
 acorralado de divinos cobres?
 Habitante en la yedra,
 pulsador de los mimbres,
 imposible en el polvo.
 El Albaicín levanta
 su bandera de bronces y de niños,
 el Sacromonte moja
 a lo largo del Darro su lamento
 y aún siguen multitudes por Coney Island
 cegando flores con petróleo.
 ¿Quién te dejó la voz
 apagada en cipreses?

¿Quién ha dado a tu mano
su frío de estalactita?
¿Qué bermeja explosión
se abrió sobre las f ores?
Las crines de la noche se levantan
amordazando lunas y colinas,
trenzándose en el río
con llantos de vinagre,
porque sólo nos queda
tu repartido corazón en mirlos.
A lo lejos la almena desvelada, estremecida, nunca
podrá olvidar tu sangre
y en cada atardecer
morderá su dolor contra una nube.
¿Dónde estás, Federico? ¿En qué país
de adelfas eres rey? ¿Con qué musgo
quedó muerta la f ebre de tu tacto?
¿Qué serpientes minaron en la frente
de enfurecidos hombres de humo
para quebrar la aurora?
Aquí, llorando aquí nos tendrás siempre,
junto a la torre roja,
soñando tu sonrisa
dentro de una Granada de arrayanes,
presintiendo tu paso por un monte con luna de callejas.
¡Qué no pisen caballos
sobre el campo de Víznar!

Del libro *Piel de Toro*, Granada, 1965. Poema leído en el homenaje en Sevilla de 1968.

Nana de Sevilla

A Manolo Cano, compañero de llantos en esta fabulosa cita.

Vinimos a llorar a Federico
en una plaza chica que él pintaba
en ese bloc inédito
que se llevó olvidado en el bolsillo.
Nos había convocado
Luis, un arcángel nuevo,
descolgado de pronto
por los muros vecinos del Alcázar.
Trajo Reyes sus versos
que nunca se equivocan de marisma.
Vino Antonio Mairena, inalterable ordenador de gritos.
Enrique el Canastero había traído
todo el Darro rodeado a la cintura,
resurrección camboria, viejos mimbres.
Llegó Alfonso, de Málaga,
con su equipaje azul, disimulando
sus diablos conocidos.
Antonio, de Arcos, f el a madrugadas
con guitarras dispersas y lamentos.
José Luis el del Puerto,
dándonos sus salinas interiores.
Pepe Guevara trajo en su equipaje
las veletas con gallo de Granada.
Y don Joaquín Romero nos decía
(sabio sultán de rosas)
sus recuerdos que dejan
un hueco a nuestro lado.
Apareció Juan Sierra
en el límite exacto
del vino y de la lágrima.
Yo dije algo de aljibes, de Víznar, de caballos,
de Alfacar panadero...
La gente no creía
que estaba Federico todas las madrugadas

roto entre las adelfas.
Fue entonces cuando tú, Manolo Cano
desnudaste la piel de la guitarra.
La Nana de Sevilla, un surtidor remoto
remolcaba tu mano, nos llegaba
igual que una tormenta detenida.
Un homenaje de agua, de canciones
entre el llanto y el gozo, amanecía.
Coreaban tu guitarra con sus voces secretas
negras madres de Harlem,
niñas del Albaicín con los vientres precoces,
terribles madres ciegas
buscando un alamar perdido por Triana.
Singladuras y barrios,
concilio de suspiros,
tapias, tremendas tapias...
Por Santa Cruz jazmines abiertos a destiempo,
y tú, Manolo Cano, traduciendo los besos,
ovillando en ternura la trenza de los gritos.
Fue entonces... Federico cruzó como una sombra
esquiva y solitaria,
por esquinas distantes.
Lo sentimos de pronto, revivido en los brazos,
con un peso de niño.
Vinimos a llorar a Federico...
La sombra de la torre tenía forma de cuna.
Los dos ríos de Granada
se oyeron en Sevilla.

Publicado en el número monográfico, en honor al poeta, de la revista *Litoral*, Málaga,
1969.

Conversaciones con Federico

¿Cómo encontrabas piedras en las avenidas
 para romper los más altos cristales
 del rascacielos?
 «El tuétano del bosque penetrará por las rendijas».
 Yo en la mano llevaba siempre un pájaro vivo.
 La sangre rasgará los nublados
 y latirá en la aorta añadida a los relojes
 porque la vega de Zujaira tiene aún olor a hogaza.
 «La hierba celeste y sola de la que huye con miedo el rocío».
 Yo en la mano llevaba siempre un pájaro vivo.
 Ángeles segadores vendrán de madrugada.
 Triunfarán las espigas,
 sus alf leres de oro morderán la solapa del presidente electo,
 entrarán como lluvia
 por los angostos bronquios del night club
 e inyectarán savia de enebro
 a los hombres malva.
 «La nieve de Manhattan empuja los anuncios».
 Leyenda de ventisca traspasa los océanos,
 una nube de perros y hogueras se aproxima
 redentora. En el vientre
 feroz del ventisquero
 yacen frutas y niños dormidos. Agoniza
 un monstruo f uorescente con grito de sirena
 y la ciudad se achica y se queda instalada
 en un ojo redondo de lechuza.
 «Porque ya no hay quien reparta el pan y el vino».
 No está la mano que reparte la simiente,
 ni el niño que lleva f ores a la Virgen...
 Federico torre, cuajarán limpísimo
 convertido en adelfa,
 hombre tendido con un chorro de alondras en huida.
 Humildad de mis labios en el beso
 de tu última mueca.
 Valedero pasaporte de gritos.
 Descalandrio mi ser y el dedo del invierno

me ensombrece un ventrículo,
y no es buena esta esquina para la muerte.
En esta esquina de Manhattan
se me ha escapado el pájaro.
Pesadilla eti Braodway, 1980.

Publicado en el libro *Los Regresos*, Almería, Cajal, 1985.

Huerta de San Vicente

Disponed el piano.
Borrad puñales a la Dolorosa
al limpiarle la alcoba.
No dejéis
el alcanfor metido entre las sábanas.
Bullid el almohadón y que retorne
su perf l ya perdido.
Nuevamente
poned membrillos en el arca.
Pronto,
abrid ventanas hasta la parcela
en donde queda un hombre sudoroso.
Han sitiado los trigos...
No, no importa.
Se interrumpirá el tráfico si canta
en el retomo, con las cicatrices
a f or de piel. No importa...
Que todo esté dispuesto, preparadas
la sillas de amistad, y los claveles
en el jarrón, y todos los retratos
limpios para el recuerdo, en la amarilla
luz de la ausencia.
No dudéis, podría
regresar en la noche, cuando quede
sólo esta isla de grillos, y extenuadas
cesen las bielas.
Todos los semáforos

quedarían verde viento trastornados
a su paso.
Podría
volver envuelto en sol, dándole el brazo
a un arcángel amigo.
Avenidas
grises, en la sorpresa,
tendrían intimidad de calle antigua
con baladilla de geranios.
Pronto,
puede estar cerca su regreso, puede
liberar de raíces su alegría.
Dejad la puerta abierta, que no tenga
que esperar.
Se le ovilla
todo el llanto al ciprés, y los maíces
han sonreído.
Resistió el chamariz en la palmera
y fue vencido un cerco de hormigones.
En el Parque abrirán todas las rosas
atentas al suspiro de las fuentes.
Vestido de sonrisas, Federico
vendrá de aquel paisaje de disparos.

Publicado en Revista Literaria *Extraumuros* Granada, 1996, y en la *Revista de Humanidades y Ciencias Sociales del IEA*, 16 (1998).

NOTICIA DE UN hallazgo

EN MIS VIVENCIAS DE NIÑO, FUERTEMENTE ENJOYADAS POR LA IMAGINACIÓN, YO TENÍA DIVIDIDOS LOS CAMPOS DE MI PUEBLO; había zonas distintas, como países diferentes que me daban su mundo de gozos y sugerencias. Por ejemplo, las ramblas eran el reino de los pájaros; yo acechaba la llegada del ruiseñor, un volar novicio de jilgueros por los álamos, la dulzaina de chararices en la sonora población del olmo. Allí era muy feliz mi infancia pajarrera. Mesetas arriba, hasta las sierras altas, después de atravesar un oleaje de trigos, se endurecía el paisaje y era distante el pájaro, un cielo inalcanzable de calandrias, el leve torbellino de la liebre espantada, el azor disparado desde la penumbra de la encina...

Pero había un lugar diferente, El Villar, un lugar diferente para la incubación del misterio, sugeridor de sueños y temores, forjador en mi mente de leyendas, allí estaba el gran corral de la muerte, el camposanto, como una besana prohibida, por cuyas tapias me asomaba con el temor atrayente de intentar sorprender a una comparsa de sudarios. Y aquellos campos llenos de tiestos rojos, de finísimas arcillas quebradas, como restos de un cataclismo sobre un misterio de alfarerías, donde yo espiaba a los arados que desenterraban enormes huesos, de caballos posiblemente, que en mi imaginación de niño reconstruían animales feroces y exóticos pertenecientes a otra edad muerta de la tierra. Un día me contó un anciano que, abancalando el campo, en los remotos tiempos de su juventud, entre un fragor de mulas y traíllas, encontró una vasija llena de cenizas, y que las esparció sobre la superficie de una balsa y el agua fue poniéndose brillante como una lámina de plata. Otro día unos niños encontraron un anillo oxidado, y yo soñé con una bellísima princesa que me preguntaba angustiada por su anillo perdido.

Los descubrimientos

Ahora han llegado a este territorio de mis ensoñaciones infantiles un equipo de arqueólogos. José Ramón Ramos y Julián Martínez dirigiendo la empresa, José Luis García y Carmen Mellado, eficaces, arañando con mimo estas tierras antiguas y preñadas. A la tarea se unieron voluntarias gentes del pueblo con la ilusión en las pupilas, con inquietud de artistas: Antonio Egea, Andrés González, Gregorio... y gentes campesinas que nunca habían desenterrado nada, a no ser las patatas, que empezaron el trabajo como un absurdo y divertido juego, contrario a lo que habían hecho siempre, a enterramientos trascendentes: sus muertos, las simientes..., y que ahora iban con lentitud despertando a la tierra, con mimo, casi amorosamente, para provocar entre sus pliegues la sorpresa. En esta cirugía de la tierra, en esta cesárea amorosa, necesariamente habría de producirse un parto de belleza.

Los campos curados de soles y cosechas, después de infinitas generaciones de nieves y jilgueros, abrían su seno para mostrar la eternidad del hombre en el Arte. Primero un delicado lienzo de mosaicos, en donde se adivinaba la huella de sandalias de conquista, después un pie de mármol, un finísimo pie de mármol símbolo de andaduras tenaces, un pie enterrado bajo el ir y venir de infinitas generaciones de pies de campesinos, desnudo, como desvalido de siglos, como cercenado de un dios dormido o un héroe muerto; después el gran hallazgo, el efebo precioso alzándose como una resurrección gloriosa, haciendo clásico el paisaje. Es como un dios de fiesta, con un leve gesto de melancolía cruzándole el rostro, como corresponde al festival del alma de mi pueblo. El arpa perdida, el cáliz roto (no penséis en la espada o en la lanza), pero conservando una eterna primavera de pámpanos, en representación báquica.

Se traslada en procesión de entusiasmos al vecino cuartel de la guardia civil, y el cuartel queda convertido en un santuario de belleza. Comienza el desfile ininterrumpido de gentes. ¿Cómo llamarle? ¿El Chirivelo? ¿El Chiribello? ¿El doncel de los Villares? Los comentarios son diversos. Llega una viejecilla que dice haber sentido un escalofrío por el pecho, como un temblor en los adentros. Y quien comenta: -¡También es manía enterrar estas cosas tan bellas!-, como pensando en veinte generaciones de niños en juego de escondite. Hay quien, no creyendo en la posible existencia de estatuas antiguas fuera de la imaginería cristiana, lo identifica con un San Sebastián intacto, dispuesto a las flechas del martirio. Y alguno que pregunta cuánto vale, o

si lleva equipaje con monedas, tendencia natural en las buenas gentes que identifican cualquier hallazgo con tesoros, en compensaciones materiales, secuelas en la sangre siempre en espera del milagro, originadas por hambres antepasadas y por interminables sequías. Alguien me dice que vaya a ver a “ese chiquillo dormío” ¡Vaya sueño! La belleza acostumbra a echar las siestas largas, unos dieciocho siglos...

Vendrán los eruditos de esta profesión hermosa, medirán, tasarán, dirán acaso que en este lugar de los grandes y múltiples caminos del Imperio Romano, de la gran calzada de Levante al Mediodía, estuvo -¿o no estuvo?- *Ad-Morum*, una población entresoñada. Dirán acaso que se trataba de una villa, de la villa de un romano enamorado del arte, con vocaciones cortijeras. Pueden llegar a hablar de jardines, de esbeltez de atalayas, de casas de postas con trajín de caballos heridos por una urgencia de conquista.

Pero lo más importante es que han temblado las entrañas de mi pueblo, es que la tierra ha tenido un parto de belleza en este costado de la vieja España.

Ideal, Almería, agosto, 1985

JUEGOS DE NIÑOS

CREO NO SER UNA PERSONA PERDIDA EN AÑORANZAS, EN CAMPO ALGUNO. No me ciega el recuerdo y la creencia en un pasado mejor que conduzca a excesos de melancolía. Creo valorar lo positivo de nuestro tiempo, en muchos aspectos, en relación con el pasado, pero tengo conciencia clara de lo perdido.

Son reflexiones que me hago por un motivo al parecer intrascendente, al ser citado hace unos días para leer unos versos de mi libro de poesía infantil, titulado *Nana para dormir muñecas*, dentro del Congreso de Cultura Tradicional de Almería organizado por el Instituto de Estudios Almerienses en colaboración con la Universidad, y en el cual se desarrollaron actos tan importantes como un homenaje a Florentino Castro Guisasaola, sabio profesor unido para siempre a la gran historia cultural de nuestra tierra, que en su sensible y apasionada curiosidad sin límites también tiene entre sus obras, algunos temas coincidentes con los comprendidos dentro de mi citado libro, como el relacionado con la recreación de juegos de niños almerienses.

Mi intervención fue breve, finalizando una ronda de sugerencias sobre historia de juegos de niños, expuestas por brillantes profesionales del magisterio que intentaron poner mi revuelo de fiesta sobre un ocaso de melancolías. Yo me limité a dar lectura a algunos versos sobre el tema en tratamiento, contenidos en ese libro citado, escrito publicado en primera edición a principios de los sesenta. Son versos que escribí para mis hijos y que estaban inspirados en costumbres ya casi perdidas, costumbres que eran importantes en los principios de formación humanista de aquellas generaciones, en el natural descubrimiento de la poesía y la belleza. A la lectura de los versos antepuse mi resumen de recuerdos del pasado y malas realidades del presente. Paso revista a algunos recuerdos de juegos y juguetes. Hay que reconocer que muchos juguetes tengan un valor simbólico y un sentido más profundo que los sofisticados y costosos de esta época del bienestar, que en muchos casos encierran un transfondo de monstruosidad o violencia.

En el recuerdo

Recuerdo con ternura los *ajuaricos* de Sorbas, la cerámica que se hacía niña en el quehacer de nuestra alfarería destinada a las delicadas manos infantiles, las muñecas humildes de cartón-piedra coloreado que quizá empezaban a despertar recónditos instintos de maternidad... Recuerdo que Pedro Gilabert, nuestro escultor del Almanzora, me dijo que empezó su labor de tallar madera de olivo al querer hacer un pequeño arado romano que sirviera de juguete a su nieto, quizá sin pensar que con ello estaba legando un símbolo importante a generaciones posteriores, un símbolo del trabajo, del sudor cumplido de nuestros hombres del campo. Son ejemplos que emocionan. Ese recuerdo de juguetes diversos, hechos a veces en las humildes carpinterías o fraguas de los pueblos, inspirada su ejecución en el quehacer de los mayores, en la naturaleza y el trabajo. Eran juguetes llenos de encanto significativo desde su simpleza y humildad.

Los niños de pueblo jugaban con sus animales próximos, observaban el vuelo, oían el canto y sabían las costumbres de los pájaros. También era un juego la caza de algunos e incluso podrían darse casos de crueldad, pero había en el fondo una lección directa de Naturaleza que servía para poder llegar a amarla, muy preferible a la actitud actual que vengo observando en los niños de mi pueblo. En general, siguiendo con el ejemplo de los pájaros, la actitud, casi generalizada, es de indiferencia: no los conocen ni les prestan atención, y no debe importarles su gran mortandad, causada en campos envenenados por el hombre, en grandes plantaciones tratadas con insecticidas y herbicidas que van empobreciendo la tierra.

Niños felices

En mis viajes por países africanos, en naciones muy pobres pero con gentes de una gran dignidad humana, he visto niños felices, mimando en juego a sus animales: una liebre del desierto, un lagarto manso, una garcilla nacida en los humedales del litoral. En recuerdo de mis tiempos, siendo niño de pueblo como he sido, me emocionan sus juegos y actitudes.

El apogeo económico de nuestra sociedad, el dinero, nos ha traído muchos bienes. También hemos perdido muchos valores, entre ellos los antiguos juguetes y juegos de niños. Por nuestros pueblos, por los barrios de nuestras ciudades, en horas de recreo, en pausas escolares, en las hermosas noches de luna del verano, los niños jugaban en las plazas. Se oían nanas y

canciones de rueda. Cantaban las madres ante la cuna y cantaba el labrador en la besana. En esas noches llenas de belleza charlaban los vecinos reunidos en las puertas de sus casas y siempre había un dulce rumor de niños en juego. Ahora se repiten las noches lunadas y hermosas, pero las calles de mi pueblo, de los pueblos, están desiertas.

Prisioneros

Hemos perdido la canción, la tertulia familiar y la sencilla felicidad de los viejos juegos. Los adultos andan prisioneros del televisor, que quizá presente sus juegos de adultos, con frecuencia insustanciales y perversos, y los niños, quizá junto a los adultos, o en la habitación contigua, estarán ante otra pantalla -de televisor u ordenador- posiblemente ante algún juego empobrecedor y monstruoso. Yo creo y espero en un futuro educacional y digno, generado y potenciado por esas grandes conquistas del hombre -televisión, ordenadores-..., en que todos, de algún modo, andamos sumergidos. Sus peligros... por maldad en los manejos, son también evidentes.

La protección de la inocencia es fundamental, de ella hay que partir para incubar en los niños el germen de la ternura, para que vayan fijando calidad humana en sus personalidades, despertando el gusto por la poesía y la belleza, el respeto sagrado por el mundo natural, la importancia principalísima del amor como razón de vida.

Ideal (Arte y Letras), 13 de junio de 2000

POESÍA Y DERECHO

CUANDO DÍAS PASADOS MI VIEJO AMIGO JESÚS RUIZ ESTEBAN ME ENCARGABA UN ARTÍCULO PARA *SALA DE TOGAS* (revista del Colegio de Abogados de Almería), primero me sentí desconcertado, porque yo me licencié en Derecho pero nunca tuve vocación para el ejercicio ni intenté seriamente nada relacionado con esa ciencia, aunque admiro a los que de una forma u otra dedican su vida a ella, porque pienso que es fundamental para la realización de la dignidad del ser humano. Nada de interés para la línea profesional de la revista podía yo aportar, y pensé en un principio contar algunas anécdotas de mis tiempos de estudiantes de la carrera, pero he cambiado de opinión y voy a dar unas cuantas ideas (casi todas prestadas por autores que han profundizado en el tema) sobre la relación Derecho-Poesía; pensando que puede ser motivo de curiosidad para algunos.

Según el publicista venezolano Mario Briceño, al que debo muchos de mis conocimientos sobre este asunto: *“Poesía y Derecho no se excluyen, son por el contrario las dos caras de la misma medalla, el anverso y el reverso del más puro ideal. En los albores de la sociedad, Derecho y Poesía fueron ramas de un mismo árbol, nutridas por idéntica savia”*.

En la mitología griega encontramos dos hermanos: Apolo, dios de la Poesía, y Astrea, diosa de la Justicia, ambos hijos de Zeus. Astrea era también hija de Temis, diosa de las Leyes. Algo parecido podemos encontrar en todas las mitologías, sin lugar a dudas, porque la Belleza y la Justicia son metas fundamentales para el hombre a lo largo de todas las edades de la Tierra.

Piensa el autor citado que una crisis de idealismo, resultado del materialismo ocasionado por el predominio de las ciencias técnicas, tiende a separar el Derecho de la Poesía. Ciertamente es que en los poetas más jóvenes de nuestro mundo occidental, en gran medida, se ha perdido el interés por el tema del hombre, la preocupación social, tema primordial en las últimas generaciones

de poetas españoles. Ahora hay una vuelta a una poesía introvertida, a la manera romántica hacia nuevas formas de sentimentalidad, en que el poeta ya no mira de forma crítica a su alrededor, ya no siente que, en alguna medida, su voz es necesaria para cambiar el mundo. Las sociedades cambian, las circunstancias históricas son otras, y el poeta es hijo de sus circunstancias. Cuando hay un estado de violación de los derechos del hombre, un estado de necesidades no cumplidas, el poeta apenas intenta cantarle a la rosa, ni quedar enzarzado en sus personales sentimientos amorosos; el poeta, a su manera, hace de su voz herramienta de testimonio y protesta a favor de la justicia; así sigue ocurriendo en países del tercer mundo, en países desolados por guerras o tiranías.

Este es uno de los aspectos de relación Poesía-Justicia. Otro aspecto, aunque constituya una simple curiosidad, es la larga lista de escritores, filósofos, poetas..., que estudiaron Leyes, aunque en su mayoría no se dedicaran al ejercicio de la profesión. Tanto una lista de figuras mundiales, como nacionales sería interminable: Lucio Apuleyo, Corneille, La Fontaine, Goldoni, Goethe, Heine, Zorrilla, Juan Valera, Eca de Queiroz, Pérez Galdós, Guerra Junqueiro, José Martí, Palacios Valdés, Maragall... Poetas españoles contemporáneos: Ramón de Garcíasol, Blas de Otero, Ángel González, Ángel Crespo, José Agustín Goytisolo, Gil de Biedma, Mantero, Antonio Murciano..., y un largo etc.

En épocas y pueblos de la antigüedad el ejercicio de legislador y poeta se concentraban en la misma persona. Las leyes en verso fueron comunes en la cultura de la India milenaria, en los testimonios jurídicos griegos y romanos; según Estrabón, en los turdetanos de la antigua Bética. El derecho germánico está inundado de símbolos poéticos. Es un fenómeno universal, común en el origen de todas las civilizaciones.

También existe una poesía popular, a veces tópica y ripiosa, repartida por romances de ciego y refranes, pero que a veces tiene un encanto de espontaneidad y testimonio, fiel reflejo de aconteceres jurídicos. Sea un ejemplo esta vieja coplilla que siempre puede estar de actualidad ante malos profesionales:

*Yo conozco un avestruz
que, a pesar de su ignorancia,
está administrando un juz-
gado de Primera Instancia.*

También poetas de vena fácil hicieron un alto en su labor de jurista, como Pérez Perozo, que fue rector de la Universidad de los Andes, y escribió una serie de fábulas no exentas de gracia, relacionadas con la labor judicial, como la siguiente:

El juez y el vagabundo

*De nuevo ante el juzgado
el viejo vagabundo fue llevado;
iba como otras veces por haberse robado,
para no morir de hambre, pequeñeces.
Y como discutiera
largo rato por eludir la pena -¡mentecato!
el juez le dijo:-no seré tan bobo
para ceder, cual antes, a tu engaño;
al fin vaya enseñarte a odiar el robo
metiéndote en la cárcel por un año.
-Enséñeme más bien su señoría
a vivir sin comer, no un año, ¡un día!*

Como última curiosidad diré que tengo entendido que algunos colegios de la América hispana tienen himnos para cantar en sus actos solemnes, como el Colegio Federal de Abogados de Caracas, en que supongo harán los solos abogados de voz afortunada y el resto atacarán el siguiente coro:

*Ciega diosa de espada y balanza,
ojalá que en un mundo de paz
de tus símbolos caiga la espada
y haya sólo en tu diestra equidad.*

Pienso que el Colegio de Almería, pródigo en poetas y músicos, podría tener un himno, con música y letra de actualidad, que diera una nota alegre a sus reuniones, llenara, con buen sentido del humor, cualquier pausa en solemnidades o rutinas.

Sala de togas. Revista del Colegio de Abogados de Almería, nº 11 (agosto, 1991).

TRÍPTICO DE AUSENCIAS

En homenaje a José Asenjo Sedano

Arturo Medina Padilla y Francisco Izquierdo Martínez.

I

JUAN DE DIOS. HISTORIA ESPIRITUAL DE GRANADA

HE DE CONFESAR MIS PREFERENCIAS LITERARIAS HACIA OBRAS NARRATIVAS QUE ESTÁN ENTRE NOVELA CORTA Y CUENTO LARGO, esos logros definitivos que a veces son remanso de cumbre en la compleja novelística de un escritor, y en otro son la única perennidad dentro de su obra. *La perla, El viejo y el mar, Los santos inocentes, El bosque animado...* Steinbeck, Hemingway, Delibes, Fernández Flores... Por dar ejemplos distanciados; la lista sería interminable. Parece que el aliento del escritor se condensa en estas obras, se avivan sugerencias y da lugar a una especie de zona franca entre poesía y narrativa, en conjunción de ambas. Dentro de esos territorios con frontera exacta se encuentra la historia novelada *Joan de Dios*, de José Asenjo Sedano. Ya tiene este escritor su obra hecha, su larga y fecunda trayectoria, pero este trabajo contiene una forja especial, está escrito desde una pasión gozosa y sufridora en sus más altos extremos.

¿Por qué intento este comentario, siempre insuficiente, cuando ha transcurrido algo más de un año de su publicación? Por dos razones: En primer lugar porque parece mentira su poca repercusión y conocimiento, y quiero acercar hasta ella la humildad de mi palabra, para contribuir a dar noticia de su existencia. En segundo lugar por una vieja deuda: fui llamado por el Ayuntamiento de Guadix, pueblo del escritor, para que presentara el libro en aquella localidad y compromisos contraídos anteriormente me impidieron acudir en la fecha fijada para el acto.

Nada más distante de tantas empalagosas narraciones de vidas de santos que esta joya literaria, recreando la existencia de San Juan le Dios durante la apoteósica singladura de duelos, corta en el tiempo, del entierro del santo. Desde la situación del lector no es posible una opción de desentendimientos, ni siquiera desde una actitud agnóstica..., tanta es su fuerza creadora. Estremece pensar el sufrimiento y el gozo de José Asenjo para estar y realizar su libro; su labor de *oficio* latente, pero eclipsada tras el sudor de revivir sentimientos; el autor sintió la sensación, estoy seguro, en su propia carne, de andar desnudo y loco por las calles antiguas de Granada.

El santo llega a la realización del Evangelio hasta sus últimas consecuencias: “*Mi patria es la pobreza*”, dijo. Una vuelta de ferias y batallas para quedar ovillado junto a los desvalidos, “*como un trapo empapado de lluvia...*”, en una mística de la calle, en levitación de llagas ajenas, en inundación de amor hacia el sufrimiento de los débiles. Relato de la demencia o la lucidez de buscar a Dios como el sediento intenta encontrar la fuente” antes del último suspiro. “*La estrella perdida de Dios...*»

Prosa en carne viva, orlada de gracias sobrenaturales. La forja del lenguaje capaz de darnos el aliento de una ciudad, las regiones profundas del alma de Granada. Las frases cortas, con validez de pincelada. Densidad, ahorro de palabras para pintar situaciones: las justas, las exactas, hasta sitiarnos de lástimas y gozos. Estamos ante una galería de estampas bellísimas, la belleza expresiva se repite en cuadros históricos, con personajes y paisajes concretos, tanto granadinos como de otras regiones de su peregrinar: “*Fue en Sevilla donde vi a mi emperatriz la señora Isabel de Portugal, que estaba de bodas. La vi galopar cabe el río seguida de damas y caballeros, también de muchas músicas y pólvoras. Caí de hinojos hasta que desapareció en un bosque. Lejos, sobre los árboles, se vio el alto velamen de una nao que iba a Indias*». Pero es Granada la ciudad mágica recordada a través de luces y sonidos. En cuanto al efecto sensual, sólo podría tener comparación esta obra con los relatos levantinos de Gabriel Miró.

Olores, luces y sonidos nos trasladan en el tiempo hasta las calles que pisaron los pies desnudos de Joan. Es un libro que huele a cera, a tierra de vega mojada, a largo invierno granadino, a casas lamidas de ríos, para acabar en milagro de olores, de rosas nuevas entre nieves. ¿Y los sonidos...? El reloj de la Real Chancillería, el canto de Pedro Pecedor, una lluvia infinita en los cristales, relincho de caballos de los lanceros de la Alhambra, el Dauro

gemidor, vocerío albaiciner, las ruedas del carro de la Duquesa, chapoteo de pueblo, graznido de bisagras, trova de pobres, frufu de miriñaques, ladrido interminable en cada esquina, cantos de gallo acusador, el viento en los cipreses, redoble de ababales partiendo de Bibarrambla, y campanas, múltiples voces lastimeras o alegres de todo un universo de campanas granadinas. ¿Y las luces...? Las nubes, sudario de tristeza sobre la ciudad, luces buscando nido por entre las ramas que intentan cerrar la ventana, la vela solitaria en el cuenco, múltiple guiño de candeleros, huída de nubes hacia la Sierra, un claro efímero encendiendo la Alhambra, el relumbre violento de un incendio decisivo...

Como trasfondo, la muerte de Cristo aceptada con las rotundidades de la fe, haciendo de ella palanca poderosa y único camino de desvelos hacia innumerables cristos desvalidos. La odisea humana y divina de Joan de Dios es, sin lugar a dudas, el capítulo más hermoso de la historia espiritual de Granada, y tiene en José Asenjo su cronista idóneo, alzando su palabra de realidad enjorada con soles de poesía.

ABC, 13 de mayo de 1990.

II

LA HERMOSA COMPAÑÍA DE ARTURO MEDINA

ERA YA MUY MAYOR. UNA DE LAS PERSONAS QUE SIEMPRE ESTUVIERON UNIDAS, DE ALGUNA FORMA, A MI QUEHACER POÉTICO, FUE ARTURO MEDINA. En este tiempo de tristeza que nos abrió su muerte sólo cabe el recuerdo y el agradecimiento por haber disfrutado de su amistad. Un amigo común, en deseo de buscar consuelos, me dice: *-Era ya muy mayor... -*. Para mí, que tengo la suerte de contar con amigos en comienzos, también en plenitudes y ocasicos de vida, no es válido el argumento. Mis verdaderos amigos, en intercambio de generosidades y solidez de afecto, no tienen edad. Además, Arturo ha muerto joven: su espíritu era el mismo del primer día en que lo conocí. El deterioro de su cuerpo no afectó a su alma: el gusto por la vida, la curiosidad por el mundo, los disfrutes espirituales... lo mantuvieron joven hasta tiempos próximos a su muerte. Esto sí es un gran consuelo, un estado de gracia al que debemos aspirar.

Estuvo siempre en compañía, junto a mi quehacer poético; persona clave en la trayectoria de mi modesto historial literario. Siempre acepté, disfruté o sufrí lo acertado de sus críticas. Poco después de haberlo conocido, enlutado melancólico por la muerte de Celia Viñas, su mujer, me presentó en mi primera lectura almeriense, en la Biblioteca Villaespesa, en febrero de 1956. Leí *Ancla enamorada*, que pocos meses después se publicó con un prólogo suyo. En 1961, siempre atento a mi llamada, hizo la presentación de mi primera lectura madrileña, del libro *La Calle* en el Instituto de Cultura Hispánica, en donde había sido invitado por el poeta Rafael Montesinos. Para mí, en aquel comienzo de derroteros líricos, era Arturo mi ángel tutelar.

En 1975 hizo el prólogo-estudio para la primera antología que publiqué recogiendo una selección de los libros publicados en los primeros veinte años de labor. Su atención hacia mi obra continuará más allá de su muerte: la nueva edición de un viejo libro de poesía para niños, *Nana para dormir*

muñecas, llevará un prólogo suyo, escrito recientemente, como un último abrazo de nuestras formas de expresión.

Todo esto, sin contar infinidad de encuentros, con ocasión de mi trayectoria literaria, estando siempre a mi lado. Hubo versos míos entre las líneas emocionadas del discurso de agradecimiento a su homenaje en la Universidad Complutense, con motivo de su jubilación. Con la muerte de Arturo ha quedado interrumpida su sabia compañía atenta a mi quehacer.

En la primavera de 1989, con motivo de aquel amplio homenaje de la Universidad madrileña, publiqué un artículo en este mismo periódico, con una propuesta de adhesión almeriense al merecido honor. Allí señalaba sus méritos sobresalientes. Resaltaba su amor a la palabra, admirándolo como profesor por el sudor de espíritu que puso en la tarea, por el gozo amoroso de la palabra hasta colocarla en trance de enseñanza, traída desde su pureza, elevándola como una flor, mostrándola enjoyada o herida en la taracea mágica del texto literario.

También resaltaba, y es válido recordarlo en esta triste ocasión, el desvelo de toda una vida por mostrarnos la obra total de Celia; sus trabajos, estudios, prólogos...; la búsqueda inquieta y amorosa del sitio y el momento en donde encontrar desde el inédito temblor adolescente de sus primeros versos hasta su obra más granada. Ha sido una pasión definitiva y continuada hasta mostrarnos a la escritora en su totalidad.

También es necesario resaltar, como lo hacía en aquella ocasión, su inteligente bucear en la obra de todos los poetas, logrando reunir los textos que pudieran conectar de algún modo con la sensibilidad de niños y jóvenes; introduciéndolos en las estéticas de la palabra, disponiendo ampliar besanas propicias a fecundar voluntades nuevas hacia el gozo y la vocación lectora de la poesía.

Cuando llegaba a su casa, yo sentía la sensación de entrar en un barco que llevaba siglos anclado en el corazón antiguo de la ciudad, al que su capitán abandonaba para asomarse al mundo, pero al que al fin siempre retornaba presuroso, necesitando su ámbito de esencias marinas. El ejerció siempre como almeriense total; hombre de luz por el mundo.

Quizá el mayor tesoro que tenía su compleja personalidad era su capacidad para la amistad. Amigos diversos, dispersos, próximos, distantes..., siempre en ofrenda, adelantados en dar y en recibir, atentos a la herida, atentos a propiciar el gozo..., ganados en su forja de generosidades. Él me

hizo pensar que la felicidad del vivir depende en gran parte de la capacidad de amistad de cada uno. La envidia, el desamor, son la oscura e inevitable área de enfrente, en donde empieza el país de los enanos, en donde él nunca estuvo.

En su última carta, escrita a finales de enero y que ahora, releída mil veces, considero una despedida, me hablaba de felicidades compartidas y de aceptaciones irremediabiles, dice: “-Aquel Arturo Medina pasó a tus crónicas..., no me olvides en ellas. Ahora bien, estoy sereno y hasta soy capaz de soñar en los vencesos de tus tardes chirivelenses”. Siempre sufrimos el espejismo de que seres queridos, de tan recia vitalidad, van a acabar venciendo a la muerte; no aceptaba la idea de que lo acechaba tan de cerca. Ahora, entre líneas, traduzco la certeza con que presentía su final.

Quiero recordarlo siempre en el intenso placer de vivir, en felicidades compartidas, en primaveras sobre angustias, en los gozos de la poesía de la vida. Hombre siempre en plenitudes mediterráneas, con hombría trascendente ha sufrido el naufragio inevitable, pero nos quedará su alma como una vela blanca sobre cualquier oleaje con el mensaje de su pensar y su sentir para la historia de lujos intelectuales de Almería.

Ideal, abril de 1995.

III

LA AUSENCIA LIMITADA DE PACO IZQUIERDO

ME LLEGAN NOTICIAS DE LA MUERTE DE FRANCISCO IZQUIERDO y, a pesar de ser para familiares y amigos una muerte largamente anunciada, que apenas dejaba un respiro de esperanza, el sentimiento se me agolpa asfixiando pensamientos, y hace salgan torpes y atropelladas las palabras en este deseo de contagiar nuestro sentir y nuestro pensar a los demás, a través de “*Ideal*”, periódico al que de alguna forma estuvo siempre unido.

Pertenece, y quedará para siempre dentro de esa lista de personalidades valiosas y originales que a través de los tiempos ha dado Granada.

Él se ausentó y siempre estuvo presente, tuvo oídos sordos para seductores cantos de otras sirenas peninsulares y, aún estando fuera, siempre habitó en perpetuos y apasionados relatos a su ciudad. En sus obligadas ausencias participó de los sentimientos comunes a los granadinos profundos -granadinos por nacimiento o por voluntad de amor-. Vivió dentro de él Falla en su último retiro, huérfano de acordes, Ayala condolido en el recuerdo de patios con geranios, Ganivet sufriendo el empujón definitivo de la nostalgia, Lorca en desvalimiento... Creo que su dolor por olvidos de Granada fue común en muchos granadinos que perdieron, en parte del tiempo de sus vidas, sus consoladoras estancias en las bellezas de la ciudad.

Gran fabulador con el pincel y con la pluma, no es posible una separación absoluta en los logros de su quehacer. A veces la búsqueda de la verdad o la crítica hiriente quedó plasmada por el pincel o la palabra, fue un mismo lenguaje en diversidad de procedimientos. Fue, junto a otros grandes narradores de nuestro Sur, creador de un esperpento andaluz con características propias.

Yo sé que a partir de ahora muchos empezarán a conocerlo... Así es la vida. Tras su personalidad compleja, inquieta a veces, en apariencia contradictoria, se ocultaba parte de la gran dimensión de un extraordinario ser humano con una capacidad de ternura sin límites.

Entre la persona y la obra, la muerte es como un juego entre ausencias y presencias, y si la serenidad nos lo permite, con la ayuda de un milagroso soplo de sosiego, también es un consolarse sabiendo que la auténtica creatividad garantiza la permanencia.

Los que creemos en el mejor verso de Quevedo, sabemos que seres como Paco Izquierdo dejan sobre la tierra que mucho amaron huellas de luz, ráfagas de polvo enamorado, y sabemos que vendrán para respirar esas huellas otras generaciones, y alzarán nuevas antorchas y harán crecer la hermosura del mundo a partir de la inmensa hermosura de esa Granada a la que Izquierdo tanto amó. Paco, querido Paco, ya hablaremos...

Ideal, 5 de septiembre de 2004

TODOS LOS TEMAS ETERNOS EN *ELEGÍA CANTADA*

HA MUERTO UN POETA, UN GRAN POETA, VICENTE ALEIXANDRE, Y, ENTRE LAS BRUNAS DE LA PENA, ESTOY RECORDANDO SUS PALABRAS ALENTADORAS EN EL NACIMIENTO DE MIS PRIMEROS VERSOS. Es la vida, mitad angustia, mitad primavera, envuelta por el viento redentor de la poesía.

Me decías, Domingo Nicolás, en tu carta invitándome a venir a este bautismo lírico, que se trataba de una reunión de amigos. ¡Qué gozo estar entre amigos hablando de poesía! ¡Qué gozo sentir mi palabra abrazada a la de Pepe Asenjo y Juan José Ceba, en honor tuyo! José Asenjo Sedano ya brindó a Almería el mejor relato que se ha escrito sobre sus gentes, *Indalecio el Gato*, obra maestra en la que volcó todo su poderío narrativo, con el espontáneo encanto de un romance de ciegos y la maestría de uno de los mejores novelistas actuales. Juan José Ceba, siempre en mi corazón desde que me entregó sus balbucientes versos novicios hasta esta hermosa madurez lírica en que se encuentra haciendo, sobre todo, poesía a golpe de vida, que es lo importante; en la escuela, entre la humilde gente de los barrios; sensible paladín palanca de cultura en un afán de redenciones. ¡Qué buena compañía, Domingo, qué buena compañía para esta natividad de tus versos. Y los finos dibujos de Javier Cortés, con una conseguida expresividad de lirismo.

Todo el mundo

¿Quién falta aquí? ¿Por qué no están aquí todas las gentes sensibles y puras de Almería? Se trata, nada menos, que de abrir una hermosa ventana lírica en todas las esquinas de la ciudad, se trata de echar a cuidar por la ciudad el prodigio de una criatura lírica, entre las gentes mercantilistas y deshumanizadas. ¿Quién falta aquí? A mí me gustaría ver hasta a *Indalecio el Gato* resucitado, semiescondido en la última fila, intentando vendar sus infortunios con la seda purísima de estos versos. Y a la bandada morena de

los gitanos de La Chanca, a los que Ceba enseñó a decir versos de Lorca. Y si los árboles andarán, yo sé que habría venido la jacarandá agradecida de enfrente de tu casa, floreciendo para esta ocasión extraordinaria, vistiéndonos a todos de pétalos azules.

Dicen en pórticos y biografías, Domingo Nicolás, que has nacido en un recodo del Segura, lejos de las sequías almerienses, y será por eso por lo que siempre que te encuentro siento cierto olor a tierra regada. Pero no nos engañemos, tú eres almeriense por los cuatro costados, como Celia Viñas, Emilio Carrión y tantos.

En algún sitio del mundo, quizá mañana o dentro de cien años, podamos servirle a alguien en el gozo o el llanto. Nuestro posible éxito, nuestro verdadero éxito consistirá en eso, en que quede un latir de nuestra angustia o un temblor de nuestra alegría, si es que la belleza ha dado alternativa de eternidad a nuestra palabra, y algún hombre, aunque sea uno solo, haga suyo nuestro verso.

El canto

Elegía cantada... El canto y el llanto, destino de vida, materia y esencia del hombre sublimada por el hombre-poeta. En este libro están los temas eternos: amor, esperanza, tiempo, muerte, garantizando su vigencia hasta el fin de los siglos. Tú, Domingo Nicolás, corres como un niño dentro de la arboleda de la vida; árboles heridos, árboles acechados por el rayo y las hachas, persiguiendo a un fugaz rayo de sol que a veces enciende de oros la enamada. De la muerte a la elegía, fundiéndose ambas en el vértice luminoso del amor. “*Volver a recorrer de nuevo la esperanza*”. Persiguiendo a la esperanza como a una corza herida en este juego de escondite que es la existencia, por todas las encrucijadas del sentimiento.

El soneto

El soneto es una de las grandes conquistas del hombre, como la rueda, el arco gótico, el helicóptero, el capitel corintio... Por eso es como el Guadiana de la poesía, desaparece de las extensas llanuras poéticas y siempre reaparece, vuelve a aparecer esplendoroso. Ahora estamos en un momento de desprecio o de indiferencia, de los posibles poetas últimos hacia esta extraordinaria forma de expresión literaria. Ya sabemos que lo fundamental en poesía no

es el envase, la forma utilizada, lo fundamental es su capacidad de sugestión, el toque personal, la gracia para enjoyar la idea, pero esta forma cumbre de expresión siempre tendrá vigencia en ti, Domingo Nicolás, contracorriente, contramoda, también has elegido felizmente el camino difícil y hermoso del soneto, enclaustrando tus delicadas vivencias en su prisma de sol, entre sus luminosas ataduras. No te arrepientas.

Los seres y las cosas

Alguna vez dije que el poeta ha de ser algo así como el novio eterno de los seres y las cosas, como el hombre transfigurado en la hermosa persecución de la belleza, pretendiente con su antorcha de amor inapagable. Yo te veo sumergido en ese noviazgo apasionado y por eso confío en tu autenticidad como autor lírico.

Desde aquella deshojada flor de *Malola* le has ganado muchos aromas a la primavera, y quizá toda mi palabrería sobre, y bastaría con decir algo fundamental: que eres portador del don humilde y supremo de la ternura. ¡Hasta al amigo roto lo haces niño, para vestirle el delicado tul de tu mortaja. Yo, Domingo Nicolás, sólo puedo pensarte frente a un hijo muerto, frente a un árbol azul o frente a un ángel nuevo.

Mi querido Domingo, enhorabuena. Se enciende tu voz nueva en el último verso roto de Vicente Aleixandre, es la continua transmisión de antorchas para la eternidad de la belleza.

Presentación en Almería de la antología *Elegía Cantada*. En *Ideal*, 14 diciembre, 1984.

CARLOS PÉREZ SIQUIER SALE DE CACERÍA

TERESA DESCORRE UN VISILLO. LA PUPILA DE CARLOS COMPRUEBA VENCEJOS TRANSPARENTES DE UN SOL AMANECIDO. Es propicia la luz, esta luz de Almería cómplice de hermosuras. Carlos Pérez Siquier coge su máquina y sale oteando la belleza, en disposición de persecuciones y acecho.

La ciudad por delante, el litoral en conjunción del ala con la vela, la tierra maltratada, el respirar del hombre, un sol en parpadeos... Carlos, que desbordó hace tiempo los brillantes tapiales de la técnica, que cumplió peritaje de amaneceres y crepúsculos; sale de cacería incruenta y amorosa, secuestrando hermosura, multiplicando estampas, dando testimonio de haberle ganado el pulso a la Naturaleza y a la Vida. Sus pupilas de cazador siempre atentas, alertadas y audaces, tienen además de esos dones de agilidad inteligente, una especial manera de mirar el mundo. Por eso es artista, situado en ese hueco exacto que tiene el fotógrafo, entre el pintor y el poeta, con gesto de haber llegado el último empujado por un mágico invento de acumuladas ciencias, de conquistas decisivas del hombre científico, pero ocupando un legítimo lugar en las cumbres del arte; un lugar sobresaliente, ganado en fronteras de pincelada y de victoria frente a la expresividad de la palabra.

Repasamos catálogos, iluminamos galerías del recuerdo. Aparece una Chanca en carne viva, escoriada por un húmedo beso de mar, por la bofetada sin piedad del Levante. Forja historias abstractas la mordedura pertinaz del tiempo. La pupila de Carlos ejerce cirugías de ternura por el desvalimiento de cal de las fachadas. Detrás pensad al hombre erosionado, en blanco y negro. Derrumbe de hermosura desconchada. Arañazo de historia escrita en un paisaje de blancas agonías. Azules, ocre, blancos, definitivos blancos... Verdes agonizantes de paraíso perdido. Colores indecisos de barca flagelada. Definitivamente se ha logrado el milagro: belleza en el escombro.

Repasamos catálogos. La pupila de Carlos rondando al hombre y sus alrededores. Automóviles en camión de dormir. Viejos automóviles de fauces

abiertas, abandonados en la soledad del paisaje, monumentos al derrumbe de vida tras las velocidades del tiempo. Una larga cuneta con muros blancos; acaso sea eso la vida, quitamiedos para morir. Aparece Almería en su cotidiana desnudez, bella de esquinas rotas, y parece surgir un paisaje fantasma de ciudad demolida, detrás de esa esquina salvada, de ese montón de sal en la memoria, en lejanía de umbrales del esparto y la sed.

La pupila de Carlos se libera hacia el mar, para acechar a sirenas inválidas, frágiles cordilleras de doncellas tendidas, un paisaje de dunas y pezones. Su mirada se hace infinita en recolecciones de la luz.

¿Qué haría Carlos si no se hubiera inventado la fotografía? ¿Qué habría hecho si hubiera nacido en tiempos pasados antes del prodigio? ¿Cómo habría proyectado su personalidad, su riqueza de sensibilidades en armonía creadora? ¿Habría iniciado los balbuceos del verso? ¿Habría respondido con pinceles a la llamada poderosa del sol? Hay que tener la certidumbre, teniendo en cuenta su temperamento con capacidad de fecundidades, su particular manera de mirar a seres y cosas, su vigilancia del mundo, que habría iniciado andaduras por algún otro camino del arte o la literatura. Su plena realización como poeta estaba asegurada desde su nacimiento a la vida. Se encontró con el invento mágico y descubrió que era posible poner en el raptó de la imagen contagio de alma, tonos inéditos, clamor de sugerencias.

Final de jornada. Ya de atardecida vuelve Carlos hacia su casa, secuestrada la luz para crecer sus colecciones de belleza, con pupilas de sueño cumplido. Y pienso en mis regresos de niño cazador de pájaros, habiendo conseguido llenar una jaula de avejillas multicolores, empavorecidas, para después descórrer los alambres de la puerta, devolverlas al cielo de una en una. ¿Para qué aquel esfuerzo? ¿No sería también un deseo de ganarle el pulso a la Naturaleza? De aquellos juegos con principio de crueldad y finales de arrepentimiento, sólo quedaba una jaula vacía, un temblor de plumas entre los dedos, y el compartido gozo de un trinar en huida, en recuperada libertad. Cuando regresa Carlos con luces enjauladas y ocultas, sabe que por álbumes y estancias crecerá la hermosura que ha sabido raptarle al mundo.

Regresa Carlos entra en su casa. Se cierran las pestañas del sol más allá de montes descarnados y de torres. Teresa corre un visillo. Un suspiro último del sol se filtra por el postigo y se despide de Carlos hasta el día siguiente.

FIESTA MAYOR POR RAFAEL GUILLÉN

HACE UNOS DÍAS, EN FELIZ ACIERTO, EN UNO DE ESOS MOMENTOS EN QUE LAS LOTERÍAS DE LA VIDA HACEN JUSTICIA, LE DIERON EL PREMIO NACIONAL DE POESÍA A RAFAEL GUILLÉN. Los merecimientos son plenos: por el libro premiado y por la trayectoria de una vida en sufrida y amorosa dedicación a la poesía. Es un premio que ya merecía desde la década de los sesenta y que antes no le dieron porque, por un motivo u otro, no entró en la complicada trama de los jurados. La suerte y la muerte abejorrear alrededor de los poetas, para bien o para mal, como alrededor de cualquier ser humano. También es de tener en cuenta que Rafael, granadino profundo, tiene vocaciones de clausura, de aguas ocultas y jardín cerrado, y a veces puede haberlo buscado la diosa Fortuna sin encontrarlo.

Quiero en esta ocasión, en que me siento feliz a su lado, tenga, como siempre, el homenaje de mi palabra. Es corriente hablar de «sana envidia» y ese tipo de envidia no existe. La envidia es siempre una mala hierba nacida en las lóbregas estancias del ser humano, alimentada por savias enfermizas. Desgraciadamente, la vida española parece a veces un herbazal. Lo que se siente ante el éxito importante de un amigo es mucha alegría, y si el éxito tiene categoría de reconocimiento nacional y se trata de Rafael Guillén, en amistad de mutuas correspondencias, sin posible deterioro, durante una vida, esa alegría toma dimensiones de fiesta mayor en el alma.

En aquella Granada de una avanzada posguerra que parecía interminable, unimos nuestras adolescencias en perfecto equilibrio, a pesar de la diferencia de unos años en la edad; unidos en primeros ensayos de versos y de vida. Granada, tímidamente, iniciaba resurrecciones culturales: exposición de versos ilustrados en el Liceo, recitales en la Casa de América... Pronto Guillén y Guevara idearon «Veleta al Sur»; trampolín para nuestros primeros libros. Yo estaba allí, o acudía a aquellos corros de poesía desde mi nomadismo, sintiéndome siempre granadino en mi nacimiento poético.

Tiempos lejanos..., aquellos del inicio de una amistad que también merecería la institución de un premio nacional de la amistad. Rafael Guillén y yo hemos caminado juntos en aventuras literarias y humanas, en innumerables viajes y proyectos a lo largo de toda la vida. Hemos gozado vergeles y sufrido largos desiertos, y seguiremos juntos en la mágica aventura del vivir alentados por la poesía.

Por todo eso, con este último reconocimiento a su obra, siento en fiestas mi alma, y también pienso en Nina, su musa y compañera, digna de figurar en la noticia y el elogio, porque a ella debe el poeta sus mejores versos y la permanencia del aliento iluminado en su vida. A ella, en el disimulo y la penumbra, deben llegarle las aureolas más transparentes del éxito.

¿Qué decir de la poesía de Rafael, para los que lo ignoraron, para los que pretendieron ignorarlo, para los que no tuvieron la dicha de encontrarse con su obra? Este premio no añade méritos, y sólo puede servir para que se amplíe su conocimiento, como llamada hacia el cumplido quehacer de un gran poeta.

El poema en Rafael Guillén nace de acercar la contemplación del mundo a los álbumes esplendorosos y nostálgicos guardados en cualquier anaquele de su alma. Inteligencia y sentimiento compiten, dictaminan cesiones y privilegios por los andamiajes del poema. Un hilo sutilísimo, de exquisita emoción, una trama de frases enracimadas en belleza, sin permitir el más leve asomo de malos recursos retóricos, en riqueza y desnudez de auténtica poesía.

Creo que el mayor premio lo hemos recibidos los que hemos tenido la suerte de disfrutar con su amistad y su poesía durante toda la vida.

ABC, 13 de diciembre de 1994.

PREGÓN DE LA XVI FERIA DEL LIBRO DE ALMERÍA

DENTRO DE LAS CONMEMORACIONES DIVERSAS DE ESTE MIL NOVECIENTOS NOVENTA Y DOS QUE SE NOS MUERE, HAY UNA HAZAÑA ESQUINADA, acaso algo perdida entre el recuento brillante de las conquistas y los aconteceres de aquel mil cuatrocientos noventa y dos, en que España comenzó a ser España, un lugar del mundo con personalísimos talantes, con vocaciones de universalidad, con una manera profunda y clara de ser y de estar en el mundo. En esa hazaña no hubo sonidos negros de espadas y armaduras, sólo rumor de romanceros, de cancioneros y nanas del pueblo, porque la inteligencia de un sabio andaluz, Elio Antonio de Nebrija, construyó un trono de accesos y claridades en donde colocó la palabra nacida en las amplias besanas del alma de Castilla. En el verano de ese año decisivo de nuestra historia publicó Nebrija su *Gramática sobre la lengua castellana*, la primera sobre un idioma moderno, considerando que la lengua, según dice en su prólogo, «*nos aparta de todos los animales, es propia del hombre, y en orden la primera, después de la contemplación, que es oficio propio del entendimiento*».

Libros

Un escaparate de claridades, un reconocimiento de sonidos, vocablos, expresiones, que tuvieron su nacimiento en la forja cotidiana del pueblo, que disfrutarían en expresión cultural un legado de siglos, que serían balbuceo en labios de un Nuevo Mundo, y que, como consecuencia de aquel tartamudo aprendizaje de hermosas palabras, se llenan hoy gran parte de las estanterías de nuestra Feria, conteniendo la cosecha cumplida de los autores americanos, variados y plenos en ejercicios de fantasía y herencia de saberes.

¡Qué hermoso florecer de la expresión escrita, repartida por pensadores y poetas a través de los tiempos! Nacería el castellano de las matrices latinas, ampliándose con voces procedentes de todas las culturas que a su paso dejaron su aliento en nuestras tierras, enriqueciéndose con el acomodo expresivo de vocablos de todas nuestras regiones, dando lugar al idioma español, uno

y complejo, forjado en siglos de trajinar humano por el pueblo y sus poetas. Grandes forjadores del idioma fueron nuestros clásicos: nos llegó su palabra vencedora del tiempo. Por los escaparates de nuestra Feria podréis encontrar un texto de Garcilaso, comprobando que entre sus versos sigue cantando un ruiseñor y floreciendo una rosa; descubriréis los versos de San Juan de la Cruz, y entre los sayales de su palabra podréis hallar el oro permanente, capaz de ser ofrenda en todos los diálogos de amor, humanos y divinos. Aunque andéis presurosos, en vértigo de semáforos y ordenadores, aún puede sorprendernos el mundo de Lope, en bullicio pasional de mescolanzas humanas, con pícaros y místicos, caballeros y truhanes. Podéis encontrar la mustia violeta, adjetivada de melancolía, de los románticos; las historias humildes y las ampulosas descripciones del devenir de la historia del hombre; la pirueta barroca (valga la paradoja) de los modernismos, con nuestro gran representante almeriense: Francisco Villaespesa; la valiente modernidad, en fundiciones clásicas, de los poetas «del veintisiete», verdaderos continuadores, con el pueblo llano, en la creación, siempre inacabada, del lenguaje...

Arturo Medina, escritor de Almería, gran profesor de la palabra, ha escrito mucho en su elogio y defensa. Dice: *«Para el hombre, ser social por naturaleza, la palabra, la lengua, es el indispensable instrumento suprapersonal de comunicación. El más habitual, completo, dúctil y capaz de hacer presente la voluntad expresiva...»*

Yo, abierto a todo progreso, a las grandes conquistas sucesivas del hombre, ante la subcultura de la televisión que nos acosa, en términos generales, salvo raros espacios positivos, me pregunto: ¿En qué ha enriquecido la televisión a personas sabias, formadas culturalmente por ese medio, como encontramos a gente, a lectores incansables que, a través de los libros, crearon su propia personalidad, rica y abierta, con capacidad de gozos e infinitas compensaciones espirituales? ¿No hace crecer los males de nuestro tiempo -materialismo, consumismo sin límites...- el desordenado uso de ese medio que frecuentemente desprecia la dignidad del hombre? Necesita la televisión la apoyatura del buen libro, recurrir a los auténticos creadores. Admitamos los prodigios del progreso, las excelencias de la imagen que, bien manejada, puede ser sugerente en sí misma, ilustradora de la idea, pero no reneguemos de la realidad de la palabra escrita, a través de la cual se ha forjado el conocimiento de la historia y la cultura del mundo.

Fragmento del pregón pronunciado en la Feria del Libro de 1992.

PREGÓN DE LA FERIA DE ALMERÍA

1978.

(FRAGMENTO)

TEMO QUE MI VOZ NO SEA VOZ DE LLAMADA, NO SEA APTA PARA PREGONES. MENOS MAL QUE ALMERÍA NO NECESITA TROMPETEROS; SU DESTELLO ATRAVIESA OLVIDOS Y GEOGRAFÍAS.

¡La Feria! Palabra que espolea nuestra sangre niña, haciéndola surtidor de gozo, farolillo ligero, aire de columpio.

Las fiestas en Almería son una multiplicación de sol por sonrisa, de cordialidad perenne por instante feliz, de sabiduría de pueblo antiguo por actualidad de alma enardecida. ¿Y el resultado? El resultado es exacto en las matemáticas del poeta.

El resultado es Almería niña, explotando el globo de su bullicio por el ferial; Almería moza perdida por el Parque de Nicolás Salmerón, bajo la mirada-rosaleda de San Valentín; Almería vieja coronada por la Alcazaba, rascando en su piedra dorada una erupción de sol, sin querer desprender de sus almenas el estandarte del Zagal...

En la hermosa promoción de la alegría no quedarán rezagadas nuestras gentes. La fiesta de lumbres hondas del cante pondrá banderas en las almenas y el viento caliente de la Plaza de Toros sentirá abrirse la media verónica, flor del valor.

Torneos del deporte y el arte para un tiempo de paz ganada, de amor cumplido. Competiciones del músculo y la idea. La tarde se hace piragua infinita o lienzo indaliano con blancos y azules inéditos.

Acaso en estos días vuelen bajos los ángeles sobre la tierra seca y aparezca el milagro de una flor en la tierra agrietada. Acaso en estos días no se ponga el sol, se disfrace en cada atardecer de marinero y se quede en las tabernas

del puerto hasta el amanecer, bebiéndose despacio el alma de Almería, en una impresionante juerga de amor.

Y gira la Feria, noria de risas, remolino de ilusiones, poderosa rueda de convivencia humana en el amor. Almerienses de apartados rincones de la sierra y el mar, llegando con su ofrenda de sudor cumplido. Turistas nórdicos, deslumbrados y sonrientes, sintiendo despertar su letargo de brumas por una prodigiosa espuela de luz. Gentes del cine, cazadores de luces únicas, oteadores de paisajes de leyenda, sorprendidos por un pueblo en tiempo de alegría. Rescatados almerienses que habían perdido el sol y los azahares... Y en las avenidas del alma de Almería todo el profundo rumor de su historia, el gigante vendaval de culturas, de gentes que pasaron por ella, la amaron, la hicieron crisol de razas e hicieron posible su actual «cultura en la sangre»... Y todo el mundo mítico, espiritual y mítico, que la puebla y en el cual hay que creer irremediamente porque somos diarios testigos de milagros y sorpresas: el rumor de arcángeles de su cielo; las sirenas al acecho en las dársenas del Puerto, llegándonos los destellos de su invisible belleza, los duendes ocultos en el rosal o camuflados en la taberna de la esquina...

Con el aire trascendente de la gracia, al igual que el torero extiende su capote sobre la arena, hemos de poner nuestra alegría a los pies de la Virgen del Mar, porque Ella es Timonera Mayor de la sonrisa, consoladora de almerienses distantes que darían la vida por escuchar un remoto rumor del ferial, cosedora de brisas para los hombres rotos, ánfora de nuestra tierra seca soplada por Dios, mantenedora de la auténtica alegría, principio y fin de la alegría.

Cuando más fuerte sea la explosión de luces y color, de músicas y risas seguramente yo, remolcando mi alma de poeta, me iré junto al mar y soñaré un poema en que el verso quede convertido en el hilo delgado de un globo en las manos del niño más triste de La Chanca.

Fragmento del pregón pronunciado en la Alcazaba de Almería, en la Feria de Agosto.

ESTE LIBRO, VOLUMEN TERCERO DE LAS
“OBRAS COMPLETAS ” DE JULIO ALFREDO EGEA,
ACABÓ DE IMPRIMIRSE EL 3 DE AGOSTO DE 2011,
VÍSPERAS DEL 85 CUMPLEAÑOS DEL POETA,
PATROCINANDO SU EDICIÓN
EL INSTITUTO DE ESTUDIOS ALMERIENSES,
SIENDO DIRECTOR EL ESCRITOR Y PERIODISTA
MIGUEL NAVEROS PARDO

LAUS DEO

